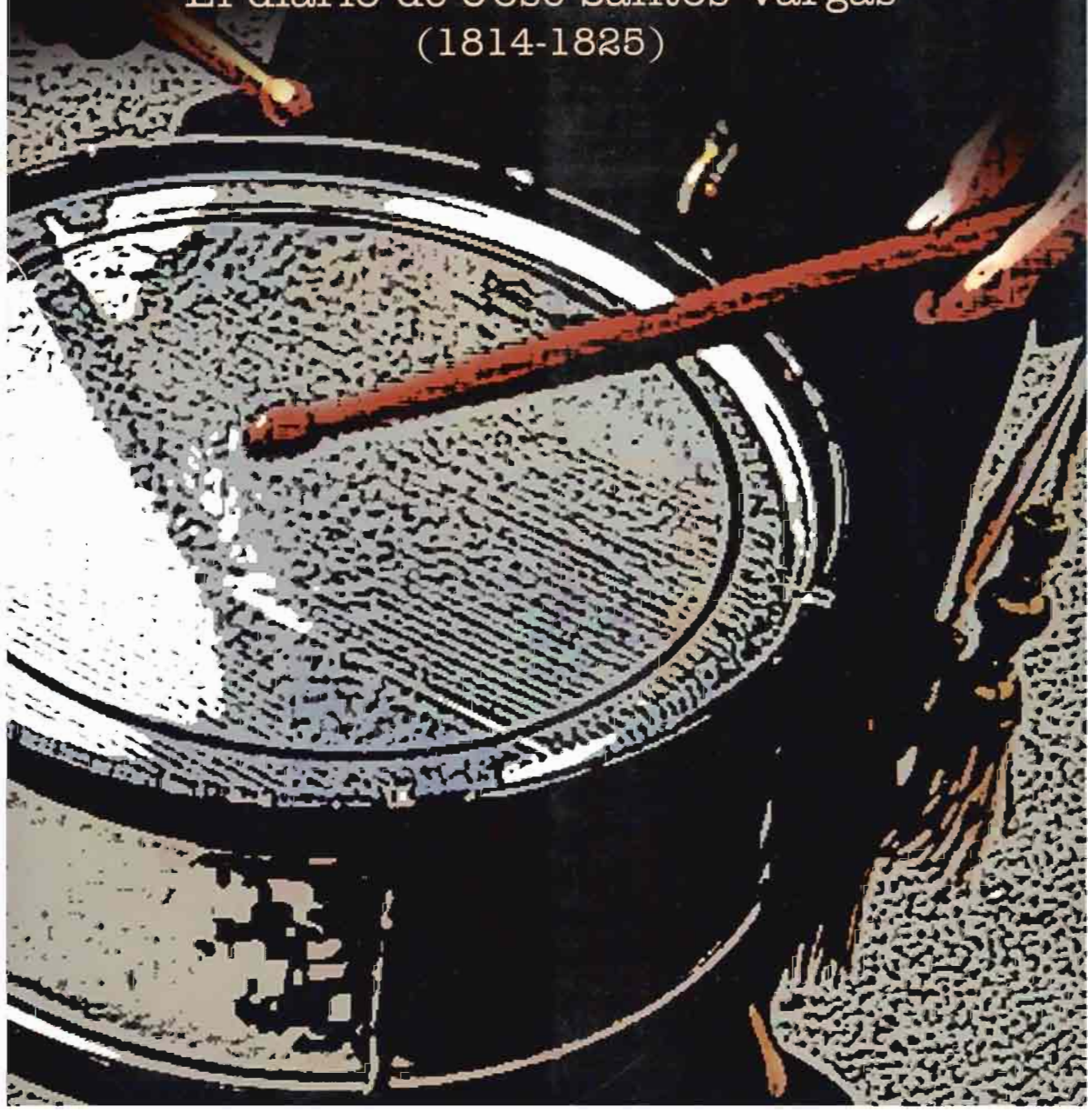


Marie-Danielle Demélas

Nacimiento de la guerra de guerrilla

El diario de José Santos Vargas
(1814-1825)





Marie-Danielle Demélas es catedrática en Historia en la Universidad de la Sorbona nueva - París III (Instituto de Altos Estudios de América Latina) desde 1994, después de haberse desempeñado como encargada de investigación en el Centro Nacional de Investigación Científica de Francia (CNRS). Alumna de Bartolomé Bennassar, lleva a cabo sus investigaciones en América y en España. Es autora de *Nationalisme sans nation. La Bolivie, XIXe-XXe siècles* (París, 1980), *La Vida cotidiana en América del Sur en el tiempo de Bolívar* (París, 1987, en colaboración con Yves Saint - Geours), *Jerusalén y Babilonia. Religión y política en América del Sur, el caso del Ecuador* (Quito, 1988, en colaboración con Yves Saint - Geours), *La invención política, Bolivia, Ecuador y Perú en el s. XIX* (Lima, 2003). Ha sido también compiladora de varias obras científicas, tales como *Imaginaires et symboliques du franquisme* (París, 1996, en colaboración con Carlos Serrano), *Histoire et militantisme* (Toulouse, 2000) y *Les propriétés collectives face aux attaques libérales en Europe occidentale et en Amérique latine, 1750-1914* (Rennes, 2003, en colaboración con Nadine Vivier).

Nacimiento de la guerra de guerrilla
El diario de José Santos Vargas
(1810-1825)

Marie-Danielle Demélas

Nacimiento de la guerra de guerrilla

El diario de José Santos Vargas
(1810-1825)



La revisión de la traducción de esta obra ha sido auspiciada por la Sociedad Boliviana de Cemento (SOBOCE).

Agradecemos a Editorial El País por facilitar la reproducción del DVD adjunto.

Instituto Francés de Estudios Andinos
Av. Arequipa 4595, Lima 18, Perú
Tel.: (511) 447 60 70 Fax: (511) 445 76 50
E-mail: postmaster@ifea.org.pe
Pág. web: <http://www.ifeanet.org>

Este volumen corresponde al tomo 196 de la Colección
“Travaux de l’Institut Français d’Études Andines” (ISSN 0768-424X)

© Instituto Francés de Estudios Andinos, 2007
© Plural editores, 2007

Primera edición: agosto de 2007

DL: 4-1-1456-07
ISBN: 978-99954-1-086-5

Producción:
Plural editores
c/ Rosendo Gutiérrez N° 595, esquina Av. Ecuador
Teléfono 2411018 / Casilla 5097 / La Paz, Bolivia
www.plural.bo / e-mail: plural@plural.bo

Impreso en Bolivia

Agradecimientos

Expreso mi gratitud a los desaparecidos cuyas investigaciones han hecho posible este trabajo, en primer lugar de los cuales está Gunnar Mendoza, y que me han proporcionado generosamente informaciones y documentos que podían ayudarme, como María Eugenia del Valle de Siles y Thierry Saignes.

Este libro también debe mucho al apoyo del IFEA, cuyos sucesivos directores, muy especialmente Jean Vacher, han apoyado mis proyectos y favorecido la publicación de este trabajo, y financiado, en asociación con el CREDAL y la Universidad de París III, una gran parte de la misión realizada en los valles con mi colega y amigo Daniel Delaunay, en octubre del 2002. Además de la amable colaboración de algunos de estos investigadores, el IRD me ha aportado su apoyo técnico, y le debo la conclusión del montaje de la película que acompaña a este volumen. La Embajada de Francia, que se ha mostrado siempre atenta a los trabajos científicos llevados a cabo en Bolivia, ha permitido la traducción de esta obra y me ha ofrecido en varias oportunidades la posibilidad de exponer el resultado de mis investigaciones. Sepan estas instituciones y sus representantes que yo no podría haber llevado a término sin su ayuda este ciclo de investigaciones sobre las guerras de guerrilla.

Los centros de archivos han facilitado mi trabajo y debo hacer una mención particular de los directores del ANB, Gunnar Mendoza, ya nombrado, Josep Barnadas, René Arze y Marcela Inch, así como de los empleados de los archivos nacionales de Bolivia y de las Cortes españolas en Madrid. Amigos y colegas bolivianos me han dado indicaciones útiles y sugerido interpretaciones. Ha sido siempre estimulante trabajar en un país donde los historiadores son numerosos y de calidad.

En el terreno he aprendido mucho de los diferentes investigadores a los que he tenido oportunidad de acompañar en los Andes, así como de los habitantes de los valles que han aceptado responder a mis preguntas, que versaban tanto sobre los recuerdos de la guerrilla como sobre el cultivo de la papa.

En fin, si bien no sé cómo calificar esta deuda, debo mucho a José Santos Vargas.

Abreviaturas

ABCE	Archivo del Banco Central del Ecuador, Quito
ABUMSA	Archivo de la Biblioteca de la Universidad Mayor San Andrés, La Paz
ACB	Archivo del Congreso de Bolivia, La Paz
ACLP	Archivo de la Catedral de La Paz
ACM	Archivo de las Cortes, Madrid
AGI	Archivo General de Indias, Sevilla
AGN	Archivo General de la Nación, Santiago de Chile
AGNA	Archivo General de la Nación Argentina, Buenos Aires
AGS	Archivo General de Simancas
ALP	Archivo de La Paz
AHN	Archivo Histórico Nacional, Madrid
AMC	Archivo Municipal de Cochabamba
ANB	Archivo Nacional de Bolivia, Sucre
ANF	Archives Nationales de France, París
BNL	Biblioteca Nacional, Lima
CDIP	Colección documental de la independencia del Perú
CRTA	Colección de la rebelión de Túpac Amaru

Manuscritos y ediciones del Diario de José Santos Vargas

M _s A	Manuscrito encontrado y editado en primer lugar (incompleto), conservado en la ANB.
M _s B	Manuscrito encontrado y editado en segundo lugar, conservado en la ANB.

- TMV Tambor Mayor Vargas, *Diario de un soldado de la independencia altoperuana en los valles de Sicasia y Hayopaya, 1816-1821*, transcripción, prólogo y notas de Gunnar Mendoza L., Sucre, Universidad de San Francisco Xavier, 1952, 321 p.
- JSV José Santos Vargas, *Diario de un comandante de la independencia americana, 1814-1825*, transcripción, introducción e índices de Gunnar Mendoza L., México, Siglo XXI, 1982, 513 p.

Contenido

La historia de la guerra.....	17
-------------------------------	----

PRIMERA PARTE UN AUTOR ENIGMÁTICO

Capítulo 1

La filiación de Vargas	29
¿Cómo hablar de uno mismo?.....	30
Natural de Oruro.....	33
Las enseñanzas de un mapa.....	35
El mapa y el Diario de José Santos Vargas.....	38
Vargas, padre e hijo.....	40
La fraternía	46
Parientes lejanos	48

Capítulo 2

¿Un desclasado o un tráfuga?	51
Estatus y percepciones sociales	51
La aventura de José Santos Vargas.....	54
¿Qué arraigamiento?	61

SEGUNDA PARTE ESCRIBIR LA HISTORIA

Capítulo 3

Dos manuscritos, dos libros	69
El tiempo de la escritura	76

¿Es anterior el MsA al MsB?	77
¿Representa el MsA el primer bosquejo del Diario?	78
¿Fue escrito el MsB directamente a partir del MsA?	80
¿Es el MsB un diario?	83
¿Representa el MsB el último estado del Diario de Vargas?	86
¿Qué veracidad?	88
El trabajo literario	90
La fuerza del destino y la justicia inmanente	92
Las mujeres, víctimas o demonios	92
El indio patriota	93
Un incorregible hombre de partido	95
 Capítulo 4	
La invención de una lengua.....	101
La primacía de lo oral	104
Los modelos revolucionarios	108
Concisión, silencios y destino	111
 Capítulo 5	
El pacto del cronista	115
El “maquillaje” de la crónica	118
La crónica actuante	119
Recurso al exemplum.....	119
Sustracción de la lista.....	121
Testigo y actor imparcial	122
Preocupación por la simetría.....	123
Contabilidad macabra.....	124
El hombre de partido	126
Las opciones escogidas por Vargas.....	129

TERCERA PARTE

LA INVENCION DE UN NUEVO TIPO DE GUERRA

Capítulo 6	
Génesis de la guerra popular	135
La vida política se convierte en la de la patria chica	136
El amor al rey	137
La cultura guerrera de América	139
La formación de guerrillas en España.....	140
Pueblo chico, infierno grande	143
La guerrilla de los valles	146
Proliferación de las tropas irregulares.....	148
Las etapas de la invención de la guerra de guerrilla	149

1813-1815, sobrevivir en espera del retorno de las fuerzas del Río de la Plata.....	153
1815-1823, contar con sus propias fuerzas	154
Federación anárquica.....	154
El recuerdo de Buenos Aires	158
La división de los realistas.....	160
La profesionalización de la tropa de los valles.....	163
1823-1825, al servicio de Lima	164
La política prevalece.....	166
 Capítulo 7	
El terreno y las armas.....	175
Maneras de hacer la guerra	176
Las informaciones.....	178
Armamento	183
Táctica	187
El combate.....	187
Por astucia y por sorpresa.....	189
Muerte y desolación	192
Montoneras.....	192
Barbarie.....	193
La guerra de todos contra todos	196
Pérdidas desproporcionadas	197
Los efectos de una guerra de escaramuzas.....	201
 Capítulo 8	
Economía de la guerra.....	205
Gastos e ingresos de los guerrilleros.....	206
Remuneración de los soldados y de los oficiales.....	212
Bandidaje y revolución	214
El calendario de los pillajes	219
Destrucciones	222
Nueva distribución de las riquezas.....	225
Las confiscaciones.....	225
Especulaciones sobre el ganado	226
Las tierras ocupadas.....	228
Una ruina tardía.....	231

**CUARTA PARTE
LOS HOMBRES**

 Capítulo 9	
Los valles en la guerra	237
El tiempo, el espacio.....	237

Vínculos y tensiones	242
La organización de las “zonas liberadas”	246
 Capítulo 10	
Los combatientes.....	247
Los soldados del rey	249
Los oficiales de la patria	252
La tropa.....	256
Desertores y tráfugas	266
Antiguos combatientes	269
 Capítulo 11	
Génesis del caudillo.....	272
La palabra “caudillo”	275
Cómo se llega a ser jefe	276
Los señores de la guerra	276
Los caudillos indios	278
La historia de tres comandantes.....	279
Lira crea la función.....	279
Fajardo ignora a las fuerzas indias.....	281
Chinchilla, criatura de las comunidades	283
Lanza, el político	284
La creación de un tipo ideal	287
El personaje	288
“Muy bárbaro valiente”	289
El don de la palabra, la gracia de la elección.....	291
Protecciones sobrenaturales	292
Carisma y sacrificio.....	294
Consagrado a la muerte.....	295
La devotio de Lira	296
La muerte del miles Christi.....	298
 Capítulo 12	
La participación de los indios.....	301
Arquetipos.....	304
La base india de Sicasica y de Ayopaya	306
Participación militar	310
Los dirigentes indios	314
El sentido de la adhesión de los indios a una causa política	318
Iniciativa de los dirigentes independentistas.....	318
Reivindicaciones y venganza	319
La mudanzas de la adhesión india.....	320

Tentación xenóforas	323
Los momentos claves.....	324
La muerte de Lira y sus vengadores.....	324
La ejecución de Chinchilla.....	330
La evicción de Bustamante.....	331
¿Compromiso partidario o fidelidad a un hombre?.....	333
“La subordinación al Poder Ejecutivo”.....	334

QUINTA PARTE
EL SENTIDO DE LA GUERRA

Capítulo 13

Entre el rey y la patria	339
Guerra justa y tiranía.....	341
Imágenes del rey y de la patria	345
Investigación sobre los indios realistas.....	346
Iconolatría realista	350
Monedas y medallas.....	356
Los amedallados, esos que se baten por una imagen del rey.....	358
El estandarte real.....	360
¿Morir por una imagen?.....	363

Capítulo 14

Una guerra providencial.....	367
Todo adquiere un sentido.....	367
Una visión cristiana del mundo.....	369
“Nos hacen una guerra religiosa”.....	372
El universo religioso de la guerrilla	377
Un universo encantado.....	380
Sincretismo andino	381
La Providencia gobierna el mundo.....	382
La conversión de Lira.....	383
La propuesta a prueba de Chinchilla	385
La victoria de Lanza	387
La gracia y el sacrificio	388

Conclusión.....	391
-----------------	-----

Fuentes y bibliografía	395
Fuentes manuscritas	395
Fuentes publicadas.....	396
Estudios	398

Cronología.....	409
Nota sobre la población boliviana.....	415
Cuadro de los valles a principios del siglo XIX	417
Diario de un viaje tras del diario de José Santos Vargas.....	425
Índice onomástico y toponímico.....	449

Índice de las ilustraciones

Figura 1:	Folio 316 del MsB.....	33
Figura 2:	Mapa de los valles en 1782	37
Figura 3:	Juicio criminal de Mohosa, cuerpo 11, 1905.....	39
Figura 4:	Vista de Chacarí	57
Figura 5:	Revisitas de Mohosa, 1833-1852	58
Figura 6:	Comunicación dirigida al hijo de José Santos Vargas	59
Figura 7:	Revisita de Mohosa, 1842-1843	59
Figura 8:	Primera y última página del MsA.....	70
Figura 9:	Sello de la Biblioteca Rück	71
Figura 10:	Dos manera de insertar añadidos en el MsB	73
Figura 11:	Una anécdota escrita en el papel de un sobre	73
Figura 12:	Cronología de los acontecimientos	74
Figura 13:	El arresto de Vargas: la versión del MsA.....	82
Figura 14:	El tratado de Yaco	85
Figura 15:	Última página del Diario correspondiente al año 1825.....	88
Figura 16:	Título dado por Vargas a su crónica, MsB	91
Figura 17:	La evasión del prisionero de don Juan Oblitas	97
Figura 18:	El episodio de la mula de Vargas	121
Figura 19:	Cuadro ejecuciones y ajusticiamientos 1815-1822	125
Figura 20:	Proclama del Rey Don Fernando VII.....	138
Figura 21:	Provincias de Charcas en 1777	144
Figura 22:	El poblamiento de Bolivia en 1826	145
Figura 23:	Firmas de dos caudillos indios	152
Figura 24:	Estado de las fuerzas de la guerrilla a fines de 1816.....	155
Figura 25:	Organigrama de la guerrilla a fines de 1816	156

Figura 26:	Proclama de Lanza a los pueblos, 25 de septiembre de 1824	167
Figura 27:	Gastos para el Batallón de los Aguerridos, febrero de 1825	172
Figura 28:	El cerrojo de Lallave.....	177
Figura 29:	Pérdidas registradas por el Diario entre 1814 y 1824.....	200
Figura 30:	Ingresos de la guerrilla a fines de 1817	211
Figura 31:	Iglesia de Mohosa	242
Figura 32:	Origen de los oficiales de la guerrilla, 1814-1825.....	254
Figura 33:	Origen de los 109 oficiales de la guerrilla	255
Figura 34:	Oficiales de la guerrilla reclutados por sus tres comandantes.....	256
Figura 35:	Libro de la Ordenanza de los Toques de Pífanos y Tambores.....	262
Figura 36:	Cordillera de Quimsa Cruz	263
Figura 37:	Oficiales tráfugas de la guerrilla, 1814-1824	269
Figura 38:	Noticia consagrada a Eusebio Lira.....	290
Figura 39:	Tributarios de los valles a fines del siglo XVII	307
Figura 40:	Un peso agujereado con la efigie de Fernando VII	360
Figura 41:	Anónimo. Virgen de Guadalupe, c. 1825	362
Figura 42:	Retrato de Fernando VII y de España por Goya	366
Figura 43:	Anónimo. Virgen de Copacabana.....	374
Figura 44:	Iglesia de Caquiaviri. El Juicio Final y el Infierno.....	375

La historia de la guerra

M.-D. Demélas

Las bibliotecas de América Latina están llenas de obras que cuentan la historia de la patria. Algunos de esos relatos se han transmitido de generación en generación, a través de la escuela, la prensa y las celebraciones cívicas, hasta que unos historiadores emprenden la tarea de imponerles una revisión general. He aquí, pues, cómo desde hace más de veinte años la *historia patria* está puesta en el banquillo y muchas de sus afirmaciones son consideradas como mitos o cuentos para niños, a riesgo de ampliar y ahondar el foso que separa la historia tal como se la hace de la historia tal como se la cuenta.

La nueva historia de la guerra de independencia ha arrojado una duda sistemática sobre las interpretaciones corrientemente admitidas hasta entonces. Ha considerado un anacronismo hablar de proceso de descolonización y ha preferido considerar el período que va de 1808 a 1825 como un cuestionamiento de los fundamentos de la asociación política que ha afectado en el mismo momento tanto a las provincias americanas como a la metrópoli española. Ha emprendido el trabajo de romper las fronteras de la historia nacional para recordar que el conjunto de América hispana había surgido de una misma cultura política y religiosa, y ella ha favorecido los estudios sintéticos y la historia comparada. Se ha interesado en aspectos que los fundadores de la *historia patria* había considerado secundarios y cuya importancia ella ha demostrado: la economía rural y minera, la participación popular en la revolución, las formas de la vida social, la dimensión religiosa del proceso de liberación,¹ el desarrollo de las sociabilidades modernas,

1 La lista de estos trabajos no es exhaustiva y se limitará a América del Sur. Entre los intentos colectivos de síntesis, y en orden cronológico: H. Bonilla *et al.*, *La Independencia en el Perú*. Lima, Instituto de Estudios Peruanos (Perú Problema, 7), 1972. J.-P. Deler; Y. Saint-Geours,

la significación del discurso, el papel de la prensa y de la difusión de las noticias, la aparición de procesos electorales, las creaciones constitucionales. Más tarde, luego de haberlos desdeñado por buen tiempo, ha retornado al acontecimiento y a la historia militar para mostrar los perversos efectos de uno, y el anclaje social y político del otro. La celebración del bicentenario de la Revolución Francesa permitió someter a examen las influencias extranjeras que sufrió América española; se han revelado ser menos determinantes de lo que se había dicho, y han aparecido incompatibilidades insuperables entre los revolucionarios parisinos y los independentistas hispanoamericanos. Al término de este recorrido, se ha impuesto progresivamente la idea de una tercera vía revolucionaria después de las trazadas por los angloamericanos y franceses, un modelo que asignaría la parte más bella al pasado, que innovaría, es cierto, pero refugiándose siempre detrás del respeto de la tradición. Quien habría sabido elaborar una sabia mezcla entre la modernidad brutal importada de Europa y de América del Norte, y las estructuras antiguas siempre en vigor en las cuales las representaciones religiosas y el peso de las *patrias chicas* habrían podido ser preservados.

ed., *Estados y naciones en los Andes*, Lima, IFEA-IEP, 2 vol., 1985; A. Annino; F.-X. Guerra, ed., *Inventando la nación. Iberoamérica. Siglo XIX*, México, Fondo de Cultura Económica, 2003. Revisiones de las interpretaciones clásicas: M.-D. Demélas; Y. Saint-Geours, *Jerusalén y Babilonia, política y religión en América del Sur*, Quito, Editora Nacional, 1988; F.-X. Guerra, *Independencia y modernidad*, Madrid, MAPFRE, 1992; A. Jocelyn-Holt Letelier, *La independencia de Chile: tradición, modernización y mito*, Madrid, MAPFRE, D.L. 1992. A propósito de la economía y de la participación popular: A. Crespo et al., *Siporo*, La Paz, ed. Don Bosco, 1977; E. Tandeter, *Coacción y mercado en el Potosí colonial, 1682-1826*, Madrid, Siglo XXI, 2002; R. Arze, *Participación popular en la independencia de Bolivia*, La Paz, 1979; sobre la importancia de los procesos electorales: M.-D. Demélas, "Microcosmos. Querelle municipale et élections démocratiques à Loja (1813-1815)", en *Bulletin de l'Institut français d'études andines*, XIII, 1984, n° 3-4, p. 65-76. M.-D. Demélas; F.-X. Guerra, "The Hispanic Revolutions: the Adoption of Modern Forms of Representation in Spain and America (1808-1814)", en Posada-Carbó ed., *Elections before Democracy. The History of Elections in Europe and Latin America*, Londres, Institute of Latin American Studies, 1996, p. 33-60. A. Annino coord., *Historia de las elecciones en iberoamérica, s. XIX. De la formación del espacio político nacional*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1996. Trabajos dispersos, pero muy sugestivos, en la historia del arte de T. Gisbert, que muestran a la vez la continuidad del arte colonial y la introducción del acontecimiento (las banderas y las armas que se imponen en las obras de devoción popular). Sobre las sociabilidades modernas y las sociedades estamentales, ver los trabajos de François-Xavier Guerra, Annick Lempérière, Pilar González, Cristián Gazmuri, Sol Serrano. A propósito de las estructuras federales, la soberanía y la importancia de la escala regional para entender los fenómenos políticos, ver José Carlos Chiaramonte y Geneviève Verdo. La deconstrucción de los grandes mitos nacionales se encuentra en los trabajos de Georges Lomné y Tristan Platt. Una nueva historia del acontecimiento aparece en la tesis de E. Just Lleó, quien retoma lo mejor de G. René-Moreno. Sobre la historia de la guerra, V. Hébrard, "À l'écoute du conflit: historiographie d'une guerre, Venezuela, 1812-1824", HSAL, 1997, n° 2, y C. Thibaut, *Repúblicas en armas. Los ejércitos bolivarianos en la Guerra de independencia en Colombia y Venezuela*, Bogotá, 2003.

Todos estos trabajos fueron llevados a cabo en los archivos americanos y españoles, cuyo valor se conoce, pero también sus límites. La mayoría de los documentos conservados son de origen administrativo y privilegian el punto de vista institucional. Ha habido que cotejar todo ello con la prensa, abundante, con los archivos locales de toda clase (principalmente los fondos municipales y eclesiásticos), y con las escorias acarreadas por los archivos judiciales ¿Qué no revelan las *causas de infidencia* sobre la vida de los sudamericanos en la guerra? Muchas de estas investigaciones han sufrido las consecuencias de un desigual estado de los archivos, poco o mal clasificados, de acceso incierto, algunos de propiedad privada. Pero siendo artesanal el oficio del historiador, el resultado se ha revelado lo suficientemente seguro como para permitir esbozar una visión de conjunto de un proceso muy complejo. Pero junto a estos trabajos innovadores e ilustrativos consagrados al proceso de la independencia, faltaban estudios de la guerra propiamente dicha.

El desdén en que habían caído la historia-batalla y los relatos ordenados por figuras heroicas había hecho olvidar que los estados independientes de Hispanoamérica debían su nacimiento a diversas formas de violencia, y que la guerra de liberación se asemejaba mucho a una guerra civil. El interés por esta cuestión fundamental se mantuvo lejos de los círculos universitarios por la agitada historia de ciertos Estados. Las elaboradas construcciones que dosifican la tradición y la modernidad no podían dar cuenta del recurso recurrente de América hispana a ciertas formas de guerra cuya matriz apareció con ocasión de las guerras de independencia. La revigorización de las guerrillas en los años 1960, que existen todavía bajo nuevas formas a comienzos del presente siglo XXI, ha llevado a algunos investigadores a interrogarse sobre las relaciones mantenidas por la violencia y la revolución, por la guerra y la modernidad, por la violencia irregular y la democracia.

En este registro Bolivia ocupa un lugar aparte gracias a un documento, el *Diario* de José Santos Vargas, y por el hecho de que un guerrillero mítico encontró la muerte en octubre de 1967.

Hacia 1950, cuando la guerra de guerrilla no era todavía presentada como un atajo hacia la revolución, el director de los Archivos Nacionales de Bolivia, Gunnar Mendoza, descubrió, trasapelado en los anaqueles del antiguo edificio de la institución, en Sucre, un manuscrito del que nadie había escuchado hablar. Un tiempo más tarde, otra versión, más completa, apareció en condiciones que han sido objeto de relatos contradictorios. Se trataba del diario que había llevado durante más de diez años un soldado miembro de la guerrilla más durable, y cuya excepcional supervivencia hacía la más importante del Alto Perú. El autor se llamaba José Santos Vargas, había nacido en Oruro, pero pasó toda su vida adulta en los valles, donde se había instalado una guerrilla, zona hoy olvidada situada entre el altiplano y la zona de Cochabamba, y que se extendía hasta los Yungas de Chulumani, unos valles tropicales hacia abajo de La Paz

El obstinado trabajo de Gunnar Mendoza durante los decenios permitió la publicación de ambos textos, en 1952 y en 1982, pero la reacción del público ilustrado a la cual se dirigía se hizo esperar. En cuanto a los investigadores, observaron con prudencia esos textos extraños que procedían de un país secundario; apostamos que un descubrimiento comparable, que se habría producido en México o Argentina habría suscitado muy pronto una abundante producción científica.

El *Diario* de José Santos Vargas, que se presenta bajo la forma de dos manuscritos diferentes, uno de 108 folios, el otro de 320, es en efecto el único documento de esta importancia que se posee para el conjunto de América hispana. Ninguna de las guerrillas, sin embargo numerosas, que han tenido lugar en América del Sur, ha sido objeto de semejante relato. Existen, sí, varios textos a los cuales se les atribuye el estatus de diario o de autobiografía, pero que no presentan sino la crónica de una campaña, o el resumen de una vida militar concebido bajo el modelo de *hojas de servicio*.² En México, donde la guerra de independencia tomó una forma popular a partir de 1810, y fue origen de una multiplicación de tropas de guerrilla en las cuales se ilustraron algunos de los fundadores del nuevo Estado mexicano, existen numerosas fuentes concernientes a las guerrillas, muchas de las cuales figuran en la inagotable colección de Fernández y Dávalos.³ Ninguna puede compararse en volumen y en riqueza con los documentos hallados en Sucre. Ello no significa que Vargas, oscuro soldado, haya sido el único en llevar un diario (es improbable que millares de hombres hayan combatido sin que ninguno de ellos haya tenido la idea ni la perseverancia de contar su experiencia de la guerra), pero los textos de Vargas son los únicos de esta importancia hallados hasta hoy. Es fuerte, pues, la tentación de atribuir a estos manuscritos una validez que sobrepasa las fronteras de Bolivia.

Sin embargo, antes de generalizar sus enseñanzas al conjunto de América Latina, se plantea la cuestión del estatus de esta obra. En Bolivia, donde se habla del *Diario* del tambor-mayor Vargas desde hace decenios, se ha esquivado rápidamente algunas preguntas incómodas que este libro deberá reformular: no existe uno, sino dos diarios, pues los dos manuscritos que han sido encontrados no son copias de un mismo texto, sino dos versiones de una misma historia. Además, es discutible el hecho de asignar el estatus de diario, es decir de un documento redactado día por día, a un texto que cuenta las aventuras por las que pasó la guerrilla de Ayopaya y de Sicasica entre 1814 y 1825, pero cuyo autor da como fecha final de su obra el 28 de enero de 1853. No será muy difícil demostrar que el *Diario* ha sido reescrito muchas veces, y que su autor era un personaje

2 Ver las memorias de los dirigentes militares que han practicado la guerra de guerrilla o de contrainsurgencia, como Arenales y Valdés.

3 Juan E. Hernández y Dávalos, *Historia de la guerra de independencia de México*, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1985, 6 vols.

bastante complejo. Con ocasión de este análisis, lo que deberá revisarse son las relaciones entre historia y literatura. La vocación literaria de este guerrero tan diferente de los otros es evidente, y tendré varias ocasiones de volver sobre esta constatación: José Santos Vargas se alistó en la guerrilla para escribir un diario. Es un aprendiz de escritor que se ha hecho soldado, y no un guerrero que se ha convertido en cronista. Ello no pone en duda la veracidad de su discurso, pero habrá que interrogarse sobre la manera en que la literatura concibe la verdad, y cómo se escribe la historia a partir de la voluntad de influir en ella.

Dos partes del presente estudio serán, pues, consagradas al autor y a su obra a fin de entender las múltiples dimensiones de su personaje así como las formas de su lengua y de su escritura. José Santos Vargas se revelará allí inclasificable, heredero de estatus y de historias de las que hizo un empleo único, inventor de una lengua que le permitió escribir en castellano aventuras indias y mestizas. Y su voluntad de dar un estatus literario a su crónica pondrá en más evidencia la dimensión épica y providencial del combate cuyos anales tiene en sus manos.

Su texto relata tanto las peripecias de varias tropas irregulares que se fundirán en la División de los Aguerridos, como la situación de dos provincias condenadas a ser el teatro de una guerra de quince años. Es el tiempo que se necesitará para que la guerra de guerrilla aparezca tal como la conocemos hoy, para que una táctica clásica, la de una “pequeña guerra” practicada por muchos ejércitos regulares, se convierta en guerra ideológica, la guerra popular que ocupa el primer plano del escenario en muchos conflictos contemporáneos. La tesis que defenderé aquí es la de la invención de la guerra de guerrilla moderna en un momento preciso –el período comprendido entre 1810 y 1825– en España y América, y de la cual la historia de las tropas de Ayopaya y de Sicasica ofrece uno de los mejores modelos. Esta forma de guerra, que no cesa de extenderse, apareció a comienzos del siglo XIX, en el universo cultural y político que es el del mundo hispánico. En esta parte consagrada a una guerra de nuevo género, después de delinear las etapas de esta invención en un nuevo marco, después de retrazar las etapas de esta invención en el marco de los valles, volveré sobre ciertas ideas recibidas referentes a la guerrilla, sobre todo la que tiende a olvidar el exorbitante costo humano a cuyo precio alcanza sus victorias, y trataré también de romper el silencio que mantiene el cronista sobre la economía de guerra desarrollada por la guerrilla.

Los hombres que participaron en la invención de la guerrilla fueron en su mayor parte habitantes de los valles, mestizos e indios, entre los cuales se destacan algunas figuras excepcionales. Vargas realiza la hazaña de citar nominalmente 484 personajes, sobre los cuales entrega informaciones que no se encuentran en ninguna otra fuente, haciendo revivir tanto a aldeanos e indios comuneros como a los principales capitanes de la guerra. Concederé una importancia particular a la manera en que el cronista ha contribuido a moldear el personaje del caudillo, otra invención moderna sobre la cual su obra aporta una luz inédita. Por muchos

aspectos el *Diario* aparece como el homenaje tributado a un héroe desconocido, Eusebio Lira, el primer comandante de la guerrilla al cual el Vargas adolescente ha dedicado su juventud. El cronista, como los primeros autores de *La historia patria* que fueron sus contemporáneos, concibió la historia como obra de grandes hombres. Pero a pesar de este sesgo, no disimula las participaciones colectivas a la guerra, y entrega el testimonio más importante que haya sobre el papel de las comunidades indígenas en la guerra de la independencia así como sobre la aparición de capitanes indios a los que su estatus aleja del mundo comunitario para aproximarlos al de los oficiales. Un capítulo de este estudio se ocupará tanto de la participación guerrera de los indios como de sus proyectos políticos en el marco de la lucha independentista. Aparecerá allí como actores íntegramente comprometidos con la guerra de liberación.

Este libro acabará ocupándose del sentido que Vargas daba al combate en el que había participado. Si la guerra de independencia de América se inscribe en uno de los avatares de la modernidad política que se impone en occidente a partir de fines del siglo XVIII, la manera en que los hombres interpretaban su lucha, en los Andes y sin duda en el conjunto de América española, no era verdaderamente moderna y ciertamente no secular. Vargas, el cual estaba, más que otros, próximo a la iglesia, se hace eco de estas convicciones que estructuran su relato. Abordaré el estudio de este aspecto de su obra a partir de lo que él dice de las figuras en cuyo nombre se combatía, la del Rey y la de la Patria, y luego trataré de la concepción providencial de la historia que refleja su diario.

La manera en que se escribe la historia depende de sus fuentes, cualquiera que sea el rigor con la que se conduce la investigación. Esta historia de la guerra de guerrilla que el *Diario* de Vargas permite construir ha dependido de los azares que presiden a la conservación de los manuscritos, del descubrimiento improbable de un primer documento en los archivos de Sucre, y del trabajo ininterrumpido durante 44 años de Gunnar Mendoza, sin el cual estos textos habrían permanecido inéditos. Se ha necesitado luego profundizar la investigación sobre estos documentos enigmáticos, la cual no siempre fue fácil, pues parecía que la guerrilla de los valles, que representaba todo el horizonte del cronista, había dejado pocas huellas en los archivos. Un cruce sistemático de los archivos bolivianos, los de Sucre, La Paz y Cochabamba, y también de los archivos argentinos, peruanos y españoles, ha permitido encontrar huellas de las tropas de Lira, de Chinchilla, de Quispe, de Gandarillas, de Bustamante, de Carpio, de Mamani, de Simón, de Lanza..., pues los archivos realistas como la crónica del guerrillero no describen la guerrilla sino a partir de sus caudillos. Pero si estos fondos aportan precisiones, confirmaciones, luces complementarias de las del diario, es bastante raro que los datos que proporcionan coincidan con los de Vargas. En la mayoría de las veces los datos difieren hasta llegar a contradecirse; no he hallado ejemplo de un mismo acontecimiento presentado como una victoria (o una derrota) por uno y otro campo, pero sucede con frecuencia que las fuentes realistas señalen más

pérdidas en las filas de sus adversarios y minimicen las suyas, para no dar más que un ejemplo de este tipo de divergencias. Además, estas fuentes evocan a veces la existencia de tropas y de capitanes que actúan en el terreno de los valles, y de los que Vargas no habla, siendo así que habría debido cruzar ineludiblemente su ruta. Estas incoherencias no ponen en duda la credibilidad del diario, pero ilustran la multiplicidad de los puntos de vista y la dificultad de las opciones que se ofrecen al historiador. Frente a dos versiones de un mismo suceso, ¿por qué concederé mayor crédito al relato de un oficial del ejército real que al de Vargas, sabiendo que el primero construía su informe teniendo en cuenta las rivalidades que dividían al ejército real, tratando de disimular la importancia de las pérdidas sufridas para valorizar su propia acción, o al contrario exagerándolas a fin de mostrar hasta qué punto serían necesarios refuerzos y nuevos subsidios? Vargas tenía buenas razones para idealizar su combate y deformar a veces la realidad, pero sus adversarios también las tenían.

La mejor de las verificaciones proviene de los valles mismos, adonde me condujo una misión efectuada en jeep, en octubre de 2002, que pude completar por medio de un recorrido en avioneta de Cochabamba a La Paz en mayo de 2003, que me permitió observar desde el cielo los itinerarios de la guerrilla. Hay temas que no se pueden tratar solamente en una oficina, o en bibliotecas y archivos, y no se puede comprender la historia de la guerrilla sino recorriendo nuevamente las sendas que tomaron Vargas y sus compañeros. Los caminos a veces ya no existen, y ha sido menester abandonar la idea de observar la unidad del territorio formado hoy por dos espacios diferentes, uno dependiente de la cuenca de Cochabamba, el otro al cual se llega a partir del altiplano y que prosigue hacia los Yungas. La lectura del *Diario* debe acompañarse con la experiencia de este territorio que se extiende desde la puna ventosa y de los cuellos nevados hasta el fondo de los valles templados y los guijarros del Río Grande de Ayopaya, que se puede vadear durante el invierno. Para comprender el universo de los combatientes de una guerra tan larga, hay que ver lo que fue el horizonte de Vargas, que se extiende más allá de los relieves siempre cercanos, conocer el paso rápido de las extensiones de paja brava a los campos de riego trabajados con el arado donde florecían las habas, la alfalfa y las plantas de papa. Las tropas de guerrilla han sacado partido de esa brutalidad de los cambios de clima y de paisaje, han reconocido el papel fundamental que desempeñaban en la organización de su espacio el Río Grande, los cerros de Chicote y de Amutara, y la cordillera de Quimsa Cruz. Sin embargo, el momento más emocionante del recorrido por los valles no fue el del descubrimiento de Chacarí, ese terreno soleado que da a pico sobre el río frente al cerro Chicote, donde Vargas pasó el resto de su vida. Fue aquel en que unos vecinos de Mohosa que accedieron a hablar conmigo descubrieron el diario de Vargas, del cual ninguno de ellos había oído hablar jamás. El lector encontrará, en un anexo de este libro el relato de este viaje.

Este libro, que trata de la independencia del Alto Perú, aparece en un momento de la historia de Bolivia en el que se habla mucho de su refundación, como si la historia de este país no dejara de patalear. Si la historia puede servir al presente, desearía que mis trabajos sobre la obra de Vargas permitiesen medir el camino recorrido desde los combates de los valles, a fin de los que los vivos dejen de querer revivir un pasado concluso para ocuparse de su propia historia y de las exigencias de su presente.

PRIMERA PARTE

Un autor enigmático

Un autor enigmático

Cuando Vargas empieza a escribir su Diario, el Alto Perú no ha ingresado todavía en la era de la imprenta. Existe el libro, es verdad, pero es un objeto raro en los rincones provinciales y, las más de las veces, es importado. La obra que este joven se propone escribir está pues destinada a un tipo de lectura cuyo recuerdo hemos perdido: el del manuscrito único –o copiado en algunos pocos ejemplares– que se lee ante un auditorio de gente conocida, o que se presta a gente amiga. Una obra, en fin, que no puede existir sino a través de las formas de comunicación propias a una sociedad de interconocimiento, que impone a la escritura algunas de sus características, como la atención a los detalles y a las personas o un estilo bastante alusivo.

Sin embargo, cuando acaba su primer manuscrito, hacia 1825 ó 1826, tuvo lugar una revolución que no sólo decretó la soberanía popular, sino también motivó la revolución mediática que de ella se deriva, o sea, la de la prensa, “cuarto poder” que permite la expresión de una opinión pública. Pero a escala del Alto Perú, convertido en la República Bolívar, la opinión pública es todavía embrionaria, queda circunscrita a círculos restringidos y, de ahí, a pesar de todos los esfuerzos, Vargas no llegará a ver su Diario impreso durante su vida.

Es teniendo en cuenta este contexto que conviene abordar nuestra investigación. En primer lugar, Vargas escribió su libro para un círculo inmediato de interlocutores, más que para someterlo a la posteridad. Lo que hoy nos parece enigmático y lacunar en sus escritos no lo era probablemente para el público familiar al cual la obra estaba destinada en primera instancia. Hay muchos misterios del Diario que no existen sino porque la muerte se ha llevado desde hace mucho tiempo a los hombres y mujeres cuyos recuerdos completaban el texto de Vargas y le dispensaban de decirlo todo. Para hacer hablar a esos muertos el

historiador no tiene otro remedio que el de acudir a huellas documentales de sobrevivencia aleatoria.

Lo mismo sucede con la biografía del cronista. Ha tenido, es cierto, el cuidado de resumir su vida para su lector, pero el *curriculum vitae* que ha colocado como uno de los “umbrales” de su último manuscrito y algunos detalles personales dispersos en el Diario suscitan más preguntas que respuestas. ¿Cómo es que este hijo de un notable de Oruro –ciudad del altiplano– se convierte en guerrillero, en primer lugar, y, después, se establece con el estatus de indio en los valles? Y, cuando vivió en el seno de la tropa en tanto que oficial, ¿por qué eligió observar y escribir en vez de comandar? Ni los azares de la guerra ni sus andanzas de niño abandonado bastan para justificar los lazos que se establecieron entre Vargas y ciertas comunidades indígenas; tampoco explican su vocación de escritor ni su arraigo en la zona donde se incrusta la única guerrilla durable de los Andes. Ahora bien, la vida de Vargas ha dejado muy pocas huellas en Bolivia misma, y ha sido necesario recurrir a otros archivos. En esta investigación, por ejemplo, un mapa encontrado por azar en Buenos Aires –e identificado gracias a la colaboración de cuatro historiadores– ha desempeñado un papel protagónico.

CAPÍTULO 1

La filiación de Vargas

Comencemos por levantar el inventario de lo que Vargas sabe de sí mismo o, mejor, de lo que buenamente quiere decirle a su lector. La cosecha no es tan magra, pero hay ciertos silencios que intrigan. Cuenta su vida en un texto de 10 folios presentado al principio del manuscrito que somete a la benevolencia del presidente Belzu, en enero de 1853. La *Breve vida del que escribió* dibuja a grandes rasgos el destino de un Cincinato de la República boliviana, que vivió una juventud aventurera dedicada a la defensa de la libertad y que luego aceptó de buen grado una existencia oscura y laboriosa en el rango más modesto de la sociedad. Todo un modelo para la juventud.¹

Resumámoslo: Vargas nació en 1796 de padres criollos establecidos en la próspera ciudad de Oruro. La precoz muerte de ellos y, luego, la de la tía-abuela que lo educa con amor, lo libra a la arbitrariedad de un tutor tiránico que lo prepara para que sea un empleado subalterno del fisco, en la Caja Real. En noviembre de 1811, la invasión de Oruro por los revolucionarios de Cochabamba le proporciona la ocasión de escapar a su amargo presente y a un moroso futuro. Vaga durante tres años por la región de Cochabamba, en la nada envidiable situación de un huérfano sin protección, antes de reencontrarse, por azar, con su hermano mayor, Andrés, párroco en el pueblo de Cavari, en los valles, cerca

1 Un discurso que encontrará su forma idealizada en la novela de Nataniel Aguirre, *Juan de la Rosa*. Cf. Alba María Paz Soldán, "Foreword", en Nataniel Aguirre, *Juan de la Rosa. Memoirs of the Last Soldier of the Independence Movement*, New York-Oxford, Oxford University Press, 1998, pp. XI-XXXVIII. Trabajos recientes tratan de demostrar que N. Aguirre habría conocido la obra de Vargas, pero no explican el silencio de Aguirre sobre sus fuentes ni permiten conocer la historia de estos manuscritos entre 1853 y su redescubrimiento hacia 1950.

de la villa de Mohosa. Mientras tanto, la guerra, a la que no prestaba ninguna atención, le había atrapado.

El ejemplo del Dr. Andrés Vargas –capellán de guerrilla, independentista convencido y autor de un diario de guerra– determina la vocación de su hermano menor. En noviembre de 1814, José Santos Vargas se alista en las tropas rebeldes con intención de defender una causa justa y, sobre todo, de llevar él también un diario. Elige ser tambor para permanecer al lado del comandante y ser el primer informado de sus decisiones. Se convierte así en alguien cercano al primer dirigente de la guerrilla de los valles, el comandante Eusebio Lira, hacia el cual demuestra una ferviente admiración. Pero este muere asesinado en diciembre de 1817. A pesar de la amargura que le inspira esta muerte funesta, Vargas permanece en la tropa hasta el fin de la guerra y gana no uno sino varios galones (acaba la guerra como comandante). Al mismo tiempo se casa con una cierta Juana Rodrigo, tiene hijos, cultiva un terreno.

Acabada la guerra se afinca en Pocosco, anexo de Mohosa, y se convierte en miembro de una comunidad indígena perteneciente a la categoría de los “originarios”, paga al fisco un tributo de diez pesos al año por el usufructo de la tierra que cultiva. En 1828 se ve mezclado en los acontecimientos que perturbaron la vida de la joven República boliviana. Como encargado de perseguir a los cómplices de una invasión por parte del Perú, es hecho prisionero; amenazado con el pelotón de ejecución, logra, sin embargo, salvar su cabeza. El resto de su vida será apacible, si no próspera, resto de vida signado únicamente por la indeclinable preocupación de mejorar su libro y de darlo a conocer. En enero de 1853 arriesga una última tentativa ante el presidente de la República, Isidoro Belzu, a fin de hacer publicar el manuscrito del Diario que no ha dejado de retocar, y de proponer –sin éxito– su edición. Después de esta fecha, su huella desaparece. No se sabe cuándo murió.

¿Cómo hablar de uno mismo?

Sin igualar en discreción a otros cronistas de guerra, como Robert de Clari, quien no aparece más que una vez en su relato de la toma de Constantinopla por los cruzados, José Santos Vargas eligió la desaparición voluntaria. Sus aprendizajes, sus sucesivas promociones, su matrimonio, el nacimiento de sus hijos, las circunstancias de la muerte de su hermano, la manera en que sobrevivió y compartió su tiempo entre la guerrilla y la tierra, todo ello está ausente o apenas mencionado.² El curso de la guerra importa más que el destino de quien la vive.

2 Fundar un hogar en tiempos de guerra no era, sin embargo, algo simple. En 1819 hereda de su hermano el arriendo de un terreno y de una casa en Pocosco, en el sitio llamado Chacarí.

En abril de 1822, en las cercanías de Cochabamba, es capturado por las tropas del coronel Agustín Antezana cuando observaba los desplazamientos de los realistas: no hará mención de su arresto sino en la lista de oficiales que enumera en un anexo de su obra. En el Diario, antes que sus angustias y su cautividad o la manera en que se evadió, Vargas prefirió contar los grandes hechos de la guerrilla que, con la ayuda de la Providencia –se necesitaba al menos de ella para semejante hazaña–, se apoderó en ese entonces de la rica villa de Irupana, en los Yungas de La Paz.

Sin embargo, en cuatro ocasiones la crisis de la guerrilla lo coloca en primer plano. En la primera asiste a los últimos momentos de Lira, después de haber hecho lo imposible para advertirle del peligro que le amenazaba. En la cabecera de su jefe recibe la confirmación de su misión: ha sido testigo de todo y su mejor compañero.³

Desaparecido Lira, la guerrilla se desmembra; Vargas y sus camaradas se ven cercados por los indios que quieren vengar la muerte del caudillo. En media botella de aguardiente encuentra el coraje para reconfortar a sus compañeros aterrorizados: “Moriremos si somos zonsos”, les dice.⁴ Y sale de este mal paso yendo a unirse a la indiada y haciendo detener y ejecutar a uno de los responsables de la muerte de Lira.

Relata una hazaña semejante en 1824, en circunstancias en las que había sido hecho prisionero el comandante en jefe de la guerrilla, José Miguel Lanza, y sus lugartenientes no pensaban sino en batirse unos contra otros para apoderarse del comando. Vargas se ve, a pesar suyo, colocado bajo las órdenes de uno de esos candidatos al poder, desprovisto de recursos y como alguien peligroso para sus subordinados. Apoyándose en los indios y en la tropa, desarma al importuno y pronuncia en esta oportunidad un discurso en el que exhorta a sus compañeros a permanecer fieles a la causa patriótica amenazada por las ambiciones personales.⁵

En fin, en 1828, cuando era requerido por el gobernador de la provincia para que arrestara a algunos de sus antiguos compañeros cómplices de un proyecto de invasión, es juzgado por una corte marcial improvisada y corre el riesgo de acabar contra un muro. Obligado a hablar de esta desventura, transforma su proceso en bufonería. Su parla atrevida le había salvado, pero escapó con las justas a una condena sumaria.⁶

Se casa poco tiempo después. En agosto de 1822, cuando los realistas invaden la zona, se refugia en el cerro Chicote “con toda su familia”, su mujer y al menos dos niños (José Santos Vargas, *Diario de un Comandante*, p. 324) [en adelante JSV]. En 1824, la familia aumenta. Perseguido de nuevo, huye por algunas semanas, “abandonando a una tierna esposa, con hijos y mucha familia menuda” (p. 355).

3 JSV, p. 195.

4 *Id.*, p. 219.

5 *Id.*, p. 368.

6 *Id.*, p. 395-397.

Un último texto en el que se ocupa de sí mismo: se trata de una de las noticias que figuran en la *Lista de los señores jefes y oficiales que han servido a la patria por su libertad e independencia primordial del gobierno español bajo de las órdenes de diferentes jefes en los valles de Sicásica y Ayopaya*, que constituye uno de los anexos de la última versión conocida del Diario.⁷ Décimo-séptimo de una lista de ciento nueve oficiales, José Santos Vargas resume así su carrera de defensor de la libertad:

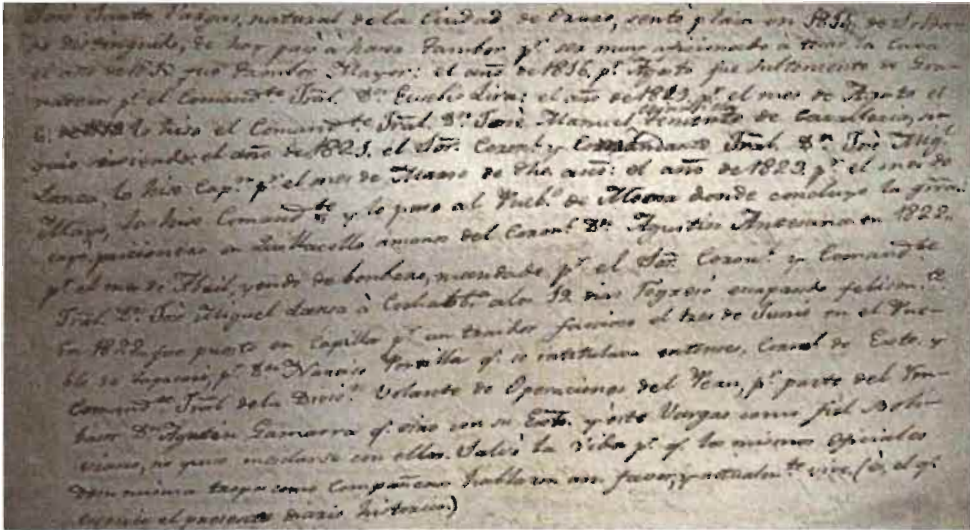
Don José Santos Vargas, natural de la ciudad de Oruro, sentó plaza en 1814 de soldado distinguido. De ay pasó a ser tambor por ser muy aficionado a tocar la caja. El año de 1815 fue tambor mayor. El año de 1816 por agosto fue subteniente de granaderos por el comandante general don Eusebio Lira. El año de 1819 por el mes de agosto, el 6, lo hizo el comandante general don José Manuel Chinchilla teniente de caballería. Siguió sirviendo. El año de 1821, el señor coronel y comandante general don José Miguel Lanza lo hizo capitán por el mes de marzo de dicho año. El año de 1823 por el mes de mayo lo hizo comandante Lanza y lo puso al pueblo de Mohosa donde concluyó la guerra. Cayó prisionero en Quillacollo a manos del coronel don Agustín Antezana en 1822 por el mes de abril yendo de bombero mandado por el señor coronel y comandante general don José Miguel Lanza a Cochabamba; a los 19 días regresó escapando felizmente. En 1828 fue puesto en capilla⁸ por un traidor faccioso el 3 de junio en el pueblo de Tapacarí por don Narciso Portilla (que se intitulaba entonces coronel de ejército y comandante general de la “División volante de operaciones del Perú”) por parte del invasor don Agustín Gamarra que vino con su ejército, y este Vargas como fiel boliviano no quiso mezclarse con ellos. Salvó la vida porque los mismos oficiales de su misma tropa de Portilla como compañeros hablaron en su favor, y actualmente vive. Es el que escribió el presente Diario histórico.⁹

7 Para mayores detalles relativos a la estructura y composición de su obra, ver la segunda parte de este libro, cap. 3.

8 Es decir condenado a muerte

9 JSV, p. 408.

Figura 1
Folio 316 del MsB



Archivo Nacional de Bolivia, ficha que describe la biografía militar del autor

Los esfuerzos autobiográficos de Vargas se limitan, pues, a construir el personaje de un patriota indefectible, que se sitúa por encima de las facciones, y de un guerrero –bastante poco marcial, por lo demás, que parece actuar más por medio de la astucia, el discurso y el tambor, que con la pólvora y el sable–, callando varios otros aspectos de una vida plena y cargada de enseñanzas.¹⁰ Sin embargo, es en estos que nos hemos de interesar, episodios anclados en un pasado que vincula al cronista con lugares, grupos sociales y una práctica de la escritura.

Natural de Oruro

Había yo nacido en la ciudad de Oruro (antes la Villa de San Felipe de Austria el real de Oruro) a 28 de octubre de 1796, siendo hijo de un don Blas Mariano Vargas, capitán de caballería de los ejércitos reales y escribano público de cabildo, gobierno y guerra en aquel tiempo, y de doña María Guadalupe Medrano, por cuyo fallecimiento que fue a 14 de agosto de 1802 quedé al abrigo de mi señor padre cuyos días duraron hasta el 22 de marzo de 1804. Mas quedando en la orfandad fui cobijado por una tía-abuela mía, doña Gregoria Díaz de Alda, comúnmente llamada la Condo Goya,¹¹ quien así mismo desgraciadamente falleció el 4 de octubre de 1810.¹²

10 Gunnar Mendoza ha subrayado algunos de sus aspectos importantes (JSV, p. XVI-XXIX).

11 La señora de Condo o Gregoria de Condo. El pueblo de Condo está situado al sur de Oruro. Veremos en el cap. 8 que es posible interpretar de otra manera este apodo.

12 JSV, p. 16.

Hijo de una ciudad activa,¹³ José Santos es Medrano por su madre¹⁴ y Vargas por su padre. De éste, conocido con el apodo de *Mutucuchillo*¹⁵ (“cuchillo sin filo”), y al cual José Santos atribuye, de modo equivocado, una carrera militar, los archivos españoles proporcionan algunos elementos interesantes. En ellos aparece como escribano de cabildo de la municipalidad, cargo venal de buenos ingresos que permitía estar informado de las operaciones y de las tratativas sometidas al arbitraje de los ediles.¹⁶ En tal condición conocía los contratos que pasaban por esta institución primordial de la sociedad de antiguo régimen: alquiler de tierras y de inmuebles, gestión de los ejidos¹⁷ y de los mercados, adjudicación del aprovisionamiento de la ciudad... Estaban, pues, en juego, intereses importantes, y también conflictos y rivalidades. La posición de escribano de cabildo confería a la vez conocimiento, poder y riesgos, como demuestran los acontecimientos de los que Oruro fue teatro en 1781.

Quince años antes del nacimiento de José Santos, su ciudad natal fue afectada por las ondas de la gran rebelión. Gracias a los trabajos de Fernando Cajías¹⁸ sabemos más sobre la actitud ambigua de ciertos patricios de la ciudad a quienes la voluntad de resolver en provecho suyo las rivalidades internas condujo a apelar, contra su propia ciudad, a la intervención de los indios en rebelión. Por entonces, los dirigentes de Oruro se dividían en dos bandos: el de los criollos de antiguo linaje que controlaban el cabildo y los principales corregimientos de la provincia, y el de los vascos recién llegados de España, dinámicos y prósperos, que disputaban con éxito la riqueza minera de la provincia a sus antiguos propietarios. Poco antes de que la rebelión de Tupac Amaru y, luego, la de Tupac Catari pusieran en peligro el orden colonial en los Andes, la tensión había aumentado entre las elites de Oruro hasta el punto en que una alianza con los rebeldes indígenas pareció una buena solución a los dirigentes del bando criollo, entre los cuales se distinguían los hermanos Rodríguez. Estos últimos, ricos y poderosos, asumieron

13 De la cual el anónimo autor del *Bosquejo de la riqueza de Bolivia* (La Paz, Plural, 1994) escribía en 1830: “Situada la ciudad sobre un tránsito necesario a todas direcciones, era como un receptáculo y un almacén de todas las producciones peruanas y de los departamentos de La Paz y Cochabamba” (p. 78).

14 En 1606 hay dos Medranos entre los fundadores de la ciudad, y el jefe de una de las facciones que aún se la dividen, hacia 1750, es un Herrera Medrano.

15 Archivo histórico de La Paz [ALP], serie Z, Intendencia, gobierno, expedientes, 1786 (1).

16 No hay obra que se ocupe de esta corporación en los Andes, pero es posible remitirse con utilidad al trabajo de Ivonne Mijares Ramírez, *Escribanos y escrituras públicas en el siglo XVI: el caso de la ciudad de México*, UNAM-IIH, México, 1997. Recordar que el conquistador de México, Hernán Cortés, comenzó sus actividades en las Indias con estas mismas funciones (Bartolomé Bennassar, *Cortés. Le conquérant de l'impossible*, París, Payot, 2001, cap. 1).

17 Los terrenos comunales.

18 F. Cajías, “Los objetivos de la revolución indígena de 1781: el caso de Oruro”, *Revista Andina*, Cuzco, 1983, p. 409 y sq.

el riesgo de abrir las puertas de la ciudad a las tropas de Catari. Sobrevino una masacre de los metropolitanos y sus aliados. El presidente de la Audiencia de Charcas, Ignacio Flores, un aristócrata de Quito, hijo del marqués de Miraflores, se convirtió, a la larga, en sospechoso por haber preferido el apaciguamiento a la represión, y por haber nacido en América y no en España.¹⁹

La posición del padre de nuestro autor, don Blas Mariano Vargas, naturalmente involucrado en estos conflictos, era por demás delicada. Sus funciones de escribano del cabildo, sus intereses económicos (poseía minas, estaba endeudado con la caja real por la compra de azogue, y sufría por el irresistible ascenso del clan de los metropolitanos), así como sus redes personales, lo vinculaban indiscutiblemente con el clan de los criollos. Y, más que algunos entre ellos, podía parecer comprometido en la alianza con los rebeldes, pues hablaba las dos lenguas vernáculas, el aimara y el quechua. Personalmente interesado en la querrela sin misericordia en que estaban enfrascados ambos bandos, asociado a todas las intrigas del cabildo, y capaz de servir de intermediario entre la ciudad y el campo, podía aparecer como uno de los principales sospechosos cuando llegue el momento de sancionar a los rebeldes. Tuvo, pues, necesidad de mucha viveza y astucia para invertir la situación a partir del momento en que se dio cuenta de las funestas consecuencias de la insurrección. De protagonista, se convirtió en víctima. Pretendió haber sido blanco de la hostilidad de los hermanos Rodríguez, jefes de la conspiración, y haber escapado a la muerte prometida sus adversarios refugiándose en el convento de San Francisco.²⁰ En cuanto logró salir de la ciudad tuvo que multiplicar las pruebas de su fidelidad a la corona.

La continuación de sus aventuras y sus consecuencias sobre el destino de su hijo han sido reconstituidas con ayuda de un mapa encontrado por azar.

Las enseñanzas de un mapa

En 1991, un colega ahora fallecido, Thierry Saignes, me informó sobre un descubrimiento que había hecho en el Archivo General de la Nación, en Buenos Aires. Se trataba de un mapa del cual él pensaba que había sido trazado por orden de un oficial de las tropas de pacificación del Alto Perú, en los años 1810-1820. Sin embargo, la leyenda que lo acompañaba mostraba que, si bien correspondía al territorio controlado por la guerrilla que operó en las provincias de Sicasica y

19 Archivo Histórico Nacional, Madrid (en adelante AHN), consejos, 20367, exp. 4, residencia de Ignacio Flores por Francisco de Viedma.

20 Archivo General de Simanca (AGS), *Secretaría de Guerra*, 6804, exp. 26, 1790. San Francisco era el lugar de asilo de los orureños. En noviembre de 1811, el tutor de José Santos se refugió allí cuando los cochabambinos intentaron apoderarse de la ciudad.

de Ayopaya, el documento era anterior –en algo más de treinta años– a la guerra de la independencia.

La obra que acababa de publicar María Eugenia del Valle de Siles sobre la rebelión de Tupac Catari me permitió fechar con precisión los sucesos que ilustra el mapa:²¹ se trataba de una campaña llevada a cabo entre el 30 de mayo y el 29 de julio de 1782 por el coronel de dragones José de Reseguín, comandante en jefe de las tropas auxiliares encargadas de erradicar los últimos rezagos de la revuelta indígena. En mayo de 1782, cuando en el Perú las tropas de Tupac Amaru ya habían sido derrotadas o sometidas, y cuando, en la Audiencia de Charcas, Tupac Catari ya había sido ejecutado y sus fuerzas derrotadas en Peñas (cerca del lago Titicaca), millares de indios controlaban aún la región de los valles y se negaban a rendirse. A fin de pacificar la zona, el coronel Reseguín logró reunir un importante contingente. En total, 6.760 soldados, provistos de armas de fuego y de artillería de montaña,²² recibieron la misión de reducir a cerca de 12.000 indios (estimación de Reseguín), entre los cuales habían muchas mujeres y niños, pues los rebeldes se habían replegado con sus familias y, además, sus rebaños.

A pesar de su número, los indios, mal armados y sin formación militar, no tenían *a priori* ninguna posibilidad de escapar. Sin embargo, se necesitó dos meses de una difícil campaña para derrotarlos, una acción emprendida por un ejército tan numeroso como los más fuertes contingentes de las guerras de independencia. Se puede intuir que esta expedición revela un terreno propicio a la resistencia y tácticas indígenas de las que otros rebeldes podrán más adelante sacar partido.

Las idas y venidas consignadas en el Diario de Reseguín, indicadas en el mapa que ilustra su campaña, muestran cómo se había organizado la resistencia de los rebeldes, atrincherados en una región que ofrecía tanto refugios inexpugnables –donde los rebeldes podían esperar refuerzos– como posibilidades de escape para reiniciar el combate en la zona más poblada y más rica, la del altiplano, o, en un caso desesperado, para replegarse hacia la selva.

21 María Eugenia del Valle de Siles, *Historia de la rebelión de Tupac Catari, 1781-1782*, La Paz, Ed. Don Bosco, 1990. Un capítulo importante de esta obra está dedicado a la expedición de Reseguín, “Una pacificación desconocida. Campañas de Reseguín en los valles nor-orientales de Sicasica”, p. 389-412.

22 Se trata de una fuerza considerable a escala de los Andes, comparable a los ejércitos que se enfrentaron en los últimos combates de la guerra de independencia, en Junín y Ayacucho, muy superiores a las que pudo movilizar Simón Bolívar en el curso de su “campaña admirable” de 1813.

Figura 2
Mapa de los valles en 1782



Archivo General de la Nación Argentina, Buenos Aires, mapoteca. N° II, 268. El mapa está ordenado según el relieve, desde el altiplano, arriba, hacia el Río Grande de Ayopaya, abajo. La Paz figura arriba, a la derecha

De izquierda a derecha, el mapa sitúa el emplazamiento de los refugios sucesivos, de los cuales dos, el primero arriba, a la izquierda, y el segundo al centro, habían sido definidos en función de una estrategia de conjunto. El primero, en torno de Ajamarca, corresponde al alto valle del río de Mohosa. Los indios se habían replegado allí con sus rebaños y, conocedores del desgaste de las fuerzas de pacificación, que desertaban fácilmente,²³ podían creerse a salvo de una expedición de mediana importancia. Pero, en el caso de que, no obstante, el adversario llegase a desalojarlos de Ajamarca, deberían alcanzar una zona casi desconocida, de vegetación densa y relieve abrupto, comprendida en un cuadrado limitado por los poblados de Quime y de Choquetanca Chico (de izquierda a derecha), Cañamina y Haraca (de abajo a arriba). El cartógrafo había delimitado en rojo y subrayado en amarillo este territorio que había de costarle muchas penalidades a la tropa.

Entre Ajamarca y Choquetanca, la resistencia debía cada vez acorralar y fatigar a su adversario en los emboscados naturales de la zona, macizos y altos

23 Testimonios, diarios e informes coinciden en denunciar la importancia de las desertiones entre las tropas realistas. Consultar los documentos reunidos por M. E. del Valle de Siles, *Testimonios del cerco de La Paz*, La Paz, Ed. Don Bosco, 1980, así como los papeles del presidente Ignacio Flores conservados en el fondo Jijón y Caamaño, en los archivos del Banco Central del Ecuador, en Quito (ABCE).

valles, donde la caballería resultaba inútil, y donde, a pico sobre los soldados, los indios podían desorganizar columnas lanzando sobre ellas galgas²⁴ matadoras.

La elección de estos bastiones naturales ofrecía, pues, a los rebeldes, dos salidas: por arriba, podían escaparse en dirección al altiplano franqueando las cabeceras de los valles y, si sus fuerzas se lo permitían, tomar por detrás las ciudades claves –Oruro y La Paz–, por otra parte, yendo por Irupana y Chulumani, hacia los Yungas, podían encontrar asilo entre los indios mosetenes. Pero este plan fue reducido a la nada por el inesperado poder del adversario.

En 1782, José de Reseguín, quien tituló su mapa: *Plano que demuestra el terreno que ocupaban los Yndios Rebeldes de las Montañas de Leque, Mohosa, Cabari, Ynquisivi, Capiñata, Choquetanca*, circunscribía así el teatro mismo de la futura guerrilla de Sicasica y de Ayopaya que, según su cronista, José Santos Vargas, llegó a controlar, desde fines del año 1817 “en el partido de Sicasica, el primer pueblo de [...] Mohosa, Cavari, Inquisivi, Ichoca, Yaco, Quime, Capiñata, Colquiri, Haraca; en el partido de Chulumani (que es Yungas) Suri y Sircuata en el partido de Ayopaya eran su capital Palca, Machaca, Morochata, Charapaya, Choquecamata, Leque, Calchani y Yani”.²⁵ Si bien el mapa encontrado en Buenos Aires por Thierry Saignes era bastante anterior a la guerra de independencia, no por ello no figura y delimita el terreno de acción de la posterior guerrilla, situado en el margen izquierdo del Río Grande de Ayopaya. Y en ese mapa de 1782 ya figuraba en un buen lugar el pueblo de Mohosa, que luego constituyó el primer núcleo de la guerrilla y una de sus bases hasta el final de la guerra. José Santos Vargas fue su último capitán.

El mapa y el Diario de José Santos Vargas

A fin de verificar con rigor estas coincidencias, he tomado nota de los detalles toponímicos del mapa de Reseguín y buscado su presencia en el Diario de Vargas. Todos figuran allí, con excepción de los que corresponden a la zona del último refugio de los rebeldes de 1782, de los que Reseguín escribía: “Era un parage enteramente desconocido, aun por los mismos rebeldes que se habían refugiado en aquellas montañas”. Inhabitada a fines del siglo XVIII, esta zona inhospitalaria probablemente volvió a ser salvaje después de la breve ocupación de los fugitivos.

En cuanto a todo lo demás, el mapa de Reseguín demuestra que sus tropas y las de la guerrilla habían operado en los mismos pueblos, atravesado los mismos ríos, escalado los mismos montes. Estos refugios naturales habían acogido a las primeras tropas de francotiradores que se habían formado, en 1811, como auxiliares del cuerpo expedicionario argentino conducido por Balcarce y Castelli, y fue en la cordillera

24 Técnica de guerra indígena que consiste en lanzar bloques de piedra sobre el adversario.

25 JSV, p. 197 y TMV, p. 180.

de Toco [Nº 11 en el mapa o plano de Reseguín] que, por entonces, se atrincheró el capitán Dionisio Lira, fusilado en junio de 1813 por haber intentado organizar a las comunidades indígenas de la provincia. Dionisio Lira fue el padre del primer comandante de la guerrilla, Eusebio Lira, héroe de la crónica de Vargas.²⁶

El plano de la expedición de Reseguín permite así inscribir la guerrilla en una continuidad. Rebeldes en 1780-1872, los valles lo eran aún en 1811-1825; lo fueron en 1898-1899, cuando, con motivo de una guerra civil, el pueblo de Mohosa desempeñó una vez más un papel protagónico.²⁷ Recurrencia que debería incitar a buscar las huellas de otras revueltas de Mohosa en los siglos XVI y XVII, y a proseguir hasta nuestros días, si es posible, la explicación de semejante perseverancia en el rechazo.²⁸

Figura 3
Juicio criminal de Mohosa, cuerpo 11, 1905



Archivo Histórico de La Paz, Corte del Distrito Judicial de La Paz

26 JSV, p. 33.

27 He tratado de la participación de las comunidades indígenas de Mohosa en la guerra civil en "Darwinismo a la criolla: el darwinismo social en Bolivia, 1870-1910", *Historia boliviana*, Cochabamba, 1981, I/I, p. 52-82. Igualmente en "Sobre jefes legítimos y vagos. Insurrecciones indígenas y guerra civil en Bolivia", *Historia y cultura*, La Paz, Nº 7, octubre de 1985, p. 51-73.

28 Sobre la continuidad rebelde de Mohosa, consultar de M.-D. Demélas, "Civil wars in the 19th century. The case of Bolivia", en R. Earle ed., *Rumors of Wars*, ILAS-University of London, 2000, p. 150-161.

Vargas, padre e hijo

Si la comparación entre el mapa de 1782 y el Diario de 1814-1825 aproxima acontecimientos y lugares, su recíproco enriquecimiento no se acaba ahí: también hay hombres que se vinculan, pese a los treinta años de distancia y saberes que se transmiten.

Desde el principio de la guerra de independencia, en 1811, las fuerzas de represión realistas apelaron a la experiencia de viejos soldados que antaño habían combatido a los rebeldes en la provincia donde acababa de aparecer una guerrilla. Entre estos figura el teniente coronel de milicias don Gerónimo Marón y Lombera, hacendado de la provincia de Cochabamba, que había participado en la expedición de Resegún [*Nos. 13, 26 y 31 en el plano*]. En abril de 1812, a la cabeza de dos escuadrones de caballería y de 850 fusileros, aplasta una primera reunión de 2.000 indios en Belén, cerca de Sicasica.²⁹ En esa ocasión, había sido designado “comandante general apaciguador de los valles”.³⁰ A pesar de una avanzada edad, ocupaba todavía estas funciones en 1816.³¹ Murió al año siguiente.³²

Pero entre la sublevación popular y la guerra de independencia, las coincidencias humanas van aún más lejos, y si bien un estrecho lazo vincula el mapa de 1872 con el diario de la guerrilla, es aún más fuerte el que unía al autor del diario con esta expedición, emprendida quince años antes de su nacimiento, pues su padre, don Blas Mariano Vargas, había también servido bajo las órdenes del comandante Resegún.

Antes de describir la participación de Blas Mariano Vargas en la campaña de 1782, conviene evocar ciertos aspectos curiosos de la vocación literaria del guerrillero, vocación que estuvo en el origen de su compromiso. Cosa extraña, ciertamente, José Santos se enroló en la guerrilla en 1814 por motivaciones propias a un hombre de letras.³³ No era un guerrillero, sino un escritor adolescente que había encontrado en la guerra de independencia un soberbio tema. Su

29 JSV, p. 27.

30 *Ibid.*

31 *Id.*, p. 110. En 1809, cuando habían comenzado las primeras rebeliones de Chuquisaca y de La Paz, don Gerónimo Marón y Lombera, propietario de las haciendas de Viloma y Vilomilla, y comandante de milicias de Cochabamba, se alinea con las fuerzas del orden. A su muerte, en 1817, había alcanzado el grado de brigadier (Archivo Nacional de Bolivia [ANB], *expedientes coloniales*, 1806, exp. 57, et 1822, exp. 41, y Estanislao Just Lleó, *Comienzo de la independencia en el Alto Perú: los sucesos de Chuquisaca, 1809*, Sucre, editorial judicial, 1994, p. 229-230). Se vuelva a encontrar igualmente sus huellas en los archivos municipales de Cochabamba.

32 Archivo Municipal de Cochabamba [AMC], Expedientes coloniales, vol. 295, exp. seguido contra Lucas Maldonado y Flores sobre delito de robo.

33 Sobre la declinación social de José Santos Vargas, consultar mi artículo “Je suis oiseau; voyez mes ailes... Je suis souris: vive les rats!” [“Yo soy pájaro; ved mis alas... Yo soy ratón: ¡viva las ratas!”], *Caravelle*, Cahiers du monde hispanique et luso-brésilien, Toulouse, 1994, N° 62, pp. 179-191.

hermano, que había servido como capellán en algunas de las primeras guerrillas de los valles, había llevado de ellas un diario que hizo leer a su hermano menor a fin de conseguir su adhesión a la causa revolucionaria.

Estando así con mi hermano, en sus conversaciones y en sus pláticas me mostró un corto diario de algunos sucesos de años adelante del de esta fecha. Yo lo leí por una vez y otra, y como me pareciese algo divertido dicho diario me animé en que lo había de hacer otro tanto si caso existiese en estos lugares.³⁴

Y, así, José Santos se hizo guerrillero a fin de poder escribir. No se puede ser más claro:

Ansioso estaba yo de ser patriota, mucho más con la intención de saber y apuntar lo que sucediese. Ello es que me entropé por ser más testigo ocular de los hechos [...].³⁵

Toda vocación literaria comporta una parte de misterio. En el caso de José Santos, esta elección implicaba no un retiro del mundo, frecuente en los escritores, sino, casi al contrario, un compromiso tal, que le obligaría a arriesgar su vida durante once años. Empezó incluso la tarea de organizar su carrera militar en función de su voluntad de escribir: alistado como simple soldado, llegó a ser pronto secretario del comandante, era él quien redactaba el correo y las proclamas, leía las gacetas que llegaban de Buenos Aires, servía de escribano en los procesos sumarios y llevaba las cuentas de la guerrilla al mismo tiempo que escribía su diario. Al mismo tiempo, se puso a aprender a tocar la caja para llegar a ser tambor. Pronto tambor-mayor, es el hombre que jamás se aleja del comandante durante los combates, pues es quien trasmite las órdenes,³⁶ razón por la cual, además, representa un blanco especial. Extraño escritor que flirtea con la muerte, extraño guerrero que hace la guerra con los palos de un tambor.

Otra fuente de sorpresa: la calidad de su escritura. A los dieciocho años, José Santos, que según su testimonio no había pasado más que cuatro años en una escuela donde detestaba al maestro y donde no aprendía nada,³⁷ emprende el

34 JSV, p. 22.

35 *Id.*, p. 9.

36 *Id.*, p. 10. “Como yo tenía regular letra por entonces, el comandante don Eusebio Lira, el segundo jefe don Pascual García y todos los demás jefes y oficiales que habían en aquellos Valles me ocupaban en la pluma, y yo que tenía intención de apuntarlo todo lo que pudiera suceder me introducía más por solamente informarme mejor para apuntarlo todo. Por eso aun no quería tener ascenso alguno ni quería salirme de tambor mayor; mas era por estar al lado de los jefes y saber todo lo que ocurriese, así es que cuando había alguna novedad siquiera yo ya me introducía, y ellos que siempre necesitaban de un plumario amanuense me admitía nomás. Por eso es que no se me escapaba la más mínima novedad que ocurría: me dejaban y me confiaban, yo también guardaba algún secreto en la cosa más leve”. Cursiva de la autora.

37 *Id.*, p. 11: “Aunque no aprendía nada pero estaba siempre en la escuela”.

trabajo de escribir con un dominio sorprendente del lenguaje en una persona tan joven y –en principio– tan poco letrada. Desde las primeras semanas domina el arte del diálogo y sabe escenificar combates heroicos; el admirable relato del fin del capitán Eusebio Lira y del castigo de sus asesinos habría sido escrito cuando no tenía más que veintiún años. ¿Dónde había adquirido esa precoz habilidad?

Último tema de interrogación: además de sus cualidades de soldado, de escritor y de percusionista, Vargas pretender ser uno de los mejores guías de la guerrilla, cuyo conocimiento de los senderos de esta difícil región fue, a menudo, utilizado por el comandante.³⁸ Ahora bien, a diferencia de muchos otros guerrilleros a los que no atribuye los mismos talentos de guía, José Santos no era originario de los valles. Había vivido en Oruro hasta la edad de catorce años, luego, expulsado de la ciudad por los azares de la guerra, había errado durante cuatro años por los pueblos de la zona de Cochabamba.³⁹ Cuando se alista, no conoce los valles sino desde hace dos o tres meses (Vargas no indica la fecha exacta de su enrolamiento). ¿Cómo explicar que haya aprendido tan pronto a orientarse en un territorio que no era el suyo? La clave de estos enigmas se encuentra en el pasado. Pasado histórico, pasado familiar sobre todo, pues las aventuras del padre de José Santos, don Blas Mariano Vargas, responden a muchas de las preguntas que se plantean al lector.

En 1781 y 1782, después de haber escapado, como pretende, a la venganza de los asediados de Oruro, don Blas Marino Vargas había dado prueba de su celo levantando una tropa a costo propio, con el fin de participar en la lucha contra la rebelión.⁴⁰ En un primer momento había operado en los alrededores de Oruro y en su provincia. Habiendo dado prueba de su lealtad, la que, por otra parte, fue recompensada con el grado de capitán de milicias de La Joya –el asiento minero donde explotaba un filón–, llevó a sus hombres a una segunda expedición destinada a liberar la ciudad de La Paz, de nuevo asediada por los indios, desde octubre a diciembre de 1781. Más adelante, en febrero de 1782, recibió orden de unirse al destacamento del comandante Tirry, con base en Sicasica, y fue así como se unió a la expedición emprendida por Reseguín en junio-julio de 1782.⁴¹

A pesar de que no menciona su nombre, el mapa de Reseguín permite conocer cuál fue su participación. En una demanda que presenta al Consejo de Indias unos

38 *Id.*, prefacio, p. XX

39 *Id.*, p. 19: “[...] *Andaba fugitivo en los pueblos de Arani, Tarata, Toco y Clisa, donde algunos me cobijaban*”. El villorrio de Toco, del que se trata aquí, está situado a cerca de 40 leguas del cerro de Toco [Nº 11 en el mapa].

40 Como ciertos autores han subrayado con razón (sobre todo L. Campbell), América española disponía de pocas tropas regulares y la defensa de cada ciudad-territorio correspondía a la acción de los vecinos y de los notables. Era, pues, común para éstos consagrar una parte de sus ingresos a formar una tropa, sacrificio que en seguida hacían valer el Rey y el Consejo de Indias para solicitar gracias y favores.

41 AGS, *secretaría de guerra*, 6804, exp. 26.

años más tarde, don Blas Mariano Vargas se vanagloria de haber “marchado con dos compañías a los altos de Mohosa a habilitar los caminos de los valles”:⁴² es, pues, él quien dirigió las dos compañías enviadas a los altos de Mohosa para proteger la marcha del coronel Velasco y castigar al pueblo rebelde [*Nº 7 en el mapa*].⁴³ Partió con sus hombres el 4 de junio y cumplió su misión sin vacilar. Al anoecer del 5 de junio, el grueso de la expedición, que acampaba en el valle alto, en Marquiribi, vio elevarse humaredas encima de Mohosa: el capitán Vargas había incendiado todo el pueblo, respetando sólo la iglesia, sobre cuyas puertas se colocó este aviso: “Que las tierras de aquellas comunidades se vendían por el Rey a los particulares que las quisieran comprar por ser conveniente la extinción de esta obstinada gente”.⁴⁴

Después de dedicarse durante doce días a la limpieza de la zona, don Blas Mariano Vargas se reunió con el cuerpo principal de la expedición y luego regresó a Sicasica para terminar la pacificación. Escribe: “De regreso [de los Altos de Mohosa, don Blas Mariano Vargas] se condujo al pueblo de Sicasica a reunir a los indios dispersos y atraerlos a la piedad del perdon”.⁴⁵

Fue, pues, un soldado dedicado el padre del cronista rebelde. Sin embargo, a pesar de lo que pretende José Santos, las armas no eran lo suyo. Escribano del cabildo de Oruro en el estado civil fue también nombrado escribano de guerra –a título excepcional– por la junta de guerra de Oruro. Es en el marco de estas funciones que tomó la pluma en el curso de sus campañas para consignar las confesiones de los prisioneros acusados de haber organizado la rebelión de la ciudad, a los que sirvió igualmente de intérprete cuando eran indios. Y redactó las minutas de las sumarias.

Con tales aptitudes, parece verosímil que Vargas padre pudo ser a la vez guerrero y cronista de los sucesos en los que participó. Con ocasión de una salida en campaña, el comandante en jefe acostumbraba designar al escribano de guerra –o a uno de sus oficiales– para llevar el diario de la expedición a partir del cual redactaría su informe final. Don Blas Mariano Vargas pudo haber sido ese escriba –los escribanos no debían ser numerosos–, así como podía también haber llevado su propio diario, sin haber sido explícitamente designado por Reseguín. La gran rebelión proporciona numerosos ejemplos de este tipo, ya que la necesidad de escribir en esos tiempos difíciles estaba mucho más extendida de lo que se podría creer.⁴⁶

42 *Ibid.*

43 La leyenda precisa: “dos compañías destacadas en los Altos de Mohosa para cubrir y sostener la marcha de Velasco, dirigida a castigar al pueblo de este nombre, y facilitar la subida”.

44 AGI, Charcas, 595, cité par M.E. del Valle de Siles, *op. cit.*, p. 399.

45 AGS, loc. cit., f. 33.

46 Sobre la importancia de los diarios y de las memorias en el Alto Perú en esta época, consultar las precisiones de Gunnar Mendoza como introducción al texto de Francisco Tadeo Diez de Medina, *Diario del alzamiento de indios conjurados contra la ciudad de Nuestra Señora de La Paz, 1781*, éd. M. E. del Valle de Siles, La Paz, 1981, p. XV-XXI.

Cuando se alistó para escribir en 1814, el guerrillero José Santos Vargas disponía, pues, no de un único modelo, como pretende, sino de dos, ambos fuentes de inspiración y de información. Detrás de la experiencia de su hermano, capellán de guerrilla y cronista, estaba también presente la de su padre, oficial de milicias reales y escribano. Este último le dejaba además una herencia de intereses y de lazos con las comunidades indígenas de los valles, herencia que ilumina ciertas sombras del destino de su hijo, y cuya huella ha sido necesario buscar en los archivos de La Paz y de España.

En efecto, la atención que don Blas Mariano Vargas dedicó a los habitantes de los valles no terminó con el aplastamiento de la sublevación. Cuatro años más tarde, en febrero de 1786, se asoció al Protector de indígenas de Oruro, don Fermín Aguirre, para dirigir convocatorias a los dirigentes de las comunidades de Yaco, Leque, Mohosa e Ichoca, los mismos a los que antes había combatido. Estas cartas fueron interceptadas y el subdelegado de Oruro emprendió una investigación entre los pastores de los valles, quienes informaron de rumores de conspiración. Sospechoso de incitar a los indios a reiniciar la guerra, el escribano debió huir a Chuquisaca para escapar a una orden de arresto.⁴⁷ Fue el único sinsabor que le causó el asunto pues la investigación fue rápidamente suspendida por orden del Intendente de Cochabamba, don Francisco de Viedma, quien pensaba que el subdelegado de Oruro exageraba las sospechas para darse importancia. Viedma temía también que un exceso de rigor, casi seguro, reactivaría la revuelta más que los proyectos inconsistentes del capitán Vargas y del Protector de Indígenas, del cual no se volverá a hablar en los archivos de la intendencia.

Incluso si su asunto acabó rápidamente sin consecuencias uno no puede dejar de interrogarse sobre las motivaciones de ambos compadres. Si los estrechos lazos del Protector con las comunidades se explican por las funciones que ejercía, es más difícil entender cómo el capitán Vargas había llegado a atraer a caciques a cuyas fuerzas no hacía mucho había combatido. ¿Su interés en la zona de Mohosa era anterior a la época en que perseguía a los insurgentes o, bien, sus incursiones habían concluido en extrañas alianzas? ¿Había sido el ejecutor implacable que deja traslucir el informe de Reseguín o es que se había esforzado en limitar las consecuencias de las órdenes que había recibido?

47 ALP, serie Z, Intendencia, gobierno, expedientes, 1786 (1). ALP/EC, C 107 E 3. Denuncia del indio Felipe Vida, de la hacienda de Lequepalca (partido de Paria) contra el protector de naturales don Fermín Aguirre y el escribano don Blas Mariano Vargas, 8 de marzo de 1786. El denunciante evoca los rumores de una reunión de 4.000 indios de Yaco, Leque, Mohosa e Ichoca, “que entonces degollarán a todos para alzarse otra vuelta” (fs.2v-3). Detalle sabroso: las minutas de la pesquisa están firmadas por el escribano Juan Manuel Cáceres, quien asistirá a la junta revolucionaria de La Paz, en 1809, y luego asumirá la jefatura de las comunidades indígenas que sitiaron La Paz en 1811 (René D. Arze Aguirre, *Participación popular en la independencia de Bolivia*, La Paz, Ed. Don Bosco, 1979, p. 110-115, y ANB, expedientes coloniales, serie INP, *passim*).

Este comportamiento ambiguo encuentra su explicación en la estructura misma de esta sociedad de antiguo régimen. Nadie podía sustraerse a las redes de lazos en los que había transcurrido su vida social. Algunos eran adquiridos o heredados, otros se tejían voluntariamente en el curso de una vida. Un accidente tal como una guerra civil o una rebelión ponía en riesgo todo ese paciente trabajo, revelando la incompatibilidad de ciertas alianzas. En la corriente de la gran rebelión, el escribano del cabildo de Oruro, empujado por inevitables conflictos de lealtad, no se había manejado nada mal, a condición de que sus aliados antagónicos acaben por aceptar sus sucesivos cambios de rumbo. No sabemos cómo lo consiguió, pero podemos sin embargo reconstituir la sinuosa lógica de sus acciones públicas. Vinculado al cabildo de Oruro y comprometido con las comunidades indígenas procedentes de los valles, había preservado sus intereses y su libertad sirviendo al rey a expensas de sus conciudadanos criollos y de los focos de resistencia en los valles. Pero pasado el peligro, don Blas Mariano Vargas no se proponía cortar sus indispensables alianzas indias, y renovaba lazos con las comunidades que le conocían. Como este tipo de comportamiento era común a todos –más adelante volveré sobre el importante tema de los tráfugas–, sus interlocutores no se mostraron por largo tiempo molestos por sus intermitentes fidelidades y así continuó, hasta su muerte, preservando sus intereses tanto en el altiplano como en los valles.

Al final de esta parte de la investigación queda, pues, establecido que la familia Vargas conocía el terreno de los valles y sus habitantes desde mucho tiempo antes de la guerra de independencia, y que este conocimiento, en el notable criollo que era don Blas Mariano Vargas, se daba tanto a través de lo escrito, su oficio, como a través de las armas, que sabía manejar.

Su hijo mayor, el cura Andrés Vargas, quien debió nacer a comienzos de los años 1780,⁴⁸ se benefició de los conocimientos de su padre y de la red social que había tejido en los valles para establecerse cómodamente en el curato de Cavari, en los alrededores de Mohosa.⁴⁹ Y José Santos, quien no era tanto hijo de sus obras como su Diario trata de hacerlo creer, fue probablemente adoptado y reconocido en esta región en virtud de los mismos lazos. El azar y la guerra lo guiaron menos hacia Mohosa que el peso de las empresas de su padre, y luego las de su hermano.

48 Se trata de una inferencia: a la muerte de Blas Mariano Vargas, en 1804, su primogénito había alcanzado ya el grado universitario de licenciado (AGI., Charcas, 654, Libro manuel de la real caja de Oruro, 1806). En cuanto a sus funciones como cura de Cavari, el diario no las precisa. Se trata de un detalle proporcionado por Gunnar Mendoza, quien no cita sus fuentes. Me inclinaría más bien hacia las funciones de sacerdote interino, o teniente de cura que tomaba a su cargo el servicio de un titular ausente (o más bien ausentista).

49 JSV, p. 22.

La fraternidad

En este punto de la investigación subsisten numerosas incógnitas. Sabemos algunas cosas sobre el padre de nuestro cronista, pero poco de su madre y de su tía-abuela –su apodo, su carácter afectuoso, su actividad de propietaria de un tambo, lo cual suponía fortuna e importantes intercambios, a escala de los Andes Centrales.⁵⁰ En cuanto a su hermano conocemos su título, lugar de residencia, propiedades, convicciones políticas, el llevar un diario y hasta ciertas palabras que su joven hermano transcribe. Pero desaparece de pronto de la crónica en 1816 y de la vida tres años más tarde.

¿Por qué Vargas, quien subraya el papel determinante de este hombre en lo que parece haber sido lo esencial de su vida –su compromiso con la guerrilla y la escritura de su diario–, y que describe la muerte de su jefe, Eusebio Lira, con tanta emoción y detalles, pasa tan rápido sobre la desaparición de su hermano mayor? Sin una palabra de explicación, se escamotea. En 1816, Andrés Vargas es detenido por las tropas realistas y llevado a Oruro. En 1819, ha muerto, dice José Santos, a fin de explicar por qué vive en adelante en la explotación de Charcarí, cuyo arriendo ha heredado.⁵¹ ¿Andrés Vargas pasó tres años en la prisión de Oruro? ¿Falleció por enfermedad, por un accidente o herido de muerte por cuatro balas ante un pelotón realista? Ninguno de los fondos documentales que he consultado hace alusión a un proceso iniciado contra el cura Vargas –al cual la autoridad civil habría debido someter a la jurisdicción del obispo– y aún menos a su ejecución.

La hipótesis de esta última no debe, sin embargo, excluirse. La participación de clérigos en la guerra de independencia en los Andes había incitado a los responsables políticos y militares a poner en duda las prerrogativas de las diferentes jurisdicciones. En la Audiencia de Charcas, particularmente perturbada por estos sacerdotes subversivos, parecía existir un acuerdo de cooperación entre las jurisdicciones eclesiásticas y civiles, en beneficio de estas últimas. El precedente de los curas Hidalgo y Morelos, en México, había abierto el camino a la posibilidad de derivar a los culpables de infidencia a un tribunal mixto susceptible de pronunciar una condena a muerte.⁵² Si la vida de Andrés Vargas concluyó así, sólo podríamos asombrarnos de la discreción de José Santos, quien habría

50 Liliana Lewinski, *Les places marchandes d'Oruro: stratégies commerciales et rapports de pouvoir (18e-20e)*, tesis del EHESS, París, 1987.

51 Silencio tanto más curioso por cuanto desde las primeras páginas de su obra Vargas se había preocupado en precisar la fecha de la desaparición de su madre, de su padre y de su tía-abuela (JSV, p. 16)

52 ALP, *Expedientes coloniales*, 1819, C160-C2. Este documento hace explícitamente alusión a los curas rebeldes de México, y al problema de saber si las autoridades civiles y militares pueden condenar a muerte a un sacerdote culpable de *infidencia*.

callado la dramática muerte de su hermano en tanto que habla largamente sobre las pérdidas materiales que él había sufrido en junio y julio de 1812, con ocasión de la expedición del coronel Juan Imaz a los valles.⁵³ En el estado actual de la investigación, no hay pues respuesta satisfactoria a la pregunta sobre la forma en que murió el cura Vargas y lo que pudo haber hecho durante sus tres últimos años, de 1816 a 1819. ¿Habría abandonado la escena del combate patriótico? Esta hipótesis respondería a nuestras preguntas: si su malaventura de 1816 lo había obligado a renunciar a sus actividades subversivas, se habría excluido *per se* de la crónica bélica que escribía su hermano menor.

A propósito de ello, notemos que la formación y el título de ese prestigioso hermano constituyen también un problema. José Santos lo llama doctor –en teología y/o en derecho canónico– y el Diario le atribuye este grado cada vez que aparece su nombre. Ahora bien, en 1806, sólo es licenciado, como indica el *Libro manual de la Real Caja* de Oruro ante la cual el *lic. José Andrés de Vargas* acude a pagar una parte de la deuda que don Blas Mariano Vargas, fallecido dos años antes, había contraído por la compra de azogue.⁵⁴

¿Habría proseguido luego sus estudios hasta obtener el grado de doctor? No es imposible, pero queda por determinar el lugar de sus estudios, los de licenciatura así como lo de doctorado. La universidad más cercana, así como la más prestigiosa, se encontraba en Chuquisaca. Ahora bien, Andrés Vargas no figura entre los estudiantes de la universidad de San Francisco Xavier, que tenía fama de ser un semillero de ideólogos de la revolución.⁵⁵ ¿Dónde estudió? ¿Cómo adquirió la maestría del discurso político del que habla José Santos y que lo emparenta con las teorías en vigor entre los diplomados de Chuquisaca? ¿Quién ha formado sus lecturas y convicciones?

En fin, ¿por qué José Santos no habla más que de uno solo de sus hermanos? En la ola de solicitudes que siguió al final de la gran rebelión, don Blas Mariano

53 JSV, p. 28.

54 AGI, Charcas, 654, Libro manual de la real caja de Oruro, 1806. “Nº 100, D. José Andrés de Vargas por su padre D. Blas Mariano de Vargas Abril 11 (1806). Son cargo de doscientos pesos que ha enterado en tesorería el lic. D. José Andrés de Vargas, en parte de pago de la deuda que en años anteriores contrajo a favor del ramo de azogues de Europa su finado padre D. Blas Mariano de Vargas en cantidad de 360 pesos, la cual queda reducida hoy a 160 pesos”.

55 Samuel Velasco Flor, *Foro boliviano. Matrícula estadística de abogados (3 de junio 1753-28 diciembre 1876)*, Sucre, 1877, imp. Pedro España. A pesar de su título, esta obra proporciona la lista de todos los estudiantes graduados de San Francisco Xavier. Hay consenso en no objetar el prestigio de la Academia Carolina ni la formación política dispensada por la universidad de Chuquisaca. Esta reverencia de los historiadores es no obstante excesiva, pues no pone en duda la calidad de una enseñanza sobre la cual no disponemos ya de ninguna información de primera mano: los archivos de la universidad fueron destruidos en 1847, en tanto que a comienzos del siglo XIX, los escritos del presidente García Pizarro y del obispo Moxó y Francoli no cesaban de deplorar la decadencia de la universidad, proyectando una reforma que la revolución hizo imposible.

Vargas pidió una indemnización por servicios prestados a la corona argumentando no solamente su lealtad, sino también su numerosa familia, a la que apenas podía mantener. Ello no significa que hubiese sido pobre, pero este tipo de queja era propia de los tópicos de la intriga –el candidato a una gratificación trataba de demostrar que era súbdito leal y padre tanto merecedor como prolífico. Ahora bien, José Santos, que nació quince años más tarde, no habla más que de un solo hermano, Andrés, al que llama “hermano carnal”, es decir de la misma madre. La posición social y el título de doctor que atribuye a don Andrés Vargas suponen que era sensiblemente mayor que él y que habría nacido a más tardar en los agitados tiempos de principios de los años 1780. Padre de familia numerosa hacia 1780, Blas Mariano Vargas, ¿no habría tenido ya hijos antes del nacimiento de José Santos, en 1796? Suposición improbable. ¿Qué se han hecho entonces todos los hijos a los que alude en su petición de 1785?

Lo que sabemos de la demografía de antiguo régimen nos incita a evocar quizá los efectos de fuerte mortalidad infantil que ha marcado los Andes hasta una época reciente. Y las muertes consecutivas de don Blas Mariano Vargas y su mujer sugieren también que las epidemias no mataban solamente a los niños de corta edad.⁵⁶ Con bastantes dudas, tendremos que suponer que Andrés y José Santos, nacidos a diez o quince años de distancia, al menos, fueron los únicos hijos sobrevivientes de una pareja particularmente fecunda.

Pero no sabremos más al respecto. Hijo de una familia numerosa, José Santos Vargas frecuentará el destino de un niño solitario. Nacido tres días antes de la festividad de Todos los Santos, convertida en la de los difuntos, llevará el nombre y el peso del duelo.

Parientes lejanos

Sigamos la pista del apellido Vargas mediante algunos fragmentos de información. Se trata de un patrónimo muy corriente en los valles, en la provincia de Cochabamba y en la ciudad misma donde lo llevan tanto notables (algunos regidores del cabildo) como gentes modestas.⁵⁷ José Santos evoca con frecuencia a esos posibles parientes, reales o facticios, que le permitieron hacerse ayudar y llamar al rescate a supuestos parientes.

Antes de involucrarse en la guerrilla, cuando se inquietaba por su suerte en los pueblos de la cuenca de Cochabamba, conoce a un oficial del ejército real llamado Bernardo Vargas, que le brinda su amistad y le propone seguirlo a La

56 E. Tandeter, “Crisis in Upper Peru, 1800-1805”, *Hispanic American Historical Review*, février 1991, n° 71, pp. 35-71.

57 AMC, *Expedientes coloniales*, passim. Vargas es el apellido que aparece con mayor frecuencia en los expedientes relativos a la provincia de Cochabamba.

Paz.⁵⁸ En el camino, José Santos, quien teme más que nada perder su libertad, lo deja para ir a reunirse con su hermano.

Convertido en guerrillero, y siempre curioso de las acciones del comandante Eusebio Lira, con el cual no es tan cercano como querría, finge un parentesco con su ordenanza, Rudecindo Vargas, para enterarse más sobre las acciones no siempre confesables de su jefe. Pero Rudecindo Vargas desaparece en combate el 24 de mayo de 1817, rematado por el enemigo con cuarenta y dos bayonetazos.⁵⁹

En fin, cuando la situación de los guerrilleros se hace tan crítica que la tropa se dispersa, José Santos encuentra refugio, incógnito, en casa de uno de sus parientes (cuyo grado no precisa), el sacerdote don Miguel Vargas, en Caracollo, que acogía tanto a oficiales del rey como a guerrilleros fugitivos.⁶⁰ Sobre el doctor don Miguel Vargas los archivos proporcionan algunas informaciones. El 1° de diciembre de 1796 recibe el título de la universidad San Francisco Xavier de Chuquisaca⁶¹ y conoce desde entonces una bella carrera eclesiástica, facilitada por un sentido del compromiso que le hace manejarse bien con tiros y troyanos durante toda la guerra civil. Había comenzado su carrera por un acto espectacular, esto es, la cosignatura de un afiche que había colocado en la puerta de la catedral el 7 de noviembre de 1808, donde exponía sus sentimientos patrióticos y sostenía la necesidad de una contribución excepcional en favor de la península ocupada por el ejército francés.⁶² A su muerte, en enero de 1837, es gobernador y provisor eclesiástico del departamento de Cochabamba, cura rector más antiguo de la catedral, y no encuentra ningún obstáculo cuando designa como herederos a sus cuatro hijos, Petrona, Manuel, Melchor e Ildefonso Vargas, escogiendo a su hermano, el cura Eugenio Vargas, como su albacea.⁶³ He allí lo suficiente para confirmar que el estado eclesiástico era por entonces atractivo, su moral permisiva, y que la familia Vargas pertenecía al grupo de los acomodados del Alto Perú.

58 JSV, p. 20.

59 JSV, p. 162.

60 JSV, p. 355: "Algunas veces me entraba al pueblo de Caracollo a la casa del señor cura doctor don Miguel Vargas con quien nos relacionábamos de parentesco [...]"

61 S. Velasco Flor, *op. cit.*

62 *Ibid.*

63 AMC, *Expedientes republicanos*, vol. 39.

CAPÍTULO 2

¿Un desclasado o un tráfuga?

La atribución de un estatus social a nuestro cronista no es inmediata. Hijo de criollos acomodados, José Santos se convirtió en tributario al final de la guerra y pasó el resto de su vida como “indio originario”. Este heredero de una familia de Oruro se hizo, pues, indio en los valles. ¿Se trata de un caso excepcional de descenso hacia abajo en la escala social? No lo parece. Aunque los estudios sobre las categorías étnico-sociales se han interesado más en las estrategias de promoción, o sea, en la “cholificación” de los indios, o en la integración de los mestizos en los estratos criollos, algunos trabajos muestran que, en los Andes centrales, también se daba el caso de blancos pobres que se convertían en indios, algo semejante a lo que se denomina los “indios verdes” en América Central.¹ Si bien la guerra de independencia –que impuso una redistribución de las cartas en juego– permitió súbitos éxitos, también acarreo profundos desclasamientos.

De manera más general, la aventura de Vargas incita a conducir la investigación hacia las formas de movilidad y de percepción sociales que prevalecían a comienzos del siglo XIX en los Andes.

Estatus y percepciones sociales

Guardando las debidas distancias, el microcosmos del Diario tiende a funcionar como el de la *Comedia humana* balzaciana, es decir, con algunos centenares de

1 Henri Favre alude a ellos en sus trabajos sobre la región de Huancavelica, “La evolución de las haciendas de Huancavelica”, en *Cahiers des Amériques latines*, París, enero-junio de 1969, N° 3, pp. 68-86.

actores, Vargas ofrece la ilusión de hacer revivir toda la complejidad de dos provincias en guerra. Según el índice elaborado por Gunnar Mendoza, Vargas cita nominalmente 484 individuos, permaneciendo anónimos los demás actores del Diario.² Es a partir de este reducido número de actores que el cronista llega a construir todo el entramado de su historia. ¿Cómo llega, pues, a reconstituir ese microcosmos que, pese a todo, implicaba cerca de 9.000 personas en la sola provincia de Ayopaya?

Vargas se revela como un magro analista de la realidad social de su mundo y concede poco espacio a esa descripción para concentrar su relato en los hechos de guerra. Puesto que su misión era la de transmitir su memoria, concedía demasiada importancia a los valores que dominaban su combate (ver capítulos 13 y 14) y, se diría, no encontraba tiempo para describir las relaciones sociales, las bases de la riqueza, o las tensiones heredadas de situaciones pasadas, que constituían lo común y cotidiano en los valles. Sólo el combate y sus peripecias eran nobles, el resto no merecía ser contado. Veremos más adelante que una de las características del Diario es, justamente, esa: transferir a un plano épico y heroico aventuras cuyos fundamentos materiales, por no decir sórdidos, se puede a veces encontrar en los archivos. Pero esta reconstitución no es a menudo posible y, por ello, nuestro análisis de la “sociología” del Diario será relativamente sumaria.

Como los registros parroquiales de la época, que separaban a españoles e indios, el Diario efectúa una primera gran división, la que distingue a los indígenas de los demás componentes étnico-sociales de los valles. La existencia de las “dos repúblicas” (la de los españoles y la de los indios), tal como fueron establecidas en el siglo XVI, no es siempre convincente, pero a principios del siglo XIX aún funcionaba la percepción global de las comunidades indígenas ante el universo más individualizado de los criollos y mestizos, constituyendo estos últimos la mayoría de los habitantes de las aldeas.

¿Cuáles son, pues, los notables de los valles? Para comenzar, las antiguas élites: los hacendados de fortunas muy desiguales,³ los curas –muy acomoda-

2 Es decir, 326 guerrilleros (238 miembros de las tropas permanentes: 153 oficiales, 34 suboficiales y 51 soldados, así como 3 comandantes de partidas ligeras y 10 subdelegados y alcaldes de la zona liberada).

Las fuerzas realistas están representadas en el Diario por 92 individuos (63 oficiales, 1 suboficial, 8 soldados, 20 gobernadores, subdelegados y alcaldes).

Son igualmente mencionados 20 vecinos de los valles, y 45 curas y sacerdotes (además del arzobispo de Charcas).

3 Como en el conjunto de los Andes, ser hacendado no significa vivir estrictamente de los ingresos del fundo, ya que éste se halla las más de las veces gravado por censos y obras pías, sino que se acumulan los recursos procedentes de la tierra (cosechas y arrendamientos), de la recaudación de ciertos ingresos fiscales (diezmos y primicias), del comercio y de la minería, así como el poder que da el control de una abundante mano de obra cautiva.

dos en la región (a menudo más que en el altiplano)–, los caciques y la nobleza incaica –cuyos títulos y blasones en las portadas de sus casas Vargas no cesa de señalar–, a los que se añade un pequeño número de aristócratas, en su mayoría ausentes y residentes en la corte virreinal de Lima. Uno solo de ellos interviene directamente en la crónica, don José Buenaventura Zárate, hijo del marqués de Montemira y primer comandante en jefe de las milicias de los valles. Cuatro años más tarde, sustituido por el comandante Lira, Zárate se convertirá en una especie de mentor de la guerrilla, pronto limitado por la edad a un papel de árbitro cuya intervención será solicitada en caso de crisis de comando.⁴ (*En el capítulo consagrado a la “Economía de la guerra” trataré con más detalle la modificación producida por la guerra en las relaciones sociales de los valles*).

Figuran luego, como nuevos notables, los oficiales de la guerrilla que tienen derecho al tratamiento de “don”, incluso cuando se trata de indios. La promoción por el ejército parece haber sido mucho más efectiva en las filas de la guerrilla que en los ejércitos regulares, incluso si los honores tributados a los jefes de guerra no se acompañaban –no todavía– de ingresos apreciables. Como Vargas subraya en varias ocasiones, los guerrilleros se batían sin sueldo y si bien el pillaje era considerado como un derecho imprescriptible del combatiente, no se puede considerar su práctica como una fuente regular de enriquecimiento. Dicho de otro modo, los notables que llegaron a serlo en y durante la guerra no podrán confirmar definitivamente su ascenso y su éxito sino cuando, una vez constituida, la República les ofrezca una real y durable repartición tanto de los despojos como de los cargos. Entre 1811 y 1825, la forma de dominio que podía ejercer un oficial de guerrilla era, antes que nada, la de un hombre capaz de infligir la muerte y que, por ello, disponía del poder de movilizar importantes recursos humanos y materiales (trabajos de las comunidades indígenas, contribuciones impuestas a los propietarios y curas, ataques a los convoyes de dinero, de armas y de mercancías).

La guerra que permitió el acceso a la hidalguía –que es lo que significa el tratamiento de “don”– tanto de indios que no tenían el rango de caciques como de mestizos y blancos sin fortuna ni cultura, y sin otras alianzas que la unas redes a escala de los valles,⁵ acarreó igualmente la declinación y la ruina de ciertos

4 Es el caso, sobre todo, en los períodos de crisis de la guerrilla, cuando el comandante Lira considera hacer ejecutar a una parte de sus oficiales, de los que sospecha, no sin razón, de armar un complot contra él, o cuando el asesinato del mismo Lira amenaza con destruir la alianza de la guerrilla con las comunidades indígenas. “Este señor [José Buenaventura Zárate], como era de mucho respecto y teniente coronel, llegando a sosegar y los hizo amistarlos a todos ellos” (JSV, p. 208).

5 En el mismo momento, toda gran familia extendía sus alianzas y sus clientelas a través de una buena parte del espacio americano y disponía de postas seguras en la metrópoli. Esta estrategia se ve bien ilustrada por la aristocracia de Quito, cuyas más famosas familias encabezaron el movimiento independentista entre 1809 y 1812.

propietarios, víctimas de las olas de represión y de las sanciones dictaminadas –demasiado a menudo– sobre sus bienes en provecho de una u otra causa. Sin hablar de las nuevas humillaciones, de las que el prestigio y el honor de ciertas familias difícilmente pudieron reponerse.⁶ El valor de la tierra, ya gravada con censos,⁷ se hacía aún menos seguro cuando las confiscaciones, pillajes y ocupaciones por la tropa de ambos campos privaban a quienes la explotaban de las cosechas, y a los propietarios de sus arriendos. La miseria no era, sin embargo, general y, al no dejar de aumentar el precio de los granos, los que llegaban a producirlos o los que los acaparaban se enriquecían rápidamente. Fortunas de especuladores que, por su parte, no podían estar seguros de conocer la misma bonanza al año siguiente.

La declinación social de José Santos Vargas se inscribe en este incierto contexto cuyas líneas de fuerza respetan aún las normas del antiguo régimen.

La aventura de José Santos Vargas

A la muerte de sus padres, infortunio que le impide el porvenir al que habría podido pretender, el destino de Vargas vacila entre dos carreras: la de comerciante (para la que le prepara la actividad del tambo donde vive junto a su tía-abuela) o la de empleado de la Caja Real (a la que le encamina su tutor). El tambo, que era a la vez una posada, un depósito, un lugar de encuentro y de intercambios de toda clase, representaba una fuente segura de ingresos, sólida y generalmente próspera. A la muerte de su tía-abuela, José Santos, designado como su único heredero, podía, pues, esperar una vida ciudadina integrándose a la corporación de comerciantes de Oruro, sin dejar de estar vinculado de cerca con los flujos comerciales que atravesaban los Andes.⁸ El aire de la ciudad y los vientos del camino real...

Pero el tutor que se le asignó no se preocupó de los intereses de su pupilo. Ya no se hablará más de la herencia del tambo (el lector descubrirá en el capítulo 8 lo que quizá sucedió con él). José Santos, quien posee una bella caligrafía, se convertirá en supernumerario de la Caja Real, donde trabaja un compadre del tutor, don Manuel Contreras y Loayza. Los funcionarios de entonces, si estaban bien remunerados –en las finanzas en todo caso– no disponían de personal

6 Las columnas realistas que se dedicaban a expediciones punitivas condenaron a muchas mujeres de propietarios a sufrir latigazos, con las faldas alzadas, atadas a la caja de un cañón. Para no citar más que un ejemplo, doña Bárbara Vázquez, propietaria de la hacienda Murtumantani, en la provincia de Palca, fue condenada a recibir cien latigazos en marzo de 1815 (“la dejan como muerta”, JSV, p. 353, y ANB, EC, 1806, exp. 85).

7 Los censos y capellanías, sobre los cuales volveré.

8 JSV, p. 16. “Fui llamado heredero de dicha mi tía-abuela de todos sus bienes y una casa situada en Oruro que servía de tambo al público”.

subalterno. Reclutaban secretarios a los que pagaban un sueldo⁹ recurriendo a una caja chica, a la que llamaban el “cochino”. José Santos iba a trabajar, pues, bajo las órdenes del contador, de quien recibiría un magro salario y, así, en las oficinas, también adquiriría una experiencia laboral que le permitiría, más adelante, integrarse en los cuadros y ascender lentamente los escalones de una carrera administrativa. Nada, pues, de promoción rápida ni destino brillante, pero sí ingresos seguros y un modesto poder a escala de los notables de una ciudad mediana. He ahí lo que le prometía el porvenir. Su futuro patrón, Manuel Contreras y Loayza, percibía un salario mensual de 32 pesos y disponía además de una mina.¹⁰ Es a ese modelo de vida al que tenía que aspirar.

La guerra de independencia que comienza entonces –y también el espíritu aventurero de José Santos– deciden de otra manera. En noviembre de 1811 nuestro cronista aprovecha el ataque de Oruro por los revolucionarios de Cochabamba para huir, siguiendo a los cochabambinos en su fuga hacia los valles. Desde entonces conoce la azarosa vida de un total desprotegido. Su destino parece de nuevo trazado: libre pero vagabundo, de sobrevivencia precaria –destino de “pícaro”– o doméstico dependiente de una casa. Después de tres años de esa precaria vida, la protección de su hermano Andrés Vargas le permite un nuevo giro, haciendo de él el pariente más cercano de un notable de los valles¹¹ y el mayordomo de una hacienda.¹² Se convierte también –por la adhesión a las orientaciones políticas de su hermano– en un guerrillero, un músico, un guía, un escritor. Se convierte en hombre de una causa.

Desde entonces, los sucesivos grados conseguidos al servicio de la guerrilla ordenan su vida: deja, pues, de trashumar para ir ascendiendo los peldaños de una nueva jerarquía. Soldado de primera clase en 1814, tambor mayor en 1815, teniente en 1816, cuando había cumplido veinte años, capitán en 1821, acaba la guerra como comandante de Mohosa, a los veintiocho años. Cuando presenta la lista de los oficiales que sirvieron en la guerrilla, se coloca en buen lugar (decimoséptimo sobre ciento nueve, por orden decreciente de antigüedad), y se atribuye el título de “don”. Don José Santos Vargas, comandante de Mohosa, veterano de la División de los Aguerridos.

La pérdida de los lazos familiares, rotos por las muertes sucesivas de sus padres y de su tía-abuela, lo había precipitado a lo más bajo de la escala social, a los márgenes de aquellos que no pertenecían a ningún grupo constituido. Los

9 El intendente Francisco de Viedma describe este funcionamiento en el caso de las cajas reales de Cochabamba, en *Descripción geográfica y estadística de la provincia de Santa Cruz*, Buenos Aires, 1836 (col. De Angelis).

10 AGI, Charcas, 654, *Libro manual de la real caja de Oruro*, n° 381 y n°454.

11 Los curas de los valles pertenecían a una categoría acomodada. Andrés Vargas lo es tanto como los otros, como revela la confiscación de sus bienes (JSV, p. 22).

12 La hacienda de Capinota, en la cual había molinos (JSV, p. 22, y ANB, EC, 1806, exp. 85).

reencuentros con su hermano mayor le devuelven un estatus, pero, también, un compromiso. Y no es sino cuando la guerra ha concluido –y se ha realizado la revolución– que Vargas tiene la posibilidad de escoger su lugar de residencia y la categoría étnico-social en la que acabará su vida. Opta entonces por la de indio tributario, elección sorprendente pero menos riesgosa de lo que podría parecer.

Comandante de guerrilla a fines de la guerra, podía proseguir una buena carrera en el ejército, donde se le habría asignado el grado de teniente-coronel, con menos de treinta años. Pero la democracia del coraje y de la suerte, que determinaba los rangos en las improvisadas tropas, parece no haber borrado las distinciones sociales que dificultaban la integración de Vargas en los cuerpos regulares. En los días que siguieron a la independencia, los oficiales del Alto Perú se asemejaban todavía a aquellos del ejército del antiguo régimen: debían ser –o parecer– hijos de buenas familias. No es sino con el paso de los años, de los golpes de Estado y de las revoluciones de palacio, que prevaleció el nuevo modelo de jefe de tropa: plebeyo, inculto y bastardo.

Incluso en la guerrilla, Vargas permanece sutilmente desclasado, a pesar de un grado que sanciona una inteligencia y un coraje evidentes. Los oficiales lo tutean (“vos”), él les trata de “usted” y el comandante Lira, que emplea el “usted” con sus oficiales, dice “vos” a su tambor-mayor, quien, a su vez, lo llama “señor”.¹³ Sus amistades le sitúan entre los subalternos y su mejor compañero, Manuel Brañes, no es sino un sargento.¹⁴ Su juventud, en parte, pero sobre todo el desarraigo social fruto de su vida en solitario lo alejan de los guerrilleros procedentes de familias conocidas, como José Ballivián o José Miguel Lanza, para no citar sino a los de su generación.¹⁵

Sin embargo, siendo así que el alistamiento en la guerrilla determinaba en muchos una desestabilización, lo inverso se produjo en el caso de José Santos, quien se estableció en la guerra y gracias a la guerra. En Mohosa, cuartel general de la guerrilla, encuentra a quien se convertirá en su mujer.¹⁶ Se casa muy joven y pronto tiene hijos. La muerte de su hermano, en 1819, le da una casa y una explotación, Chacarí, en una hacienda que la guerrilla había confiscado al marqués de Santiago y arrendado a patriotas. Al producirse la independencia se instala allí definitivamente.

13 JSV, p. 151.

14 Lo cual no significa que Brañes era indigente: existía una familia Brañes, propietaria de la hacienda de Chocllara y de las fincas Torrino, Rodeo y Guacaguayuni en Oputañe, anexo de Mohosa (ANB, EC, 1806, exp. 85).

15 Lanza es cinco años mayor que él, y Ballivián menor por nueve al menos.

16 Casándose con Juana Rodrigo, de la que no se sabe nada (“De su mujer no se ha verificado positivamente sino que se llamaba Juana Rodrigo”, JSV, introducción de G. Mendoza, p. XXII).

Figura 4
Vista de Chacarí



En segundo plano el cerro de Chicote y abajo el Río Grande de Ayopaya

En este contexto, la decisión de pertenecer a la comunidad de Mohosa puede parecer razonable para un hombre más atraído por la tierra que por las armas, mejor aceptado por los comuneros que por los oficiales. Vargas actúa como muchos soldados de la guerra de la independencia que se afincan en el último lugar hacia el cual los ha conducido la guerra.¹⁷ Habiendo acabado su carrera de guerrillero como comandante de Mohosa, Vargas disfrutará de prestigio ante sus conciudadanos durante todo el resto de su vida.

Además, la elección del estatus de tributario podía parecer un buen negocio. En 1814, el arriendo del terreno de Chacarí le costaba a su hermano 160 pesos por año;¹⁸ en 1825 estas tierras son declaradas bienes nacionales por pertenecer a un aristócrata realista. En virtud de la ley del 27 de diciembre de 1826, Vargas tenía que estar interesado en declararse titular de su usufructo.¹⁹ Esa elección hará de él un indio.

17 Leer sobre este tema el hermoso texto consagrado por James Dunkerley a Burdett O'Connor, *The Third Man. Francisco Burdett O'Connor and the Emancipation of the Americas*, ILAS, Occasional Papers, N° 19, 1999.

18 JSV, p. 197.

19 Ley de 27 de diciembre 1826. "Se declara que la ley de contribución directa no comprende las tierras de comunidad, ni los ganados de indígenas; éstos satisfagan como única su contribución de costumbre, que a los indígenas que quieren se les adjudique en perpetuidad los terrenos que ocupan, u otros baldíos".

En 1831, el mariscal de Santa Cruz, quien por entonces construía el Estado boliviano reforzando su recurso más seguro y regular –el tributo–, ordena registrar como indios a todos aquellos que usufructuaban tierras de comunidades o de bienes nacionales. José Santos Vargas se convirtió así en tributario de la categoría superior, la de los originarios. Socialmente desclasado en relación a sus orígenes, es verdad, pero, por otro lado, sólo pagando 10 pesos por el uso de una tierra cuyo arriendo se estimaba dieciséis veces superior antes de la independencia.²⁰

Además, no es seguro que tal suma haya sido pagada regularmente. Los archivos nacionales bolivianos no conservan sino algunas *revisitas*²¹ del cantón de Mohosa, en las cuales José Santos no aparece más que una sola vez, en 1833, rejuvenecido en once años. Su nombre no aparece más en las revisitas de 1838, 1842-43 y de 1846, siendo así que estaba sometido a la obligación del tributo hasta la edad de cincuenta años (o sea hasta 1846).²² Estas lagunas podrían explicarse por el hecho de que los comuneros del cantón de Mohosa –particularmente combativos a lo largo del siglo XIX– lograron, a menudo, impedir el acceso de los revisitadores a su territorio, lo cual evitaba a muchos de ellos pagar lo que le debían al Estado.²³

Figura 5
Revisitas de Mohosa, 1833-1852

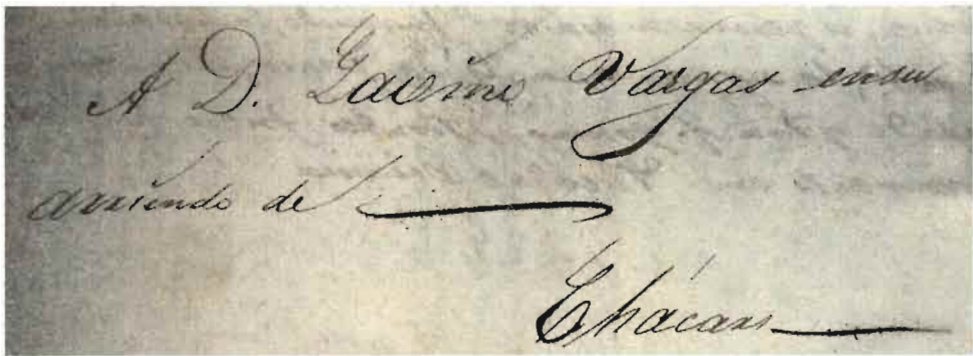
Revisitas de Mohosa	1833	1838	1842-43	1846	1852	Notas marginales
Gabino VARGAS	—	24 años	29 años	47	30	Hijo de José
José Santos VARGAS	26 años	—	—	—	—	
Edad real de José Santos	37	42	46	50	56	

Fuente: ANB, Tribunal nacional de cuentas, revisitas de Ayopaya, vol. 37, 39, 40, 41, 43, 44, 47, 49, 51, 53. Revisitas de Inquisivi, vol. 273, 274, 275, 277, 279, 280, 281, 285.

- 20 Gunnar Mendoza atribuye el estatus de indio adoptado por Vargas a su matrimonio probable con una india heredera de una parcela de originario. Pero la manera en que Vargas presenta su situación refuerza otra hipótesis: se estableció en la hacienda de marquesado de Santiago, convertida en bien nacional. “[...] *Como yo vivía cerca de mi sayaña que está contigua a Pocusco, hacienda del marquesado de Santiago de Mohosa (porque yo soy contribuyente y pago 10 pesos de contribución al año por los terrenos del estado que ocupo)*”. JSV, p. 13. Fue más probablemente por la vía de esa ocupación de tierras que se convirtió en indio. Lo cual no impide que hubiese desposado quizás a una india.
- 21 Las revisitas, que tenían como objeto conocer el número de tributarios, formaban la base indispensable de esa fiscalidad arcaica.
- 22 Por ello Vargas incurre en una inexactitud cuando escribe, en enero de 1853: “Soy contribuyente y pago 10 pesos de contribución al año por los terrenos del Estado que ocupo” (JSV, p. 13). De edad de 56 años en 1853, no estaba sometido al tributo desde seis años atrás.
- 23 Se notará de paso que la edad atribuida a Gabino, hijo de José Santos, varía de manera aleatoria.

En 1877, el hijo de José Santos, Gabino Vargas, aparecía aún en las listas como originario del ayllu Villacha, parcialidad Urinsaya del distrito de Mohosa.²⁴ Después de esta fecha, la huella de sus descendientes se borra al mismo tiempo que desaparece toda traza de las revisitas de Mohosa en los archivos. Sin embargo, en 1900, con ocasión de un sonado proceso que implicó a toda la comunidad de Mohosa, la investigación apeló a un testigo llamado Samuel Vargas.²⁵ Es posible que fuese un descendiente del guerrillero.²⁶

Figura 6
Comunicación dirigida al hijo de José Santos Vargas



El universo en el cual se estableció definitivamente el cronista a partir de 1825 –pero que era ya el suyo desde 1814– era limitado. La revisita más completa de que se dispone para el caso de Mohosa en el período 1842-43 proporciona los siguientes datos:²⁷

Figura 7
Revisita de Mohosa, 1842-1843

Bautismos	84
Casamientos	62
Entierro de adultos	42
Entierro de párvulos	68
Originarios	48
Forasteros	112

Fuente: ABNB, TNC, revisitas, vol. 273.

24 JSV, introducción de G. Mendoza, p. XXIV. La comunidad de Mohosa, dividida en dos mitades, *anansaya* y *urinsaya*, comprendía cuatro ayllus.

25 ALP, Corte superior del distrito judicial de La Paz, Proceso de Mohosa, cuerpo 3.

26 Cf. M.-D. Demélas, “Sobre jefes lógicos y vagos”, *op. cit.*

27 ANB, *Revisitas*, de Inquisivi, vol. 273, revisita practicada entre 20 de diciembre 1842 y el 15 de mayo de 1843.

En 1852, en el momento en que Vargas intentaba entrevistarse con el presidente Belzu, el distrito de Mohosa contaba con 191 originarios, 1.030 forasteros, 202 yanaconas, o sea un total de 1.423 tributarios obligados a pagar 8.015 pesos por año.²⁸

Era un universo aún poblado, donde la muerte se llevaba un considerable número de niños, dominado por un pequeño número de indios acomodados, los originarios, capaces de movilizar en su servicio las fuerzas de otras categorías. *Gabino Vargas, hijo de José, 29 años*, figuraba en este censo entre los 48 originarios que pagaban 10 pesos. Había también otros dos Vargas, cuya filiación no se precisaba, pero uno de los cuales tenía edad como para ser hijo de José Santos: *Martín Vargas, 36 años, exento (sirviente de iglesia)*²⁹ y *Manuel Vargas, 23 años*. El hecho de que el apellido Vargas sea frecuente en los valles debió facilitar la integración de José Santos en la comunidad, integración sobre la cual, sin embargo, no sabemos nada. Así, entre otros, ignoramos todo acerca de como él compartía los cultos y ritos ancestrales propios de su ayllu, así como también ignoramos las alianzas y los parentescos simbólicos colectivos que debió aceptar y mantener. No sabemos nada tampoco del linaje al que pertenecía su mujer, que, tal vez, desempeñó un papel en su integración.

Indio para los registros fiscales, Vargas no fue probablemente percibido como tal en el medio que le rodeaba. Y él mismo subrayaba la distancia que lo separaba de la “indiada,” la masa de los tributarios. Pertenecía a una categoría acomodada. Vargas no era un modesto labrador que cultivaba su tierra con ayuda de sus hijos, sino un propietario a la cabeza de una hacienda, que ordenaba a los peones y a los domésticos de su casa.³⁰ Después de la independencia continuó manteniendo relaciones con personajes a los que la República había promovido a puestos de responsabilidad: prefectos, jueces, ministros... El presidente José Ballivián (1842-1848) había servido, como él, en la División de los Valles, con menor antigüedad.³¹ Su pasado de combatiente y sus relaciones militares prestigiosas le colocaban aparte de los demás miembros de la comunidad indígena a la que pertenecía, pero donde todos sabían que con un pequeño grupo de hombres, de los cuales muchos habían muerto en combate o habían sido ejecutados, el originario José Santos Vargas había participado en la batalla de los valles por la independencia de la República Bolívar, cuya historia escribía interminablemente.³²

28 ANB, TNC, vol. 274.

29 Los indios al servicio de la iglesia estaban exentos del tributo.

30 JSV, p. 270: “[...] me bajé de mi casa a ver un corto sembradío de trigo, disponiendo jornaleros y demás necesario para el trabajo ése”.

31 En 1822 Ballivián se alista como cadete, a la edad de 17 años. Vargas, por entonces de 26, es ya capitán y combate desde hace siete años.

32 El destino de José Santos Vargas evoca la biografía de un *ladino* que participó en las guerras de la revolución mexicana durante veinte años y luego tornó a ser indio en su aldea natal, donde fue un personaje importante (Ricardo Pozas, *Juan Pérez Jolote: biografía de un Tzeltal*, México, FCE, 1952).

Se distinguía también del común de los indios por su cultura.³³ No había aprendido más que los rudimentos enseñados por la escuela primaria, pero durante un largo tiempo había servido como secretario a los caudillos de la guerrilla. Auroleado con el prestigio del que había llevado la crónica de la guerra, seguía leyendo obras a veces venidas de lejos,³⁴ tratando de difundir la instrucción en un mundo que había vuelto a ser ignaro. A fines de diciembre de 1851, sorprendido por la llegada de las lluvias cuando trataba de alcanzar al general Belzu para confiarle su manuscrito, consagra tres meses a fundar una escuela en la hacienda de Cochimarca.³⁵ Sugerente como éste, el del viejo guerrero cronista enseñando el alfabeto a niños andinos.

¿Qué arraigamiento?

Nos detendremos en un último aspecto de su biografía: sus vínculos territoriales, lo que nos llevará a recordar que, en gran medida, el hombre de América hispana se hallaba –se halla aún– sólidamente arraigado a un terruño y no tenía –no tiene– existencia social sino en el seno de la comunidad territorializada a la que llama “mi pueblo”, “mi tierra”, “mi patria chica”.

En efecto, la pertenencia social no basta para definir por sí sola la identidad de un individuo. En cierto modo, su arraigo local –su territorialización– también es importante y se define por tres componentes: naturaleza, vecindad y residencia. El hombre ha nacido en un lugar cuyo sello lo marca para siempre (*es natural de*); es luego miembro de una comunidad pueblerina o citadina (*vecino*), estatus que le trae ventajas materiales así como el deber de defender a la comuna; finalmente, puede residir temporalmente en un lugar (*habitante o morador*) en tanto que sus intereses (familia y bienes) se han quedado en su lugar de vecindad.³⁶ Estos tres aspectos de la territorialización pueden confundirse –es el caso más frecuente en las sociedades rurales de la metrópoli–, pero en los Andes, cuyos habitantes

33 El descubrimiento y edición reciente de un manuscrito boliviano anónimo muestra que en las más remotas provincias de América andina existían individuos capaces de escribir con pertinencia sobre el destino de su país (*Bosquejo del estado en que se halla la riqueza nacional de Bolivia con sus resultados, presentado al examen de la Nación por un Aldeano hijo de ella. Año de 1830*, Ana María Lema coord., Barragán, Huber, Jiménez, Lema, Medinaceli, Qayum, Soux, La Paz, Plural-UMSA, 1994).

34 Como prueba la cita que hace Vargas de una obra de José Presas, publicada en Burdeos en 1828 (JSV, p. 454).

35 Agradezco a uno de los descendientes del propietario de Cochimarca por haberme proporcionado unos datos sobre este episodio (JSV, p. 15).

36 Sobre estos asuntos existe un expediente útil en los archivos del Ministerio de Asuntos Extranjeros en París (AMAE), pues la embajada de Francia en Madrid pidió la opinión de juristas de España al respecto.

son más inquietos, la disyunción es moneda corriente. Vargas es un ejemplo de ello. Nacido en Oruro, lugar que abandona a la edad de catorce años, se convierte en vecino de Mohosa. Pero la primera pertenencia, la *naturaleza*, no se borra jamás, pues es la base de la identidad del hombre. En el incidente de una anécdota, pretexto para un giro sabroso, Vargas marca así el sello indeleble del origen: “*Un hombre intruso, Monterrey, arrendero de la hacienda de Yarvicoya en la doctrina de Caracollo, de oficio fundidor, natural no sé de que infierno, avecindado sí en Oruro [...]*”³⁷

En los años 1810-1814, mientras que en España se desarrollaba la revolución de las Cortes de Cádiz, el peso de la *naturaleza* se imponía siempre como criterio electoral: el representante de una circunscripción debía haber nacido en ella. Así, Dionisio Inca Yupanqui, nacido en el Perú, pero establecido en España desde su más temprana infancia, contaba con toda la legitimidad necesaria para representar a la ciudad de Lima, que no conocía. En cuanto al general San Martín, héroe de la independencia argentina, nacido en América, pero criado en España desde la edad de seis años como cualquier hijo de oficial metropolitano, nadie puso en duda su pertenencia al Río de la Plata cuando desembarcó en Buenos Aires en 1812. Todo sucede como si el solo hecho de haber visto la luz en un lugar determinado marcara para siempre al individuo y creara un lazo indisoluble con la tierra que le vio nacer.

Los lazos mantenidos por José Santos Vargas con su ciudad natal forman así uno de los hilos conductores de este Diario, construido como un relato que empieza y acaba en Oruro. La guerra que, en cierta forma, expulsa a Vargas de su ciudad natal a fines de 1811 terminará en la misma ciudad catorce años más tarde. Mientras tanto, su servicio bélico a la causa de la independencia ofrece al huérfano maltratado la más hermosa de las revanchas en el sitio mismo de su humillación: el 23 de agosto de 1823, el capitán José Santos Vargas se presenta al general Agustín Gamarra a la cabeza de 700 hombres en Oruro, de donde había debido huir miserablemente doce años antes. Y la última frase del Diario se acaba con la imagen de las tropas de la patria desfilando, victoriosas, en su ciudad natal. Círculo cerrado.

Sin embargo, otros acontecimientos, que el historiador podrá considerar más significativos del fin de la guerra, habrían podido servir de punto final. El 25 de enero de 1825, el último comandante de la guerrilla de los valles, José Miguel Lanza, entra a La Paz a la cabeza de la División de los Agueridos. El 4 de abril, el mismo Lanza preside las exequias solemnes de los primeros mártires de la independencia cuyos restos hace llevar al Panteón de los Hombres Ilustres. El 2 de abril, el general Olañeta muere en combate en Tumusla: con él desaparece la última fuerza realista del Alto Perú y el último

37 JSV, p. 154. Cursiva de la autora.

virrey. El 6 de agosto, aniversario de la batalla de Junín, el país proclama su independencia.

Vargas ha pasado por alto esas cuatro fechas célebres para dar su preferencia a la que no aparece en los libros de historia, pero que le permite acabar su manuscrito con su último homenaje a la ciudad de su *naturaleza*: “El 9 de febrero del año primero de la independencia 1825 pasaron las tropas de la Patria a la ciudad de Oruro bajo las órdenes del coronel Castro y no se han visto más tropas españolas en estas Américas”.

SEGUNDA PARTE

Escribir la historia

Escribir la historia

Volvamos a la sorprendente afirmación que Vargas introduce en uno de los “umbrales” de su obra: él habría elegido internarse en la guerrilla de los valles para escribir la historia. Por encima de toda prudencia y de toda convicción política, él habría puesto la voluntad de escribir. Es esta sorprendente pasión la que debemos analizar en lo sucesivo.

En esta dirección, la investigación no será más fácil que la que realicé en búsqueda de los orígenes de José Santos. La dificultad comienza por la constatación que el cronista no ha escrito un libro, sino por lo menos dos. Y continúa con la discusión de la protesta de veracidad y de imparcialidad que él anticipa. Si la crónica de Vargas se revela como la obra de un escritor, y no la de un testigo, ¿en qué se convierte la historia de la guerrilla de los valles y, a través de ella, lo poco que nosotros sabemos sobre esa abundancia de tropas irregulares que caracteriza a la guerra de independencia en el Alto Perú? Por lo tanto, es la concepción misma de la escritura que hizo de Vargas un cronista que debemos examinar. En un recodo del camino debemos interesarnos por el lenguaje de su obra, el de un hombre situado en la encrucijada de varias culturas, que empleaba a menudo un hablar diferente al que intentó escribir. En fin, lo que nos detendrá será el mismo estatus del cronista y este aspecto de la obra de Vargas revelará una eficacia particular de su trabajo, cuando lo escrito venga a tomar el relevo de lo real decepcionante.

CAPÍTULO 3

Dos manuscritos, dos libros

Si bien se ha hecho una costumbre hablar del Diario de Vargas como si se tratara de una obra única, hay que insistir en el hecho de que existen dos manuscritos de ella, ambos descubiertos en los años 1950 y publicados por Gunnar Mendoza, director de la Biblioteca y Archivo Nacional de Bolivia. El primer manuscrito se publicó en Sucre en 1952 y, el segundo, en México en 1982. En lo que sigue, llamaré a estos textos MsA y MsB, respectivamente.¹

El primero habría sido hallado en Sucre en 1950 ó 1951, entre la colección de obras raras que perteneció al ingeniero y bibliófilo Ernesto Rück. Luego fue entregado a los fondos de la Biblioteca Nacional, cuya clasificación, en aquel entonces, estaba lejos de alcanzar la calidad que se le reconoce hoy en día. La existencia de este volumen, que no figuraba en el catálogo de la colección Rück, fue inesperada y nada permitía saber cómo había ido a dar allí.² La obra se presentaba bajo la forma de un volumen compuesto por tres cuadernos sin cubierta, redactados por el mismo escribiente y formados por “pliegos [cosidos] al estilo de los expedientes judiciales”.³ El primero correspondía al relato de las

1 El presente estudio se fundamenta en la consulta que he podido realizar en varias oportunidades, en Sucre, de los dos manuscritos de Vargas, así como del manuscrito dactilografiado de G. Mendoza, correspondiente a su transcripción del MsB.

2 “No conocemos ninguna mención del Diario ni publicada ni inédita; los funcionarios más antiguos de la Biblioteca nacional no sabían de su existencia; hemos podido comprobar que afuera también era incógnito”, reconocía Gunnar Mendoza, en Tambor mayor Vargas, *Diario de un soldado de la independencia altopereuana en los valles de Sicasica y Hayopaya, 1816-1821*, transcripción, prólogo y notas de Gunnar Mendoza L., Sucre, Universidad de San Francisco Xavier, 1952, p. 8, nota 1.

3 *Ibid.*

aventuras de la guerrilla de Sicasica y de Ayopaya entre el 25 de marzo y el 29 de diciembre de 1816; el segundo iba de fines de marzo de 1817 al 28 de enero de 1818; el tercero, del mes de abril de 1819 al 17 de julio de 1821. La paginación continua de los folios por parte del copista permitía inferir que el texto integral cubría todo el período comprendido entre 1815 (quizás incluso antes) y 1821 (tal vez aún más), y que se habían perdido los folios 1-25, 60-80,⁴ 119-123,⁵ luego un número de páginas imposible de determinar más allá del fol. 160, con el cual se terminaba abruptamente el manuscrito. Una referencia en el texto permitía identificar a su autor como el “tambor mayor Vargas” y fue, pues, con este nombre que se publicó el primer manuscrito.

Figura 8
Primera y última página del MSA



El manuscrito ha sufrido una intervención destinada a detener su deterioro (ABNB)

En 1952 apareció en una transcripción acompañada por una larga introducción y notas de Gunnar Mendoza, primero, en tres entregas de la *Revista de la Universidad San Francisco Xavier* de Sucre y, luego, bajo la forma de un solo volumen, en las mismas ediciones universitarias, con un tiraje de 250 ejemplares. La publicación de este documento renovaba la problemática de la guerra de independencia sudamericana; interesaba también a la génesis de la guerra de guerrilla moderna llamada “guerra popular”, después de las guerrillas que había motivado la Segunda Guerra Mundial y de la cual, por entonces, el Tercer Mundo ofrecía varios ejemplos. Pero, por su carácter incompleto y el semianonimato de su autor, este manuscrito planteaba más interrogantes que las que

4 Entre el 30 de diciembre de 1816 y fines de marzo de 1817.

5 Del 28 de enero al 18 de abril de 1818.

permitía resolver. Además, su comprensión no era siempre fácil, pues el estilo, la puntuación y la ortografía del original, todos bastante incorrectos, habían sido reproducidos sin alteración.⁶

Tiempo más tarde, apareció en Sucre un segundo manuscrito, del cual no parecen faltar sino las últimas páginas correspondientes al índice. La fecha y las circunstancias de su descubrimiento nunca fueron hechas públicas. En ocasión de una conferencia, dada en septiembre de 1987 ante los estudiantes de la Universidad de San Andrés de La Paz, Gunnar Mendoza empezó diciendo que el Diario había sido descubierto “en circunstancias que sería un poco largo e inoportuno...”, y jamás acabó su frase. En la cubierta de la transcripción literal que hizo del manuscrito figura el año 1960. Al no saber cuánto tiempo le tomó este delicado trabajo, se puede sólo inferir que el editor disponía del nuevo manuscrito al menos desde fines de los años 1950. En cuanto al origen del volumen, se me ha informado que habría sido comprado por el Estado a una conocida familia, la cual no habría querido dar a conocer la negociación. Existe, sin embargo, un detalle curioso: en la última página de este manuscrito (MsB) figura el sello, con tinta azul, de la Biblioteca Rück y no en el del MsA, que pertenecía notoriamente a este repositorio. ¿Fueron adquiridos ambos textos por Rück, quien habría cedido o vendido uno de ellos? No sé qué concluir al respecto.

Figura 9
Sello de la Biblioteca Rück



Esta imagen se encuentra en la última página del MsB (ANB)

6 “Por razones de fidelidad, que después he abandonado un poco –reconoce el editor–, se hizo una edición literal, exactamente con todos los defectos, para un lector que se cree con suficiente autoridad como para creer que son defectos, posición que después he llegado a abandonar un poco, dolido yo mismo, en homenaje a la claridad y al deseo que el texto sea más accesible al público, al lector mediano; cosa que [?] llegó una oportunidad al haber obtenido una segunda versión, también autógrafa, del mismo *Diario* hecha por el propio José Santos Vargas”. Transcripción de la conferencia dada por Gunnar Mendoza en La Paz, el 24 de septiembre de 1987. Su grabación me ha sido procurada por su hijo Ignacio Mendoza, por lo cual le expreso mi agradecimiento.

Entre el descubrimiento, la transcripción y la publicación del segundo manuscrito transcurrieron muchos años. No fue sino en 1982 que apareció en México el *Diario de un comandante de la independencia americana, 1814-1825*, esta vez con el nombre completo de su autor, José Santos Vargas, pero con un título diferente del que este había escogido.⁷ *Un comandante de la independencia americana* traía a la mente el recuerdo reciente de otro comandante de guerrilla, Ernesto “Che” Guevara, quien encontró la muerte en Bolivia el 9 de octubre de 1967. Una importante introducción de Gunnar Mendoza daba cuenta de las nuevas informaciones que proporcionaba este texto y, como en la primera edición, pero de manera más desarrollada, se añadían a la crónica un léxico, un índice y anexos. Sin embargo, la mayor parte de las notas que aportaban algunas aclaraciones al contenido del primer manuscrito no había sido reproducida y, sobre todo, el editor no precisaba las opciones que había elegido (ortográficas, sintácticas y de puntuación), así como tampoco abordaba el problema de una comparación entre ambos manuscritos.⁸ ¿Se trataba del mismo texto, pero esta vez integral?

A primera vista, ambos manuscritos se asemejan mucho. Redactados en papel de las mismas dimensiones (21 x 17 cm), presentan similitudes de paginación y de escritura, de tinta y de soporte material. Sin embargo, aparecen algunas variantes a lo largo de los dos textos: la filigrana del papel no es siempre la misma, el color y la calidad de la tinta varían, la escritura traduce cambios de ritmo (bastante inclinada a la derecha en el MsA, lo es menos en el MsB), al mismo tiempo, la presentación se hace más densa (se cuenta en promedio 28 líneas por página en el MsA contra 34 en el MsB). Si bien ambos textos muestran las mismas características de una *work in progress* –añadidos, borraduras, hojas insertas–, el MsA presenta, sin embargo, más rectificaciones e inserciones que el MsB.

7 Que era “Diario histórico de todos los sucesos ocurridos en las Provincias de Sicasica y Ayopaya durante la guerra de la Yndependencia Americana, desde el año 1814 hasta el año 1825. Escrito por un comandante del partido de Mohosa Cño. [ciudadano] José Santos Vargas”.

8 Para una presentación crítica de las ediciones de los dos manuscritos, consultar mi artículo “Les deux journaux de José Santos Vargas (1814-1825). 1: Problèmes d’édition”, *Bulletin de l’Institut français d’études andines*, Lima, 1995, 24 (1), pp. 107-126.

Figura 10
Dos maneras de insertar añadidos en el MsB




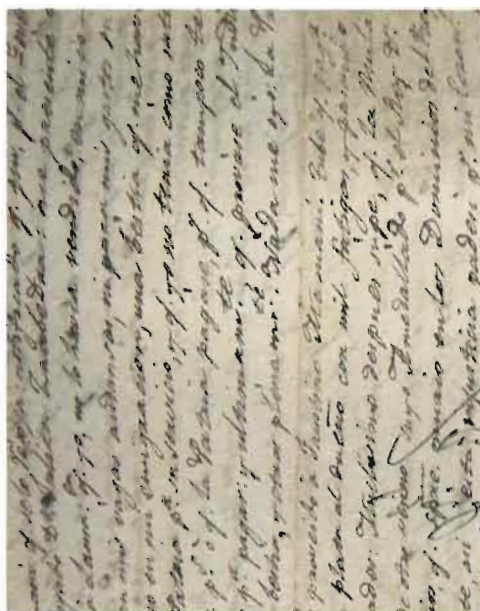
A la izquierda, lo añadido figura en forma continua en el texto y viene por lo general a completar un signo  que figura en el MsA; a la derecha, una anécdota redactada en un papel diferente –a veces en un sobre recuperado, como en el ejemplo infra– está cosido entre dos páginas del texto (fol. 286)

Figura 11
Una anécdota escrita en el papel de un sobre



El MsB cubre sin interrupción un período que se extiende desde fines del año 1814 (con algunos antecedentes) hasta comienzos de 1825, relato al cual se añade un episodio referente a la expedición peruana en los valles, en 1828, mientras que el MsA, cuya mayor parte se ha perdido, no presenta más que tres momentos del Diario de Vargas. Un azar feliz hace que se trate de episodios importantes, favoreciendo así la comparación entre los dos documentos.

Figura 12
Cronología de los acontecimientos



Estos hechos son relatados en los dos manuscritos (MsA y MsB) del Diario de José Santos Vargas.⁹

He aquí, pues, un manuscrito casi completo, por una parte, y, por otra, un manuscrito truncado. Ambos redactados por la misma mano: la de José Santos Vargas. Ambos, también, pretenden el estatus de un diario y corresponden al relato de los mismos acontecimientos: las aventuras de la tropa de guerrilleros a la cual perteneció José Santos Vargas durante la guerra de independencia en los valles del Alto Perú.

Sin embargo, una lectura incluso superficial de ambos textos muestra que no cuentan exactamente la misma historia de la misma manera. Episodios que figuran en uno no aparecen en el otro y, detalle más llamativo, las mismas circunstancias no necesariamente aparecen con la misma fecha ni desembocan en los mismos resultados. No se trata, pues, de dos copias de un mismo texto, a las que el azar de la conservación de los libros habría entregado una amputada y la otra intacta, sino de dos estados diferentes de una obra de la cual nada permite, por ahora, saber cuál fue el primer estado ni cuál pudo ser el último.

Sin embargo, siendo ambos textos originales, redactados por la pluma misma de Vargas y no copias de otra mano, es indudable que las variantes y divergencias entre ambos se deben a la voluntad del autor.

Ahora bien, ya sea porque no tuviese conciencia de modificar sensiblemente su historia de un manuscrito a otro, ya sea porque ha tratado de disimular sus retoques y sus contradicciones, Vargas se muestra singularmente mudo sobre esta doble redacción. Si bien, en el MsB, se ocupa en varios pasajes de las condiciones bajo las cuales cedió a su vocación de escritor, de las funciones relacionadas con lo escrito que desempeñaba en el seno de la guerrilla, y de las dificultades que experimentó, después de la guerra, para hacer conocer su libro, jamás se le escapa una alusión al trabajo al que sometió su crónica y a la existencia de varias versiones. Todo sucede como si Vargas hubiera deseado hacer creer que no había

⁹ No figuran en este esquema los anexos que completan el MsB, pero que no se inscriben en una cronología: un fichero de los 109 oficiales que sirvieron en la guerrilla y un índice privado de sus últimas páginas.

escrito más que una sola historia y un solo volumen. Que, habiéndole dado su forma definitiva desde el fin de la guerra,¹⁰ sus esfuerzos se habrían limitado a tratar de hacerla publicar.

A pesar del silencio con que rodea este aspecto del Diario, nuestro cronista sintió la necesidad de dar a su hipotético lector algunas informaciones sobre la elaboración y el destino de su obra. He aquí lo que dice al respecto:¹¹

- habría redactado lo esencial antes incluso del anuncio de la victoria de Ayacucho, transmitida a los valles en enero de 1825;
- en septiembre de 1825, uno de sus condiscípulos, don Pedro Allende, le pide prestado el manuscrito y lo lleva a Oruro para corregir sus errores; mientras tanto, Vargas propone su publicación al general Santa Cruz, por entonces prefecto de La Paz; pero Allende muere súbitamente, en tanto que Santa Cruz es relevado de sus funciones. Vargas no recupera su manuscrito sino en 1827;
- en 1837, lo confía de nuevo a un amigo, don Andrés Castillo, con la esperanza de que lo corrija y lo publique. Castillo no se lo devuelve sino dos años más tarde, ni corregido,¹² según parece, ni, por supuesto, publicado.
- En 1845, un ministro de la Corte Superior de La Paz, durante su estancia cerca de la propiedad de Vargas, esto es, don José Miguel Monroy de Portugal,¹³ descubre el Diario y se compromete a intervenir en favor de su publicación ante el presidente de la República don José Ballivián. Pero cuando Vargas se dirige a La Paz, en diciembre de 1847, a fin de concretizar el proyecto, se entera de que Ballivián ha debido ceder la presidencia al general Belzu.
- Al año siguiente, Vargas parte en busca de un socio que aceptase revisar su manuscrito, lo editase y compartiese con él los beneficios de la venta. Pero el corrector en quien pensaba renuncia a la empresa; mientras tanto, desde fines de abril hasta el 1° de agosto de 1848, una vez más, el Diario no ha estado en manos de su autor.
- A fines de 1851, en una última tentativa para hacer conocer su obra, Vargas la dedica al Presidente Manuel Isidoro Belzu, solicita una gratificación

10 “No te parezca, lector mío, que esta corta historia está hecha después de los sucesos nomás. Aun del triunfo de Ayacucho a tiempo del suceso está apuntado” (JSV, p. 14).

11 JSV, pp. 10-15.

12 Ninguno de los dos manuscritos lleva otras correcciones que las efectuadas por el mismo Vargas.

13 El magistrado, sin duda en vacaciones en una propiedad familiar, debía estar emparentado con Francisco Monroy, el mismo que, en 1812, había tenido un diferendo con las autoridades realistas. (ANB, INP 1812, exp. 51).

por haber contribuido a escribir la historia de la patria, y trata de obtener de él una audiencia. Después de una serie de pasos inútiles, que acaban en el hospital de Cochabamba, donde el antiguo guerrillero se trata de una terciana, nuestro escritor vuelve a su casa, y, según la única versión que tenemos de esta historia (MsB), renuncia entonces a toda esperanza de publicación. Tiene cincuenta y seis años y se considera prematuramente envejecido.

Las desventuras del Diario, abrumadora serie de mala suerte, subrayan que al menos en tres oportunidades Vargas asumió el riesgo de confiar a otro su obra, por períodos que van de tres meses a dos años. Ahora bien, no parece haber tenido copias del texto que confiaba imprudentemente, ya que después de la segunda desaparición de su manuscrito (1837-1839) exclama: “Después ya no quise dar a nadie aunque se me prestaban varios amigos, compañeros y paisanos”.¹⁴ Por otra parte, de 1826 a 1852 habrá perseverado en su intención de mejorar si no la calidad literaria de su obra, al menos la corrección de su estilo. **Extraño descuido**, por una parte, y, por otra, voluntad obstinada de retocar su crónica. He allí dos pistas que tal vez nos permitirán responder a algunas de las numerosas interrogantes planteadas por la existencia de dos manuscritos diferentes.

El tiempo de la escritura

Gunnar Mendoza, descubridor y editor de los dos manuscritos, ha formulado una hipótesis que apuntaba a dar cuenta de las diferencias existentes entre uno y otro. En una carta no fechada que me dirigió en respuesta a un mensaje del 19 de enero de 1993, escribió:

- 1) La introducción a la edición del Siglo XXI es incompleta porque los editores cortaron una buena parte del original en la cual se explicaba la metodología seguida en la transcripción del original.
- 2) En la parte cortada de la introducción se hacía referencia a las dos versiones existentes del Diario. La publicación del Siglo XXI fue hecha de acuerdo con la segunda versión hecha por el propio José Santos Vargas, cuando había terminado la guerra y él estaba retirado en su sayaña de Pocusco.
- 3) La primera versión, hecha por José Santos al compás de la guerra misma, sirvió para la primera edición hecha por la universidad [de San Francisco Xavier, Sucre]...

14 JSV, p. 12.

Así, Gunnar Mendoza reconocía que el MsA era anterior al MsB, viendo en aquél la matriz de éste. No habrían existido más que dos manuscritos: uno, un diario propiamente dicho, redactado en el curso de la acción, entre 1814 y 1825 (“al compás de la guerra”), el otro retrabajado a lo largo de los años de paz (“retirado en su sayaña de Pocusco”). El editor de ambos manuscritos no ha hecho conocer los argumentos que sostenían su tesis, pero, dada su familiaridad con la obra de Vargas, seguramente contaba con muy buenas razones al respecto. Es, pues, con muchas reservas que me permitiré verificar sus proposiciones y completarlas, esperando, al mismo tiempo, que un día se publiquen los estudios inéditos del descubridor del Diario.

¿Es anterior el MsA al MsB?

Varios elementos permiten responder afirmativamente a esta pregunta. El hecho de que, en varios casos, en el texto del MsA aparece un signo de inserción (*llamada* en la edición de 1952) que se transforma en un desarrollo en el MsB bastaría para demostrar que el MsA prefiguraba el MsB. No daré más que un ejemplo al respecto: en el folio 110v, el MsA menciona: “Averiguando prolijamente se pondrá la lista de las haciendas...”;¹⁵ en el MsB la lista de las haciendas controladas por los guerrilleros figura en el balance que Vargas hace a la muerte del comandante Lira.¹⁶

Además, incluso en el caso de falta de una marca de inserción, ciertas partes del MsA aparecen como esbozos de un texto al que una redacción ulterior habría de enriquecer. Así, un pasaje formado por ocho palabras en el MsA (en negrita) adquiere la dimensión de una escena trágica en el MsB.

MsA [*Diario*, 1952, p. 259]: [...] *le dan una descarga, cae muerto, con mas otra mujer impedida Evarista de tal.*

MsB [*Diario*, 1982, p. 280]: *Había una mujer impedida del mal gálico o apoplejía llamada Evarista de tal que no andaba ni se paraba siquiera. Había estado sentada sobre una sobrecama. Entra un soldado al aposento de esta enferma, lo ve y le dice:*

— *Levántate.*

No puede la enferma. Otras mujeres que habían allá muchas dicen:

— *No sabe levantarse, es impedida.*

Más claro le dicen:

— *Es enfermiza.*

Contesta el soldado:

— *Yo haré que se levante.*

Le da un balazo y muere ella batallando con las ansias de la muerte porque lo dejó semimuerta nomás. Era español europeo tal soldado; sólo un extranjero tal podía tener entrañas para

15 TMV, p. 180.

16 JSV, pp. 197-198.

matar a una mujer enfermiza. Vea el lector que todos los soldados rasos tenían facultades para matar hasta mujeres.

Además del enriquecimiento del texto original, algunas modificaciones en el léxico confirman que ha transcurrido tiempo entre el primer y el segundo manuscrito. En este último, Vargas hace desaparecer un vocabulario que había perdido toda vigencia años después del fin de una guerra, la que había dado nuevo sentido a palabras antiguas. Entre 1810 y 1825, los independentistas del Alto Perú llamaban así a sus adversarios “sarracenos” o “tablas”; no es sino más tarde que se comenzó a tratar a los realistas de “godos”. Entre la redacción del MsA y la del MsB, Vargas, consciente de que los jóvenes bolivianos no comprenderían ya estos términos, transformó “sarracenos” y “tablas” en “soldados del rey”.

Pero, a falta de una datación del vocabulario político empleado en los Andes, este indicio del tiempo que separaba la redacción del MsA de la del MsB queda impreciso. ¿Hasta cuándo “sarraceno” y “tabla” han conservado el sentido que les atribuían los protagonistas de la crónica de los valles? ¿Cinco años, diez años, más? Una investigación sobre este punto permitiría determinar con mayor precisión el tiempo que separa la escritura de una y otra versión.

Hay un último elemento que va en el mismo sentido y concierne a los símbolos nacionales adoptados por la nueva República. En el MsA, la bandera de la guerrilla es designada simplemente como “la bandera”.¹⁷ En el MsB, el autor tiene necesidad de precisar “que era bicolor del pabellón argentino”.¹⁸ Entre la redacción del MsA, quizás en la época cuando el Alto Perú apenas salía de la dependencia argentina y la terminación más tardía del MsB, se impuso una nueva bandera, la de la República Boliviana, y se ha perdido el recuerdo de que las primeras guerrillas de los valles habían sido alentadas por un cuerpo expedicionario procedente de Buenos Aires.

¿Representa el MsA el primer bosquejo del Diario?

Es más difícil responder con seguridad a esta otra pregunta, pues, por más que haya sido acabado precozmente, el MsA, mezcla compleja de partes sumariamente boceteadas y de desarrollos cuidadosos, no parece, hablando con propiedad, una crónica mantenida día a día. ¿El documento podría haber sido escrito en el curso mismo de la acción? ¿Dejaba la guerrilla a este escritor, que acumuló muy pronto las funciones de tambor mayor, de oficial, de guía y de escribano, suficiente tiempo para registrar otra cosa que notas destinadas a fijar el trazo de lo que más tarde merecería ser puesto en debida forma? Es algo que se puede discutir.

17 TMV, p. 188.

18 JSV, p. 205. Una de estas banderas, descubierta cerca de Macha en 1885, es conservada en la Casa de la Libertad, en Sucre.

Al consagrar un seminario al tipo del guerrero escritor, he aprendido que la actividad guerrera era una sucesión imprevisible de momentos de intensa movilidad y de calmas propicias para la escritura.¹⁹ Se podría admitir, en consecuencia, que Vargas consagraba sus períodos de inacción, sobre todo durante la estación de las lluvias, de diciembre a fines de marzo, a afinar ciertos pasajes de su obra y que esbozaba otros aprisa cuando la acción le requería. La desigualdad de su estilo, y sus alternancias de concisión y de prolijidad se explicarían así. Habría que objetar, sin embargo, que el tambor mayor, como buen número de sus compañeros, era, según los casos, ora guerrillero, ora cultivador. Cuando se alistó en la tropa de Eusebio Lira, a la edad de dieciocho años, su hermano acababa de confiarle la gestión de un terreno que conservó a pesar de su alistamiento. Además, casado prematuramente, se encontró pronto cargado de bocas a las que alimentar, cosa de la que a veces se quejó.²⁰ Pero supongamos que a pesar de estas contingencias difícilmente compatibles con el *otium cum dignitate* caro a los hombres de letras, Vargas desbordaba energía y aceptemos que en la época misma de la guerra haya podido cumplir con todas sus obligaciones, llevar a cabo bien todas sus tareas, y además redactar el MsA.

Incluso en este caso, no es posible admitir que el manuscrito que nos ha llegado sea el original de una primera redacción. Como el MsB, el MsA está concebido como un libro, escrito de manera continua, en pequeños cuadernos cosidos de papel de la misma calidad y de las mismas dimensiones. Más que al original de un diario, se parece a la puesta en limpio de un trabajo preliminar, formado de notas redactadas aprisa, sobre soportes desiguales, con tintas y plumas inseguras.

Un análisis físico de los manuscritos resultaría aquí muy útil y permitiría, quizá, pasar más allá, pese a los numerosos silencios de Vargas, en lo que a la materialidad de su escritura se refiere. Si bien hace numerosas alusiones a su *caja*, este tambor tan precioso como incómodo en medio de los combates, jamás se le ocurre referirse a su material de escribiente. Ahora bien, la escritura con pluma y tinta reclama más soporte y útiles que la que practicamos hoy, con bolígrafos. ¿Qué hacía él con su material cuando la guerrilla se veía cercada? ¿Cuáles eran las precauciones que este avisado personaje acostumbraba tomar a fin de asegurar la conservación de sus notas? ¿Y qué sucedió con éstas cuando, el 14 de junio de 1816, toda la tropa fue sorprendida por los hombres del subdelegado Francisco España y debió huir abandonando todos sus archivos?²¹

Si es verdad, que no parece verosímil, que el MsA pudiese ser el diario propiamente dicho —una libreta de notas que acompañó a Vargas durante diez años

19 Seminario realizado en el Centre d'anthropologie des sociétés rurales, EHESS, Toulouse, 1994-1995.

20 JSV, p. 340.

21 *Id.*, pp. 81-82.

de campaña—, un detalle podría hacer pensar que su redacción fue, en todo caso, anterior al mes de abril de 1828: el MsA consigna la muerte de un oficial de la guerrilla, Agustín Contreras, con ocasión de un combate; el cronista, en apariencia impasible, anota que en la posición que ocupaba Contreras era imposible que una bala realista hubiese podido alcanzarle.²² En el MsB, esta insinuación se transforma en acusación: fue José Miguel Lanza, jefe de la guerrilla, quien dio orden a un suboficial de desembarazarlo de Contreras, un antiguo cómplice que se había convertido en un problema.²³ La primera versión toma en cuenta que el general Lanza era, después de acabada la guerra, un personaje poderoso. Pero en abril de 1828, Lanza fue herido mortalmente en el curso del golpe de Estado que puso fin a la presidencia de mariscal Sucre; entonces, el segundo manuscrito puede difundir, sin riesgo para su autor, el rumor que ponía en entredicho la responsabilidad del general.

¿Fue escrito el MsB directamente a partir del MsA?

Tengo que responder con una negativa a esta pregunta. El MsB parece, pese a todo, una versión enriquecida del MsA, no solamente más completa, sino también más trabajada. A partir de ello, uno se ve tentado a inferir que el MsB salió directamente del MsA: un MsA enmendado y enriquecido con anécdotas que el autor habría solicitado a los sobrevivientes de la guerrilla. Sin embargo, las transformaciones sufridas por el texto original no siempre parecen lógicas. Si el MsB registra las adiciones del MsA, no toma en cuenta las supresiones que allí figuran y, en varios casos, afirma lo contrario de lo que enuncia el MsA. Por otra parte, modifica sistemáticamente sus fechas y los datos cuantitativos. Finalmente, en el caso de ciertos episodios importantes y complejos, tanto por la forma como por el fondo, ellos aparecen más claros y cuidados en el primer manuscrito que en el segundo. Anomalías todas incomprensibles si se supone que Vargas habría redactado el segundo texto teniendo el primero a la vista. No citaré más que algunos ejemplos de tales incoherencias:

Tachaduras que figuran en el MsA son conservadas en el MsB

MsA [Diario, 1952, p. 74]: *tomó la prudente precaución de mandar la retirada.* **MsB** [Diario, 1982, p. 69]: *tomó la prudente precaución [...].*

MsA [Diario, 1952, p. 96]: *los yndios en el momento se juntaron se presentan á García contentos pensando fuesen los del Rey.* **MsB** [Diario, 1982, p. 88]: *los yndios en el momento se juntaron se presentan á García contentos pensando fuesen los del Rey.*

22 TMV, p. 275.

23 JSV, p. 300.

Versiones contradictorias de un mismo acontecimiento

Un oficial de la guerrilla, adversario del comandante Lira cuyos proyectos de traición ha denunciado, ha de recibir pronto una bala perdida. En la primera versión, caerá víctima a pesar de sus precauciones; en la segunda, será víctima de su imprudencia:

MsA [*Diario*, 1952, p. 74]: *[don Matias Valdivia] habiendo apresurado sus pasos á la puerta de la calle con mucho cuydado.*

MsB [*Diario*, 1982, p. 69]: *[don Matias Valdivia] habiendo apresurado sus pasos á la puerta de la calle con poco cuydado.*

El 12 de septiembre de 1816, el capitán Miguel Mamani ejecuta a un indio por orden del comandante Lira. En una segunda versión la ejecución tiene lugar sin el consentimiento de Lira, quien condena a Mamani a dos meses de arresto:

MsA [*Diario*, 1952, p. 113]: *El 12 [de septiembre de 1816] por la noche don Miguel Mamani lo havia asaltado á Manuel Lima Yndio Enemigo de Pallata cerca del Anexo de Lirimani; lo sacó de su casa por orden de Lira lo asesinó en la loma de Guayrayaña [...].*

MsB [*Diario*, 1982, p. 101-102]: *El 12 de setiembre por la noche el capitán don Miguel Mamani le había asaltado a un Manuel Lima indio originario, en su casa propia de Pallata cerca del anexo de Lirimani. Lo sacó de su cama, lo llevó a la loma de Huayrayaña una legua corta de su casa, que es el alto mismo, y lo mató a palos y pedradas. [...] Este después de haberlo asesinado dio parte al comandante Lira. Este se enojó malamente y lo tuvo arrestado como dos meses a Mamani.*

Diferencias de fecha, hora y duración

Estas divergencias se cuentan por decenas. La mayoría de las modificaciones implican diferencias de algunas horas o algunos días (mediodía en lugar de las 10 a.m., 15 de mayo en lugar de 20 de mayo, etc.), como si el autor no hubiese dispuesto, en el momento de su redacción, de otra referencia que la de un recuerdo aproximado.

MsA [*Diario*, 1952, p. 98]: *El 27 a las 8 de la mañana.* **MsB** [*Diario*, 1982, p. 89]: *El 27 de junio a las 10 del día.*

MsA [*Diario*, 1952, p. 103]: *Al día siguiente el 9 a las 2 de la tarde.* **MsB** [*Diario*, 1982, p. 94]: *Al siguiente día, el 9 de julio a las 12 del día.*

El último ejemplo citado es desconcertante: ¿cómo es que Vargas, quien apreciaba tanto la libertad, no se acuerda de que fue puesto bajo arresto por dos o por once días?

M_{sA} [Diario, 1952, p. 221]: Fuimos arrestado onse días q. el dia trece en Cabari nos dio libertad.

M_{sB} [Diario, 1982, p. 240]: Fuimos arrestados dos días, que el día 25 en Cavari nos dio libertad.

Figura 13
El arresto de Vargas: la versión del M_{sA}



Modificación de los datos numéricos

Como el lector podrá darse fácilmente cuenta, las modificaciones sufridas por el texto, a menudo considerables, no obedecen a ninguna lógica aparente. De una versión a otra el número de los soldados del rey disminuye o aumenta en una proporción que varía del 50 al 100%:

M_{sA} [Diario, 1952, p. 91]: [los enemigos] se bajan como sesenta por el centro. **M_{sB}** [Diario, 1982, p. 83]: se bajaron como 30.

M_{sA} [Diario, 1952, p. 93]: el numero del Enemigo era de 80 hombres. **M_{sB}** [Diario, 1982, p. 85]: el número de los enemigos era de 120 hombres.

M_{sA} [Diario, 1952, p. 209]: como tuviese el Enemigo fuersa mas del doble. **M_{sB}** [Diario, 1982, p. 229]: como tuviese el enemigo más del cuádruplo de gente armada.

Los efectivos de la guerrilla y sus pérdidas en el combate experimentan variaciones igualmente inexplicables:

M_{sA} [Diario, 1952, p. 100]: el Ayudante García por el centro en pos mismo del Enemigo con 15 hombres de caballería. **M_{sB}** [Diario, 1982, p. 91]: el ayudante mayor García por el centro en pos mismo del enemigo con toda la caballería como más de ciento.

MsA [Diario, 1952, p. 126]: *estavamos reunidos con Alvares que tenia 24 hombres armados y nosotros 57 era el total 81 hombres contra 800 armados del Enemigo. MsB* [Diario, 1982, p.]: *estabamos reunidos con el comandante don Pedro Alvarez que tenía 24 bocas de fuego y Lira 82, por todo reunidos 106 hombres con armas de fuego [...]. Era el total del enemigo su fuerza de 600 hombres.*

MsA [Diario, 1952, p. 143]: *de la Patria 5 heridos, muerto ninguno. MsB* [Diario, 1982, p. 164-165]: *murieron de nuestra parte 35 hombres y un tamborcito, 36, y más de 20 heridos.*

Incluso el cotejo con otra fuente no permite comprender las razones de las variantes de la crónica. Con ocasión de un combate, a principios del mes de junio de 1819, unos guerrilleros caen prisioneros: 26 según el MsA (p. 227), 36 según el MsB (p. 247); en sus *Memorias*, el virrey Pezuela no menciona sino 17.²⁴

Algunos episodios son más claros en el primer manuscrito que en el segundo

Dos episodios esenciales de la historia de la guerrilla, correspondientes a la eliminación de sus primeros comandantes, Eusebio Lira y José Manuel Chinchilla, parecen haber causado problemas al propio autor, enredado en el relato de acontecimientos confusos y, quizá, jaloneado por sus propios sentimientos y lealtades contradictorias. Ahora bien, la primera versión de su relato que, a cada paso, mantiene un suspenso o denuncia un complot, resulta más clara y más hábil que la segunda.²⁵ ¿Se habría hecho Vargas menos talentoso con el transcurso de los años? Esta explicación es difícilmente satisfactoria.

¿Es el MsB un diario?

Un lector atento no puede dejar de constatar el cambio de tono y de formas de relato a partir de 1821. Para entonces, hasta en los valles, se sabe que la guerra se libra a escala continental, mientras que la Metrópoli conoce una nueva fase revolucionaria (el trienio liberal) cargada de consecuencias para su ejército en América, que, por ello, se encuentra dividido. Es en este momento que Vargas no sigue ya una crónica regular, sino que multiplica los relatos ejemplares y las anécdotas heroicas. ¿Se trata siempre de un diario? ¿Es siempre Vargas ese testigo privilegiado que ha elegido ser tambor mayor para estar cerca del comandante y conocer todas sus maniobras? Parece que no.

24 Joaquín de la Pezuela, *Memorias de gobierno*, Séville, Escuela de estudios hispano-americanos, 1947, p. 493.

25 Para una demostración más argumentada sobre este punto, consultar mi artículo "Les deux journaux de José Santos Vargas 1. Problèmes d'édition", *Bulletin de l'IFEA*, op. cit., pp. 115-116 y 117-118.

Me limitaré al ejemplo del año 1822, pero también se podría muy bien retomar la manera en la que Vargas describe el final de la guerra para concluir que, probablemente, no haya asistido a la liberación de La Paz por la División de los Aguerridos, cuyas marchas forzadas a través de los Yungas no describe, como tampoco describe su entrada en la capital, ni los primeros honores, ni su rápida disolución.

Los archivos de la Biblioteca de la Universidad Mayor de San Andrés de La Paz conservan, en los fondos del coleccionista erudito José Rosendo Gutiérrez, un expediente cuyos descubridores no han puesto en duda su autenticidad y que muestra claramente que nuestro cronista había olvidado su misión en 1822.²⁶ El documento contiene una correspondencia del virrey La Serna con el auditor Lara, así como dos tratados, uno de ellos suscrito entre Lanza, en nombre de la guerrilla de los valles, y José María de Lara, auditor honorario del Cuzco, encargado de negociar con las fuerzas disidentes del Río de la Plata para obtener un alto al fuego. En marzo de 1822, este último toma la iniciativa de encontrarse con Lanza en el pueblo de Yaco y acuerda con él, el 16 de abril, un pacto que instaura una tregua de treinta días y prevé la firma de un armisticio durante este plazo, no pudiendo tener lugar una reiniciación de las hostilidades sino de acuerdo a las modalidades precisadas en el tratado. El acuerdo no será ratificado por el virrey La Serna, quien no deseaba sino una rendición sin condiciones, y Lanza pondrá fin a la tregua respetando las formas prescritas por el tratado de Yaco.

26 ABUMSA, fondo Rosendo Gutiérrez, N° 271. Este expediente, que comprende dos de los tratados suscritos por Lanza con las fuerzas realistas, fue descubierto en 1974 por René Arze (“José Miguel Lanza y las negociaciones con liberales y absolutistas”, en *Presencia Literaria*, La Paz, 3 de febrero de 1974, p. 3). La existencia de este documento me ha sido informada por José Luis Roca, a quien se lo agradezco (“1824: el comienzo de la república de Bolivia”, en *Anuario del Archivo y biblioteca nacionales de Bolivia*, Sucre, 2003).

Figura 14
El tratado de Yaco

Nesmente estas negociaciones en el termino indicado,
 q. Tompese las hostilidades debia el Comand^{te} Lanza a
 nunciado ante a los H. Governadores de estas Provin-
 cias, debiendo para sei dias despues de este aviso, q. le
 dirigia q. un parlam^{to} q. podria comenzar aquellos
 Lara y Abril veinte y seis de mil ochocientos
 veinte y dos años.

Yo el Sr. Lara (Cacabunga)

Fuente: ABUMSA, fondo Rosendo Gutiérrez, N° 271

El Diario cuenta este episodio, pero multiplicando los errores y contrasentidos. Según Vargas, el 16 de abril Lanza no firma la tregua, sino que se pone en marcha con sus hombres para apoderarse de Irupana —sigue la descripción lírica de la toma de la ciudad y de la providencial victoria de la guerrilla. Vargas reconoce que el encuentro con el ministro Lara tuvo lugar, pero solamente el 12 de mayo, mientras que el virrey manifestó el 6 su negativa a reconocer el acuerdo entre Lanza y Lara. La tregua es rota el 25 de junio y Vargas presenta esta decisión como un capricho de Lanza y una prueba suplementaria de su ligereza: “Pero, como todo hombre cobarde es siempre atrevido, prevaleció en su capricho mal fundado”. Se dedica luego a describir las consecuencias calamitosas de esta decisión para la guerrilla, atribuye al capitán Pedro Arias todo el beneficio de la resistencia contra las fuerzas realistas, y vuelve de manera insistente sobre la insuficiencia de Lanza y su incompetencia, al mismo tiempo que deja grandes vacíos en la cronología de estos difíciles meses. El resto del año 1822 está consagrado al relato de episodios individuales en los que no intervienen Vargas ni la guerrilla en cuanto tal. Pero, ¿qué hacía, pues, Vargas en el momento en que Lanza se encontraba con Lara en Yaco? ¿Dónde se hallaba cuando se reinició la guerra? ¿Qué estaba haciendo mientras las fuerzas de la guerrilla se encontraban, una vez más, dispersas? Es indudable que él no ocupaba ya su lugar en las filas de la guerrilla. En abril, mientras la tropa acampaba en Yaco, él estaba

en Quillacollo, prisionero del subdelegado Antezana. Después de huir luego de diecinueve días de cautiverio, llegó a sus tierras de Chacarí y probablemente ya no se movió de ellas, dedicado a su cultivo. Cuando Lanza se vio obligado a huir, en agosto, acosado por tres fuerzas realistas, Vargas se encontraba en Chacarí “por estar yo con licencia en las cosechas”.²⁷ Odiará mortalmente al comandante por no haber hallado mejor cosa que refugiarse en la zona de Pocusco: los bienes de Vargas serán destruidos por el enemigo y él no encontrará otra salvación que refugiarse con toda su familia en el monte Chicote.

Al año siguiente, cuando Lanza lo asciende y le nombra comandante de Mo-hosa, su primera reacción es de quejarse y protestar: helo allí expuesto a las represalias del adversario. El entusiasmo de los primeros tiempos ha desaparecido.

No multipliquemos inútilmente los ejemplos: así como el proyecto literario de Vargas ha cambiado con el curso de los años, también se han modificado las formas de su participación. Sus convicciones jamás se han debilitado, pero, después de 1819, ya no ha vuelto a ser ese muchacho sin ataduras pronto a dedicar su vida a una causa, a un jefe. Ha adquirido una propiedad y tiene una mujer, y se dice abrumado por su cáfila de hijos pequeños. Como a muchos aldeanos, la duración de esta guerra interminable le pesa y trata, pese a todo, de sobrevivir. La obra empezada en 1814 continúa, pero registra tanto los relatos de otros y rumores como el testimonio directo que Vargas está cada vez menos en posición de dar.²⁸ Lo incompleto del MsA no permite decir si, en esta versión, Vargas se ha mostrado un cronista igualmente poco escrupuloso, o bien si el manuscrito se interrumpe en 1821 porque el autor no era ya testigo directo de las acciones de la guerrilla.

¿Representa el MsB el último estado del Diario de Vargas?

Hay dos elementos que abogan en favor de esta hipótesis:

- El hecho de que originales de documentos, no solamente impresos, sino también manuscritos, hayan sido insertados en el corpus del MsB.²⁹
- Lo completo del texto, que comprende no solamente una crónica de la guerra en los valles, entre 1814 y 1825, sino además varios “umbrales” (un ruego de publicar la obra y el pedido de una recompensa oficial, una

27 JSV, p. 324.

28 Las divergencias importantes entre las fuentes realistas y el *Diario* plantean otras preguntas: ¿Cuándo tuvo lugar la toma de Irupana? ¿Qué ha sucedido con las relaciones posteriores de Lanza y Lara? ¿Actuó Lanza solo y no había informado, por lo tanto, de sus negociaciones a la plana mayor, de la cual formaba parte Vargas? ¿Hay que poner los errores e inexactitudes del *Diario* en la cuenta del odio que Vargas profesaba a Lanza?

29 JSV, p. 21.

dedicatoria al Presidente de la República, un Prefacio al *Prudente lector*, la autobiografía de Vargas y el resumen de la acción que precedió a su incorporación a la guerrilla), una prolongación (el relato de la expedición peruana a los valles, en 1828, con ocasión de la cual Vargas reinicia su servicio), un fichero de los oficiales de la guerrilla (cada ficha comprendía un resumen de la carrera a lo largo de la guerra y el destino ulterior del individuo, si no había muerto en combate), y, finalmente, un índice, parcialmente conservado, que aparece a la vez como un trazado de la acción y un resumen de los episodios más sobresalientes de la obra.

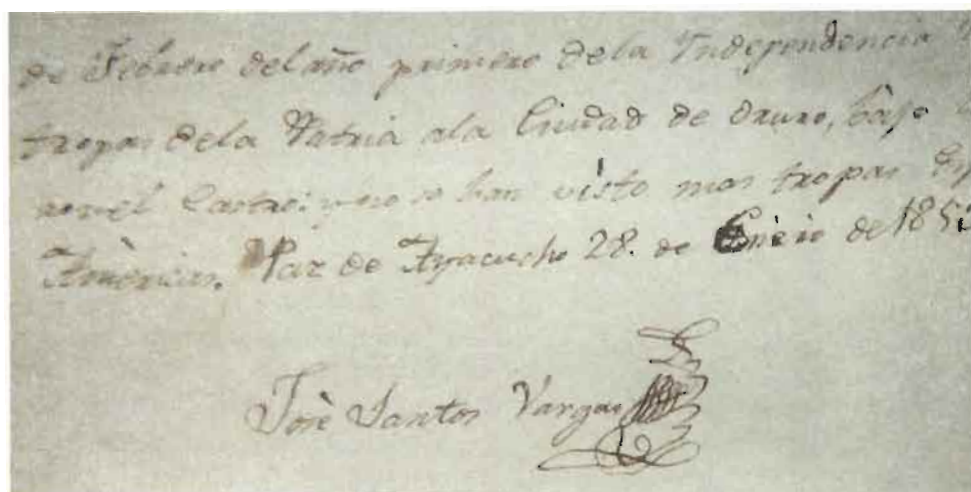
Sin embargo, el MsB posee aún numerosas tachaduras e incluye varios añadidos, muchos de los cuales, en forma de hojas, no han sido aún integrados al conjunto del texto. ¿*Work in progress*, sin cesar rehecha, o estrategia de nueva lectura, apelando a la libertad que permitía el hecho de no haber sido aún impresa? Las dos hipótesis no se excluyen y el hecho de que esta obra pareciera condenada a no publicarse jamás podía incitar a su autor a un perfeccionamiento sin fin.

En espera del descubrimiento siempre posible de otros manuscritos de Vargas, deberemos contentarnos con comparar las variantes de estas dos versiones de una misma obra, sabiendo que ambos textos se inscriben, tal vez, en una serie en la cual no ocuparían sino un lugar intermedio y no contiguo. Ha existido con verosimilitud un texto anterior al MsA; y quizás un MsA' e incluso un MsA'' han precedido al MsB. Sin embargo, varios elementos inducen a creer que el MsB fue el último estado en el cual José Santos Vargas dejó su obra. Lo que no significa que hubiese sido terminada.

Arriesguémonos, en fin, a fechar los dos textos: el MsA podría ser el manuscrito que Vargas prestó a su amigo don Pedro Allende en 1825. En todo caso, varios elementos abogan en favor de una redacción próxima al fin de la guerra. En cuanto al MsB, el autor mismo ha consignado dos veces el lugar y fecha del último retoque, después de una última tachadura (18 de diciembre de 1852), *Paz de Ayacucho, el 28 de enero de 1853*, que figura al pie de su Prefacio al *Prudente lector*, así como en la última página del Diario para el año 1825.³⁰

30 Entre los numerosos elementos que demuestran un trabajo del manuscrito (principalmente sus "umbrales"), hasta 1852, figura esta anotación: "*Al mes poco menos salió por Haraca, entró al pueblo de Yaco, al subsiguiente día se salió, mandó incendiar todo el pueblo. En tanto extremo arruinó que hasta el día del año de 1852 no han podido refeccionarlo todo: como la mitad del pueblo está en escombros, que siempre se quedará en el estado en que hoy se ve*" (JSV, p. 27). Cursiva de la autora.

Figura 15
Última página del Diario correspondiente al año 1825



Fuente: MsB fol. 314

Ignoramos en qué fecha murió José Santos Vargas y, en consecuencia, si dispuso del tiempo necesario para emprender una nueva versión de esta obra retocada y ampliada sin cesar. Por mi parte, no lo creo; la dedicatoria que figura a la cabeza del MsB, en la cual Vargas evoca la herencia que deja a sus hijos –un relato heroico y el recuerdo de grandes hechos–, se asemeja mucho al testamento de un hombre que siente próximo su fin.³¹

¿Qué veracidad?

La existencia de variantes en una obra de esta naturaleza plantea un problema embarazoso: el de su veracidad. Esta situación es frecuente en el campo literario. Que Stendhal haya optado al principio por hacer que el encuentro de Madame de Rênal y de Julien Sorel haya tenido lugar una noche de primavera en una alameda y que, después, haya preferido una mañana de otoño y en el umbral de una puerta es algo que revela tal vez detalles interesantes sobre las modalidades de la creación en uno de nuestros mejores autores; pero, al fin de cuentas, que el encuentro se haya producido en uno u otro día, en uno u otro lugar, no pone en cuestión el estatus de *Rojo y Negro*: se trata de una novela.

No sucede lo mismo con una obra que pretende ser un testimonio verídico y cuyo autor se compromete ante el lector a sujetarse a una verdad sin falla.³²

31 JSV, p. 6.

32 *Id.*, p. 3.

¿Qué pensar de un testigo que afirmaría que tal hecho tuvo lugar un lunes por la mañana, en pleno campo, y que luego sostendrá que se trataba más bien de un miércoles, un año antes y en una iglesia? Este es, sin embargo, el tipo de acrobacias a las que se entrega nuestro autor. He aquí como ejemplo la manera en que cuenta la muerte del capitán don Pedro Terán:

MsA [*Diario*, 1952, p. 75]: *El 10 de abril de 1816, don Pedro Terán es tomado prisionero en los bajíos del caserío de Sunchoma, después de haber sido denunciado por los habitantes de Palca.*

MsB [*Diario*, 1982, p. 69-70]: *El 30 de marzo de 1816, el subdelegado Oblitas manda fusilar a Terán. Este último se escondía en los altos de Tapasa gracias a la ayuda de su mujer. Fue ella quien lo denunció al subdelegado y que sugirió la estratagema que permitió su captura.*

En este punto de mi investigación persisten varias preguntas, pero se imponen algunas deducciones: al no ser ninguno de los dos manuscritos un diario propiamente dicho, es decir, una serie de anotaciones revisadas por Vargas en el curso de las acciones, y al representar el MsA una versión anterior a la de MsB, acabada poco tiempo después de la guerra (como espero haber establecido con bastante verosimilitud), el MsA fue probablemente redactado con la ayuda de unas primeras anotaciones y, siguiendo criterios de veracidad factual, sería por ello más confiable que el MsB.³³

Queda por comprender por qué Vargas redactó una nueva versión de su Diario, que no solamente desarrollaba el contenido de la precedente, sino que modificaba algunos de sus elementos por razones cuya necesidad no es evidente. La preocupación de aportar al lector más detalles sobre la guerra de los valles parece legítima—anécdotas y precisiones cosechadas de los testigos por un Vargas que experimentaba los métodos de la historia oral. Pero el hecho de jugar con las fechas y los nombres resulta, y sigue siendo, incomprensible. Lo que parece chocante es menos la imprecisión—¿quién de nosotros conserva una memoria inalterable de fechas y números?—que la variabilidad de un relato a otro. ¿Cómo imaginar a un cronista que, por un lado, pretende haber sido testigo de lo que cuenta y que, por otro, sea capaz de escribir, indiferentemente, que la tropa del capitán García estaba formada por quince jinetes o por cien, que una tropa de realistas atacó una hacienda (cerca del lugar de residencia del autor) ora un 18 de abril ora un 2 de mayo, o que el comandante Lira, cuya muerte lo marcó

33 Habría un medio de desempatar las dos versiones: apelar a otros testimonios. Pero las investigaciones a las cuales se ha dedicado Gunnar Mendoza, y las que yo he efectuado en los fondos bolivianos, argentinos y españoles, no son concluyentes: la guerrilla de los valles no ha suscitado otra documentación de una riqueza comparable al relato de Vargas, unos sucesos consignados por él no figuran en los archivos realistas y episodios que éstos revelan no son mencionados por Vargas. Volveré sobre este punto en la tercera parte de esta obra.

tan profundamente, expiró ante sus ojos a las 10 o bien a las 11 de un día 15 de diciembre o bien del 16? No hay cómo admitir estas contradicciones, a menos de suponer que:

- a) Vargas emprendió la reescritura del Diario con motivo de la desaparición de su manuscrito, que podía creer perdido por mandatarios negligentes (suposición que implica que el “diario,” propiamente dicho, hubiese igualmente desaparecido). En efecto, todo sucede como si Vargas hubiese redactado la segunda versión de su crónica sin disponer de referencias cronológicas y, de alguna manera, hubiese trabajado de memoria.

Además que:

- b) Al cambiar la crónica de naturaleza en el curso de los veintiocho años que separan el fin de la guerra y el prefacio del MsB, el autor de este, cuya memoria se había debilitado con el tiempo, no concedía ya sino poco valor a esas precisiones de detalle. Su objetivo era restablecer una verdad y no, simplemente, registrar hechos.

Sólo se trata de una hipótesis y, quizá, las incoherencias existentes entre los dos manuscritos se explican más simplemente, pero a falta de información sobre su historia no caben sino las conjeturas.

El trabajo literario

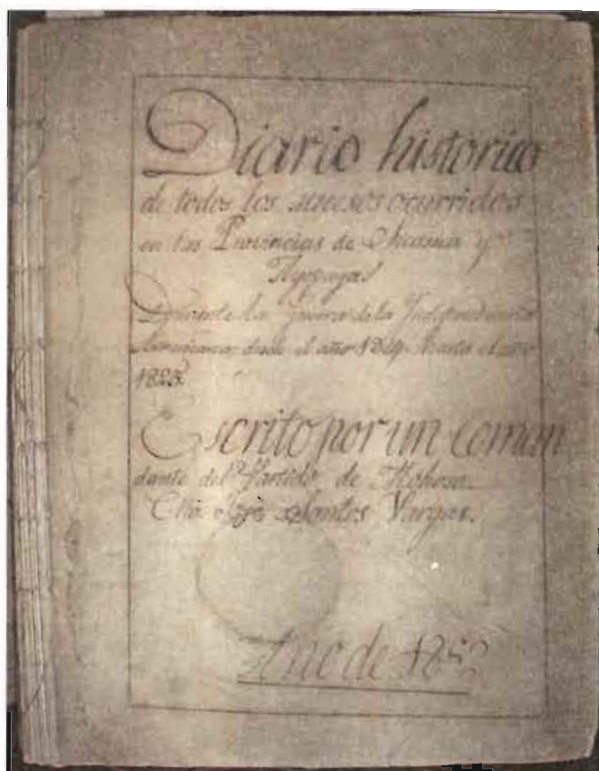
La verdad de Vargas era la del sentido de la guerra, de las razones por las cuales se había alistado, a imitación de ese hermano mayor del cual había aprendido dos cosas: que era justo rebelarse, y que la rebelión era materia para escribir sobre ella.³⁴ Entre el MsA y el MsB se produce, pues, un trabajo de cristalización de sucesos pasados que reciben su sentido del proyecto de escribir un capítulo exhaustivo de la historia nacional, esto es, el referente a los valles. Lo cual, por otra parte, expresa claramente el título que Vargas mismo le dio al MsB:³⁵

“Diario histórico de todos los sucesos ocurridos en las Provincias de Sicasica y Ayopaya durante la guerra de la Yndependencia Americana, desde el año 1814 hasta el año 1825. Escrito por un Comandante del Partido de Mohosa Cño. José Santos Vargas. Año de 1852”.

34 JSV, pp. 9, 22.

35 Al haberse perdido las primeras páginas del MsA, no conocemos su título.

Figura 16
 Título dado por Vargas a su crónica, MsB



Después de la última redacción de una crónica, el autor se entregó, pues, a un trabajo periodístico y literario durante veintiocho años, practicando una escritura de retoques y capas sucesivas con el fin de no descuidar nada de la historia de los valles.

Al mismo tiempo, los actores de esta historia se hacen más numerosos, mejor conocidos. La parte asignada a los indios se acrecienta o, más exactamente, los hombres cuya pertenencia étnica no estaba precisada en el MsA son, luego, designados como indios. Este cambio debe mucho al enriquecimiento del MsB, cuyo objetivo es ofrecer al lector una visión más amplia de la guerra que aquella que Vargas pudo conocer como combatiente. Aumentan las anécdotas cuyos actores son los modestos habitantes de los valles, las más de las veces, indígenas, puestos en escena para un lector considerado, ahora, como testigo de las atrocidades de la guerra. Pero con el tiempo que pasa y la historia de la joven República que traquetea, lo que Vargas registra es también el trabajo de la memoria de toda una región que no se preocupa ya de saber si un vecino murió un jueves de 1816 o un domingo del año siguiente, sino de conocer cuál fue la causa de su desaparición, cómo murió y cuál es la lección que puede sacarse de su fin.

Es así que entre el MsA y el MsB, el Diario experimenta una sensible inflexión hacia la fábula patriótica coronada por una conclusión edificante. De ahí en adelante, Vargas trata de aislar en su relato los episodios dramáticos a los que acompaña una moral que, por lo que supongo, satisfacía las normas reconocidas por los habitantes de los valles. He aquí algunas ilustraciones al respecto, clasificadas como temas de *exempla* (todas las anécdotas que siguen no figuran sino en el MsB).

La fuerza del destino y la justicia inmanente

La muerte súbita de hombres que descubren la guerra, o de aquellos que acaban de ser ascendidos, merece ser subrayada por lo que revela acerca de la crueldad del destino o de la vanidad del mundo. Así el MsA (TMV, p. 183) menciona sin comentario la muerte del guerrillero Mariano Crespo, pero el MsB (JSV, p. 201) precisa que él se había alistado cinco días antes. Su muerte repentina se convierte en objeto de lástima y pesar.

Por otra parte, todo homicida debe conocer, en este mundo, los efectos de la justicia inmanente. Así la muerte del guerrillero Pedro Arias, que se inscribe aparentemente entre los acontecimientos previsibles de la guerra, ilustra en la segunda redacción el justo cumplimiento de la ley del talión:

MsA (Diario, 1952, p. 279): Pedro Arias hecho preso por los realistas.

MsB (Diario, 1982, p. 304): capturado, Pedro Arias es fusilado en el mismo lugar y sobre la misma piedra donde hizo fusilar injustamente a otro hombre, "Lo fusilan [...] en el mismo trecho y asiento donde él lo hizo sentar..."

Volveré más largamente sobre este aspecto del Diario en la última parte de esta obra (al tratar de *Los valores*). Retengamos solamente que ciertas modificaciones aportadas al MsB obedecen a un proyecto moral y a una visión del mundo que no se imponía con la misma fuerza en el MsA.

Las mujeres, víctimas o demonios

Las mujeres, poco presentes en el MsA, adquieren importancia en el segundo manuscrito, donde ilustran dos temas opuestos: criaturas maléficas o víctimas indefensas, que viven en los márgenes más crueles de la guerra civil.

La muerte de don Pedro Terán muestra cómo se ha elaborado el relato de la traición de que fue víctima el bravo capitán por parte de su propia mujer (ver *supra*). Otra anécdota adventicia empuja este esquema hasta su conclusión lógica: una mujer traiciona para librarse de un marido incómodo. Una segunda anécdota refuerza aún más esta acusación: el 13 de junio de 1817, un oficial de la guerrilla es muerto por un realista (MsA); poco tiempo después, la viuda se vuelve a casar, pero ahora con el asesino (MsB, JSV, p. 165).

Ninguna familia se sustrae a esta crueldad de las mujeres. O bien ¿será que el guerrero de excepción atrae la perversidad femenina? En el MsA, el lector se entera así de que la madre del comandante Lira era responsable de la muerte de varios inocentes;³⁶ en la segunda versión, la hermana del comandante es igualmente culpable.³⁷

Siempre en relación con las mujeres, el MsB desarrolla un tema sádico, el de un indio sin piedad que asesina a una madre de familia a pesar de que ella le ruega por su vida. Al episodio atroz que figura en el MsA (el indio Cartagena ejecuta a la mujer del alcalde Durán)³⁸ viene a añadirse, en el MsB, el asesinato de una mujer encinta por parte del caudillo Fermín Mamani.³⁹ La clave de esta insistencia es aportada tal vez por el prólogo del Diario, completado por el índice que figura en el MsB: la primera muerte a la que asistió Vargas, por entonces adolescente, fue la de una mujer en cuya casa acababa de refugiarse, matada por una bala a quemarropa disparada por el indio Zerda, en cuyo camarada se convierte al enrolarse en la tropa de Lira.⁴⁰ La repetición de este drama ¿servía de exorcismo al horror de vivir en compañía de asesinos?

El indio patriota

Citaré integralmente la anécdota del indio vindicativo transfigurado en arquetipo de patriota americano porque ella ilustra la importancia del trabajo literario de Vargas y el lugar creciente que asigna al componente indígena en la lucha de los valles por la independencia. En la primera versión, que se puede considerar más acabada en el plano literario, se trata de una breve anécdota dotada de una moraleja; en la segunda, la escena se alarga, los diálogos se multiplican, los caracteres de los protagonistas se perfilan y la lección moral se ve acompañada con informaciones sobre la instrucción política dispensada por Lira a los indios.

MsA [*Diario*, 1952, p. 153-154]:

[...] Ya entonces vio el Yndio que se asomaban dos Soldados mas, á esto dice el Yndio: “pues, si no me perdonas la vida, ahora moriremos juntos”: se le abrasa al soldado á fuersa se botá al barranco y caen los dos y ambos murieron, aunque no al instante, unos quantos que havian bisto esta accion del frente del barranco prontamente avisaron a Lira, y se bajó a ber con otros muchos oficiales y algunos soldados curiosos al Yndio lo hizo sacar, al soldado

36 TMV, p. 101.

37 JSV, pp. 91-92.

38 TMV, pp. 82-83.

39 JSV, p. 243.

40 JSV, p. 21. M.-D. Demélas, “Les deux journaux de José Santos Vargas 1. Problèmes d’édition”, *op. cit.*, p. 123.

tambien, mas los dos hablaban todavia, por donde le encarró todo lo dicho al Soldado, éste tenia la espalda quebrada y un lado de la cara casi no se distinguia, y pedia por Dios por favor por la Patria lo acabasen de matar, y que tuviesen lástima de el, y que no le era posible sanar, ni podia sufrir ya; éste desia a gritos, entonces mandó que lo acabasen de matar, y a los quantos golpes de garrotasos expiró. Al Yndio lo mandó para Morochata y cerca del Pueblo murió, éste tenia la pierna quebrada, un brazo como toda la costilla; havia sido de Guacaplaza estancia [...] en la Doctrina de Morochata se llamaba Mariano Mamani. Vea el lector la energia y resolución de un americano, que murió matando sin arma alguna.

MsB [Diario, 1982, p. 174-175]:

Al fin vio el indio que se le acercaban tres soldados más del enemigo, a esto dice el indio:

—Pues si no me perdonas la vida moriremos juntos.

Se le abraza al soldado y fuerza a fuerza se bota al barranco y caen los dos, ambos murieron aunque no al instante. Unos cuantos que vieron esta acción del frente de nuestra indiada dieron parte al comandante Lira, y se bajó a ver con otros muchos oficiales y algunos soldados curiosos y los hizo sacar a los dos. Hablaban todavía ambos, por donde el indio le encaró todo lo dicho al soldado. Este tenía la cara desollada y una pierna quebrada; el indio tenía asimismo desollada la cara y todo el lado izquierdo del cuerpo, costillas, perna y brazo, y ambos hablaban muy claro y bien todo decían, por donde le encaró al soldado todo lo que sucedió, y éste pedía por Dios, por favor y por la Patria lo acabasen de matar y que tuviesen lástima de él, que no le era posible sanar ni podía sufrir aquellos dolores: esto decía a gritos, y por último decía que le perdonasen, que solamente la ira de que se revistió en aquel instante había causado su final ruina.

El comandante Lira se lastimó mucho viendo y oyendo estos alaridos y voces, le dijo que lo hará cargar a Palca, que lo hará curar y sanar, que pida perdón de Dios nomás por sus culpas: nada oíja el soldado, decía que también ha sido soldado de la Patria, que entró con el general Pinelo⁴¹ a La Paz el año 1814 y que por la Patria lo acabasen de matar o que le alcancen un cuchillo, que no permitan que muera desesperado; el indio se reya nomás y decía:

—Vos has buscado tu ruina con tu tenacidad de no perdonarme y dejarme ir, tomá pues— como haciéndole idea en ese acto.

Entonces mandó el comandante Lira que lo acabasen de matar, aunque todavía le dijo al soldado que tuviese paciencia hasta llegar al pueblo de Morochata siquiera, que allí había un sacerdote, que se confesará. Se enojaba el soldado y le dijo al comandante Lira que si quería que muera confesado que por qué no andaba con capellán; y otras cosas más, ya delirando estaba. Entonces mandó que lo acabasen de matar: a los cuantos golpes de los garrotasos murió. Al indio lo mandó para Morochata y cerca del pueblo expiró. Había sido de la estancia de Huacaplaza, hacienda de Yani en la doctrina de Morochata, partido de Ayopaya, se llamaba Mariano Mamani. Vea el lector la energía y resolución de un

41 Expedición de la revolución del Cuzco a La Paz bajo el comando de Pinelo y del canónigo Ildefonso de las Muñecas. El soldado del que se trata en esta anécdota sería, pues, natural del Cuzco.

*americano que murió matando sin arma ninguna por solamente dejar para la posteridad el país libre y su Patria independiente (como que estuvieron muy bien imbuidos toditos los indios porque el comandante Lira siempre les hacía entender todo lo que quería decir Patria e independencia del gobierno español, lo que contenía y los bienes que reportaría a la posteridad).*⁴²

Un incorregible hombre de partido

Entre los primeros esbozos del Diario y su última versión, el proyecto concebido por Vargas a la edad de dieciocho años (alistarse en la guerrilla para tener una historia interesante que escribir), se ha acrecentado con tantos testimonios y experiencias que se ha transformado en una memoria del patriotismo local. Un texto que de alguna manera lleva la cuenta de la sangre derramada en un momento en que las razones del sacrificio de tantos hombres empezaban a desaparecer. Como la mayoría de los guerreros escritores, Vargas habla en nombre de la comunidad de los muertos.

Pero el Diario mira también hacia el presente de la República boliviana, y sucede que Vargas se apoya en la gesta llevada a cabo para tomar partido contra una evolución reciente. Seguro de su legitimidad de antiguo combatiente, juzga severamente la línea cambiante de los nuevos dirigentes. Así se introduce en el MsB una crítica de las violaciones del derecho de asilo en las iglesias, que acaban de producirse: incluso durante la guerra de independencia, la violencia no iba hasta ese punto.⁴³ Y pronuncia una condena sin apelación de las exacciones sufridas por los indios, a las que la República no ha podido poner fin.⁴⁴ De ahí estas desengañadas reflexiones, señales de una redacción tardía, por parte de un hombre decepcionado del régimen a cuyo surgimiento ha contribuido:

*“Por entonces era asilo todavía el templo de Dios”. “En ese tiempo y en la Patria únicamente usaban cargar mujeres propias, no digo concubinas”.*⁴⁵

Este antiguo guerrillero que se presenta retirado en su parcela parece no haber cesado nunca de tomar partido, de expresar a través de los múltiples retoques de su Diario sus indignaciones, a menudo sus rencores, a fin de defender una herencia revolucionaria, un ideal: la independencia del país, la ciudadanía de todos los bolivianos, las virtudes de la instrucción.

42 JSV, p. 22.

43 MsA (TMV, p. 203): “olvidándose el Sargento Miranda quien estava ya asilado en la Iglesia”. MsB (JSV, p. 223): “ya asilado en la Yglesia (por entonces era asilo todavía el templo de Dios)”.

44 Un signo de inserción (llamada) figura en el MsA (TMV, p. 219); en el MsB (JSV, p. 237), Vargas inserta en este lugar un texto sobre las persecuciones sufridas por los indios y añade: “(como ahora)”.

45 JSV, p. 249.

Vargas no es el testigo imparcial, si bien no alejado, que pretende ser, sino un hombre comprometido en los asuntos partidarios que intentamos descifrar y ello antes incluso de su incorporación a las tropas de la guerrilla, más aún, incluso antes de su nacimiento. Los añadidos incesantes a los que se dedica tienen varios sentidos; sus silencios igualmente, de los que habría que hacer un inventario. Entre el MsA y el MsB se manifiestan cambios de actitud frente a los dirigentes de la guerrilla, cuyas feroces divisiones revela el Diario. El retrato del comandante Lira, héroe de la crónica, se hace más complejo, realizado por sombras (sus crueldades gratuitas y su duplicidad) y luces (su talento de organizador, su preocupación por dar a los indios una formación patriótica, su indomable valentía). Se revelan las debilidades del sucesor de Lira, José Manuel Chinchilla, pero también su pertenencia a la sociedad india y sus lazos con las comunidades. José Miguel Lanza confirma su autoridad y su prestigio al mismo tiempo que Vargas no disimula ya la hostilidad que le inspira.

Por los retoques que imprime a su *work in progress*, Vargas afina igualmente el retrato de los dirigentes realistas y el de los trásfugas. Hace más negros los trazos para describir la acción de don Ángel Andrés Rodríguez, quien fue patriota y luego realista y que, después, regresó a la guerrilla; fue protegido por Lanza y vivió honorablemente después de la guerra a pesar de sus traiciones y las pérdidas que ellas causaron en las filas de los guerrilleros.⁴⁶ Revela nuevas exacciones de los subdelegados don Agustín Antezana –quien llegó a capturar a nuestro autor en abril de 1822–⁴⁷ y don Julián Oblitas⁴⁸ –a quien trata de ridiculizar contando la evasión de uno de sus prisioneros;⁴⁹ en el manuscrito, la añadidura sarcástica (“quería [...] pero se le frustraron los planes”) es revelada por la diferencia de color de la tinta en la última línea.

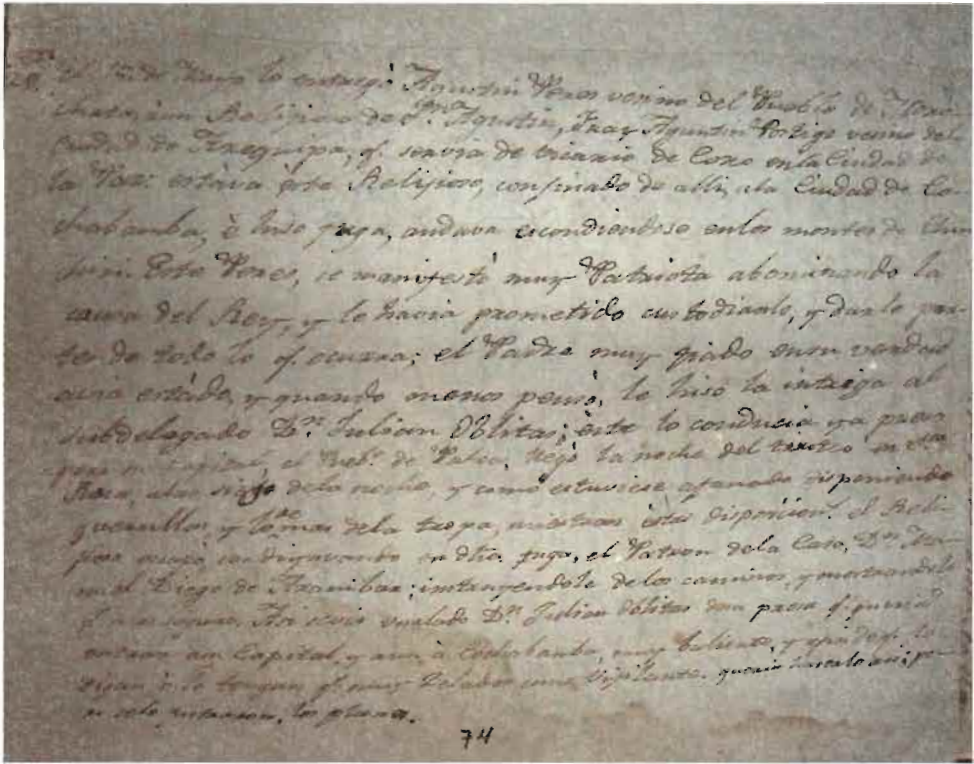
46 JSV, p. 238.

47 *Id.*, pp. 164, 176.

48 *Id.* p. 72.

49 *Id.*, p. 74.

Figura 17
La evasión del prisionero de don Julián Oblitas



Fuente: MsB fol. 73

Inversamente, sin que se comprenda a qué se debe este favor, atribuye al oficial realista don Pedro Antonio Asúa una acción que había sido puesta anteriormente en el activo de don Juan Imaz: hizo fusilar al hombre que se vanagloriaba de haber sido el asesino del comandante Lira.⁵⁰

En la historia que quiere ser la de los valles, pero que se construye en torno a los jefes de la guerrilla a los cuales Vargas estaba vinculado por sus funciones de tambor mayor y de secretario, se forja la imagen de héroes guerreros como la del capitán Pedro Álvarez, de quien el MsA se contentaba con contar su muerte y para el cual el MsB inventa el culto fúnebre.

MsA [Diario, 1952, p. 154]:

Dicen que el Enemigo se retiraba para el pueblo de Morochata, y pasando por el rio se havia emboscado un trozo de 40 hombres en las casas y molinos de Parangani, y Alvares iba abansando con algunos tiros, y estando cerca ya de las casas salen los emboscados y abansan,

50 TMV, p. 228. JSV, p. 248.

el otro retrocede para el río, y que se había quedado á retaguardia por proteger a su gente el Comandante Alvarez y por ultimo salia un medio repechon de cuestita se empacó el caballo, tánto que quanto mas picaba se iba para atras hasta el extremo de que atropelló el Enemigo y á Sablasos lo mataron el 20 a las tres de la tarde; este parte llegó a Inquisivi al Comandante Lira el 23 nos fue muy sensible la perdida de un defensor de la Libertad y Patriota antiguo, y muy fiel a la Sagrada causa, porque jamas havia conosido a los realistas, ni pensaba capitular nunca hasta que murio derramando su sangre por la causa sagrada de su opinion en manos de los tiranos, y aseguran que el mismo Antezana lo asesinó.

MsB [7SV, 1982, p. 176]:

El comandante Alvarez, de la Patria, iba por delante avanzando con algunos de sus soldados dando tiros. A este tiempo y cuando estaba ya cerca salen de los molinos los emboscados y avanzan. Alvarez retrocede, pasa el río, se queda en retaguardia por proteger a su gente, por último salía un medio repechón de una corta cuestita, se le empacó el caballo en tanto extremo que cuanto más picaba tanto más se iba para atrás hasta el caso de que le atropelló el enemigo y a sablazos lo mató el 20 a las 3 de la tarde a Alvarez el mismo comandante don José Manuel Antezana (alias el Ronco) por sus manos, y muy sereno había escrito una carta a un amigo suyo a Cochabamba en que “al pie de mi Vicuña [el caballo de Antezana] quedó patateando el mismo caudillo Pedro Alvarez, y quedarán escarmentados otros como él” [...].

El 27, el comandante Lira mandó solemnizar por Alvarez sus exequias parroquiales en este pueblo ya dicho. Nos fue muy sensible la pérdida de un defensor de la Patria y libertad de América, y era un sujeto que jamás había conocido siquiera a los españoles más que cuando los veía en alguna guirrilla ni nunca pensaba capitular, hasta que murió derramando su sangre por la causa de su opinión en manos de los tiranos que tiranizaan las Américas. Pero de balde se diría que tales tiranos eran los españoles europeos: era este don José Manuel Fernandez Antezana americano, natural y vecino de la provincia de Cochabamba, en la quebrada de Tapacarí, pueblo de Calliri, no sólo él sino con todos sus hermanos, don Agustín, don Valeriano y otros nombres.

El primer manuscrito era una crónica; a fuerza de trabajo y de adiciones, el segundo se convierte en un homenaje tributado a los muertos por la patria, y rechazo del olvido que reparte elogios y quejas.

No sabemos nada de la historia de estos manuscritos después de su redacción: ¿cómo fueron a dar a Sucre, a los fondos del Archivo Nacional? Gunnar Mendoza, quien tal vez sabía algo, no ha dejado filtrar ninguna información al respecto. ¿Y por qué falta más de la mitad del MsA, reducido a tres trozos de la historia?⁵¹ Conocer estos detalles podría ayudarnos a discernir mejor los objetivos del autor; además las intenciones que Vargas haya podido tener ante dos textos

51 Notemos, sin embargo, que los principales pasajes brillantes del Diario figuran en esta versión incompleta. Los azares de la conservación han sido favorables, si es que se trata de azares.

diferentes podrían informarnos sobre el estatus que conviene atribuir a cada uno de ellos. Es difícil creer que el autor no se haya preocupado por la sobrevivencia de su crónica después del último fracaso de sus tentativas de publicación.

En espera de otros trabajos que vendrán a completar, acaso a invalidar los míos, propondré a la comunidad de investigadores que consideran el Diario, con razón, una obra mayor, entendernos sobre los puntos siguientes:

- 1) Como pensaba Gunnar Mendoza, el MsA es anterior al MsB, si bien no representa la primera versión del Diario, y su última redacción debió seguir muy de cerca el fin de la guerra. Trabajado verosímelmente a partir de notas tomadas durante la guerrilla, se puede suponer que las informaciones factuales que proporciona son más seguras que las del MsB, pero ellas no integran, o lo hacen poco, testimonios de gente de los valles, los que sí solicitará Vargas en los años siguientes. Es la culminación del proyecto que José Santos elaboró, a la edad de dieciocho años, al descubrir el diario llevado por su hermano. Narra las aventuras de un pequeño grupo de guerrilleros conducidos sucesivamente por tres capitanes de trágico destino. Lo esencial de su materia narrativa está formado por el relato de escaramuzas, ciertamente perjudiciales para las fuerzas realistas, pero, en suma, secundarias respecto a la escala de la guerra continental.
- 2) El MsB es producto de un trabajo de reescritura y de recolección de informaciones en otros actores de la guerrilla de los valles, trabajo que se prolongó desde el fin de la guerra hasta enero de 1853. Refleja el cambio de proyecto de escritura del autor, que evoluciona de una concepción individual de la obra a la idea de hacer del Diario el repositorio de todas las huellas de la guerra conservadas en los valles. Se convierte así en el relato ejemplar de la lucha patriótica que, de un puñado de guerreros improvisados, de soldados perdidos y de indios en ruptura con su comunidad, se extiende al conjunto de la *patria chica* formada por las dos provincias de Sicasica y de Ayopaya, y transforma los valles en un espacio único. Pero si bien es verdad que gran parte del material sobre el cual se elabora proviene de otras fuentes, además de la memoria del autor, el cual se aleja a menudo del teatro de la guerra a partir de 1821, no se puede considerar el MsB como una obra colectiva. Es José Santos Vargas, tambor mayor y comandante de la patria, hijo de notables criollos e indio originario, que habla aymara y escribe en castellano, quien recoge, selecciona y da forma al material que le han entregado sus conciudadanos.

Las fases de la redacción del Diario multiplican sus ángulos de visión: al de un hombre muy joven que se divierte con el juego mortal de la guerra, sueña con la gloria y se adhiere a un jefe cuya muerte no podrá olvidar, le sucede el de un soldado aguerrido en las astucias del enemigo, endurecido por las decepciones

que han podido causarle las mudanzas de la causa que ha abrazado y el conocimiento de los hombres que la defienden. Viene, en fin, la mirada desengañada de un hombre que envejece, para el cual la República no ha cumplido con las promesas de la guerrilla.

CAPÍTULO 4

La invención de una lengua

Antes de todo análisis de la obra, se plantea el problema mismo del material a partir del cual el cronista se expresa: ¿en qué idioma –que no necesariamente escogió– pudo escribir José Santos Vargas, quien conocía el castellano, el aymara y, quizá, también el quechua? Pues a pesar de todo su talento era, en efecto, lo que decía: un autodidacta, investido por sí mismo de la misión de transcribir en una lengua literaria palabras y actos expresados en lenguas vehiculares indias y en un castellano mestizo, a menudo defectuoso.

Cuando se puso en busca de un editor, José Santos Vargas quiso también encontrar un corrector. Su sumaria instrucción le había impedido saber escribir según las reglas y aquellos que le aconsejaban ofrecer el Diario al público exigían la supresión de sus numerosas faltas. Muchas de estas resultaban arcaísmos de un idioma importado en el siglo XVI por soldados y algunos letrados (administradores y clérigos), luego modificado para servir a la descripción de una nueva realidad: lugares, plantas, seres, gestos y relaciones sociales, que no existían en España. El castellano fue hablado con nuevos acentos y giros que no eran los de la Metrópoli. Los indios aprendieron algunos rudimentos de castellano y los españoles, para dirigirse a sus servidores y a sus campesinos, se sirvieron de lo elemental de las dos lenguas del Alto Perú, el quechua del sur y de las cuencas, y el aymara de las tierras altas y de una parte de los valles. Y algunos les encontraron virtudes expresivas que no poseía su lengua materna; así, por ejemplo, se decía que el quechua era mucho mejor que el castellano para expresar el amor o el duelo. Se produjo algo así como una división de papeles entre dos universos lingüísticos: el castellano servía para la vida oficial, para las relaciones con el Estado, el fisco, la justicia, la cultura; las lenguas indígenas dominaban el espacio cotidiano y doméstico. Las mujeres –más que los hombres– se servían de estas

últimas: idiomas maternos y de nodrizas; y todo hombre que se aproximaba al estrado —ese territorio de las mujeres que ocupaba más de la mitad de la pieza principal—¹ pasaba de inmediato del castellano al aymara o, según las provincias, al quechua. A fines del siglo XVIII, las mujeres de Cochabamba, cualquiera que fuese su condición, no hablaban más que el quechua, que también era empleado por los hombres en la familia y entre amigos.² En la misma época, en el Cuzco, no solamente los indígenas, sino también el conjunto de los criollos, hablaban esta lengua. Y en 1830, cuando el naturalista francés Alcide d'Orbigny visitó La Paz, se asombró de encontrar tan pocos bolivianos que hablasen castellano: en la capital del altiplano, el aymara era el idioma común.

Cuando José Santos Vargas empezó a escribir, los idiomas indígenas eran, pues, los hablados por la mayoría de los habitantes del Alto Perú; pero, en su escritorio, los que sabían redactar no se servían sino del castellano. Según la categoría social a la cual se pertenecía, se utilizaba entonces un castellano mestizo, incorrecto, pero flexible y modelado a la realidad andina, o bien, uno se restringía a una lengua de referencia, que excluía toda mezcla, y que el gusto de los letrados, a menudo discutible, había tornado hartamente alambicado. Los doctores de la Universidad de San Marcos, en Lima, escribían de una manera incomprensible para los mestizos de los Andes, que habría parecido risible en la época clásica de la cual se reclamaban. Pero su preferencia suponía autoridad y por ello Vargas pensaba que su obra tendría más valor si uno de los doctores del Alto Perú a los que se dirigió aceptaba impregnarla con el *pathos* de moda. El acento de la tierra natal no representaba todavía un valor literario.³

Lo que vivió José Santos Vargas durante once años de guerra civil reflejaba esos usos. La guerrilla estaba formada por un conjunto abigarrado de combatientes: criollos, a veces procedentes de familias cultas, mestizos originarios de los valles, entre los cuales pasaba una frontera móvil entre el aymara de las tierras altas y el quechua de las cuencas. Después de la derrota de la insurrección del Cuzco, en 1815, numerosos soldados de lengua quechua se habían incorporado a la tropa, así como guerrilleros provenientes de Santa Cruz, donde no se hablaba más que el castellano. Vargas señala incluso la presencia de un sargento inglés y de un capitán escocés. Y, aunque se trata de contactos

1 Al comienzo del siglo XIX, las mujeres seguían sentándose sobre cojines, a la manera morisca, mientras que los hombres, abajo del estrado, utilizaban sillas. Sobre la utilización de las lenguas indígenas, el testimonio más precioso es el del naturalista francés Alcides d'Orbigny, quien recorrió Bolivia, incluso una parte de los valles, entre 1830 y 1831.

2 Francisco de Viedma, *Descripción geográfica y estadística de la provincia de Santa Cruz*, Buenos Aires, 1836 (col. De Angelis), p. 537. "Entre la gente vulgar no se habla otro idioma que el quechua, y aun entre las mujeres decentes hay muchas que no se saben explicar en castellano".

3 Hacer corregir una obra literaria anónima o de un autor no letrado representa hasta una fecha reciente una práctica difundida, como lo demuestra la suerte del manuscrito de la *Muerte de Atabualpa*.

infrecuentes, la guerrilla mantenía vínculos con los mosetenes y mojos de la selva, y los chiriguano del Chaco, con los que la vinculaban pasajeras alianzas. Los intercambios con Buenos Aires y con los gauchos de Güemes, que servían de emisarios y se quedaban a veces en los valles, se hacían en castellano o, quizá, también en quechua.

Dada esta diversidad, en el seno de la guerrilla, el castellano servía de idioma vehicular para redactar la correspondencia y las instrucciones, y las lenguas indígenas para las órdenes a la tropa o en las deliberaciones del consejo de oficiales al que pertenecían oficiales indios.⁴ A menudo, agrupados según su origen, los hombres empleaban su lengua materna (castellano, aymara o quechua). En fin, muchos entendían probablemente varias lenguas, como era el caso de nuestro cronista, al cual le sucede a veces que no sabe distinguir entre lo que pertenece a una u otra habla. Así atribuye al castellano el sobrenombre aymara de don Ángel Andrés Rodríguez, “el Hachalaco”, “que quiere decir gusano grande o gran bestia”.⁵

Cuando compartía la mesa del comandante, honrada a veces por la presencia del cura, Vargas escuchaba hablar castellano, un castellano lleno de palabras y de giros tomados de las lenguas nativas. E, incluso, es probable que los primeros dirigentes, Eusebio Lira y José Manuel Gandarillas, hablasen con más frecuencia en aymara. Para el correo oficial y las proclamas cuya redacción tenía a su cargo, Vargas empleaba un castellano estereotipado propio de la retórica revolucionaria de la época: modelada en Cádiz y adornada con los aderezos de Buenos Aires.

Era natural que, perteneciendo al género noble que es la historia, el Diario tuviese que ser escrito en castellano, lengua materna de Vargas, pero que sin duda practicaba con menor frecuencia que el aymara o el quechua. Tuvo, pues, que inventar una lengua escrita que apenas si se asemejaba a la que empleaban él mismo y los habitantes de los valles. Los numerosos diálogos que inserta en el manuscrito del MsB son, en muchos casos, traducciones de conversaciones sostenidas en aymara, a veces en quechua. Pero, entre la redacción del MsA, mudo al respecto, y la del MsB, Vargas deja asomar algunos fragmentos de una realidad lingüística que negaba las convenciones letradas a las que trataba de someterse. En algunas ocasiones transcribe incluso las palabras exactas de los actores aymaras y proporciona su traducción entre paréntesis.⁶ “*Maya amparaqui, maya amparaqui*”, exclaman los comuneros que piden cuentas de la muerte del comandante Lira a los soldados de Fajardo. “*Janihua nayaja mulati nayra iman tañmataqui*”, protesta un condenado que no quiere que se le vendan los ojos a

4 Cf. *infra* la traducción de la falsa carta de Lira a la tropa “en su propio idioma” en la noche del 17 de diciembre de 1817.

5 JSV, p. 181. El diccionario de Bertonio da la traducción siguiente: *jach'a laq'u*.

6 *Id.*, p. 201.

fin de conocer a su asesino y vengarse de él en el otro mundo: “*Hualiqhua uñ-tusmahua, bumahua lurista acamada*”.⁷

Sin embargo, José Santos Vargas, quien no escribía según las reglas, tampoco lo hacía tal como hablaba o como escuchaba hablar a sus compañeros de armas. Llegó a crearse una lengua propia, muy alejada de la lengua culta, pero que era también otra cosa que una mera transcripción de una grabación oral.

La primacía de lo oral

¿Cómo se hizo escritor Vargas? No hay escritor nato. Contar es algo que se aprende. ¿En qué texto? ¿Por medio de qué? ¿Cuál es la parte de la obra que depende de la imitación, la que no pertenece sino al autor, y la que expresa una visión del mundo y los valores comúnmente admitidos en el pueblo heterogéneo de los valles? Intriga la precoz maestría del guerrillero. El relato del fin de Lira, el admirable silencio que hay entre su reconciliación con el capitán Moreno, su futuro asesino, y la última noche del héroe que agoniza en la oscuridad, habría sido escrito cuando Vargas apenas si salía de la adolescencia.

¿Ha tomado sus técnicas narrativas en un fondo de literatura de cordel y de canciones? ¿Se ha inspirado en sermones y prédicas? ¿Ha buscado estructurar su relato a partir de esquemas tomados en préstamo de modelos más elaborados? No dice nada al respecto, ciertamente. Por tanto, arriesguemos algunas posibilidades de respuesta, tanto más inciertas por cuanto aún no existe estudio sobre la difusión de modelos o de obras literarias en la Audiencia de Charcas.

Es sensible la influencia de registros populares en el Diario, donde a veces se hace escuchar un ritmo de canciones. Hay términos que vuelven como un estribillo y exclamaciones que ritman la acción, que recuerdan las de las coplas.

*¡Ob, disposiciones divinas!*⁸

*¡Ab, desgracia!*⁹

*¡Ab, suerte!*¹⁰

Se pueden percibir también restos de lecturas en alta voz, en cuyo curso el autor finge dialogar con su auditorio:

7 *Id.*, p. 141. Se plantea el problema, desde luego, de saber cómo Vargas aprendió a escribir en ayimara. Quizá a partir de las traducciones de textos patrióticos que Buenos Aires se preocupaba en dirigir a los habitantes del Alto Perú.

8 *Id.*, p. 66.

9 *Id.*, p. 131.

10 *Id.*, p. 325.

¿Y que sucedió? Ya fue de día.¹¹ Ya no parecía Favre, ¿y qué había sucedido?¹² [...] Lo botaron el cuerpo al campo, ¿y qué sucedió? Que se había resucitado de noche y se había metido entro de las pajas caminando un largo trecho.¹³

Hay incorrecciones de estilo, una puntuación defectuosa, que marcan, bien a menudo, la trascripción de un relato oral: “Ahí tiene usted la tropa de españoles se cambiaron en tropas de americanos patriotas”.¹⁴

El narrador se divierte ante la impaciencia de los oyentes: ¿Ha capturado el enemigo al guerrillero? ¿Ha llegado a escaparse el hombre?

¿Qué ha sido del cuerpo del ejecutado? “Pues, había resucitado”. Y es en este tono familiar que se mantiene el diálogo que Vargas establece, desde el prefacio, con su *Prudente lector* y que se mantiene hasta el final de sus aventuras. Este compañero irreal de las horas pasadas en escribir es presentado como testigo de las villanías realistas, las más de las veces y, también, a veces, pero más raramente, de los errores de la guerrilla:

Vea el lector que hasta un mero oficial mercenario mataba sin proceso ni saber quien es (p. 110). Va prudente lector que los soldados del rey católico se valían hasta de los elementos de Dios para proceder su rigor contra los americanos (p. 117). Vea el lector y balance el valor y bravura de este americano que no pensó el morir sino sobrevivir a la muerte (p. 141). Vea el lector la energía y resolución de un americano que murió matando sin arma alguna (p. 175). Vea el lector que todos los soldados rasos tenían facultad o autoridad para matar hasta las mujeres (p. 280). Vea el lector como aburrían a los hombre haciéndoles una injusticia (p. 335). Contrapese el lector la desigualdad de partido (p. 363).

Esta familiaridad de tono facilitaba el recurso a efectos cómicos que Vargas empleaba con mayor frecuencia de la que se podría esperar en la historia trágica de los valles. Un cómico, se diría, que sabía recuperar la farsa popular:

Entonces pues había hurtado Hurtado como muy cerca de 2000 pesos [...]. Entró pues a Luribay de cacique, de donde se interesaba y había pasado a la ciudad de La Paz Hurtado llevando el dinero hurtado [...].¹⁵

O bien, utilizaba el sarcasmo, como después de una expedición calamitosa:

A las 2 de la tarde llegamos a dicha hacienda de Anucariri a descansar de habernos muerto entre nosotros por ganar 22 fusiles y hacer correr a Antezana montado en su negra.¹⁶

11 *Id.*, p. 318. JSV, p. 312.

12 *Id.*, p. 312.

13 *Id.*, p. 156.

14 *Id.*, p. 382.

15 *Id.*, p. 244.

16 *Id.*, p. 171.

Vargas sabía también inspirarse en fuentes más recientes y sacaba efectos graciosos de la pomposa retórica suscitada por la nueva vida política: en enero de 1821, después de seis años de ausencia, el coronel Lanza regresa a los valles, que han prescindido muy bien de su presencia. Pero, como él pretende representar la autoridad de los dirigentes de Buenos Aires, el comandante Chinchilla se considera obligado a demostrarle una buena predisposición, lo que da al lector un pasaje en el que lo cómico, más bien rechinante, surge de la hipocresía del discurso y de su redundancia:

El 19 va el comandante Chinchilla al pueblo de Inquisivi a verlo al coronel Lanza. Este señor le abraza como a un compañero de armas, como a un compañero de trabajos, como a un compañero antiguo y hermano, por ser de una misma opinión, defensores de una misma causa; ambos se regocijan, se felicitan la vista, la reunión y el conocimiento que habían tenido.¹⁷

Un mes más tarde Chinchilla morirá fusilado por orden de Lanza, cosa que Vargas cuenta con la mayor brevedad del mundo: “El 20 lo pasa a capilla”.

Un efecto cómico de desilusión nace del juego mismo de la guerra: los realistas cazan, los guerrilleros esquivan la carga. Cuando el cazador deja escapar a su presa, no encontrando más que un montón de cenizas o una vieja camisa en lugar de la presa que esperaba, la risa acomete al espectador. ¡Bien jugado!¹⁸

Sin embargo, dejar oír los acentos del habla de los valles, entre las líneas del Diario, no significaba ni vulgaridad ni torpeza. Vargas compartía con sus compañeros el gusto por el lenguaje hermoso y por una cierta teatralización de la vida. Muchas anécdotas que se encuentran en la obra no tienen otro motivo que el de reproducir las palabras y los actos de hombres cuya vida (y con más frecuencia la muerte) parecen obedecer a criterios estéticos: ostentación, elegancia, virtuosismo, desenvoltura y poesía frente al destino ineluctable.

Hacia el final de la guerra, un cabo fatigado por un combate sin salida hace gestos de desertar. Se le condena a muerte. Avanza hacia el lugar de su ejecución:

El cabo muy contrito, muy conformado decía sí, que por la Patria moría en manos de sus mismos compañeros; que con gusto abrazará la muerte y tomará este amargo trago; que el camino de la vida era muy pésima [sic] que todo era padecer, todo era penalidades, todo necesidades y trabajos; que el mayor sentimiento que tenía era no ver triunfante su opinión :

— *No ver la libertad de mi Patria, no ver libre, no ver libre.*

17 *Id.*, p. 294.

18 *Id.*, p. 119.

*Pidió un vaso de chicha y quería cantar unas boleras patrióticas, le estorbaron, no le permitieron; se sentó, dijo al sacerdote le rezara una oración, y concluida ésta lo tiraron sin la más leve compasión y él mismo se tapó los ojos.*¹⁹

La muerte de Juan Bautista Ayllón, oficial al cual Vargas consagra varias páginas, fue igualmente ejemplar por sus últimos instantes. Conducido al lugar de ejecución pasando delante de la capilla donde se encuentra el cuerpo de la mujer a la que ha asesinado en la víspera, y por lo cual ha sido condenado, clama sus adioses a quien fue su amante:

*Ayer tu alma me llevó la delantera, ahora tu cuerpo me lleva también entrando en la iglesia. Pero yo te ganaré en entrar bajo de tierra a la sepultura. Anda, infeliz por mí, y yo por vos.*²⁰

La escritura de la crónica se plegaba a la palabra de sus actores. Vargas se mostraba capaz de arriesgar su vida en pleno combate por un soldado que sabía encontrar las palabras capaces de conmovirlo²¹ y el ascendiente que Lira ejercía en él dependía mucho de lo bien que sabía hablar. No en vano los sermones de su hermano Andrés Vargas lo habían convencido para alistarse...

Las desigualdades del arte de Vargas traducían tanto la diversidad de los valles –y la dificultad de transcribirla– como los límites de su experiencia. Si sabía cómo transmitir las palabras del comandante, que a veces él mismo había redactado, le era más difícil hablar en lugar de hombres procedentes de clases que no había podido conocer. Ignoraba así cómo se expresaba un oficial realista bien educado. Cómico a pesar suyo, atribuye al terrible gobernador de Cochabamba, el coronel Imaz y Mendizábal, el lenguaje de un cholo de los valles,²² como si, sin advertir su incongruencia, un autor contemporáneo atribuyese a un prefecto de la República la mofa de un Cantinflas...

De la misma manera, el modo en que hace hablar a los indígenas suena a veces falso.²³ Es verdad que este aspecto de su trabajo presentaba una dificultad particular. La transcripción de sus discursos es de doble carácter: primero en castellano a partir del aymara, luego en estilo literario. ¿Cómo escribir un discurso que parezca verdadero? ¿Cuál es el arte de lo natural? Estas incapacidades,

19 *Id.*, p. 350.

20 *Id.*, p. 336.

21 *Id.*, p. 232.

22 *Id.*, p. 315. “Hombre, lo que me habéis comunicado de ese hombre que dice usted que es muy enemigo del trono y del rey debes también saber si es hombre perjudicial con ser de opinión contraria a nuestro sistema: di claro, porque se le apresará y es mi muy amigo, porque le has de justificar y probar con hechos, nada de fraude, sino justamente, sin intrometer cuentos de viejas ni ridículas porque para castigar es preciso averiguar desde una mínima raíz”.

23 Un buen ejemplo en JSV, pp. 119-120.

sin embargo, sorprendentes en un hombre que, desde el final de la guerra, se hizo miembro de una comunidad, se deben tal vez a la voluntad de presentar a los indios tales como habrían debido ser en una obra patriótica y en una República independiente. Por sus torpezas, el guerrillero muestra su voluntarismo republicano.

Y así sucede con un joven pastor, al que su edad y su ignorancia del juego de la guerra tornan incapaz del discurso patriótico. La escena logra que este pastor encarne trágicamente la muerte de los modestos pobladores de los valles:

Al día siguiente a las 8 del día los fusilaron atrás del cementerio en las paredes de la iglesia a nueve hombres, entre ellos al cacique don Rafael Vergara lastimosamente sin más delito que haber sido encontrados en sus casas, unos paysanos pacíficos.

Dicen que uno de ellos era un jovencito de la puna (así llaman a los de las pampas de Oruro y de todo lugar frígido); dice salía de la iglesia al patíbulo comiendo un mollete (que es el pan que hacen del áspero de la harina de la flor), sin saber por qué lo mataban ni dar crédito de que iba a ser víctima salía con una frescura de ánimo, y siempre mascando iba el jovencito. El señor cura que los ayudaba le decía:

—Hijo, ya no es tiempo de que comas, en este momento vas a la presencia del divino tribunal, pídele misericordia, llámale que te ayude, te defienda del enemigo malo —etc., a este tenor palabras dirigidas y propias para el presente asunto.

El indiecito nada hablaba comiendo el mollete, que le replicaba al cura:

—Tata cura, desde antenoche estoy sin comer, como forastero. Acabaré de comer todavía, despacio llévenme pues. ¿Y no fuera a ver todavía cómo estarán mis carneros cargados? Después me volviera pronto, de ay les acompañaré, hasta donde quieran me llevan pues. Le suplicaba a un soldado a que le dé licencia, después dice que le ayudará aun a cargar el fusil más que sea todo el día y mañana más. Llega al patíbulo, lo sientan y los afusilan, todavía el pan en la boca del indiecito no había acabado de tragar siquiera, que causó la mayor compasión que hasta los soldados enemigos se regresaron llorando viendo al difunto con el pan en la boca y en la mano a este infeliz inocente. Aún más dicen que dio a tiempo de que le dice un soldado u oficial que se siente:

—Déjenme nomás ya pues, mi madre me retará, qué dirá de mi tardanza.²⁴

Los modelos revolucionarios

¿Cómo pasar de lo oral a lo escrito y cómo el amor al lenguaje teatral se convierte en un objeto literario? ¿A través de qué enseñanza y transmutación? La cuestión de la cultura de Vargas se encuentra así planteada. El tambor mayor subraya con coquetería su ignorancia. Pasó cuatro años en la escuela de Oruro donde,

24 *Id.*, p. 281.

según insiste, no aprendió nada. Es, sin embargo, porque escribía bien que los jefes de la guerrilla lo retuvieron a su lado. ¿A causa de su hermosa caligrafía? No solamente. Su ortografía no es más defectuosa que la del ministro Olañeta, como recuerda Gunnar Mendoza, y a pesar de su incorrección su estilo tiene el sabor de un gran talento. Vargas es uno de los raros escritores bolivianos dignos de mención en el siglo XIX, junto con Gabriel René Moreno, cuyo preciosismo contrasta con su truculencia.

Vargas aspiraba no obstante a hacer afectada su pluma. Para parecer menos pueblerino emplea expresiones graciosas; a las llamas las designa como “carneros cargadores”; en lugar de *pututu* escribe “corneta”; y usa “gorro” para no decir *lluchu*.²⁵

Autodidacta, Vargas ¿no ha sentido la fascinación de obras conocidas, elaboradas o populares? ¿Ha atribuido a sus compañeros y a sus jefes actitudes y discursos imitados de héroes antiguos? *Leyenda dorada*, novelas de caballería, *El Quijote*,²⁶ comedia clásica,²⁷ aventuras picarescas, novelas contemporáneas,²⁸ ¿qué lecturas lo habrían influenciado? Esta pregunta queda, por el momento, sin respuesta segura. No se sabe gran cosa de las novelas difundidas en el Alto Perú a fines del período colonial, y menos aún del uso que se hacía de ellas. Los fondos de las bibliotecas de las que se tiene inventario están constituidos principalmente por libros de piedad. Y, por haber vivido en casa de su hermano, el cura Vargas, José Santos debía conocer bien esta literatura.

Sin embargo, Vargas no cita más que una fuente para su obra: el diario llevado por su hermano antes de noviembre de 1814. Pero ¿cuáles eran las fuentes propias del cura Vargas? A pesar de que no he podido encontrar huellas de su paso por la Universidad de Chuquisaca, Andrés Vargas compartía las convicciones de los independentistas del Río de La Plata, como Mariano Moreno y Bernardo Monteagudo, quienes recibieron en ella su formación. A través de su hermano y de los oficiales que lo rodeaban y que habían combatido en las tropas argentinas, el cronista descubría la nueva importancia asignada a las funciones políticas de la escritura.

25 Ver la presentación crítica de G. Mendoza, del cual tomo en préstamo esta observación (JSV, p. XL).

26 Única obra literaria citada en el Diario. Se hace alusión a ella en una nota que el comandante Chinchilla dirige a un oficial realista, nota probablemente redactada por su secretario, Vargas.

27 La frase célebre de *Fuenteovejuna* de Lope de Vega, “morir matando”, reaparece en varias ocasiones en el Diario (JSV, pp. 200, 211).

28 Algunos de cuyos procedimientos toma Vargas: “Dejemos a estos infelices envueltos en su desesperación, vamos viendo el estado de los fugitivos” (JSV, p. 263). “Dejemos en su prisión temeraria a la clase de general y vamos viendo el estado de los valles” (p. 359). “Vamos acordándonos del estado del general Lanza que estaba en la fortaleza de Oruro” (p. 370). “Veamos el último fin de los valles” (p. 371).

Así, las influencias del espíritu de la época a los que estaba sometido se manifiestan a través del empleo de ciertas metáforas, que son otros tantos tópicos de los que se ha alimentado la prosa política de la época. No tomemos sino un ejemplo, cuyas transformaciones trataremos de seguir, esto es, el de la metáfora del despertar y del letargo empleada entonces para designar lo que el siglo XX llamará “concientización”. Una canción popular en Buenos Aires, en 1810, trataba de hacer despertar a Lima:

*Nobles Perhaunos [sic]
Heroycos limeños
¿Hasta quando dura
El letargo vuestro?*²⁹

En el mismo momento, el cabildo de Cochabamba hacía pública su adhesión a la revolución de Buenos Aires, en los siguientes términos:

*Sin desconocer el centro legítimo de poder público nacional, protesta la populosa provincia de Cochabamba que habiendo regenerado su verdadera felicidad el día 13 del corriente, ha empezado a mirar la luz que hasta ahora se le había cubierto entre las sombras de la ilusión y del error, conociendo ya al presente sus legítimos intereses y los derechos de la Patria y sus enlaces con la soberanía representada en las cortes nacionales.*³⁰

Y el célebre y anónimo *Diálogo entre Atabuallpa y Fernando VII en los Campos Elíseos* concluía con la siguiente arenga:

*Habitantes del Perú: Si desnaturalizados e insensibles habéis mirado hasta el día con semblante tranquilo y sereno la desolación e infortunio de vuestra desgraciada patria, recordad ya del penoso letargo en que habéis estado sumergidos; desaparezca la penosa y funesta noche de la usurpación y amanezca el claro y luminoso día de la libertad.*³¹

Sueño inducido por la tiranía española, del cual se libera el patriota al despertar. Pero también sueño de la ilusión del guerrillero decepcionado, que no cree ya en una causa ingrata, como Lira desengañado después de la toma de Irupana, en diciembre de 1815, que no le significó sino sinsabores en lugar del botín que se esperaba. Piensa abandonar la guerrilla, “como despertando de un sueño”.³² Un año más tarde Lira se ha repuesto, pero un emisario realista viene a tentarlo: “[...] Que recuerde del letargo en que está

29 Carlos Ibarguren, *Las sociedades literarias y la revolución argentina*, Buenos Aires, 1937, p. 158.

30 AGN, leg. Banda oriental, Cochabamba, La Paz, Tarija, 1811, sala X-3-4-6, exp. N° 51, oficio del cabildo de Cochabamba, dirigido a la junta de Buenos Aires, 18 de agosto de 1811.

31 ANB, col. Rück.

32 JSV, p. 63.

metido en esos bosques reducido a padecer toda miseria e inclemencia del tiempo [...]”.³³

La metáfora del dormir y del despertar brutal aparece de esa manera a lo largo de todo el Diario. Patriotas son los hombres que dejan de dormir para abrir los ojos.³⁴ El dormir de la ceguera o de la convicción: el doctor Andrés Vargas aparece a su joven hermano como un “patriota ciego”. La adhesión de uno de los partidos a la guerra –aunque fuese de la causa que Vargas defiende– es llamada “ciega adhesión”.³⁵ En el Cuzco, el cacique realista Mateo Pumacahua “abrió los ojos”³⁶ para convertirse en miembro de la junta revolucionaria que se apoderó de la ciudad en agosto de 1814. El despertar sobreviene como un segundo nacimiento; hay indios que hacen protesta de su lealtad a la corona recordando: “Hemos nacido y abierto los ojos a las banderas españolas”.³⁷

Pero a pesar de esta familiaridad con los clichés forjados en los círculos independentistas de Cádiz y de Buenos Aires, Vargas debía lo esencial de sus modelos y su visión del mundo a los clérigos que lo habían formado a través de su hermano o de su pariente el cura de Caracollo, don Miguel Vargas, pero también, en el curso de la vida cotidiana, a los sermones escuchados y las palabras de los capellanes de la guerrilla.

El cura don Juan Antonio Valencia era uno de los mejores amigos de Lira y lo asistirá en sus últimos momentos; los curas don José Manuel Ampuero, don Tomás Millares, los hermanos Gutiérrez, don Ángel Mariano Mesa, comen en la mesa del comandante y disponen de casas bastante vastas donde el comando de la guerrilla establece sus cuarteles. Son otras tantas ocasiones para que el joven complete su formación. Pues, cuando tuvo que contar la muerte de ciertos capitanes, él se inspiró en los textos santos más bien que en la literatura política con la que estaba familiarizado. En lugar de vituperar a los traidores con el tono de los pasquines de Buenos Aires que llegaban a los valles, narraba la traición de que fue víctima el capitán indio don Andrés Simón como la de Cristo entregado por Judas.

Concisión, silencios y destino

Devolvamos, pues, a Vargas lo que le pertenece, esto es, un estilo de una concisión sorprendente en esa época en que el énfasis era considerado una virtud

33 *Id.*, p. 78.

34 *Id.*, p. 60.

35 *Id.*, p. 304.

36 *Id.*, p. 35.

37 *Id.*, p. 88.

literaria, sobre todo cuando el discurso era patriótico. Su concisión es de dos clases: Vargas dice breve, pero plenamente lo que tiene que decir; expresa también mucho no diciendo nada. Brusquedad y silencios que modelan una visión trágica del mundo.

La concisión da al relato una fuerza de persuasión particular, estilo propio de hombres que aceptan un destino que Vargas registra para la posteridad, brevedad que concuerda con lo repentino de la muerte:

*Se encontró con el enemigo esa noche, lo tomaron, le cortaron la cabeza y lo ponen en un paso de la abra de Tujuta.*³⁸

*Registraron todo, en el mismo sitio lo fusilaron [...], le cortaron la cabeza, mandaron a La Paz; le cortaron los brazos, mandaron poner a la abra de Huancaraca, el alto de Pocusco. Se llamaba el indio Pedro Choque, natural y vecino de este Pocusco (alias el Jacha Pedro porque era de una estura bien alta).*³⁹

*Lo matan, le cortan la cabeza, y lo lleva a presentarlo a Sánchez Lima. Este señor se ríe y lo agasaja al que hizo esta obra.*⁴⁰

Concisión idéntica cuando es la víctima y no el testigo el que se expresa:

—Por Dios y por la Patria, si no hay perdón para un inocente, como soldado del rey moriré a bala.

*Le alcanzan su fusil. Como había estado mal puesta la piedra compone él mismo, ataca bien el fusil y preparado le alcanza a uno que sabía tirar, se venda los ojos y se arrodilla rezando; el indio que sabía tirar el dió el balazo y muere.*⁴¹

Igual sobriedad, incluso, al abordar temas propicios para la expansión:

*Un muchachito de dos años y más había estado durmiendo en los brazos de su madre, como criatura; le tocó la bala lo mató. Se llamaba Feliciano y la madre Sebastiana Mamani, vecina de Leque, que había ido buscando trabajo como era tejendera.*⁴²

Ser conciso es también no traspasar los límites de las prerrogativas de lo invisible, fuerzas y potencias que subyacen a la acción. Esta simplicidad se acomoda, sin embargo, con el gusto por el detalle: hay que situar la acción en un momento y en un lugar preciso a fin de dar al hombre todo su peso ante la muerte. No es un extranjero el que muere, sino un habitante de los valles.

Sin embargo, las descripciones a las que a veces se entrega el autor no reflejan ninguna preocupación documental. Así, la enumeración minuciosa de los recursos

38 JSV, p. 112.

39 *Ibid.*

40 JSV, p. 113.

41 *Id.*, p. 118.

42 *Id.*, p. 130.

de la guerrilla a fines del año 1817 no apunta a dar a conocer las contingencias materiales de las que dependía la lucha por la independencia; aparece sólo con el fin de engrandecer la memoria del comandante Lira. Es al precio de su vida que el comandante pudo acumular tantos fusiles, balas y pesos al servicio de la causa. ¿Qué es lo que comían, bebían, cantaban, etcétera, los guerrilleros? ¿Cómo se vestían? ¿Cuál era la raza de sus caballos? El lector apenas si podrá informarse al respecto. Algunos detalles se le escapan al cronista, que apenas si se interesa en ellos. Sólo importa la acción, que se desarrolla en línea recta hacia el desenlace, hacia la libertad.

La rapidez del estilo se acompaña con la negativa a subrayar la menor causalidad. Desesperado cuando dos soldados acaban de desertar, el comandante Lira amenaza con hacer fusilar a quince de sus hombres para dar ejemplo; dos párrafos después, se dice que 32 hombres han abandonado las filas de la guerrilla (número considerable para una tropa que apenas si contaba con 200 hombres), y que uno de los más antiguos compañeros del caudillo pide una larga licencia. Nada está dicho demás. Vargas no saca las consecuencias de los actos que cuenta, coloca indicios en ciertos puntos del relato. La desertión de los hombres, el alejamiento de un leal, no son consecuencia de los errores de Lira, sino señales de que su fin se aproxima. Lira no morirá víctima de sus errores; su destino es morir por la Patria y sus yerros manifiestan que su destino va a cumplirse pronto.

A despecho del rigor que marca su obra, a veces, Vargas toma al lector como testigo, emite juicios, se conmueve o se indigna. Son debilidades que recuerdan la manera con que se concebía entonces el bello estilo, un enchapado amanerado sobre una obra de las más sobrias. Pero, a diferencia de las crónicas italianas que encantaban a Stendhal por su estilo, “que no deja nunca pasar el nombre de una cosa horrible sin decirnos que es horrible”, Vargas habla del horror, las más de las veces, con simplicidad.

CAPÍTULO 5

El pacto del cronista

¿Simple testimonio?, lo que pretende ser. ¿Obra literaria, como sugieren numerosos episodios? ¿Corresponde a los historiadores o a los especialistas en literatura el análisis del Diario? A fin de aportar una respuesta clara, si es posible, a estas preguntas, interrogaré la objetividad y la imparcialidad del autor, el cual, negando todo valor literario a su obra, se obstinó en presentarla como un puro documento histórico. Pero esta pretensión ¿no es acaso constitutiva del género mismo de la crónica?

Un excelente autor se ha ocupado del pacto que la autobiografía establece entre el autor y su lector. Pero es también un pacto que está en el origen de la crónica. Y se podría evocar una larga lista de escritores que, al dirigirse a un lector imaginario, aceptan negar, desde sus primeras líneas, toda influencia que la imaginación hubiera podido ejercer sobre su empresa, es decir, aceptan pagar el precio de la debilidad estética de su obra, precio que presentan como una garantía de su autenticidad. Como sus predecesores y sus sucesores en el género, José Santos Vargas se disculpa:

Mi trabajo nada contiene que no sea la pura verdad harto notoria para con mis contemporáneos y para los pocos que acaso se dedican al importante estudio de nuestra historia. Además tal es la fidelidad de mi Diario que puedo asegurar francamente no carecer él de hecho alguno interesante ni de los que puedan denominarse accidentales. Es cierto que le faltan indudablemente todos los requisitos literarios que deben ornar esta clase de trabajos y que habrá infinidad de errores, aun en el lenguaje defectos, puesto que como le he indicado mi educación ha sido puramente militar en las tropas de entonces, y que mi existencia toda se hallaba consagrada y se empleó nomás que en el servicio de nuestra augusta independencia nacional.¹

1 JSV, p. 3.

La debilidad de su obra provendría del hecho de que Vargas no había ido ni al colegio ni a la universidad por marchar a la guerra desde su juventud; y la incorrección de su estilo se convertiría en la prueba de que su crónica era el producto de un testimonio auténtico. Ambivalente paralelo entre el letrado y el hombre de acción, valorización de la cultura teñida con una sombra de viril desdén.

Después de esta *captatio benevolentiae*, Vargas enunciaba, pues, los términos de un contrato por el cual se proponía ofrecer al lector un *Diario histórico de todos los sucesos ocurridos en las Provincias de Sicasica y Ayopaya durante la guerra de la Yndependencia Americana*, que restablecería los acontecimientos en su exactitud a fin de dar a conocer el precio que estas provincias pagaron por su libertad. Se comprometía a no ocultar ningún detalle que le fuese conocido, a no tomar partido ni a disimular las atrocidades cometidas por uno u otro campo. En fin, concebía como un deber transmitir a la posteridad el nombre de aquellos que habían muerto para fundar una nueva era. “Un calendario nuevo está formado”.² Exhaustividad, transparencia, imparcialidad, deber de memoria frente a los mártires y los héroes, así se podría resumir el pacto que vinculaba a Vargas con su *Prudente* y muy hipotético lector. El corolario de este compromiso consistía en una renuncia a los artificios estéticos.

A pesar del tiempo, de la distancia y la escasez de vinculaciones imaginables entre las causas defendidas por cada uno de estos soldados, me siento tentada a comparar las precauciones de Vargas con la que toma Blaise de Monluc, al prevenir al lector que sus *Comentarios* “no tienen un acabado que sea maquillado, artificio que sea exquisito, ornamento que sea extraño, belleza que sea tomada en préstamo; es la simple verdad desnudamente representada”.³

Tengamos presente esta característica común a los guerreros cronistas: la dicotomía que postulan entre la escritura y la acción, entre las exigencias del arte y las de la verdad. Y, más generalmente, los términos del pacto que la mayoría de los cronistas proponen de esta manera a los lectores:

- 1) El cronista se compromete a ser verídico; a cambio de la confianza que reclama, se compromete a no engañar, es decir a no usar artificios literarios.
- 2) Él ha narrado los hechos tal como los ha vivido (o tal como le han sido contados). Relata por lo tanto la verdad, pero una verdad particular, la de su posición. Hermeneuta antes de tiempo, el cronista afirma que habla a partir de una posición precisa, inscrita en la historia, a diferencia del nove-

2 Declaración de la Asamblea argentina, Buenos Aires, 22 de abril de 1819, citada por Vargas en su dedicatoria al presidente Belzu, JSV, p. 6.

3 Blaise de Monluc, *Commentaires*, París, Gallimard, Bibl. de la Pléiade, p. 5.

lista demiurgo, y del autobiógrafo que hace la historia de su sinceridad y no tiene otra verdad que sí mismo.

- 3) De lo que precede se desprende que la disimulación o el prejuicio no pueden ser sino inconscientes, que no serán nunca deliberados. La posición de testigo participante –que es la que se asigna al cronista– implica objetividad. He aquí al cronista en una posición incómoda: la situación de actor implica a la vez un mejor conocimiento del material de la crónica y una posición partidaria. Dicho de otro modo, el mejor testigo es también el que más sometido está al riesgo de la parcialidad, mientras que el más imparcial, situado lejos de la lucha, sería el peor testigo. Al comprometerse por esta vía cerrada, y porque concede una importancia esencial a su posición de testigo directo y de actor, el cronista se niega a considerar la hipótesis inversa: el mejor testigo sería el que ha tomado cierta distancia, y el peor, Fabricio en Waterloo.⁴
- 4) Un último punto, el más oscuro quizá, que no pertenece a los términos del contrato, lleva al cronista a decir por qué escribir la historia vivida:

- Para establecer la verdad y preservarla del olvido. Pero ¿por qué contrarrestar el libre juego de la memoria y del olvido? Con excepción de una minoría que lleva su diario personal, es en virtud de esta regla natural que vive la mayoría de los hombres. Implícitamente, el cronista defiende una cierta concepción de la historia y del acontecimiento histórico. Hay ciertas cosas que no deben desaparecer de la memoria. El cronista se convierte así en aquel que modifica el curso natural de un juego entre pasado, presente y futuro.
- Para restablecer la verdad y confundir a los falsos testigos. El cronista hace justicia, deslizándose de la posición de testigo a la de abogado, de juez, de justiciero. Se anticipa al juicio de la posteridad que el siglo XIX invocaba tan a menudo. En el caso muy particular del Diario de Vargas, que proclama la sacralidad del combate y le da a la guerrilla el sentido de un sacrificio fundador, la crónica debe servir para recordar la sangre derramada a fin de fundar una nueva era. La memoria del sacrificio de los valles debe ayudar a la joven República a salir de la confusión y de la anarquía.

*“Para que se sepa todo lo que había costado a la Patria su libertad, la sangre que se había derramado en un puñado de hombres”.*⁵

4 Alusión a un personaje de la novela de Stendhal *La cartuja de Parma*. Fabrice del Dongo participa en la batalla de Waterloo, pero en el centro de la acción no ve nada y queda preocupado durante años por saber si realmente ha asistido al gran combate (N. del T.)

5 JSV, p. 12.

El “maquillaje” de la crónica

Es ilusión de los cronistas, por lo común compartida por los historiadores, considerar que no hay sino dos clases de escritos: unos correspondientes a la verdad, otros a la fábula. Pero, ¿qué sería un relato en bruto, que excluiría todo juego de la imaginación? La crítica literaria ha desarrollado demasiado el tema para detenerme en él.

Propongámonos, entonces, poner fin a esta dicotomía y situemos los géneros literarios en un eje, estos donde se situarían en función de dos polos, uno, correspondiente a la fábula y, el otro, a lo verdadero. Un testimonio que integra una cierta parte de ficción estaría, no obstante, más cerca del segundo polo que del primero, y se podría así dar cuenta de un orden en el cual se integrarían las formas más diversas –el diario de a bordo, la crónica, las memorias, la novela en forma de diario, o las *Crónicas marcianas*... La imagen de una línea recta continua presenta la ventaja de no erigir frontera –frontera extraña a la experiencia empírica que cada cual puede tener de la novela y de la crónica; autoriza al cronista su parte de imaginación, pero no da cuenta de un aspecto del problema que podría resultar esencial: ¿en qué medida el recurso a ese imaginario, que toma la forma de artificio literario, el “maquillaje”, según Monluc, forma parte del testimonio?

Me explico: es corriente que las ciencias humanas se interesen en *corpus* iconográficos o literarios a los cuales se aplican las rejas de una lectura que trata al significante con un desecho, o como un subproducto del análisis. Es lo que Marie-José Mondzain resume justamente así: “El valor plástico del cuadro, el conjunto de los procedimientos materiales, no serían más que la plusvalía de su sentido”.⁶ De un conjunto de afiches de contenido político se extraerían materiales que permitirían seguir la evolución de un partido, de un tema electoral, etcétera. Pero raramente se integrará la significación que la forma puede inducir. Imaginemos sin embargo lo que realizarían sobre el mismo tema –una figura de Bolívar, por ejemplo– los estudios Disney, Raúl Lara o Fernando Botero... Esta falta de interés en las opciones estéticas de las que da testimonio y de las que resulta una obra es igualmente pertinente en el análisis del documento escrito. Será necesario, por tanto, tratar la crónica como un testimonio y como una obra literaria, no pudiendo desdeñarse esta última dimensión. Este paso previo metodológico se impone, ciertamente, en el caso del Diario de Vargas, donde el recurso a la ficción y a la transfiguración literaria no sirve solamente para idealizar la causa que defiende Vargas, sino que le permite vivir en otra dimensión lo que su pasado no le ha dado.

6 Marie-José Mondzain, *Image, icône, économie*, París, Seuil, 1996, p. 192.

La crónica actuante

El recurso a las normas de la ficción en la crónica permitía darle una eficacia muy superior a las de la “simple verdad desnudamente representada”. Vargas se apropiaba de las técnicas literarias a fin de modificar a su voluntad la realidad, de una manera más compleja y astuta que el artificio empleado para idealizar una historia. Transformaba así en género literario actos sobre los cuales deseaba tener influencia. El procedimiento al cual recurría a menudo era particular: construía un relato ejemplar en el cual los actores no serían ya hombres de los valles, sino arquetipos intemporales, un poco a la manera mediante la cual la guerra ideológica transforma al enemigo real en enemigo absoluto.⁷ Vargas modificaba así su propia historia.

Recurso al exemplum

Un modelo de *exemplum*⁸ le permite arreglar cuentas con un individuo que le ha causado daño. El procedimiento es simple: se trata de poner en escena a este personaje en una anécdota que parece significativa en sí misma. Para que ella tome sentido en la vida del cronista, bastará con insertar la anécdota ejemplar en un momento de la guerrilla donde parece inscribirse naturalmente –un período en el cual la guerrilla se halla acorralada, en el caso de lo que yo llamaré “el *exemplum* del hijo indigno” (v. *infra*)–, luego inscribir el perjuicio que Vargas ha sufrido por parte de este hombre en la coherencia del relato de la crónica. El lector medianamente atento no verá allí más que fuego, pero el autor habrá empujado a su adversario al campo de los malos por toda la eternidad.

Primer momento: el exemplum del hijo indigno

La acción transcurre en enero de 1817. La guerrilla pasa por una de sus malas fases, perseguida por las columnas realistas, traicionada por sus aliados indígenas:

[Los soldados del rey] pescan a una mujer Rafaela de tal en la estancia de Lupchapi y pensando que esta Rafaela tuviese plata le quitan su bolsa donde había un papel de resguardo dado por el comandante Lira, viendo esto la llevan presa a Cavari. En la estancia de Pacopamapa asimismo la pescan a otra mujer llamada María Quispe, mujer de un

7 La reflexión es de Carl Schmit, en *Teoría del partidario*.

8 Se trata de una forma literaria creada por la Iglesia a fines de edificar a los feligreses. C. Bremond; J. Le Goff; J.-C. Schmitt, *L'Exemplum, Typologie des sources du Moyen Age Occidental*, fasc. 40, 1982. J. Berlioz; M.-A. Polo de Beaulieu, *Les Exempla Médiévaux. Introduction à la recherche*, GARAE-Hésiode, Carcassonne, 1991.

Andrés Choque de la estancia de Jabuara. También las fusilaron a ambas juntamente con los hombres en la plaza del pueblo de Cavari. El hijo de esta Rafaela, llamado Tomás Ríos, se hallaba de diestro con el gobernador Sánchez Lima. Cuando fue a empeñarse por su madre de que cómo lo había de fusilar a una mujer anciana por sólo haber tenido un resguardo de los alzados que sería para que no la perjudicasen en sus cortos animalitos algún oficial de la Patria, le dijo que había sido una alzada su madre y quizá una moza de Lira, y así que debe morir; que a él por sus servicios hechos al rey le condecoraba en su nombre con una medalla. Lo hizo amedallado y muy contento se quedó en servicio del rey de España: más quiso ser amedallado que sentir por su madre.⁹

El lector retendrá de la anécdota que ciertos indios que traicionan a la patria vendían también a su madre y que, para estos tráfugas, una medalla con la efigie del rey valía más que el amor y el respeto filial.

Segundo momento: el agravio hecho a Vargas

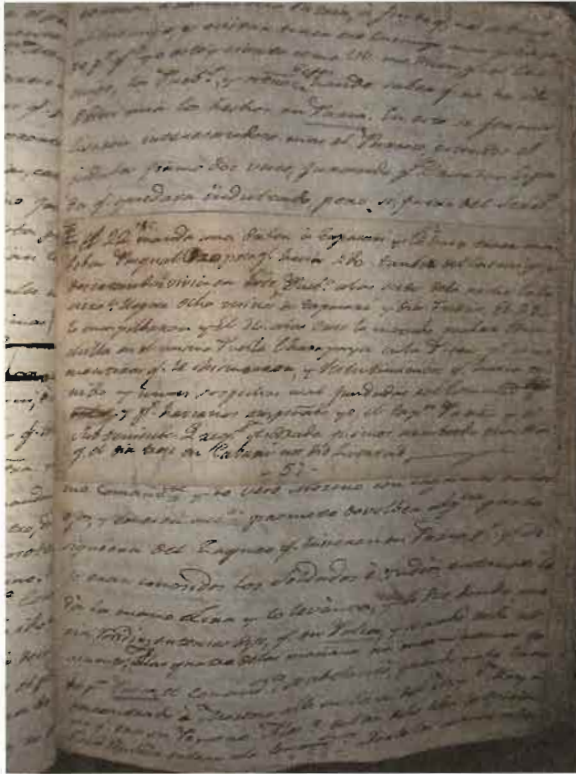
Cuatro años después de este episodio (o sea 133 folios más tarde), Lanza acaba de tomar el control de la guerrilla –algo que Vargas no aprecia mucho que digamos– y cuenta que una de las primeras acciones del nuevo comandante fue obligarle a pagar la mula que montaba a un indio que afirmaba, sin pruebas, que le pertenecía.¹⁰ Este estafador no es otro que el hijo indigno, de lo cual el lector no puede enterarse sino cotejando el nombre y el origen de este hombre con los del primer personaje. Ello es como decir que, a excepción de los contemporáneos de Vargas, que estaban al corriente, nadie puede percibir el artificio. Al tejer este doble relato, el cronista ha logrado denunciar al hijo indigno, al ladrón de una mula y la injusticia cometida por Lanza sin que sus intereses aparezcan en primer plano.

La consulta del MsB, en el cual figura este entrelazamiento de historias, muestra que los dos episodios han sido añadidos e introducidos en el hilo de la crónica a voluntad del autor.

⁹ JSV, p. 128.

¹⁰ *Id.*, pp. 294-295.

Figura 18
El episodio de la mula de Vargas



Fuente: MsB fol. 248

Sustracción de la lista

Vargas recurre a otros métodos para actuar sobre esta historia, que no siempre ha vivido como habría deseado. Una técnica tan prosaica como un fichero antropométrico le permite hacer desaparecer, como por acto de magia, a hombres que lo han incomodado o que él ha creado de pies a cabeza por las necesidades de una demostración. En el Diario figura la lista de todos los oficiales que sirvieron en la guerrilla. Una segunda lista, la de los oficiales que apoyaron la aventura del general Gamarra en 1828, debía ser también consignada en la crónica, pero ha desaparecido, quizás no por acción del autor. De la primera Vargas afirma: “La presente lista se ha hecho religiosamente con mucha escrupulosidad”.¹¹ Sin embargo, varios actores del Diario no figuran en ella. La desaparición del marco de la historia en el caso de aquellos que le inspiran rencor parece haber sido una de las funciones del fichero de los oficiales. Algunos le causan perjuicio, él sabe recordarlos. El oficial Narciso Portilla,

11 *Id.*, p. 422.

un veterano de la guerrilla que quiso hacerle fusilar en 1828, cuando se produjo la invasión de los valles por las tropas peruanas, desaparece de la lista, como si jamás hubiese servido. El último jefe de la guerrilla, José Miguel Lanza, comete, desde los primeros días de su comando, una injusticia contra Vargas; además se comportó muy mal frente a Lira en 1815 e hizo fusilar a Chinchilla. Vargas no desperdiciará ni una ocasión para poner de manifiesto los errores de Lanza, que considera como actos de cobardía y de ligereza. En la lista recapitulativa de los oficiales su ficha es una de las más sumarias: no aparece sino en el vigésimo séptimo rango (Vargas estaba en el decimoséptimo) y no tiene derecho sino a esta mención:

*Natural de la ciudad de La Paz. Fue teniente de granaderos el año 1809. El año de 1812 fue prisionero en la doctrina de Palca, en Pocanchi, de capitán. De Potosí escapó de la cárcel, se fue a Salta al ejército de la Patria. Volvió segunda vez de comandante en año de 1815 a los valles, ganó la acción de Irupana, entró al pueblo. Regresó al ejército de Salta. Tercera vez, volvió de coronel en año de 1821. Fue general por la Patria y el año de 1828 murió en Chuquisaca.*¹²

Vargas mantendrá en silencio toda la acción de Lanza a la cabeza de la guerrilla, de 1821 a 1825, así como su papel militar y político en los primeros años de la República boliviana y, en fin, su muerte al servicio del orden constitucional en 1828... Claro ejemplo de tenaz rencor.

La desaparición de un oficial llamado don Blas Games de la lista de oficiales obedece a otra necesidad. Este oficial no interviene sino en dos episodios, ambos con una función demostrativa: uno (“el desafío del Águila y del León”) pone en escena una especie de tomadura de pelo a la gloria de los combatientes de los valles y, sobre todo, de sus comunidades indígenas; y el otro implica a Games en la intriga que desembocó en la muerte ejemplar y teatral de Juan Bautista Ayllón, necesaria a fin de que Vargas pudiera concluir:

*El castigo de la providencia yo creo firmemente de que el cielo jamás pasará las acciones hechas contra nuestros semejantes. El comandante don Blas Games si no fue su muerte el mismo día de la muerte de Ayllón al menos fue a pocos días antes o después pero fue muy inmediato a este suceso de Ayllón.*¹³

Es bastante posible que don Blas Games no haya existido nunca.

Testigo y actor imparcial

El Diario debía narrar la historia de los orígenes de la libertad, una historia verdadera pero patriótica: al mismo tiempo que se vanagloriaba de haber escrito

12 *Id.*, pp. 410-411.

13 *Id.*, p. 336.

una obra en homenaje a sus defensores, José Santos Vargas exigía al lector que lo considerase imparcial. A Vargas, no más que a sus contemporáneos, no se le ocurría que un compromiso ideológico acarrearía el peligro de desviar su obra. Esta particularidad, que lo aleja de la cientificidad a la que aspira un historiador contemporáneo, no le impedía afirmar:

*También te pueden provocar algunos pasos dados por una y otra parte a una rabia e indignación al ver el desorden cometido de alguna inhumanidad, que yo todo tengo patente nomás sin que me domine pasión alguna a mi partido ni menos procuro desajerar a la parte contraria.*¹⁴

Uno se pregunta cómo Vargas, el guerrillero, podía llevarse bien con Vargas, el historiador. Habrá, pues, que explicar cómo nuestro cronista llegó a conciliar estas dos partes de sí mismo.

Preocupación por la simetría

En primer lugar, se trata de comprender lo que Vargas designaba con el término de imparcialidad: parece confundirse con el de simetría. A una crueldad de Lira o de Chinchilla, responderá con la de un oficial realista, aunque, es cierto, Vargas cuenta las acciones de los caudillos sin añadir el juicio que no deja de emitir sobre las del adversario. Si bien se esfuerza en ser un testigo verídico, no trata de ponerse por encima del conflicto. Es un soldado de la patria.

Sin embargo, la necesidad de simetría parece responder a una necesidad más profunda que la alternancia de las crueldades. Como si un acontecimiento fuese eco de otro, como si a la muerte respondiese otra muerte. Ciertas anécdotas no tienen otra razón de ser que la de formar un par.

*Esa noche del 4 de octubre [1821] una señora doña Josefa Allende, orureña, mujer de un don Andrés Cusicanqui Topa Inca, muy patriota, bajó del alto de la noche a ver su casa en Huecontaya, su propiedad; de regreso a las 10 de la noche se retiraba, como pierdiese el camino se rodó en un barranco, despedazada murió lastimosamente.*¹⁵

¿Qué viene a hacer la muerte de esta mujer en la crónica de la guerrilla? Parece responder a otra anécdota simétrica. En efecto, un poco antes:

Se hallaba en Sibwas un don Andrés Cusicanqui cacique y gobernador de la doctrina de Mohosa, natural y vecino de Oruro, mas se titulaba Topa Inca, noble, descendiente de los incas del Perú por ejecutoria declarada de los reyes de España, por eso aun tenía un rótulo

14 *Id.*, p. 10.

15 *Id.*, p. 310.

*puesto en la puerta de su casa con las armas de los señores del Perú. Este también escapó, yendo de carrera se entró en un barranco, rodó, y así escapó siendo él un anciano.*¹⁶

Pero esta primera anécdota se inscribía en otra aventura. El relato prosigue: “Asimismo se encajó a la misma peña un joven llamado Manuel Montalvo; rodó y murió”.¹⁷

Y para mejor hacer entender el sentido de lo que quiere decir, Vargas insiste: “Andrés Cusicanqui rodó pero no murió y se salió de la peña”. En las mismas circunstancias, la muerte abatió al joven y dejó vivir al viejo; dejó de lado al hombre, pero hizo víctima a la mujer.

Contabilidad macabra

El Diario no es una obra hagiográfica y estos héroes de la independencia se parecen mucho a una banda de asesinos. Es así, por lo demás, cómo aparecen por primera vez ante los ojos del joven José Santos: siete caballeros furiosos sembrando la muerte en un apacible pueblo. La historia que Vargas cuenta ¿no es el eterno combate que libran los elegidos contra los malvados?

Se podría concebir un relato en el que los actores de ambos campos manifestaran una bravura y una crueldad iguales, divididas solamente por la intervención de la Providencia: unos, paladines de una guerra justa; otros, defensores de una mala causa. Una cierta concepción de la Gracia autorizaría a Vargas a glorificar la guerrilla, pese a sus debilidades, en cuanto instrumento –humano y, por lo tanto, imperfecto– de designios providenciales. Y subrayar las faltas de los guerrilleros sería incluso más demostrativo que los relatos hagiográficos.

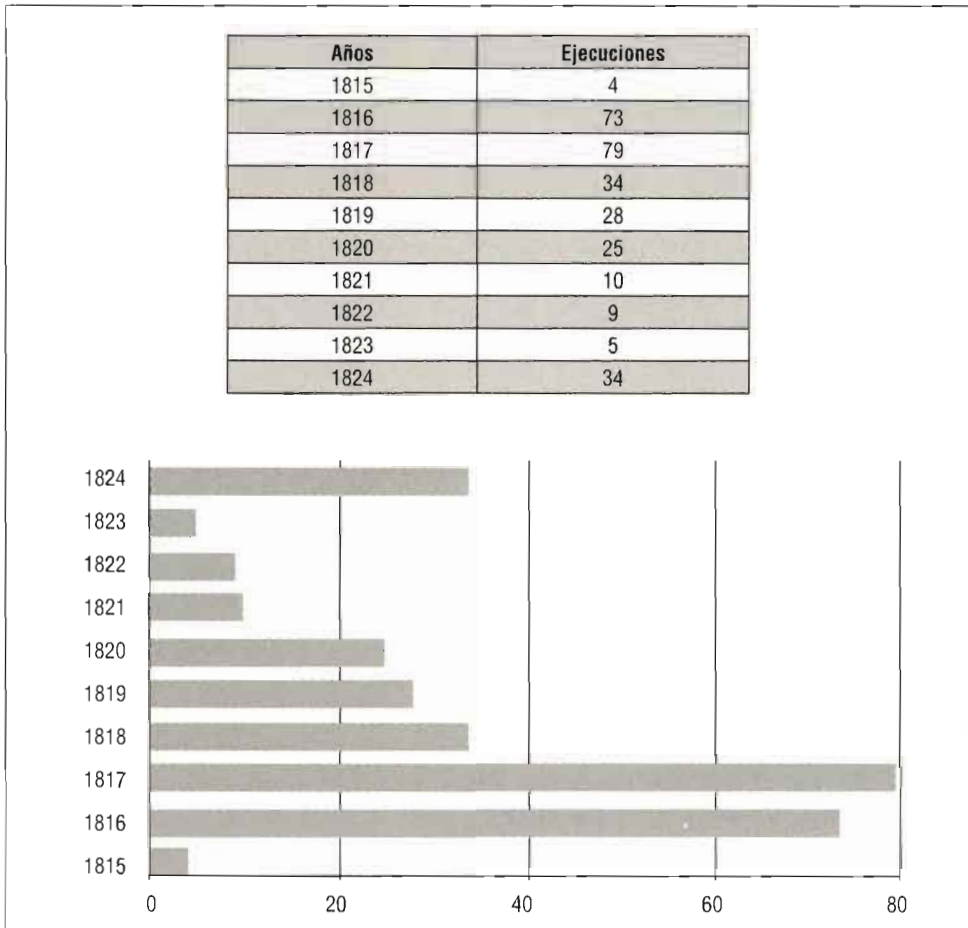
Verifiquemos, pues, cómo se reparte la responsabilidad de las ejecuciones de las que da cuenta: sobre un total de 301 ejecuciones –cifra que no abarca, es verdad, la totalidad de muertos, pero que muestra la violencia de la guerra en relación con la baja población de las provincias–, 181 (60%) lo son por responsabilidad del ejército realista, 115 (38%) por la de los guerrilleros. Dada la imprecisión de las fuentes y la imposibilidad de verificar su validez, este tipo de cálculo no significa gran cosa, tanto más que parecería más razonable no tomar en consideración sino los primeros años de la guerrilla. La fuerte disminución del número de ejecuciones de que informa el Diario después de 1817 no traduce probablemente una humanización de la guerra; más bien refleja el alejamiento progresivo de Vargas del centro de combate. Sigue siendo guerrillero, pero ya no está en los primeros puestos. Se ha casado, está cargado de hijos, obtiene frecuentes licencias, y quizá la muerte de su héroe, el comandante Lira, eje-

16 *Id.*, p. 58.

17 *Ibid.*

cutado en diciembre de 1817, sirvió de freno al registro de los muertos que tanto fascinaban a Vargas a fines de su adolescencia.

Figura 19
Cuadro ejecuciones y ajusticiamientos, 1815-1824



La única conclusión válida que se puede sacar del número global de las ejecuciones es una cierta igualdad de los campos en presencia. Vargas habría cumplido con su contrato: si, en su conjunto, la guerrilla parece haber practicado un poco menos de ejecuciones que sus adversarios, la diferencia no es significativa. Tanto más por cuanto Vargas proporciona otros datos – cualitativos esta vez – que harían más pesado el balance de la guerrilla. Sobre un total de 301 ejecuciones, 63 (o sea 21%) fueron sumarias, realizadas cruelmente por los indios “a piedra, garrote y lanzazos, lastimosamente”, escribe cada vez Vargas. Y parece que estas muertes, que por algunas razones parecen haber sido rituales,

eran principalmente responsabilidad de la guerrilla. Los soldados del rey, de manera más militar, fusilaban a sus condenados.¹⁸

Vargas da cuenta, pues, sobre el comportamiento de los guerrilleros, verdades que nuestra sensibilidad podría juzgar tan deplorables como las exacciones cometidas por los soldados del rey. Sin embargo, no duda en condenar a sus adversarios, y a veces encuentra extrañas justificaciones para las exacciones cometidas por sus compañeros de armas. Como conclusión de un episodio en el curso del cual los indios patriotas han matado a un niño, a la vista de su padre, haciéndole estallar la cabeza contra un árbol, leemos: “Todo esto causó la entrada del gobernador Sánchez Lima a fuego y sangre sin perdonar al que por desgracia caiga”.¹⁹

Vargas ha enunciado una aporía: los guerrilleros son los elegidos, pero él, el cronista, permanecerá imparcial. No sale demasiado mal de semejante apuesta: los buenos, tal como los describe, son a veces malos. Vargas puede pretender ser imparcial y adoptar el partido –o mejor, escribir su gesta– de aquellos cuya indignidad describe sin atenuantes.

El hombre de partido

Interroguemos, finalmente, las razones de su alistamiento en las filas de los guerrilleros. A la inversa de otros autores que no han pensado en redactar un testimonio sino después de haberse comprometido con un partido, Vargas declara que él había decidido hacerse guerrillero con el fin de contar una historia verídica.

Se había alistado, entonces, para escribir. Pero en el momento en que tomó esta decisión –a la edad de dieciocho años, a fines del año 1814–, ningún elemento racional le permitía saber si se vería involucrado en un episodio importante, parte de una epopeya continental, o, si sólo se trataría de una revuelta más, entre otras. El Alto Perú tenía experiencia en revoluciones abortadas: en enero de 1810 se había colgado en La Paz a los dirigentes de la junta proclamada en julio de 1809, y en junio de 1811, después de algunos meses de operaciones favorables, el ejército de liberación venido del Río de La Plata había sido aplastado por el ejército realista en la margen izquierda del lago Titicaca. En 1814, la coyuntura podía parecer de nuevo favorable a los independentistas, pero seguía frágil; ella se invertirá al cabo de unos meses.

Nada autorizaba, pues, a que Vargas concluyese que el combate en que iba a participar quedaría en los anales, ni a pensar que sería un héroe y no un simple participante de una sangrienta sublevación popular. Solamente lo creía. En el origen del paso que dio había una verdad de creencia.

18 No siempre: F. X. Mendizábal (*op. cit.*, p. 110) reconoce que el ejército realista ejecutaba a veces a sus prisioneros a garrotazos.

19 JSV, pp. 118-119.

Para salir de este atolladero, tratemos de plantear de otra manera la pregunta: en lugar de tratar de saber por qué se alistó, interroguemos qué le había dado la idea de escribir y de dónde sacó la convicción de que los independentistas acabarían por triunfar sobre adversarios tan poderosos. Las respuestas a estas dos preguntas conducen por el mismo camino, que lleva a la Iglesia.

Las convicciones de Vargas

En 1853, en momentos en que, desde su fundación, las relaciones entre Bolivia y las provincias de la Confederación argentina habían atravesado por crisis difíciles, Vargas recordaba todavía, en el texto que le sirve de prefacio, la deuda que los guerrilleros tenían con las ideas que les habían llegado de Buenos Aires:

*Por esto es que todos los habitantes de aquellos valles nos congratulamos por haber sido los primeros de la nación boliviana [...], aunque nos acogimos solamente de una proclama pronunciada por el señor general en jefe del ejército de la Patria don Máximo Balcarce el 25 de mayo de 1811 en el campamento general de Tiabuanaco [...].*²⁰

De los argentinos, por medio de su hermano, y luego de los oficiales y capellanes formados por Buenos Aires, Vargas había retenido la lección de lo invencible de las luchas de liberación:

*[...] La guerra era nacional y estábamos muy bien informados de que rara o ninguna vez sujetaba el dominante a un pueblo armado por su amada libertad e independencia como ha sido así nomás.*²¹

Sin embargo, Vargas no llegaba a aceptar todas las consecuencias de sus principios. Cuando, en marzo de 1821, aparece un nuevo comandante en jefe, designado por Buenos Aires para restaurar el orden en la guerrilla que se bate por cuenta propia desde 1816 e integrarla en el marco continental de la guerra de independencia, Vargas deja estallar su cólera contra este hombre. Sin embargo, no siempre había recibido de él malos tratos: desde su toma del poder, Lanza lo había ascendido a capitán, como probablemente había ascendido también a los antiguos de la guerrilla, a fin de ganarse su buena voluntad.

La formación política moderna de la que Vargas se reclamaba no era lo suficientemente firme para permitirle comprender la actitud del coronel Lanza, en ruptura con la de los caudillos precedentes, porque se inscribía en una estrategia más vasta y no se limitaba al horizonte de los valles. Vargas no percibió que los esfuerzos de Lanza para llevar al orden a la división apuntaban a acelerar la victoria y preparar la posguerra.

20 *Id.*, p. 11.

21 *Id.*, p. 12.

En el momento en que la guerrilla empieza a asemejarse a una tropa regular que tomará parte en la victoria final, Vargas retorna a formas arcaicas de combate. Describe, como no lo ha hecho antes, los desafíos entre adversarios, las homéricas injurias que preceden al enfrentamiento, las batallas cuerpo a cuerpo. Se demora en las consecuencias de un desafío lanzado por un oficial realista de los valles, que pretender ser “el Águila de Ayopaya”, al coronel Aguilera, que se dice “León de Santa Cruz”. Un desafío entre el León y el Águila, he allí algo que le interesa mucho más que la manera en que Lanza transforma una banda improvisada en un ejército dócil, o que sus negociaciones con los realistas.

La guerra se había quedado para Vargas en un asunto de individuos, en el que cada cual tenía que probar su coraje y obtener una gloria que no le pertenecía sino a él. Si la guerra de independencia era continental, las acciones se reducían al ajuste de cuentas de cada individuo con su destino. La visión moderna del mundo y de la acción política que le habían inculcado los revolucionarios de Buenos Aires seguía siendo superficial. No podía rivalizar con las concepciones más antiguas, menos seculares, de las cuales se alimentaba.

Dejemos la palabra a dos personajes que exponen de la manera más clara las convicciones sobre las cuales se fundaba el cronista. Ambos son sacerdotes. El cura Andrés Vargas:

Me platicaba mucho a que yo abrace siempre el partido de la Patria y de la libertad de América:

—Esa es causa justa y justísima, la que van defendiendo los porteños (que conociendo bien todos sus derechos había él abrazado este sistema), que Dios los ha de proteger siempre porque el rey de España no era nuestro legítimo soberano: Así es que se puede defender a toda costa la libertad de la Patria del gobierno español, porque estamos impuestos por Dios y la misma naturaleza a defender nuestra libertad porque a fuerza nomás estamos gobernados por un partido que no tiene la más mínima acción para ello.²²

Son los mismos argumentos de parte del cura Oquendo, capellán de las tropas de Rondeau:

No recelemos en que no ha de triunfar esta causa, porque Dios nos protege. No nos hemos sublevado contra nuestro legítimo príncipe, sino que justamente clamamos nuestra libertad, y por lo mismo protege el cielo nuestra causa visiblemente.²³

La intervención de la Providencia estaba en el corazón de la guerrilla. En la pluma de Vargas se hace indiscreta y se anuncia al principio de cada exhibición de virtuosismo, así como da conclusión al relato ejemplar. Protege a los elegi-

22 *Id.*, p. 9.

23 *Id.*, pp. 55-56.

dos y castiga a los traidores enviándoles el rayo y la mala muerte, repentina y sin confesión. El hecho de que la guerra sea providencial desvía el estatus del cronista, que se convierte así, de alguna manera, en el secretario de una historia que sobrepasa toda crónica: una historia santa.

Las opciones escogidas por Vargas

El Diario de Vargas proporciona informaciones únicas. No se encontrará en ninguna parte precisiones semejantes sobre las operaciones de la tropa de los valles, sobre sus territorios, sus contactos, su organización, sus conflictos internos y sus relaciones con las comunidades indígenas. La forma en que el comandante organizaba sus tropas, sus astucias y sus debilidades, los recursos materiales y humanos de que disponía, sus opciones políticas y tácticas...

Los cotejos con las fuentes españolas, cuando son posibles, son las más de las veces favorables a Vargas. Incluso si el punto de vista partidario influye en los relatos de unos y otros, incluso si las cifras proporcionadas por Vargas y por los oficiales realistas no coinciden,²⁴ se trata de la misma historia, de la misma persecución sin tregua de fuerzas situadas en los valles por las guarniciones de la periferia. Ciertos episodios a los que Vargas concede una importancia mayor son tratados como tales en los informes realistas.²⁵

Pero las divergencias muestran también ciertos prejuicios de Vargas, quien se ha propuesto contar los grandes hechos de ciertos hombres y que eligió dejar a otros en la sombra. Un oficio del virrey La Pezuela hace alusión, en marzo de 1817, a una expedición realista organizada en los valles para poner fin a las acciones de la tropa del caudillo Ramírez que hace estragos entre Cavari y Inquisivi.²⁶ Se trata del terreno mismo de la guerrilla y esta tropa debía pertenecer a la confederación que dirigía por entonces Eusebio Lira. Ahora bien, Vargas no evoca sino una vez, en junio de 1820, a “un Ramírez, de la misma escolta de Chinchilla”. Vargas ha ignorado a comandantes de tropas a los que necesariamente ha debido conocer, pero cuya historia no quiere relatar por razones que nos son desconocidas. Hay que leer la crónica, entonces, sabiendo que, a pesar de su riqueza, ella no traza un cuadro completo de las fuerzas rebeldes en los valles.

Por último, Vargas, quien sin embargo debía tener sentido práctico y a quien sus actividades de hacendado le habían enseñado a ser astuto, se negaba, como escritor, a conceder demasiada importancia a los aspectos menos nobles de la guerra. Quería escribir una obra épica y daba las espaldas al destino de

24 La diferencia va siempre en el mismo sentido: los datos de los realistas son bastante superiores a los proporcionados por Vargas.

25 F. X. Mendizábal (18 de diciembre de 1819) describe la desventura de Chinchilla, p. 151.

26 AGI, Charcas, 436, Oficio del virrey, 26/03/1817.

contador que se había previsto para él en Oruro. A fines de diciembre de 1816, una tropa de indios que conducía una recua de asnos lleva el producto de los pillajes efectuados en los valles por los hombres de Sánchez Lima. Son estos indios los que intercambian alegres palabras sobre la figura del rey y la de la patria.²⁷ Vargas cuida su relato, describiendo la muerte de estos hombres que se burlaban de una idea sin imagen, de una Patria de la cual no se sabía si era varón o hembra. Se complace en forjar frases que quedarán en la memoria de su lector. No pierde tiempo en explicar que la guerrilla acaba de recuperar la mayor parte del botín robado por una de las expediciones más brutales del intendente gobernador de La Paz...

27 JSV, p. 118.

TERCERA PARTE

La invención de un nuevo tipo
de guerra

La invención de un nuevo tipo de guerra

Para que una táctica utilizada por la mayoría de los ejércitos del Viejo Mundo haya conocido la transformación a la que nos ha familiarizado la guerra de guerrilla fueron necesarias condiciones excepcionales y el encuentro imprevisible de varios factores: uno, el debilitamiento del poder español en América después de la ocupación de la metrópoli por el ejército francés; otro, en el Alto Perú, la acción de las redes dirigidas desde el Río de la Plata, así como el efecto de las opuestas ambiciones de Buenos Aires y Lima; además, la ceguera de las autoridades y la brutalidad de una represión inaudita causante de una situación sin retorno; y, finalmente, el caldo de cultivo que era por entonces la Audiencia de Charcas, donde todo conspiraba para el estallido del *statu quo* en provecho de las fuerzas locales.

CAPÍTULO 6

Génesis de la guerra popular

Apenas acabada, una revolución suscita interpretaciones que buscan en el pasado las primicias del acontecimiento. La guerra de la independencia de Hispanoamérica no constituye una excepción a esta regla. Todas las perturbaciones políticas anteriores fueron interpretadas como anuncio de la ruptura final, y, en las grandes rebeliones del siglo XVIII se vio el ensayo general de una descolonización ya en germen desde el siglo de la conquista. Sin embargo, el análisis de los hechos no refuerza este punto de vista. Toda América no soñaba con la independencia desde hacía tres siglos; pero, como España le había transmitido su cultura pactista¹ y su propensión a la afirmación regional,² América centraba su universo político en la patria chica, un espíritu localista que podía causar estragos si se unía al espíritu de cuerpo. Que un acontecimiento derribase la corona de España, y, los centros de poder comenzarían a proliferar.

En los Andes, las sociedades indígenas, mayoritarias en el plano demográfico, habían aprendido a adaptarse a este aspecto de las cosas. Los caciques se habían mezclado con la sociedad criolla, mientras que las comunidades sabían que sus reivindicaciones tendrían más peso si se inscribían en el hilo de una clientela o de una red. La supervivencia de su identidad y el aprovechamiento de sus tierras dependían, en gran parte, de sus alianzas con grupos y linajes externos. La observación de este mundo que pronto se va a desgarrar revela el tejido de estrechos vínculos que lo componen. De la comunidad de los Andes al Consejo

1 M.-D. Demélas, “Pactismo y constitucionalismo en los Andes”, en A. Annino y F. X. Guerra (ed.), *Inventando la nación. Iberoamérica. Siglo XIX*, México, FCE, 2003, pp. 593-612.

2 El “sociocentrismo” a menudo evocado por Julio Caro Baroja, (*Estudios sobre la vida tradicional española*, Madrid, Ediciones Península, 1988, *passim*).

de Indias, existen puntos de relevo, se transmiten noticias. Cuando esta circulación ya no sea posible, la unidad de base de la vida política, la patria chica, será la única que permanecerá.

La vida política se convierte en la de la patria chica

En España, entre mayo y julio de 1808 aparecen juntas en cada una de las ciudades que se oponen a la ocupación francesa. Se dibuja una España de juntas que coincidiría con la de las provincias históricas. Pero lo que sugiere la proliferación de los primeros momentos se sitúa en otra escala, la de un mosaico formado por elementos ínfimos. Sólo en Cataluña, las primeras semanas de insurrección habrían visto formarse dieciocho juntas, todas autocalificadas de “supremas”.³ A este desmenuzamiento se añade la propensión de estas asambleas a actuar de manera soberana, sin preocuparse por la unidad de acción a escala peninsular, aun menos imperial. La junta de Extremadura envía embajadores a Londres y negocia con Wellesley sin consultar a la Junta central. La Junta de Sevilla, que no pierde la esperanza de imponerse como Junta Suprema de España y de las Indias, envía emisarios a América para ganarse la adhesión de las provincias de ultramar y conspira para designar una Regencia a su conveniencia.⁴ La segunda Junta de Cádiz alcanza este objetivo dos años más tarde, imponiéndose como mentor de las Cortes.⁵

Muy pronto Sevilla choca con las demás ciudades de Andalucía: Granada, Córdoba, Jaén, Cádiz. Entre estas mismas ciudades estallan oposiciones, rivalidades, tensiones. Córdoba se opone a Cádiz; Granada lucha contra Sevilla; Jaén debe recurrir al arbitraje de la Junta Central para someter a la junta de Martos...⁶ ¿En qué aparece diferente de España la América de los años 1809-1810? Para entender las similitudes entre ambos hemisferios, no es necesario suponer que la dispersión política de la metrópoli fuese conocida por las provincias americanas

3 Según Antonio Moliner Prada, *La Catalunya resistent a la dominació francesa. La Junta superior de Catalunya (1808-1812)*, Barcelona, 1989, p. 16.

4 Conde de Toreno, *Historia del levantamiento, guerra y revolución de España*, BAE, t. 64, 1953, p. 227. Los emisarios de la junta de Sevilla a América no dudarán en pedir a los administradores que se les entregase lo que restaba en las cajas reales para financiar la resistencia española (AGS, secretario de guerra, 6896, exp. 54).

5 M.-D. Demélas, F. X. Guerra, “Un processus révolutionnaire méconnu. L'adoption des formes représentatives modernes en Espagne et en Amérique (1808-1812)”, en *Caravelle, Cahiers du monde hispanique et luso-brésilien*, Toulouse, 1993, n° 60, pp. 5-57. De los mismos autores, “The Hispanic Revolutions: the Adoption of Modern Forms of Representation in Spain and America (1808-1814)”, en Posada-Carbó (ed.) *Elections before Democracy. The History of Elections in Europe and Latin America*, Institute of Latin American Studies, 1996, Londres, pp. 33-60.

6 Todos estos detalles se encuentran en los archivos de las Cortes en Madrid.

que la habrían imitado, basta con saber que, en ambos lados del Atlántico, estaba en marcha la misma política. La creación de juntas, si bien fue espontánea, debía todo a prácticas en uso desde hacía siglos y que servían para remediar los vacíos de poder.

No existe, pues, solución de continuidad entre la convocatoria de un cabildo abierto en tiempos de crisis y la formación de juntas en 1809-1810. El ejemplo de la ciudad de Tarija que, en 1775, organizaba sola su defensa contra un ataque de los indios Tobas, anuncia la reacción de las ciudades americanas treinta y cinco años más tarde.⁷ El cabildo abierto de Tarija se arrogaba entonces las mismas funciones que ejercerán las juntas insurreccionales de España en un caso, los vecinos reunidos organizan la movilización de su ciudad contra los ataques indios: en otro, las juntas organizan la resistencia contra el ocupante francés.

En tal coyuntura, se comprende fácilmente que las provincias americanas, incluso las más fieles a España, podían creerse autorizadas a dotarse de sus propios órganos de gobierno. La situación es grave y exige iniciativas: las juntas se dan el derecho de movilizar hombres y de armarlos contra toda amenaza. Si la guerra de guerrilla no existe aún, se da un primer paso hacia la guerra y ello de una manera que ancla el combate en una coyuntura regional. La guerra irregular saldrá del molde de una identidad local que, desde entonces, se impone a todos.⁸

El amor al rey

La propensión a escribir la historia a partir de lo que aparece como su desenlace ha hecho igualmente olvidar dos elementos importantes de los comienzos de la guerra de independencia: el vacío de poder que deben enfrentar los súbditos y la cuestión misma de saber quién es el príncipe legítimo a partir de 1808. Antes de abandonar sus derechos en beneficio de Napoleón y de pasar seis años de detención en el castillo de Valençay, Fernando VII había ascendido al trono obligando a su padre a abdicar. A pesar de esta irregularidad, la opinión popular le era favorable y se anudó una curiosa historia de amor entre este príncipe, del cual no se sabía nada, y un pueblo que gustaba de las historias tristes y carecía de sentido común. La figura de este rey al que nadie había visto no cesó de ob-

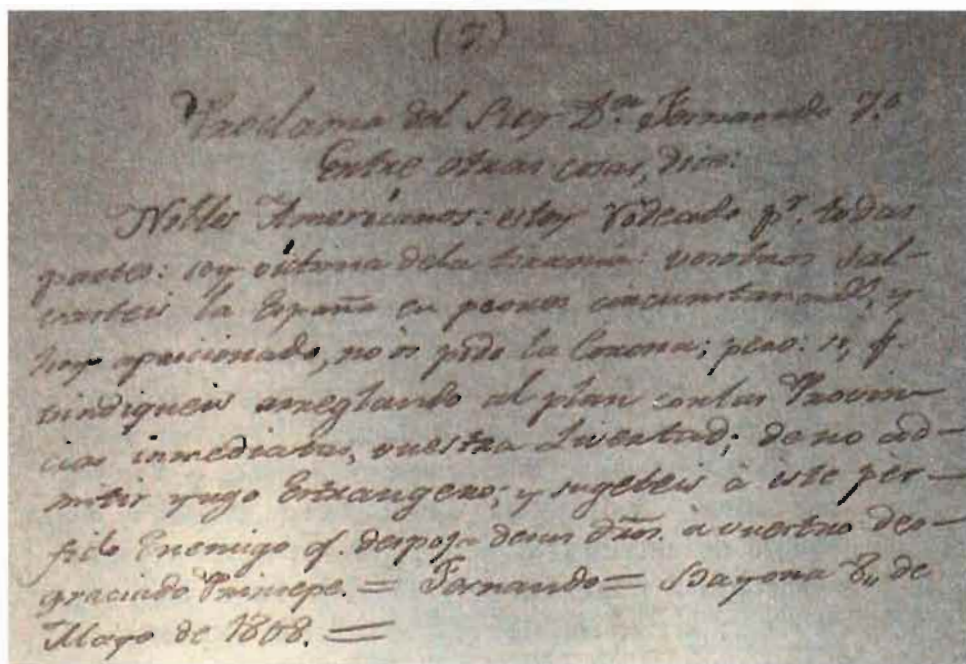
7 AGNBA, 1783, criminales, leg. 22, exp. 16, sala IX-32-3.3.

8 A pesar de sus exageraciones, el juicio de Menéndez Pelayo puede aplicarse en parte a América: "Precisamente en lo irregular consistió la grandeza de aquella guerra, emprendida provincia a provincia, pueblo a pueblo, [...] siguiendo cada cual el nativo impulso de disgregación y de autonomía, de confianza en sí propio y de enérgico y desmandado individualismo. La resistencia se organizó, pues, democráticamente y a la española, con ese federalismo instintivo y tradicional, que surge aquí en los grandes peligros y en los grandes reveses, y fue, como era de esperar, avivada y enfervorizada por el espíritu religioso, que vivía íntegro, a lo memos en los humildes y los pequeños, y acaudillada y dirigida en gran parte por los frailes". *Historia de los heterodoxos españoles*, II, BAE, Madrid, 1956, p. 771.

sesionar a los guerreros de los Andes. El primer documento que Vargas inserta en su Diario es la llamada al socorro que el príncipe cautivo dirige a sus súbditos de América. Este documento, que no figura en las fuentes oficiales, podría ser uno postizo, destinado a movilizar a los crédulos habitantes de Charcas.⁹ He aquí su contenido:

Nobles Americanos: estoy rodeado por todas partes. Soy víctima de la tiranía. Vosotros salvadéis la España en peores circunstancias y hoy, prisionero, no os pido la corona pero sí que vindiquéis, arreglando al plan con las provincias inmediatas vuestra libertad, de no admitir yugo extranjero, y sujetéis a este pérfido enemigo que despoja de sus derechos a vuestro desgraciado príncipe. Bayona, 8 de mayo de 1808.

Figura 20
Proclama del Rey Don Fernando VII



Fuente: ANB, MsB fol. 22

Poco antes del comienzo de la crónica de Vargas, la situación de América aparece, pues, más compleja que la de un continente que sueña con la libertad. La confusión domina, las opciones posibles son ambiguas y apenas si hay certidumbres. Las autoridades metropolitanas –ya fuertemente desacreditadas desde que el impopular Godoy había impuesto sus criaturas a la cabeza de

9 JSV, p. 423.

las grandes ciudades— han perdido todo crédito. Corre el rumor de que ellas pretenden entregar las provincias americanas a Francia o a la corte portuguesa refugiada en el Brasil. En su autobiografía, don Manuel Belgrano alude a “la política reptil de los gobernantes de América”. Desde julio de 1810, el virrey del Perú, José Fernando de Abascal, decreta precipitadamente que la audiencia de Charcas pertenece de nuevo a su territorio,¹⁰ mientras que Buenos Aires decide exportar a ella su revolución. ¿A quién hay que escuchar? ¿Cuál es, a partir de entonces, el señor natural de España y de América? Una ciega simpatía por el joven rey no puede reemplazar las reglas necesarias a la obediencia espontánea. ¿Y en nombre de qué o quién se debe continuar obedeciendo a los intendentes, a los gobernadores, a los presidentes y virreyes? Los militares, habituados a la disciplina, podrán aceptar semejante situación, así como aquellos que temen todo cambio; pero no, por cierto, unas élites sediciosas graduadas en derecho, así como tampoco los comerciantes y el pueblo, descontentos con las medidas fiscales dictadas desde hace varios decenios, así como tampoco las comunidades indígenas cuyos motivos de exasperación no han desaparecido con la derrota de la gran rebelión. Todo está listo para que explote una mezcla de desconfianza y de suspicacia, de descontentos acumulados desde hacía decenios y de reivindicaciones locales insatisfechas.

La cultura guerrera de América

Tres siglos de *pax hispanica* no habían erradicado las prácticas guerreras en América. Existían tres formas de combate, siempre vigentes, y que aparecen en la coyuntura de los años 1809-1810, mezclándose entre ellas:

- La utilización de los métodos de la guerra en pequeña escala. El terreno se prestaba, y la experiencia en ellos fue adquirida en el curso de las guerras civiles que los Andes conocieron desde el siglo XVI. Gunnar Mendoza recuerda estas recurrencias: en 1626, cuando acabó la guerra de *vicuñas* contra *vascongados* en Potosí, los últimos combatientes encuentran refugio en la provincia de Ayopaya;¹¹ los valles constituían desde entonces un refugio para los perseguidos. Además, la existencia de una frontera, la que separaba en Charcas el mundo civilizado (de las ciudades y de los campos) de los territorios de los *indios de guerra*, había conservado la costumbre de las escaramuzas y la experiencia y conocimiento de tropas poco numerosas pero móviles, acostumbradas a responder a las incursiones de un adversario inaprensible. Ignacio Warnes, secretario de Belgrano, que se convirtió en el

10 Bando del 13 de julio de 1810.

11 JSV, p. 15.

principal dirigente de las guerrillas de la provincia de Santa Cruz, se había formado en la escuela de los *blandengues* que vigilaban las fronteras del Río de la Plata.¹²

- La cultura miliciana. Como señala León Campbell, la situación militar de América se caracterizaba por la debilidad de las fuerzas permanentes a las que servía de contrapeso la importancia de las milicias.¹³ Combatir por la ciudad formaba parte del estatus de vecino. Las milicias de Buenos Aires habían adquirido sus títulos de nobleza triunfando de los hombres de Beresford, en 1806, y de los de Whitelocke en 1807. Sin embargo –y Belgrano no hacía misterio de ello–, la formación que en ellas se recibía era sumaria y los oficiales, si bien estaban orgullosos de su hermoso uniforme, ignoraban casi todo de la profesión militar.
- La experiencia de las guerras indias de fines del siglo XVIII. Treinta años antes de la guerra de independencia, muchos habían adquirido la experiencia del terreno de acción de las comunidades rebeldes: sus recorridos, sus santuarios, los períodos de combate y los de los trabajos agrarios, sus lazos y sus paradas, sus modos de movilización, sus simpatías y sus enemistades... Todo aquello estará presto a servir en la nueva coyuntura.

La formación de guerrillas en España

A comienzos del siglo XIX, el término *guerrilla* no era empleado en otras lenguas sino en castellano, no existía sino “*petite guerre*”, “*little war*”, “*piccola guerra*”, “*kleine Kriege*”. Lo que se llamaba *guerrilla* en el ejército regular correspondía a la acción de tropas móviles, generalmente formadas por hombres a caballo, capaces de partir como guías o de apoderarse por la fuerza de una posición ventajosa, de perseguir a los fugitivos.¹⁴ He aquí la definición que da un manual que fue objeto de varias ediciones en Hispanoamérica durante el período que nos interesa:

12 AGS, secretaría de guerra, 6824, exp. 14, 1799. Warnes era por entonces cadete del regimiento de infantería de Buenos Aires, con seis años y medio de servicio.

13 León G. Campbell, *The Military and Society in Colonial Perú, 1750-1810*, Philadelphia, American Philophical Society, 1978. Más recientemente, *Milicia y sociedad ilustrada en España y América (1750-1800)*. Actas XI Jornadas Nacionales de Historia Militar: Sevilla, 11-15 de noviembre de 2002, Madrid, Editorial Deimos, 2003. Campbell estima en 591 el total de las fuerzas militares en el Perú en 1760; en el mismo momento, el número de milicianos se eleva a 4 209 (p. 17). En vísperas de la gran rebelión, las fuerzas de las milicias de La Paz eran de 4.974 hombres (p. 63).

14 Francisco Xavier Mendizábal (*Guerra de la América del Sur, 1809-1824*, Buenos Aires, Academia Nacional de Historia, 1997, p. 65) describe la disposición de las fuerzas reales antes de la batalla de Ayahuma: “[...] Con la izquierda bien apoyada a una larga loma y barranco, de la cual se habían apoderado nuestras guerrillas y cuerpo de partidarios par flanquear la derecha de los enemigos”.

*Se entiende por formación de guerrilla, la separación o dispersión metódica de una tropa, bien sea para batirse en terreno fragoso, que no admite otra, para abrigo de las maniobras de gruesos cuerpos, llevan la vanguardia de la columna, flanqueadas con marchas, o con el objeto, en fin de reconocimientos.*¹⁵

Las tropas de francotiradores, que trataban de copiar su organización según la del ejército regular, tomaron por su cuenta esta denominación. Se distinguía la tropa en formación de combate, que permanecía agrupada en espera del asalto y trataba de conservar su disposición en la acción, de la formación en “guerrilla”, tropa por lo general montada, móvil, en la cual la acción de cada individuo contaba, que se desplegaba y luego se dispersaba según la acción, para reagruparse en el lugar de reunión que le había sido fijada antes de la operación. Si ahora designamos por “guerra de guerrilla” la acción de tropas de las que Vargas escribió la crónica, él y sus compañeros no han usado nunca la palabra “guerrilla” sino para designar esta táctica cuyos principios habían sido establecidos desde hacía largo tiempo en el marco del ejército regular. Cuando quiere calificar el tipo de tropas a las que ha pertenecido, Vargas emplea, un poco incómodo, el término de *montonera*. Volveré más adelante sobre el sentido de esta palabra.

En España, la debilidad del ejército regular¹⁶ obliga a las juntas a estimular la acción de tropas locales improvisadas. Pronto, con esa preocupación por la reglamentación que caracteriza a las revoluciones modernas, la Junta Central, y luego la Regencia y las Cortes institucionalizan esta nueva forma de combate.¹⁷ En este caso tampoco se trata de “guerra de guerrilla”, sino de “curso terrestre” practicado por “partidas de guerrillas”, “cuerpos francos”, o aun “partidas patriotas”. La guerra de guerrilla ha existido, pues, mucho antes de ser denominada como tal.

15 Felipe de San Juan, *Instrucción de guerrilla, aumentada por el teniente coronel D. Alfonso Balderabano, sargento mayor del regimiento de infantería ligera...*, III edición, Santiago de Chile, imp. nac., 1823.

16 Sobre la cual Napoleón había hecho reunir las informaciones más calamitosas antes de ocupar España. Archivos Nacionales, París, serie F IV.

17 Pedro Pascual, *Curas y frailes guerrilleros en la guerra de la independencia. Las partidas de cruzada reglamentadas por el carmelita zaragozano P. Manuel Traggia*, Dip. de Zaragoza, 2000, p. 114.
1. De la Junta Central: *Reglamento de partidas y cuadrillas. Junta central Séville, 28 décembre 1808; Instrucción que su majestad se ha dignado aprobar par el curso terrestre contra los ejércitos franceses (17 de abril de 1809); Reglamento para la reducción y reforma de las juntas provinciales (1 de enero de 1809); Real Orden del 28 de febrero de 1809 refrendando un bando de la Junta de Valencia en que animaba a hacer al enemigo todo el daño posible, y estipulaba que cualquier particular que cogiera armas, viveres, caballo, dinero, etc. al enemigo sería de su propiedad.*
2. De la regencia: *Orden de la regencia con varias prevenciones para las partidas de guerrilla, Cadix 15/09/1811, Reglamento para las partidas de guerrilla, 11/07/1812; Reglamento para los cuerpos francos o partidas de guerrilla (28/06/1814).*

La dificultad de designar con un único término a estas fuerzas irregulares provenía en parte de su diversidad. La resistencia española, al apelar a todos los recursos, recuperó para la buena causa tanto grupos de contrabandistas como milicias burguesas encargadas del mantenimiento del orden y se legitimó incluso a las tropas “de cruzada”, dirigidas por clérigos, formadas principalmente por seminaristas.¹⁸ Todas estas unidades actuaban en virtud de una delegación –que aún no se llamaba “monopolio de la violencia legítima”– bajo el formato de “patentes de corso”, que autorizaban toda acción que perjudicase al enemigo. Los guerrilleros eran, pues, corsarios que actuaban en tierra firme, con motivos propios para cada tipo de tropas, a las que la reglamentación oficial concedió, en cada caso, un tratamiento específico. Si los contrabandistas eran autorizados a pagarse con el botín tomado al enemigo, no sucedía lo mismo con las partidas patriotas que se batían por la patria, gratuitamente, desde luego. En cuanto a las tropas de *cruzada*, era sabido que ellas ganaban su salvación.

Dos aspectos de las innovaciones españolas llaman particularmente la atención. En primer lugar, los efectos perversos de un manifiesto de la Junta Central a los generales franceses, recordándoles que todos los españoles eran soldados de la patria: el objetivo de este texto era el de hacer aplicar el derecho de guerra a todos los combatientes, militares y civiles.¹⁹ Pero más que en una movilización general y una protección de todos los resistentes, se desembocó en la desaparición de todo espacio civil. En España, primero, y en América, luego, el principio de una participación de todos en la guerra desembocó en el refuerzo de las formas más extremas de represión. A ojos de los oficiales de la contrainsurgencia, todos eran igualmente culpables. En segundo lugar, la aparición de tropas de cruzada, pero también la emergencia de nuevos dirigentes militares, miembros de la Iglesia, mostraban el nuevo lugar de los religiosos en este combate. Política y religión se veían inextricablemente mezcladas.²⁰ La figura del monje o del sacerdote jefe de tropa acababa de nacer tanto en España como en América. Sin embargo, a partir de ello no se debe concluir demasiado pronto, como hicieron los liberales, que el fanatismo había contaminado la causa patriótica, incluso si se está seguro de que las guerras de independencia hispánicas adquirieron rápidamente una dimensión religiosa. Hay que recordar que el oficio de sacerdote era como cualquier otro, si se puede decir así, y que la guerra permitió a clérigos emprendedores transponer en su beneficio los límites de sus funciones. Un caudillo, tal como

18 J.R. Aymes, “La guérilla dans la lutte espagnole pour l’indépendance (1808-1814): amource d’une théorie et avatars d’une pratique”, *Bulletin Hispanique*, vol. LXXVIII (1976), pp. 325-349.

19 *Manifiesto del 20 de marzo de 1809 a los generales franceses que recordaba que todos los españoles eran soldados de la patria*.

20 Pedro Pascual, *op. cit.*, p. 15: las primeras partidas de cruzada son mencionadas en un edicto general del 29 de junio de 1809, promulgado por la Junta de Badajoz.

Martín Güemes, pudo escapar del seminario gracias a la guerra. En tiempo de paz, ¿qué habría sido de él?

Es en España también donde se experimentaron las tácticas de la contrain-surgencia.²¹ Muchos oficiales españoles, que habían combatido en la metrópoli contra el ejército francés, partieron a América encargados de dirigir fuerzas de represión después de haber adquirido en Europa la experiencia de la guerra irregular y de sus antidotos. De perseguidos se convertirán en perseguidores. Mientras que los oficiales franceses, tales como Bugeaud, que habían experimentado con éxito nuevas maneras de controlar las provincias y de administrarlas, exportaron a Argelia el fruto de su experiencia, los oficiales españoles, por su lado, aplicaron sobre los indígenas de los Andes la misma mezcla de terror, de control metódico, de promesas falaces y de codicia, cuya eficacia habían descubierto los franceses.²²

Pueblo chico, infierno grande

Hacia 1810, el espacio de la audiencia de Charcas se organizaba en función de algunas ciudades de dimensiones reducidas. La Paz figuraba en primera fila. Un tercio de su población había perecido durante los dos sitios de la ciudad por las fuerzas de Túpac Catari, en 1781, pero ella demostraba una vez más su capacidad de recuperación habiendo reencontrado su nivel de riqueza anterior y el mismo número de habitantes, más o menos 35.000. Plato giratorio del mercado de la coca producida en los Yungas,²³ que se hallaban a un día de marcha, la ciudad era de nuevo próspera y activa. Su proximidad al Perú, sus funciones administrativas, la importancia de su mercado y de sus recursos, la destinaban a albergar una de las guarniciones de la Audiencia. Pero, por su topología, era difícil de proteger. El coronel Ignacio Flores, quien había presidido la Audiencia y dirigido su ejército durante la gran rebelión, decía que no se trataba sino de un barranco a la merced de cualquier tropa acampada en El Alto.²⁴ Por ello, los ejércitos reales se instalaron en otros puntos del altiplano, sobre todo en Sicasica, población situada en la ruta de La Paz a Oruro y Potosí, que dominaba el paso principal hacia la zona de los valles. Oruro, paso obligado hacia Potosí y Chile, o hacia Cochabamba y sus campos, era un centro minero importante, mercado natural de los productos

21 J.L. Reynaud, "Contra guerrilla en España: el mariscal Suchet, duque de la Albufera", *Revista de Historia Militar*, N° 66, pp. 115-176.

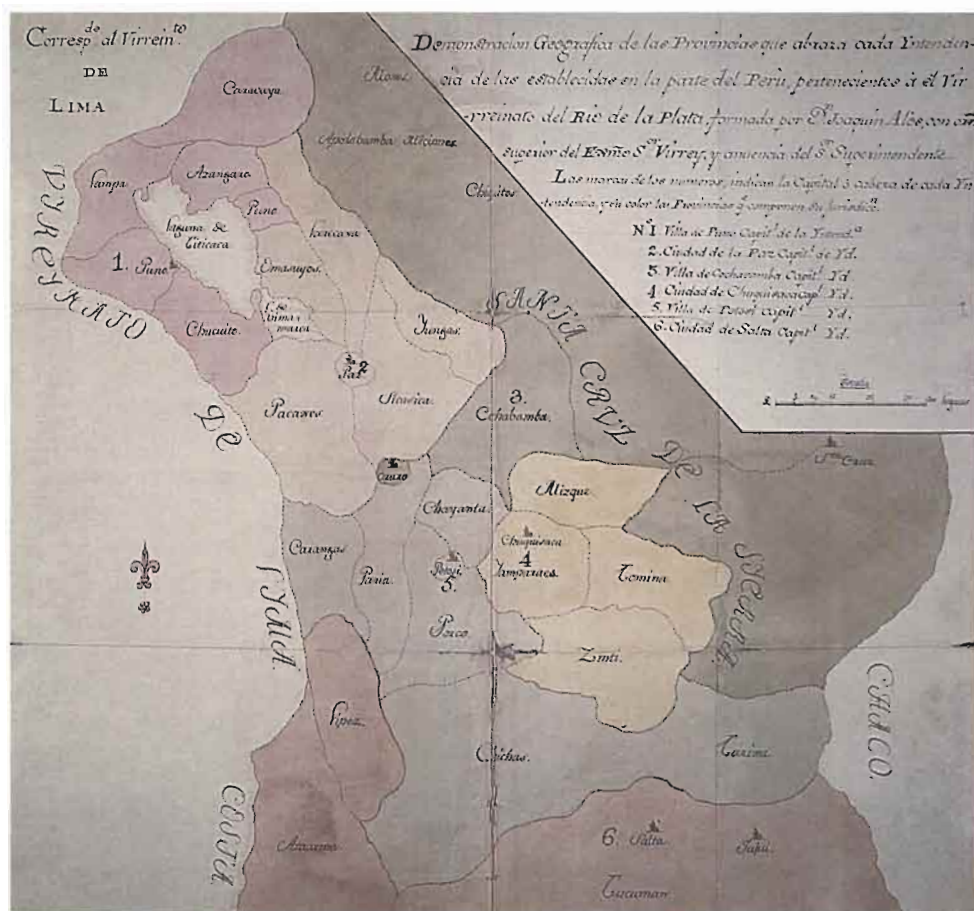
22 Fue el caso del coronel Juan Sánchez Lima, uno de los adversarios más durables y temidos de la guerrilla. Participó en la guerra en Europa, tomó parte en los combates contra las fuerzas de Massena, en el Tajo, el 25 de diciembre de 1810, como oficial del regimiento de caballería de Soria. A órdenes del marqués de La Romana, interceptó una correspondencia con Napoleón sobre el Ebro y recibió por ello una medalla y el grado de coronel. AGI, Charcas, 436, oficio de Ricafort, La Paz, 20 de noviembre de 1818.

23 Además de la coca y de la fruta, los Yungas producían oro y tabaco.

24 ABCE, fondo Jijón y Caamaño, manuscritos, vol. 22.

agrícolas de los valles, y albergaba un arsenal y talleres de armamento. Fue otra de las guarniciones. La ruta proseguía hacia Potosí, cuya Casa de la Moneda, que proporcionaba la plata de una gran parte de América del Sur, representaba el botín por excelencia. Quien ejercía su control disponía del nervio de la guerra. El pillaje de la Casa de la Moneda por parte de los ejércitos de Buenos Aires, cada vez que pasaban por ella, se explica por esta necesidad y no solamente por la indisciplina de sus tropas o la codicia de sus dirigentes. Las riquezas de Potosí permitían pagar al ejército y alimentar los proyectos de liberación urdidos por el Río de la Plata.

Figura 21
Provincias de Charcas en 1777



Por el camino que descendía de Oruro hacia los valles se llegaba a Cochabamba, arsenal y granero de la Audiencia. La ciudad era populosa, segunda en importancia después de La Paz, y disponía de gentes de oficio y de recursos necesarios para el mantenimiento de tropas numerosas. Además, la ciudad era lo

bastante rica como para atraer igualmente a las fuerzas irregulares que siempre encontraban allí con qué aprovisionarse.

En las tierras bajas, Vallegrande y Tarija constituían las zonas que proporcionaban jinetes y cabalgaduras al resto de Charcas. La importancia estratégica de los caballos y de las mulas de la zona comprendida entre el norte argentino y Tarija era grande. Güemes tendrá clara conciencia de ello cuando prohibirá su comercio, pero firmará con ello mismo su sentencia de muerte.

Figura 22
El poblamiento de Bolivia en 1826

	Departamento	Capital
La Paz	375.000	40.000
Oruro	115.000	4.600
Potosí	245.000	9.000
Chuquisaca	142.000	12.000
Cochabamba	148.000	30.000
Santa Cruz	75.000	9.000
Total	1.100.000	104.600

Fuente: Pentland, *Informe sobre Bolivia*. Casa de la Moneda. Potosí, 1975 [1826].

Chuquisaca, la capital, no estaba muy poblada, no había sino 18.000 habitantes en la ciudad de la Plata en 1809. Pero es sin embargo de allí que partirá el proceso revolucionario. Las dos mejores obras sobre el corazón administrativo y político de Charcas en el momento de la guerra de independencia, *Últimos días coloniales en el Alto Perú*, de Gabriel René-Moreno (1896), y *Comienzos de la independencia en el Alto Perú* de Estanislao Just Lleó (1994), asignan un lugar central en la secesión de Charcas a las querellas personales, a las mezquinas cábalas, a las cuestiones de etiqueta. En Chuquisaca, de los excesos del antiguo régimen, del desprestigio de los hombres con mando y de la ineficacia de las viejas recetas surgirá la chispa que hará posible la revolución. Los representantes del poder civil y religioso en Charcas en 1809 son un presidente de edad avanzada –como en Quito y Santiago de Chile, otros focos sediciosos–, ministros aferrados a sus privilegios, cuya acción total se reduce a defender sus grupos de poder y un arzobispo, Don Benito María de Moxó y Francoli, cuyos refinamientos literarios y pretensiones de hombre de mundo son percibidos como otras tantas provocaciones en esta lejana provincia del imperio.²⁵

Frente a estos hombres dedicados a disputas ineptas, la juventud de aquellos que van a tomar las armas no deja de sorprender. José Miguel Lanza tiene veinte

25 Vicente Cañete comunica una carta anónima que habla del arzobispo en los siguientes términos: “un arzobispo italiano más propio para marica sahumado peinado...”. Carta de Cañete a Abascal fechada en Oruro el 28 de abril de 1813, AGI, diversos, archivo de Abascal, Legajo 3, año 1813, ramo 1, N° 10.

años cuando comienza a combatir como capitán, en compañía del caudillo indio Baltasar Cárdenas, y los más conocidos de los hombres de Buenos Aires tienen una treintena de años.

Lo que se considera el “primer grito” la independencia en América hispana empieza como una querrela de etiqueta en la que el espíritu de cuerpo alcanza tales extremos que, a fin de destruir a sus adversarios, los magistrados de la Audiencia no dudarán en trastornar el orden establecido y en facilitar la tarea a los espíritus más radicales.²⁶ Al llegar a deponer al presidente se condenan a una alianza con los grupos favorables a la independencia. A su llegada en Chuquisaca, el ejército de Buenos Aires que se dirige hacia el altiplano puede creer haber ganado Charcas a su causa. A fines de 1810, sus dirigentes son acogidos en la capital como libertadores, el cabildo los designa de inmediato como alcaldes de la ciudad, todo les sonríe. Demasiado ingenuos para entender que no juegan sino una partida en un juego cuyos conductores les son desconocidos, demasiado presuntuosos para ver que sus fuerzas militares son insuficientes, pierden, en seis meses, su credibilidad y todas sus ilusiones cuando Goyeneche rompe la tregua pactada para sorprenderlos en Guaqui. A ello, a fines de junio de 1811, le sigue una desbandada sin gloria del ejército de liberación.

La guerrilla de los valles

Este movimiento de flujo y reflujo de los ejércitos de Buenos Aires está en el origen de las primeras guerrillas. Los jefes de los ejércitos regulares crean tropas de partidarios locales, pues, avanzan por un terreno que les es desconocido. Quieran contar con tropas ligeras, y necesitan apoyarse en auxiliares locales capaces de reconocer los caminos, transmitir informaciones y hostilizar al enemigo. Estos cuerpos francos están condenados a inventar, luego, la guerra de guerrilla cuando, fugitivos de tropas vencidas, se ven obligados a una reconversión desesperada. Este origen de las tropas de guerrilla vale tanto para el Alto Perú como para la Nueva Granada²⁷ o los focos de resistencia realista en el sur chileno.²⁸

26 “Generalmente su actitud responde a un espíritu de cuerpo, orgulloso y soberbio, que se siente postergado en el régimen de intendencias en que vive, y que quiere, por cuanto está en su mano, hacerse notar y recuperar en algo la jurisdicción perdida. Tiene el sentimiento de lo que ha sido y ya no es. De este sentimiento se valdrán los patricios revolucionarios para conseguir sus fines. Al Tribunal acudirán, halagando su soberbia y vanidad, con solicitudes de protección y defensa, ante lo que califica de abusos y despotismo o tiranía de las autoridades”. E. Just Lleó, *op. cit.*, pp. 279-280.

27 Cf. el *Informe* de Núñez del Arco para Quito revela que los jefes de facciones, derrotados, se convierten en capitanes de cuadrillas en los campos al norte del reino. ABCE, fondo Jijón y Camañaño, manuscritos, vol. 10, “Informe sobre los empleados de la Audiencia de Quito [...]”.

28 Cf. en los archivos nacionales de Santiago, el fondo Ministerio de Guerra, así como la obra clásica de Vicuña Mackenna, *La guerra a muerte: memoria sobre las últimas campañas de la Independencia de Chile 1819-1824* [Santiago, 1868].

En Charcas, detrás del proyecto bonaerense de organizar montoneras, se perfilaba también la idea de hacer participar a los habitantes mismos en su liberación. Asimismo, traducía la urgente necesidad de encontrar por doquier hombres para combatir. Manuel Belgrano, antiguo secretario del Consulado de Buenos Aires, quien tenía algún conocimiento de economía, no cesaba de recordar la penuria que caracterizaría al fisco del nuevo Estado del Río de la Plata. No se podía pagar salarios, no se podía mantener un ejército sin recursos locales. Desde el ingreso del cuerpo expedicionario en el Alto Perú,²⁹ su plenipotenciario Castelli –como más tarde San Martín en el Perú–³⁰ estructura la defensa de las provincias liberadas en torno a unos cuantos notables a los que nombra comandantes y a los que encarga reclutar sus propias fuerzas.³¹ Algunos, cercados, tratan, pese a todo, de sobrevivir en su terruño, otros emigran siguiendo al ejército argentino para continuar combatiendo más al sur.

En esta última zona, San Martín comprendió muy pronto el partido que podía sacar de las cualidades guerreras de los gauchos y, contra la opinión de dirigentes del ejército de Buenos Aires, tales como Rondeau, confía a Martín Güemes la tarea de asegurar la frontera.³² A cambio de ello, Güemes se convierte en señor de la guerra en su territorio. Es en su escuela que José Miguel Lanza terminará su formación, en una región bastante semejante a la de los valles por sus accidentes de terreno, la proximidad de la puna y el fuerte componente indígena de su población.

La guerrilla de los valles se alimenta de dos fuentes. Un origen local, que muestra hasta qué punto los valles se hallaban comprometidos en el movimiento independentista, que sitúa igualmente a personajes, familias, redes que seguirán activas durante toda la guerra. Lo que también sugiere la fuerza de los lazos que los dirigentes locales mantenían con las sociedades indígenas. Cuando el caudillo Esteban Arze sube de Cochabamba hacia Oruro, en 1811, está seguro del apoyo de los indios de Chayanta y de los de Sicasica, gracias a sus contactos con el jefe de guerrilla Hermenegildo Escudero, Protector de Naturales que, por entonces, ocupa Sicasica con sus tropas indígenas.³³

29 Y a diferencia de Bolívar y Sucre, que no han conocido la experiencia de la guerra popular contra los franceses en España. José Arenales, *Memoria histórica sobre las operaciones e incidencias de la División Libertadora a las órdenes del general Don Juan Antonio Álvarez de Arenales en la segunda campaña de la sierra del Perú en 1821*, Buenos Aires, 1832, pp. 2-3.

30 JSV, p. 25.

31 Sobre las campañas del año 1811, AGI, Legajo 2, año de 1811, Ramo 1, 15, n° 258, Juan de Imaz sobre la subversión de los indios del Desaguadero a Oruro, y Legajo 2, año de 1811, ramo 2, n° 276, 8, Sobre desórdenes del Alto Perú.

32 M.-D. Demélas, "L'apprentissage de la modernité en Espagne. San Martín entre guerre et démocratie à l'été 1810", en *El general San Martín in Bélgica*, Buenos Aires, Ediciones Biblioteca Nacional, pp. 81-89.

33 JSV, pp. 26, 27 y 32. Confirmado por ALP/EC, C 150 E 4.

Una segunda fuente de reclutamiento de guerrilleros está formada por hombres oriundos de los valles que han participado en los combates de Salta y de Tucumán en las filas del ejército del norte. Después de dos años de exilio, estos emigrados retornan a su tierra por olas sucesivas; extraviados en ocasión de los combates, como pretendían, o bien como desertores, no se sabe. El fundador de la guerrilla, Eusebio Lira, que ha ganado en Salta sus galones de cabo primero, recupera su parroquia de Mohosa en 1813 con un puñado de compañeros de armas.

A fines del año 1813, el núcleo así reunido en torno a Lira está formado por cinco indios naturales de Curahuata (en la provincia de Pacajes), Sicasica, Cavari y Morochata; y de siete criollos o mestizos originarios de Oruro, de Inquisivi, de Calliri, Quicacollo, Chulumani, Irupana y Morochata.³⁴ Todos han encontrado refugio en Machaca, en las tierras del hijo del marqués de Montemira, el teniente coronel de milicias José Buenaventura Zárate, y proyectan organizar la resistencia de los pueblos de los valles.

Proliferación de las tropas irregulares

La guerrilla de los valles aparece al principio como un grupo más entre otros, cuya principal característica sería la de haberse mantenido, sola, durante toda la guerra. En efecto, si se compara los elementos aportados por Vargas con los que ofrecen los archivos españoles, hay muchos puntos comunes que sitúan a la guerrilla de Ayopaya en la proliferación de tropas irregulares en el Alto Perú.

En esos expedientes aparece un gran número de tropas hoy desconocidas, que apenas si se diferenciaban de las que describe Vargas. Actuaban en las provincias de Chayanta, de la Plata, de Cochabamba, de Santa Cruz, de Tarija, de cuyas capitales se apoderan brevemente. Otras campeaban en los márgenes de la Audiencia, en lo que se llamaba el “Despoblado”, estepa en los confines de la provincia de Potosí, por la que atravesaba la ruta que llevaba hacia la costa del Pacífico, así como a la Cordillera o Frontera, ocupada por los chiriguano.³⁵ La formación de tropas permanentes a caballo, la ambigua participación de los sacerdotes, las fuerzas indígenas movilizadas al servicio de la guerra eran, en todos los casos, las mismas. Asimismo, no había solución de continuidad entre las tropas del caudillo Eustaquio Méndez, guerrillero activo en Tarija, las fuerzas del marqués de Tojo, en Yavi, y los gauchos de Güemes en Salta. En la mayoría de casos, la relación era idéntica entre un pequeño número de guerrilleros y sus auxiliares indios, diez veces más numerosos.

Los archivos españoles dan la imagen de una proliferación incontrolable de pequeñas tropas abigarradas, cada una comandada por un jefe improvisado a

34 JSV, p. 39.

35 Se trataba de la frontera secular con los *Indios de guerra*, no de la frontera reciente establecida entre las provincias realistas y las de la dependencia de Buenos Aires.

los que los oficiales realistas caracterizaban con rudeza: cholos, indios, hombres infames, caudillos insurgentes. Sólo la muerte de su jefe podía destruir la banda, pero otras se reagrupaban un poco más lejos a partir de los que habían fugado, quienes, de todas maneras, no tenían ya nada que perder. Si uno se atiene a un período breve —el año 1817, año negro para las guerrillas—, los informes de los oficiales encargados de las tropas de pacificación anuncian, cada mes, la desaparición de una tropa, tras la cual, no obstante, semanas más tarde, tienen que partir de nuevo en su persecución. La principal razón de este encarnizamiento es que la represión cada vez más feroz ejercida por los ejércitos realistas no dejaba otra opción a los guerrilleros que la de seguir combatiendo.³⁶

Estas tropas compartían la misma miseria, la misma precariedad, el mismo e indispensable apoyo de las comunidades indígenas, la misma estructura “caudillo-centrada”. Luego intervenía, para diferenciarlas, el valor y la inteligencia táctica de sus jefes, la resistencia ejercida en su terreno y el poder de sus refuerzos indios. Los valles, por entonces más densamente poblados que hoy, con parajes tan diversos como accidentados, ofrecían ventajas naturales y humanas evidentes que pueden explicar en parte la supervivencia de sus guerrillas.

Las etapas de la invención de la guerra de guerrilla

Volvamos sobre la primera estructura de la guerrilla de los valles para delinear su evolución. Según Vargas, desde la primera entrada de los argentinos a Charcas, en 1810, el representante de la junta de Buenos Aires, Castelli, organiza el comando de los valles a partir de algunos hombres a cada uno de los cuales le pide formar un contingente de cien hombres.³⁷

El primero es el comandante de Ayopaya, don Santiago Fajardo, que explotaba una mina de plata en Yani, lugar de la parroquia de Morochata, y antiguo oficial de las milicias del Cuzco.³⁸ Castelli le coloca a la cabeza de la provincia en reemplazo del subdelegado realista Rafael Losada, el cual, al año siguiente, será masacrado por sus subordinados indios.

Las demás aldeas de la provincia de Ayopaya, situadas en la margen derecha del Río Grande, son puestas bajo las órdenes de uno de sus vecinos quien, además, es nombrado capitán por el comandante del ejército argentino: en el caso de Palca se trata de los hermanos Victoriano y José Hinojosa, propietarios de la

36 ANB, INP 1818, exp. 8. Sobre insurgentes Peláez, Serna y Centeno. En 1818, la tropa de Serna comprende 30 hombres armados y “veinte de garrote”. Poco tiempo después, un testigo señala que se desplaza en compañía de “cincuenta montados que le contó, fuera de diez indios de garrote”. Sobre las guerrillas aparecidas en 1812, ANB (INP 1812, exp. contra el Fr. Juan de la Cruz Orozco) et ALP/EC, C 150 E 4. Pour 1816, ALP/EC, C 154 E 3.

37 JSV, p. 25.

38 AGS, secretaría de guerra, 7119, exp. 23, 1791.

hacienda Tapasa;³⁹ en el de Charapaya, Marcos Quiroga, y, en el de Morochata, Ramón Urbizo, sobre los cuales no he encontrado información. En Machaca, el capitán se llama José Buenaventura Zárate, un limeño de linaje, hijo del marqués de Montemira, emparentado con las mejores familias del Virreinato del Perú, propietario de haciendas constituidas en mayorazgo y vecino de Machaca.

Muy pronto Zárate, insatisfecho de su posición subalterna, pide licencia (es el término militar) y se va a protestar ante los dirigentes argentinos. Estos le dan la razón y es ascendido al grado de comandante de la provincia de Sicasica. De ahí en adelante dirige las fuerzas de los valles situados en la margen izquierda del río de Ayopaya. En las semanas siguientes, José Buenaventura Zárate llega a imponerse como jefe principal de las dos provincias (Sicasica y Ayopaya) y cuando se produce la derrota de Guaqui, a fines de junio de 1811, trata de unirse con las tropas del coronel Francisco Rivero, que se repliegan hacia Cochabamba con la intención de sorprender por detrás al general Goyeneche. Pero cuando llegan a las cercanías de la ciudad, Goyeneche es ya vencedor y, por tanto, a las tropas de los valles no les queda otro recurso que dispersarse y retornar a sus tierras.

En este momento se impone un balance. Primero, Juan José Castelli, quien conoce bien el Alto Perú por haber vivido allí y mantenido redes antes de su llegada con el cuerpo expedicionario, ha optado por nombrar comandantes a los notables conocidos por sus simpatías patrióticas, confiando luego a estos la tarea de movilizar a sus propios hombres. Lo que más tarde se convertirá en la guerrilla de los valles comienza, pues, con la movilización de redes de notables locales simpatizantes con la causa de Buenos Aires. Segundo, es Castelli quien crea, sin desearlo, la denominación de “la guerrilla de Sicasica y Ayopaya”, después de no haber previsto, en un primer momento, sino la movilización de la zona más cercana a Cochabamba. El deseo de Zárate de disponer de un comando propio vincula, en una misma acción, las dos riberas del Río Grande que separa a las dos provincias pertenecientes a las intendencias de Cochabamba y de La Paz. Sin embargo, esta unión no hace más que reconocer los antiguos lazos que unen a las comunidades de esta zona. Tercero, se manifiestan ya las rivalidades y luchas por la hegemonía entre los dirigentes de estas improvisadas fuerzas. No hacen sino comenzar. Cuarto, José Buenaventura Zárate, a pesar de su rango, su fortuna y sus apoyos, pierde la oportunidad. La continuación de la historia muestra que también le faltaba perseverancia. La guerrilla de los valles permitió el ascenso de dirigentes más enérgicos, más populares, más jóvenes y que no tenían nada que perder.

Después de la derrota de Guaqui y el precipitado retiro del ejército del Alto Perú, sus apoyos locales no pudieron hacer otra cosa que seguirlo y alistarse en el ejército que custodiaba la frontera norte de la Argentina, o hacer pública retractación pidiendo ser amnistiados por los vencedores. Sólo un número pe-

39 ANB, EC, 1806, exp. 85.

queño, demasiado comprometido tal vez o profundamente patriota o demasiado cargado de familia y de intereses territoriales para emigrar, se quedó donde estaba y trató de sobrevivir.

Entre 1811 y 1813, año del retorno de los argentinos en Charcas bajo el mando de Belgrano, se organizan bandas y retienen el terreno. Hombres, familias y redes se mantienen allí, como revela una encuesta llevada a cabo en 1812 en Oruro y en Mohosa por orden del comandante de armas de Oruro, el coronel Juan Imaz, con la participación del intendente-gobernador de Cochabamba, Juan de Mendizábal Imaz. Estos dos nombres volverán con frecuencia en el Diario como adversarios implacables de la guerrilla.

Detengámonos un instante en este documento que podría servir de lazo entre la “pequeña guerra” deseada por Castelli, y la guerrilla inventada por los valles. Se habla allí de un religioso mercedario de 40 años, fray Juan de la Cruz Orozco, asistente del cura de Caracollo desde septiembre de 1811, sospechoso de complicidad con los rebeldes. Su interrogatorio y el de varios testigos dibuja un cuadro de lo que era la nebulosa de los partidarios de la independencia en los valles antes del comienzo de la acción del Diario y la intervención de su héroe, Eusebio Lira.⁴⁰ Este documento trata de un complot que apuntaba a la insurrección general de los valles, de sus conexiones en Mohosa y en Cavari. Las fuerzas insurrectas tienen su centro de gravedad en el altiplano, entre Oruro y La Paz. En la zona de Sicasica actúan juntos José Miguel Lanza, Baltasar Cárdenas y sus tropas indias. Más al sur, en Caracollo, un informante, que firma con el nombre de Gregorio Mamani y escribe con elegancia, dirige correos a Francisco Monroy, otro capitán de los insurrectos, para darle parte de los movimientos de las tropas realistas. En Mohosa, el corresponsal de los conjurados es el alcalde Enrique Orna. En las cartas interceptadas aparecen otros conjurados: una cierta doña Leona proporciona informaciones, uno apellidado Lira y su yerno se preparan a participar en las operaciones, y el cura Vargas es su capellán. Se menciona también al comandante Mena, que dirige el partido de Achacachi y ha participado al lado de Monroy en el combate de Sorocache (o Condeauqui), una de las grandes derrotas de los primeros resistentes del Alto Perú.

Fray Juan de la Cruz Orozco, acusado de esconderse bajo el seudónimo de Gregorio Mamani, principal agente de información de la conspiración, niega todo y proporciona certificados de buena conducta firmados por Domingo Tristán, intendente de La Paz, Mateo Pumacahua, quien acaba de intervenir por última vez al servicio de las tropas realistas, y el general Goyeneche. Fray Juan de la Cruz, quien se burla de todos pues el estilo y la escritura del que se oculta bajo el nombre de Mamani muestran que se trata de un letrado, sostiene que

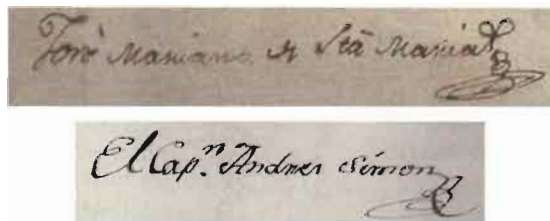
40 Expediente del ANB (INP 1812, exp. contra Fr. Juan de la Cruz Orozco), completado por ANB, EC Ad., 1812, N° 4. Existen otros expedientes que confirman la efervescencia de los valles desde 1810-1812, sobre todo ALP/EC, C 150 E 4, ya citado.

Gregorio Mamani no es otro que un indio del montón, asistente del caudillo Andrés Simón, activo en la zona de Sicasica. A falta de pruebas, el religioso es puesto en libertad y el expediente archivado.

Este expediente de 1812 es precioso para nosotros, pues confirma la relación entre las fuentes reales y el Diario de Vargas. Confirma la alianza entre las tropas rebeldes del altiplano y las de los valles: la red existe, las comunidades indígenas que no cesarán de actuar son ya citadas. José Miguel Lanza y Andrés Simón figurarán entre los principales personajes del Diario. El Lira del cual se habla en el curso de la investigación es Dionisio Lira, padre de Eusebio. En cuanto a Tata Vargas, se trata del hermano de José Santos, Andrés Vargas, del cual se sabe que: “Había servido de capellán en varias guerrillas (como es en Condeauqui con el comandante don Dionisio Lira, en Pampajasi con el comandante don Baltasar Cárdenas, en el cerro de Ataquira con el mismo Cárdenas) y por eso vivía muy perseguido...”⁴¹

Otras investigaciones, llevadas a cabo en el mismo momento en Sicasica y en los valles de Luribay y de Sapahaqui, completan y matizan el cuadro.⁴² El papel de la Junta de Cochabamba aparece allí más claramente: hay capitanes que intentan movilizar las comunidades y las aldeas reclamándose de ella, sin dejar de recordar su subordinación a Buenos Aires, la capital revolucionaria. Todos prometen la supresión del tributo y de la alcabala, el fin de los servicios gratuitos, la desaparición de los abusos contra los indígenas. Los archivos de La Paz proporcionan asimismo cartas redactadas por dirigentes indios destinados a desempeñar un gran papel en la crónica y en la historia de los valles: José Mariano de Santa María, quien morirá fusilado por orden de Chinchilla, acusado de homicidio e indisciplina, actúa por entonces en el valle de Luribay, y, Andrés Simón, cuya muerte constituye uno de los pasajes sobresalientes del Diario, es ya uno de los principales caudillos de la región.⁴³

Figura 23
Firmas de dos caudillos indios



Fuente: ALP, EC, C150 E4.

41 JSV, p. 22.

42 ALP/EC, C 150 E 4 y E 12.

43 Se descubre de paso que estos hombres eran letrados y se expresaban, por escrito, en español. Subsiste una duda, sin embargo, sobre este punto: quizá habían recurrido a un secretario, pero sus firmas son autógrafas.

En marzo-abril de 1812, una parte de nuestros primeros actores se halla ya en escena.

1813-1815, sobrevivir en espera del retorno de las fuerzas del Río de la Plata

A fines del año 1813, Eusebio Lira, quien acaba de enterarse de la muerte de Dionisio Lira, entregado por traición y fusilado en junio por los realistas en Oruro, regresa a los valles. Jura vengar a su padre y reúne en torno suyo a algunos combatientes. Ya en ese momento, aquel cuyo rango debería situar a la cabeza de estos hombres, el teniente coronel José Buenaventura Zárate, no ocupa todo el espacio que podría corresponderle y se contenta con acoger a los soldados perdidos en las tierras de su mayorazgo. Quizá no concede gran importancia a estos hombres, indios y mestizos de modesta condición y de escasa cultura. Los aloja sin preocuparse demasiado por sus intenciones y no es inquietado por ello, pues es compadre del subdelegado de Palca, Mariano Mendizábal, también hacendado.⁴⁴

El pequeño núcleo de cabezas calientes reunido por Lira se alimenta con las olas de los combatientes dejados a su cuenta por otras tropas y expediciones. En octubre de 1814, fugitivos de la expedición del Cuzco a La Paz vienen a reunirse con él en la hacienda de Huallipaya, en Machaca. En cierta forma, José Santos Vargas, quien se alista en noviembre de 1814, es parte de esos individuos a los que los azares de la guerra han llevado a los valles, más o menos a su pesar. A fines del año 1814, se atribuye el rango 17 de los miembros de la guerrilla. Al principio, lo que más tarde –a fines de enero de 1825– se convertirá en la División de los Aguerridos y liberará La Paz, no cuenta sino con 17 hombres.

Entre 1813 y 1815, la tropa hace sus primeras armas en espera del retorno del ejército de Buenos Aires, que acaba de sufrir su segunda gran derrota en el Alto Perú. Se libra a escaramuzas poco sangrientas, aprende a conocer a sus enemigos. Las operaciones no son de gran magnitud, pero la violencia de la presión ejercida por las tropas realistas, sobre todo las expediciones de los coroneles Juan Imaz y Joaquín Revuelta, han creado una situación sin retorno. Los valles están en guerra, sólo que aún imaginan que no están solos en esa guerra. Lira y sus compañeros se entrenan en espera de una nueva expedición de los soldados del Río de la Plata.

En 1815 ellos regresan bajo el comando del general Rondeau. Lira es ya un jefe de banda con quien hay que contar. Es igualmente un capitán que dirige

44 Mariano Mendizábal, propietario de la hacienda Buenavista en el territorio de la parroquia de Palca, está emparentado con una de las principales familias de hacendados de la provincia, los Valencia (ANB, EC, 1806, exp. 85).

el combate como él lo entiende: ejerciendo una justicia expeditiva, aplicando métodos muy poco militares. José Miguel Lanza, quien había pasado por algunas aventuras y desventuras desde la aparición de su nombre en la investigación de 1812 –ha sido tomado prisionero y encarcelado en la ciudadela de Potosí, se evadió y después sirvió a los porteños como oficial en el ejército del norte–, regresa súbitamente para encabezar las fuerzas de los valles, que deben someterse a su autoridad. Conseguirá una bella victoria con la toma de Irupana, bastión realista de los Yungas,⁴⁵ pero la derrota de Rondeau en Sipesipe, a fines de noviembre de 1815, determina la precipitada partida de las fuerzas argentinas. Es la tercera y última vez que ellas intervienen en el suelo de Charcas. Lanza las sigue en su retirada a Salta. Lira, quien se ha peleado gravemente con Lanza, por un asunto de botín que éste no ha permitido, se pregunta si no vale más la pena negociar su rendición y su paso a las fuerzas realistas en términos ventajosos. La moral y las fuerzas de la guerrilla de los valles están en su punto más bajo.

1815-1823, contar con sus propias fuerzas

En el período comprendido entre 1815 y 1823 se inventa la guerra de guerrilla moderna. Libradas a sí mismas, las fuerzas de los valles van a tener que sobrevivir solas durante ocho años. No había experiencia alguna ni manual de táctica militar que haya previsto tal situación. Ninguno de los hombres que encabezaban estas tropas había conocido una circunstancia semejante. Corresponde a Eusebio Lira –héroe bastante negro en numerosos aspectos– la gloria de haber inventado esta guerra de nuevo género.

Federación anárquica

En sus comienzos, las guerrilla de los valles no es más que una federación laxa de fuerzas, cada una de las cuales no obedece sino a un jefe. En este campo, es la crónica de Vargas lo que da unidad a algo que no tenía ninguna. El solo hecho de escribir “nosotros” o “los soldados de la patria” hace creer en una unidad de comando que no existe. Hasta fines del año 1816, no hay sino pequeñas bandas que difícilmente llegan a actuar de mutuo acuerdo en una operación, para dispersarse luego.⁴⁶ La esperanza de botín motiva muchos de estos encuentros. Muy a menudo, un ataque fracasa porque los refuerzos no llegan o se retiran antes del

45 Desde que se conoció en Charcas el cautiverio de Fernando VII, en noviembre de 1808, los vecinos de Irupana se movilizan para apoyar el esfuerzo de guerra contra Francia. ALP/EC, C 144 E 31. En ALP/EC, C 150 E 4, correo del coronel Protasio de Armentía anunciando la victoria de las fuerzas realistas de Irupana sobre los rebeldes, el 12 de abril de 1812.

46 JSV, pp. 42-43, 46-47.

final de la acción. En tales casos, ninguna autoridad superior puede pedir cuentas a aquellos cuya defección ha hecho fracasar la misión. Corresponde al capitán que ha tomado la iniciativa de la reunión de fuerzas convencer a sus asociados y asegurar su colaboración hasta el término de la empresa. No dispone de ningún poder de coerción y no puede actuar sino con la palabra.

Eso es lo que sucede con ocasión de la expedición en los valles del subdelegado de Quillacollo, Agustín Antezana, a fines de agosto de 1816. Pedro Álvarez, caudillo de Morochata, acaba de prestar una importante ayuda a la tropa de Eusebio Lira; juntos logran rechazar las fuerzas realistas y luego empiezan a perseguirlas. Pero cuando llegan a las cercanías de su tierra, en Calchani, la tropa de Álvarez se retira, argumentando que ya ha hecho bastante. Lira y sus compañeros deben continuar solos: pronto agotados, pierden la ventaja y de perseguidores se convierten perseguidos.⁴⁷

Hasta que Lira logre imponerse –en el mes de noviembre de 1816– al conjunto de las fuerzas de las provincias de Sicasica y de Ayopaya y, así, pueda controlar las dos márgenes del Río Grande, los hechos cuya historia cuenta Vargas corresponden a focos de resistencia autónomos, cada uno controlado por una banda permanente de una veintena de hombres armados. Su poder, más o menos significativo, depende del apoyo de las comunidades indias con que cuenta cada partida y de las cualidades militares de su capitán.

Tratemos de establecer un estado de los lugares en octubre de 1816.

Figura 24
Estado de las fuerzas de la guerrilla a fines de 1816

CAPITANES	ZONA DE ACCIÓN	NÚMERO DE HOMBRES ARMADOS
Pedro ÁLVAREZ	Morochata, Chinchiri, Calchani,	22 fusileros
Francisco CARPIO	Vallegrande	20 fusileros
José Manuel CHINCHILLA	Mayramonte, Choquecamata, Pucarani, Tunari, Anjueluni	20 fusileros
José Domingo GANDARILLAS	Mayramonte, Choquecamata, Pucarani, Tunari, Anjueluni	15 fusileros
Eusebio LIRA	Mohosa, Cavari, Machaca, Palca	60 fusiles, 22 carabinas
TOTAL		159 bocas de fuego

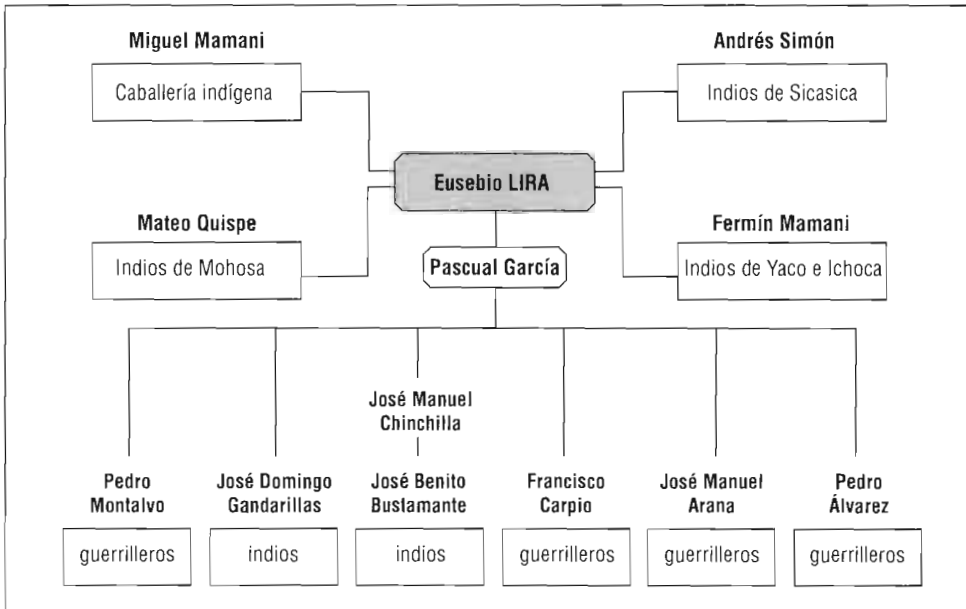
Fuente: JSV, p. 102. [A estas fuerzas permanentes había que añadir el apoyo de las comunidades indígenas que cada caudillo era capaz de movilizar y que podían variar de 100 a 2.000 hombres].

Las rivalidades se acrecientan al mismo tiempo que las tropas aumentan. A principios del mes de noviembre de 1816, cuando una nueva expedición realista a los valles ha movilizado a todas las fuerzas patriotas que se reagrupan en

47 *Id.*, pp. 98-99.

Tapacarí, los capitanes, en vez de unirse, se enfrentan entre sí por el comando. “Cada uno quisieron ser un general queriendo desarmarse uno a otro”.⁴⁸ Lira resolverá el asunto a beneficio suyo apelando, alternativamente, a la amenaza y a la seducción. Posee la ventaja numérica, cuatro veces más de armas de fuego que cada uno de sus rivales, además de un cañón, y tiene un plan de acción. Comienza por desarmar a sus adversarios y, después de darles tiempo para medir su impotencia, les recuerda la cercanía del peligro, la necesidad de la unión; propone, en fin, recurrir a elecciones para designar un comandante general de las fuerzas de los valles. Sin sorpresa, se hace elegir. Le quedan por vivir trece meses, durante los cuales deberá evitar que sus hombres sean víctimas del acoso del enemigo, lograr ciertos éxitos para asegurar el aprovisionamiento y el margen de maniobra de la guerrilla, y desgastar a quienes ocupan el segundo nivel de mando. Finalmente, prevalecerá un complot de estos últimos. Imponer una unidad de acción y de comando a semejantes individuos era un desafío peligroso que Lira pagó con su vida.

Figura 25
Organigrama de la guerrilla a fines de 1816



En este punto de nuestro estudio aparecen divergencias entre el Diario de Vargas y las fuentes realistas que atribuyen a los guerrilleros fuerzas mucho más importantes que las que cita nuestro autor. Según los oficiales del rey, Padilla,

48 *Id.*, p. 103.

Camargo, Warnes y el marqués de Tojo habrían sido capaces de movilizar cerca de 1.000 hombres cuando se produjeron los encuentros decisivos, y parece que las fuentes españolas sólo tomaban en consideración a los hombres de tropa y no a los refuerzos indígenas. En los valles jamás, incluso al final de la guerra, la División de los Aguerridos alcanzó el número de 500 hombres, y sus efectivos más bien oscilaron entre 20 y 200 combatientes regulares, a los cuales podían unirse hasta 2.000 indios.⁴⁹ ¿Exageraban los realistas el número de sus adversarios para parecer más valientes y justificar sus fracasos, o bien la tropa de los resistentes de los valles era particularmente poco numerosa? Es difícil sacar una conclusión. Se puede suponer, sin embargo, que dos provincias pobladas cada una con menos de 10.000 habitantes no podían proporcionar grandes contingentes.

El capitán Juan Manuel Chinchilla, quien sucede a Lira después de tres meses de incertidumbre y de relaciones difíciles con los aliados indios de la guerrilla, es hombre de las comunidades. Toda su tarea consiste en mantener la resistencia en los valles, sin ningún proyecto de envergadura, sin otro objetivo que resistir. Entre marzo de 1818 y febrero de 1821, la guerrilla se contenta con sobrevivir, con escapar, sea como sea, a la trampa de las guarniciones realistas que se cierra sobre ella. Chinchilla es el jefe de hombres acosados sin tregua, que conduce la guerra como puede, sin visión ni piedad, pero con perseverancia y coraje. En varias ocasiones sus tropas sufren costosas derrotas y él mismo se halla a punto de caer en manos de los realistas, mientras que las fuentes realistas anuncian su muerte en varias ocasiones. Su fin vendrá, sin embargo, de su propio campo, fusilado bajo un pretexto oscuro por orden de Lanza. Al llegar súbitamente a los valles a principio de 1821, después de seis años de ausencia, José Miguel Lanza se apodera del comando y después de desembarazarse de su predecesor emprende la tarea de transformar esas bandas indisciplinadas en un verdadero ejército.

49 En marzo de 1822, José María Lara estima el total de las fuerzas de las que dispone Lanza en “más de 300 hombres disciplinados y armados” (ABUMSA, col. José Rosendo Gutiérrez, N° 271). En febrero de 1825, la tesorería de La Paz registra 459 soldados del batallón de los Aguerridos, distribuidos como sigue (CTP, 1825, libro 1, exp. 1):

Primera compañía	128 plazas
2a compañía	104 plazas
3a compañía	100 plazas
4a compañía	62 plazas
5a compañía	65 plazas
Total	459 plazas

El recuerdo de Buenos Aires

La guerrilla sufre, pues, numerosos cambios entre 1811 y 1825, pero no por ello olvida el primer polo de la revolución sudamericana. Durante toda la evolución de la guerra, Buenos Aires representa la legitimidad de la que se reclaman los dirigentes de la guerrilla. Cuando estalla un conflicto en el seno del comando y los oficiales ponen en duda la autoridad de Lira, en noviembre de 1816, él se apresura a recordar que “los jefes de Buenos Aires” no apreciarán esa insubordinación.⁵⁰ A la muerte de Lira, en diciembre de 1817, su efímero sucesor, Fajardo, intenta, sin gran éxito, imponerse con las mismas mágicas palabras.⁵¹ En febrero de 1821, cuando regresa a los valles sin previo aviso, José Miguel Lanza se presenta como enviado por Buenos Aires, lo que no puede ser verdad pues viene de Salta y su oficial superior, Martín Güemes, no se encuentra en buenos términos con el Río de la Plata.

A pesar de todo, en 1853, pese a que las relaciones entre Bolivia y la dictadura de Rosas no han sido jamás buenas, Vargas continúa atribuyendo a los hombres de Buenos Aires el mérito de haber iniciado la revolución, inscribiendo para siempre la acción de los valles bajo su dependencia.⁵² Es verdad que la guerrilla de los valles nació por voluntad de los porteños, pero es mucho menos seguro que haya mantenido un vínculo durante toda la guerra. ¿Qué ha sido entonces de las relaciones entre los guerrilleros de los valles y sus mentores? En Buenos Aires la situación política se torna rápidamente confusa y, a partir de 1812, nada permite hablar del Río de la Plata como de una voluntad o de una corriente política única. Las Provincias Unidas se desgarran, sus dirigentes se eliminan unos a otros, sus tropas se baten entre ellas y las provincias firman pactos o se declaran la guerra como otras tantas instancias soberanas.⁵³ No hay ninguna prueba de que se hayan transmitido órdenes de Buenos Aires a los guerrilleros después de 1815. Aquellos que se disputaban el poder en el puerto ¿estaban en condiciones de preocuparse por una oscura tropa de las provincias en el interior de los Andes? Y ¿qué directiva habrían estado en condiciones de darles órdenes, si no lograban gobernarse a sí mismos? Si los valles mantienen aún relaciones con Argentina después de ese año, es través de sus intercambios con Martín Güemes, quien actúa en su feudo con la más perfecta independencia. En cada momento

50 JSV, pp. 103-104.

51 *Id.*, p. 193.

52 *Id.*, p. 6. “[...] Unos hombres grandes, adictos a la libertad, no digo adictos a la libertad solamente sino [...] unos hombres de los primeros que deseaban la independencia de América, de unos hombres de los primeros que nos enseñó a buscar nuestra libertad, de unos hombres de los primeros que nos dio margen a sacudir el yugo del vasallaje [...]”.

53 Es lo que confirman los trabajos de J. C. Chiaramonte, *Ciudades, provincias Estados: orígenes de la nación argentina, 1800-1846*, Buenos Aires, Ariel, 1997, así como la tesis de G. Verdo, *L'indépendance argentine entre cités et nation*, París, Publications de la Sorbonne, 2006.

de crisis, a fin de reafirmar su autoridad, los dirigentes de los valles recuerdan a sus tropas que habrá que rendir cuentas a Buenos Aires, pero Vargas, quien estaba bien situado para saberlo, ya que era secretario del comandante, no habla jamás del caudillo de Salta.

Este intervenía, pero de manera lejana y episódica, en el funcionamiento de la guerrilla. Cada uno de los comandantes tomaba la iniciativa de conceder grados, confirmados ulteriormente por un mensajero venido de Salta. Güemes aprobaba las promociones, pero no intervenía en las decisiones tácticas del comando. Tenía como misión defender la frontera norte de la Argentina, y la guerrilla de los valles estaba condenada a resistir las fuerzas realistas del interior si sus hombres deseaban seguir con vida. Entre las fuerzas de Salta y las de los valles no parece haber habido más concertación que esta necesidad apremiante. Además, sus relaciones, aseguradas por emisarios cuyo paso fue cada vez más difícil debido a la instalación del cuartel general del ejército realista en Tupiza, no eran ni regulares ni frecuentes. Entre 1815 y 1819, el Diario no hace alusión a ningún intercambio. No es sino a fines del año 1819 que menciona la llegada de un mensajero enviado por Güemes, quien, al mismo tiempo que confirma la colación de grados para los oficiales, informa a los guerrilleros la independencia del Río de la Plata. Pues bien, esta proclamación tuvo lugar tres años antes, en el congreso de Tucumán.

Durante todo este tiempo, la guerrilla de los valles había sobrevivido en su encierro, horizonte limitado por sus cordilleras y sus valles subtropicales. Asimismo, no es sino en marzo de 1819, al interceptar un correo realista, que la guerrilla descubrió la existencia de Bolívar y de todo lo que pasaba desde Lima hasta el norte de los Andes.

Allí se abrieron las comunicaciones, todas las cartas, se descubrió todo el estado en que estaba Lima, Chile y Colombia, primera vez que oímos el nombre de Colombia y el nombre del general Bolívar; y todo lo que les había sucedido, todo todo se supo.⁵⁴

Tenemos, pues, que considerar la excepcional experiencia que fue el aislamiento de los valles entre 1815 y 1819. Entre 1819 y 1823 estarán más enterados, pero no más socorridos por sus aliados.

El anclaje local y la violencia de las acciones de la tropa de Vargas se explican mejor cuando se considera esta situación. Estos hombres no tenían otra opción que tratar de sobrevivir por todos los medios o desaparecer sin remedio. Por todos los medios: tanto el bandolerismo como el terror, la eliminación sumaria de los sospechosos y de los rivales, o la tentación de abandonar la lucha y de pasarse a las filas del rey. Gran parte de la violencia de esta lucha, las ejecuciones

54 JSV, p. 242.

sumarias justificadas solamente por la sospecha y las acusaciones sin prueba, se explican así. Del mismo modo, así se entiende el elevado número de tránsfugas, el ir y venir de muchos de estos guerrilleros que se pasaban al bando realista y luego regresaban al de la patria, para cambiar todavía una o dos veces de opinión. En muchos casos, su actitud no era considerada por sus compañeros como una traición. Cada cual pensaba que podría haber actuado del mismo modo, apremiado por la necesidad.⁵⁵

Durante este período de aislamiento, el reclutamiento se efectuó principalmente con hombres caídos en un atolladero, que encontraban en el seno de la guerrilla de los valles la protección de una tropa. En el curso de los años 1815-17, los restos de otros grupos, tan aislados como el de Lira, pero con menor suerte, vendrán a aumentar el núcleo: fugitivos de las expediciones de la revolución del Cuzco⁵⁶ y guerrillas vencidas de la zona de Chuquisaca después de la muerte de los comandantes Padilla y Camargo, y de la provincia de Santa Cruz después de la de Ignacio Warnes. Hay que añadir a ello la circulación de soldados perdidos. Los que se sienten excluidos de su tropa de origen van a buscar refugio en otro grupo. En marzo de 1817, un guerrillero de Santa Cruz, enemistado con su hermano Curito, un caudillo de mala reputación, ha buscado refugio en la tropa de Lira. Como no conoce la región, encuentra pronto la muerte en una escaramuza.⁵⁷

La división que se produce en el seno de las fuerzas realistas después de la revolución liberal de 1820 en España va a proporcionar a la guerrilla otros hombres, soldados del ejército regular cuyos complots han sido descubiertos, y que no tienen, a su vez, otra solución para sobrevivir que la de refugiarse entre los rebeldes. Es el caso, en 1820, de los oficiales del batallón de la Reina, de Oruro, cuya conspiración ha sido denunciada por su confesor en la víspera de su motín. Al año siguiente, hombres del batallón de Talavera seguirán el mismo camino.

La división de los realistas

Al cabo de diez años de guerra, la coyuntura ha cambiado, incluso si la guerrilla de los valles, como antes, no puede sino contar con sus propias fuerzas. La

55 Son los argumentos desarrollados por los oficiales de Lira en favor de Marcelino Castro a pesar de su activa participación al lado de los perseguidores de la guerrilla (JSV, pp. 181-182). Sobre la acción de Marcelino Castro en los Yungas de Suri, en noviembre de 1815, ALP/EC, C 154 E 3.

56 La revolución del Cuzco (agosto de 1814 - abril de 1815) dirigió una expedición al Alto Perú, que se apoderó de La Paz en septiembre de 1814. Fue rápidamente vencida y los fugitivos se unieron a las fuerzas del canónigo Muñecas, que se refugió en los valles de Larecaja. Derrotado este, los que pudieron fueron a aumentar las fuerzas de los valles.

57 JSV, p. 142.

nueva política ha dividido a sus adversarios de manera definitiva. Ya no se trata únicamente de sobrevivir a las expediciones punitivas, sino, más bien, de participar en un sutil juego de equilibrio y báscula entre los dos rostros del enemigo, juego, no por sutil, menos mortal. Por un lado, ahí están los oficiales próximos a La Serna, el nuevo virrey, quien ha llegado a esta posición organizando el primer pronunciamiento de los Andes contra el virrey Joaquín de la Pezuela, a quien hizo deponer en enero de 1821; se trata de partidarios de la constitución liberal de Cádiz, cuya *jura* ordena La Serna en todas las provincias sometidas a su autoridad.⁵⁸ Por otro lado, ahí está el general Pedro Antonio Olañeta, quien defiende el absolutismo real, a la cabeza de tropas locales que conocen bien el terreno. Olañeta, después de haber combatido en las filas del ejército comandado por Pezuela –y luego por La Serna–, se arriesga a romper con La Serna en julio de 1823.⁵⁹

Desde entonces, y hasta el final de la guerra, los realistas se dividen, pues, en dos partidos irreconciliables. El primero reúne hombres y oficiales de carrera –en su mayor parte metropolitanos–, representativos de esos militares liberales –conspiradores, miembros de logias– que, al final de las guerras napoleónicas, jugarán en Europa latina un importante papel en el terreno político. En 1820, ya han conocido la lucha en la metrópoli contra el ocupante francés y también han conocido largos años de contraguerrilla a lo largo y ancho del territorio sudamericano. Muchos han recorrido España, Nueva Granada y el reino de Quito, la costa del Perú y el Cuzco, Chile, el norte de Argentina y el difícil territorio de Charcas. No encuentran lo suyo en ninguna parte de América. Aspiran a un régimen constitucional, quieren poner fin al antiguo régimen, sueñan con modernizar su patria; pero en ningún caso consideran a América y a sus habitantes como iguales a España y a los españoles. Fue ese gran malentendido, común entre los liberales que sesionaban en las cortes de Cádiz, el que, a la larga, rompió la alianza establecida entre europeos y americanos. Esa alianza, que permitió en un día el derrocamiento del antiguo régimen,⁶⁰ fue rota tan pronto como los diputados americanos pidieron para sus mandantes el mismo tratamiento que el que sus aliados reclamaban para los españoles. Desde esta época, la adhesión de las élites del Alto Perú al partido constitucional era improbable;⁶¹ el decreto de las cortes del 23 de mayo de 1812, que señaló el número de representantes por provincia, olvidaba hasta la existencia misma de Charcas. Al mismo tiempo,

58 Sobre la *jura* de la constitución en La Paz, ALP/EC, C 164 E 5.

59 AGI, Estado, 74, exp. 47. José Luis Roca, “1824: comienzo de la Bolivia independiente”, *Anuario del Archivo et de la biblioteca nacionales de Bolivia*, Sucre, 2003, pp. 425-478.

60 El 24 de septiembre de 1810, en el primer día de sesión de las cortes generales extraordinarias reunidas en Cádiz, la asamblea vota y aprueba la soberanía del pueblo.

61 No sucedió así en la provincia vecina del Cuzco, donde una parte de los notables de la ciudad no se alineó al lado de los rebeldes, en 1814, sino después de fracasar en hacer elegir una municipalidad constitucional.

la manera en la que las autoridades presentaban la *Pepa*, la Constitución de Cádiz, aumentaba la confusión de los espíritus simples, pues las ceremonias que acompañaron su *jura* podían hacer creer a la población que se trataba de celebrar un nuevo reinado y, por tanto, de la coronación de un nuevo rey. Estos errores y esta ceguera del partido liberal jugaban en favor de los absolutistas, por alejada que su posición pudiera parecer de los proyectos de independencia de América.

Su campeón, Pedro Antonio Olañeta, procedente del mundo del comercio, nativo de Charcas, arraigado en su tierra, apegado a su terruño, representaba la corriente política más conservadora, pero también la más favorable a la autonomía de Charcas. Desde 1914, cuando Fernando VII recuperó el trono, América no tenía ya que preocuparse por la cuestión del poder legítimo. Más bien debía pensar en un reordenamiento de su territorio y su gente; labor que debía ser realizada por hombres de esa misma tierra, hostiles a los oficiales metropolitanos quienes, además, eran víctimas de las ideas modernas. Olañeta, quien probó ser un buen militar, se batió, pues, por el restablecimiento del antiguo régimen; se oponía al virrey de Lima contando con el apoyo de oficiales de Charcas, tales como el brigadier Aguilera, vencedor de varias guerrillas.⁶²

Si tenían que acercarse a uno de estos dos adversarios, ¿a cuál preferiría la opinión de los guerrilleros? Por paradójico que nos pueda parecer, acostumbrados como estamos a las dicotomías conservador-liberal, progresista-reaccionario, los guerrilleros parecen haber estado menos alejados de Olañeta que de los oficiales liberales y las páginas que Vargas consagra a las exacciones de estos últimos al final de la guerra están entre las más atroces de una obra que no oculta la barbarie de los combatientes.

*Yo no sé qué se les entró a los soldados de esa expedición del ejército real o constitucional para proceder semejantes atrocidades, lo que en tantas que habían entrado nunca habían hecho lo que en esta vez: ya estarían seguramente delirantes y en las últimas agonías: como dicen que un moribundo delira y hace o quiere hacer lo que nunca había ni pensado siquiera, así estaría el ejército español.*⁶³

Las fuerzas de Olañeta no fueron jamás objeto de semejante condena y, más aún, algunos de los oficiales de Lanza fueron a unirse a su ejército cuando

62 El ingeniero militar Francisco Xavier Mendizábal, a quien se había encargado reforzar la defensa de plazas del Alto Perú, y sobre todo de Oruro, entre 1812 y 1819, se puso al servicio de Olañeta a partir de 1823. Ocupó un puesto de informador de primer plano, participando en las juntas de guerra, y trazaba de inmediato el plano de las batallas que se habían realizado. Se encargaba también del reconocimiento del terreno. Se le debe una obra de la que me he servido mucho, *Guerra de la América del Sur, 1809-1824*, Buenos Aires, Academia Nacional de Historia, 1997.

63 JSV, p. 356.

su comandante fue capturado por las fuerzas constitucionalistas, en junio de 1824. Se podría objetar que los constitucionalistas eran los adversarios más próximos, teniendo en cuenta que, en el territorio de los valles, las fuerzas de Olañeta intervenían con menor frecuencia que las guarniciones de Oruro o de Sicasica. Pero hay también una mejor razón para estas posibilidades de alianza contra natura; se trata de la misma que acercaba, en Chile, al caudillo realista Vicente Benavides al dirigente independentista exiliado en Mendoza, José Miguel Carrera: la unión contra el extranjero, el odio al foráneo –Benavides proponía a Carrera unir sus fuerzas indígenas a fin de librarse “del yugo importado de los hinchados porteños”.⁶⁴ De la misma manera, en Charcas, Olañeta, partidario de un rey lejano, y dirigente de tropas autóctonas, podía parecer a los hombres de los valles como el arquitecto de una independencia *de facto* contra el virrey del Perú. A los partidarios de la patria chica, el general absolutista les hablaba el lenguaje claro de la tierra natal contra las abstracciones liberales y el fetichismo de la constitución que propagaban los oficiales de La Serna.

Sin embargo, la atracción que podía ejercer Olañeta se limitó a un puñado de oficiales. Ni el comandante, ni la mayoría de sus hombres, lo siguieron. Vargas podía escribir:

[...] Nos hallábamos en el centro mismo de nuestros enemigos, que tenían dos partidos: el rey y sus tropas, las tropas de la constitución española...⁶⁵

Es verdad que su división había debilitado a los ejércitos del rey, pero esta debilidad no era patente sino frente a ejércitos numerosos, como los de San Martín o de Bolívar. Para los valles, la escisión de una nueva causa a partir de las fuerzas reales conducía a multiplicar las amenazas, estableciendo dos fuentes de peligro a combatir, dos lógicas a descifrar. Los últimos años de guerra no trajeron ningún alivio a la presión que sufrían los guerrilleros. Pero tal vez la moral de los valles había cambiado.

La profesionalización de la tropa de los valles

A partir de 1821, el curso de la guerra ha cambiado. Todos saben que se libra a escala continental: la costa peruana está en manos del ejército de San Martín, la situación de los realistas se ha complicado por la división entre liberales y *serviles*, los ejércitos de Bolívar avanzan hacia el sur. Todas estas causas van a influir en el destino de la tropa harapienta. Cuando muere Chinchilla, la guerrilla cuenta

64 ACN, Ministerio de Guerra, vol. 52, Correo de Vicente Benavides, 1º de febrero de 1821.

65 JSV, p. 382.

con 318 armas de fuego, 250 hombres de infantería y 60 jinetes con armas de fuego.⁶⁶ Tres años y medio antes, el botín de la tropa consistía sólo en 217 fusiles y una pieza de artillería. A pesar de las dificultades que encontró Chinchilla, supo, pues, aumentar sus fuerzas y sus recursos. Pero Lanza decide acabar con ese tiempo en el que cada capitán amenazaba con retirarse con “su gente” si las propuestas del comandante en jefe no le gustaban. La ejecución de Chinchilla sirve de advertencia para todos. Impone los ejercicios militares, una formación teórica, nuevas consignas de clemencia aplicables a todos, sobre todo a los indios, que ya no son autorizados a matar sumariamente a sus prisioneros. Al mismo tiempo, la guerrilla se hace lo suficientemente fuerte y segura de sí misma como para emprender campañas de reclutamiento.⁶⁷ La noticia de la eliminación de Chinchilla había regocijado a los realistas, que pensaban asistir a una nueva fase de conflictos internos en la guerrilla. Tienen que desengañarse y admitir que Lanza llega a transformar las montoneras en un ejército.

Rápidamente pone a prueba su eficacia. Esa prueba será la toma de Irupana en abril de 1822, contada por Vargas –a pesar de que no estuvo presente– como una acción providencial, una victoria milagrosa. Después vendrá el momento de la reunión de las guerrillas con las fuerzas del ejército de liberación venido del Perú a órdenes de Santa Cruz. Es entonces que las fuerzas de los valles revelan ser las únicas sobrevivientes de la guerra de desgaste y su comandante cosecha los beneficios de su resistencia, convirtiéndose en el único general del Alto Perú en el seno de las fuerzas coaligadas contra los realistas.

1823-1825, al servicio de Lima

En 1823, mientras que Lima, liberada por el ejército de San Martín es independiente desde hace ya dos años, el general Santa Cruz –otro tráfuga de las tropas reales que pasó al servicio de la patria– franquea el Desaguadero a la cabeza de un ejército de 6.000 hombres encargado de acabar con la resistencia realista del Alto Perú. La guerrilla se coloca bajo sus órdenes. Su comandante, el coronel José Miguel Lanza, gana sus galones de general de brigada⁶⁸ y dirige un ejército que ya no está conformado solamente por guerrilleros de los valles. Vargas conoce su hora de gloria cuando, bajo las órdenes del general Gamarra, llega y desfila en Oruro, su ciudad natal, a la cabeza de 700 hombres. Pero, el 23 de septiembre de 1823, en plena batalla, cuando todos los combatientes y las comunidades indias movilizadas se aprestan a atacar, Andrés de Santa Cruz

66 JSV, p. 299.

67 JSV, p. 335.

68 Grado confirmado por el Congreso de Lima el 25 de noviembre de 1823 (ANB, MG [Ministerio de Gobierno], 1826, n° 6).

ordena la retirada. En un santiamén –“sálvese quien pueda”–, preso del pánico, el hermoso ejército venido del Perú desaparece, abandonando a sus aliados a su suerte, tal como antes habían hecho, tres veces, los porteños.⁶⁹

Y en esta ocasión, los diferentes tráfugas y los extraviados de los ejércitos de Gamarra y Santa Cruz, muchos peruanos –naturales, esta vez, de la costa y no del interior de los Andes– vienen a enrolarse bajo la bandera de los valles.

Un mes más tarde, cuando Lanza ha logrado reunir a los hombres que habían permanecido en Charcas, se desarrolla un combate importante contra las fuerzas de Olañeta en Falsuri, cerca de Quillacollo, en la zona de Cochabamba. Las tropas bajo el comando del general Lanza no son ya solamente las de la guerrilla; la tropa de montoneros se denomina, de ahí en adelante, División de los Aguerridos y se ha fusionado con fuerzas venidas del Perú y de La Paz. “Aguerridos a la cola, éstos fueron los que se desplegaron en guerrilla con los cazadores del 4 (batallón)”.⁷⁰ Integrada en un ejército regular, la tropa de los valles reinicia sus funciones primeras “en guerrilla”. Antes de la batalla, un emisario de Olañeta viene a parlamentar con Lanza y luego se retira. Negándose a todo acuerdo, Lanza quiere demostrar el poderío de su nueva tropa, pero ha sobrestimado sus cualidades de comandante y no logra detener el empuje del adversario, que penetra en las filas de la patria.

Lanza huye hacia Palca con las pocas fuerzas que consigue reunir. La caballería, aún en buen estado, se repliega a Sipesipe y se dirige hacia Calchani, puerta de los valles. “Parecía un juego de niños dicha acción de Falsuri porque ya a las 11 del día fue enteramente concluida toda”.⁷¹ Los oficiales del ejército de Gamarra logran llegar a Lima pasando por los valles, mientras que Lanza, quien ha mostrado un talento militar muy inferior al de Olañeta, retorna a su papel de dirigente local.

En contra de lo que se podría imaginar, esta considerable derrota⁷² no se acompaña de un reflujo según el modelo de los años precedentes: dispersión de los soldados, multiplicación de los tráfugas, abandono de los indios, traiciones. A ojos de los patriotas, Falsuri no representa más que un revés pasajero. Lima, la Ciudad de los Reyes, está en manos de la patria y los indios han podido ver

69 F.X. Mendizábal, p. 189. “De modo que Santa Cruz llegó a Arica con sólo 600 hombres y algunos otros se dirigieron a Ilo, que según se dice serían como 1000 y se embarcaron en algunos buques que tenían allí. De los demás pocos que se habían escapado, pues unos 2000 que se habían reunido con el caudillo Lanza fueron derrotados por el brigadier Olañeta que los alcanzó cerca de la costa, siendo el resultado que de todo el ejército insurgente que ascendía a 6000 hombres se perdió la mayor parte con armamento, parque y equipajes”.

70 JSV, p. 346.

71 *Id.*, pp. 346-347.

72 El ejército de Olañeta ha hecho 500 prisioneros, de los cuales hay 31 oficiales y un capellán. “Quedó el campo cubierto de cadáveres, quedaron en mi poder 600 fusiles”, escribe el vencedor (en Emilio A. Bidondo, *Alto Perú: campañas militares (1809-1825)*, La Paz, 1989, p. 160).

al ejército patriota con todo su poderío. Tal es la fuerza de persuasión de los uniformes y de los desfiles militares... El prestigio de los peruanos reemplaza entonces al de los porteños y al de los cuzqueños en la admiración que tienen la gente de los valles ante sus modelos.⁷³

La guerra ha tomado un giro definitivo: el terreno de acción de la guerrilla se ha ampliado considerablemente y su composición se ha internacionalizado. Lanza envía oficiales y emisarios a Vallegrande y a Mizque, dos provincias que no pertenecían al territorio de los valles que él recupera. Confía puestos de comando a oficiales limeños y paceños.⁷⁴ Los hombres de las capitales se imponen a los harapientos campesinos de los valles.

La política prevalece

El fin de la guerra se desarrolla a una nueva escala, la de una guerra continental, que agrava la confusión en el plano local. Mientras que los realistas se dividen en dos campos, la guerrilla reencuentra sus viejos demonios. Lanza, que ha logrado imponerse como general en jefe de las tropas patrióticas del Alto Perú, trata de superar sus debilidades militares –sus errores tácticos, su imprudencia, una cierta incapacidad para trazar un adecuado plan de batalla– por su habilidad de maniobra cuando se trata de manipular tanto a sus aliados como a sus adversarios. Arrastra entonces a la guerrilla a compromisos dudosos y arriesgados.

En abril de 1822, cuando firma el tratado de Yaco con el auditor Lara, Lanza había ya experimentado la práctica de los pactos con el adversario. Esta primera tregua le había permitido rehacer sus fuerzas, aun si, posteriormente, no había sabido sacar provecho de ello. Dos años más tarde, los tratados que negocia se hacen cada vez más políticos que militares y, mientras que el juego se enreda, la duplicidad de Lanza lo condena a una fuga hacia adelante que no puede controlar. A principios del año 1824 es sondeado por los oficiales del ejército constitucionalista para hacer frente común contra Olañeta. A los generales de La Serna –quien había establecido su cuartel general en el Cuzco después de haberse visto obligado a abandonar Lima a las tropas de San Martín en julio de 1821– les interesa aliviar el frente de Charcas para dirigir el grueso de sus fuerzas hacia el norte, como apoyo a las del virrey, preparándose para enfrentar a las tropas de Bolívar y Sucre. Al no poder imponerse al obstinado Olañeta, tratan de neutralizar a Lanza. Pero éste da largas, en tanto que sus interlocutores se encuentran apremiados. Rotas las negociaciones, casi inmediatamente, en abril de 1824, el ejército constitucionalista decide aplicar una política de terror y lle-

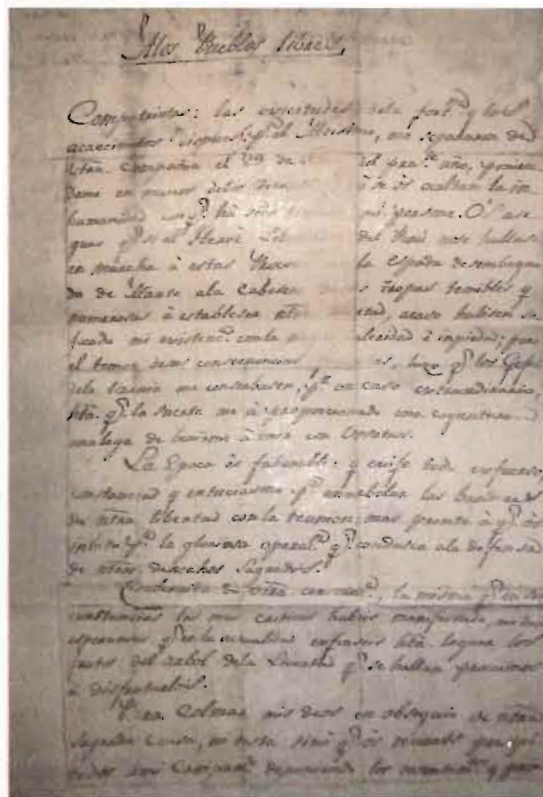
73 JSV, p. 348. “Por entonces nos parecía que no habían otros militares tan sobresalientes en valor, en disciplina, en moralidad, y en todo al fin”.

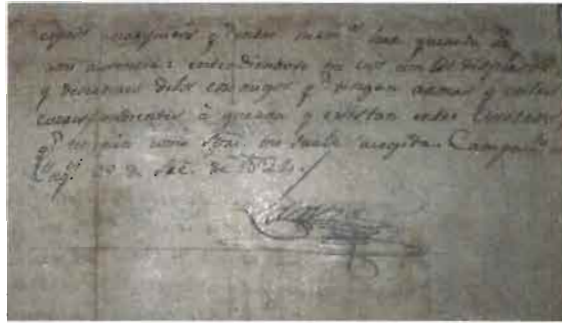
74 *Id.*, p. 349.

va a cabo una de sus campañas más atroces contra los valles. Llega a capturar a Lanza en junio, cuando éste no ha tomado ninguna precaución para asegurar la continuidad del comando de la guerrilla en su ausencia. Su captura hunde a los valles en la anarquía. Algunos de sus oficiales se unen a Olañeta, otros tratan de reactivar tensiones entre las aldeas para apoderarse del comando. La guerrilla parece tan atrapada en sus querellas internas que sus adversarios ya no la consideran peligrosa. Por ello, en septiembre, el general Valdés ordena a sus tropas marchar contra el Perú y libera a Lanza, al cual cree haber doblegado o convencido de abstenerse de actuar.

De retorno a los valles, Lanza dirige una proclama en el estilo pomposo que tanto le gusta. El original del documento, que debía formar parte de los archivos conservados por Vargas, figura en el MsB (fol. 306). Aparte de su énfasis, la proclama estaba bien lograda. Cortaba de cuajo los rumores que podían correr sobre las causas de su liberación –algunos no dejaban de acusarlo de haber pactado con el enemigo–, devolvía confianza a los valles anunciándoles el pronto refuerzo del ejército bolivariano, señalaba medidas concretas e inmediatas de movilización.

Figura 26
Proclama de Lanza a los pueblos, 25 de septiembre de 1824





Don José Miguel García de la Lanza, general de brigada de los ejércitos del Perú y comandante en jefe de estos territorios

A los pueblos libres

Compatriotas:

Las vicisitudes de la fortuna y los acaecimientos dispuestos por el Altísimo me separaron de vuestra compañía el 29 de junio del presente año poniéndome en manos de los tiranos, que no se ocultan la inhumanidad con que ha sido tratada mi persona. Os aseguro que si el héroe libertador del Perú no se hallase en marcha a estas provincias con la espada desenvainada de Marte a la cabeza de sus tropas temibles y numerosas a establecer nuestra libertad, acaso hubiesen sofocado mi existencia con la mayor celeridad e impiedad; pero el temor de sus consecuencias funestas hizo que los jefes de la tiranía me conservasen por un caso extraordinario, hasta que la suerte me ha proporcionado una conyuntura análoga de venirme a unir con vosotros.

La época es favorable y exige todo esfuerzo, constancia y entusiasmo para enarbolar las banderas de nuestra libertad con la reunión más pronta a que os invito para la gloriosa operación que conduzca a la defensa de nuestros derechos sagrados.

Convencido de vuestra constancia, la misma que en circunstancias las más críticas habéis manifestado, me dan esperanza que en la actualidad esforcéis lograr los frutos del árbol de la libertad que se hallan próximos a disfrutarlos.

Para colmar mis deseos en obsequio de nuestra sagrada causa no resta sino que os reunáis pricipitados a mi campamento, deponiendo los resentimientos y principios anárquicos que entre hermanos han querido adoptar en mi ausencia, entendiéndose mi voz con los dispersos y desertores de los enemigos que tengan armas y útiles correspondientes a guerra que existan entre vosotros, que tendrán como siempre mi suave acogida.

Campamento en Inquisivi, 25 de septiembre de 1824.

Mientras que los valles reúnen sus fuerzas con miras hacia un último combate, el general Olañeta propone una alianza contra el ejército de La Serna. En Cavari se lleva a cabo una entrevista entre Lanza y Casimiro Olañeta, sobrino del general, encargado de la negociación. Según José Santos Vargas, Lanza contemporiza de nuevo: acepta, desde luego, la alianza, pero, argumenta que sus tropas no están listas, que necesita tiempo para retomar su control y para equiparlas. Promete actuar, pero un poco más tarde. Tiene igualmente necesidad de dinero y lo que aprovecha para tratar de obtener subsidios. Pide a Olañeta “algún auxilio de ropa,

plata, municiones, lo que era necesario para la tropa”. Llega a obtener con qué vestir a sus hombres: “Olañeta mandó solamente ropa como para 200 hombres (pantalones, chaquetas y zapatos, seis cargas) quedando a mandar después algún auxilio de dinero”.⁷⁵ Es gracioso notar que los guerrilleros de los valles debieron terminar la guerra con uniformes pagados por uno de sus adversarios.

Este detalle de las relaciones mantenidas por la guerrilla con el general Olañeta es probablemente real, pero el acuerdo aceptado por Lanza iba mucho más allá. Esta vez también nuestro cronista se ha mostrado ingenuo. Su lealtad natural y la antipatía que le inspira su comandante no le han permitido asistir a los intercambios ni sospechar el contenido del documento que Lanza ha aceptado firmar.

Por este tratado secreto, que figura en la preciosa colección Rosendo Gutiérrez, Lanza se comprometía nada menos que a combatir al lado del ejército real absolutista:

*Primero. El Sor Gral Lanza se une a la causa del Rey p.a trabajar constantem/te contra los constitucionales sin traicionar p.r esto al Gobierno p.r el cual à peleado catorce años.*⁷⁶

El artículo 2º le autorizaba a recuperar su libertad de acción en caso de victoria de las fuerzas de Bolívar, pero ello era reconocer que, en caso de una victoria sobre éstas, los guerrilleros y las fuerzas más conservadoras mantendrían su alianza.

Al aceptar semejante compromiso, Lanza trataba sin duda de ganar tiempo. Pero así obligaba a la guerrilla a participar en un juego muy peligroso, en la medida en que ella no estaba militarmente capacitada para enfrentar una doble ofensiva.⁷⁷ Es poco probable que Lanza hubiese sido liberado sin prometer ayudar a los constitucionalistas en contra de Olañeta y he ahí que se compromete en favor de este último. De acuerdo a lo que dice Clausewitz a propósito de la guerra regular, una decisión por las armas, que acabaría por llegar, suponía el riesgo de obligar a Lanza a pagar de un solo golpe todas sus deudas.⁷⁸

Felizmente, la noticia de la victoria de Ayacucho llega antes de que haya sido puesto al pie del muro. Lanza, consciente de que los últimos momentos de

75 JSV, p. 379.

76 ABUMSA, fondo Rosendo Gutiérrez, n° 271.

77 Menos de dos meses antes de firmar este pacto con Lanza, Olañeta proponía a La Serna organizar una acción concertada contra el ejército colombiano. Su carta llegó al Cuzco el 11 de diciembre, el día mismo en que Lanza firmaba el tratado de Cavari. ALP, EC 1824, C 169 E 13. De las cuatro fuerzas presentes –el ejército colombiano, el de La Serna, el de Olañeta y la guerrilla de los valles–, los dos últimos estaban condenados a sufrir toda clase de alianzas contra natura para asegurar su supervivencia. La noción de lealtad pierde toda vitalidad en esta coyuntura.

78 Carl von Clausewitz, *De la guerre*, París, éd. De Minuit, 1955, p. 79. “La decisión por las armas representa para toda operación de guerra, grande o pequeña, lo que el pago en especies representa en las transacciones financieras. Por vagas que sean estas relaciones, la liquidación de cuentas no podría faltar totalmente, aun si es rara”.

la guerra se juegan en adelante en el plano político, reúne de inmediato a sus fuerzas y, pasando por los Yungas, se dirige La Paz, donde debe entrar como vencedor antes que los colombianos. Lanza juega así la carta de una liberación nacional, pero debe tratar con miramientos a los nuevos señores de los Andes. El 12 de enero informa a Sucre de su intención de liberar La Paz, ocupada entonces por las fuerzas de su aliado secreto, el general Olañeta, y asegura al general venezolano su completa obediencia al mismo tiempo que no cesa de actuar por su cuenta. “Tengo el honor de ofrecer a Vs mi subordinación, respeto y mi más alta consideración”.⁷⁹ Al escribir esas palabras sabe bien que transcurrirán dos semanas antes de que el mensaje llegue a su destinatario. Tiene las manos libres, pero ya tiene cuidadas sus espaldas. Seis días más tarde, mientras sus tropas acampan en las Yungas, dirige un segundo mensaje a Sucre informándole de la sublevación de la guarnición de Cochabamba a favor de la independencia, de la cual se atribuye una especie de tutela al haber enviado órdenes a los sublevados y haber ascendido a los oficiales responsables del movimiento.⁸⁰ Lanza hace saber, con la prudencia necesaria, que él es quien domina el Alto Perú en espera de la llegada de los ejércitos del Libertador.

En este momento de la historia, hay un vacío extraño que el Diario de Vargas no puede llenar. ¿Cómo se ha producido, pues, la liberación de La Paz? He aquí todo lo que dice al respecto José Santos:

El 23 de enero se bajó de su cuartel el general don José Miguel Lanza ya para La Paz. Se encaminó por los Yungas, por Suri, Cajuata Sircuata, por Irupana, Chulumani, por Yanacachi a La Palca. Entonces venían a reunirse con el general Lanza enjambres de gentes, de La Paz, de todo Yungas y de toda clase de gentes.

El 5 de febrero ya estaba mirando de sus altos la ciudad de La Paz en donde esta todavía las tropas de Olañeta.

El 6 se salían por el otro extremo estas tropas y Lanza les iba mirando. Esa noche se retiró Lanza con toda su tropa a dormir en el campo.

Al día siguiente 7 volvió a venir Lanza y entró a la ciudad con su tropa, estuvo allí con mucho recelo del comandante Valdés (alias el Barbarucho), jefe valiente del partido del general Olañeta, y por la noche se volvió a salir vuelta.

Al día siguiente 8 vuelve a entrar. Esa noche entra como a las 7 el coronel Castro con el comandante don Francisco Anglada a la misma ciudad de La Paz. El general Lanza ya no volvió a salir; ya se colocó de presidente, que es ya del departamento [...].⁸¹

La correspondencia de Lanza dirigida a Sucre, así como los archivos de las oficinas del Tesoro⁸² en La Paz, prueban la ¿se podría decir “inexactitud”? del

79 ANB, MI, t. 3, n° 11, 1825, Cuartel general en Inquisivi, 12 de enero de 1825.

80 *Id.*, Cuartel general de Yanacacchi, 18 de enero de 1825.

81 JSV, 383.

82 ALP, CTP 1825.

relato de Vargas. Lanza no ha dejado su cuartel general de Inquisivi el 23 de enero, sino el 14, y ha entrado en La Paz el 25 de enero, no el 5 de febrero. El 7 de febrero, cuando Sucre llega a la ciudad, Lanza ya se ha autodesignado Presidente y Comandante General del departamento desde hace una semana, y desde el 30 se ha hecho remitir las cuentas de la ciudad y ha dispuesto de ellas a su antojo. Entre sus primeras medidas, asigna sueldos y gratificaciones al Batallón de los Aguerridos,⁸³ nombre que lleva en adelante la guerrilla de los valles, y acepta una reducción del impuesto sobre la coca para los propietarios de las Yungas, de los que forma parte la familia de Lanza. Los registros del Tesoro lo designan así: “Don José Miguel García de la Lanza coronel del regimiento de Aguerridos del Ejército Libertador, general de Brigada condecorado con la cruz del Libertador, presidente y comandante general de esta ciudad y provincia”.⁸⁴

Las investigaciones realizadas sobre este período han subrayado justamente las tensiones entre Sucre y Lanza, e insistido en la incompetencia, incluso la corrupción, que ha caracterizado la administración de este último.⁸⁵ El juicio es severo: es verdad que Lanza, quien no tenía ninguno de los talentos propios a un administrador, se sirvió de las arcas públicas para remunerar a sus soldados y gratificar a sus oficiales. Pero, por ello, acusarlo de corrupción es olvidar que los ejércitos regulares de Sucre y de Bolívar percibían un sueldo que gravaba pesadamente el presupuesto de la joven República, mientras que los guerrilleros habían pasado años batiéndose por una gloria que les será mezquinamente reconocida, que las sumas que se les distribuyeron en febrero de 1825 no tenían nada de excesivo y no representaban en absoluto una recuperación de lo que no habían recibido durante años. Por lo demás, Vargas tenía algunas razones para pensar que su comandante no distribuía las gratificaciones solamente por razones de mérito.

83 Notemos de paso los cambios de denominación: Vargas habla de la División de los Aguerridos, Lanza del Regimiento, y el Tesoro, más modestamente, del Batallón,

84 ALP, CTR, 1825, exp. 1.

85 J.L. Roca ya citado, la tesis de William Lofstrom, (*The promise and problem of reform: attempted social and economic change in the first years of Bolivian independence*, universidad de Cornell, 1972, 626 p.), y un artículo reciente (“From Colony to Republic: a Case Study in Bureaucratic Change”, *Anuario del Archivo y Biblioteca Nacionales de Bolivia*, Sucre, 2004, pp. 177-197).

el camino político que había que seguir. Para que una voz militar de Charcas pudiese hacerse oír, frente a los ejércitos de Sucre y Bolívar, era necesario que la División de los Aguerridos llegase a La Paz antes que los colombianos. Y su participación, así como la de José Ballivián, en cuanto diputados por La Paz en el Congreso Nacional que proclama la independencia y el nacimiento de Bolivia, obedece a las mismas consideraciones. Se trata de mostrar que la guerrilla de los valles, representada por su jefe y uno de sus más brillantes oficiales, está tanto en el origen como en la culminación de la lucha contra las fuerzas realistas. En una coyuntura en la que todas las primeras insurrecciones locales fueron aplastadas y mientras que las independencias de Chile, del Reino de Quito y del Perú han sido logradas por ejércitos procedentes de Argentina, de Venezuela y de Colombia, el Alto Perú es el único en afirmar así la autoctonía de su independencia.⁸⁷

Vargas, que no tenía mente de político, no lo comprenderá y en el Diario no consignará de Lanza sino sus decisiones injustas, sus insuficiencias militares y los defectos de una personalidad narcisista, a la que no apreciaba. Sin embargo, y cualquiera que sea la opinión de su cronista, gracias a la manera en que su comandante condujo su acción en las semanas que siguen a la batalla de Ayacucho, la guerrilla de los valles llega a ser reconocida como uno de los actores de la victoria. Sin esta acción política, y a pesar de su coraje y de su obstinación, ¿podría la resistencia de los valles haber reivindicado y haber sido realmente uno de los actores mayores de la guerra? Se puede dudar al respecto, pues la guerra era aún concebida como la que libraban los grandes batallones en batallas alineadas. Por ello, después de haber explicado las razones y las formas de su excepcional supervivencia, nos queda por saber si la guerrilla de los valles ha realizado, pese a las reglas, una acción militar eficaz en el curso de la guerra.

87 J.L. Roca, *Casimiro Olañeta, artífice de Bolivia*, Cochabamba, 1978. Es curioso que la historia oficial boliviana no haya conservado el recuerdo de esta conquista y no sea celebrada la liberación de La Paz.

CAPÍTULO 7

El terreno y las armas

Desde sus comienzos, bajo el marco de las expediciones argentinas, las fuerzas de los valles debían ocupar una posición importante para los estrategas de la guerra de liberación. En los valles, los comandantes designados por Castelli, luego por Rondeau, recibieron el encargo de controlar las vías de acceso al altiplano y los Yungas, pues eran capaces de interceptar los productos que alimentaban a los grandes centros urbanos. En septiembre de 1815, el general Rondeau nombra a José Buenaventura Zárate teniente coronel “para que siempre molestase a las tropas del rey quitándoles los víveres que caminaban de los valles a Oruro, Sicasica y La Paz, que sólo harinas de Castilla se expedían en esta ciudad. Pero lo importante era hostilizar por los pueblos de Yungas en principal”.¹ Asimismo, el general argentino ordenaba a Eusebio Lira “que no dejase de hostilizar a las tropas y fuerzas enemigas del modo posible y le quitase todos los recursos que fuesen a sus alcances; que privase caminar los comestibles que iban de todos los valles a Oruro, dándole partes continuos de todo lo ocurrido”.²

Durante toda la guerra, ¿los hombres de los valles respetaron ese programa y cumplieron con su misión? Su mejor aliado era el territorio de los valles, uno de los actores esenciales del Diario. De una manera que nunca explica y queda en el misterio, Vargas se había convertido rápidamente en uno de los mejores exploradores y guías de la región, tanto que el comandante llegó a creer que era originario de la misma.³ Ciertamente, su manera de describir las operaciones y los trayectos de la guerrilla da muestras de familiaridad con la zona. Habla desde

1 JSV, p. 56.

2 *Ibid.*

3 “Vos que soís de este país”, le dice Contreras, JSV, p. 219.

el interior: los valles son un centro a partir del cual se desplazan los guerrilleros, mientras que los realistas siempre vienen desde el exterior, “se internan”. La manera misma de describir las operaciones expresa claramente que los soldados del rey son intrusos⁴ y que los guerrilleros se sienten en su casa.

Maneras de hacer la guerra

El territorio de la Audiencia de Charcas ofrecía un vastísimo espacio de repliegue para las tropas móviles. Los puntos importantes eran siempre los mismos: los patriotas proyectaban apoderarse de Potosí por su plata, de Chuquisaca porque era la capital, de Oruro y de Cochabamba por sus arsenales –esperanza pronto decepcionada, pues, por la misma razón, los ejércitos realistas irían a establecerse sólidamente en esas guarniciones–, y de las rutas comerciales que llevaban a La Paz. En caso de fracaso, disponían de un amplio margen de huida: hacia los Yungas y Mojos,⁵ hacia las estepas de la frontera chilena, hacia la otra “frontera”, la del Chaco, que ocupaban sus aliados chiriguano.

Hoy en día, muchos de los caminos que frecuentaban los guerrilleros y los soldados realistas ya no se utilizan. Allí, por donde hombres, caballos y mulas podían transitar sin mayores problemas durante la estación seca, hoy no pueden hacerlo ni el jeep ni el camión. Es necesario, pues, reconstituir los conocimientos de estos hombres, saberes que ya no son los nuestros. Nuestra actual percepción –parcelada– no es la de esa época: todo ese espacio estaba vinculado, todas las aldeas se comunicaban entre sí, incluso si la estación de las lluvias las aislaba durante tres o cuatro meses al año.

El terreno de la guerrilla se dividía en dos espacios separados por el lecho del Río Grande de Ayopaya.⁶ En la orilla izquierda se encontraban los pueblos de la provincia de Sicasica, dominados por Mohosa, aldea natal del comandante Lira, muy próxima a Pocusco, donde se asentó Vargas. De Mohosa a Cavari el camino proseguía en dirección hacia los Yungas, por Quime, Inquisivi e Iru-pana. De allí se podía continuar hacia La Paz siguiendo la ruta de los Yungas de Chulumani. En la orilla derecha, el territorio de los realistas no se extendía más allá de Quillacollo y Tapacarí. Por Quillacollo se ascendía rápidamente hacia un cerrojo de rocas y de paja brava batido por los vientos, Lallave, que

4 *Intrusos*, la palabra vuelve a menudo para designar a los soldados del rey.

5 F.X. Mendizábal, p. 134. Otras tropas que las de Lira y de Lanza practicaban el camino a los Yungas (*id.*, p. 96).

6 Francisco de Viedma resume el relieve del partido de Ayopaya: “El terreno es de mucha serranía, casi la más elevada de toda la provincia: forman unas quebradas bien estrechas y profundas, por las que corre la mayor parte de los ríos de que se hará mención, con mucha rapidez”.

cerraba el acceso al valle de Morochata.⁷ Si Lallave cedía, las alturas del valle aún ofrecían posibilidades de resistencia antes de que los guerrilleros, saliendo de Morochata y siguiendo el *talweg*, pudiesen encontrar refugio en Chinchiri y, luego, en Palca (nombrado hoy Independencia). Este último pueblo estaba más lejos de Cochabamba que de Morochata y se convirtió en el cuartel general más frecuentado por la guerrilla, así como Machaca, situado un poco más lejos, en las cercanías del río que se vadeaba por Añuchiri, antes de remontar hacia Cavari y de alcanzar la orilla izquierda. Sin franquear el río, se tomaba también una ruta que unía Palca y Machaca con los Yungas y permitía alcanzar Inquisivi, que quedaba a tres días de camino.

Figura 28
El cerrojo de Lallave



La movilidad de la guerrilla se hallaba, pues, asegurada. Todos estos trayectos estaban jalonados por obstáculos naturales y, al mismo tiempo, todos sus focos de resistencia se comunicaban entre sí. Casi todas sus rutas permitían alcanzar, en

7 *Id.*, a propósito de Morochata: “Su vecindario se compone de 421 españoles, 936 mestizos, 200 mulatos, 1887 indios, y 2 negros, cuyo total hace 3.446 almas. Por razón de tributos, contribuyen a S.M. sus indios 1.693 pesos al año”.

un día, un paraje, una aldea, una hacienda o una estancia donde aprovisionarse. Y al término del camino encontraban siempre ese lugar de botín que eran los Yungas y ese sueño de conquista que culminaba en La Paz.

La estación de lluvias suponía una tregua obligada de varios meses, de tres a cinco, según los años. La importancia y la duración de las precipitaciones, y el estado de los caminos, afectaban más al ejército regular (más pesado, más cargado, que la guerrilla); era conveniente contar con artillería de montaña, pero también era necesario que los cañones pudieran pasar. Al acercarse el mes de diciembre, el comandante debía escoger sus “cuarteles de invierno”, sabiendo que, cuanto más se hallase al abrigo, más aislado estaría de las noticias, de los apoyos aldeanos y de los grupos de combatientes que se quedarían en la otra orilla porque era su terruño y tenían que cuidar sus familias y sus bienes.⁸

Vargas no dice gran cosa de estos períodos, que no eran de forzosa inactividad, pero durante los cuales no se combatía.⁹ La maestranza era instalada: se reponían las armas y se preparaban municiones –se fundían balas, se llenaban los cartuchos–; se mejoraba la instrucción militar y política de los soldados, y de los indios de las comunidades aliadas. Era también una época propicia para escribir y para ordenar los archivos, la guerrilla los llevaba, aunque se perdieron a lo largo de las operaciones desfavorables.

Para estas treguas forzadas, el refugio más frecuentemente elegido era el vasto territorio del municipio de Machaca. El clima era suave, las temperaturas medias comprendidas entre 9 y 24 grados, y contaba con cuatro o cinco meses de lluvias que hacían la zona prácticamente inaccesible. Allí, la autosubsistencia era relativamente fácil pues el territorio de la comuna era vasto y se extendía sobre tres nichos ecológicos que ofrecían la posibilidad de cultivos tropicales como las frutas, productos de los valles (maíz, trigo, tomate y cebolla) y de altura (tubérculos, cebada y avena; ganadería). También se disponía de leña para fundir balas y forjar herraduras. De difícil acceso, de temperaturas benignas, de víveres abundantes, exenta de malaria –endémica en las orillas de los ríos–, Machaca ofrecía a la guerrilla tres o cuatro meses de tranquilidad al año.

Las informaciones

La guerrilla mantenía un eficaz servicio de informaciones, indispensable y, además, hasta remunerado por el comandante. Aunque, por otro lado, si bien éste recibía regularmente correos de Oruro, de La Paz y de Cochabamba, se enteró con tres años de retraso de la proclamación de la independencia argentina

8 JSV, p. 354.

9 Con una excepción, en enero de 1817. AGI, Charcas, 436, carta de Ricafort a Sánchez Lima, Oruro, 28/02/1817.

y, recién en 1819, supo de aquel que, a la larga, daría su nombre al país. Estas discontinuidades son propias de la circulación de noticias en sociedades tradicionales, donde la información se trasmite por redes personales. Si el virrey Abascal recibía las últimas novedades de la metrópoli por intermedio de sus parientes, el comandante de la guerrilla no podía sino activar su red de simpatizantes.¹⁰ Una comerciante de Oruro, un artesano de Sicasica o un sacerdote de Caracollo no le trasmitían más que los rumores del camino real o las noticias de los sucesos de que habían sido testigos. Al comandante que, sobre todo, deseaba estar informado de los movimientos de tropas rivales, le preocupaba enterarse, con uno o dos días de anticipación, del ingreso de un batallón o de una compañía en los valles, antes que informarse, digamos, sobre lo que pasaba en los llanos de Venezuela o en el campo de batalla de Waterloo. Su visión de la guerra se limitaba a las fronteras de la patria chica.

A pesar de estas limitaciones, la guerrilla concedía una gran importancia a su red de informaciones. En 1823, Vargas es nombrado comandante de Mohosa, lo cual lo coloca en una posición peligrosa, pues, al cabo de trece años de guerra, las tropas realistas de Sicasica conocen todos los caminos que llevan a Mohosa. Por ello, trata de ponerse a buen recaudo de inmediato, multiplicando los informantes: “Yo me hallaba en mi pueblo Mohoza siempre con cuidados por la mucha intermediación al enemigo, mandando bomberos unos tras otros sobre mi país Oruro, Sicasica, Caracollo y Paria, tanto por la seguridad de mi persona cuanto el servicio de la patria”.¹¹

La guerrilla disponía de agentes permanentes en las ciudades cercanas y en las aldeas situadas en los nudos de comunicaciones por los cuales pasaban las tropas, sobre todo en el altiplano (Oruro, Caracollo y Sicasica) o en dirección a los valles y por las cuencas, (Paria, Palca y Quillacollo). A menudo eran clérigos; en los expedientes de “causa de infidencia” abundan estos casos, en los cuales el acusado es un sacerdote que no cesa de disculparse alegando que ha proporcionado sólo informaciones al comandante de las tropas realistas. Los sacerdotes –favorecidos por sus funciones que les hacían escuchar confesiones,¹² que les permitían circular libremente so pretexto de predicar la cuaresma o llevar los últimos sacramentos a un moribundo, que manejaban también con facilidad la pluma y frecuentaban todas las capas de la población– representaban la élite de los informantes.

Las mujeres, al menos las que sabían escribir, eran también auxiliares preciosos. Quizá porque suscitaban menos desconfianza, y porque sus contactos

10 Abascal recibe noticias de España y de Europa a través de cartas de su sobrino, Fernando María Abascal, y corresponde también con Francisco Salazar, quien reside en Cádiz (AGI, fondo Abascal, legajo 2, año 1811, R. 2, y 1812, R. 3, D. 7.)

11 JSV, p. 350.

12 En 1820, el proyecto de cuartelazo del Batallón de la Reina, en Oruro, fue descubierto por el clérigo que confesó a uno de los conjurados en la víspera de sus bodas. Un clérigo pretexto irse a confesar a un moribundo para llevar informaciones a la guerrilla (JSV, p. 270).

con el mundo de los comerciantes y los domésticos de origen indio las ponían al corriente de las noticias locales. Es verdad, también, que el Diario concede un lugar de privilegio a las seductoras que sabían cómo hacer hablar a los hombres. Chinchilla contaba con una corresponsal en Oruro, quien le informaba con regularidad sobre los movimientos de las tropas realistas y sobre el número de soldados que se aprestaban a entrar en los valles. Ella lo ponía al tanto, igualmente, sobre el paso de los convoyes y sobre los correos que se podían interceptar y pillar, haciendo portadores de sus mensajes a los indios.¹³

Estos últimos constituían desde hacía siglos informantes natos.¹⁴ Los soldados de ambos campos sabían que los comuneros estaban al tanto de todo lo que pasaba en su radio de acción. Por ello, la represión se abatía sobre ellos a pesar de sus protestas de inocencia. Todo indio era susceptible de haber hablado con el adversario. Buen pretexto para proceder a ejecuciones sumarias que apuntaban menos a castigar a los espías que a sembrar el terror.

Algunos hombres, bien colocados, se convertían en informantes a su pesar. En el Diario se habla a menudo del propietario de la hacienda de Santa Rosa, cerca de Pucarani, Manuel Diego de Aranibar. Su hacienda se encontraba en el camino de Palca a Cochabamba y todas las tropas, tanto realistas como guerrilleras, debían pasar por sus tierras. Lanza, quien pensó utilizarlo como doble agente, le había autorizado a “presentarse” a las fuerzas reales. Pero pronto, a fuerza de no frecuentar sino a oficiales realistas, el hacendado se inclinó hacia su lado y traicionó a la guerrilla.¹⁵ Con todo, continuó sirviendo como intermediario con motivo de los intercambios entre Lanza y Olañeta.¹⁶ Otros episodios del mismo tipo muestran que no se podía jugar en dos tableros al mismo tiempo. Las más de las veces, el agente doble debía escoger su campo o acababa mal. En efecto, era muy arriesgado ser detenido por espionaje. El acusado tenía pocas posibilidades de salir indemne y las ejecuciones sumarias eran frecuentes.¹⁷

A estos agentes permanentes, con frecuencia remunerados,¹⁸ se agregaba la necesidad de contar con información inmediata, puntual. Antes de un comba-

13 JSV, p. 226.

14 Roldán al comandante realista. “Por Guancané nos amenaza (según noticias), el caudillo Mamani con cuatrosientos hombres de tropa, y aseguran que por aquel parte se dirigen Nabajas, Lanza, Gramajo, y Castro con mayor número, y que se adelantan á Mamani los indios sublevados. *Estos últimos aunque no son de temer por su fuerza, lo son por las noticias que comunican, y por que nos privan de ellas á nosotros.* Puno septiembre 12 de 1823 a las diez del día”. CDIP, t. V, vol. 5, p. 589. Cursiva de la autora.

15 JSV, p. 354.

16 *Id.*, p. 379.

17 Entre otros casos, JSV, p. 245.

18 ANB, MI, t. 3, n.º 11, f.º 139. En el presupuesto firmado por Lanza en febrero de 1825 figuran 200 pesos y 190 pesos “por espionaje”.

te o en una situación peligrosa, el comandante debía utilizar a algunos de sus propios hombres como exploradores. En septiembre de 1817, la tropa de Lira debe enfrentar a las fuerzas realistas de la zona de Cochabamba, ya que sus comunicaciones con las fuerzas de Chinchilla habían sido cortadas: “Lira mandó avanzadas, bomberos y centinelas ocultas al frente nomás, que era a Quillacollo, a El Paso, a Tiquipaya y Cochabamba”.¹⁹

El mismo Vargas se desempeñó como informante ocasional, en abril de 1822, cuando Lanza le encargó observar lo que sucedía en Cochabamba. Le detuvo el subdelegado de Quillacollo. Tuvo la suerte de no ser fusilado de inmediato y logró evadirse.²⁰ Su conocimiento de los caminos le destinaba, más que a otros, a esas arriesgadas tareas.

La guerrilla se alimentaba también de una última fuente de observación, en la cual ciertos capitanes eran verdaderos especialistas, como Bustamante en lo que concierne a los caminos de Sicasica, o Gandarillas y Chinchilla, que patrullaban en la zona de Cochabamba. Estos tres capitanes dirigían tropas famosas por practicar tanto el bandidaje como la resistencia. Su objetivo era interceptar convoyes y estafetas realistas. Además del botín, se apoderaban del correo y así accedían a las informaciones con las que contaban sus adversarios para fundamentar sus incursiones. Al hablar sobre estas prácticas de guerra, Vargas no deja de añadir una dimensión traviesa. En junio de 1820, Chinchilla intercepta un correo del coronel Manuel Ramírez. Lo corrige, acusa a Ramírez de vanagloriarse de hazañas imaginarias transformando a indios indefensos en temibles caudillos, así como Don Quijote veía molinos en forma de gigantes y, después de firmarlo, remite el mensaje a su destinatario, el gobernador de Oruro.²¹

Por su parte, los realistas también disponían de informantes en las aldeas. Los libros de cuentas de la tesorería de La Paz conservan datos de las sumas pagadas por “gastos de espionaje de una expedición a los valles”²² durante los años 1820-1824. El ejército real pagaba 8 pesos a los que penetraban en el territorio de la guerrilla para recoger informaciones e incluía, en el rubro de gastos de espionaje, la transmisión de mensajes a las autoridades y a los oficiales de “partidas volantes”. La remuneración variaba de 2 a 30 pesos, en función de los riesgos y de la distancia.

Es, por lo tanto, difícil saber si las ejecuciones sumarias a las que procedía el comandante de la guerrilla recaían sobre verdaderos espías o no hacían sino reflejar la sospecha generalizada que envenenaba el ambiente de la guerrilla. Pero hay un medio de comprobar la calidad de las informaciones proporcionadas por

19 JSV, p. 172.

20 *Id.*, p. 408.

21 *Id.*, p. 282.

22 ALP/EC, C 168 E 5 y E 35.

los agentes del rey en el territorio de la guerrilla: esto sucede con motivo de la muerte de sus capitanes. La de Lira y la de Chinchilla fueron transmitidas al general en jefe en un plazo de una a dos semanas. Incluso si no coinciden exactamente con la crónica de Vargas, su interpretación de la brutal desaparición de esos dos hombres no está muy lejos de la verdad. Lira habría sido matado por sus oficiales porque uno de ellos ambicionaba el comando; Chinchilla habría sido fusilado por Lanza, pues éste no quería ningún rival. Las informaciones recibidas por los oficiales realistas eran de buena fuente.

La manera en la que fue conocida en los valles la noticia de la batalla de Ayacucho proporciona otro ejemplo de la difusión de informaciones sobre la guerra. La batalla tuvo lugar el 9 de diciembre de 1824.²³ Un primer eco llegó el 23 de diciembre a Machaca, donde la guerrilla había establecido sus “cuarteles de invierno”. “Hubo una noticia volante del triunfo de las armas de la Patria en el Perú: que en Huamanga se decía, que en las inmediaciones de la ciudad del Cuzco, que en las inmediaciones de la ciudad de Lima”.²⁴ Probablemente se trataba de un mensaje redactado por uno de los corresponsales habituales del comando, que se contentaba con informar de los rumores. El 28 de diciembre, el mensaje de una informante de Oruro confirma la noticia. Pero subsisten las dudas. Habrá que esperar la llegada a Cavari, el 31 de diciembre, de un vecino de Irupana, hermano de un oficial de la guerrilla, para tener certeza del hecho. La victoria se anuncia por bando el 1 de enero, y el 2 llegan nuevas informaciones por correo desde Oruro y Cochabamba. Se habrán necesitado tres semanas para enterarse, a ciencia cierta, de que la guerra había terminado. El plazo no es excesivo si se consideran la distancia y los obstáculos que separan Ayacucho de Machaca en la estación de lluvias. Pero es sorprendente comprobar que el comando del ejército victorioso no pensó en enviar un estafeta a su aliado, el general Lanza, y que éste fue tratado de la misma manera que el conjunto de la población del Alto Perú, para la cual se destinó la proclama del 1 de enero. O el estado mayor de Bolívar estaba muy desorganizado, o se había olvidado incluso de la existencia de la División de los Aguerridos. Tales detalles muestran la distancia que existía entre las fuerzas irregulares autóctonas y los ejércitos de liberación, ya sea que estos viniesen del Río de la Plata o de la Gran Colombia. Hasta el último momento de la guerra, a pesar de su perseverancia, sus sacrificios y el valor de su acción, la guerrilla de los valles no podía contar sino con sus propias fuerzas.

23 Un documento anónimo da informaciones sobre la transmisión de la noticia de Ayacucho por correos realistas (ALP/EC, 1824, C169 E 18). La noticia llega al Cuzco el 16 de diciembre por la tarde. Un correo extraordinario sale del Cuzco el 17 por la tarde y llega a Puno el 19 donde el estafeta se queda dos días. Los rumores que llegaron a Machaca el 23 de diciembre se alimentaron, pues, a otra fuente.

24 JSV, p. 379.

Armamento

Si el primer grupo de rebeldes estaba formado por algunos hombres a caballo con uno que otro fusil, el fortalecimiento de la tropa motivó una pronta organización de las tropas de la guerrilla, según funciones y con un armamento diferente. La actividad de Lira permite constituir una fuerza principal dividida en varios cuerpos. Este núcleo estaba asistido por fuerzas periféricas, las *partidas ligeras* que eran bandas de jinetes con armamento y manera de actuar comparables a los del primer núcleo, que, con todo, permanecían bajo las órdenes de su jefe, un capitán celoso de sus distancias respecto al comando general. Ese conjunto se complementaba, además, en el apoyo de las comunidades que podían movilizar hasta más de 2.000 hombres con ocasión de un combate.

Tomemos el ejemplo de uno de ellos, que tuvo lugar el 7 de junio de 1820. Frente a los soldados del coronel Manuel Ramírez, el comandante Chinchilla alinea “400 hombres de indiada, 160 hombres armados y 60 hombres de caballería y 100 y tantos de caballería cívica”.²⁵ Estos efectivos son representativos de las fuerzas que podía reunir la guerrilla durante el comando de Chinchilla. Se componen de auxiliares indios, de una infantería armada de fusiles y de dos tipos de hombres a caballo. La caballería propiamente dicha está formada por profesionales de la guerra, guerrilleros permanentes, armados cada uno con un fusil y un sable, habituados a las maniobras riesgosas, a la acción de guerrilla *stricto sensu*. A este grupo pertenece Vargas, teniente de caballería desde 1816, y de ahí escoge el comandante lo que será la vanguardia: “De nosotros mandó Chinchilla 25 dragones de guerrilla en la abra de Charahuayto”. El segundo cuerpo de caballería, los *cívicos*, formado por milicias de vecinos, agrupa los lanceros a órdenes de uno de los capitanes indios, Fermín y Miguel Mamani, Mateo Quispe o Andrés Simón.

Había también fusileros a pie y, de manera clásica, el comandante que enfrentaba una batalla en regla y no una escaramuza, repartía sus fuerzas confiando la vanguardia a los hombres a caballo (los “dragones”),²⁶ cuya misión era la de realizar el primer asalto; los fusileros avanzaban después, mientras que una parte de la caballería se quedaba en reserva, pronta a intervenir al rescate del grupo que diera señales de debilidad. Cuando el terreno lo permitía, la infantería debía avanzar bajo la protección de la caballería. Los indios apostados en las alturas combatían lanzando galgas y manejando sus hondas. Después, cuando la batalla exigía una lucha cuerpo a cuerpo, lo cual era frecuente, los indios intervenían con palos y lanzas, al precio de una elevada mortalidad en sus filas.

Las armas de fuego representaban la principal riqueza de la guerrilla. En septiembre de 1819, cuando la tropa de los valles se encontraba en una situación

25 *Id.*, p. 283.

26 *Id.*, p. 159: “que intitulaban dragones”.

desesperada, Vargas, que era hombre de confianza del comandante y también un hacendado bien asentado en la región, recibió el encargo de disimular las armas de la tropa que debía dispersarse: 64 fusiles, 120 bayonetas, 780 pedernales, 400 pares de herraduras con sus clavos, 3.000 balas, 7 arrobas de pólvora y 23 caballos que el cronista dispersó entre sus propios animales en los pastizales.

Diversos episodios muestran la importancia asignada a estas armas: un soldado ha sido prisionero, pero ha podido ocultar su arma, que, así, no ha caído en manos del enemigo; otro pudo destruir su fusil antes de muerto; indios se hacen atravesar por la bayoneta para apoderarse de un fusil y parece equitativa la ecuación entre una vida humana y la captura de un arma de fuego. Inversamente, un hombre que considera cambiar de bando sabe que tendrá mayor valor y no será tratado como rebelde si se rinde con su fusil.

Sobre la naturaleza de estas armas, Vargas no ofrece ninguna precisión y sólo distingue fusiles y tercerolas, trabucos o carabinas, las cuales consistían en un fusil de cañón corto utilizado por los combatientes a caballo. Se trataba sin duda de las mismas armas de las que se servía el ejército del rey: es desde esta fuente de donde se proveían los guerrilleros, ya sea despojando a los vencidos en ocasión de un combate, ya sea haciendo comprar sus armas a soldados y armeros de las guarniciones del Alto Perú, más sensibles a la ganancia que devotos a la causa realista.²⁷

Las grandes batallas que libraron los ejércitos de Buenos Aires –y sus terribles derrotas– dejaron algunos centenares de armas en el Alto Perú. Muchas fueron tomadas por los ejércitos reales: después de la batalla de Viluma, José Mendi-zábal Imaz logra recuperar 700 fusiles.²⁸ Pero aprovechando la desbandada, los indios también se apoderan de armas que, luego, hacen desaparecer. En varias ocasiones, el comandante de la guerrilla debió prometerles fuertes recompensas para recuperar una parte de ellas.

El 21 [de agosto de 1816] mandó Lira publicar un bando en que entrieguen todos los sujetos que tengan toda clase de armas pertenecientes al Estado, que serán gratificados con seis pesos de las armas de fuego, y de las blancas con cuatro pesos (porque los derrotados en la acción de Sipesipe fueron dejando armas de toda clase). Entregaron por de pronto siete fusiles y dos sables y se les dio lo prometido. Viendo esto a porfía presentaron 37 fusiles con sus bayonetas y cartucheras, con 11 sables, y se les gratificó conforme se les ofreció.²⁹

Es así probable que fusiles de modelo español, aunque también inglés y americano, circularan en los valles. En estos casos, se trataba de las armas que habían sido tomadas por los argentinos en los combates que el Río de la Plata

27 JSV, pp. 196-197. Ciertas armas fueron adquiridas en Irupana, por el alcalde de Machaca, don Mariano Zárate, que poseía una tienda en la villa y compraba las armas en el cuartel, probablemente corrompiendo a los soldados de las tropas realistas (p. 82).

28 AGI, Charcas, 436.

29 JSV, p. 97.

libró en 1806 y 1807 contra la escuadra británica, así como de otras compradas por Buenos Aires a Estados Unidos en 1811.

Existía también otra fuente de armamento, revelada por la investigación efectuada respecto a la represión de que fue objeto la gran rebelión en 1781, fuente que dependía de la habilidad de los artesanos, la riqueza mineral de los Andes y la autonomía de la que gozaban las haciendas, que funcionaban como unidades de producción polimorfos. Durante la rebelión de Túpac Amaru y de Túpac Catari, las fuerzas indias no habían carecido de armas ni de municiones, que les eran proporcionadas por los talleres establecidos en las haciendas transformadas en arsenales, donde hasta se fundían las campanas de las iglesias para transformarlas en cañones.³⁰

La guerrilla, que recurría a las rutas, los terrenos y las prácticas de guerra indias, supo de la misma manera movilizar los recursos regionales para aprovisionar sus depósitos.

*Dejó cuando murió el comandante don Eusebo Lira 217 fusiles entre carabinas, 18 000 cartuchos, 180 caballos entre mulas, 56 sables batidos de fierro, una pieza de artillería montada todo corriente con sus 200 cartuchos (100 de bala rasa y 100 de metralla) en tarros, piedras (que eran hichizas nomás), una porción sin número, todo todo perteneciente a la Patria, aperado por el finado comandante Eusebio Lira con mil fatigas, con mil modos y trabajos a fuerza de sus arbitrios. [...] Pólvora mandaba hacer muy buena aquí; salitre de Mojsu-uma en las pampas de Oruro mandaba comprar ocultamente con indios de confianza; azufre mandaba comprar de Carangas y Tarapacá. Fierro, lo mismo mandaba comprar de Oruro...*³¹

La pólvora de los guerrilleros era excelente porque el arte de fabricarla se había beneficiado de los esfuerzos del sabio Tadeus Haenke, a quien se apeló para ayudar a los porteños en 1806, que sufrían por la escasez de municiones cuando repelían la primera expedición inglesa. Las enseñanzas de Haenke, quien había proporcionado la receta de la mejor pólvora posible, sirvió pronto a los revolucionarios de Buenos Aires y a sus alumnos de los valles.³² Cuando Vargas escribe “pólvora mandaba hacer muy buena aquí”, no sospechaba que la guerrilla de los valles aprovechaba el saber de un célebre químico.

30 Archivos de la familia Braun-Arduz, copia de manuscritos del Bristish Museum, Egerton ms. 1812, f° 459-486, n° 448, Informe del visitador del Perú, José Antonio de Areche, Lima, 23 de junio de 1782.

31 JSV, p. 196.

32 T. Haenke escribe: “El mismo año de 1806, con motivo de la invasión de la capital de Buenos Aires por los ingleses, escaseando la pólvora se me comisionó por este gobierno a instruir los oficiales de su fábrica, en las reglas y principios de la purificación de los salitres y de la exacta proporción de los ingredientes para elaborarla de superior calidad, como se verificó”. Anales de la Biblioteca de Buenos Aires (Cochabamba, 13 marzo de 1810). Introducción a su *Descripción del Perú*.

Una obra reciente publicada en Buenos Aires sobre el regimiento de los Patricios, que participó en la primera expedición de los porteños al Alto Perú, aporta útiles precisiones sobre el modelo de las armas utilizadas en ese mismo momento por el ejército argentino, sobre sus municiones y sobre su empleo, su eficacia y las ordenanzas en vigor en la época de la independencia.³³ Téngase presente que cargar un arma tomaba en general un minuto en terreno difícil, y exigía, además, que el soldado lo hiciera de pie, lo cual no era muy prudente que digamos. A fin de disminuir la fuerza del retroceso, el soldado ponía más pólvora de lo necesario en la cazoleta y, desde los primeros intercambios de fuego, una espesa humareda cubría las líneas de los combatientes. Había, pues, poca regularidad y precisión en el tiro. Esta imprecisión permitía las locas audacias, sobre todo si la poca visibilidad complicaba aún más el acto de apuntar. Así, la tropa de Lira que trata de liberar a unos prisioneros, entre ellos el capellán Andrés Vargas, penetra al galope en la plaza en torno a la cual están dispuestas todas las fuerzas del enemigo: “Así que entró la caballería a la plaza rompen fuego de todas las tiendas, del cementerio, y de la torre, lo mismo del cuartel”.³⁴

La tropa de Lira, que así se lanza a las fauces del lobo, no pierde sin embargo más que un hombre. La imprecisión del tiro agravada por el humo que invadía la plaza la protegió.

El empleo de fusiles al comienzo del asalto suscitaba un efecto de confusión que le recordaba a Vargas la imagen de los fuegos artificiales, “parecía un castillo de tanto fuego que daban”.³⁵ El humo, más que las balas, servía para dispersar las filas y hacerles perder sus puntos de referencia. La cuenta de los muertos y heridos en el Diario confirma que los combatientes morían por causa de heridas mal curadas, de sablazos y bayonetazos—muy empleados—,³⁶ incluso de hondazos, más que por el impacto de las balas. En suma, el lugar donde éstas eran más eficaces era en el banquillo en el cual se amarraba a los condenados a muerte.

Sin embargo, el fusil era para el soldado el compañero más precioso, y ciertos episodios muestran que es a éste que recurren los hombres en peligro, incluso cuando no se trata de apuntar al adversario. Rodeados por los realistas en el flanco del monte Chicote, los guerrilleros escapan poniendo fuego a los rastrojos; el comandante Lira no utiliza directamente su pedernal, sino que se fía de los gestos habituales del fusilero al cargar su arma. “En el acto Lira agarra un fusil, le echa pólvora sola y un cartucho a la boca medio mojándolo, da el rastrillo, sale el fogueado, priéndese el cartucho, arde (como estaba humedecida la pólvora), priéndese el pajonal”.³⁷

33 Miguel Ángel de Marco et Isidoro Ruiz Moreno, *Patricios de Buenos Aires*, Buenos Aires, ed. Edivern, 2000, el cap. “Armas usadas por los Patricios”, del c^o Juan Alberto Gomila.

34 JSV, p. 70.

35 *Id.*, p. 149. *Id.* p. 155: “parecía un castillo de tanto fuego con que se portaban”.

36 *Id.*, p. 159.

37 *Id.*, p. 86.

En cuanto a la artillería de montaña, cuya precisión no sobrepasaba los 45 m en los valles, no parece haber tenido otro efecto que el de manifestar el poderío de la tropa y de inquietar a las cabalgaduras: no hay ninguna mención de pérdidas por causa de bala de cañón en el Diario. El tiro de cañón actuaba como una amenaza que obligaba a los oficiales a cambiar la disposición de sus tropas. En varias ocasiones, la pequeña artillería de la guerrilla (cañones “de a cuatro”, es decir, cargados con balas de cuatro libras) aparece encargada a los indios que, junto al asistente artillero, han llevado el cañón a las alturas. Vista de esta manera, la artillería sustituía a las galgas tradicionales, quizá con menos eficacia,³⁸ y los indios resultan ser los que combaten con las técnicas más arcaicas y que, a la vez, utilizan las más avanzadas.

Táctica

Las fuerzas de Túpac Catari fueron vencidas en los valles por la expedición de Reseguín porque su manera de combatir no podía en ningún caso detener el avance de soldados entrenados y experimentados. Si, una generación más tarde, la guerrilla llegó a resistir durante tantos años a todas las operaciones de limpieza de las que fue objeto, se puede concluir, entonces, que sus capitanes habían adquirido un saber táctico más eficaz que el de los capitanes indios en 1782. Ese parece haber sido, sobre todo, el caso del comandante Lira. Los capitanes subalternos sabían combatir como jefes de bandas: vigilar los movimientos del adversario, sorprenderlo en el momento propicio, retirarse una vez alcanzados los objetivos, o emprender la retirada a partir del momento en el que la resistencia resultaba demasiado fuerte y regresar a su refugio. Eusebio Lira se muestra capaz de un conocimiento táctico superior, pues sabe prever una acción que reúne a varias tropas y trazar de acuerdo a ellas su plan de batalla, improvisa y se adapta de modo conveniente al curso de la acción. En caso de derrota, se preocupa por sus hombres y conduce la retirada asumiendo todos los riesgos. Sin embargo, en caso de victoria, parece carecer de diligencia en perseguir al adversario para imponerle pérdidas más pesadas. Ni Chinchilla ni Lanza, a pesar de su grado y de su experiencia militar, no parecen tan dotados como él para la guerra. Pero no olvidemos que nuestra única fuente para apreciar el valor de Lira es la obra de uno de sus subordinados.

El combate

Los recursos tácticos utilizados por los guerrilleros eran numerosos. Se servían, desde luego, de la formación “de guerrilla”, es decir, de pequeños grupos de

38 *Id.*, p. 173.

hombres a caballo que se adelantan como exploradores y tratan de desorganizar las filas del adversario antes de la batalla. Las tropas reales hacían lo mismo, y, en esos encuentros, se asiste a una justa de caballería ligera. En un combate que sucedió el 29 de diciembre de 1816, Lira envía una guerrilla de 25 jinetes –de la que Vargas forma parte– frente a “100 hombres de caballería se viene así a nosotros solamente de guerrilla más traían a un cazador infante en las ancas del caballo”.³⁹ En efecto, los dragones llevaban con frecuencia en la grupa a un soldado de infantería con el fusil cargado, cuya acción aumentaba la confusión en las líneas enemigas.

Antes del comienzo del combate, los protagonistas trataban de tomar una posición dominante. Lo importante era ser el primero en tomar posesión del terreno, a fin de controlar las alturas. Una vez capturadas y confiadas a la “indiada”, el grueso de la tropa podía avanzar por la parte baja según el plan de batalla previsto por el comandante. He aquí un ejemplo –el de las disposiciones adoptadas por Lira en Inquisivi, el 25 de abril de 1817– que muestra la complejidad que podían alcanzar las acciones de la guerrilla:

*Al centro puso ocho armados de infantería con 100 indios al mando del capitán de cívicos o comandante don Pedro Bacopé; al costado izquierdo ocho hombres de infantería armados y 100 indios y 15 lanceros de caballería al mando del teniente don Manuel Patiño; al costado derecho al mando del subdelegado gobernador don José Manuel Arana con el sargento 1° don Clemente Antezana 10 infantes armados y 100 indios entre lanceros y hondeadores; y a la demás gente (que se componía de 38 hombres armados y cívicos como hondeadores que pasaban de 200 hombres) dejó a la retaguardia del centro como de reserva [...] con orden de no hacer movimiento alguno.*⁴⁰

El comandante, que no puede contar sino con 64 fusiles, emplea 26, repartidos en tres fuerzas, cada una protegida por una masa india que puede combatir a distancia (los honderos) así como en combate cuerpo a cuerpo (los lanceros). Saca así partido de la desproporción entre su potencia de fuego y sus refuerzos indios, entre su reducido número de hombres a caballo y el grueso de la infantería, teniendo la prudencia de contar con una reserva igual a las fuerzas comprometidas en la batalla, lo que le permite enfrentar la posibilidad de un encuentro prolongado.

Incluso en número reducido, los jinetes desempeñaban un papel determinante al empezar un combate. La brutal rapidez de la caballería impedía al adversario utilizar sus armas de fuego. El 30 de junio de 1816 “se echa Lira a la carga con ocho hombres de su caballería, corren los 15 hombres a reunirse con su tropa sin tener tiempo aun para cargar sus fusiles”.⁴¹

39 *Id.*, p. 113, igualmente p. 172.

40 *Id.*, p. 147.

41 *Id.*, p. 91.

En ocasiones menos favorables, el objetivo principal es forzar la barrera de los soldados que tratan de cortar la ruta hacia los refugios de la guerrilla. El 19 de septiembre de 1817, Lira, cuyas fuerzas han sido separadas de las de Chinchilla en la zona de Cochabamba, debe enfrentar solo a las fuerzas reunidas de todas las guarniciones de la región. Desde el principio, la caballería realista (80 dragones que llevan en la montura a un tirador) trata de cortarle el camino hacia Lallave y hacia el refugio de Morochata.⁴² Lira llega a romper el cerco con gran esfuerzo y lleva sus fuerzas al abrigo del cerrojo que cierra el valle de Morochata.

Cuando la suerte se muestra aún menos favorable y el paso agrupado de los guerrilleros en retirada no es posible, se da la orden de dispersarse. Entonces, cada cual debe velar por sí mismo y dirigirse al punto de reunión acordado antes de la batalla. Por lo general, ese lugar estaba situado en las alturas de un pueblo, parte del territorio de la guerrilla.

Por astucia y por sorpresa

Muy a menudo fue necesario practicar el esquivamiento, la sorpresa y la astucia. Las fiestas, el fuego, las intemperies, todo podía servir a los proyectos de una tropa poco numerosa pero rápida y audaz. Los archivos españoles confirman los *raids* que, en varias ocasiones, la guerrilla realizó en aldeas dominadas por las fuerzas reales. El 12 de septiembre de 1817, la hueste de Lira deja Morochata al caer la noche, atraviesa Lallave y desciende a Quillacollo. El comandante entra en una casa donde hay fiesta, toma una guitarra y confía la misión a un destacamento de seis hombres que disimulan sus armas bajo sus ponchos: haciéndose pasar por vecinos en francachela, los guerrilleros logran neutralizar a los centinelas que custodiaban el lugar.⁴³

Las épocas de fiesta parecen haber sido propicias para las emboscadas. Con la ayuda del alcohol y de la multitud, es un momento en el que se espera capturar al enemigo sin que éste sospeche. La fuerza de los valles estaba formada por hombres que no resistían al deseo de ir a bailar y beber en los pueblos.⁴⁴ Los realistas lo sabían bien, tanto que, desesperados por vencer al esquivo capitán de cuadrilla José Benito Bustamante, tratan de capturarlo en la fiesta de San Pedro.⁴⁵ En junio de 1816, aprovechando la fiesta del Corpus que es particularmente festejada –traduzcamos: regada más que de costumbre–, Eusebio Lira tiende una trampa a sus perseguidores: divide las fuerzas del adversario enviando un pequeño destacamento a caballo en dirección a Inquisivi; la tropa de los subdelegados España y Anglada lo sigue, mientras que el grueso de las tropas de Lira

42 *Id.*, p. 172.

43 *Id.*, pp. 169-170.

44 ANB, INP 1819, exp. 17.

45 El episodio se sitúa en junio de 1824, JSV p. 358.

se dirige hacia Machacamarca. Al día siguiente Lira penetra con cuatro hombres en Machaca y se entienda con el alcalde, el cual envía un mensaje a Oblitas, en Palca, indicándole que Lira está en el pueblo sin su gente, emborrachándose. Oblitas, quien no se toma el trabajo de desplazarse, escapa a la emboscada tendida por 80 guerrilleros que lo esperaban en el camino. Vargas concluye con flemma: “Como era víspera del Corpus Christi estaría tal vez la gente dispersa y quien sabe ebrios”.⁴⁶ Entonces todo el mundo se fue a la fiesta.

En este concurso de astucia es el subdelegado Anglada quien acaba por prevalecer. Dos días más tarde, el 14 de junio, toda la tropa de Lira es sorprendida mientras se bañaba en el río Piñani.⁴⁷ Mañana de fiesta...

El arte de la astucia consistía también en sacar partido de la masa y de la diversidad de las fuerzas enemigas, con la condición de que la suerte acompañe a la desesperada audacia de los guerrilleros. El 8 de enero de 1817, la guerrilla fue atenazada cerca del río por fuerzas realistas procedentes de las guarniciones de La Paz y de Sicasica, de Ayopaya y de Quillacollo. No pudiendo huir por las alturas, se decide a pasar por entre los diferentes cuerpos enemigos aprovechando el hecho de que estas fuerzas, reunidas hace poco, no se conocen entre sí. A los de Cochabamba, los hombres de Lira les dicen que son de La Paz, y a los de La Paz les dan la contraseña de Cochabamba. La astucia tiene éxito, en gran parte, porque la identificación de las tropas por su uniforme era imposible debido a la penuria que afligía a todas las fuerzas del Alto Perú: “los soldados de ambas tropas, así los del rey como de nosotros, habían sido tan traposos que no se podían distinguir”.⁴⁸

El comandante astuto sabía aprovechar los cambios estacionales. Cuando los combates no acababan en la estación de lluvias, era de buena guerra atacar a una tropa bien armada después de un chaparrón. Así se neutralizaba el efecto de la disposición al combate de las fuerzas regulares que se dividían en dos mitades: mientras que una dispara, la otra avanza contra el enemigo, en alternancia. Pero después del fuerte aguacero, los cartuchos estaban mojados, el efecto de fuego nutrido desaparecía y la guerrilla podía dar asalto con arma blanca, con honda y con garrote. Además, algunos fugitivos que se encontraban inmovilizados, con los pies en el lodo, eran entonces rematados a garrotazos y lanzazos.⁴⁹

La utilización del fuego forma parte también del arsenal de astucias y no sirve solamente para destruir y aterrorizar. Empleado por los dos campos, disimula una huida, crea una diversión, obliga al adversario a salir de su refugio. Acorralado una vez más, pues sus funciones de tambor hacen notar su presencia, Vargas ha encontrado refugio en un campo, disimulado “entre las pajas crecidas”, pero

46 *Id.*, p. 81.

47 *Ibid.*

48 JSV, p. 123.

49 *Id.*, p. 1.168.

teme que el enemigo le ponga fuego.⁵⁰ El 1 de enero de 1817, la tropa escapa a las fuerzas de Sánchez Lima disimulando su huida con el incendio de un montón de estiércol, cuya tenaz humareda simula los fuegos de un *vivac*.⁵¹ Estos atraen a los soldados del rey, en tanto que los guerrilleros se alejan.

Con ocasión de una expedición conjunta de los subdelegados España y Anglada, en junio de 1816, la tropa de Lira, en número muy inferior, avanza en el humo y cruza al adversario sin que este lo note.

[...] Seguimos de frente por entro del monte; quemamos la montaña para que no nos divisase con la humadera; caymos a la playa del río mas arriba por donde pasaron los eneimigos: ellos que llegaban al camp que desocupamos, nosotros lo mismo al sitio que ellos desampararon. [...] La burla se hizo perfectamente y nos retiramos al pueblo de Capiñata.⁵²

En el registro de las astucias de guerra, las noticias falsas ocupan un lugar especial. Lo que está en juego es múltiple, pues se trata tanto de desmorralizar al adversario como de hacerle bajar la guardia, privarlo de sus apoyos civiles o de aparentar un poderío que la guerrilla no tendrá jamás. Los realistas cortan la cabeza a dos guerrilleros y exhiben sus macabros trofeos pretendiendo que son las de Lira y de su segundo, don Pascual García, la guerrilla estaría decapitada. Como reacción, Lira trata de hacer creer a los aldeanos que sus fuerzas están en continuo aumento, mientras que en realidad se reducen a un puñado de hombres: pide a una tropa aliada que se le una ostensiblemente y le hace llegar ocultamente los fusiles que habrá de exhibir avanzando a plena luz del día. En circunstancias comparables, el comandante Chinchilla, a quien se ha dado por muerto pero que ha sobrevivido con tres compañeros caídos en un barranco de Arconpongo, del cual no llegan a salir sino al cabo de dos semanas, reaparece de pronto y hace correr el rumor de que ha ido a buscar refuerzos en la Selva y que vuelve a la cabeza de trescientos arqueros *cambas*.⁵³

Era fácil engañar al adversario sobre el número de los auxiliares indios de la guerrilla. La presencia de la "indiada" suscita siempre inquietud, ella llega sin hacerse oír de los lugares más improbables, no se deja ver, acampa en alturas inaccesibles a los soldados del rey, se le conoce una reputación cruel... En las vísperas de una batalla, el comandante de la guerrilla mantiene, pues, el rumor de una movilización de todas las fuerzas indígenas de la región. Con ocasión del segundo ataque de Irupana, el 28 de junio de 1821, el coronel Lanza hace creer a todos, incluidos sus propios hombres, que ha recibido durante la noche el socorro de 600 indios.⁵⁴ Habían venido diez veces menos, pero la noticia basta para avivar

50 *Id.*, p. 274.

51 *Id.*, p. 119.

52 *Id.*, p. 79.

53 *Id.*, p. 270.

54 *Id.*, p. 306.

la moral de los guerrilleros que llegan a la vista de Irupana agotados por la marcha y la lluvia, y esa noticia incita a la guarnición a rendirse sin gran resistencia.

Muerte y desolación

Vargas ha cumplido con su compromiso frente a su *Prudente lector*; esto es, informar sobre los momentos de valentía y de audacia, pero también no ocultar los actos de violencia y de horror cometidos por ambos campos. El Diario de Vargas no es una obra destinada a la edificación de la juventud y muchos de sus actores, así como también algunos de sus héroes, inscriben en su pasivo actos de crueldad gratuitos. La primera aparición de los guerrilleros en el Diario es la de siete jinetes que aparecen en un villorrio en paz, en busca de un hombre al que quieren ejecutar. Él no está allí y es su mujer la que muere en su lugar. Ella había acogido a José Santos y el índice que el cronista añadió a su obra en su última redacción recordaba que se trataba del primer asesinato al que había asistido, el de la mujer del alcalde de Oputañe. El Diario de Vargas comienza, pues, con la puesta en escena del horror perpetrado por aquellos a los que va a acompañar durante once años, el de los montoneros.

Montoneras

En su vejez, él reivindica haber pertenecido no a un cuerpo de ejército, sino a una montonera. Su formulación es ambigua: “Tengo el grande placer de haber trabajado un poco siquiera, mas que sea en tropa de montoneros, pero a favor de la independencia y libertad de América del gobierno español tan odiado entonces”.⁵⁵ Parece decir que no era muy glorioso pertenecer a una montonera, pero que la causa por la cual se batían estas tropas –que no eran como las otras– purificaba su accionar. Sea, pero dice luego: “Mucho más placer tengo el saber de que habían sido las montoneras de estos valles los primeros hombres de la nación boliviana que buscamos nuestra libertad”. Es decir, la causa de la independencia en el Alto Perú fue al principio la causa de tropas desacreditadas y el que deseaba luchar por la patria no tenía otra opción que hacerlo junto a esos hombres al margen de la ley. He ahí una afirmación que arroja una nueva luz sobre la guerra en Charcas.

¿Qué significaba la palabra *montonera* para sus contemporáneos? Designaba a una banda de forajidos procedentes de los campos, que hacían la guerra como salvajes y cuyo principal objetivo era liberarse de toda sujeción. Unos años antes que Vargas pusiera el punto final a su obra y redactase el aviso al lector que acabo de citar, Domingo Faustino Sarmiento definía como sigue a la tropa de monto-

55 *Id.*, p. 11.

neros, cuya invención atribuía al caudillo de la Banda Oriental, José Artigas, y su apogeo al dictador de Buenos Aires, Juan Manuel Rosas:

*La montonera, tal como apareció en los primeros días de la República bajo las órdenes de Artigas, presentó ya ese carácter de ferocidad brutal y ese espíritu terrorista que al inmortal bandido, al estanciero de Buenos Aires estaba reservado convertir en un sistema de legislación aplicado a la sociedad culta, y presentarlo, en nombre de la América avergonzada, a la contemplación de la Europa. Rosas no ha inventado nada; su talento ha consistido sólo en plagiar a sus antecesores y hacer de los instintos brutales de las masas ignorantes un sistema meditado y coordinado fríamente.*⁵⁶

En Chile había guerrilleros que libraban también una “guerra sucia” que suscitó indignación. En febrero de 1822, interrogado por el hecho de que había violado el derecho de gentes –sobre todo al hacer ejecutar a oficiales prisioneros con los que no quería estorbarse–, el jefe de la resistencia realista del sur, Vicente Benavides, responde: “Que la guerra que han hecho las partidas volantes ha sido sin cuartel”.⁵⁷

Benavides fue condenado a ser colgado y no fusilado, en cuanto “pirata, desertor y violador del derecho de guerra”. El procurador, que lo había acusado de hacer ejecutar oficiales a sablazos o de haberlos entregado a “la bárbara ferocidad de los indios”, calificó su combate como “guerra de bandidaje”.

Es probable que Vargas no supiese nada de la guerra a muerte a la que se habían entregado los chilenos, así como, seguramente, no había leído la obra de Sarmiento, pero la condena pronunciada por este era común y es con una gota de provocación que el cronista retoma por su cuenta el término de “montonera”. Aceptaba la carga de desafío social y de crueldad que implicaba. Distinguía, sin embargo, la violencia necesaria en el combate de los actos que calificaba de bárbaros. Cuando Rudecindo Vargas, ordenanza del comandante Lira, es hallado en el campo de batalla atravesado por cuarenta y dos bayonetazos, él no considera su muerte más horrible que la de otros desaparecidos. El furor forma parte de la guerra (ver el cap. 11). Pero no sucede lo mismo con la muerte de los civiles y de los animales o con las destrucciones sufridas por las aldeas.

Barbarie

¿Qué es el horror para Vargas? Es, para comenzar, la muerte de las mujeres, todas madres de familia o embarazadas,⁵⁸ cuya inocencia y súplicas pone en escena

56 D. F. Sarmiento, *Civilización y barbarie*, chap. IV, [1845].

57 Archivo General de la Nación (AGN), Santiago de Chile, Ministerio de guerra, (interrogatorio del 15 de febrero de 1822).

58 JSV, p. 243.

cuando ellas son cruelmente asesinadas por brutos de origen indio, salidos de las filas de la guerrilla. Convertido en escritor, Vargas volvió cada vez que pudo a esta escena que marcó el ingreso de la violencia en su vida, la ejecución de la mujer del alcalde de Oputañe por el indio Zerda. Hay tres de estos episodios en el Diario y, en cada uno de ellos, la mujer muere en lugar de un hombre, y el ejecutor es un indio guerrillero. La muerte sin sentido de doña Melchora Vargas adquiere incluso una dimensión sádica. Después de haber disfrutado de la hospitalidad de esta mujer, esposa de un notable,⁵⁹ el verdugo del comandante, Pascual Cartagena, le anuncia que va a morir; la mujer le suplica que la perdone: “Nada le oíya Cartagena, tomando chicha decía a la señora: —Así entro de breve rato tomaré tu sangre”.⁶⁰

Y, así, como mató a mazazos a la mujer, sin mayor motivo, el asesino se apresta a ejecutar a su hijo adoptivo, al que lleva fuera del pueblo: “Vos has de andar ahora conmigo. Ya a la señora lo he mandado por delante, en breve te encontrarás con ella”.⁶¹

El horror toma así formas literarias. Vargas se esmera en cincelar las amenazas del asesino o las últimas palabras del condenado. Remito al lector a las del joven pastor de la puna fusilado sin razón por los realistas (cap. 3). De la misma manera, el sacrificio de niños y de ancianos aparece bajo las formas más abominables. El hijo de un monje, capellán de tropas realistas, es asesinado ante los ojos de su padre por los montoneros, con el cráneo destrozado contra el tronco de un árbol.⁶² Una venganza entre indios realistas y patriotas se efectúa a expensas de un muchacho cuyo cadáver es molido en un mortero antes de ser devorado.⁶³ Un viejo es matado por los soldados del rey, quienes cortan las manos al cadáver a manera de trofeo; sus vengadores, al matar más adelante al asesino, le cosen sus manos al cadáver de su víctima.⁶⁴

Suscitan igualmente repulsión en Vargas los muertos sin confesión ni sepultura. Profanación de los cuerpos, negligencia en lo que concierne a la salvación del alma, los valores cristianos del cronista no podían concordar con lo que era cotidiano en esta guerra interminable y cruel. Una escena de violación colectiva se inscribe en este registro de trasgresión de las leyes divinas: los oficiales realistas que han tendido una trampa a las mujeres de los prisioneros, al abusar de

59 Melchora Vargas era casada con un notable de Mohoza, don Melchor Durán, pariente del comandante Eusebio Lira del lado maternal. Aunque realista, era aliado de los comuneros de Mohosa y de Ichoca en contra de los mayordomos del marqués de Santiago, usurpadores de las tierras comunales (ANB, Expedientes coloniales, adiciones, 1806 n° 13).

60 JSV, p. 76.

61 *Id.*, p. 77.

62 *Id.*, p. 118.

6. *d.*, p. 253.

64 *Id.*, p. 255.

mujeres legítimas a las que luego han entregado a la soldadesca, han cometido algo peor que un crimen, un sacrilegio.⁶⁵

Uno se sorprenderá sin embargo al ver que el momento de mayor indignación de Vargas corresponde al relato de torturas aplicadas no a hombres, sino al ganado de los valles en el curso de la expedición que efectuó el ejército constitucionalista en marzo de 1824.

*En el camino por donde transitaban las tropas españolas veía el ganado botado del enemigo que el contar parece que pelagra la verdad. ¿Habría hombres y entrañas para que tenga el valor de ver y ejecutar en un animal como en una cría de vaca cortar la punta de la lengua y dejarlo así padecer sin que pueda ni aun bramar? ¿Habría corazón de sacar a unas vacas los ojos estado vivas y dejarlo así? Y el pobre animal en un puesto estaba lamiendo tierra que en el suelo hacía un abujero. ¿Habría entrañas de hombre que corte los dos nervios de las piernas, esto es desgarrarlos y aun cortar las cuatro patas del ganado y dejarlo así padecer? ¿Sacar del orificio del ombligo las tripas de los terneritos, vaquillas y aun de las ovejas y amarrarlos las tripas contra las pajas, piedras y chamizos, y con los brincos que daban ya con el dolor se sacaban ellos mismos estando vivos casi todas las tripas y morían padeciendo?*⁶⁶

Vargas, campesino, y familiarizado con los animales, no entendía esta manera de hacer la guerra: los soldados habían perdido la razón, las violencias del enemigo no eran más que la realización de un delirio, la guerra no tenía ya sentido. Nuestro cronista se equivocaba: desgraciadamente, la guerra también tenía ese sentido. En marzo de 1824, el ejército constitucionalista que se batía en el Perú contra las fuerzas venidas del norte con Bolívar a la cabeza, y las procedentes de Chile con San Martín, quien debía contar también con las fuerzas de Olañeta en el Alto Perú, no podía tolerar el bolsón de resistencia que persistía en los valles y que tenía acceso a los caminos que llevaban a La Paz, Cochabamba y Oruro. Recurrió, pues, a los medios clásicos de la contra-guerrilla, que eran también los empleados en Occidente desde hacía siglos para imponerse en las guerras campesinas. Se trataba de aterrorizar y de agotar a los pueblos hasta que entregasen a los jefes de la rebelión. La captura del general Lanza era el objetivo por alcanzar. Después de algunas semanas de este régimen, Lanza comprendió —en efecto— que los villorrios no resistirían por mucho tiempo semejante presión y trató de salir de la ratonera por las rutas que conducían a las tierras bajas, donde fue tomado prisionero. El horror finalizó en los valles y se regresó a la violencia ordinaria, esa que La Serna definía cuando no era aun virrey, sino cuando, desde Tupiza, dirigía todas las fuerzas del Alto Perú.⁶⁷

65 *Id.*, p. 249.

66 *Id.*, pp. 355-356.

67 *Id.*, p. 355.

El oficio de VS n°83 y copia de las instrucciones y proclama que acompaña me dejan impuesto de la expedición que VS ha dirigido a el pueblo de Irupana al mando del capitán Chávez para exterminar al caudillo Lira y sus secuaces y sostener tranquilos los valles de Sicásica y puntos inmediatos. Conozco lo oportuna que ha sido dicha expedición y espero buenos resultados de ella, maxime si como no dudo, se executan las acertadas instrucciones de VS cuyo contenido me sirve de la mayor satisfacción al vez que en un todo es conforme a mis ideas de recta justicia y humanidad, y a la politica que esta especie de guerra exige se adapte en estos paises.⁶⁸

Exterminar a las guerrillas alternando la represión y las promesas a los pueblos con el fin de aislar a los rebeldes y pacificar la zona, tal era el programa que exigía “esta especie de guerra”. Los montoneros, que no podían sobrevivir sin el apoyo de los pueblos, a su vez, no dudaban en amenazar a su base si notaban señales de desfallecimiento. El comandante ordenó con frecuencia la ejecución de tráfugas y de espías, muertos las más de las veces sin confesión, “a garrotazos, a lanzazos y a pedradas”, a la vista de todos, para que sirviera de ejemplo.

La guerra de todos contra todos

La política implacable de los combatientes reducía a los aldeanos al *status* de rehenes. Se dibujaban nuevas relaciones entre civiles y guerreros, y se desvanecían las fronteras habituales entre los que hacían la guerra y los que no se involucraban en ella. Todos podían morir cualquier rato por cualquiera de las causas que se disputaban el país. Los lugares de ejecución se multiplicaron. El banquillo al que se ataba a los condenados fue instalado al principio en la plaza mayor, cerca del rollo, o contra los muros de edificios que daban a ella.⁶⁹ Después, apremiados por el tiempo y para evitar recargarse con prisioneros a los que habría que llevar hasta el pueblo,⁷⁰ los guerrilleros procedieron a ejecuciones en pleno campo, contra un árbol, sobre una piedra. Se hizo común la práctica de cortar la cabeza, igualmente los miembros por parte de los realistas: se trataba de descuartizar el cadáver del que había atentado contra la integridad del cuerpo político del reino, y la cabeza, que se transportaba fácilmente, a veces puesta en salmuera cuando había que exhibirla lejos, servía para confirmar una victoria. Pedazos de cadáveres marcaban las fronteras del territorio de los valles, colocados en el centro de los villorrios limítrofes y en la encrucijada de los caminos, coronando el montículo de piedras que dan forma a las *apachetas*.

68 AGI, Charcas, 436, exp. Intendencia de La Paz, Oficio de La Serna, Tupiza 16/07/1817. Cursiva de la autora.

69 En Mohosa se fusilaba “atrás del cementerio en las paredes de la iglesia” (JSV, p. 281).

70 *Id.*, p. 340.

A las exacciones de la guerra se sumaban las venganzas privadas. Clanes e individuos se servían de pretextos partidarios para matar a un enemigo, apoderarse de una tierra, de un rebaño. Vargas recuerda de paso estos episodios que forman también parte de la historia de los valles. Ya ni siquiera se trataba de la guerra civil que había deplorado en su época el virrey Joaquín de la Pezuela,⁷¹ ahora, era la guerra de todos contra todos, que fomentaba el temor al vecino y daba lugar a formas de violencia preventiva. Se mataba por temor de ser matado. Un buen ejemplo de esta perversión es el de la madre y de la hermana del comandante Lira, quienes, en varias oportunidades, han hecho asesinar a vecinos por simple sospecha. Por su parte, los capitanes hablaban de *diezmar* e incluso de *quintar* las formaciones a las que sospechaban el designio de traicionarlos; ello significaba enviar ante el pelotón a un hombre de diez o de cinco. Vargas ha prometido no adornar su relato y ha cumplido su palabra: al final de su crónica, después de quince años de guerra, la lucha de liberación ha tomado un feo giro.

Pérdidas desproporcionadas

Sin embargo, las víctimas no se hallan igualmente repartidas entre el partido del rey y el de la patria. Los teóricos de la guerra de guerrilla sostienen que todo el arte de ésta consiste en infligir fuertes pérdidas al adversario, sufriendolas por su parte lo menos posible. El principio que rige esa perspectiva es muy conocido:

En una gran inferioridad de medios, no se puede esperar sobrevivir sino rechazando el combate y empleando una táctica de acoso para mantener la existencia del conflicto. Esta lleva a la guerrilla, antigua como el mundo y no obstante olvidada y luego retomada por cada generación. Pero esta táctica ha sido objeto desde hace cuarenta años de codificaciones estratégicas muy importantes, que permiten conducir este tipo de operaciones según conceptos racionales que acrecientan notablemente su eficacia, y en consecuencia permiten reducir notablemente el desequilibrio de las fuerzas materiales.⁷²

Ciertas reflexiones del general Beaufre, que describen tanto la estrategia del cansancio así como la importancia de los factores psicológicos de la contra-información en la guerra de guerrillas, iluminan la estrategia de guerra seguida en los valles. Señala Baufre:

71 *Memoria de gobierno de Joaquín de la Pezuela, Virrey del Perú*, Escuela de estudios hispano-americanos, Sevilla, 1947, p. 734. “[...] Los [tiempos] presentes en que se está haciendo una guerra cruel: en que tiene la mayor parte la variedad de opiniones harlo difícil de atajar por más sagacidad que haya en los jefes que tienen la desgracia de haberles cabido la suerte de mandar en estos países de América, donde los padres e hijos están desavenidos por pensar diferentemente uno de otro”.

72 André Beaufre, *Introduction à la stratégie*, París, Economica, 1985, chap. IV. Ver igualmente T. H. Lawrence, *Revolt in the Desert*, Londres, 1927.

La segunda [noción capital], luminosamente explicada por Lawrence a propósito de Medina, tiene por principio extender en superficie la amenaza de la guerrilla al máximo, sin por ello incitar al enemigo a replegarse, de manera que se le plantee un problema de protección cada vez más difícil. La aplicación de esta última noción tiene por efecto empujar al adversario a emplear cada vez más fuerzas para conservar un número creciente de puntos, lo cual en gran medida puede modificar el equilibrio práctico de las fuerzas presentes. [...]

En el plano psicológico, la idea general es aún saber durar. Para ello, es indispensable que las fuerzas morales de los combatientes y de la población sean desarrolladas y mantenidas a un nivel elevado. Simétricamente, hay que empujar al adversario a ceder por cansancio. [...]

En este tipo de guerra, es sobre todo indispensable comprender que los únicos éxitos son de orden psicológico, esto es, que todas las acciones materiales no tienen interés sino por su valor para levantar la moral o el prestigio de los combatientes o de la población. Por otra parte, si no hay éxitos o son mínimos, el bluf, incluso la mentira total, podrán suplirlos.

Todas estas observaciones podían aplicarse a las montoneras de Sicasica y de Ayopaya. La exasperación cruel de los oficiales realistas provenía de su fatiga por reanudar sin cesar la pacificación de un territorio quizá no muy vasto, pero diverso y central para las comunicaciones interregionales del Alto Perú. Sin embargo, la guerrilla no alcanzó ese éxito sino al precio de desmesuradas pérdidas en hombres y bienes, algo de lo que no hablan los teóricos de la estrategia. Sin llegar a hablar de acción suicida, se debe subrayar que todas las victorias de las guerrillas andinas fueron conseguidas a un costo humano desproporcionado.

Un balance global de las pérdidas es imposible; ni las fuentes españolas ni el Diario permiten llevar la cuenta total de los muertos, de los heridos, de los prisioneros, como tampoco de las armas, de las municiones y de las cabalgaduras arrebatadas. Vargas, a menudo encargado del secretariado y de los archivos de la guerrilla, registraba las pérdidas y ganancias al final de cada combate, pero no todo el tiempo desempeñó esas funciones, y parece que se alejó del comando después de la muerte del comandante Lira. Por otra parte, cuando es posible un cotejo, los datos que proporciona jamás coinciden exactamente con los del adversario. Sin embargo, las dos fuentes indican la misma tendencia: las pérdidas de la guerrilla eran considerablemente más altas que las de los ejércitos reales, en una relación de más de uno a dos, mientras que sus efectivos eran muy inferiores.

Esta disparidad se explicaba en primer término por el hecho de que la guerrilla de los valles tuvo rara vez la iniciativa de las acciones. Con excepción de los pequeños grupos semiautónomos que libraban su propio combate, más cercano al bandolerismo que a la guerrilla, los guerrilleros se veían acorralados por las fuerzas alternas o conjuntas de las guarniciones de Sicasica, de La Paz, de Iru-pana, de Quillacollo, de Tapacarí y de Cochabamba... El enemigo llegaba tanto de los valles como del altiplano, o de los Yungas. En varias ocasiones, el grueso de las fuerzas de la guerrilla se encontró acorralado entre dos o tres columnas que avanzaban contra ellas desde lugares diferentes, cortándoles todo escape. En el curso de uno de estos encuentros “se hizo el cómputo de enemigos: 1.300

hombres contra 84 hijos de la Patria".⁷³ Si pequeños grupos llegaban a filtrarse, una tropa más numerosa no salía sino gracias a un sacrificio de muchos de su miembros. El objetivo de la guerrilla era agotar la paciencia de su adversario, renaciendo sin cesar: no lo logró sino viviendo sin tregua, perseguida sin cesar por guarniciones reales casi tan móviles como ella.

A este acoso se añadían las dificultades de coordinación entre los diferentes componentes de la guerrilla. Los capitanes se unían al comandante en jefe para una acción, pero se retiraban cuando consideraban haber cumplido con sus compromisos. Al pasar por las cercanías de su santuario, se retiraban a él sin preocuparse por el resto; Bolívar debió tener en cuenta esta manera de actuar cuando se alió con los llaneros de Venezuela. Y las querellas de los jefes no favorecían las cosas. El comandante aprovechaba del acoso que desestabilizaba a los hombres para confiscar sus tropas a los capitanes rivales. Estos se retiraban desarmados, en compañía de un puñado de los últimos leales; el grupo, debilitado, se hacía atrapar poco tiempo después. El comando había adquirido quizá mayor cohesión, pero la guerrilla había perdido hombres valientes y un buen capitán.

En fin, y sobre todo, la mortalidad de las fuerzas de la guerrilla era la de sus tropas indias y de los refuerzos venidos de la comunidades con ocasión de combates importantes. La manera misma de combatir de los indios era arriesgada; no podían tener ventaja sobre los soldados sino en una lucha cuerpo a cuerpo, cuando varios indios llegaban a aislar a un hombre armado. Pero para ello había que exponerse a los tiros de fusil, a las hojas de las bayonetas. Por otra parte, la confiscación de ciertos bienes, armas y cabalgaduras parecía justificar riesgos importantes. El 18 de febrero de 1820, ocho indios murieron por un botín de cuatro caballos ensillados.⁷⁴ Además, el comandante de la guerrilla no dudaba en apostarlos en situaciones desesperadas. El 6 de junio de 1815, Lira coloca a sus auxiliares al borde de un barranco y no les quedará otra cosa que hacerse matar *in situ*.⁷⁵

A título indicativo, veamos los datos que proporciona el Diario. De un total de 94 combates registrados por Vargas, y de los cuales da el número de muertos y heridos en cada uno de los campos enfrentados, se cuentan:

73 JSV, p. 121.

74 *Id.*, p. 275.

75 *Id.*, p. 50.

Figura 29
Pérdidas registradas por el Diario entre 1814 y 1824

	Soldados muertos	Indios muertos	Total de muertos	Total de heridos	Total de pérdidas
Patria	485	391	876	786	1.662
Rey	319	90	409	371	780
Total de pérdidas	804	481	1.285	1.157	2.442

Fuente: JSV, *passim*.

Este cuadro exige algunos comentarios y no pocas reservas.⁷⁶ Si bien no se puede dudar la posición privilegiada del cronista en el seno de la guerrilla, uno se pregunta sobre los medios con los que Vargas contaba para conocer las pérdidas del adversario. En varias ocasiones, precisa que tráfugas le han informado sobre el desenlace de ciertos combates, pero esos informantes no podían enterarlo de todo. Además, los soldados del rey se cuidaban de disimular la importancia de sus pérdidas: los informes de los oficiales pecan sistemáticamente de optimismo, y no es sino cuando perdieron la guerra que se desataron las lenguas y se descubrió la importancia de las pérdidas y de las deserciones en el ejército colonial.⁷⁷ En el campo mismo de batalla, Vargas señala la costumbre que tenían los realistas de enterrar discretamente a sus muertos. Pero, igualmente, en las filas de la patria se puede también sospechar un registro menor de los muertos, de los indios y de los combatientes víctimas de sus heridas, fatales al cabo de unos días. En todo el Diario sólo se menciona una vez la presencia de un médico en los valles y se trata del que prestaba servicios a las tropas realistas.⁷⁸ Los heridos graves estaban todos condenados.

A pesar de sus límites, el cuadro *supra* indica algunas tendencias que conviene notar: las pérdidas de la guerrilla eran bastante superiores a las de los realistas, siendo sus fuerzas mucho menores: 485 de sus soldados murieron en combate, en tanto que el total de sus fuerzas, antes de la acción general de 1823, apenas si sobrepasaba los 300 hombres en los períodos fastos. Ello significa que el hombre que se alistaba en la guerrilla no tenía otra opción posible o que, de partida, estaba resuelto a ofrendar su vida como sacrificio en el altar de la patria. Estas pérdidas muestran igualmente que era necesario buscar sin cesar nuevos reclutas

76 Hice este cómputo sin tener en cuenta los de Eduardo García Cárdenas (“Datos cuantitativos de la guerrilla de Ayopaya (1812-1825)”, en *Historia y Cultura*, La Paz, n° 25 (1999) 49-62), que parece dar a los datos del Diario un valor absoluto, mientras Vargas no pudo registrar con exactitud todos los combates ni todas sus consecuencias.

77 A pesar de su rigor, ninguna medida en contra de los desertores tuvo efecto. Por ej.: ALP/EC, C 156 E 33, La Paz 14.IV.1817, orden de quemar la casa de todo desertor.

78 A principio de febrero de 1825, José Miguel Lanza pide al tesoro departamental de La Paz dar un sueldo a los miembros del Batallón de los Aguerridos: se cuenta sólo con un cirujano por casi 500 hombres (ALP, CTP, 1825, libro 1, exp. 2).

y que la guerrilla no podía subsistir sino gracias a una renovación permanente. Ésta le será aportada por la acción misma de las fuerzas de pacificación que, al reducir a ruinas las aldeas, ofrecerán esta desesperada salida a los jóvenes. La guerrilla prometía la muerte, sin duda, pero aseguraba a sus hombres con qué subsistir hasta que su destino se cumpliera.

Finalmente, recordemos que las provincias de Sicasica y de Ayopaya tenían por entonces menos de 15.000 habitantes y que los pueblos de Sicasica y de Palca reunidos 8.669 habitantes. Con pérdidas que se elevaban a, por lo menos, 876 muertos, era, pues, una considerable proporción de sus jóvenes la devorada por la guerra.⁷⁹

Los efectos de una guerra de escaramuzas

La guerrilla se muestra, pues, bastante contradictoria. Comienza como una tropa auxiliar del ejército regular argentino, ejército cuyo papel y formas de combatir eran bien conocidos, codificados, sin sorpresa. Abandonada a su suerte por el Río de la Plata, que decide una estrategia orientada al dominio del sur de los Andes y de la costa del Pacífico, la guerrilla combina las capacidades de los montoneros –tropas de bandidos en los principales caminos– con los de las grandes guerras indias que habían sucedido en el Alto Perú en décadas previas. Es en este crisol que nace la guerrilla moderna, la cual, a través de una transformación que tratarán de esclarecer los próximos capítulos, se convierte en sinónimo de guerra popular, en la guerra de liberación por excelencia, esa que hacía escribir a Clausewitz, en su correspondencia con Fichte, en 1809, que “la más hermosa de todas las guerras [era] la que un pueblo libra en su propio territorio por su libertad y su independencia”.⁸⁰

Conociendo los orígenes de estas tropas, sabiendo que su alistamiento había sido impuesto al comienzo por la necesidad de ponerse al abrigo de la represión después de la partida de los argentinos, nos podemos interrogar sobre su eficacia. ¿Estamos frente a bandas de una resistencia excepcional, que llega a preservarse hasta la liberación final no actuando sino para preservar su seguridad en un espacio limitado, una especie de bolsillo que reunía a los que estaban fuera de la ley del virreinato, como podían ser los *quilombos* de los esclavos cimarrones? ¿O hay que darle crédito a Vargas, quien sostiene que ese puñado de hombres, desde sus comienzos, ya apuntaba a asestar golpes decisivos al adversario? Dicho de otro modo, ¿la guerrilla sólo se defendía, o bien hostilizaba sin cesar a sus adversarios, y lo hizo de manera eficaz?

79 Gunnar Mendoza [1951], p. 205.

80 Carl Schmitt, *Théorie du partisan*, París, Calmann-Lévy, 1972, p. 257.

En este ámbito, la calidad de su comando así como la coyuntura general en América andina han desempeñado un papel determinante. Las operaciones dirigidas por Eusebio Lira muestran a un jefe local emprendedor, al acecho de toda ocasión capaz de causar daño a los subdelegados cercanos a su área de acción. Toma la iniciativa de atacar a Mariano Mendizábal en Quillacollo, lleva a cabo la operación quizá contra la voluntad de su superior, José Buenaventura Zárate, quien es compadre de Mendizábal. Después de un difícil período de repliegue, de dudas y batidas que va de noviembre de 1815 a marzo de 1816, es él quien reinicia la lucha y vuelve a partir al asalto. La misma cosa sucede al año siguiente, cuando Lira se ve obligado a licenciar a todos sus hombres, en enero de 1817, y después los reúne de nuevo con más entusiasmo que nunca.

La cuestión de saber si la guerrilla de los valles ha ejercido una acción defensiva u ofensiva está sin duda mal planteada. La inteligencia de Lira le hizo actuar en el único sentido que permitía el mantenimiento de sus fuerzas, sin dejar de halagar su ambición. Una tropa aislada no tenía la menor posibilidad de sobrevivir por mucho tiempo. Entonces, Lira se impuso a la cabeza de todas las fuerzas a las que los oficiales del rey habrían, de otro modo, fácilmente vencido unas después de otras. Quizá alguna tropa de bandoleros habría podido resistir, pero, en ningún caso, retener dos provincias. Esta dinámica puso a la guerrilla hacia 1817 en un nivel de equilibrio que le permitía siempre renacer.

El comando de Chinchilla parece haber correspondido a un período en el que la guerrilla se encontró más asediada, más aislada, y no tan bien dirigida. A pesar de su incontestable valentía, Chinchilla no llegó a tomar la iniciativa y sus más importantes acciones se tradujeron en costosas pérdidas.

El retorno de Lanza marcará la inscripción de la guerrilla de los valles en una partida que, de ahí en adelante, se juega a escala subcontinental. En ese nuevo tablero pierde en autonomía –ya no se trata de satisfacer las ambiciones y las venganzas de los jefes de aldea–, pero gana apareciendo como uno de los componentes de los ejércitos de liberación.

A pesar de estas variaciones, entre 1813 y 1821 la guerrilla ha llegado, cualquiera que sean la coyuntura y el número de sus miembros, a mantener un absceso de fijación en una zona tal que obliga a las guarniciones de La Paz, Sicasica, Oruro y Cochabamba a intervenir sin cesar. Se debería poder calcular el costo de esta presencia para las arcas reales: fue sin duda elevado. A partir de 1821, los objetivos de la División de los Aguerridos debieron subordinarse a los de un plan conducido a escala de todo el Perú. Lanza, cuyas cualidades militares no estaban a la altura de su sentido político, determinó sus objetivos en función de una estrategia que sobrepasaba el horizonte de los valles. La división inopinada de las fuerzas realistas entre constitucionalistas y absolutistas colocó a la guerrilla en el punto de encuentro de esas dos fuerzas hostiles, y, entonces, tuvo que encargarse de una tarea suplementaria, inesperada y peligrosa, esto es, la de hostilizar a dos ejércitos realistas y no a uno solo. En el plano militar, era

una tarea imposible. Lanza recurrió a la astucia y a la negociación, algo que fue mal comprendido por los veteranos de sus fuerzas, que se habían comprometido a batirse, no a parlamentar.

Si la guerrilla de los valles llegó a mantenerse durante toda la duración de la guerra y a controlar permanentemente una parte de las dos provincias, tales éxitos no deben exagerar su importancia estratégica. Hasta su reunión con el ejército de liberación venido del Perú bajo las órdenes de Andrés de Santa Cruz, la tropa de Vargas libró sobre todo escaramuzas de las que salía, incluso victoriosa, con pérdidas casi siempre más fuertes que las del adversario y jamás estuvo en capacidad de garantizar un control duradero de las grandes vías de comunicación del Alto Perú.

La eficacia de la guerrilla provenía de la multitud de estas fuerzas locales, de su dispersión a través del espacio americano, de la debilidad de las tropas realistas, poco numerosas, sujetas a desertiones, mal equipadas, y cuyo comando se hallaba dividido por querellas personales y, cada vez más, por adhesiones partidistas opuestas.

Las guerrillas practicaban el ataque por sorpresa, aunque, a menudo, con torpeza. Pero el territorio de la guerra en los Andes era tan vasto que los realistas no llegaron jamás a consolidar durablemente sus posiciones. El brigadier Juan Ramírez, vencedor en Charcas en julio de 1814, se entera en agosto del levantamiento del Cuzco y debe partir a guerrear contra las fuerzas revolucionarias en La Paz, luego en Arequipa, antes de llegar al Cuzco. Las fuerzas de estos caudillos, cuyo fin se anuncia cada trimestre, no cesan de renacer. Los mejores capitanes del ejército real, y los más conocidos de los "Ayacuchos",⁸¹ han participado en las expediciones de los valles: Ricafort, Valdés, Canterac, Espartero, Maroto, Ameller, Seoane... Ninguno llegará a erradicar la resistencia de los *montoneros*. No habían aprendido ni sabiduría ni moderación. Pero Canterac saca partido del asedio contra la banda de Gandarillas para las operaciones de contra-guerrilla que dirige en el Perú. Y cuando regresaron a España para tomar una parte activa en la calamitosa vida política de su patria, estos hombres siguen conduciendo la guerra implacablemente. El bombardeo de Barcelona por parte de Espartero en 1842 lo testimonia.

En el Alto Perú, la eficacia de las tropas de guerrilla dependía de su número y de su dispersión a través del espacio. Si se plantea el problema de la coordinación de sus acciones, el balance es mitigado: los archivos muestran conexiones e intercambios de correo entre las tropas y sus caudillos, pero no se reconoce la presencia de una estructura regular de comunicación ni de comando entre las fuerzas patrióticas a escala de varias provincias. Vargas no dice nada al respecto

81 Apodo peyorativo dado a estos oficiales cuando volvieron a España. Muchos siguieron una linda carrera gracias a su compromiso político en las guerras civiles entre liberales y carlistas.

y sólo muestra que a Lira le fue muy difícil controlar a sus propios oficiales, otros tantos rivales. La coordinación quizá funcionó menos deficientemente con Lanza, pero las informaciones de Vargas al respecto son vagas.

Me inclinaría a concluir que las guerrillas eran incapaces de federarse por la sencilla razón de que eran expresión de su terruño, de su territorio inmediato, y no resultado de una voluntad de unión a una escala más vasta que la de la patria chica. Sin embargo, la proliferación misma de las patrias chicas en armas constituía un problema insuperable para las tropas del rey.

CAPÍTULO 8

Economía de la guerra

Dejad rápidamente las regiones donde no hay ni agua,
ni víveres ni forraje.

Sun Tzu, *El arte de la guerra*, art. VIII

La economía no era una preocupación mayor del cronista, lo cual, seguramente, no le impedía prestar debida atención a sus cosechas y rebaños. En su Diario no le interesan mucho las incidencias económicas de la guerra y no aborda el tema de los recursos de la guerrilla sino en contadas ocasiones. Sin embargo, las primeras misiones delegadas por Buenos Aires a estas tropas irregulares eran, una, la de privar al ejército real acantonado en las ciudades del altiplano de los granos procedentes de los valles y, otra, privarle también de la coca de los Yungas. Habrá, pues, que tratar de responder, con pocos materiales, a dos tipos de preguntas: ¿con qué medios fue conducida la guerrilla?, ¿cuáles eran las necesidades de los guerrilleros y cómo las satisfacían? En este campo, no se podrá ignorar la delicada cuestión del bandidaje y del consecuente botín. Más ampliamente, habrá que considerar también los cambios que ocasionó la guerra en la economía de los valles, conocer, en primer término, las detracciones ejecutadas por los dos campos enfrentados y, luego, examinar las consecuencias de la exacerbación del conflicto.

Las necesidades de la guerrilla no eran, por supuesto, las mismas si ésta se reducía a un puñado de hombres de diez a veinte rápidos jinetes que encontraban siempre con qué equiparse, alimentarse y donde alojarse o si evolucionaba hacia efectivos de hasta doscientos a trescientos hombres, cuyo comandante intentaba, además, convertirlos en soldados. En el primer caso, el impacto en los recursos de la región era prácticamente imperceptible; en el segundo, hubo que implementar un más complejo aparato administrativo para aprovechar los productos de toda la región.

¿Qué dice el Diario al respecto? Bastante poco. Los datos esenciales se encuentran en un balance que Vargas efectúa del estado general de la guerrilla

a la muerte de su héroe, Eusebio Lira. A pesar de su brevedad, estas dos páginas son fundamentales, pues, constituyen el único documento que se tiene, para esa época, en el cual un guerrillero describe las bases materiales de la existencia de estas tropas fuera de la ley. Esta preciosa información se detiene a fines de 1817. La guerrilla de los valles experimentó muchos cambios entre ese momento y el de la terminación de la guerra, en febrero de 1825. Sin embargo, después de la muerte de Lira, Vargas ya no explica cómo la guerrilla se las arregló para enfrentar el aumento de sus efectivos y de sus ambiciones. En la parte relativa al período 1818-1825, el Diario no aporta sino algunos datos dispersos, que tampoco completa las informaciones extraídas en las fuentes realistas. La exposición que sigue debe ser, pues, entendida como un simple diseño de la organización económica de la guerrilla en un momento en el que ella representaba ya una fuerza importante. Pero no es seguro que los recursos por entonces movilizados y la organización establecida por Lira hayan sido suficientes para el aprovisionamiento de las tropas de los valles cuando su número se multiplicó bajo el mando de Lanza. En el estado actual de las investigaciones, nada nos permite saber si Lanza se contentó con ejercer una presión aún más fuerte sobre los recursos de las dos provincias, con el riesgo de provocar el descontento entre los productores o, si algunas de las expediciones que emprendió tenían como objetivo principal satisfacer sus nuevas necesidades, recurriendo a otras fuentes que las disponibles en el territorio de los valles.

Gastos e ingresos de los guerrilleros

A la muerte de su primer comandante, en diciembre de 1817, la guerrilla había llegado a un nivel de organización capaz de ejercer una presión constante sobre los individuos más acaudalados, los curas y las principales fuentes de riqueza de la región: las comunidades indias y las haciendas.

Entradas ningunas tenía el Estado porque no pagaban tributos los indios ni se cobraban alcabalas. Los señores curas daban continuamente sus empréstitos y algunas veces sus donativos voluntarios; los empréstitos satisfacían religiosamente cuando había plata. Algunas haciendas de los que moraban en los dominios del rey y opuestos a la causa de la Patria soportaban los precisos gastos y necesarios de la tropa. Los hacendados y más la indiada de ambos partidos (hoy provincias) mantenían con víveres sin rehusar: el que menos tenía granos y ganados. Con gusto y porfía los pueblos o sus habitantes se hacían que les quepase el turno del mes de mantener, porque cada doctrina mantenía a cual mejor con todo lo que era más necesario, y ellos mismos servían con sus personas, con sus propias vidas e intereses.¹

1 JSV, p. 197.

La figura de un Eusebio Lira, en cuanto dirigente político, se confirma: el caudillo no se había contentado con actuar como un simple jefe de cuadrilla. Al mismo tiempo que se imponía a los demás capitanes, había sentado las bases de la organización de un nuevo orden en las dos provincias. Además de sus funciones militares, la guerrilla se había convertido en una estructura administrativa a la que dio el nombre de “Estado”, lo que Bartolomé Mitre traducirá de manera no muy feliz como “República” en el capítulo que consagra a los territorios controlados por las guerrillas en la *Historia de Belgrano*.² Ya que la zona era considerada como independiente, libre del gobierno español, la estructura fiscal colonial había desaparecido: ningún tributo pesaba ya sobre la población india, tampoco la alcabala que gravaba con el 6% las transacciones en todas las demás categorías socioétnicas.³ Vargas no lo precisa, pero, sin duda, se había suprimido también otros impuestos semejantes, aunque sólo fuese porque su recaudación implicaba una estructura administrativa que la guerrilla no estaba en condiciones de manejar apropiadamente: los diezmos y primicias, y los estancos sobre el tabaco y el alcohol. La guerrilla había cumplido, pues, con las promesas de los primeros levantamientos de los años 1810-1812, las que movilizaron a las comunidades indias asegurándoles que el nuevo régimen aboliría el tributo, los trabajos forzados, la alcabala y las “obenciones parroquiales”, esto es, la remuneración por los servicios de los sacerdotes.⁴ La nueva fiscalidad, que no servía más que a una cosa, hacer la guerra, era voluntaria y forzosa, pagada en especies y en productos.

Los curas figuraban en primer lugar. Eran, si no todos ricos, al menos acomodados. La guerrilla les exigía contribuciones regulares que podían ascender hasta 500 pesos al año para los más prósperos, como la que se quiso aplicar al cura de Haraca –un asiento minero–, el cual optó por darse a la fuga a La Paz. Vargas no indica cómo los clérigos se procuraban dinero en efectivo, ni cuántos eran.⁵ Los curas de la zona ocupada por la guerrilla ¿continuaron recibiendo sus ingresos, procedentes de los diezmos? Es probable, pero el nivel de estos ingresos había debido disminuir para dar paso a las exigencias de la guerra. Los sacerdotes ocupaban un lugar excepcional en los valles y el respeto que rodeaba a sus funciones permitía desplazarse libremente a Cochabamba, a Oruro o a La Paz, para percibir allí su dotación. Eso es lo que tal vez quiere expresar Vargas con los términos “cuando había plata”: los curas podían contar con fondos cuando

2 Bartolomé Mitre, *Historia de Belgrano y de la independencia argentina*, Buenos Aires, 2 vol., 1858-59.

3 JSV, p. 184. La guerrilla condena a muerte a dos antiguos recaudadores de alcabalas.

4 Ver sobre todo ALP/EC, C150 E 4.

5 A fines del siglo XVIII, el cura de Morochata recibía “de sínodo 443 pesos 4 reales, que se paga en estas reales cajas; y con las obenciones, llegará a 2.500 pesos, sobre poco más o menos”. F. de Viedma, *op. cit.*

habían podido obtener su dotación de la administración real; entonces daban una parte de ella a los guerrilleros.

Por otro lado, como muestra el ejemplo del hermano de José Santos Vargas, los sacerdotes de la zona obtenían más recursos de la explotación de la tierra que de sus prebendas. Se comportaban como hacendados, más favorecidos que los otros pues disponían de mano de obra gratuita, la de los indios afectados al servicio de la iglesia.⁶ El cura Andrés Vargas arrendaba tierras, las hacía cultivar por sus peones y en ellas producían granos; como, además, tenía ganado en sus pastizales, ponía en venta los excedentes. De esa manera vivía el clero de los valles, a los que una investigación de 1806 sobre censos y obras pías de la provincia coloca en la primera fila de los propietarios.⁷ El relato de las desdichas del cura de Cavari, que sucedió a Andrés Vargas, da una idea de la capacidad de ahorro de los sacerdotes de la zona. El 20 de septiembre de 1819, una expedición de seiscientos hombres venidos de Oruro a órdenes del coronel Seoane amenazando de muerte al cura Matías Calvimonte le obliga a revelar dónde se halla su tesoro. Él había escondido de 8.000 a 10.000 pesos en “una troja de trigo”. Los soldados se apoderan también de los ahorros de la beata que le servía como ama de llaves, 1.000 pesos. Por último, los soldados penetraron a la iglesia y la saquearon: robaron todos los objetos de culto, que eran de plata, además de la corona de oro de la Virgen de Guadalupe.⁸

Los hacendados, que contribuían con productos naturales a las necesidades de la guerrilla, estaban igualmente obligados a pagar el impuesto revolucionario en especies: “[...] El empréstito de los señores curas y algunos donativos voluntarios de todos los hacendados de los tres partidos costeaban los precisos gastos de toda la tropa y demás necesarios. Por todo sumaban 3980 pesos”.⁹

¿Se trataba de contribuciones suplementarias o, más bien, la guerrilla había reemplazado a los antiguos beneficiarios de la renta de la tierra? Me inclinaría por la segunda hipótesis, que explicaría mejor la docilidad de los hacendados. Es verosímil que la guerra había interrumpido el flujo habitual de las rentas catastrales (“censos,” en la época)¹⁰ y que las sumas hasta entonces pagadas por

6 Graves conflictos tuvieron lugar poco antes del comienzo de la guerra entre las autoridades civiles de Charcas y los curas a propósito de la mano de obra india que llegaban a captar a en su provecho. Cf. Enrique Tandeter, sobre el conflicto entre Vicente Cañete y los curas de Chayanta (“Población y economía en los Andes (siglo XVIII)”, en *Revista Andina*, 25, 1995, año 13, no 1, Cusco, Julio: 7-42. “Tierras, exacciones fiscales y mercado en las sociedades andinas de Arica, Tarapacá y Atacama, 1750-1790”, en *La participación indígena en los mercados surandinos*, compilado por O. Harris, B. Larson y E. Tandeter, 1987, La Paz, Ediciones CERES.

7 ANB, EC, 1806, exp. 85.

8 JSV, pp. 258-259.

9 *Id.*, p. 198.

10 En este contexto histórico, “censo” tiene un sentido muy preciso: es un sistema que permite obtener un préstamo, garantizado por las ganancias de una propiedad cuyos dueños tendrán que reembolsar el préstamo bajo forma de una renta perpetua al prestamista, las más de las veces un convento.

la mayoría de los propietarios y arrendatarios a los beneficiarios de las obras pías y de los “censos” –capellanes y conventos– fueron desviadas en provecho de los combatientes.

Los excedentes en productos de la tierra eran pagados por las comunidades que, por turno, proporcionaban víveres, leña, cabalgaduras y forraje a las tropas. Cada mes correspondía a una comunidad asegurar este aprovisionamiento; en el interior de la comunidad, las autoridades tradicionales repartían la carga entre las familias. Un indio acusado de traicionar protesta: él ha cumplido religiosamente con sus obligaciones con la tropa y obedecido a su cacique proporcionando todo lo que correspondía; no hay nada que reprocharle.

El aprovisionamiento de la guerrilla dependía en gran parte del control que ejercía sobre las comunidades. El capítulo precedente recordaba la participación de las comunidades en los combates; pero, además de sus hombres, las comunidades aportaban también con granos, ganado, leña, y prestaban sus bestias de carga para el transporte de los víveres y las armas. Nada en el Diario, ni en los archivos, permite saber cuánto pesaba esta prestación permanente de bienes y servicios en los recursos de los habitantes de los valles. Se puede solamente inducir, por la afirmación de Vargas (“Rancho sí, bien abundante para la tropa”),¹¹ que, aun comiendo hasta saciarse, la guerrilla pudo mantenerse durante tanto tiempo en esta zona, muy probablemente, porque sus exigencias gravaban sólo los excedentes y no los recursos vitales de las comunidades.

Se adivina igualmente que la supervivencia de la guerrilla estaba vinculada con la importancia del territorio que lograba ocupar. Al máximo de su extensión, la zona liberada podía extenderse a 85 leguas del noroeste de Chulumani al sureste de Arque, y a 40 leguas del norte de Arcopongo al sur de Caracollo, vasto territorio que ofrecía los recursos de varias zonas complementarias –tierras frías, templadas y cálidas–, además de los yacimientos mineros de las cordilleras y de sus estribaciones. Trescientos hombres encontraban allí todo lo que podían necesitar, y, por ello, la situación de la guerrilla de los valles aparece naturalmente más favorable que la de las cuadrillas que sobrevivían en las estepas al sur del altiplano, como Lízpe o Chayanta.

Al impuesto revolucionario y a los recursos de las comunidades, la guerrilla agregaba lo que obtenía de la confiscación de bienes de los realistas.

En el partido de Sicasisca todas las fincas que había allí del marques de Santiago, residente en la corte de Lima,¹² o sea, en la doctrina de Cavari la hacienda de Sibnas cuyo arriendo daba 300 pesos, la hacienda de Pocusco 160; en la doctrina de Mohosa la hacienda de Caquena en 120 pesos su arriendo, la hacienda de Chucoma en 100 pesos (porque tenía una parada

11 JSV, p. 197.

12 Se trata del quinto marqués de Santiago, don Juan Félix de Encalada y Ceballos, capitán de dragones en Lima. A propósito de la hacienda de Santiago, cf. ALP/EC, C 164 E 1.

*de molinos); en la doctrina de Ichoca la hacienda de Quiñuani en 100 pesos su arriendo, la hacienda de Chay en 50 pesos por ser parte de Quiñuani, la hacienda de Sacasaca en 100 pesos su arriendo, la hacienda de Rearea en 50 pesos: suma 980 pesos.*¹³

Se puede conceder el mayor crédito a esta información, ya que el cura Vargas fue uno de los arrendatarios de estos bienes confiscados al marqués de Santiago, que el mando de la guerrilla había declarado bienes nacionales.¹⁴ No he llevado mi investigación hasta el punto de conocer el valor que podían representar por entonces estas explotaciones, pero un expediente de los Archivos Nacionales de Bolivia da el detalle de una transacción sobre dos de ellas. En la misma época, el apoderado del marqués de Santiago arrendaba las haciendas de Sacasaca y de Rearea por 200 y 80 pesos, respectivamente, cuando la guerrilla no pedía sino 100 y 50 pesos. Esta tenía en cuenta el nivel de las fortunas en los valles y los riesgos que corrían los hacendados, mientras que, quizás, el apoderado del marqués exigía un precio injusto (ver *infra*). Comparadas con el nivel de los arrendamientos en la costa peruana, todas estas transacciones resultan modestas; aseguraban, sin embargo, ingresos regulares a las arcas de la patria.

Además, un propietario patriota, el doctor Marqués de la Plata, quien no podía acceder sin peligro a sus haciendas, demasiado cercanas a la guarnición real de Irupana, había dejado en manos de la guerrilla el usufructo de sus tierras y, como se trataba de cicales en los Yungas de Chulumani que producían la mejor coca del Virreinato, la donación resultaba harto generosa.

*En el partido de Chulumani (que no había más que la doctrina de Suri),¹⁵ de la hacienda de Cañamina (que era propia de un señor doctor Plata, muy patriota) sacaban 50 cestos de coca cada mita, que al año da tres mitas, es decir tres cosechas la coca únicamente: entonces al año 150 cestos¹⁶ (el precio esos años eran muy favorables porque cada cesto valía 15 pesos allí mismo, y Lira hacía sacar para afuera porque se espendieran en 20 pesos) sumaban 3000 pesos al año.*¹⁷

13 JSV, pp. 197-198.

14 A la muerte de su hermano, José Santos vino a instalarse en Chacarí, en la hacienda de Pocosco; hasta entonces administraba una hacienda igualmente alquilada por Andrés Vargas, situada en Capinota, a una legua abajo de Machaca, en la otra margen del Río Grande. Pasará en Chacarí el resto de su existencia, sucediéndole sus hijos en el usufructo de esta tierra (JSV, p. 22). El recuento de las obras pías y censos efectuado en 1801, en la provincia de Ayopaya, precisa que se trataba de una vasta explotación, provista de molinos, grabada con 2.400 pesos de censos con el fin de sufragar los gastos de la fiesta de la Inmaculada Concepción en Machaca (ANB, EC. 1806, exp. 85)

15 “No había más que Suri” significa “no había más pueblo patriota que Suri”. Los Yungas eran objeto de codicias, pero la guerrilla jamás pudo controlarlas duraderamente. Los cicales del doctor Plata no podían, entonces, ser cosechadas sino bajo una fuerte guardia.

16 Unidad de medida correspondiente a 25 libras.

17 JSV, p. 198.

Se descubre así, sin mayor sorpresa, que esta guerrilla ya sabía aprovechar de los recursos provenientes de la coca. Vargas proporciona algunas informaciones suplementarias sobre la manera en que se efectuaba la recolección de hojas. El segundo del comandante, el capitán don Pascual García, se encargaba de supervisar la cosecha con una guardia de 60 hombres armados con fusil (número importante a escala de las fuerzas de la guerrilla), mientras que 60 indios de la parroquia de Yaco, un pueblo de los valles, efectuaban la recolección. Esta tenía lugar en junio, en octubre y en febrero. En junio de 1817, había dado 90 cestos, de inmediato expedidos a Tapacarí.¹⁸ La guerrilla enviaba allí su producción para que, luego, fuese vendida en el mercado de Cochabamba donde obtenía una mayor ganancia. Con la guerra, los precios habían aumentado considerablemente: hacia 1800, el cesto de coca se vendía a 8 pesos en el mismo lugar y a 7 pesos en los Yungas; en 1817 costaba 20 y 15 pesos, respectivamente.¹⁹ Sin embargo, cuando hace el balance de los ingresos de la guerrilla, Vargas reduce la ganancia obtenida de la coca: si, en efecto, se efectuaban tres cosechas al año en la hacienda de Cañamina, son 270 cestos, y no 150, que la guerrilla podía vender cada año y, así, percibía 5.400 pesos en lugar de los 3.000 que señala Vargas. El cronista se ha equivocado o ha querido disimular las ganancias de la guerrilla.

Tratemos de trazar un cuadro de las rentas regulares de la guerrilla a la muerte de Lira.

Figura 30
Ingresos de la guerrilla a fines de 1817

Fuentes de ingreso	En productos	En pesos
Comunidades indígenas	Granos, ganado, cabalgaduras, tubérculos, leña, transporte, forraje	
Impuesto revolucionario pagado por curas y hacendados		3.980
Arriendo de las tierras del marqués de Santiago		980
Ingresos por la venta de la coca según Vargas		3.000
Ingresos por la coca (corregido)		5.400
TOTAL		Entre 7.960 y 10.360

A los ingresos regulares se añadía el botín de las expediciones. Las que se hicieron a Irupana estuvieron entre las más lucrativas: al mismo tiempo que se apoderaban de las riquezas de la ciudad, los vencedores echaban mano al producto de las aduanas. En junio de 1821, la guerrilla obtiene así 1.300 pesos.²⁰ En su

18 *Id.*, p. 165.

19 Francisco de Viedma, *Descripción...*, *op. cit.*

20 Toma de Irupana en junio de 1821: la tropa de Lanza recupera la caja de la aduana en la entrada de la ciudad, 700 pesos, p. 304. Al mismo tiempo una tropa de 22 jinetes de la guerrilla se apodera de la aduana de Chulumani, 600 pesos.

contabilidad, Vargas no habla de la posibilidad de acumular reservas monetarias. Otras tropas, por lo que se sabe, tomaron ese tipo de precauciones. Cuando se produce la derrota y aniquilamiento de las tropas de Padilla, el ingeniero militar Francisco Xavier Mendizábal estima que esa tropa contaba con una reserva de 60.000 pesos.²¹ Se constata una vez más que la guerrilla de los valles, a la que habría sido difícil atesorar la décima parte de esa suma, estaba muy alejada de la magnitud de las otras guerrillas, que fueron aniquiladas mientras ella, pese a todo, seguía su curso. Una de las razones de esta mediocridad reside en la modestia de los recursos de la zona que controlaba. Si estas dos provincias satisfacían lo esencial de sus necesidades, la riqueza del conjunto era más bien escasa. La investigación realizada por la administración real en 1806, en todas las haciendas de la zona, señala que algunas estaban abandonadas, con los molinos en ruinas, y que el monto de sus censos –que pueden considerarse otras tantas hipotecas– era muy inferior al de las provincias del valle de Cochabamba o de Chuquisaca.²²

¿En qué se empleaba el dinero obtenido en los saqueos? La guerrilla no gastaba nada en su alimentación, sus cabalgaduras ni sus provisiones de leña, todas proporcionadas por las comunidades. Sus ingresos en dinero efectivo los utilizaba en la compra de armas y municiones, en la de bayeta para los uniformes –cuando su comandante quiso transformar a estos ilegales en soldados de la División de los Aguerridos– y, finalmente, en la compra de papel para su secretario y cronista.²³ Antes de la militarización de la guerrilla, que se efectúa a partir de 1821, los hombres no portaban otra vestimenta que la que llevaban, comúnmente, los habitantes de los valles: “ropa como podía de tejidos del país”.²⁴ “Del país” hay que entender como “de los valles”, es decir, el producto de los telares de comunidad, no de textiles procedentes de la zona de Cochabamba ni de lanas de Castilla. Los hombres recibían “una parada de ropa, como ser camisa, pantalón y chaqueta”.²⁵

Remuneración de los soldados y de los oficiales

Según los combatientes mismos, la gran diferencia entre el hecho de ser guerrillero y el de ser soldado residía en la ausencia de sueldo. Los soldados de la patria se batían por una causa, los del rey lo hacían por dinero, a razón de cuatro reales por día para cada soldado.²⁶ Esta idea vuelve a menudo, en términos a veces acrimoniosos, bajo la pluma de Vargas:

21 Mendizábal, *op. cit.*, p. 133.

22 ANB, EC, 1806, exp. 85. Estos datos coinciden con los que se puede sacar del informe del intendente Francisco de Viedma, contemporáneo de la investigación.

23 JSV, p. 340. Lanza envía un emisario a La Paz para comprar “paños, galones, piedras de chispa y papel” por un monto de 800 pesos.

24 *Id.*, p. 197.

25 *Id.*, p. 97.

26 Es decir, 3 pesos y 4 reales por semana.

Mantuvo [Lira] la División sin sueldo alguno porque no había de dónde: algunos domingos una corta ración de dos reales a todos sin excepción de clase ni persona, y raras veces a dos pesos.²⁷ (...) No tenían sueldo alguno sino una corta razón [ración] o socorro de a dos reales, o cuatro los días del domingo, o un peso según se proporcionaba, sin excepción de clase, desde el comandante don Eusebio Lira hasta el último soldado: todo por ser adictos a la causa de la libertad.²⁸

La situación de los guerrilleros de los valles parece bastante más precaria que la de las tropas insurgentes de México: en el ejército de Morelos, un sargento percibía un peso por día, un brigadier podía ganar hasta cuatro pesos y los soldados entre uno y cuatro reales. Si no se pagaba el sueldo, había riesgo de desertión, como en el ejército del rey.²⁹

No siendo regular y no formando parte del estatus de guerrillero, la gratificación ocasional de uno a cuatro pesos, fue rápidamente utilizada por los comandantes como una iniciativa apropiada para ganarse la simpatía de la tropa. Bajo la República, esta práctica acabó por crear una casta de pretorianos que contribuyeron a la inestabilidad política del país. Cuando los oficiales amenazan con coaligarse contra él, Lira otorga dos pesos de gratificación a cada soldado.³⁰ Lanza procede de la misma manera después de haber hecho fusilar a su predecesor, Chinchilla. Esta recompensa la decidía el comandante, pudiendo los descontentos reprocharle su falta de liberalidad. Es lo que no deja de hacer Vargas acusando a Lanza de no haber dado ni un peso a sus hombres desde el comienzo de la gran ofensiva de agosto de 1823.³¹

Un peso es lo que costaba una botella de aguardiente, también el precio de un carnero; una suma módica, en fin, que representaba, sin embargo, la posibilidad de un gasto extra, en un universo en que el dinero circulaba poco y que, en cierta forma, no se necesitaba para asegurar la subsistencia. La recompensa representaba una especie de lujo para estos hombres rústicos y, por ello, era algo muy importante.

La guerrilla autorizaba otra fuente de ingresos, la del pillaje. El estatus de *corso terrestre*, que la revolución española había dado a estas tropas desde su aparición, había legitimado esa práctica. Desde los siglos XVI y XVII, el *corso marítimo* había establecido las reglas de captura y de repartición del botín, reglas que se extendieron a las partidas y cuadrillas. La captura de botín por las fuerzas de los valles se inscribía en este marco. Obedecía, además, a prácticas comunes en los Andes. Durante la gran rebelión, la propensión al pillaje de ciertas tropas

27 JSV, pp. 196-197.

28 *Id.*, p. 179. Igualmente p. 278.

29 Moisés Guzmán Pérez, "L'Occident du Mexique et l'indépendance. Sociabilité, révolution et nation, 1790-1821", tesis defendida en la Universidad de París I, junio de 2004, p. 339.

30 JSV, p. 97.

31 *Id.*, p. 343.

de voluntarios, sobre todo las que habían sido reclutadas en el valle de Cochabamba, había complicado la tarea del presidente de la Audiencia. En 1811, el capitán Francisco Rivero tuvo que ordenar que sus tropas abandonen el altiplano porque lo asolaban en lugar de ayudarlo. Y Vargas, cuya aventura empieza en compañía de asaltantes cochabambinos expulsados de Oruro, podía atestiguar su falta de escrúpulos.

La práctica de capturar un botín por la guerrilla se inscribía en un doble registro. Por un lado, en determinadas circunstancias, las leyes de la guerra permitían el saqueo al adversario. Por otro, el reducido mundo de las patrias chicas al cual pertenecían estos hombres, donde la escasez de bienes no permitía concebir el enriquecimiento sino a expensas del vecino, los empujaba a encontrar natural el pillaje, ejecutado, sobre todo, en pueblos que no eran los suyos. Fue un asunto de botín el que causó la enemistad de Lira con Lanza, tanto que le incita a aproximarse a los oficiales realistas. En junio de 1815, Lanza moviliza a sus hombres prometiéndoles el saqueo de Irupana; tomada la ciudad, se niega a cumplir su compromiso. Lira se indigna por este incumplimiento a la palabra dada. El botín prometido era una deuda.

En las pocas veces que Vargas describe la toma de botín por la guerrilla, si los hombres son sancionados es porque no han respetado la regla de entregar todo el producto del saqueo al capitán quien, luego, procede a su reparto. Pero el margen de maniobra de este último era muy estrecho y, así, cuando Lira confisca a una compañía el producto de sus bandidajes recientes, suscita la desertión de 32 hombres.³² El comandante que deseaba mantenerse a la cabeza de una guerrilla, sin arriesgar una conjura de sus subordinados en contra suya, debía dominar el arte de conocer hasta dónde debía respetarse la disciplina y no obstinarse en ella cuando, en algunos casos, era mejor cerrar los ojos. Además, una *razzia* realizada, sin orden previa, contra un pueblo por un oficial subalterno ambicioso permitía a este asentar su prestigio ante sus hombres, por un lado, y, por otro, exhibir su independencia frente al comandante que protegía a los habitantes. Este tipo de provocación es índice de una crisis de sucesión, que, también, revela la toma de aldeas como rehenes como parte de los juegos políticos internos de la guerrilla.³³

Bandidaje y revolución

Entre los expedientes de “causas de infidencia”, las fuentes españolas han conservado las investigaciones llevadas a cabo contra capitanes tratados como bandidos

32 *Id.*, p. 178.

33 Situación agravada por el hecho de que el impuesto pagado por los indios, y recaudado en los pueblos, representaba la mayor fuente de dinero líquido y, además, la más regular.

o como rebeldes. Se sabe que para toda fuerza de represión es esencial demostrar que sus adversarios son salteadores y asesinos y no hombres que se batan por la noble causa de la libertad. Antes de retornar a la guerrilla de los valles e interrogarnos sobre las relaciones que sus actividades podían mantener con el bandidaje, estudiemos uno de estos expedientes que concierne a un caudillo cuyo nombre no ha perdurado en los anales.

Mariano Días, “acusado por caudillo de insurgentes y de haber cometido asesinatos y saqueos”,³⁴ fue capturado el 3 de febrero de 1813 por una partida realista a órdenes del comandante Antonio Marimonte, en el valle de San Carlos, provincia de Salta. Comparece en Salta, que por entonces estaba en manos del ejército real. Comienzan los interrogatorios. Mariano Días es porteño y pertenece al ejército de Belgrano. Su carrera de jefe de cuadrilla comienza en 1810 cuando Belgrano le confía ocho carabinas con la misión de reclutar hombres y de ganar la provincia de Atacama a fin de prevenir un desembarque de tropas en la costa del Pacífico. Prudente, permanece algunos meses más en la provincia de Salta, pero, ya establece comunicaciones con el cura de Atacama, don Pedro Crisólogo Inojosa, y logra a pasar armas a los subdelegados de Lípez y de Atacama.

El interrogatorio continúa, esta vez, en Oruro, donde es trasferido. Comparece el 22 de abril ante el auditor de guerra, conde de Vallehermoso. Una correspondencia revela que Días ha dejado Salta para dirigirse al altiplano, donde se ha asociado con uno de los primeros y más importantes comandantes de guerrillas indígenas, Baltasar Cárdenas, –junto al cual José Miguel Lanza ha hecho, igualmente, sus primeras armas– y cuyas fuerzas, que patrullaban entre Oruro y Sicasica, tenían prolongaciones en los valles. Días combate junto a Cárdenas y participa en la retirada de las tropas de Buenos Aires, después de la derrota de Guaqui. Sobreviene una querrela con Cárdenas –a menudo, los pactos entre caudillos acababan mal– y Días se marcha lejos, hacia el sur, para afincarse en el partido de La Rinconada y luego en Lípez.

La investigación prosigue. Se confronta a Días con el teniente coronel don Martín de Jáuregui, vecino del partido de Chichas, quien atestigua: Mariano Días “ha conmocionado y seducido los cuatro partidos de Atacama, Lipez, Puna y Chichas”. Días ha logrado, pues, cumplir con la misión que le fue encomendada por Belgrano. En los confines de la Audiencia, en las punas saladas y volcánicas que conducen a la costa del Pacífico, ha podido conformar una tropa, también ha logrado el apoyo de los indios en los cuatro partidos mencionados; ocupan y asolan, en fin, un vasto territorio. Mariano Días y sus hombres controlan los caminos del sur, atacan los convoyes, pillan y matan, de preferencia a realistas ricos, en los pueblos de Esmoraca, Tolapampa, Coroma, Condocondo, Challapata. Mantiene correspondencia con las comunidades indígenas de Lípez. Algunas

34 AGI, Legajo 3, año 1813, ramo 1, número 1, 20, N° 448, Juan Ramírez sobre causa del caudillo Mariano Días.

de estas misivas llegaron a manos del general Pío Tristán, quien reemplaza a Goyeneche a la cabeza de las tropas reales del Alto Perú; pero, en ese momento, ocupado en tareas más urgentes, Pío Tristán no considera necesario perseguir a un mero jefe de cuadrilla. El 22 de abril de 1813, Tristán da su testimonio por escrito: “Mucho he oído hablar de este individuo a quantos han transitado el despoblado desde Oruro a Salta, siempre se le ha tenido por un sanguinario, ladrón, y revolucionario por ejercer libremente aquellos vicios, pero no he formado sumaria por creerlo inútil hasta su aprehensión”.

El acusado tiene como abogado de oficio a Juan Nepomuceno Lira y Arismendi, vecino de Oruro. Se trata de un pariente de los Lira de Mohosa, que aparece en el Diario como uno de los que han intervenido, en vano, en favor de Dionisio Lira, en junio de 1813. No tiene éxito en la defensa de su cliente, quien es finalmente condenado a muerte. Días es transferido a Potosí y llevado a la costa peruana. Juan Ramírez, presidente de la Audiencia, confía el cuidado del prisionero –y el cumplimiento de su condena– a Joaquín de la Pezuela, quien estima que su ejecución en el Alto Perú expondría a los prisioneros realistas a posibles represalias y, por ello, lo transfiere a bordo de una nave en el puerto de Quilca.³⁵ Días es ejecutado en alta mar la mañana del 29 de julio y su cuerpo, arrojado al mar.

Para sus jueces, se trataba de un “caudillo asesino y sanguinario”. Sin embargo, si uno se atiene al relato de sus acciones armadas, es un jefe de tropas irregulares que ha cumplido con la misión que le había asignado el general Belgrano, de una manera que apenas si lo distingue de los capitanes de los valles. Además, se confirman tanto el origen común de todas estas tropas como los lazos que existen entre sus miembros. Baltasar Cárdenas y un miembro de la familia Lira intervienen, pues, en la vida de este capitán cuya zona de acción se hallaba, sin embargo, muy alejada de Sicasica y Ayopaya.

Plantear la cuestión de los lazos de la guerrilla con el bandidaje, en términos de saqueos sin rumbo fijo o de corrupción, es, por lo tanto, erróneo. Desde su creación, estas fuerzas han sido excluidas del campo del honor militar. Son tropas de guerra sucia, a las cuales ninguna estratagema, ninguna forma de violencia les han sido prohibidas. La misión que se les ha asignado es la de causar daño al adversario por todos los medios a su alcance. Son también hombres de un terruño, tentados a mezclar, a menudo, sus propias querellas con la guerra. Ataques de convoyes, pillaje a los aldeanos, venganzas privadas, realizadas con la máscara de la causa política, todo ello forma parte de la acción de la guerrilla de los valles. Lira llegará al extremo de ordenará ejecutar a dos vecinos que, sin embargo, lo habían protegido en tiempos difíciles, ¿por qué?, porque se negaron a ayudar a la guerrilla a apoderarse de un convoy de una compañía real, que transportaba armas y el producto de pillajes recientes.³⁶

35 *Id.*, Carta de Pezuela a Abascal, Arequipa, 21 de junio de 1813.

36 JSV, pp. 153-154.

Vargas aborda el tema del bandolerismo con cierta incomodidad:

De balde hablarían como han hablado varios sujetos, en que [los guerrilleros] robaban, en que eran unos ladrones, unos apacheteros, en vano. Habían, sí, que no les puedo negar; algunos indios que se metían a ser capitanes, comandantes y comisionados: éstos eran los que perjudicaban en los caminos y demás travesías, esto es en las fronteras o límites de los territorios de la dominación de la libertad e independencia; pero al mismo tiempo se les perseguía a éstos y castigaban a los que incurrían en estos delitos, aunque tampoco era de consideración los que se perjudicaba, a excepción de un cargamento de valor que quitaron las partidas de un comandante de Morochata don Pedro Álvarez, y un don José Miguel Chinchilla también comandante de partidas ligeras, a un tal Fierrofrío que éste había venido de Lima como enviado del señor general don José San Martín [...].³⁷

Para comprender el tenor de esta confesión hay que saber que Pedro Álvarez era uno de los primeros miembros de la guerrilla de los valles y considerado como uno de sus héroes más auténticos; en cuanto a José Miguel Chinchilla, fue su comandante en jefe, de marzo de 1818 a enero de 1821. Negando que pudiese haber confusión entre guerrilleros y bandidos, Vargas reconocía, sin embargo, que los más famosos soldados de la libertad actuaban a veces como bandoleros y ello incluso a expensas de la causa patriótica, de la cual el general San Martín era considerado el comandante supremo.

Los límites entre guerrilla y bandidaje no aparecen, pues, bien definidos. En primer lugar, porque el pillaje formaba parte de las prácticas de la guerra; el mismo guerrillero, que rendía homenaje a sus compañeros por el hecho de combatir sin sueldo, se indignaba porque se los privase de los beneficios de un saqueo.

Por otra parte, hubo muchos factores que, luego, desembocaron en la formación y fortuna de individuos y grupos de dudosa reputación: la propia estructura de las guerrillas –federación laxa de pequeñas bandas (algunas decenas de permanentes, rara vez más) que no obedecían más que a un líder–, su inserción en redes sociales complejas, su participación en ajustes de cuentas, a menudo, previos a la guerra, la duración del conflicto que arruinó a muchas personas acaudaladas y la existencia de una “frontera” móvil entre las dos partes en conflicto.

Las fuentes españolas citan con frecuencia a algunos de los actores del Diario: son jefes de hombres a caballo al acecho de convoyes y correos. Es el caso de Bustamante, quien fue por largo tiempo teniente de Chinchilla y comenzó a actuar en el valle de Cochabamba, pero que con frecuencia salía del territorio de los valles para recorrer la pampa de Oruro a la cabeza de su compañía de dragones, persiguiendo a correos y convoyes. Más de una vez interceptó en la pampa de Sicasica cargamentos de azogue que trasladaba a Inquisivi, zona minera.³⁸ Es por él que la guerrilla tuvo acceso al correo realista en que se mencionaba

37 *Id.*, p. 198.

38 *Id.*, p. 241.

el nombre de Bolívar, el 24 de marzo de 1819.³⁹ Unos meses más tarde, en su territorio de acción más rentable, entre Oruro y Sicasica, se apodera de un cargamento de fusiles destinado al ejército real acantonado en Tupiza, 158 armas con sus bayonetas, que lleva a Cavari.⁴⁰ Teniente dócil, Bustamante entrega su botín al comandante Chinchilla, quien confía los fusiles “a todos los patriotas de su mayor confianza”. La mayoría del botín, que correspondía al comandante, le permitía redistribuir una parte del mismo a sus leales, como gratificación. El bandolerismo servía, a veces, para fortalecer las estructuras de poder personal del caudillo.⁴¹

En 1824, cuando la captura de Lanza priva a la guerrilla de su jefe, Bustamante decide recuperar su libertad y trata de realizar una secesión con las fuerzas que controla. Vargas se encuentra entonces bajo las órdenes de este hombre al que describe como un ser rustico, harto irreflexivo. Llega a desembarazarse de él con ayuda de los *bilacatas* de Mohosa. Bustamante era un jefe de bandoleros audaces, no un capitán de guerra.

José Domingo Gandarillas, hijo de un notable de Cochabamba, tenía también la reputación de ser un bandido intrépido. Vargas cuenta una de sus hazañas: una mañana había roto una represa que dominaba Cochabamba y, luego, había aprovechado el pánico de los habitantes.⁴² En 1781, Andrés Túpac Amaru había utilizado la misma treta para apoderarse de la ciudad de Sorata.

El 26 de abril de 1818, un capitán indio de la guerrilla, Mateo Quispe, se apoderó del convoy de víveres que traían de Oruro unas vivanderas que iban a servir a las tropas del rey en Mohosa, compuesto por cinco mujeres y cuatro hombres, todos originarios de Oruro. Los indios matan a los hombres y conservan a las mujeres. No se sabe qué sucedió con ellas.

Detalle tras detalle, se dibuja el perfil de la guerrilla. Se confirma que la mayoría de los capitanes de las partidas ligeras practicaban el bandolerismo. Eran caudillos de origen indio, así como sus hombres. “Algunos indios que se metían a ser capitanes, comandantes y comisionados”, escribía Vargas. La pertenencia a la causa patriótica de los más emprendedores no se sostenía sino por un hilo. Pronto aparecieron tropas privadas que no obedecían ya al comando, sino que actuaban por su cuenta, dirigidas por hombres en su mayoría de Oruro, que habían comprendido que la situación de los valles tenía beneficios que ofrecerles. Uno de ellos, un cierto Monterrey, fundidor⁴³ de oficio, arrienda una hacienda

39 *Id.*, p. 242.

40 *Id.*, pp. 252-253.

41 *Id.*, p. 168. Lira se había beneficiado personalmente de la captura de 49 fusiles de cajas de municiones, de vestidos, de cabalgaduras con sus arneses y alforjas, más los bienes de un capellán, entre ellos un cáliz y casullas bordadas. Lira utilizó este pequeño tesoro de guerra para recompensar a sus fieles.

42 JSV, p. 288.

43 Actividad ligada a la mina.

en la región, forma el primer núcleo de su tropa con sus peones y emprende expediciones a las tierras de la guerrilla, a la cual le fue difícil neutralizarlo. “El caudillo Monterrey” lo llama Vargas, así como los oficiales realistas hablaban de los caudillos Lira, Chinchilla, Gandarillas o Bustamante.⁴⁴

Al instalarse el desorden de manera duradera, la guerrilla emprendió la tarea de desembarazarse de sus ovejas descarriadas. Una de ellas, el comandante de indios Fermín Mamani, fue privado de su comando del pueblo de Yaco para ser destinado al de Ichoca, sitio más expuesto donde, según el parecer del comandante de la guerrilla, las incursiones de los realistas frenarían sus actos de bandolerismo. No sucedió así e impuso todo tipo de sanciones a sus nuevos administrados, tal como había hecho con sus anteriores víctimas. Los aldeanos se quejan ante el comando, sin éxito, Chinchilla protege a Mamani pues, a pesar de sus fechorías, es un buen capitán y comanda una tropa numerosa. Se dirigen, entonces, al dirigente patriota del pueblo más cercano, Carlos Bolaños, que organiza una expedición para librarse de Mamani. Capturado, este negocia su libertad al precio de una parte del botín del que se ha apropiado despojando a un comerciante que se dirigía de Chuquisaca a La Paz. Es puesto en libertad, pero todas sus víctimas potenciales parecen decididas a acabar con él. Al día siguiente logra escapar a los vecinos de Caracollo, que se han juntado a las tropas realistas, pero es para caer en manos de los hombres de Bolaños, que lo matan a garrotazos. Bolaños procede entonces como lo hacen por costumbre los trásfugas y se pasa al rey exhibiendo la cabeza de Mamani ante el subdelegado España. Sin esperanza de poner fin a las exacciones de este bandido, que tenía el apoyo de Chinchilla, el comandante Bolaños concluyó que la única manera de librarse de él era hacerse justicia por sí mismo y luego pasarse al adversario para no tener que rendir cuentas. Bolaños ejecuta este plan en las mejores condiciones, con una parte del botín de Mamani en sus bolsillos.⁴⁵

El calendario de los pillajes

El paso de caravanas de mercancías por el camino real no era regular y el asalto de las partidas era por ello imprevisible. En cambio, el aumento de la presión de las fuerzas realistas y patriotas en los pueblos obedecía al calendario de las sociedades agrarias. Cuando se termina la cosecha, o en la época del rodeo, cuando se reúne el ganado para contarlos y marcarlos, el momento es propicio para el bandolerismo de los soldados. La captura del botín es fácil, se efectúa en los molinos, y la tropa de jinetes vuelve a partir apenas llegada llevándose consigo centenares de animales, y mulas cargadas con sacos de granos.

44 *Id.*, pp. 154-155.

45 *Id.*, p. 285.

Otro elemento puesto en juego en esta economía depredadora era el tributo. Desde hacía tres siglos, los Andes vivían al ritmo de su cobranza; la guerra de independencia siguió con ella. El tributo representaba el principal ingreso fiscal. En los últimos años del siglo XVIII, el intendente de Cochabamba, Francisco de Viedma, trazaba el cuadro de estos recursos recordando que se basaban en la población india:

Los indios componen una de las órdenes más útil, más necesaria, y más precisa del estado en estos dominios, en tal modo que sin ellos no hay república que pueda subsistir [...]. Los tributos que contribuyen es el ramo de mayor importancia que tiene la Real hacienda: comparece con lo que pagan los españoles y demás castas, y se vera la grande diferencia. En esta provincia de Cochabamba asciende en cada año a 88 226 pesos 2,5 reales y el ramo de alcabalas, pocos son los que pasan de treinta mil pesos, única satisfacción de los que no son de casta tributaria.⁴⁶

En el rico valle de Cochabamba, la fiscalidad india representaba, pues, cerca de dos tercios de los ingresos del fisco. En 1811, la existencia del tributo fue cuestionada por las Cortes de Cádiz, que decidieron abolir esta obligación discriminatoria, olvidando prever ingresos que lo sustituyeran.⁴⁷ El virrey Abascal fue encargado de dirigir la guerra en un territorio que se extendía al sur hasta el Alto Perú, al norte hasta Quito y Santa Fe de Bogotá, sin poder contar con uno de sus principales recursos. Vituperata:

La abolición del tributo me ha sumergido en un abismo de perplejidad; 1. 250 (mil) importaba este ramo; no bajan de 1500 (mil) pesos los gastos extraordinarios ocasionados por el ejército del Alto Perú y tropas que ha avido que aumentar en Guayaquil y Cuenca para contener a los Quiteños y Santafecinos; aunque de los tributos solo entravan en el erario 700 mil y poco mas, el resto se empleaba en el pago de sinodos, dotación de subdelegados para el tanto por ciento de cobranza, y subsistencia de hospitales de naturales que todos claman y acuden a mi para que se les satisfagan sus cuotas respectivas, alegando los curas hallarse incongruos; los subdelegados sin dotación, y los hospitales en terminos de echar a la calle los enfermos. ¿ Puede haber sucedido a gobierno alguno un compromiso semejante, de tener sobre si tantas, y tan precisas urgencias sin medio ni recurso para atender a ellas, al propio tiempo que la enervación del comercio ha hecho disminuir en más de la mitad los productos de las rentas reales?⁴⁸

Esta imprudente decisión de las Cortes estableció, desde los primeros momentos de la guerra, la práctica ordinaria de vivir a costa de los poblado-

46 *Ynstrucción que forma el gobernador yntendente de la provincia de Cochabamba Don Francisco de Viedma [...].* AGI, Charcas, 436, 20 de julio de 1798.

47 Decretos de 12 y 13 marzo de 1811.

48 AGI, archivo Abascal, Legajo 2, año de 1811, ramo 2, n° 276, 8, *Sobre desórdenes del Alto Perú.* Lima 13/03/1812.

res. Durante toda la duración del conflicto, en las ciudades, las autoridades exigieron contribuciones forzosas a los notables, que no sólo afectaron significativamente sus ingresos, sino, incluso, su capital.⁴⁹ En los campos, las tropas, que ni Abascal, ni Pezuela, ni La Serna, lograron equipar jamás adecuadamente, se abastecían a sí mismas, sea como sea.⁵⁰ A pesar de los representantes reunidos en Cádiz, cuyos decretos fueron abolidos en 1814 por Fernando VII, se siguió cobrando el tributo; las expediciones militares se hicieron más frecuentes y más duras en el momento de su cobranza en los días de San Juan y de San Miguel. Al respecto, la actitud de la guerrilla era oportunista. En el territorio que controlaba, el tributo había sido abolido, pero no hay un solo ejemplo de devolución a los indios de los tercios del tributo de los que ella se apoderaba a expensas de los cobradores, caciques, gobernadores o subdelegados realistas.

La situación de los caciques y de los alcaldes se hizo aún más incómoda. El Diario no es avaro en relatos que cuentan el asesinato de estos hombres que guardaban en su casa las sumas que debían entregar al subdelegado. Al final de la

49 Como ilustración, he aquí el cuadro de “donaciones voluntarias” de la intendencia de La Paz, recolectadas en marzo de 1817:

Partido de Yungas	Chulumani	2482,5	16120,5
	Yrupana	2057	
	Ocobaya	642	
	Chirca	1234	
	Chupe	618,4	
	Coripata	1443	
	Pacallo	4093	
	Laza	400	
	Yanacache	1879	
	Cooni	600	
	Palca	30	
Omasuyos	Achacachi	1001,2	1440,1
	Guarina	140	
	Santiago de Guata	198,7	
Larecaxa	Sorata	3131,7	3651,3
	Quiabaya	66,4	
	Tasacoma	63	
	Yani	266	
	Aranea	124	
TOTAL			21112,1

50 Preocupación constante de La Pezuela como de La Serna: cómo encontrar dinero, calzado, madera para los fusiles y las cureñas de los cañones, metal para las bayonetas, caballos de remonta... (AGI, Charcas, 436).

guerra, la única manera de cobrar el tributo era la de enviar tropas que asegurasen su entrega.⁵¹ Ninguna otra persona quería encargarse de ello.

Sólo algunos individuos particularmente astutos lograron sustraerse hábilmente a su obligación. Así, Vargas no puede sino denunciar las maniobras del falso cacique Hurtado: ese realista, que se había hecho nombrar cacique de Yaco y que abusó de su situación para cobrar contribuciones forzosas a los indios más ricos. Algunos poseían centenares o millares de animales, cuyos pastizales se extendían hasta la ribera izquierda del Río Grande.⁵² En poco tiempo, Hurtado amasó a sus expensas 2.000 pesos. Pero, Yaco era un pueblo fronterizo, a veces debía servir al Rey, otras, a la Patria, y, cuando Hurtado se entera de la próxima llegada a su feudo de otro pillo, Fermín Mamani, se apresura a obtener del subdelegado España el nombramiento de cacique de Luribay. Antes de asumir sus nuevas funciones, sube al altiplano, se detiene en La Paz, donde compra “efectos del país y un poco de efectos de ultramar” con el producto de sus extorsiones, y se va a abrir una tienda en Luribay.⁵³ He ahí como empieza una fortuna en tiempo de disturbios.

Destrucciones

Como se ve, los valles han de pagar muy caro la guerra, pero es difícil distinguir entre los saqueos motivados por las necesidades insatisfechas de tropas carentes de intendencia y la política de tierra arrasada y de terror llevada a cabo por los oficiales de la contraguerrilla. La guerra ocurre en una zona que apenas acaba de recuperarse de las devastaciones de la gran rebelión. En Palca, la iglesia que había sido quemada en 1781, aún no había sido reconstruida. El pueblo de Mohosa, en el cual la expedición de Reseguín había destruido todos los edificios con excepción de la iglesia, fue de nuevo destruido parcialmente. Sin embargo, la pobreza de los materiales utilizados facilitaba la reconstrucción: adobe para los muros (sobre todo de tapial) y paja para el techo en las tierras de altura, caña y ramaje en las zonas subtropicales. Viedma calificaba las chocillas de Morochata y de Yani de “unos malos ranchos hechos de palizada, y techados de paja, sin método ni orden”.⁵⁴ Su restauración podía ser rápida si había suficientes hombres para llevarla a cabo. Lo más difícil era procurarse la madera para el armazón, ya que la guerra fue un período de gran penuria en lo que se refiere a este material.

Vargas insiste más en las devastaciones ejercidas por las tropas realistas que en las causadas por los guerrilleros, y, sin duda, con razón: muchos de ellos pertenecían a estas tierras, y, si bien lo hacían a veces por venganza o repres-

51 JSV, p. 360.

52 Testimonio de Pentland, *Informe...*, *op. cit.*

53 JSV, p. 244.

54 Francisco de Viedma, *Descripción...*, *op. cit.*

lias, la destrucción sistemática les era ajena. Las respuestas de la guerrilla sólo estaban dirigidas contra los propietarios conocidos por sus opiniones realistas, y, en su seno, se desaprobaba las exacciones indiscriminadas, cometidas contra todos, por algunos capitanes. En respuesta a los pillajes de Inquisivi, la guerrilla incendió el depósito que, imprudentemente, Navajas había hecho construir a la salida de Cavari.⁵⁵ Actúa de la misma manera con las propiedades del caudillo Monterrey.⁵⁶ El castigo podía ser colectivo y, en ese caso, toda una comunidad pagaba por el alistamiento de unos pocos en las filas del campo enemigo: “El 26 [de febrero de 1817] levantamos el campo de Lequepalca y Lira mandó quemar algunas estancias porque de este partido eran los derrotados de Jumayo, y mando azotar a los que se encontraron [...]”.⁵⁷

La correspondencia realista presenta varias expediciones punitivas de envergadura, cuyo eco aparece en el Diario, como las que tratan de atenazar a la guerrilla gracias a fuerzas venidas de los valles desde Cochabamba, del altiplano por Sicasica y Oruro, y de La Paz por los Yungas. Tres flancos que los guerrilleros no pueden enfrentar ni vencer. Todas estas expediciones, sobre todo las que coordinó Sánchez Lima a fines de 1818, se acompañaban de destrucciones y saqueos, que, en parte, estaban destinados a alimentar a la tropa de ocupación, pero cuyo objetivo principal era el de aterrorizar a los aldeanos para privar a la guerrilla de sus bases. A ello, se añadían represalias dirigidas contra las comunidades que habían apoyado activamente a la guerrilla. La captura de botín permitía, además, beneficios sustanciosos.⁵⁸

En enero de 1817, el comandante realista Casto Navajas, junto con tropas de indios *amedallados*, se instala en el pueblo de Capiñata: “Mandó desatar todas las casas para formar reductos con esos adobes, estando los dueños viviendo en ellas y viviéndoles en todo. Acabó con todo el ganado y bestias mandando a los Yungas a vender. En fin hizo destrozos en esta doctrina de Inquisivi la guarnición ésta”.⁵⁹ El 10 de octubre de 1821, la expedición dirigida por el coronel Mariano Ramírez se apodera de 600 vacas y de más de 6.000 ovejas en el territorio de Cavari.⁶⁰ El 11 de agosto de 1818, los realistas asolan Pocusco e incendian incluso la iglesia.⁶¹ En diciembre de 1818, Baldomero Espartero, quien acosa a Chinchilla en la zona de Arcopongo, confisca 1.800 carneros y más de 400 vacas a los indios, declarando que no se los devolverá si no encuentran a los fugitivos, muertos o vivos. Unos días más tarde, Espartero y sus tropas dejan la zona llevándose el ganado confiscado.

55 JSV, p. 135.

56 *Id.*, p. 155.

57 *Id.*, p. 136.

58 ALP/EC, C 162 E 18.

59 JSV, p. 133.

60 *Id.*, p. 311.

61 *Id.*, p. 239.

En medio de estos pillajes, parece haber sido frecuente el apoderarse de niños en edad de servir como empleados domésticos. Este tipo de tráfico no ha sido jamás descrito, pero, no se puede dejar de efectuar un paralelo entre, por un lado, la suerte de José Santos Vargas en noviembre de 1811, quien, contra su voluntad, no deja de pasar de una mano a otra con motivo de su fuga siguiendo la ruta de los ejércitos de Cochabamba, y, por otro, el rapto de niños, al que se refiere a propósito del pillaje de las haciendas. Los soldados en pos de botín se llevan consigo, cada vez que pueden, a un pequeño doméstico o a una joven sirvienta, a los que venderán en la ciudad a una familia que busca servidumbre.⁶²

Las destrucciones han sido particularmente crueles en tres momentos: al comienzo del proceso, cuando la represión inútilmente brutal de las fuerzas realistas crea una situación sin retorno. La posibilidad de un arreglo pacífico de los conflictos desaparece después de las ejecuciones de La Paz, en enero de 1810, las expediciones de Sánchez Lima a los valles, en 1811, el exterminio de tropas indias en Belén, el mismo año, y la masacre de las primeras guerrillas en Condeauqui, en 1812. Entre fines del año 1816 y fines de 1818, el intendente gobernador de La Paz, el coronel Juan Sánchez Lima, emprende una serie de expediciones punitivas destinadas a acabar con los rebeldes de los valles. En esas ocasiones, sus hombres se muestran más feroces que lo habitual, en la medida que su jefe, atrapado en una posición incómoda, les exige todo su celo. En efecto, la creciente discordia entre el virrey Joaquín de la Pezuela y el comandante en jefe de las fuerzas reales en el Alto Perú, José La Serna, impone a éste la necesidad de acabar con la resistencia del Alto Perú para poder regresar lo más pronto posible a Lima y, allí, defender su posición. Al mismo tiempo, Sánchez Lima, quien recibe las órdenes expresas de La Serna de acabar una vez por todas con los caudillos de los valles, debe defender su puesto de intendente contra el marqués de Torre Tagle, el cual intriga desde Lima para reemplazarlo.⁶³ No hay otra salida para él que la de aplastar la rebelión por todos los medios a su alcance. A fines de diciembre de 1816, seiscientos hombres a órdenes del intendente se unen a las fuerzas venidas de Sicasica y descienden a los valles “a fuego y sangre”. Sus atrocidades sólo fueron mitigadas por las circunstancias climáticas.⁶⁴

A partir de 1822, la desproporcionada violencia de las fuerzas reales llegó al colmo con la furia de los oficiales constitucionalistas. Estos hombres, tomados entre dos frentes, el de los ejércitos de San Martín y los de Bolívar al norte, el

62 *Id.*, p. 332.

63 AGI, Charcas, 436, Legajo 5, año 1818, ramo 1, n° 1015, *Juan Sánchez Lima pidiendo le recomiende para obtener el gobierno de la provincia de La Paz en propiedad*, La Paz, 16/02/1818.

64 JSV, p. 119. “También querían quemar las sementeras y casas, más no podían arder porque como era meses de aguaceros en estos lugares y estar verdes las sementeras era imposible que ardan como asimismo las casas, como eran todas de paja y estaba traspasadísimo del aguacero no hicieron más que desatar los techos que podían, meter a las sementeras la caballada, que murieron muchos caballos por lo muy verde que comieron”.

de las fuerzas de Olañeta al sur, quisieron terminar con la resistencia autóctona que los exasperaba. En junio de 1822, cuando Lanza rompió la tregua firmada con La Serna, las tropas reales devastaron los valles durante más de dos meses. En Pucusco:

(...) a las 10 del día 6 [de septiembre] empezaron a quemar toditas las casas, maizales, trigales (algunos trigales trillados, algunos parados y los más en eras): una choza en lo má escabroso del monte no escapó; nos arrasaron enteramente dejándonos sin tener casi que abocar, hasta los cerros y los pastos quemaron en tres días que mansionaron allí no dejó bosque que no entraron.⁶⁵

Cogido en la tormenta como sus compañeros, Vargas se refugió en las laderas del monte Chicote con toda su familia durante una semana, sin víveres y sin abrigo. Cuando volvió a su casa, no quedaba nada.

En marzo de 1824, las devastaciones cometidas por la expedición “apaciguadora de los valles” se tradujeron en una masacre sistemática del ganado, ya que los oficiales autorizaron todas las formas de crueldad.⁶⁶ Esta vez, el objetivo no era el botín sino el ejercer una presión tal sobre las aldeas que estas acabarían por entregar al comandante y a los principales jefes de la guerrilla. No es una de las menores paradojas del ejército constitucionalista que este grupo de oficiales, imbuidos de ideales liberales, haya permitido a sus hombres comportarse como el peor de los ejércitos coloniales.

Nueva distribución de las riquezas

La duración de la guerra dejó tiempo para que se instalaran nuevas prácticas económicas y si hubo familias y grupos sociales que quedaron en la ruina, hubo también individuos y familias astutos, y las más de las veces sin escrúpulos, que supieron sacar provecho de la situación. De este aspecto de las consecuencias económicas de la guerra de guerrilla tratará la parte final de este capítulo.

Las confiscaciones

La confiscación de los bienes formaba parte de las penas infligidas a los rebeldes y a los reos del Estado. En el siglo XVIII, los dirigentes de todas las revueltas habían perdido su fortuna al mismo tiempo que la vida. La guerra de independencia amplió la sanción más allá del círculo de los dirigentes. Ya no fue necesario un proceso ni un motivo relativamente importante. Desde 1811, y la primera ola

65 *Id.*, pp. 324-325.

66 *Id.*, pp. 355-356.

de emigración que siguió a la derrota de Guaqui, las autoridades del Alto Perú procedieron a la incautación de los bienes de todos los que habían preferido buscar refugio en Salta o en Buenos Aires. Pero, en este caso, como en otros, la documentación sigue siendo muy incierta. Causa asombro que Estados que han destacado, con toda razón, las exacciones que han sufrido por parte de las fuerzas reales, no se hayan preocupado más en preservar el recuerdo de aquellas. No existe, pues, un fondo sintético referente a las confiscaciones ni a los procesos que debieron enfrentar los patriotas durante el período 1810-1824. La exposición que sigue no puede fundarse sino en informes espigados en los fondos del ANB, que confirman y completan las denuncias de Vargas.

Este no dice nada de las confiscaciones sistemáticas a las que procedió la administración. El procedimiento era el siguiente: se hacía levantar el inventario de los bienes de un emigrado convicto de haber dejado Charcas para unirse al ejército argentino⁶⁷ y, luego, esos bienes eran vendidos en un remate público. Los expedientes que he podido encontrar versan sobre situaciones relativamente modestas. Incluso teniendo en cuenta la parte de desvalorización, habitual en este tipo de procedimientos, los inventarios no muestran sino el cuadro de pequeños notables de una provincia lejana: una casa pueblerina, muebles fabricados por los artesanos locales con materiales de la región, vestidos ordinarios con algunos encajes, dos o tres cuadros, libros de piedad, un poco de vajilla... Los remates más elevados no alcanzan los 700 pesos.⁶⁸ Se puede suponer que las sumas atesoradas habían seguido a su propietario en su huida. Se puede igualmente pensar que los que habían elegido emigrar no abandonaban sino bienes secundarios. Los demás, aquellos cuyos ingresos dependían de una situación local o de un capital que no podían vender (rebaños, minas, cocales), estaban condenados a permanecer en Charcas.

Especulaciones sobre el ganado

Más expeditiva, y en consecuencia más difundida, era la captura del ganado en las expediciones a las zonas rebeldes. Las tropas reales retornaban empujando delante de ellas a centenares, incluso millares, de animales. Destinadas, en principio, a alimentar a la tropa, esas capturas alimentaron pronto a todo un mercado, acarreando deplorables consecuencias en la economía de los valles. Son verdaderas *vazzias* las que describe el Diario. Citemos un solo ejemplo (hay más de diez análogos): en octubre de 1817, una tropa acantonada en Sicasica se apodera de 600 vacas en los alrededores de Pocusco y retorna al cuartel con todo el rebaño.⁶⁹

67 Ya que una copia del juicio por contumacia no figura jamás en los expedientes de confiscación, es imposible saber si se procedía a la confiscación de bienes de los condenados o, solamente, de los sospechosos.

68 ANB, INP 1819, exp. 17.

69 JSV, p. 254.

Otra columna de la misma procedencia va aún más lejos, y asciende al altiplano con más de 400 vacas y 3.000 carneros, a los que se añaden 5.000 animales de la parroquia de Cavari.⁷⁰ Las cifras muy elevadas que da Vargas deben ser tomadas en serio. Pocos años después del fin de la guerra, el anónimo autor del *Bosquejo de la riqueza de Bolivia* (1830) da precisiones referentes a la zona donde actuaba la guerrilla: los inmensos rebaños pertenecientes a los indígenas de la provincia de Sicasica, que pastaban en las alturas de Cochabamba, han sido aniquilados.⁷¹

Era, pues, una práctica ordinaria capturar todo el ganado que se encontraba en las zonas ocupadas por una tropa rebelde, la que, por otra parte, era propietaria de, por lo menos, una parte de dicho ganado.⁷² Algunos expedientes hablan de las tentativas que hicieron ciertos propietarios para hacerse devolver sus animales antes de que fueran vendidos en el mercado de Cochabamba o en el de Oruro.⁷³ Los jefes de estas expediciones, que acababan por librar su propia guerra para sacar provecho, enviaban también el ganado capturado a los Yungas. “Acabó con todo el ganado y bestias mandando a los Yungas a vender”, decía Vargas del oficial Navajas: vender animales en los Yungas producía más, pues esta zona no los tenía y el valor de la mayoría de los productos era allí más elevado que en otras partes.

En el altiplano, en Sicasica adonde era enviado la mayor parte del botín, el ganado vendido a vil precio constituía la rápida fortuna de los especuladores. En agosto de 1823, el comandante Lanza hizo detener a un cierto Nicolás Palma: “Este compraba de las tropas del rey muy barato todas las veces que metían a aquella plaza ganado vacuno y lanar saqueado, a dos y tres reales ovejas madres, y a tres y cuatro por ganado vacuno”. Unos treinta años antes, en la provincia de Pacajes cerca a Sicasica, un cordero costaba cuatro reales (o sea, medio peso), un ternero o un potrillo un peso.⁷⁴ Durante la guerra, los precios saltaron: en los valles el valor de un cordero se duplicó y Vargas podía vender una buena mula a 16 pesos.⁷⁵ Nicolás Palma se hacía entonces de un ganado a un costo irrisorio. Cuando fue detenido, propuso que se le dejara en libertad por el pago de 1.000 pesos de multa. Era un lenguaje que podía entender el coronel Lanza, que prefirió poner a flote las arcas de la guerrilla que impartir justicia. El especulador fue puesto en libertad, conservando sus rebaños mal adquiridos.⁷⁶

70 *Id.*, p. 256.

71 Anónimo, *Bosquejo del estado de la riqueza...*, *op. cit.* p. 29.

72 ACM, EC 293, 1817.

73 ACM, *Exp. Seguido por Manuel Mercado para que el subdelegado de Mizque D. Pedro de Asua le devuelva su ganado que pensando fuese de los revolucionarios le trajeron.*

74 ALP, Censo de Caquiaviri, 1780.

75 JSV, p. 294.

76 *Id.*, p. 342.

Las tierras ocupadas

Los archivos bolivianos y la crónica de Vargas revelan también tráficos inesperados con las propiedades agrícolas. Para el propietario de una hacienda situada en una zona ocupada por la guerrilla, el desafío consistía en encontrar a un inocentón que quisiera comprometerse a pagar un arriendo por ella. Es al menos lo que una primera lectura de los archivos puede hacer creer al historiador, el ser más ingenuo, el único quizá, en todos estos asuntos. Examinemos dos casos.

El primero se sitúa en el territorio de otra guerrilla, en la rica provincia de Mizque, granero de trigo de la región. En octubre de 1819, una viuda que, imprudentemente, ha oficiado como garante de su sobrino para que este arriende la hacienda de Pasorapa, viene a quejarse a la justicia. Desde que se firmó el contrato, en 1815, la hacienda ha caído en manos de “caudillos insurgentes, y estos la han manejado como aprovechándose de sus frutos y recaudando todos sus arrendamientos en dicho tiempo”.⁷⁷ En estos valles, el propietario percibe un arrendamiento, pero el inquilino, a su vez, subarrienda una parte de las tierras a otras familias. Explotar una hacienda de esta manera es, a la vez, percibir la renta y además recibir parte de los frutos de su explotación.⁷⁸ La guerra atizaba todo tipo de codicias. En las tierras productoras de cereales de los valles, donde se hacía sentir el alza de los precios de los granos, estos nuevos arrendatarios aumentaban brutalmente el peso de las rentas catastrales sobre los pequeños agricultores, indios en su mayoría. Los que se quejaron de esta alteración de la costumbre no obtuvieron resultados favorables.⁷⁹

En Mizque, los guerrilleros, que han sustituido al arrendatario, en fuga, cosechan los granos y reciben también los arriendos desde varios años, mientras que la propietaria, la rica viuda del Dr. Calvimonte, exige de la garante lo que se le debe por nueve años, duración del contrato. Esta última no logrará hacer reducir su deuda ya que la viuda Calvimonte hizo saber que el contrato había sido suscrito con pleno conocimiento de la situación, cuando la guerra estaba en su punto más alto y el ejército de Rondeau ocupaba el valle —por lo demás el arrendatario, que era patriota, siguió a éste a Buenos Aires, de donde no volverá sino cuando se firme la paz. Quizás él había especulado con la victoria de los porteños en el momento de suscribir el contrato. Durante ese tiempo, el arrendatario anterior, un tal Francisco Pereyra, que se inclinaba más bien hacia el otro bando y había buscado refugio entre las tropas reales en Oruro, regresaba

77 AMC, ECC n°297, 1819-1820, *Exp. seguido por Manuela Asurduy*.

78 La tesis de Brooke Larson (1978) describe bien estos modos de explotación.

79 AMC, expedientes coloniales, “D. Pedro Postigo con la mayor incristianidad [...], despues de duplicar y triplicar las obligaciones acostumbradas, nos ha quitado nuestros piaxales y duplicado tambien los arriendos acostumbrados, pues por sembradura de un viche de más nos exige tres pesos, y por la de fanega de trigo quatro pesos”.

a Mizque en el momento de las cosechas y al vencimiento de los arriendos, a la cabeza de la fuerza privada que había formado con esa intención, para disputarle a la guerrilla el producto de la hacienda. Luego, retornaba al altiplano con las alforjas llenas.

En el segundo caso, el de las haciendas del marqués de Santiago, José Santos Vargas reaparece a pesar suyo porque el asunto implica a vecinos de su ciudad natal y, además, se sitúa en el territorio de los valles, donde su hermano y, luego, él mismo explotan una de estas tierras.⁸⁰ En Oruro, el 1 de julio de 1816, don Francisco Esteban García, comerciante de la ciudad, apoderado del marqués de Santiago y administrador de sus haciendas en la provincia de Sicasica, da en alquiler las haciendas de Chilcani, Sacaca y Rearea a Manuel Villafán, Juan Montesinos y sus mujeres legítimas, Teresa Tintaya y Petrona Medrano. El contrato, suscrito por el período acostumbrado de nueve años, se eleva a 430 pesos al año por los tres fundos. Es casi el doble de lo que demanda la guerrilla, pero, sin embargo, no es mucho, tratándose de tierras productivas con molinos. Como en el caso precedente, los nuevos arrendatarios se beneficiarán con los productos de estas tierras así como de sus alquileres y el apoderado les confía para el efecto “las credenciales [...] para los ilacatas e indios de dichas fincas”. Pero los términos del contrato no permiten ninguna escapatoria, debiendo ser pagados los 430 pesos, “a vencimiento de cada año, sin excusa ni pretexto alguno, aun cuando no las trabajen ni saquen frutos de ellas sea por contingencia de los tiempos o por cualesquiera otras ocurrencias ordinarias o extraordinarias que sobrevengan, pues ningún incidente ha de perjudicar al señor marqués en la integra satisfacción del canon estipulado”.⁸¹ Los arrendatarios y sus esposas, renunciando a todas las protecciones que les ofrecen las leyes de Castilla,⁸² aceptan que el alquiler sea garantizado por una hipoteca sobre “los tambos que poseen en esta Villa [Oruro], en la calle comúnmente nombrada de Condecancha, don Manuel Villafán y su consorte doña Tomasa Tintaya”. Estas dos casas, que ofician de tambo, “situadas dos cuadras y media para abajo de la esquina de la plazuela del convento de San Francisco”, evocan el tambo de la tía-abuela de José Santos, a la que llamaba la Condo Goya, donde Vargas vivió a la edad de ocho a catorce años.⁸³

Detengámonos en este detalle, recordando el hecho de que Vargas, heredero de su tía-abuela, no disfrutó jamás de sus bienes, verosíblemente, porque su inescrupuloso tutor dispuso de ellos en su provecho. ¿Existe una relación entre el sobrenombre de la tía-abuela de Vargas, Condo Goya, y la calle Condecancha?

80 ANB, INP 1818, exp. 71.

81 *Id.*, cursiva de la autora.

82 Las de “la ley primera, título once, libro quinto de la recopilación de Castilla que trata de la lesión en los quatro años [...], y la ley veinte y dos del título octavo, partida quinta, que dice que perdiéndose los frutos por caso fortuite no está obligado el conductor pagar cosa alguna del arrendamiento...”.

83 JSV, p. 16.

cha donde se hallaba el tambo de los arrendatarios del marqués de Santiago? Es bastante probable. En una ciudad tan pequeña como Oruro, que tenía 4.600 habitantes al final de la guerra,⁸⁴ es difícil creer en una simple coincidencia. Más que la Goya (por Gregoria) de Condo –villorrio al sur de Oruro–, ¿no habrá que entender la Goya del tambo de Condecancha?

Como es su costumbre, José Santos introduce en su obra nombres y personas que tienen que ver con su propia vida, que tal vez han estado mezclados con las experiencias de su juventud, cuidándose de no decirlo explícitamente y contentándose con darles una dimensión literaria. Juan Montesinos, compadre del propietario del tambo y asociado suyo en la transacción suscrita con el marqués de Santiago, era uno de esos capitanes indios, jefe de una cuadrilla que operaba en los valles, trabajando por su cuenta a expensas de la guerrilla. El historiador, ya menos ingenuo, comprende que el comerciante de Oruro, Manuel Villazán, ha arriesgado una apuesta: tomar en alquiler tres haciendas de buen rendimiento a vil precio, sabiendo muy bien que están ocupadas por la guerrilla y explotadas por algunos de sus miembros o de sus aliados; pero tomando como socio a un hombre conocido por dirigir expediciones en la época de las cosechas y de vencimiento de los alquileres. Bajo la apariencia de un contrato de arrendamiento, Montesinos y Villafán se contentan con apropiarse de las riquezas producidas por los ocupantes de las tierras. Mientras que Villafán se lamenta sobre su suerte, en Oruro, y habla de transformar en caso de corte su proceso contra el apoderado del marqués al que acusa de haberlo embaucado, Montesinos aprovecha el terror sembrado por las tropas reales para recobrar su dinero a costa de los valles.

El Diario no dice nada de algo tan sórdido, pero informa sobre la captura del célebre capitán indio Andrés Simón, que transforma a Juan Montesinos en personaje satánico, jinete que vigila el arresto desde lo alto de una colina, mientras que Vargas se libra a una soberbia paráfrasis de la traición de Judas.

El 23 de enero había estado oculto el comandante don Andrés Simón en un río que llaman Villinchayani en la doctrina de Ichoca. Este estaba acompañado con un asistente que tenía llamado Manuel Mateo, indio del anexo de Sirarani en la misma doctrina. Este fue el que dio parte a los grupos de indios que andaban buscando a los patriotas. Este se encontró con un paisano de Oruro don Juan Montesinos (alias el Manu-miscusca, que quiere decir sin comer) que había acaudillado a una tropa de indios. El asistente se comprometió entregar a sus manos al comandante general de indios don Andrés Simón. Los lleva a sorprender. El que encabezaba, don Juan Montesinos, se puso en un caballo bayo en el alto. Cerca de 100 hombres van a agarrarlo. El ya dicho asistente Manuel Mateo iba por delante. Como todo lo sabía y veía se enderezó por la cueva. Le grita en que le llevaba de comer y buenas noticias de la Patria. El comandante don Andrés Simón, oyendo y conociendo la voz de su asistente, salió del bosque donde se hallaba, se encontró y dice:

84 Dato proporcionado por Pentland, *Informe...*, *op. cit.*

— Hijo y compañero, ¿ cómo te va ? Me has dado mucha pesadumbre. Yo pensé que te baygan pillado los enemigos o al menos que te hubiese sucedido algo. Por acá creo que andan mucho. Será preciso que nos retiremos a otros lugares.

Entonces le contestó el tal asistente:

— Ya nos iremos luego a lugares remotos, tanto que ya no veremos a nadie ni nadie a nosotros.

Hace la seña. Los otros, que lo iban mirando todo, se agolpan. Andrés Simón corre y dice al asistente:

— Ah hombre ingrato, ¿ cómo me entriegas a mis enemigos ? ¿ Así pagas el favor que te hice de librarte de recluta y tanto que te aprecié ? ¿ Esta es la comida que me habéis traído y la buena noticia de mi Patria ?

De una pedrada lo hacen caer al suelo, en donde se cargaron, lo amarraron y lo sacan para arriba, lo llevan hasta la estancia de Sacasaca donde lo matan. Entonces don Juan Montesinos del alto manda a que le cortasen la cabeza, y carga a Oruro. Después gana su medalla Montesinos como asimismo el asistente.⁸⁵

Vargas situaba el fin del comandante Simón en las tierras del marqués de Santiago, en Sacasaca, pero ningún testigo de la acción había podido contarle cómo fue la captura. Las fuentes españolas narran que Andrés Simón fue, en efecto, aprehendido a comienzos del año 1817, pero no estaba solo y no fue ejecutado de inmediato, sino llevado a Oruro para ser juzgado allí.⁸⁶ Vargas, una vez más, ha utilizado la crónica para ajustar sus cuentas con elegancia.

Una ruina tardía

Al final de la guerra, a medida que la tropa aumenta y las operaciones adquieren otra dimensión, los recursos económicos controlados por los guerrilleros serán determinantes. El arresto de Lanza, en abril de 1824, revela esta nueva dependencia. Como el comandante no había previsto ningún reemplazante interino en caso de ausencia, sus tenientes se disputan la sucesión. José Benito Bustamante, sin duda el oficial superior más antiguo y experimentado, una especie de héroe, conocido de los realistas, pierde pronto la partida contra Párraga, combatiente menos prestigioso pero que ha logrado controlar más aldeas. Tiene hombres, tiene dinero. Bustamante, cuyas fuerzas se limitan al núcleo original de la gue-

85 JSV, pp. 132-133.

86 AGI, Charcas, 436. Oficio del virrey, 26/03/1817. "El oficio de VS n° 255 me instruye de los novísimos felices sucesos que han tenido las diligencias de las partidas de paisanos de los pueblos de Inquisivi y Cavari contra el caudillo Ramírez y sus socios, por disposición de comandante don Casto Navajas lo que me causa la mayor satisfacción, como lo hara VS saber al comisionado y cacique que las mandaron. Sobre los que procedieron a la entrega en Oruro de la cabeza del caudillo Condori y de la persona del feroz Andres Simón, y su familia, he tenido parte separado del gobernador militar de aquella plaza".

rrilla, se ve obligado a negociar con Olañeta para satisfacer sus necesidades y considera pedir un préstamo de mil pesos a un aliado del general realista, el cacique de un pueblo del valle de Cochabamba. Vargas, dependiente a pesar suyo de Bustamante, se encuentra asimismo en la imposibilidad de actuar, “no tenía el principal que era el dinero”.⁸⁷ Ello significa que, en adelante, la influencia en la tropa se consigue gracias al dinero y no solamente gracias al prestigio y a las profesiones de fe revolucionarias. Habiendo perdido la guerra en el plano económico, Bustamante se verá obligado a retirarse sin gloria.

Sin embargo, en este momento de la historia de la guerra de guerrilla, no se puede considerar que los recursos provenientes de tráfico ilegal constituyan uno de los factores de la duración de la guerra ni el móvil de la acción de los guerreros, incluso si guerrillas posteriores –como las de Colombia y del Perú a fines del siglo XX– nos han acostumbrado a tomar en cuenta esta otra dimensión. En sus inicios, la tropa de los valles no se ha organizado para el lucro, sino, al contrario, muchos de sus miembros se han alistado después de haberlo perdido todo o, también, han sido despojados de sus bienes por causa de su alistamiento. Vargas decía la verdad cuando insistía en que los guerrilleros combatían por sus ideas.

Existían, sin embargo, fronteras frágiles entre la “recuperación revolucionaria” y el bandolerismo. La distinción que habitualmente se hace entre guerrilleros y bandidos, fundada sobre el compromiso político de los primeros y los móviles interesados de los segundos, no permite entender lo que representa una de las principales características de estas tropas: su territorialidad y su inserción en la problemática local.⁸⁸ Soldados de América y de la Libertad, o defensores del Rey y de Cristo, los guerrilleros pertenecen a pueblos y a linajes rivales de larga data, a los que la fractura de la guerra ofrece muchas ocasiones de revancha y de botín. En este marco, en zonas marcadas por todo tipo de fronteras geográficas, el bandolerismo existe mezclado con el combate político, endémico en las aldeas ubicadas en los límites de la zona liberada; se renueva reclutando tropas de indios y bandoleros en las fronteras sociales, y, hasta promoviendo capitanes que, igualmente, surgen desde los márgenes de la sociedad. Pero no es de estas tropas de donde proceden los mayores estragos.

Durante la gran rebelión, el ejército real adquirió la funesta costumbre de destruir las zonas rebeldes. Durante la guerra de la independencia, las destruc-

87 JSV, pp. 364-365.

88 Sobre este tema, un artículo consagrado a las tropas de Emiliano Zapata proporciona elementos de reflexión muy pertinentes (Samuel Brunck, “The Sad Situation of Civilians and Soldiers: The Banditry of Zapatismo in the Mexican Revolution”, en *American Historical Review*, abril de 1996, p. 349: “Más interesante es el bandolerismo que tuvo lugar en el contexto de los muchos conflictos entre las aldeas que ayudó a dar forma al movimiento. Aquí, el bandolerismo representó el propósito de alcanzar objetivos políticos y económicos locales, así como aldeas vecinas buscaron usar las guerrillas para ganar ventajas sobre las demás”).

ciones, que obedecían a una política de devastación y de terror, se hicieron aún más sistemáticas. Su objetivo era preservar las zonas que abastecían al ejército real, a las que no había que esquilmar demasiado, y no dejar nada que pudiera utilizarse en los territorios que servían de refugio a la guerrilla.

Los valles tuvieron que adaptarse a este nuevo estado de cosas. Las montañas —de efectivos poco numerosos— nunca carecieron de recursos y además el control de las dos provincias (Sicasica y Ayopaya) les permitió establecer nuevas formas de detección y de distribución. La inseguridad de los caminos y la desaparición de los antiguos, como el de las cabalgaduras provenientes del norte argentino, controlado por Güemes, ocasionaron modificaciones en el comercio regional y, sin duda, un repliegue del mismo, mientras que, por otro lado, el aumento de los precios de los productos o la inestabilidad de las explotaciones agrícolas, así como la comercialización del fruto de los pillajes por parte del ejército real, permitieron la aparición de una nueva categoría de aprovechadores de la guerra.

Cuando por fin retornó la paz, las aldeas de los valles mostraban, visibles, las huellas de las atrocidades que habían sufrido. Cuando de nuevo, en 1828, reaparecieron los disturbios, todos los aldeanos estaban ocupados en la reconstrucción de los edificios, en la restauración de las tierras, en la reconstitución de los rebaños. Sin que se disponga de datos sobre el tiempo necesario para esa recuperación, se puede suponer que, a pesar de las ruinas personales de las que algunas familias no se recuperaron jamás, el conjunto de los valles estaba en condiciones de recobrar su nivel de riqueza anterior en menos de una generación. Pero sin duda habían aparecido hombres nuevos y los antiguos notables, sobre todo indígenas, habían perdido definitivamente su posición dominante.

Hoy en día, los valles parecen existir fuera del tiempo. No siempre es posible encontrar electricidad y ni siquiera las ondas radiales penetran por doquier. En la margen izquierda del Río Grande no existe transporte regular y en la margen derecha el acceso a Palca (rebautizada Independencia), desde Cochabamba, es largo y difícil. No hay hospitales, ni médicos, ni un cura que resida en cada aldea. Pero no es la guerra de la independencia la que ha transformado los valles en esta zona abandonada en la que se ha convertido, es la evolución reciente de las vías de comunicación. El camión, que en los Andes transporta todos los factores de cambio, no ha sabido qué hacer con los caminos trazados por los rebaños y donde, antaño, transitaban las mulas.

CUARTA PARTE

Los hombres

CAPÍTULO 9

Los valles en la guerra

Durante quince años las dos provincias que sirvieron de teatro a la guerra de la independencia vivieron sometidas al ritmo del conflicto. Desarrollada sobre el sustrato social de los valles, con el paso de los años, esta guerra introdujo cambios tanto en la utilización del espacio como en los vínculos humanos.

El tiempo, el espacio

Los hitos temporales estaban fijados en función del calendario litúrgico y no del agrícola o comercial. No se decía “en la época de la cosecha” o “en el día de la feria”: las tropas se apoderaban de un villorrio en la antevíspera del Corpus,¹ eran expulsadas del pueblo el día de San Fernando, el enfrentamiento ocurrió el domingo de Ramos... En las aldeas, las acciones que sucedían una vez cerrada la noche tomaban como referencia la hora de la oración y el repique de las campanas.² En un universo secularizado, el mismo momento se denominaría “al ponerse el sol”, pues, en los trópicos, todo el año, la noche cae hacia las seis. Pero junto a ese tiempo litúrgico es verosímil que, en el universo bélico del tambor, el sonido tuviese más importancia que la percepción de la luz.

Este rasgo se agudizaba con el hábito de los combates. La guerra que se hacía era disimulada; los guerrilleros se emboscaban en el ramaje del monte, entre los rastrojos o entre las rocas, se ocultaban en un patio, se adosaban a un muro... En los combates nocturnos³ –a veces también diurnos–, si los combatientes no podían

1 JSV, p. 280.

2 *Id.*, pp. 286, 293 y ss.

3 *Id.*, pp. 160-161.

ver a sus compañeros o al adversario,⁴ se fiaban de sus oídos. Reconocían las voces familiares. En las tropas realistas, más numerosas, la contraseña reemplazaba la intimidad del sonido. Lira, en agonía, reconoce a Vargas por su voz.⁵

La percepción del espacio andino estaba determinada por la altura, como sucede aún hoy en día: lo alto, lo bajo. Las tierras de arriba, Oruro, Sicasica, La Paz, las provincias que bordeaban el lago Titicaca, Cuzco, por un lado; por otro, las de abajo, Santa Cruz o Argentina.⁶ Las tropas procedentes del Perú *descienden* hacia los valles (“bajan del Desaguadero”),⁷ los soldados que vienen de Salta *suben* a reunirse con la guerrilla.

La altura pone en juego otras referencias: el frío hacia el cual se asciende, el calor al que lleva el descenso, aumentado por el encajonamiento de los valles. Las tierras de arriba son el ámbito del hielo –“lugares frígidos”.⁸ En medio de esos ejes de referencia, los valles forman una concavidad en la cual se penetra: son el “interior” y, así, a propósito de una tropa que venía de las tierras bajas de Santa Cruz⁹ o desde las tres guarniciones que rodean a la guerrilla, La Paz, Oruro y Cochabamba, Vargas escribe que ellas “se internan”¹⁰ en los valles.

En este marco, Vargas hace transitar a sus compañeros y a sí mismo, y su historia traza lugares y caminos privilegiados a través de los valles. Algunos puntos evocan el reposo y la seguridad que espera a la tropa en el corazón de su territorio; otros, fronterizos, atraen la batalla. Y allí un pueblo en especial encarna la desdicha de los guerrilleros: Palca, donde muere Lira en diciembre de 1817 y donde Lanza cae en dos oportunidades en manos de los realistas. En la segunda vez, el villorrio no es más que duelo.

*¡Ah pueblo! En aquel día se vieron en una confusión desesperada, todos atónitos, sin poder casi articular se miraban unos a otros, se enmudecían al ver entrar por segunda vez prisionero a Lanza, se suponían ser este pueblo el más desgraciado, un llanto de toda la gente de ambos sexos, a pesar de las bravatas de los soldados ya no tenían miedo alguno. Nos quedamos huérfanos sin el jefe principal que nos gobernase.*¹¹

En el centro de la zona liberada, el pueblo de Machaca se convierte pronto en el cuartel general de la guerrilla.¹² Pero cada uno de los tres caudillos que se suceden a la cabeza de la División de los Agueridos impregna un determinado

4 *Id.*, p. 111: “conociéndole por la voz, don Diego Mosquera [...]”. *Id.*, pp. 160-161.

5 *Id.*, p. 193.

6 *Id.*, p. 301.

7 *Id.*, p. 27.

8 *Id.*, p. 381.

9 Es el caso de la expedición de Aguilera en noviembre de 1821.

10 JSV, p. 301.

11 *Id.*, p. 359.

12 Francisco de Viedma describe así el curato de Machaca (o Machacamarca) en 1790: “Está situado en la hacienda de su propio nombre, que posee, por vía de vínculo o mayorazgo, el

lugar con su presencia. Chinchilla, quien no es originario de los valles sino de Tapacarí, aldea próspera de la zona de Cochabamba y que se rodea de hombres de su provincia, se establece en Machaca: ya que no es de la región, la elección más cómoda se impone a él sin mayores dificultades. Lanza, que le sucede, no cambia el centro de la guerrilla, pero lleva más lejos sus expediciones, hacia el norte y los Yungas de La Paz. Sólo Lira es originario de los valles y su pueblo natal, Mohosa, representa, en la juventud de la guerrilla que encarna este comandante, un lugar clave. Sobre la cumbre que domina el pueblo, el cerro de Chicote,¹³ o en sus flancos, se desarrollan combates decisivos, momentos dramáticos. En el día de San Juan de 1816, toda la guerrilla está a punto de perecer en él y no se salva, según Lira, sino con la ayuda de Nuestra Señora de Icoya, la Virgen de la iglesia de Mohosa. Seis meses después, Lira vuelve a hallarse en peligro en el cerro de Chicote, “en una falda en el cerro de Chicote llamada Tomaycuri, que parece una raya en una pared, camino muy estrecho y peligroso”.¹⁴ Acabada la guerra, Vargas pasó el resto de su vida ante el cerro, “al frente de mi casa muy inmediato”.¹⁵ En octubre de 2002, pude comprobar que Chacarí miraba al cerro, situado sobre un terraplén soleado arriba del Río Grande.

Durante cerca de quince años, los valles sufrieron la precaria vida que imponía un combate interminable. Salvo en la estación de las lluvias, durante la cual, por sí misma, reinaba la tregua, los pueblos se transformaban bajo la presión de los guerreros. Una misma unidad de medida, *la cuadra* –un cuarto de legua–, ordenaba los campos, el monte, la ciudad. En pleno campo, los jinetes recorren una cuadra antes de llegar al frente, el enemigo avanza dos o tres cuadras, el tambor encuentra a Lira quien combatía a menos de una cuadra de él... Y la misma palabra es la unidad urbana de medida, de la manzana, delimitada por los ejes perpendiculares que ordenan cada villorrio desde los tiempos de la conquista. Replegados en el pueblo, los guerrilleros llegan a recorrer una cuadra escapando a las balas, se emboscan en el ángulo de una cuadra, se instalan a una cuadra de la plaza mayor... Y así, de un espacio a otro, del campo a la aldea, se establece una unidad común: *la cuadra*.

Las tropas, cualquiera que sea la causa que defienden, invaden el corazón de estos pueblos ordenados en torno a la plaza de armas, centro del damero

Marqués de Montemira, vecino de Lima, y al pie de una cuesta muy pendiente, y de terreno desigual, media milla del río de Hayopaya, de quien, como va dicho, toma el nombre el partido, y divide el gobierno e intendencia de la Paz. Tiene muy pocas casas, las que, a excepción de la del cura, son unos infelices ranchos. La iglesia es bastante grande, las paredes de adobe y cubiertas de teja: el temperamento y agua son regulares; se experimentan tercianas y tabardillos en las inmediaciones del río. Toda la población de este curato se compone de haciendas, que poseen los españoles, muy fértiles en sus terrenos [...].”

13 El cerro donde tiene lugar la mayor parte de los acontecimientos.

14 JSV, p. 113.

15 *Id.*, p. 324.

cuando éste fue trazado.¹⁶ En torno a la plaza mayor, unas tiendas (a veces bajo arquerías), casas de notables que tienen varios patios, el edificio del cabildo (que no siempre existe), a veces un tambo, la iglesia y la casa del cura, la más grande del pueblo.

Con frecuencia, los combates se libraban en los poblados y es así como se establece un nuevo uso de las construcciones. En pleno campo, los molinos ocultan a los hombres armados que surgen cuando el soldado no piensa sino en franquear el vado. Es al olvidar este peligro que uno de los mejores capitanes de la guerrilla, Pedro Álvarez, quien combatía cerca de los molinos de Parangani, es sorprendido por los hombres del subdelegado Antezana, que lo masacran a sablazos.¹⁷

En el pueblo mismo se aprovecha todo para combatir al abrigo de las balas del adversario: la rinconera de las calles estrechas, las tiendas de la plaza mayor,¹⁸ los balcones, las ventanas, los techos. La mayor parte de los enfrentamientos se desarrolla en torno a la plaza mayor.

Las casas más grandes, las del cura, del alcalde, de los notables, y sus tiendas, sirven para alojar a los oficiales.¹⁹ La tropa invade el presbiterio, que se comunica por una puerta lateral con el recinto de la iglesia —una salida para buscar refugio en lugar de asilo— o, demasiado numerosa para un solo edificio, la tropa acampa junto a las capillas de los anexos.²⁰ La obligación de evangelizar a los indios había modificado el plano de los templos en los Andes. Una explanada que ocupaba una cuadra entera contenía, entre tapias o muros de adobe coronados por arcos, la iglesia con sus torres, rodeada en tres de sus lados por el *campo santo*²¹ y precedida por un atrio lo suficientemente grande como para que puedan reunirse en él todos los indios de la parroquia.²² A menudo, un balcón que da a la plaza permite al cura dirigir sermones a la multitud; cuatro capillas en los ángulos del atrio o de la plaza mayor²³ servían para las confesiones, para los altares del Cor-

16 Sin tomar en cuenta los accidentes del terreno, La Paz, toda en desniveles, obedece a un plano en damero, al igual que Cochabamba, edificada en la llanura. Pero, muchos villorrios de los Valles se han construido, aquí y allá, sin respetar esos alineamientos.

17 JSV, p. 176.

18 Muchas, situada en la esquina de una manzana, disponen de doble entrada, y ofrecen un puesto de vigilancia ventajoso.

19 JSV, p. 70, “El enemigo disponiéndose había dispersado su tropa a todas las tiendas de la plaza, al cementerio y a la torre, quedándose en el cuartel la guardia de 12 hombres, que estaba en la misma plaza el cuartel (cancha parroquial, que tiene el nombre de tambo), pero sin gente”.

20 *Id.*, p. 120: “Su [de Carpio] cuartel había estado en la capilla [de Chiarota, anexo de la parroquia de Cavari]. Nosotros también nos alojamos allí o hicimos el cuartel”.

21 Los muertos, siempre más numerosos que los vivos, ocupaban a veces varios cementerios. En Mohosa, los realistas se emboscan “en un cementerio viejo” (p. 90).

22 Es sobre todo el caso de la parroquia de Parredón (partido de Tarata), que fue ocupado muchas veces por otras tropas.

23 Lo que parece haber sido costumbre en los valles “porque en las cuatro esquinas habían en casi todos los pueblos tienen así sus capillas”, p. 145.

pus, para las estaciones del calvario. Fuera del pueblo, las capillas de los anexos seguían un alineamiento antiguo.²⁴

El espacio urbano ocupado por los guerrilleros cambió de función: los balcones y las ventanas de las casas que daban a la plaza se transforman en puestos de tiro; en el cementerio acampan las tropas, los hombres se ponen a buen recaudo,²⁵ se colocan en trincheras excavadas en unas pocas horas para disparar al enemigo que avanza descubierta por la plaza.²⁶ Las torres, a las que sube el comandante para vigilar el combate con catalejos,²⁷ se cargan de cuerpos colgados, de cabezas decapitadas. En Mohosa, que cuenta con una plaza inmensa y una de las iglesias más grandes de los valles, la casa parroquial es utilizada como cuartel, donde los hombres duermen en el patio, mientras que Vargas, con la banda, se instala en una tienda, en una de las esquinas de la plaza.²⁸ La iglesia misma alberga tropas: es un lugar de asilo aún respetado. El subdelegado Oblitas, perseguido por un Lira furioso por el rapto de su amante, se refugia en la iglesia durante una noche. El subdelegado España, que tiende una emboscada en junio de 1816, se esconde allí con sus hombres y sus cabalgaduras. El mobiliario es utilizado como protección y para armar barricadas.²⁹

La casa ya no ofrece protección. En los valles, los muros de madera ligera³⁰ ceden ante los cuchillos de los sitiadores, cómplices de un prisionero que se evade o traidores que sacan el sable de su vaina en la cabecera del durmiente.³¹

Los combates se desarrollan en el ángulo de las calles, en el terraplén que rodea a las casas (la “*cancha*”). Una pieza de la morada del cura o las tiendas que circundan la plaza sirven de prisión.³² Contra los muros del cementerio, o los de la iglesia, o contra el zócalo de la cruz en el centro de la plaza, se colocaba el apoyo de madera que servía de asiento a los condenados a muerte: los fusilados morían sentados. Con la misma facilidad que había sido destinado a facilitar las reuniones y la administración, el centro de los pueblos se había convertido en espacio guerrero que determinaba reglas de combate y ritos de muerte.

24 Según Teresa Gisbert y José Mesa, este alineamiento seguía el de los antiguos “ceques” incaicos (in *Summa Artis*, Madrid, Espasa-Calpe, 1985, t. XXIX).

25 JSV, p. 167, “los enemigos no salieron de la plaza ni del cementerio donde se acogieron”.

26 *Id.*, p. 305.

27 *Id.*, pp. 169-171.

28 *Id.*, p. 217.

29 *Id.*, pp. 89-90.

30 *Id.*, p. 160, “En aquel lugar las casas son de palizadas, asimismo el patio”.

31 *Id.*, p. 184, “El comandante Carpio recordó, echó mano al sable, ya no había, se encontró únicamente con la vaina”.

32 *Id.*, p. 185: Lira tiene encerrado a Moreno en una pieza del presbiterio de Machaca.

Figura 31
Iglesia de Mohosa



Vínculos y tensiones

Puestos a prueba por la guerra, los lazos familiares resultaban quizá menos seguros que los de la clientela, como ilustra la familia de Lira. Su madre y su hermana toman parte en la guerrilla haciendo asesinar, en tres ocasiones, a inocentes. Uno de sus hermanos, Miguel, muere en combate, como simple soldado, en 1819, sin haber desempeñado ningún papel notable. “Joven valiente”,³³ fue su único epitafio. El otro, Juan Manuel, se conduce como un torpe y un traidor a la patria, en 1828, cuando toma partido por el general Gamarra. Quizá los dos hermanos eran demasiado jóvenes para desempeñar un papel junto a Lira cuando este dirigía la guerrilla. De no ser así, uno se podría asombrar –y con razón– de no verlos figurar entre sus compañeros más próximos. Es verdad que la familia del caudillo no profesaba una opinión unánime. Un pariente de la madre de Lira, Melchor Durán, era un realista convencido.³⁴ Lira lo utilizó como intermediario

³³ *Id.*, p. 248.

³⁴ ANB, EC ad. 1806, N° 13. Aunque realista, Melchor Antonio Durán vive en paz con las comunidades; por acuerdo con los comuneros de Mohosa y de Ichoca, ha edificado un molino en tierras comunes de Marquiri y de Hancoquero.

cuando proyectó pasarse al virrey, a comienzos de 1816. Uno de sus tíos por matrimonio, Francisco Borja Navarro, cacique gobernador de Mohosa, también realista, fue fusilado por la guerrilla. Otros Lira, parientes del caudillo, pero no se dice en qué grado, eran igualmente realistas e intercedieron, en vano, para salvar la vida de Dionisio Lira. Se trataba de los hijos de don Pablo Lira y del doctor Juan Nepomuceno Lira y Arismendi, abogado en la corte de Oruro.³⁵

¿Qué es lo que entonces comprendía una familia? No es fácil de precisar. El Diario, por ejemplo, concedía también un lugar a los ilegítimos. Así, habla del “botado” de la mujer de Melchor Durán, ejecutado por Cartagena, por orden de Lira: se trataba de un niño expósito, nacido de las relaciones ilícitas mantenidas por el dueño de casa o por uno de sus próximos.

El parentesco simbólico, el compadrazgo, establecía, sin duda, uno de los lazos más fuertes. Cuando un hombre traicionaba a su compadre se producía el equivalente a la violación de un tabú. Por otra parte, Melchor Durán, realista, no oculta ninguna de sus maniobras a su padrino Pacheco, patriota. “Como era ahijado este Pacheco [...] no tenía recelo alguno”.³⁶ Lo que vino después le probó que estaba equivocado. Montalvo, ahijado de matrimonio del cacique Andrade, sin embargo lo hace ejecutar.³⁷ Vargas subraya este detalle pues se trataba del colmo de la traición. “La alevosa inuerte de Andrade ejecutado por su mismo ahijado Montalvo”.³⁸ Mariano Mendizábal, subdelegado realista de Palca, persigue desganadamente a la guerrilla, pues es compadre del marqués Zárate.³⁹ Después de su dura experiencia, Chinchilla hace su compadre a Feliciano Mejía, el indio que le ha sacado, a él y sus compañeros, de un barranco de donde no podían salir.⁴⁰ Era una manera de manifestarle su reconocimiento, otorgándole así su protección de manera, en cierta forma, oficial.

Como se ve, el compadrazgo permitía pasar por grados de las relaciones familiares a las de clientelismo. Un hombre podía ser cliente de otro porque esperaba una protección, porque había recibido ya de él beneficios, porque su familia había contraído una deuda (moral tanto como efectiva) de este patrón, porque lo servía como peón o como arrendatario o cultivador, o porque era su subordinado en el marco de las relaciones profesionales.

Pero de estas relaciones estrechas y múltiples, que vinculaban a los hombres unos con otros, no se puede extraer ninguna conclusión simple: la opinión política de un individuo no necesariamente acarrea la adhesión de su familia a su causa. Al contrario, quizás. La estrategia implícita de los linajes apuntaba más bien a poseer un representante en cada bando de los enfrentados, lo que

35 JSV, p. 33.

36 *Id.*, p. 65.

37 *Id.*, p. 67.

38 *Ibid.*

39 JSV, pp. 40, 46.

40 *Id.*, p. 269: “Que después lo hizo compadre el comandante Chinchilla”.

permitía disminuir los riesgos que corría cada uno de sus miembros y daba la seguridad de disponer de un intercesor en toda circunstancia. Por otra parte, el hecho mismo de pertenecer a un clan, o de estar vinculado a un hombre de opinión muy marcada, facilitaba la elección opuesta: bajo la protección de una familia realista se podía actuar en favor de la guerrilla con menos peligro; protegido por un patrón patriota, se podía descubrir los secretos de la guerrilla para entregarlos a las gentes del rey...

Porque una buena parte de las estructuras sociales eran colectivas, los hombres se veían incluidos en combates que no habían elegido. Un indio de Mohosa era por fuerza patriota, otro de Sicasica, por la misma razón, era realista. Se explica así el gran número de tráfugas recidivos, a los que Vargas no condena. La paz en la cual se había desenvuelto la infancia de Vargas había desaparecido por causa de las divisiones intestinas o de los riesgos de represalias. Ningún pueblo estaba jamás seguro de la lealtad de todos sus habitantes. Los odios de vecindad eran exacerbados por la guerra, la incertidumbre, la delación.⁴¹

Y la presión de la guerra empujaba a las autoridades pueblerinas a peligrosos juegos dobles. A pedido de sus administrados, perseguidos por las expediciones realistas, el alcalde de Inquisivi, Andrés Valdés, había aceptado fingir su paso al bando del rey. Pero, pronto, se vio atrapado por el juego y acabó eliminado por la guerrilla.⁴²

Los particularismos de la sociedad de antiguo régimen, en la cual cada estamento, cada aldea, trata de que se le asignen fueros –derechos, pero también deberes específicos–, continuaban en la guerra bajo otras formas. ¿Por qué tal villorrio apoya a la guerrilla y por qué otro la combate? Ningún elemento del Diario permite saberlo. Pero se adivina que la frecuente hostilidad entre dos regiones vecinas reforzaba sus opuestas convicciones. En los valles, Sicasica es realista, Mohosa patriota, así es. Un indio paga –eso es lógico– el tributo porque es de Sicasica;⁴³ el cura da muestras de celo titulándose coronel del ejército real.⁴⁴ Pero la situación particular del pueblo, situado en la ruta de La Paz a Oruro, y el indispensable control que allí ejercía el ejército real no explican enteramente su indefectible lealtad a la Corona.

La xenofobia constitutiva de este universo complicaba las relaciones entre guerrilleros de origen diferente. Vargas, que compartía los prejuicios de sus

41 Un ejemplo de estos linchamientos aldeanos en JSV, pp. 144-145: “Así que llegó la partida y lo pescó a Calderón sus vecinos y paisanos por gracia pidieron que en el acto debía ser descuartizado. [...] Así que entraron al pueblo lo habían muerto a palos, pedrazas y lanzazos a las 4 de la mañana el 21. Nosotros entramos a las 11 del día, ya lo encontramos tirado muerto el cuerpo de Domingo Calderón en una de las esquinas de la plaza en una de esas capillas (porque en las cuatro esquinas habían en casi todos los pueblos tienen así sus capillas)”.

42 *Id.*, p. 291,

43 *Id.*, p. 256.

44 *Id.*, p. 276.

camaradas, ridiculiza la prudencia de un sargento inglés que se hace llamar García.⁴⁵ Lira exclama, cuando es detenido por Moreno, originario del Cuzco y comandante de una tropa de granaderos del mismo origen: “¡Ya habrán hecho revolución, pícaros cuzqueños!”⁴⁶ Sin embargo, los cuzqueños eran considerados como los patriotas más valientes de los Andes y por eso eran odiados por los realistas que habían vencido sus ejércitos con mucho esfuerzo.⁴⁷ En las filas de la guerrilla, defender la misma causa no atenuaba el espíritu de campanario.

A la inversa, la pertenencia a un mismo terruño podía aproximar a los seres más inconciliables cuando se hallaban en presencia de un extraño. El más hermoso ejemplo que da Vargas de este chauvinismo consistía en el elogio que el oficial realista Pedro Antonio Asúa hace del coraje de la gente de los valles (es decir, los indios) contra otro oficial realista, el coronel Francisco Xavier de Aguilera, que operaba en las provincias de Santa Cruz. Frente al hombre de las tierras bajas, el comandante de la contraguerrilla pronuncia un entusiasta elogio de sus adversarios de los valles:

*Picado Asúa (que se hallaba presente) le dice a Aguilera [...] que no le parezca a él que el partido de Hayopaya y Sicasica sean como los partidos de Santa Cruz, Vallegrande, Misque y otros lugares; que en Hayopaya peleaban como hombres, como firmes patriotas, presentando el pecho a las balas descubiertamente aunque con fuerzas siempre desiguales en lo que hace a gente armada; que no peleaban como los tembetas de Santa Cruz y toda su provincia (hoy Departamento) ni menos peleaba como los cambas (dice generalmente que es una expresión que no les gusta a los cruceños, menos le gustaría a Aguilera); que no le parezca a él que los jefes de Hayopaya sean como Padilla, Serna o Berdeja, como el bruto del Curito, Escuro, ni peleaban con cohetes, ni menos sean como Vargas, Cabo Gordo y otros caudillos; que los caudillos de estos lugares son hombres que han sabido sostenerse, prueba de ello se sostienen hasta la presente y con mucho aumento de armas, mucho entusiasmo, y entusiasmo heroico que el más infeliz indio manifiesta viendo a las reales tropas; y si quiere experimentar que haga Aguilera una expedición sobre Hayopaya para probar el patriotismo de aquellos lugares que él, Asúa, los ha batido desde que ha sido un mero alférez desde el año 1814; que sabe y los conoce el propio carácter que tienen los hayopayeños y sicasiqueños, esto es todos los pueblos del Valle.*⁴⁸

45 Se trata probablemente de un seudónimo del mismo tipo que el que eligió el español Blanco, refugiado en Inglaterra bajo el nombre de White. García podría ser el equivalente de Smith.

46 JSV, p. 192.

47 *Id.*, p. 227, el sargento Inofuentes masacrado por los realistas “porque lo habían conocido como fuese cuzqueño”. “Cuzqueños, que por entonces era la gente más valiente de toda esta América”, p. 200.

48 *Id.*, pp. 312-313.

La organización de las “zonas liberadas”

Vargas no indica en qué momento el comandante de la guerrilla comenzó a dar una administración civil a las dos provincias que controlaba. Fue obra de Eusebio Lira, quien se inspiró tal vez en lo que habían proyectado implementar los oficiales de Buenos Aires. Designó administradores civiles, con atribuciones calcadas sobre las de la administración española más reciente: los subdelegados. A pesar de la hostilidad que las reformas borbónicas habían suscitado en los decenios precedentes, el sistema de intendencia no parece haber sido cuestionado por la guerrilla, siendo así que su aplicación no databa sino de hacía veinticinco años. Se constata, una vez más, la singular facultad de adaptación a la novedad de un mundo tradicional.

La mayoría de las obras que se ocupan de esta historia llaman al territorio de acción de la guerrilla “republicueta”, siguiendo en ello la designación que hizo Bartolomé Mitre. El éxito de este término se explica difícilmente, los guerrilleros no lo empleaban jamás.⁴⁹ Preferían el de “Estado” o la “nación”, que designaban los aspectos civiles de este combate, mientras que los aspectos militares eran la “patria” (ver cap. 13).⁵⁰ “La patria” eran los soldados de la patria; el Estado o la nación, la instancia a la cual se pagaba la contribución de guerra, en dinero o en especies. A partir de 1813, los valles aprendieron rápidamente la autonomía. Las zonas controladas por la guerrilla dejaron de pagar el tributo y las alcabalas obedecieron a las autoridades designadas por la guerrilla, pero participando en sus decisiones, negociando su apoyo, como se ve en cada crisis grave. En diciembre de 1817, los representantes de las aldeas, indios en su mayoría, exigieron tomar parte en la designación del nuevo comandante en jefe haciendo valer los sacrificios que hacían a la causa patriótica (ver cap. 12).

Bajo el mando de Lira y de Chinchilla, los valles se establecieron en una independencia de facto, a la cual vino a poner fin la intervención de Lanza, para colocar de nuevo a la zona en su lugar –subordinado– parte de un conjunto nacional. Las dificultades que encontraron los agentes de la República durante todo el siglo XIX para restablecer el tributo y proceder a revisitas se explica tal vez por los cambios que sufrieron los valles en el curso de la guerra. Habiendo apoyado a la guerrilla, que las exoneraba del tributo al precio del sacrificio de numerosas vidas, victoriosa su causa, ellas admitían contra su voluntad retornar al régimen antiguo. Los valles, a menudo agitados bajo la República, no se resignaron fácilmente a volver al orden.

49 Vargas emplea la palabra “República” únicamente en las partes más tardías de su obra, re-dactadas en 1852 ó 1853 (la dedicatoria al presidente Belzu, la Breve vida y el índice de los oficiales).

50 En el MsB, Vargas ha empleado tres veces la palabra nación en este sentido, una vez Estado, y 506 veces patria...

CAPÍTULO 10

Los combatientes

No permitáis jamás que en los cuerpos que integran, los extraños sean o bien los más fuertes, o bien mayoría. Cuando se amarran varios caballos a un mismo palo, se tiene cuidado de poner a los ariscos o bien todos juntos, o bien con otros pero en menor número, pues de otro modo lo desordenarían todo.

Sun Tzu, *El arte de la guerra*, art. XI.

Todas las fuentes españolas han llamado *montoneros* a lo que la crónica de Vargas llama soldados de la patria, o sea, bandidos salidos de las capas más bajas de la sociedad, a los que la guerra se encargará de eliminar. A esta condena se añade una dimensión socioétnica: como, a menudo, los guerrilleros y sus comandantes son indios, se les consideraba también como indígenas rebeldes a los que se reduciría por medio del terror y a los que un ejército dirigido por profesionales derrotaría sin mayores problemas.

No por ello los soldados del ejército real estaban mejor considerados y los oficiales realistas insistían igualmente sobre el hecho de que debían conducir tropas compuestas por inútiles, a fin de salvaguardar a los sujetos productivos. La guerra apareció, a la larga, como un medio para purgar a la sociedad colonial de sus malos elementos: los vagabundos que infestaban las ciudades y las bocas inútiles que colmaban las haciendas.¹ En suma, ya se tratase de guerrilleros o de soldados del rey, la mayor parte de los hombres que tomaron parte en esta guerra fueron considerados despreciables por el comando realista, consciente de llevar a cabo una guerra sucia de la que no cosecharía ninguna gloria.

Nuestro cronista adoptaba un punto de vista muy diferente. Aunque, incluso, no disimulaba sus defectos, presentaba a los actores de su Diario como

1 F. X. Mendizábal expresa este desprecio de las montoneras que actuaban en las cercanías de Lima: "Estos miserables que, por la mayor parte, son zambos y mulatos de los mal entrenados en la capital y han tomado el ejercicio de guerrilleros, no escarmientan a pesar de la mortandad que han sufrido desde que se han dedicado al servicio de la patria, y parece que la providencia quiere por este medio libertar a Lima de esta gente tan perjudicial en las grandes ciudades" (*Op. cit.*, p. 184).

defensores de una causa sagrada, la de la patria. El punto de vista de Vargas era el de un ciudadano moderno, no el de un súbdito; el deber de todos era liberar su tierra, no obedecer a las autoridades constituidas. Tal exaltación de la rebelión dotaba a todos estos combatientes de una dignidad que no podían esperar bajo el marco del antiguo orden. El proyecto hagiográfico de Vargas introduce, pues, un sesgo en las informaciones que proporciona sobre sus compañeros. Por ello, también, será necesario proceder con cuidado y prudencia para tratar de comprender lo que eran los hombres que integraban las filas de la guerrilla. Ni el desprecio de los oficiales de la contrainsurgencia ni la admiración de Vargas por los suyos podrán servir de guía a lo largo de esta investigación cuyas conclusiones, por otra parte, no deberán considerarse definitivas.

Ningún estudio en profundidad de estos hombres será posible, ya que la mayor parte de sus huellas ha desaparecido. Por lo visto, eran demasiado oscuros para dejar rastros durables y los documentos de la guerrilla al respecto no han sido hallados. El Diario es, por ello, el único documento que conserva su recuerdo y la lista de los servidores de la patria, adjunta a la crónica, es el único documento de síntesis con que se cuenta en relación con estas tropas. Sin embargo, esta pieza refleja el punto de vista de Vargas, con rango de oficial y adjunto al comando por sus funciones: no proporciona, en consecuencia, informaciones precisas sino sobre los oficiales. Soldados y suboficiales aparecen, ciertamente, en el Diario y Vargas se complace en contar la acción destacada de algunos de ellos o una anécdota atractiva; pero, la mayor parte de las informaciones que proporciona sobre los hombres que han hecho la guerra obedece a una jerarquía precisa: en primer lugar, vienen los comandantes, luego los oficiales y, finalmente, la tropa y la “indiada”. Sin embargo, el ascenso de Vargas —un caso entre otros—, enrolado como soldado y que cuando acaba la guerra tiene el grado de comandante, ilustra que esta nueva arma no respetaba las separaciones que por entonces regían en los ejércitos regulares. Las informaciones referentes al grupo de los oficiales, que no constituía un grupo cerrado, pueden así servir para comprender, en parte, el conjunto que formaban los guerrilleros. Antes de examinarlos, presentaré de modo sumario a sus adversarios.

Los soldados del rey

En este capítulo no nos extenderemos sobre los ejércitos realistas con los que se enfrentó la guerrilla y sobre los cuales se han ocupado varias obras.² Sin embargo, al pasar, algo diremos de ellos, pues necesitamos entender cómo percibía la guerrilla a sus adversarios y cómo esta percepción podía influir en algunas de las decisiones que tomó. Globalmente, eran el enemigo, y, el uni-

verso de los guerreros no parecía incluir sino dos categorías: los soldados del rey y los de la patria. Pero, en el día a día, esa división no parece tan clara. La gran mayoría de las tropas estaba formada por americanos y a veces existían lazos de parentesco o de vecindad entre ambos campos y, además, los trásfugas eran numerosos.

Según el índice elaborado por Gunnar Mendoza, Vargas cita nominalmente 158 realistas, entre los cuales 63 oficiales, 1 suboficial, 8 soldados, 20 gobernadores, subdelegados y alcaldes, a los que se agregan 20 vecinos de los valles y 45 curas y religiosos. Cuando habla de tropas, Vargas precisa su número y el lugar en el que están acuarteladas. Las informaciones que da sobre el número de los perseguidores de la guerrilla revelan ser seguras y sus informantes fidedignos. La composición de las columnas y de las compañías que penetraban en los valles es casi la misma en las fuentes de ambas partes. Es verdad que, dada la dimensión de las ciudades de guarnición y la escasez de caminos practicables, el desplazamiento de varios centenares de hombres no pasaba desapercibido. Sin embargo, Vargas no disponía de una visión de conjunto de las fuerzas del Virreinato y se contenta con enumerar las compañías que amenazaban directamente a los valles. En 1818, el ingeniero militar Francisco Xavier Mendizábal estima el total de los soldados del rey en 5.000 hombres, repartidos a través del Alto y el Bajo Perú; serán cerca de 9.000 al final de la guerra.³

Se trataba de tropas esencialmente americanas, con excepción de los 800 hombres del batallón Talavera venido de la Metrópoli en 1814, acuartelado en el Alto Perú entre 1815 y 1816, luego enviado a Chile donde fue completado por combatientes de la isla de Chiloé.⁴ Igualmente, en noviembre de 1815 se establecieron en Charcas los metropolitanos del batallón de Extremadura enviado de los llanos de Nueva Granada por el general Morillo, reforzado por el batallón de Gerona. En el Diario sólo es mencionada la presencia de los soldados del batallón de Extremadura, acantonado en Oruro, después en Sicasica; formaban el núcleo de las expediciones emprendidas para erradicar la rebelión de los valles durante los años decisivos de 1816 y 1817.

-
- 2 Como las memorias de contemporáneos, como Torrente y Mendizábal; más recientemente, *El ejército realista en la independencia americana*, de Jorge Semprun y Alfonso Bullón de Mendoza (Madrid, MAPFRE, 1992), y *Ejércitos y milicias en el mundo colonial americano*, de Juan Marchena Fernández (Madrid, MAPFRE, 1992), además de la obra clásica de Leon Campbell (*The Military and Society in Colonial Peru, 1750-1810*, Philadelphia, 1978).
 - 3 Según el virrey Joaquín de la Pezuela, su mantenimiento costaba 120.000 pesos por mes. Pero La Serna, al que Pezuela acusaba de hacer pesar una carga excesiva sobre las provincias, en particular las de La Paz y Potosí, exigía al país 241.000 pesos. F.X. Mendizábal, *op. cit.*, p. 307.
 - 4 José Semprun, Alfonso Bullón de Mendoza, *El ejército realista en la independencia de América*, *op. cit.*, p. 135, y F.X. Mendizábal, *op. cit.*, p. 147.

Por lo demás, las tropas reales eran resultado de un reclutamiento local forzoso. En las ciudades, las autoridades municipales debían ayudar al alistamiento de los vagos. En el campo, los hacendados tenían obligación de nombrar a los jóvenes susceptibles de servir. Observemos de cerca cómo se efectuaban estas levas en el Alto Perú. El virrey señalaba los objetivos que los intendentes debían hacer cumplir en sus provincias. En 1819, la cuota a alcanzar por Cochabamba es de 500 reclutas; el intendente gobernador, coronel de milicias Juan Mendi-zábal Imaz, dirige a todas las autoridades locales una circular en la que definía los criterios de selección como sigue:

[...] Debiendo recaer la elección de destinados al servicio de las armas en aquellos jóvenes vagos, sin ocupación útil en el país, y mal entretenidos, consiguiente muy necesario de la ociosidad y cuyos miembros corrompidos no deben tener asilo entre los laboriosos habitantes por lo perjudicial que son, infestando la parte sana de los pueblos.⁵

Los “vagos mal entretenidos” seguramente no faltaban, pero no se dejaban atrapar fácilmente. Los resultados de esta campaña fueron decepcionantes y sólo se pudo reclutar a 329 hombres, a pesar de todos los esfuerzos del intendente, quien confiaba, en una circular confidencial, que había que remediar, cueste lo que cueste, las crecientes desertiones.⁶

Por ello, el ejército del rey se alimentaba de la fuente de los prisioneros de guerra a los que obligaba a alistarse y a los que luego enviaba lejos, a fin de reducir el riesgo de fuga. Los cautivos del Bajo Perú partían a Charcas y la mayoría de los prisioneros del Alto Perú era destinada a la sierra peruana. Fue el caso de un emisario de Lanza, capturado en junio de 1823, y condenado a servir en Huancayo. Pero, se trataba de un procedimiento miope. El hombre enviado a varios centenares de leguas de su tierra natal pensaba más en volver a ella que en batirse por una causa que no fuera la suya. En cuanto podía se escapaba y si no podía regresar a casa se iba a engrosar otras montoneras o se hacía bandolero.

Aquellos de los que no se esperaba ningún servicio, generalmente oficiales superiores, eran enviados hacia la costa, a Tacna, para ser transferidos al Callao, luego a Lima, donde eran sometidos a juicio. A partir de 1820, el ejército constitucional del Alto Perú creó campos de prisioneros en las islas del lago Titicaca, frente a Puno. Algunos centenares de hombres fueron internados en ellas, sobre los cuales no existen estudios. En el caso particular de los prisioneros procedentes de las filas de los ejércitos del Río de la Plata, entre los cuales había

5 AMC, ECC n° 297, 1819-1820, Exp. Sobre recluta de soldados.

6 *Id.*, “las grandes bajas del ejército que ocasionan las continuas desertiones”. Cochabamba, 13 de febrero de 1821.

morenos, el ejército real procedía a la venta de aquellos que eran esclavos o que pretendía que eran tales.⁷

La vida ordinaria de las tropas realistas no era más atractiva que su terreno de acción. La correspondencia de los oficiales abunda en detalles que subrayan las penurias que tenían que enfrentar. El general Goyeneche se quejaba de las distancias que separaban las ciudades del altiplano, y de la falta de forraje y de armas de fuego, debía equipar a quinientos hombres con trescientos fusiles.⁸ En vísperas de la batalla de Vilcapujio, la situación del ejército real no dejaba presentir su victoria:

Verdaderamente era muy apurada nuestra situación, hallándonos con un ejército disminuido por la continuada desertión que daba fundados recelos de la poca disposición que había en la tropa para batirse bien distantes más de 80 leguas del Desaguadero, único punto donde podíamos retirarnos a marchas forzadas, y eso abandonando equipaje, artillería y municiones, por la grande mortandad de mulas que habíamos experimentado por falta de pasto y forraje que teníamos que atravesar por los partidos de indios, los más sublevados, que nos hubieran quitado todos los recursos de subsistencia.⁹

En ambos campos se recurría a los mismos expedientes: indios y recuas de llamas aseguraban el transporte de víveres y cañones,¹⁰ mientras que los soldados del rey se batían en harapos, “tan traposos que no se podían distinguir”,¹¹ anota Vargas. Soldados como esos no mantenían buenas relaciones con su comando, al que temían, y el que los despreciaba. Cuando llegó a América, el general La Serna, habituado “del mismo modo que sus oficiales a la táctica europea y a la brillante disciplina y elegante porte de las tropas que habían combatido con el primer guerrero del siglo”¹² juzgó severamente a estas tropas sin disciplina ni prestancia: “Los soldados peruanos eran deaseados en su traje, tenían groseras costumbres, poca elegancia en su porte, una tosca educación, y finalmente un modo de servir enteramente diverso de los europeos”.¹³

7 ALP/EC, C 154 E2, 1816.

8 Ella Dumber Temple, *Introducción a La acción patriótica del pueblo en la emancipación: guerrillas y montoneras*, CDIP, t. V, volumen 1.

9 F.X. Mendizábal, *op. cit.*, p. 61. La miseria de las tropas realistas que se batían en el sur era aún mayor, como atestigua la correspondencia de los oficiales de Chillán y de Concepción (AGI, archivo del virrey Abascal, 1814, papeles sediciosos).

10 F.X. Mendizábal, *op. cit.*, p. 64: “Fue pensamiento original, sugerido por la necesidad, la ocurrencia de servirse de estos débiles animales [las llamas] para el transporte de las municiones y verdaderamente un espectáculo muy nuevo, ver caminar un ejército al paso lento de estos tardos entes; y sus cañones y sus cureñas en hombros de indios, o tirados cuando lo permitía el terreno, por los mismos”.

11 *Id.*, p. 123.

12 F.X. Mendizábal, citando a Torrente, p. 53. El primer guerrero del siglo es Napoleón.

13 *Ibid.*

Y es bajo amenaza, a correazos, que sus oficiales los conducían a la línea de fuego.¹⁴ Sin embargo, estos últimos no siempre estaban libres de reproche. Ya fuese que procedieran de la metrópoli, o que fuesen naturales del Alto Perú, muchos de ellos habían sido atraídos por las nuevas ideas. Con ocasión de la campaña de 1814, Goyeneche debió explicar por qué apeló al rescate de las milicias del Cuzco, de Abancay y de Puno, a pesar de todos sus defectos y de su propensión a desertar: los oficiales bajo sus órdenes, grandes lectores de la prensa política de Cádiz que llegaba a América por paquetes enteros, pasaban su tiempo en conferenciar en los clubes liberales o frecuentaban a seguidoras de Belgrano, que les hablaban en favor de la causa patriótica. Es uno de los aspectos del ejército real sobre el cual se insiste poco. Mucho antes de la revolución española de 1820, ciertos oficiales de carrera se inclinaban a favor de la nueva política, y el destino de un Bonaparte había estimulado a más de uno a buscar atajos políticos hacia la fortuna y la gloria. Fue sobre los jefes de las milicias locales, propietarios que aprovechaban las ventajas del antiguo orden, que debió apoyarse la causa realista.¹⁵

Los oficiales de la patria

Se podría suponer que el Diario sería más explícito en lo que concierne a los oficiales patriotas. Sin embargo, no sabremos nada sobre su origen social. Como es su costumbre, el cronista concede tanta importancia al lugar del que son originarios sus personajes como se desinteresa respecto a su fortuna y recursos. Si, por tanto, es bastante probable que existieran desigualdades entre los combatientes, no nos es posible conocerlas. Los pocos elementos de que se dispone muestran, más bien, una generalizada mediocridad económica. El total de los bienes del caudillo Prudencio Miranda,¹⁶ confiscados y vendidos en beneficio del fisco en junio de 1817, se elevaba a 668 pesos y 2 reales.¹⁷ Los archivos no conservan expedientes de este tipo en lo referente a los valles, pues sus jefes no fueron objeto de ningún proceso conocido. Cuando fueron hechos prisioneros, sus riquezas, si las tenían, no fueron probablemente confiscadas sino saqueadas sin juicio alguno.

14 JSV, p. 149.

15 Un buen ejemplo, el del subdelegado Agustín Antezana al cual presentan así los archivos de Cochabamba: "coronel de milicias disciplinadas, regidor del cabildo de Cochabamba, comandante militar y gobernador subdelegado del partido de Tapacari". Él administra los bienes de su cuñada, Agustina Antezana, dos haciendas cuyos ingresos son estimados en 6.600 pesos por año, sumas que representan mucho a escala de la provincia. ACM, ECC, N° 306, 1824-1825.

16 Que no pertenecía a la guerrilla de Sicasica sino a una de las que acosaban las zonas próximas a la capital Chuquisaca.

Estos hombres no tenían casi nada que perder. Cuando recuerda sus méritos a sus subordinados, el comandante Lira no deja de recordar la ruina de sus pocos bienes y nada en el Diario permite sospechar que él y sus sucesores se hayan aprovechado de su alistamiento al servicio de la patria. Un pariente de su madre, Melchor Durán, vecino de Mohosa, tenía suficientes bienes como para emprender la construcción de un molino en las tierras comunales;¹⁸ pero otro de sus aliados, el cacique Navarro Borja, había sido reconocido como “pobre de solemnidad” y no era propietario de otras tierras que las que alquilaba a los comuneros.¹⁹ En cambio, se sabe que el comandante Santiago Fajardo era propietario de haciendas y que explotaba minas en Yani, y hay información sobre la fortuna de la familia García de la Lanza, constituida por cocales de los Yungas. Pero el compromiso asumido por estos hombres había privado a la mayoría del beneficio de su fortuna y no era movilizándolo a sus peones que habían alcanzado su grado, sino dando pruebas de capacidad y valor en el combate.

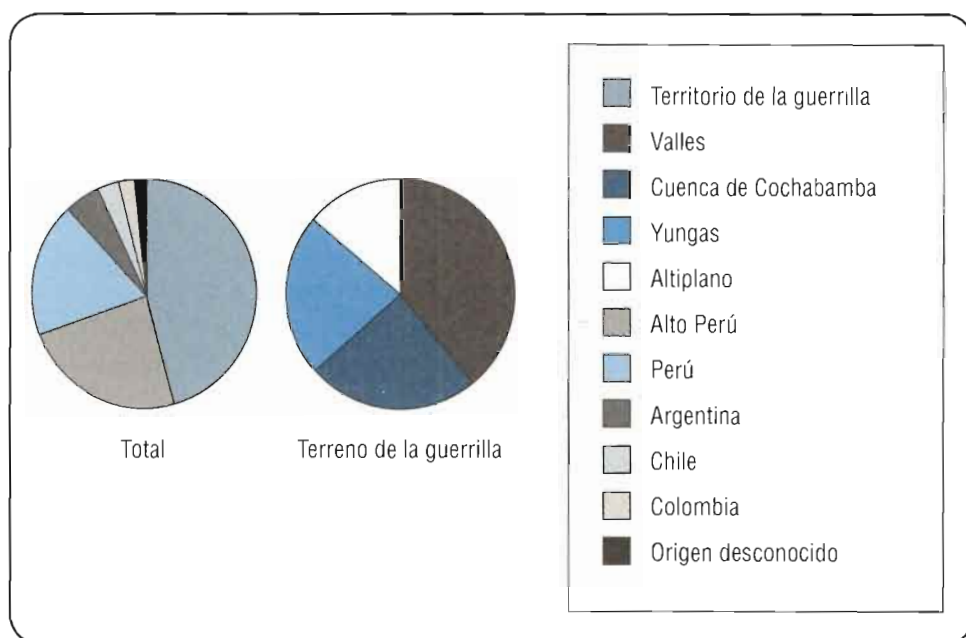
Los 109 oficiales que Vargas escogió para su lista final fueron clasificados por él en función de la fecha en que se alistaron. Una breve nota recuerda su origen (su “naturaleza” y su “vecindad”), sus grados y destino final. Estas sucintas informaciones dan, no obstante, una idea bastante clara de la composición del cuerpo de oficiales y de las modificaciones que efectuó cada comandante. Las primeras constataciones confirman el anclaje regional de la guerrilla: en todo el período, una aplastante mayoría de estos hombres provenía del Alto Perú y dos tercios de ellos eran directamente naturales de las provincias en las cuales se desarrolla la acción de la guerrilla: los valles propiamente dichos y, por extensión, Cochabamba.

17 ANB, INP 1819.

18 ANB, Expedientes coloniales, ad., 1806, N° 13.

19 ANB, EC, 1806, N° 119.

Figura 32
Origen de los oficiales de la guerrilla, 1814-1825



Fuente: JSV, pp. 403-422.

Entre el primer y el último comando se manifiestan cambios importantes. El Cuadro 1 muestra la continuidad que hubo entre los dos primeros, el de Lira y el de Chinchilla.²⁰ Este último, que se presentó como heredero de Lira, no reclutó sino diez oficiales en los tres años durante los cuales condujo la guerrilla y se apoyó, sobre todo, en aquellos que ya representaban a la guardia vieja, es decir, sus primeros compañeros. Esta falta de renovación parece reforzar la hipótesis de un período de repliegue. En cambio, el retorno de Lanza a los valles, a principios de 1821, corresponde a un momento de la guerra durante el cual la guerrilla de los valles debió abrirse a los hombres procedentes de los ejércitos regulares, como el que, en 1823, vino desde el Perú, bajo el mando del general Andrés de Santa Cruz.

²⁰ No tomo en cuenta el corto período durante el cual Santiago Fajardo ejerció el mando, de diciembre de 1817 a marzo de 1818.

Figura 33
Origen de los 109 oficiales de la guerrilla

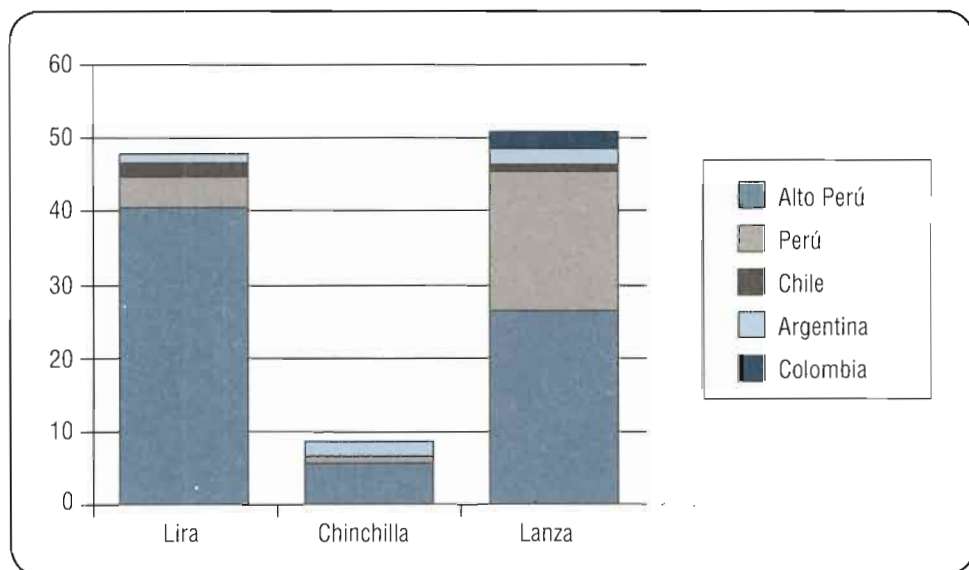
Origen	Lira	%	Chinchilla	%	Lanza	%	Total	%
ALTO-PERU	41	85,4	6	60	27	52,94	74	67,89
Valles	19	39,6	5	50	8	15,68	32	29,35
Yungas	4	8,3	1	10	6	11,76	11	10,09
Altiplano	13	27,1	-	-	9	17,64	22	20,18
Cuencas	1	2,1	-	-	3	5,88	4	3,66
Santa Cruz	4	8,3	-	-	1	1,96	5	4,58
PERU	4	8,3	1	10	19	37,25	24	22,01
CHILE	2	4,1	-	-	1	1,96	3	2,75
ARGENTINA	1	2,1	2	20	2	3,92	5	4,58
COLOMBIA	-	-	-	-	2	3,92	2	1,83
ESCOSIA	-	-	1	10	-	-	1	0,91
TOTAL	48	100	10	100	51	100	109	100

Fuente: JSV, *passim*.

En los primeros años, el reclutamiento de la guerrilla parece haber sido esencialmente local, ya que los oficiales eran nativos y vecinos de los valles, además de un contingente de peruanos formado a partir de los cuzqueños que habían escapado a la derrota de los revolucionarios del Cuzco en 1815. Seis años más tarde, la victoria de San Martín en Lima dio lugar a una nueva ofensiva en dirección al altiplano, y oficiales que habían sobrevivido a la campaña de 1823 o se habían evadido de las prisiones, que el ejército real había establecido en las islas de Puno, vinieron a sumarse a la guerrilla.²¹ En esta última fase de la guerra, el número de chilenos y de colombianos no aumentó de manera significativa, es decir, siguió a un nivel muy bajo; en cuanto a los argentinos, las montoneras de Güemes, que tenían necesidad de hombres para salvaguardar su frontera, apenas si los dejaban filtrarse al norte de Salta y de la quebrada de Humahuaca.

21 ANB, MG 1826, n° 1, Estado mayor general 1826.

Figura 34
Oficiales de la guerrilla reclutados por sus tres comandantes



Las modificaciones aportadas por el curso de la guerra en la composición del cuerpo de oficiales reaparecen en la de los soldados, incluso si Vargas no da ninguna lista de ellos.

La tropa

Los efectivos de la guerrilla han variado mucho. La tendencia general era hacia un incremento de las fuerzas, que pasaron de un núcleo de 17 hombres, a fines de 1814, a más de 494, en febrero de 1825.²² Pero los reveses de la causa patriótica acarrearón caídas brutales, incluso disoluciones, como aquella a la que se resignó el comando en enero de 1817. Los soldados, menos visibles que los oficiales, entregaban su fusil y regresaban a su pueblo, donde reiniciaban sus actividades ordinarias hasta que la guerrilla conociera días mejores. Hasta 1821, la guerrilla no conoció año sin una u otra súbita disolución del número de sus soldados. No

²² Vargas no proporciona en ningún momento una lista precisa de las fuerzas de la guerrilla. Se contenta con precisar cuántos hombres tomaron parte en ciertas operaciones, número que variaba mucho de un mes a otro. El rango que se atribuye Vargas en la guerrilla permite inferir el número de guerrilleros en el momento de su alistamiento, y los registros del Tesoro de La Paz proporcionan el número de efectivos del batallón de los Agueridos al día siguiente de la victoria.

es, pues, posible conocer el porcentaje de los hombres de los valles que fueron enrolados a título permanente o temporal. La importancia de las pérdidas, relativa al número de habitantes de las provincias de Ayopaya y de Sicasica, sólo permite inferir que la mayoría de los jóvenes estaban involucrados en este combate. La guerrilla no tenía ninguna razón para excluir de la conscripción a los habitantes de las aldeas que controlaba.

A título indicativo, teniendo en mente que este número incluye muchos adherentes de última hora, así como soldados peruanos dispersados que habían venido a unirse a la guerrilla en los últimos momentos de la guerra,²³ he aquí la composición de lo que los libros de cuentas de la tesorería de La Paz llama “Batallón de los Aguerridos,” en febrero de 1825:

<i>Plana mayor</i>	<i>1 sargento mayor</i> <i>1 ayudante mayor</i> <i>1 abanderado</i>
<i>Oficiales</i>	<i>5 capitanes</i> <i>5 tenientes 1°</i> <i>5 tenientes 2°</i> <i>11 subtenientes</i>
<i>Tropa</i>	<i>11 sargentos 1°</i> <i>20 sargentos 2°</i> <i>24 cabos 1°</i> <i>21 cabo 2°</i> <i>9 cadetes</i> <i>344 soldados²⁴</i>

Antes de este período fasto, para muchos hombres cuya vida se hallaba amenazada, la pertenencia a la montonera ofrecía un refugio, pues, incluso acorralados por los soldados de las guarniciones cercanas, no se encontraban ya a descubierto. Así Vargas lamenta haber dejado la tropa cuando una promoción intempestiva al grado de comandante de un pueblo le obligó a salir del refugio colectivo:

Así me hallaba en servicio más peligroso y más escaso de recursos, porque en la División percibía de cuando en cuando un corto socorro siquiera y la ración de carne y lo que proporcionaba el país, y asimismo estaba más seguro un hombre entro de gente armada.²⁵

23 José Miguel Lanza emprendió una sistemática política de incorporación que se tradujo en gratificaciones concedidas a los desertores de los ejércitos realistas (CTP, 1825, libro 1, exp.).

24 (CTP, 1825, libro 1). Se sumaban a estos efectivos la banda (35 músicos) y un cirujano. El total del batallón se elevaba a 494 hombres, de los cuales 29 eran oficiales y 76 suboficiales.

25 JSV, p. 339.

Convertido en jefe de Mohosa, Vargas se volvía a encontrar solo, librado a los peligrosos azares de la guerra y sometido al ritmo de las entradas del enemigo en su valle. La seguridad que daba el grupo, así como el recuerdo de los sufrimientos compartidos, mantenía la fraternidad de los combatientes. Cuando el comandante, obligado a disolver su tropa, pide a sus hombres que se dispersen, cada cual por su lado, los adioses que se dan los guerrilleros recuerdan, sin duda, los de una familia amorosa obligada a desaparecer.

[...] Todos los soldados al despedirse lloraban amargamente: como si se nos hubiese muerto el padre o la madre más amorosa no podíamos expresar, sollozando por la Patria. Fue el paso más tierno. Entre soldados se despedían abrazándose como fieles compañeros, dándose satisfacciones, pidiéndose perdón por si se hubiesen agraviado en algo o no se encontrasen ya más.²⁶

La unión, la solidaridad y la armonía no figuraban, sin embargo, en el número de las virtudes cardinales de los guerrilleros. Vargas no lo disimula, pero la existencia misma de su relato puede hacer creer lo contrario, ya que el simple hecho de contar los acontecimientos de los valles como una sola y misma historia crea la ilusión de una unidad. Lo que hoy se llama guerrilla de los valles de Sicasica y Ayopaya, correspondía a una estructura desagregada, atravesada por graves tensiones. Incluso si pretendía ser reflejo de un mismo terruño, estaba compuesta por hombres que concedían gran importancia a las pequeñas diferencias y el menor distanciamiento entre comunidades, entre aldeas, entre provincias, establecía sólidas barreras. El que pertenecía a una comunidad –de Cavari o de Irupana, digamos– había heredado querellas y partidos irreconciliables, y la disciplina no siempre lograba impedir ajustes de cuentas expeditivos entre hombres a los que una causa común habría debido unir estrechamente.

¿Qué decir, entonces, de aquellos que no eran originarios de los valles? Los soldados que habían pertenecido a las tropas de la revolución del Cuzco hablaban quechua en el seno de tropas mayoritariamente aymaras y habían defendido un proyecto de federación sudamericana bajo la dirección de la antigua capital del imperio inca; la arrogancia de los cuzqueños era tanto peor aceptada cuanto mayor era su prestigio.²⁷ Los sobrevivientes de las tropas de Warnes, venidos de Santa Cruz y de Vallegrande, se integraban con dificultad al universo andino e indio de los valles, y su ignorancia del terreno y de las lenguas autóctonas suscitaba desconfianza.

El Diario no dice nada sobre la manera en que el comandante se esforzó en atenuar estas distancias, pero sí cuenta que la guerrilla se hallaba formada por pequeños grupos de la misma provincia, pertenecientes a la misma formación

26 *Id.*, p. 126.

27 *Id.*, p. 208. “Por entonces era la gente más valiente de toda esta América”.

de combatientes, o bien, por combatientes que se hallaban vinculados por la fidelidad a un mismo capitán. Es así como los fugitivos ilesos de los ejércitos del Cuzco y de la guerrilla del canónigo Ildefonso de las Muñecas formaban un grupo aparte, reunidos en una compañía que contaba con setenta granaderos en 1817, y que era comandada por oficiales de la misma procedencia, que hablaban su lengua y no compartían sus cuarteles con las gentes de los valles.²⁸

Se ve operar ahí los peligros del comunitarismo en el seno de la guerrilla. Durante el período comprendido entre 1816 y 1818, los cuzqueños se organizan progresivamente como una fuerza de oposición al comandante Lira, llevando cada vez más lejos los actos de insubordinación y, a la larga, un complot urdido por los jefes de esta compañía hizo que se le diera muerte para apoderarse del comando. Santiago Fajardo, vinculado con la banda del Cuzco por sus lazos familiares y su anterior residencia en Abancay, fue el designado para reemplazar a Lira. El fracaso final y la disolución del cuerpo de los cuzqueños, después de la eliminación de sus dirigentes, no fue posible sino gracias a la intervención de las comunidades indígenas. Sin embargo, durante tres meses, la guerrilla de los valles fue controlada por los fugitivos de la revolución del Cuzco, a riesgo de una ruptura con sus bases locales.

Vargas, combatiente de primera hora, también sugiere frecuentemente que existía una cierta especificidad para el grupo de los antiguos combatientes. Pero eso no significa que este actuase de modo diferente a los nuevos reclutas, ni que se colocara aparte. Habría sido imprudente, por parte del comandante, dejar que este particularismo se exprese abiertamente. No obstante, es en su condición de antiguo combatiente que Vargas juzga sin indulgencia al partícipe de última hora que, para él, representa Lanza. La distancia que parece tomar con la guerrilla a partir de 1821, de la que dan testimonio la abreviación de su relato y la discontinuidad de su crónica, es reveladora de esta división. Queda por saber si el enojo de Vargas era compartido por el núcleo de los antiguos.

Había, en fin, hombres venidos de horizontes considerados muy lejanos por la gente de los valles, algunos morenos de Buenos Aires y dos artilleros ingleses, tráfugas del ejército real, cuyas competencias técnicas parecen haber prestado servicios apreciables. Uno de ellos, un sargento que había adoptado el seudónimo de Carlos García, llegó a detener el avance del enemigo en un difícil combate en Lallave, el 19 de septiembre de 1817.²⁹ El otro, el teniente Santiago Eccles, un coloso escocés, aplasta el cráneo de un soldado del rey tomándolo por los pies y golpeándolo contra una piedra, lo cual suscita la admiración de todos.

El campo de la guerrilla tenía la apariencia de un conjunto de campamentos distintos, con la indiada aparte en sus propios refugios y, bajo cada tienda, hombres agrupados según su origen. Tal distribución obligaba al comando a desa-

28 *Ibid.*

29 JSV, p. 173.

rollar competencias lingüísticas. Las deliberaciones de las asambleas generales se desenvolvían en tres lenguas.³⁰ Antes del enfrentamiento, las instrucciones eran repetidas a los combatientes “en su propio idioma”.³¹ En el curso de su acción contra Lira, los conjurados debieron traducir al aymara sus acusaciones, proferidas en español y en quechua.³²

Hay que imaginar a la guerrilla bajo formas diversas: como un conjunto de fuerzas las más de las veces dispersas; como campos permanentes durante los cuarteles de invierno; en fin, como columnas en campaña, cada tropa bajo sus tiendas por la noche, con los indios siguiendo las marchas del pequeño ejército con sus bestias de carga –asnos, mulas y llamas–, así como con carneros y vacas destinados a la alimentación de las tropas. Cuando la División se instalaba en sus cuarteles, a fines de diciembre, venían a unirse a ella civiles. Se trataba de algunos artesanos –herrerros, carpinteros, armeros, especialistas en el metal, en la pólvora y en la madera– indispensables para el mantenimiento de las armas y que se instalaban en el pueblo en el cual el comandante establecía la maestranza: Mohosa, Cavari, Palca o Machaca.

La voluntad de alinearse de acuerdo al modelo de un ejército regular hacía adoptar a los diferentes grupos que lo componían el nombre de los cuerpos que formaban la estructura de los ejércitos –compañías, batallones, divisiones, cazadores, granaderos, dragones...–, siendo así que ni su nombre ni su equipamiento, ni su formación ni su ropaje, permitían confundirlos con los soldados profesionales. Así Vargas se obstina en designar bajo el nombre de División de los Aguerridos a lo que los registros de la República consideraron como un simple batallón.

Por falta de recursos, los hombres no usaban probablemente uniformes, Vargas no alude jamás a este detalle, salvo al final de la guerra, cuando Lanza hizo vestir a sus hombres por Pedro Antonio de Olañeta. Según lo que se llegaba a percibir con ocasión de los ataques a convoyes, los guerrilleros exhibían a veces una gorra con una medalla.³³ Si no era así, se contentaban con distinguir a los combatientes con lo que se tenía a mano, paja verde, tierra roja. Durante un encuentro en Cavari, el 16 de marzo de 1817, “las divisas de nuestra gente era una toquilla de paja verde, y de los enemigos pintado con barro colorado en los sombreros”.³⁴ Pero el hecho de que no se reconocía al adversario ni al amigo a la primera mirada ocasionaba

30 *Id.*, p. 206.

31 *Id.*, p. 335.

32 *Id.*, p. 190.

33 Un soldado del rey llama a un guerrillero “frontino” por esta razón, palabra que designaba a un animal con una mancha en la frente.

34 JSV, p. 143. En toda América el color del rey era el rojo, y el de los insurgentes variaba según las provincias; en México las tropas de Morelos habían escogido una escarapela azul y blanca, como en el Río de la Plata. Nada permite saber lo que significaba el verde que portaban los guerrilleros de los valles.

confusiones, ora favorables a los astutos que pasaban desapercibidos, ora funestos para los despistados que se equivocaban de campo.

Aunque el cronista era su jefe, el Diario no describe mejor la banda de música de la tropa que a los demás componentes de la guerrilla. Cuando se alista, en noviembre de 1814, Vargas es el primero y único tambor de la tropa. Haberle confiado estas funciones muestra que Lira abrigaba, en efecto, la intención de transformar a sus dieciséis compañeros en una verdadera fuerza de combate.³⁵ Al crecer esta, en efecto, el papel de la música se reforzó y Vargas se convirtió en tambor-mayor. En los ejércitos regulares, el tambor lleva un uniforme ostensible, a fin de que el comandante, de quien es indispensable auxiliar, pueda distinguirlo fácilmente en la confusión de los combates. Además, el tambor-mayor, que representaba, como el alférez, una especie de imagen de la tropa, era escogido por su prestancia: era necesario que fuese grande y robusto. Pero Vargas, que compartía la miseria de sus compañeros y que no era alto ni fuerte,³⁶ no se parecía en nada a los apuestos tambores-mayores de los desfiles de la victoria. Nada de hermoso uniforme ni grandes mostachos, y el tambor que atraía las balas era remendado con lo que se podía.³⁷ Sin embargo, su banda adquirió importancia al ritmo del crecimiento y de la diversificación de las tropas. En 1818, la banda ya contaba con seis pífanos, otros tantos tambores por lo menos e, igualmente, ya incluía clarines.³⁸ Era más de una veintena de músicos a los que dirigía Vargas, por medio de los cuales se transmitían las órdenes del comandante a la tropa durante el combate.³⁹ Nada se dice sobre la música que tocaban, pero, como los

35 Sobre el papel de los tambores en los ejércitos de la época, Georges Kastner, *Manuel général de musique militaire à l'usage des armées françaises*, París, Firmin Didot, 1848.

36 Todos los episodios en los que participa en el combate describen a un hombre ágil que corría rápido, capaz de saltar a la grupa del caballo de unos de sus compañeros y de esconderse fácilmente entre las hierbas y los rastros.

37 La manera en que Vargas describe los daños sufridos por su tambor y que llega a reparar sugiere que era de madera y de piel. Sin embargo, desde los primeros días de la liberación de La Paz, Lanza comanda una media docena de nuevos tambores para su regimiento, hechos de metal (“oja [sic] de lata”, CTP, 1825, libro 1).

38 Sobre los pífanos JSV, p. 207 y 211, y sobre los clarines p. 307.

39 A comienzos del mes de febrero de 1825, la banda del batallón de los Aguerridos se componía de 35 músicos:

	Plana mayor un tabour-major [José Santos]
	un tambor de ordenes
	un músico mayor
	un sargento 2° clarinete
	un chinesco
	un octavin
	un triángulo
Tropa	tres cornetas
	doce pífanos
	trece tambores
	(CTP, 1825, libro 1, exp.).

fundadores de la guerrilla habían aprendido el oficio de soldado en el ejército de Buenos Aires –cuando este conservaba las ordenanzas vigentes en el ejército español–, el siguiente documento, encontrado en los archivos nacionales de Madrid, puede dar una idea bastante justa de los toques de guerra que ordenaban la acción de la guerrilla de los valles.

Figura 35
Libro de la Ordenanza de los Toques de Pífanos y Tambores



“Libro de la Ordenanza Delos Toques de Pífanos y Tambores que se tocan en la Ynfant.a Espanola Compuestos por Dn Manuel Espinoza, 1767, para el uso del Sr Dn Martin Alvarez ayudante general de los reales ex.tos de su Magestad Cavallero del ord.n de S.nTiago”, Biblioteca Nacional, Madrid, M 2791.⁴⁰

Como Vargas era muy pudibundo, ignora la existencia de mujeres en los campos. Entre los realistas, ellas desempeñaban un papel que, después, se mantendrá por largo tiempo en los ejércitos de la República, el de “rabonas” que compartían la vida de los soldados. Ellas alimentaban a su compañero, partían en grupos a saquear las aldeas y las comunidades, se ocupaban del mantenimiento de las armas y, eventualmente, disparaban junto a los soldados. Pero la historia de la guerrilla escrita por Vargas excluye a las rabonas de los *vivacs*. No habría habido, pues, mujeres en los campamentos y cuando se habla de las vivanderas, se trata de mujeres casadas con vivanderos residentes en Oruro, que descendían del altiplano para reaprovisionar a las tropas reales. Si habla de las amantes del comandante Lira, sus dos “madamas”, es para decir que eran de la zona y vivían en sus respectivas casas. Lira las visitaba en sus haciendas, ellas no se inmiscuían

40 Esta copia me ha sido procurada por Marie-Ange Petit, quien merecería ser historiadora si no fuera la excelente percussionista de las Arts Florissants que conocemos.

con los demás hombres. El vocablo “madama” sugería, por lo demás, una cierta distinción. Una de las maneras que nuestro cronista encontró para desacreditar a Lanza fue evocar la presencia de su querida –una moza, no una madama–, Remigia Navarro, amazona que le seguía en sus aventuras.⁴¹ Pero, quizá, Vargas es verídico, tal vez no había rabonas junto a estos desenvueltos guerrilleros. Incluso un oficial como Pedro Zerda, soldado feroz y aguerrido, era capaz de preparar su comida: se le ve hacer alto en el camino y reunir “carne, papas, cebollas y otras cosas para aderezar un almuerzo”.⁴² No hay que olvidar que, pese a todo, el capitán Zerda pertenecía a una tropa mejor abastecida que, por ejemplo, el cuerpo expedicionario enviado al Paraguay bajo el mando de Belgrano, cuyos “víveres se reducían a ganado en pie, y toda [la] comida era asado sin sal, ni pan ni otro comestible”.⁴³

Si la tropa era bien tratada, el comando exigía mucho de ella. Las persecuciones incesantes y el terreno abrupto requerían una resistencia poco común. En un día, los hombres podían franquear pasos a más de 4.000 m para bajar luego al fondo de valles cálidos. En abril de 1817, Lira pide a sus hombres apostarse en uno de los cuellos de la cordillera de las Tres Cruces, el macizo más elevado de la región; “casi nos volvimos troncos de frío”, recuerda Vargas.⁴⁴

Figura 36
Cordillera de Quimsa Cruz



41 JSV, p. 323.

42 *Id.*, p. 353.

43 Manuel Belgrano, *Autobiografía*.

44 JSV, p. 153.

No todos los días no eran tan duros para los soldados y, tanto en la guerrilla como en el ejército regular, los hombres y los oficiales podían obtener una licencia. Ésta coincidía a veces con momentos de tensión en el seno de la guerrilla –los prudentes preferían esperar que la situación se decante– o, con más frecuencia, la licencia les permitía dedicarse a las labores en sus campos. A menudo, a partir de su instalación en el arriendo de Chacarí, Vargas se ausentó en la época de la cosecha y de labranza, y la regularidad del Diario se resiente a veces por ese alejamiento. La frecuencia de los permisos no se traducían necesariamente en un relajamiento de la disciplina, pero se nota que Lanza no dudó en reducirlos cuando reasumió el mando de la tropa Chinchilla. Al mismo tiempo, impuso a sus hombres un mayor entrenamiento.

Desde su primer capitán, la montonera había estado sometida a ejercicios: todo soldado debía conocer los gestos codificados que sirven para cargar un arma y repetirlos hasta que se hagan automáticamente, incluso en lo más intenso del combate; se aprendía a comprender las órdenes de batalla transmitidas por el tambor, a saber avanzar en formación abierta o cerrada, a recibir una carga de caballería sin romper filas... A ello se añadía la instrucción política, que consistía en comentarios de la prensa, de volantes o de las proclamas que llegaban al Alto Perú, generalmente desde Buenos Aires o del Cuzco durante el breve período de su revolución (1814-1815). Las fuentes españolas hacen alusión a la captura de documentos de este tipo con ocasión de las derrotas infligidas a los guerrilleros, pero no he encontrado sino referencia de que habían sido decomisados a las guerrillas de la zona de Chuquisaca o, en La Paz y Oruro, descubiertos en las casas de sospechosos.

Ciertos aspectos de la vida cotidiana de los guerrilleros han sido descritos en la introducción redactada por Gunnar Mendoza para la edición del segundo manuscrito. Me contentaré, pues, con recordar brevemente ciertos aspectos para satisfacer la curiosidad del lector. Cuando la tropa acampaba, el día se hallaba ritmado por los toques de la banda. Al salir el sol, la diana anunciaba la primera reunión; el tambor sonaba por última vez para la llamada que tenía lugar a las cinco de la tarde, una hora antes de ocultarse el sol.⁴⁵ En caso de riesgo de desertión, una vez pasada la lista, todos los hombres eran consignados en el cuartel. Apenas si podremos saber más sobre estos aspectos de la rutina militar.

En cambio, Vargas se detiene para describir el estado de ánimo de los combatientes y, muy a menudo, habla de sus emociones, de la cólera y la impavidez, de las lágrimas fáciles y la afición al alcohol. Sus percepciones obedecían a una teoría antigua de los humores, que ordenaba los afectos según eran fríos o cálidos. El hombre que se encuentra colérico, “acalorado”, pide que se le otorgue tiempo para calmarse, “resfriarse”.⁴⁶ Después de una traición o de un asesinato inicuo,

45 *Id.*, p. 217, “la llamada para lista de las 5”.

46 *Id.*, p. 216.

el culpable permanece fresco “como un tamarindo”.⁴⁷ Pero las más de las veces el calor prevalecía; en el combate, los soldados se lanzan desafíos.

[...] Regresa el comandante Andrade y Moya a carrera abierta, entonces también desafíale a Fabre en que se pare como buen servidor del rey, que los vasallos del monarca español no corrían:

— No sois soldado del rey, corredor, cobarde, pintor, que no había tenido brizna de cojones, más bien se atiente tal vez se le han entrado a la barriga.⁴⁸

Estas palabrerías pertenecían al registro corriente de intercambios entre los dos campos. Un realista en persecución de Bustamante va a pie para sorprenderlo. Interrogado sobre el hecho de que no tiene cabalgadura, responde que volverá montado sobre el caudillo.⁴⁹ Los guerrilleros, intimidados a rendirse, pues “el brazo del rey es invicto”, logran rechazar a sus perseguidores por el fuego: que el brazo del rey apague el incendio si puede...⁵⁰

Estos soldados de lengua suelta pasaban sin transición del furor al abatimiento. Algunos lloraban de rabia, como Lira al enterarse de la huida de un prisionero,⁵¹ o derramaban lágrimas de cocodrilo después de haber ordenado un asesinato.⁵² Otros lloraban de arrepentimiento por haber traicionado la causa de la patria⁵³ o de piedad al ver las atrocidades de la guerra.⁵⁴ Vargas muestra los mejores aspectos de su talento cuando describe la angustia de los asesinos de Lira que marchan, uno tras de otro, para alcanzar a su víctima. Se embriagan la noche misma de su crimen y no dejarán de beber hasta su muerte. Moreno, uno de los principales conjurados, es ejecutado en su embriaguez por el grupo de los vengadores al cual pertenece Vargas. Su cabeza fue expuesta sucesivamente en la plaza de cada uno de los pueblos. “Así se desapareció Moreno eternamente al mes y medio de que murió Lira”.⁵⁵ Esta muerte anuncia la de todos sus cómplices. Unas horas después de este asesinato, uno de ellos interroga a Vargas, un Vargas implacable que quiere vengar a su jefe también por la palabra:

47 *Id.*, p. 292, es la expresión empleada a propósito del dominico Claderas o del guerrillero Pedro Arias. Lanza manifiesta una frialdad idéntica después de haber mandado ejecutar a Chinchilla, p. 299.

48 *Id.*, p. 312.

49 *Id.*, p. 358.

50 *Id.*, p. 87: “Párenlo el brazo de su monarca para que apague siendo tan poderoso como lo dicen”.

51 *Id.*, p. 210.

52 *Id.*, p. 78 “Lira en Mohosa hizo que lloraba, se enlutó, y otras demostraciones de sentimientos hizo como el cocodrilo [...]”.

53 *Id.*, p. 95.

54 *Id.*, pp. 297, 281, 299.

55 *Id.*, p. 213.

— ¿Ya se dispidió de esta vida Moreno? ¿Cómo lo han dejado y cómo están?

Le contesté que no hacían cuatro horas que agarró el camino de la costa,⁵⁶ que dejaba encargo:

— Que usted le dé pronto alcance.

Sonriéndose me dice:

— Ay iremos despacio todos de uno en uno.

Se entristeció en el acto mudando de semblante.⁵⁷

El cronista no carecía de humor negro, pero sólo hay una risa en el Diario, y ella es cruel, el júbilo de un guerrillero que acaba de arrojar a sus enemigos a la creciente del Río Grande:

Un soldado nuestro, pardo, llamado José Manuel Flores, estaba conversando con dos soldados del enemigo (éstos suponiendo ser compañero que era de la división de La Paz, como había dicho Flores) en la orilla misma del río, y cuando se descuidaron un poco los empujó al agua: a los dos cargó el río, y finándose de risa él se corrió al monte.⁵⁸

Desertores y trásfugas

La duración y violencia de la guerra, la presión del peligro pero también la confusión y el entrelazamiento de los intereses favorecieron la práctica del transfuguismo, que existía desde hace mucho tiempo, pero que adquiere un nuevo ímpetu con ocasión de este conflicto. Se trataba de una forma de amnistía que ahorra esfuerzos a un ejército de pacificación. Con ocasión de la gran rebelión, algunos de los lugartenientes de Túpac Catari y las comunidades vencidas se resignaron a ella. El nombre del rey, el comandante hacía saber que tal día y en tal sitio debían presentarse todos los rebeldes, entregar sus armas y comprometerse a no abandonar nunca más el camino recto de la sumisión. A cambio de ello, no serían inquietados por sus acciones pasadas. A los rebeldes así neutralizados se les daba el nombre de “presentados”, es decir, los que se habían presentado con sus armas; en su mayoría, se trataba de combatientes ocasionales, pero algunos caudillos podían también optar por este tipo de amnistía.⁵⁹

56 La costa es la del Pacífico. El oeste, donde se pone el sol, es el territorio de la muerte.

57 JSV, p. 212.

58 *Id.*, p. 124.

59 F.X. Mendizábal, *op. cit.*, p. 144, 3 de noviembre de 1818. “En esta misma fecha se ha presentado a indulto el caudillo Eustaquio Mendez, que conmovió la provincia de Tarija en unión del caudillo Uriondo, entregándose con toda su numerosa partida y armas cuyos individuos se han retirado a sus casas y labranzas”.

En los valles en guerra, la práctica se extendió a los civiles, pero en el curso de un período tan largo no es posible establecer un cuadro preciso de las comunidades y aldeas que se presentaron y que aceptaron someterse. Se sabe solamente que, en ciertos momentos, en los que la guerrilla acosada se vio reducida a un puñado de hombres, todas las comunidades próximas abjuraron la causa. “Eramos solamente 27 hombres armados porque la indiada se nos había rebelado enteramente”,⁶⁰ escribe Vargas en junio de 1816.

Unas semanas o algunos meses más tarde, cuando la coyuntura se invertía, las fuerzas retornaban. Ello significa que, de buen o mal grado, la mayoría de los hombres de los valles habían cambiando de campo al menos una vez. Ello relativizaba la gravedad de las rendiciones. Como hacía notar el defensor de un oficial de la patria, al que Lira intentaba hacer condenar por haberse presentado a las fuerzas del rey, en los valles, todo el mundo coleccionaba certificados de amnistía de ambos campos.⁶¹ Estos documentos estaban redactados así: “Se ha presentado Fulano de Tal y queda indultado. Para que conste lo firmo”. Seguía la firma del comandante encargado de vigilar el pueblo al que pertenecía el arrepentido.⁶²

Hay que establecer, sin embargo, una distinción entre los aldeanos y los soldados. El desaliento acarreado por la larga duración de la guerra y la propia ambigüedad de este combate, que divide regiones y familias, incitaba a los combatientes a pasarse de un bando a otro. Una vez ingresado en la guerrilla, era difícil salir de ella sin traicionarla. Aun cuando los jefes de la guerrilla hubiesen respetado la voluntad de retirarse —tolerancia peligrosa cuando faltaban hombres—, los realistas no habrían dejado de vengarse en un hombre que ya tenían a su alcance. Había, pues, que proseguir la lucha, aun contra la propia voluntad, o pasarse a las fuerzas del rey. E incluso, en este caso, eran indispensables ciertas precauciones para no ir a parar ante el pelotón de fusilamiento, pues, a los tráfugas no sólo se les exigía arrepentimiento, sino también sus armas y las que habrían podido sustraer, así como informaciones. Bajo esta otra perspectiva, lo que podía parecer una práctica ordinaria la que, a veces, no podían evitar hombres obligados a proteger a sus familias y a sus bienes se convertía en una traición.

Los simples soldados no partían sin armas y en su huida trataban de hacerse acompañar por un compañero.⁶³ Los oficiales que se pasan al otro bando no par-

60 JSV, p. 86 y ss.

61 *Id.*, p. 181. El oficial tráfuga era Marcelino Castro, quien había sido uno de los caudillos más activos de los valles y de la zona próxima a los Yungas (entre Luribay y Suri) a lo largo de los años 1815-1817. Su paso a la causa del rey muestra el rigor de la represión que se abatió sobre los valles.

62 *Id.*, p. 271.

63 *Id.*, p. 275. “Un soldado de caballería Toribio Pérez (natural de Moquegua). Este despues de ser pasado de las tropas enemigas armado, se volvió a irse al mes y más se volvió a venir, lo indultó el comandante porque se vino trayéndose otra tercerola [...]”.

tían solos⁶⁴ y esa era su mejor garantía para ser perdonados y hasta ascendidos. Marquina, al preparar su paso a las tropas del rey, le dice a su cómplice: “No nos hemos de ir solos sino con gente armada”.⁶⁵

Así se explica la debilidad de los jefes de la guerrilla respecto a los oficiales poco confiables. Su decisión era difícil: debían amnistiario o ejecutar de inmediato al culpable, para evitar que se pasase al enemigo un oficial que conocía a fondo la guerrilla. ¿Podía el comandante permitirse castigar a hombres que, si se escapaban, se pasarían al enemigo con sus armas y con lo que sabían?

*[...] Uno que escapa cometiendo algún delito aquí o en cualquier dominio de la Patria no hace más que irse al enemigo para perseguir más a nuestra causa y no es más que tener otro enemigo en nuestra casa, que como del país y de dentro de nosotros anda de diestro, da noticia exacta de todo lo que sucede de entro de nosotros, la fuerza que tenemos y cuanto piensa hacer uno.*⁶⁶

El temor a ser fusilado incitaba a algunos –que no podían hacer otra cosa que rendirse– a convertirse en los peores adversarios de sus antiguos compañeros. Don Ángel Andrés Rodríguez representa en el Diario el modelo de guerrillero que ha traicionado a aquellos de quienes conocía perfectamente todas sus costumbres, escondites y recorridos, y de los que ha de ser así el perseguidor más eficaz. No obstante, después de haber librado durante dos años la lucha más implacable contra sus antiguos camaradas, regresó a la guerrilla y era un capitán tan temible que fue reintegrado con sus hermanos, sin la menor sanción, por el comandante Chinchilla⁶⁷ y luego ascendido por Lanza, quien le asignó gratificaciones después de la liberación de La Paz.⁶⁸ Llevaba el sobrenombre de “Huachalaco”, el Gran Gusano, el Dragón. De este modo había tránsfugas que se veían así protegidos, incluso ascendidos, por la debilidad del jefe. Y los antiguos de la guerrilla, los fieles, se volvían a encontrar a órdenes de un oficial que, anteriormente, había ayudado a sus perseguidores. En la guerrilla, a veces, la fraternidad de armas solía tener sus eclipses.

A partir de 1820, la guerrilla ofreció algunos atractivos a los soldados realistas que estaban ya hartos de la guerra sucia. En julio de 1821, cuatro oficiales, veintiocho soldados y un tambor del batallón de la Reina se unen a la guerrilla después del fracaso de su motín: ya se sabía que San Martín había desembarcado en el Perú y Lanza se había ganado la reputación de ser dueño de las provincias del interior.⁶⁹ Sin embargo, la esperanza de ver pronto el fin

64 *Id.*, p. 208.

65 *Ibid.*

66 JSV, p. 187.

67 TMV, p. 270 y JSV, p. 295.

68 ALP, CTE, 1825, libro 1.

69 JSV, p. 309.

de la guerra no impidió a algunos retornar a su cuartel de origen. Mariano Mendizábal, oficial del batallón de la Reina, refugiado en el seno de la guerrilla pero retornado al rey, escapa al pelotón de ejecución al que lo había condenado Lanza, sólo gracias a la intercesión de un sacerdote en el día de Santa Rosa, patrona de las Américas.⁷⁰

Volvamos al fichero de los oficiales, suponiendo que su actitud apenas si era diferente a la de sus hombres, ya que en su mayoría habían salido de la tropa. De los 109 que señala Vargas, 27 han cambiado de campo, 12 han desertado o se han extraviado en el curso de un combate y no han retomado su lugar o bien han pedido un permiso del cual no han regresado.

Figura 37
Oficiales trásfugas de la guerrilla, 1814-1824

Han cambiado de bando	Una vez	Dos veces	Del rey a la patria	De la patria al rey	De la patria a Olañeta	Han dejado la guerrilla
Número	23	5	15	12	5	12
%	21,10	4,58	13,76	11	4,58	11

Fuente: JSV, pp. 401-422.

Más de un cuarto de los oficiales cambió, pues, de opinión, y el 11% de ellos optaron por abandonar definitivamente la guerrilla.

Agreguemos a ello que 37, o sea más del tercio, murieron en el curso de la guerra, en combate, o bien ejecutados. Es con razón que el general Beaufre habla de las “fuerzas de la guerrilla, cuyo desgaste es terrible”.⁷¹ El hombre que podía dar testimonio de toda la duración de la guerra era un sobreviviente.

Antiguos combatientes

Acabada la guerra, ¿qué ha sucedido con estos hombres que habían pasado su juventud batiéndose sin sueldo alguno? La multiplicación de las guerras irregulares en el siglo XX ha hecho aún más común el problema de la reintegración de los antiguos guerrilleros y el ejemplo de América Central contemporánea muestra los riesgos que pueden representar para la paz civil si es que no ha habido preocupación por su porvenir. Los valles no parecen haber conocido este tipo de dificultades. En 1825, la mayoría de los guerrilleros supervivientes ha retornado a sus pueblos y a sus campos, y no les faltó trabajo. Pero la joven

70 *Id.*, pp. 342-343.

71 General Andrés Beaufre, *Introduction à la stratégie*, París, A. Colin, 1963.

República había contraído una deuda con aquellos que habían arriesgado su vida por su independencia: ¿cómo ha sido pagada?

En Europa, como en América, la época de las revoluciones de la independencia no ha sido avara en honores y en declaraciones de agradecimiento a los antiguos combatientes. Muy pronto se realizaron celebraciones fúnebres destinadas a rendir homenaje a los mártires de la libertad, muertos en combate o fusilados, y se multiplicaron las medallas y las menciones en favor de los valientes (ver cap. 13). Pero, en la mayoría de los casos, estos honores fueron dedicados a las fuerzas regulares, excluyendo de los mismos a aquellos que se identificaba como montoneros y se les reconoció, tan tardíamente, el derecho a una pensión que la mayoría de los supervivientes de la guerra ya había desaparecido. Tomemos el ejemplo de Chile: no fue sino por la Ley del 26 de noviembre de 1873 que el Parlamento chileno reconoció el estatus de antiguo combatiente y concedió una magra pensión a los que aportasen prueba de haber sido parte de los ejércitos de liberación.⁷² Los miembros de las milicias y de la guardia civil, que se habían enfrentado a las contraguerrillas realistas y a los montoneros durante la “guerra a muerte”, no tuvieron derecho a ningún reconocimiento.⁷³ Los soldados y oficiales que habían participado en la lucha contra las guerrillas del sur no fueron aceptados o no fueron incluidos en los beneficios de la ley sino en virtud de su participación en otros combates, como miembros del ejército regular.⁷⁴

En este campo, la República boliviana se mostró más generosa, ya que, desde 1826, un decreto reconoció el derecho de los antiguos combatientes a gozar de una pensión sobre los montepíos, los fondos de beneficencia y los bienes de los conventos que acababan de ser nacionalizados.⁷⁵ El decreto estaba redactado de tal manera que el beneficio de una indemnización era concedido a los que habían

72 ANC, Ministerio de Guerra, vol. 735. Otros decretos fueron promulgados desde 1836, pero no se referían sino a ciertas campañas. El decreto de 1873 agrupaba bajo la misma denominación a todos los combatientes de los diferentes ejércitos de la guerra de independencia: “los jefes, oficiales e individuos de tropa que sirvieron en el ejército o en la armada bajo la bandera de la república dentro del periodo comprendido entre el 18 de septiembre de 1810 y el de enero de 1826”.

73 ANC, Ministerio de Guerra, vol. 736. “En la discusión que hubo en el Congreso sobre este asunto, como lo indica el informe precedente y lo recuerda el que suscribe, sólo se tuvo en mira remunerar a estos servidores y de ninguna manera a los que pertenecían a la guardia cívica, los cuales si prestaron algunos servicios fué accidentalmente y no tienen parangón con los de aquellos” [El fiscal de Hacienda, Sr. Lira al Ministro de Guerra, Santiago, 6/03/74].

74 Sobre estos cuerpos de combatientes, ANC, Ministerio de Guerra, vol. 39, 1817. Partes de guerrillas.

75 Ley de 30 de diciembre de 1826. Asignación a los generales Lanza y Urdidinea y a los jefes y oficiales que sirvieron a sus órdenes, en compensación de sus servicios; requisitos para obtenerla. Archivo del Congreso, La Paz, Fondo Senado, Montepíos de excombatientes.

peleado bajo las órdenes de dos hombres, los generales Lanza y Urdidinea, el primero para las fuerzas del interior, el segundo para aquellos que habían servido en las de San Martín.⁷⁶

Los oficiales antiguos, combatientes de la guerrilla de los valles, tales como Vargas, disfrutaban así de una recompensa si lograban probar que habían servido bajo las órdenes de Lanza. Como el sueldo de estos antiguos combatientes era financiado por los fondos locales, sus expedientes se han dispersado y no es fácil averiguar cómo exactamente se reconocieron sus derechos. Los archivos municipales de Cochabamba han conservado cinco de ellos.⁷⁷ Su monto era importante, pues ascendía a cerca de 500 pesos, y podían reclamar 2.600. Parece que ninguno de los que se beneficiaron con el reconocimiento de la República eran amigos de Vargas. Ninguno de ellos aparece en su lista y con excepción de uno solo, Pedro Bascopé, que aparece con frecuencia en el Diario como uno de los principales oficiales de Lira y después de Chinchilla, no se encuentra su huella en ninguno de los índices de ambos manuscritos. Conociendo la propensión de Vargas a ajustar cuentas haciendo desaparecer de su obra a aquellos que se hallaban en deuda con él, no se puede sacar ninguna conclusión sobre la forma en que la República recompensó a sus defensores de los valles. Parece que incluso él mismo no percibió nada y no he encontrado ningún indicio de las recompensas a las que los capitanes indios habrían podido aspirar.

Además de estas pensiones, se pagaron gratificaciones a los antiguos guerrilleros. Éstas obedecieron al capricho del general en jefe, Lanza, el cual, desde su entrada en La Paz, emprendió la tarea de recompensar a una parte de sus hombres. Los elementos de que se dispone no permiten ninguna conclusión respecto a los criterios a que obedecieron estas recompensas. Así, Lanza hizo pagar 20 pesos de gratificación tanto a Ángel Andrés Rodríguez, antiguo y temible tráfuga, como a Julián Paez, del cual Vargas se expresa muy bien.⁷⁸ Fernando Tercero (o Terceros), otro beneficiario de una gratificación de 8 pesos,⁷⁹ aparece en el Diario en combate, pero desaparece de la lista final de oficiales: Vargas lo ha excluido de ella, pues, al igual que en el caso de Pedro Bascopé, participó en la aventura gamarrista de 1828. En fin, parece incluso que la más importante de tales gratificaciones, dejadas al criterio del general, fue pagada a uno de los

76 La carrera militar de José María Pérez de Urdininea se asemejaba a la de José Miguel Lanza: se había unido a las filas patrióticas desde la llegada del primer cuerpo expedicionario argentino, luego, después de haber participado en la batalla de Guaqui, en 1811, se había replegado a la región de Salta y había servido en el ejército del Alto Perú bajo las órdenes de Rondeau en Tucumán, más tarde bajo las de Güemes en Salta, y mientras que Lanza tomaba el comando de los valles, en 1821, se mantuvo en el norte argentino como gobernador de San Juan.

77 ACM, Expedientes republicanos, vol. 8, exp. 1, Asignaciones militares en recompensa a servicios prestados en la guerra de la independencia.

78 ALP, CTP, 1825, libro 1, exp. 37, 10 de febrero de 1825.

79 *Ibid.*

perseguidores de los guerrilleros y asesino del capitán de Morochata, Pedro Álvarez: Manuel Antezana, alias el Ronco, quien percibe 60 pesos por haber llevado un correo a Cochabamba.⁸⁰

El mismo José Santos Vargas habla de las montoneras como de un estatus inferior al del ejército regular. Siendo así, todo transcurre como si la sangre derramada y la dimensión del sacrificio en este combate sólo podían dar a la guerrilla la honorabilidad que le faltaba, borrar de alguna manera la mancha resultante de la guerra irregular y de haber podido existir gracias a las comunidades indígenas.

80 *Id.*, 12 de febrero de 1825, y JSV, pp. 175-176. Se trata probablemente del mensaje transmitido por Lanza a la guarnición de Cochabamba, Cuartel general de Yanacachi, 18 de enero de 1825. MI, N° 11, 1825, correspondencia entre Lanza y Sucre.

CAPÍTULO 11

Génesis del caudillo

El programa que se había fijado Vargas era escribir la historia de los valles bajo el mando de los jefes de tropas rebeldes que habían combatido en ese terreno. Una vez más, habrá que subrayar en qué medida este punto de vista desvía el relato de los acontecimientos. Desde ya, Vargas no miente ni trampea con la realidad, pero no quiere comprender la guerra sino a través del prisma de un relato ordenado en función de los actos y de la personalidad de los caudillos.¹ Además, sólo preserva el recuerdo de algunos de estos comandantes, haciendo pasar a todos los demás a segundo plano e, incluso, olvidando la existencia de algunos de ellos. Mientras que Vargas no habla sino de cuatro –e incluso uno de ellos, Santiago Fajardo, no ocupará sino por algunos meses el primer plano de la escena–, los expedientes de los archivos así como las memorias de los oficiales realistas y de los virreyes registran no menos de unos veinte caudillos activos en los valles, y hablan de Eusebio Lira, el héroe cuya sombra planea sobre el Diario con pocas líneas: “el caudillo Lira que era uno de los que hostilizaban los alrededores de aquella ciudad”.²

Al optar por este procedimiento selectivo, el Diario de Vargas representa una de las fuentes que contribuyen a hacer del caudillo el principal actor de la lucha por la independencia. Se trata de una elección literaria y partidaria, puesto que, en la época misma en que vivió José Santos Vargas, era posible contar la historia de los valles de una manera bien diferente. Es, sin embargo, su camino el que emprendemos y, como el tema de mi obra no es la guerra de la independencia sino lo que ha podido decir de ella un habitante de los valles, ciudadano oscuro dotado de talento y de coraje, dedicaré este capítulo a tratar de sus héroes.

1 JSV, p. 10.

2 *Memoria del virrey Joaquín de la Pezuela, op. cit.*, p. 325.

En efecto, se trata del heroísmo. El destino de algunos hombres que han seducido al cronista le ha de permitir evocar valores y posiciones que los nuevos tiempos –y los regímenes que son producto de la voluntad popular– habrán de dejar en el olvido. El amor a la guerra y la valentía, ese coqueteo con la muerte y el sacrificio, mira hacia un pasado aristocrático ya fenecido. Tocqueville tiene razón al escribir que las sociedades democráticas que ostentan valores pacíficos están destinadas a dar la espalda a las virtudes guerreras. Ello no impide que Vargas reserve sus pasajes más brillantes a las acciones de los capitanes y a su muerte ejemplar. Entre los episodios mejor cincelados figuran el destino de Lira y su lastimoso fin, seguido por el castigo de sus asesinos; o, también, la dura experiencia de Chinchilla perdido en un abismo y apelando a la muerte; la captura de Andrés Simón, denunciado por Judas; los últimos momentos de Julián Gallegos, que marcha ciegamente al encuentro de su destino; el fin de Miguel Mamani, quien, una vez más, se ha embriagado en demasía y se ha hecho tomar preso “por causa de la chicha...”.

Uno de los efectos de la crónica es dar títulos de nobleza a hombres a los que su estatus colocaba en lo más bajo de la escala en la antigua sociedad. El virrey Joaquín de la Pezuela lo expresaba sin ambages:

Su clase era la más oscura, pues Camargo, Umaña, Cárdenas, Padilla, Betanzos, Arévalo, Mena y otros eran indios y mestizos que jamás habían tenido más empleos que el de sacristanes en su lugar. Zárate,³ Cardozo y otros aunque blancos eran de la clase baja, y Arenales y Warnes aunque de mejor nacimiento (el primero natal de Burgos),⁴ no podían esperar buena suerte.⁵

La guerra de la independencia había ofrecido posibilidades de promoción inéditas a hombres que, sin ella, habrían quedado ligados a la gleba o habrían limitado su ambición a un empleo mediocre en el ejército real o en las milicias provinciales.

A través de su proyecto hagiográfico, cuyas consecuencias son ciertamente discutibles, Vargas se interrogaba sobre la manera con la que se había impuesto el liderazgo de estos capitanes y sobre los fundamentos de su poder. Seguiremos su manera de contar: cómo accedieron al comando, cómo lograron imponerse sobre sus hombres eliminando a sus rivales; luego, examinaremos ciertas dimen-

3 Se trata del dirigente indio de una tropa indígena y no del aristocrático teniente coronel Zárate, que no aparece en los archivos españoles a pesar del papel determinante que pudo desempeñar al comienzo de la guerra.

4 Primera ciudad noble de España y primer rango en las Cortes. El simple hecho de ser originario de Burgos es una dignidad. A este respecto leer de M.-D. Demélas y J. Montemayor, “Noblezas ciudadinas, de España a América”, en *Villes en parallèle*, número especial, “Villes hispaniques, de Séville à Lima”, París, Presses de l’Université de Paris-X, 1997, pp. 79-99.

5 *Memoria del virrey Joaquín de La Pezuela*, op. cit., p. 64

siones de la dominación carismática de la que pueden servir de ejemplo. Pero, antes de emprender estos diferentes análisis, tratemos de conocer el vocablo que designaba a estos hombres.

La palabra “caudillo”

¿Cómo y cuándo Vargas emplea el término de “caudillo”? En el conjunto del Diario aparece 24 veces,⁶ 20 en las formas caudillo o caudillos, y 3 en la del verbo “acaudillar” en su forma activa y adjetivada. Las palabras “caudillo” y “acaudillar” eran empleadas corrientemente en el universo hispánico. El diccionario de Covarrubias Orozco (1611) lo atestigua,⁷ así como lo hace el hispano-francés de César Oudin (1675), que traduce caudillo por *chef, capitaine* (jefe, capitán).

Inteligencia, audacia y don de comando: las connotaciones del vocablo parecen positivas en la lengua clásica. Sin embargo, una obra que hace un empleo generoso de las metáforas y del vocabulario militares, los *Ejercicios espirituales* de Ignacio de Loyola, no emplean la palabra “caudillo” sino para designar los ejércitos del mal: Cristo es un capitán general, Lucifer es un caudillo que combate a la cabeza de los ángeles caídos y rebeldes.⁸

¿Qué sucede en el Diario? Caudillo y acaudillar sirven para designar principalmente a los dirigentes de las guerrillas (19 casos). En plural –los caudillos–, no designa sino a ellos; pero en singular, Vargas lo emplea también a propósito de capitanes realistas colocados a la cabeza de tropas únicamente formadas por indios. Así, pues, el caudillo no defendía solamente la causa de la independencia, sino también se encontraba en el campo adversario.

Por otra parte, Vargas no utiliza esta palabra como un vocablo neutro y menos aún para expresar el valor de los dirigentes patriotas. A menudo se trata de palabras pronunciadas por realistas que transcribe Vargas. Parece que el epíteto, reivindicado más tarde hasta por “presidenciables”, era, en aquel entonces, considerado por todos como despectivo. Vargas atribuye su invención y uso a las tropas de pacificación, como sinónimo de “jefe de rebeldes”.⁹ La palabra emplea-

6 Más seis veces en la copia de una carta de Joaquín de la Pezuela del 12 de diciembre de 1813 que transcribe Vargas.

7 “Caudillo significa el guidor de la hueste, quasi capdillo, a capite, de donde también se dixo capitán, que significa lo mesmo; *vel caudillo, quasi cavens alium*, porque ha de cuidar de toda su gente. De las cualidades del que ha de ser cabdillo habla la ley 4, tít. 23, par. 2, y dize allí la glossa de Montalvo, verbo cabdillo: *Assumatur talis in duces guerrae, qui scientiam et intellectum habeat, hoc officium exercendi. Acaudillar, capitanear gente de guerra*”.

8 “[...] Toda aquella región de Hierusalén, adonde el summo capitán general de los buenos es Christo nuestro Señor; otro campo en región de Babilonia, donde el caudillo de los enemigos es Lucifer”, en Ignacio de Loyola, *138ª anotación para tomar alguna inteligencia en los ejercicios espirituales...*

9 JSV, p. 362.

da por el adversario comenzaba a ser empleada como desafío por los patriotas: esta apropiación, que asoma ya en el Diario,¹⁰ eliminó progresivamente la carga negativa que portaba esta palabra.

Pero entre 1814 y 1825, en los Andes, el término “caudillo” no designaba sino a un dirigente de tropas formadas principalmente por indios, cualquiera que fuese la causa por la cual se batía, la del rey o la de la patria. Y es probable que el fuerte componente indígena de esta guerra civil agravase la connotación peyorativa del epíteto. Los oficiales realistas, que no olvidaban las grandes revueltas indias que, no hacía mucho, habían hecho vacilar el poder español, habían espontáneamente asimilado a los revolucionarios con los sublevados. En rigor, Vargas no llamaba a Lira un caudillo, sino “el comandante don Eusebio Lira”. Lo mismo sucede en el caso de Fajardo, Chinchilla o Lanza.

Cómo se llega a ser jefe

¿Por qué se impusieron estos hombres y no otros? Evidentemente, no existe respuesta a una pregunta tan mal planteada como esta. Se puede, sin embargo, volcar la atención hacia otros capitanes que también habrían podido ocupar el primer plano de la escena, pero que se quedaron en el segundo. Cercanos a Lira y a Chinchilla, dos de entre ellos, particularmente activos, habían encabezado a jinetes indios, mitad soldados, mitad bandidos y asolaban los caminos en busca de un buen golpe. Se trata de José Benito Bustamante, a cuya audacia ya me he referido, así como a sus límites, y de José Domingo Gandarillas, hijo de un notable revolucionario de Cochabamba, quien prefirió hacer la guerra como la entendía antes que aceptar la disciplina que exigía un proyecto más vasto. El primero se plegó sin dudar a las órdenes de Chinchilla, del cual fue fiel lugarteniente; el segundo preservó hasta su muerte su independencia. Dos otras clases de capitanes merecen también algunos comentarios: aristócratas e indios.

Los señores de la guerra

La guerra de independencia conoció una dimensión aristocrática sobre la cual apenas si se ha insistido, incluso si a veces se evoca, como excepciones, la República de los marqueses de Quito (1810-1812) o los complotos de la nobleza limeña durante los años 1810-1821. En esta guerra civil, que afectó a todas las clases, algunos aristócratas abrazaron el partido de la revolución. En los valles, el primer comandante fue –muy naturalmente, se podría decir– José Buenaventura Zárate, quien había sido nombrado teniente coronel por Rondeau, pero no por sus hechos de armas ni por sus cualidades de estratega: era oficial de milicias, es

10 *Id.*, p. 332.

verdad, pero sobre todo tenía como padre al marqués de Montemira. Al sur de la Audiencia de Charcas, el marqués de Tojo, Juan José Fernández Campero, heredero de una de las más vastas encomiendas de América, había formado su propio ejército y contribuyó a cerrar la frontera norte de Argentina a las fuerzas realistas. Como en Quito, donde el fenómeno se hizo evidente cuando los principales linajes de la ciudad tomaron parte activa en su revolución, la guerra de independencia del Alto Perú habría podido quedar librada al servicio de los señores de la guerra, dueños de las tierras, amos de los hombres que conducían a sus peones al combate cumpliendo el sueño de los primeros adelantados: el de disfrutar de sus dominios sin someterse a la autoridad de un centro político.

Como en la provincia de Jujuy, una parte de cuyos habitantes participaban en la guerra en cuanto vasallos del marqués de Tojo,¹¹ los valles habrían podido convertirse en feudo del teniente coronel Zárate, cuya autoridad natural era aceptada por Buenos Aires y cuya familia ocupaba las más altas funciones en el Virreinato del Perú. Machaca, el principal cuartel general de la guerrilla, estaba situada en su mayorazgo. Así, se puede imaginar una diferente historia de la independencia boliviana: en 1821, en el momento en que el marqués de Montemira, al cual el virrey La Serna había colocado a la cabeza del cabildo de Lima, recibía al general San Martín victorioso y tomaba parte a su lado en las ceremonias de la declaración de la independencia del Perú, el hijo del marqués, convertido en general de las tropas del interior, habría desempeñado el comando general de las fuerzas de liberación. En realidad, el marqués de Montemira ocupó efectivamente en la ciudad de los Reyes ese cargo en el primer rango, pero su hijo permaneció en la sombra y acabó la guerra sin participar en los últimos combates.¹²

En el Alto Perú, la independencia no fue acreditada a los grandes linajes. Bastó para ello que Zárate no reuniera las cualidades requeridas para imponerse como caudillo –le faltaba aparentemente audacia y fuerza–, mientras que un oscuro cabo formado en el ejército de Salta, un misti de Mohosa, Eusebio Lira, tenía el coraje y la inteligencia táctica que necesitaba la guerrilla para poder sobrevivir. En un caso como este, se puede medir cuánto podía influir la calidad de un individuo en el curso de los acontecimientos.

En los valles, las fuerzas de las comunidades indias, en las cuales se apoyaron Lira y después Chinchilla, quienes no eran, por lo que se sabe, grandes propie-

11 Las fuentes realistas hablan de “los estados del marqués de Tojo”, y no disimulan que Fernández Campero controlaba la región porque era señor de sus habitantes. F.X. Mendizábal, *op. cit.*, pp. 125-126.

12 Hasta 1821, el marqués de Montemira se comportó como toda la aristocracia limeña, a veces crítica frente al virrey, pero que no por ello dejaba de pagar sus contribuciones de guerra (Cristina Ana Mazzeo de Vivó, “El comercio internacional en la crisis de la independencia de América”, en *Los comerciantes limeños a fines del siglo XVIII. Capacidad y cohesión de una élite, 1750-1825*, Pontificia Universidad Católica del Perú, 1999, Lima, p. 9).

tarios, marcharon a contracorriente del orden antiguo, imponiendo, en varias ocasiones, tanto su manera de ver la guerra como sus candidatos al comando.

Los caudillos indios

Ciertos individuos habían salido del marco de las sociedades indias para convertirse en capitanes de guerrillas. Vargas muestra un interés particular por algunos de ellos, cuyo retrato traza con cuidado y cuyo funesto destino cuenta. El principal capitán de los indios, Andrés Simón, el menos célebre Julián Gallegos, Pedro Alvarez, combatiente de la primera hora, Fermín Mamani el bandido, el truculento Miguel Mamani, el popular Mateo Quispe¹³ o Pedro Zerda, quien no sospecha que prepara su última comida en medio de los enemigos...¹⁴ Todos estos hombres son tratados por el cronista como verdaderos héroes a los que dota de una historia propia, cuyo epitafio redacta y que destina a la inmortalidad literaria.

Estos personajes de fuerte vitalidad y de verbo florido ofrecían abundante materia, presta para ser escrita. Es en este grupo en que se observa una fuerte propensión a dotarse de grados y títulos pintorescos. Entre los caudillos de tropas de la zona de Cochabamba, Manuel Roxa, alias Curito, se había nombrado coronel; Melchor Quitón era comandante general; Pedro Ponde se decía auditor de guerra del caudillo Serna. En el altiplano, el capitán Chorolque había tomado el título de “comandante general de la puna”.¹⁵ Durante el siglo XIX, se volverá a encontrar este gusto por los grados arbitrarios y pomposos por parte de los dirigentes indios de diferentes levantamientos. El coronel Wilka, en tiempos de Mariano Melgarejo, o Juan Lero “presidente de la república de Peñas” durante la guerra civil de 1899, son dos ejemplos entre otros. En la época de la gran rebelión, Túpac Katari y su mujer Bartolina Sisa exigían que se les tributasen los honores debidos a la pareja virreinal. Sobre los dirigentes indios que se dio la guerrilla nos extenderemos más en el próximo capítulo.

Los tres hombres que van a conducir la guerrilla de los valles no son ni aristócratas, a pesar de que Lanza sea hijo de buena familia, ni indios salidos de las comunidades, a pesar de los estrechos lazos que Lira y Chinchilla mantienen con ellas. Lira es un mestizo de Mohosa. Sin duda poseía algunos bienes, pero su alistamiento hizo que los perdiera. Por su familia, estaba vinculado tanto con criollos de Oruro como con un cacique y un vecino de Mohosa. Ha viajado por el país y ha servido en los ejércitos de Buenos Aires. Chinchilla parece aún más anclado en el terruño indio, a pesar de que era originario de Tapacarí; participó en la guerra, desde sus primeros días, con los insurgentes de Cárdenas y de Cáceres en el altiplano y en los valles, no ha conocido el ejército de los porteños en

13 JSV, pp. 329-330.

14 *Id.*, p. 353.

15 F.X. Mendizábal, *op. cit.*, pp. 149-150.

Salta, se ha quedado en Charcas, y se ha batido siempre junto con tropas indias. Sin embargo, posee alguna cultura y se revela capaz de citar *El Quijote*. No sé nada sobre su fortuna ni sobre su familia. José Miguel Lanza procede de otro universo: familia rica, buena educación, sólida fortuna, altas relaciones, pero nada que lo pueda igualar a los marqueses de Lima o de Yavi.

La historia de tres comandantes

Ejercer el comando de la guerrilla exigía dar unidad a una formación múltiple, asegurar su comando militar –táctico al principio y estratégico después de 1815–, imponer disciplina a tropas reacias, administrar justicia en una época agitada, asegurar la administración de las zonas liberadas que no querían someterse a una autoridad, y controlar sus recursos y a sus dirigentes.

Lira crea la función

Corresponde a Eusebio Lira la tarea de inventar la guerra de guerrillas. Conocía su universo y sabía estimar el peso y habilidad de cada rival: construyó los apoyos más sólidos de la resistencia, anclados en las comunidades, y se impuso como el principal dirigente de los valles. Reveló ser también un soldado notable; tuvo necesidad, a pesar suyo, de pensar en una estrategia a gran escala, para toda la zona que se denominaba el interior. Cuando midió la amplitud y los riesgos que le esperaban, a fines de 1815, pensó de inmediato en rendirse.

Observemos la manera en que Lira se impuso a los demás capitanes, ya sea sometiéndolos uno después de otro, ya sea imponiéndose de golpe a todos ellos. Durante todo el período de su comando, a pesar de su habilidad y de su resolución, Lira no conoció tregua.

He aquí dos ejemplos de la manera como se las arregló para conquistar las tropas que combatían aisladas, independientes unas de otras. Para empezar, la de Francisco Carpio, capitán natural de Vallegrande, que había encontrado refugio en los valles después de la muerte de Ignacio Warnes. El 4 de enero de 1817, cuando los valles se encuentran sometidos, una vez más, al acoso de las guarniciones realistas, algunos capitanes, de los que forma parte Carpio, han preferido actuar solos, pensando tener así mayores posibilidades de escapar al cerco. So pena de perder autoridad, Lira no puede dejar impune tal insubordinación. Hace rodear por sus hombres la capilla de Chiarota, un lugar cercano a Cavari, donde Carpio se había establecido con su tropa. Desarma a los soldados, dándole a cada uno un peso, y recuerda al capitán sus compromisos:

— *Yo soy el jefe nombrado por la junta de todos los oficiales y por usted mismo, señor Carpio. Bajo su palabra de honor y un juramento sagrado se comprometió a estar bajo de mis órdenes.*

[...] ¿Cómo no vino usted a auxiliarme conforme le previene venga por la retaguardia del enemigo a la acción del 29?

Por último le dice que se reúnan ambas tropas y que anden junto; que Carpio se coloque de segundo jefe. [...] A esto dijo Carpio que se reunirán ambas tropas sí, pero que la gente estará siempre a las órdenes de cada uno.¹⁶

Se enfrentan dos concepciones de la guerra, Carpio tratando de preservar la libertad de acción de cada capitán, Lira actuando con el fin de unir a la todas las bandas en una sola tropa bajo sus órdenes. Lira es elocuente, sus fuerzas son las más numerosas, los hombres de Carpio están desarmados: Lira las empuja a pronunciarse. Todos aceptan pasar bajo su comando, es decir, 22 hombres a caballo. Carpio, ya solo, se hará capturar por las fuerzas reales unos días más tarde y acabará fusilado.¹⁷

Con Chinchilla –el cual llegará a suceder a Lira jugando la carta de la continuidad y haciéndose pasar por su heredero–, las relaciones fueron igualmente difíciles. Unos meses después de haberse desembarazado de Carpio, Lira decide someter a Chinchilla.¹⁸ Las fuerzas de este último son las más importantes de la guerrilla después de las de Lira: a fines de mayo de 1817, cuenta en Palca con 25 jinetes provistos de armas de fuego y 180 indios, probablemente lanceros, bajo las órdenes de su jefe, don José Benito Bustamante. Lira aprovecha que Chinchilla se ha ausentado a Yani con una pequeña escolta, para desarmar a Bustamante y a los 18 soldados armados de tercerolas, cuyo mando asume por ausencia de su jefe. La táctica es la misma que la empleada con Carpio, pero con menor éxito, pues las fuerzas de Chinchilla se demuestran más fieles a su jefe. Cuando, dos días más tarde, Bustamante va a reunirse con Chinchilla, ha podido conservar a doce de sus hombres, ya que seis decidieron quedarse con Lira. En noviembre, Lira vuelve a la carga, tratando esta vez de ganarse a Bustamante, al cual nombra capitán de dragones.¹⁹ Lira muere un mes más tarde, en diciembre de 1817, sin haber conseguido desarmar a Chinchilla.

A fines del año 1815, el aislamiento de los valles, el cerco de las montoneras por las fuerzas reales y sus propios rencores contra Lanza habían empujado a Eusebio Lira a emprender negociaciones con los realistas. Al cabo de algunos meses retorna a la causa patriótica, pero de ahí en adelante el temor por su vida y por las conjuras dentro de sus propias tropas han de llevarlo muy lejos por la vía de la violencia y del terror. Procede a ejecuciones sumarias, condena a muerte a algunos de sus lugartenientes, amenaza con diezmar a la tropa. Desde el punto de vista de sus compañeros de armas, Lira representa un doble peligro: si ha pensado en traicionar una vez, puede reincidir, y el temor al juicio de sus subor-

16 JSV, p. 120.

17 *Id.*, pp. 131-132.

18 *Id.*, pp. 163-164.

19 *Id.*, p. 177.

dinados le lleva a sospechar y a matar a sus próximos. Oficiales de la compañía de los cuzqueños aprovechan la situación para apoderarse del comando. Fabrican pruebas de la traición de Lira y encuentran a un hombre de paja testafarro para dispararle. Mientras el comandante agoniza, abandonado en una de las tiendecillas que daban a la plaza de Palca, sus oficiales proceden a designar el nuevo comandante, Santiago Fajardo. El gobernador de Oruro informa al comandante realista de “*haber sido asesinado el caudillo Lira por sus mismos compañeros, irritados contra él porque quería pasar por las armas a uno de ellos*”.²⁰

Fajardo ignora a las fuerzas indias

Santiago Fajardo, quien ha nacido en Chile, ha residido por largo tiempo en el Cuzco, cuyos archivos ya lo muestran como oficial de las milicias de Abancay treinta años antes.²¹ En el momento en que comienza la acción en el Diario reside en Charcas, donde es propietario de haciendas y de minas en unos valles próximos a Cochabamba. No he podido hallar las razones ni los medios por los cuales se desplazó de Chile al Cuzco, de Abancay a los valles. ¿Adquisición de tierras, matrimonio, herencia? No se sabe. Su yerno es el oficial Pedro Marquina, que se unió a la tropa de los valles después de la derrota de la revolución del Cuzco y, cuando el primer cuerpo expedicionario argentino avanza en el Alto Perú, a fines de 1810, Fajardo es ya considerado como uno de los notables patriotas de los valles.

No se sabe si tomó una parte activa en la conjura que logró eliminar a Lira, pero su yerno fue uno de los principales instigadores de la misma. Fajardo forma parte de los personajes con los que Vargas no simpatiza. Las palabras y actos que le atribuye a lo largo de todo el Diario le hacen aparecer como un hipócrita y un veleidoso. Cuando Lira aún no había muerto y nadie trata de socorrerlo, Fajardo se apresta a la designación de un nuevo comandante, sin dejar de deplorar:

*Lo que hay de sentir por ahora es que a sangre fría se ha cometido este hecho tan horrendo con un comandante de méritos valiente y feliz en el servicio de la Patria pero en la actualidad hombre desgraciado. ¿Y qué dirán los jefes principales de Buenos Aires?*²²

Su yerno, que le deja proseguir con sus consideraciones fuera de lugar sobre la desdicha de esos tiempos, retoma la palabra para recordar a los conjurados que hay que cortar de raíz las murmuraciones de la tropa, entre la cual Lira no había perdido su popularidad.

20 F.X. Mendizábal, *op. cit.*, p. 136.

21 AGS, secretaría de guerra, 7119, exp. 23, 1791. Fajardo era en este año subteniente de la compañía de granaderos del primer batallón de milicias de Abancay.

22 JSV, p. 193.

No nos resta otra cosa que nombremos en este acto a un jefe que se haga cargo de la División que tanto importa, antes de que tomen otro semblante los soldados y oficiales [...] incrédulos [...]. A este dicho aceptaron todos unánimes y nombraron a don Santiago Fajardo de comandante en jefe de todo el Interior.²³

Fajardo presta entonces juramento sobre el sable de Lira que, de ahí en adelante, le pertenece. Su comando no durará más de tres meses. En el plano literario, en el que Vargas se supera en un registro shakesperiano, los conjurados se hunden en el alcohol y la angustia, desgarrándose hasta el punto de hacerse ingobernables. Y no son las palabras lenificantes de Fajardo las que conseguirán apaciguar a estos sujetos fuera de sí. En el plano militar y político, el nuevo comandante se muestra inadaptado a este universo muy poco “caballeresco”. Presume de integridad, cuando se ha aprovechado de las bajas maniobras del clan de los cuzqueños, y no aprecia en su justo valor a las tropas indias, a las que desdeña y teme. Continúa actuando como si se aplicasen las leyes del antiguo régimen, mientras la guerrilla inventa otras muy diferentes. Cuando es depuesto del comando, después de la ejecución de su yerno Marquina, pide que se le entregue un certificado de buena conducta, como si se tratase de un juicio de residencia,²⁴ y habla de dar cuenta del golpe de fuerza de Chinchilla a los superiores, no se sabe cuáles.

En marzo de 1818, Fajardo desaparece para siempre de la crónica. Sin embargo, su ficha revela que volvió al servicio bajo el mando de Lanza, pero para Vargas ya no existe. En el momento de desvanecerse, las últimas palabras que dirige a su sucesor, Chinchilla, contienen amenazas y una advertencia:

Al poco rato se asoma y dícele a Chinchilla que amasise bien todo como jefe que ya lo es, pero que cada día tenga presente el suceso de ayer en la memoria, que él no olvidará jamás.²⁵ Pasea y le habla vuelta: que procure desocuparse luego y ordene de la indiada a la reunión más pronta botándola en el acto una parte.²⁶

Fajardo no comprendió nunca que la “indiada” formaba parte de la guerrilla.²⁷

23 *Id.*, p. 194.

24 *Id.*, p. 224. El juicio de residencia es un procedimiento habitual: al finalizar las funciones de un dirigente civil o militar, consiste en abrir una investigación sobre la gestión del funcionario. Cf. Mariluz Urquijo, José, *Ensayo sobre los juicios de residencia indianos*, Sevilla, CSIC, 1952.

25 Fajardo alude a la manera en que Chinchilla se apoderó del comando, cercando a la guerrilla con sus tropas indias, y mandando ejecutar sumariamente a los dirigentes del complot contra Lira.

26 JSV, p. 225.

27 La ejecución de Chinchilla por Lanza, en marzo de 1821, está quizás vinculada con las amenazas proferidas por Fajardo, pero no hay ningún documento que refuerce esta hipótesis.

Chinchilla, criatura de las comunidades

Chinchilla se apodera del comando gracias a su conocimiento de la relación de fuerzas en el seno de la guerrilla y, sobre todo, debido a la intervención de los aldeanos indios de todos los valles reunidos con ocasión de la muerte de Lira, por la cual claman venganza. Este último aspecto del liderazgo de Chinchilla será tratado en el próximo capítulo; aquí me limitaré a describir sus maniobras.

Al día siguiente de la muerte de Lira, se presenta de inmediato como campeón del partido del difunto comandante. Durante diez días, los hombres reunidos en torno a Fajardo sufren, de parte de las comunidades, una especie de asedio que no acaba de mostrar su verdadero rostro. Chinchilla, que ha marchado a reunirse con ellas, vuelve a encontrarse con Fajardo en la mañana del 26 de diciembre a la cabeza de una escolta de veinticinco hombres a caballo que lo protegen eficazmente, y, la relación de fuerzas en favor de los indios impone una asamblea general de todos los oficiales. “A las 8 de la mañana se reúnen toda la oficialidad así de la División como de los indios (más de 80 oficiales) en la casa del señor párroco”.²⁸

La asamblea, cuyo número revela que en ella están presentes todos los dirigentes indios, decide proceder a una nueva elección del comandante. La tensión es tal que, aunque ninguna palabra pone en duda la legitimidad de Fajardo, es ésta, sin embargo, lo que está en juego. El teniente coronel José Buenaventura Zárate preside la asamblea. En un primer momento la elección se realiza en voz alta, como era costumbre bajo el antiguo régimen, pero las protestas obligan a Zárate a adoptar las formas modernas del voto secreto: “Cada uno haga su votación en secreto y por escrito. Los indios que no saben, dicten uno por uno secretamente con el que cada uno le guste”.²⁹

En la primera votación, Fajardo es confirmado en sus funciones e inmediatamente expresa su deseo de contar con un segundo que se apresta a designar, pero para ello la asamblea impone que se realice una nueva elección, también mediante voto secreto, en la cual Chinchilla sale vencedor. De ahí en adelante, la resistencia de los valles debía ser dirigida por Fajardo y por Chinchilla, pero ese comando, dadas las circunstancias, es más que incompatible. Fajardo, que no entiende la advertencia, reenvía a la indiada a sus tierras pensando privar así a su segundo de sus bases. Este acto ignora la estructura y la fuerza de los vínculos existentes entre la guerrilla y las comunidades. Tres meses más tarde, Chinchilla consuma la secesión. En la mañana del Domingo de Ramos, rodea a las fuerzas de Fajardo en el terreno mismo de Lira, en Mohosa, captura a los principales conjurados a los que hace ejecutar y se hace nombrar comandante general por aclamación de los indios.³⁰

28 JSV, p. 205.

29 *Id.*, p. 206.

30 *Id.*, p. 225.

Unos días más tarde, confrontado a la coalición de las fuerzas realistas venidas de Oruro, de Sicasica y de Cochabamba, puede alinear en las alturas de Orurovilque³¹ 168 fusileros, 140 jinetes y 800 indios. Pero Chinchilla revelará ser un mediocre capitán. Durante el tiempo que duró su comando no se registró ninguna operación de envergadura y sus iniciativas no corresponden a ningún objetivo estratégico evidente. Se contenta con resistir, evitando, en lo posible, los enfrentamientos. Para la guerrilla, el mando de Chinchilla coincide con un período de repliegue, de ojeo, de dispersión y de desorden interno. Así se explican mejor la brutal intervención del coronel José Miguel Lanza y la facilidad con que reasume el mando de la tropa.

En mayo de 1821, las fuentes realistas anuncian la desaparición de Chinchilla: “En esta misma fecha se recibió en este cuartel general de Arequipa un parte del intendente de La Paz en que avisaba que el caudillo insurgente Lanza había pasado por las armas a su compañero Chinchilla, porque no quería entregarle el mando de su gavilla”.³²

Lanza, el político

Para nuestro autor, José Miguel Lanza es el que llega cada vez en el momento menos previsible para imponer su voluntad a la gente de los valles.³³ Cuando se trata de él, el vocabulario de Vargas se hace violento, cargado de odio; Lanza se convierte en “este señor tan cobarde”, que hace ejecutar a su predecesor obedeciendo a “unos sentimientos cochinos e indecentes que no se puede manchar el papel”.³⁴ A partir de 1821, el Diario no perderá ninguna ocasión de subrayar las debilidades militares y las infamias de un hombre al que Vargas execra, pero al cual siguió obedeciendo.

Nuestra fuente toca aquí sus límites. Vargas, quien ha concebido su obra en función de algunos hombres, no es en adelante sino hombre de facción: partidario de Lira y de Chinchilla contra Fajardo y Lanza, partidario de los hombres del terruño contra los que vienen de otra provincia, hagiógrafo de los dirigentes cercanos a las sociedades indias contra los notables criollos. Y nosotros no podemos aceptar lo que escribe sino con reserva. Hará de Lira el arquetipo del caudillo, un personaje inolvidable; de Lanza subrayará la incompetencia y la ligereza. Por suerte, Vargas era un cronista concienzudo y detrás del personaje al que condena

31 Pueblo situado sobre un cuello que lleva de Mohosa a Pocusco y Cavari.

32 F.X. Mendizábal, *op. cit.*, p. 168, 15 de mayo de 1821.

33 JSV, p. 57 para 1815 (“Entonces aparece improvisamente casi sin noticia el comandante don José Miguel Lanza [...]”), et pour 1821, p. 292 (“El 13 de febrero [de 1821] repentinamente llegó al pueblo de Inquisivi sin que haya la má mínima noticia el señor coronel don José Miguel Lanza del punto de Salta [...]).

34 *Id.*, p. 296.

dice lo suficiente acerca de él como para que se reconozca la empresa de un buen político que, a pesar de errores con graves consecuencias tanto para sus subordinados como para los aldeanos, conducirá la guerra hasta la victoria final.

No volveremos sobre las acciones militares de Lanza: es verdad que se ha mostrado imprevisible y temerario, y que no ha hecho gran caso de los intereses de la región, pero para juzgar su actuación sería necesario poner en una balanza, por un lado, la suerte de los valles, que determina el punto de vista de Vargas y, por otro, la escala continental en la cual se realiza la guerra, tal como Lanza se la representa.

Vargas traza de él un curioso retrato: un militar bien formado, capaz de transformar en unos meses la tropa de Chinchilla en una unidad disciplinada, pero también un capitán presuntuoso que, en junio de 1822, rompe la tregua pactada con los ejércitos constitucionalistas sin contar con fuerzas suficientes y que resulta fácil de engañar, cometiendo en pleno combate la tontería de ordenar a los indios no tirar contra los oficiales realistas que le han prometido pasarse al campo de la patria. Resultado: 41 muertos, 28 de los cuales son indios, y el comienzo de una desbandada.³⁵

En 1823, la batalla de Falsuri, que opone a las fuerzas independentistas a las de Olañeta, revela la magnitud de la debilidad militar de Lanza. Como suponía su adversario, el coronel Aguilera, Lanza podía manejar muy bien una escaramuza, pero no era capaz de organizar el plan de batalla para un ejército regular y numeroso. Según Vargas, Lanza pecaba de un exceso de confianza en sí mismo y no sabía apoyarse en sus mejores fuerzas. “Desconfiaba el general en los demás compañeros y mucho más en la indiada”.³⁶ De manera curiosa, si uno recuerda que su hermano mayor había sido matado por ellos, Lanza concede más crédito a los mosetenes, en cuyo territorio piensa refugiarse en caso de traición por parte de los indios de los valles. Para Vargas mismo, la incapacidad militar de Lanza acarrea consecuencias dramáticas: sus campos son quemados, su casa ocupada, se ve obligado a huir al monte con toda su familia.³⁷

Sin embargo, Vargas reconoce que Lanza modera la violencia de la guerra: no se trata ya de ejecutar sumariamente a los prisioneros, consigna que impone incluso a los indios. En un mes, entre marzo y abril de 1821, llega a disciplinar a 300 hombres listos para el combate.³⁸ A pesar de sus prejuicios, Vargas ofrece la mejor de las fuentes cuando se trata de estudiar cómo es que Lanza se impuso a esas tropas y a sus indóciles jefes.

Cuando aparece en los valles, después de seis años de ausencia, tiene el grado de coronel y Chinchilla reconoce de inmediato su jerarquía. Lanza no se contenta

35 *Id.*, pp. 337-338, combate del 7 de abril de 1823, en Malpaso, en las alturas de Palca.

36 *Id.*, p. 348.

37 *Id.*, p. 325.

38 *Id.*, p. 301.

con ello y ordena la ejecución de Chinchilla. Luego suscita un vacío en torno a su persona; se desembaraza de los combatientes de primera hora, los mismos que, habiendo retomado sus hábitos en la tierra que era la suya, llevan la guerra como la entienden y pueden oponerle resistencia. Prefiere no contar con ellos sino con soldados más recientemente ganados a la causa o procedentes de regiones alejadas. No tendrá que temer que ellos movilizan contra él a las fuerzas de los villorrios. A diferencia de Lira y de Chinchilla, que se beneficiaban de lazos personales y antiguos con los dirigentes de las comunidades, Lanza debió imponerse por su prestigio y su grado, por el temor imaginario a “los jefes de Buenos Aires”, al que siempre recurre, y sobre todo por medio de la palabra. Convence, seduce, amenaza, tranquiliza. Es de esta manera que llega a desalentar a Mateo Quispe, quien trata de librar a Chinchilla del pelotón de ajusticiamiento. El estilo de Lanza es reconocible entre todos, redundante, enfático, lastrado de metáforas de mal gusto. Importa a los valles las maneras de discurrir y de escribir de los círculos políticos del Río de la Plata; en la región, es el iniciador de la retórica criolla destinada a días brillantes en la Bolivia republicana.³⁹

Durante el último año de la guerra, su imprevisión se manifiesta tan claramente como su talento para las manipulaciones. Quizás, a fin de evitar los conflictos que tuvieron que enfrentar sus predecesores, no comparte su autoridad con ningún segundo. Por ello, cuando es hecho prisionero, en abril de 1824, los valles se ven privados de comando: “huérfanos”, como dice Vargas. La guerra de los jefes recomienza de inmediato.⁴⁰ En Inquisivi, 160 guerrilleros proclaman comandante general al oficial José Martínez Párraga. José Benito Bustamante, comandante más antiguo que Párraga, se separa y pronto es imitado por el comandante de las fuerzas de Ayopaya, el antiguo tráfuga Ángel Andrés Rodríguez. “Ya la anarquía entraba en los valles”. Bustamante no puede contar sino con dos pueblos, Mohosa y Cavari —él representa verdaderamente la vieja guardia—, mientras que Rodríguez controla Charapaya y Leque. Algunos oficiales, no de los más mediocres, han partido hacia Cochabamba donde se unen a las fuerzas del general Olañeta. En este momento de su crónica, Vargas retorna al mismo tipo de enumeración que en los años 1814-1816, antes de que Lira llegase a im-

39 He aquí cómo Lanza anuncia la victoria de Ayacucho y el fin de la guerra a los habitantes del Alto Perú: “A los pueblos de Charcas, La Paz, 19 de enero de 1825: “ Cuando en el libro de los destinos estaba escrito con caracteres indelebles el día 9 de diciembre de 1824 [Ayacucho] para que formase época en los fastos de la independencia peruana, los pueblos de las provincias de Charcas y La Paz, esos pueblos hijos primogenitos de la libertad en cuyo oriente se descubrió la Aurora de sus primeros días, donde resona antes que en otros el dulce eco del patriotismo, sucumben todavía bajo la arbitrariedad y esclavitud. El continente americano casi en toda su extensión levanta estatuas a la libertad y sólo ellos gimen ante el ídolo del despotismo, cuando el árbol plantado a tanta costa y regado con tanta sangre ha fructificado en otras partes”. Citado por Valentín Abecia en *Reseña histórica del 25 de mayo de 1809 en Sucre*, Sucre, 1891.

40 JSV, p. 363 y ss.

ponerse: tal aldea pertenece a tal comandante que dispone de tantos fusiles. Los valles han vuelto a ser un territorio dividido entre capitanes recelosos, prestos a enfrentarse para conservar el control de su pequeño territorio. Han bastado unos días para que se efectúe semejante retroceso.

Cuando, tres meses más tarde, Lanza regresa de la fortaleza de Oruro, su situación es delicada. Nadie sabe bajo qué condiciones recobró la libertad ni se conocen los términos del pacto que probablemente suscribió con los constitucionalistas. Lanza redacta una proclama en la cual arguye el temor que los ejércitos de Bolívar inspiraban a los realistas, pero no estamos obligados a creerle. En su ausencia, Bustamante y Rodríguez han sido detenidos, y Párraga, quien se ha impuesto a la gran mayoría, no se ha granjeado descontentos y dispone de lo esencial de los recursos de los valles. Para convertirse en un rival importante, no le falta sino experiencia política. Comete el error de enviar sus tropas al encuentro de Lanza, mientras él permanece en el cuartel general. El efecto habría sido muy diferente si se hubiera presentado a la cabeza de las mismas. Lanza designa de inmediato como segundo a un peruano desconocido, José Velasco Calorio, que acaba de llegar a los valles y que pretende ser teniente coronel. Párraga, que no es más que comandante, es relegado al tercer lugar y no dirige ya sino la infantería.

Después de tomar el mando de su tropa, Lanza se ausenta dejando frente a frente a sus dos lugartenientes, que de inmediato van a eliminarse el uno al otro. Calorio hace fusilar a Párraga con un pretexto fútil. Al mes siguiente, Lanza, quien no ha pedido cuentas de la desaparición de Párraga, envía a Calorio a negociar un acuerdo con Olañeta. El emisario, ingenuo, se demora ante el estado mayor absolutista y toma su misión tan en serio que se convierte en sospechoso. Lanza lo hace arrestar a su retorno. Después de gritar que el mismo Lanza había ordenado la ejecución de Párraga y de algunos otros, Calorio se suicida.⁴¹ Lanza, quien no tiene ya ningún rival, cuenta, de ahí en adelante, con la vía libre para aparecer como el único jefe militar del Alto Perú cuando se establezca la paz.

La creación de un tipo ideal

A pesar de la minucia con la que describe estas maniobras, Vargas se interesa menos en el ejercicio del poder que en la dimensión literaria y mítica de los caudillos a los cuales ha servido. Su trabajo no se limita a hacer ejemplares a algunos de sus personajes, a los que convierte en héroes. Emprende también la tarea de transformar al primero de ellos en el arquetipo del capitán de esta nueva guerra, a la cual va a dotar de una dimensión sagrada. Este capítulo finalizará, pues, ocupándose de esta transformación del guerrero.

41 *Id.*, p. 377.

El personaje

En el Diario existen 374 menciones del nombre de Lira⁴² en posición de sujeto. Es el retrato más trabajado que se tenga de un dirigente andino del siglo XIX, elaborado por un autor empeñado en sacar a luz las líneas de fuerza de un destino del cual dependía la suerte de la patria.

En primer lugar, Lira aparece allí como un jefe guerrero en funciones de comandante. Recibe mensajes de sus agentes y envía espías a reconocer los movimientos del adversario, reúne a sus tropas, se desplaza con ellas hacia los lugares de emboscada, dispone sus fuerzas para la batalla, trasmite órdenes a sus lugartenientes, participa en el combate y siempre en primera línea. Ordena el repliegue, recibe las armas capturadas al adversario⁴³ y se preocupa por los heridos, promueve a soldados y oficiales, sanciona la indisciplina, ejerce una justicia sumaria y sangrienta. Hace reparar el armamento, compra armas y municiones, hace fundir un cañón.

Actúa también como dirigente revolucionario. Pronuncia discursos sobre el sentido de la guerra y vela por la instrucción política de sus aliados indios; manipula las elecciones que lo llevan al comando general de la guerrilla.

Administra la región liberada. Envía a su lugarteniente a cosechar la coca que proporciona lo esencial de los recursos de la guerrilla, impone requisiciones forzosas, confisca los bienes de los enemigos de la patria, aplica impuestos revolucionarios a los propietarios y a los curas de los pueblos que controla.

Es también hombre de una familia y de la tierra en la que ha nacido. Es originario de un pueblo, compatriota de individuos que cruzan el camino de la guerrilla. 27 menciones remiten a su padre, a su madre, a su hermana, a sus dos hermanos, a sus tíos y tías, así como a parientes cuyo grado de proximidad no siempre se precisa.

En él se encarna lo esencial de los valores heroicos que ponen énfasis en la camaradería militar y la adhesión indefectible del círculo de los leales: la audacia, la bravura ciega y el furor guerrero, seguidos por bruscas depresiones y retornos a la calma.

Se añaden las sombras del cuadro, sobre las cuales el cronista no emite ningún juicio pero que no calla: crueldad, duplicidad, cinismo.

42 Sin temor de repetirse de una frase a otra, Vargas empleaba de preferencia el apellido de Lira que el pronombre que habría podido sustituirlo. Manera de subrayar la importancia que adquiere el patronímico que sirve de palabra de contraseña en la constitución del poder del caudillo. A partir de la independencia los partidos políticos se definieron principalmente por el apellido del dirigente del cual cada uno se reclamaba. La tropa de Lira había sido la primera en actuar de esta manera, dividiéndose, después del asesinato de su jefe, en "liristas" que deseaban vengarlo y en "fajardistas" que apoyaban a su sucesor, el comandante Fajardo (JSV, p. 208).

43 En la guerrilla, las armas capturadas son entregadas al comandante, que las distribuye enseguida a sus soldados, pero reservándose siempre la propiedad de las mismas.

En filigrana a las actividades recurrentes de este jefe de guerra de un nuevo tipo, que comparte su energía entre el manejo de las armas y la lucha ideológica, se perfila un destino sobrenatural que Vargas pone en imágenes. Destino de un hombre que sucede a su padre a la cabeza de un pueblo rebelde, primero, y, luego, de dos provincias; que dice haber escogido derramar su sangre para liberar a la patria y vengar la muerte de su padre, pero que, en un momento de debilidad por la causa patriótica, intenta pasarse al rey y negocia su promoción en el seno de las tropas regulares. Reinstalado a la cabeza de la guerrilla gracias a la directa intervención de la Providencia, es, desde ese momento, objeto de sospecha para sus oficiales. Es entonces que integra a su tropa a un capitán desconocido —un cierto Moreno—⁴⁴ contra el cual, por tres veces, un sargento le pone en guardia, vanamente. Mientras la guerrilla obtiene éxitos inesperados, milagrosos, Lira se hunde en maniobras homicidas y suicidas, hasta que se trama un complot contra él. Enceguecido, incapaz de escuchar las advertencias que aún le son prodigadas, es arrestado una medianoche por Moreno, por orden de sus oficiales que han fabricado un pretexto para probar sus tratos con el enemigo. Es herido por una bala en la espalda, disparada por uno de los conjurados, y muere de una manera a la vez edificante y sórdida, después de una noche de solitaria agonía, al amanecer de la fiesta de su santo patrono. No se le rendirán honores fúnebres y su nombre no aparecerá en los manuales escolares. Pero será vengado por uno de sus lugartenientes, que se apoyará en los indios para sucederle a la cabeza de la guerrilla. El lugarteniente morirá e, igualmente, su sucesor, pero América alcanzará la libertad.

Aunque excepcional y signado, el destino del caudillo Lira no domina, pese a todo, la historia, así como se acaba sin acarrear el fin de la crónica: las intervenciones sobrenaturales de las que es objeto se aplican al dirigente de una causa, no al individuo que la encarna. No se puede, pues, captar la naturaleza del poder del caudillo si no se le da como fundamento el sentido del combate a cuyo servicio ha tomado las armas.

“Muy bárbaro valiente”

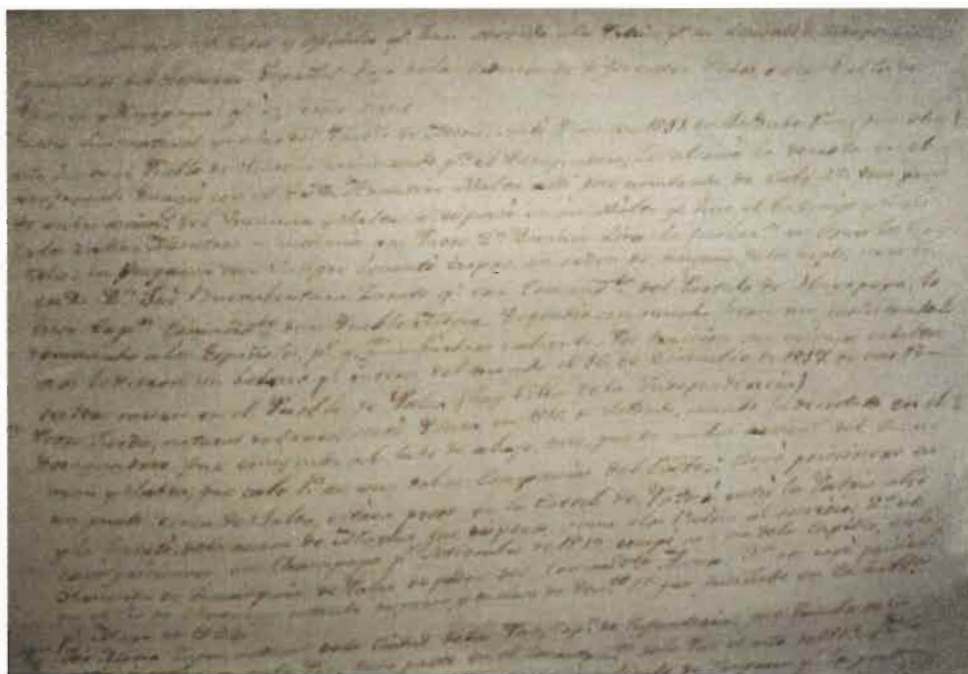
Producto de una tierra y de un linaje, el caudillo tenía que aparecer como un individuo excepcional cuyo carisma se fundaba en el coraje. Una forma particular del coraje: el del furor guerrero del héroe, que le hace olvidar el riesgo de muerte, pero que, también, implica peligro para los que lo rodean. El sucesor de Lira, cegado por la ira, revelará ser capaz de matar a sablazos a un muchacho, un mensajero que llegó atrasado.

44 La palabra “moreno” es empleada por lo general para designar a un mulato; uno de los comparsas de Moreno lo trata por lo demás precisamente de mulato (JSV, p. 207). A lo largo del Diario, un juego de palabras revela la intención de sugerir que el capitán Moreno era un personaje sombrío.

El caudillo fingía imprudencia: se exponía a las balas, las precauciones habrían depreciado su valor. En el curso de una batalla, matan a tres de los caballos que sucesivamente ha montado y sale del paso sin un rasguño.

Bravo, la palabra empleada con más frecuencia para designar al capitán valiente, pertenece a un registro inhumano: se aplica a los animales fieros –un “toro bravo”. En un registro próximo, el epitafio que Vargas redacta para Lira se resiste a la paráfrasis: “Defendió con mucho heroísmo molestándolo demasiado a los españoles porque era muy bárbaro valiente”.⁴⁵ De todas las características que le permitieron dirigir la guerra, sólo sobrevivía el recuerdo de su valentía. En el combate se jugaba su poder sobre los hombres.

Figura 38
Noticia consagrada a Eusebio Lira



Fuente: ANB, MsB fol. 315

Don Eusebio Lira. Natural y vecino del pueblo de Mohosa. Sentó plaza por la Patria en 1811 de soldado raso. Fue dicho año hasta el pueblo de Sicasica caminando para el Desaguadero. Lo alcanzó la derrota en el Azafrenal. Emigró con el ejército argentino a Salta. Allí fue nombrado de cabo segundo. Tuvo parte en las acciones del Tucumán y Salta. Se dispersó en un asalto que hizo el enemigo y recaló a los Valles. Mientras su ausencia a su padre don Dionisio Lira lo fusilaron en Oruro los españoles. En venganza de su sangre levantó tropas sin orden ninguno

45 JSV, p. 405.

de los jefes; mas viendo don José Buenaventura Zárate (que era comandante del partido de Hayopaya por la Patria) lo hizo capitán comandante de su pueblo Mohosa. Defendió con mucho heroísmo molestándolo demasiado a los españoles porque era muy bárbaro valiente. Por traición de sus mismos subalternos le dieron un balazo por intereses del mando el 16 de diciembre de 1817. De esas resultas murió en el pueblo de Palca [hoy Villa de la Independencia].

El don de la palabra, la gracia de la elección

La acción del caudillo se manifestaba también fuera del campo de batalla y su salvaje valentía debía estar acompañada por la facilidad de palabra. José Miguel Lanza era “muy lenguaraz” y Lira era igualmente capaz de desempeñarse muy bien ante todo cabildo.

La imagen pretendidamente arcaica del jefe de guerra se inscribe así en un marco moderno: el caudillo –que, a menudo, ha sido considerado heredero del Cid Campeador– es, a su manera, el hombre de la democracia, una democracia que él sabe plegar a sus proyectos, y es elocuente, manipulador de elecciones, técnico, en fin, de la “máquina” democrática. Prefigura en ello la actitud de muchos jefes de Estado hispanoamericanos: si la sociedad americana no está lista para el nuevo régimen producto de las revoluciones de la independencia, el agente de la historia –el hombre fuerte– lo impondrá reinterpretando las formas de la democracia. Vicente Rocafuerte decía que la República –la de Ecuador, de la cual fue uno de sus primeros presidentes (1835-1839)– se haría “a látigos y a garrotazos”. Utilizando todas las posibilidades del sufragio, el guerrero Eusebio Lira se mostraba más sutil.

Mientras se trama un complot para deponerlo, el 18 de noviembre de 1816, hace rodear por sus leales el edificio donde se hallaban reunidos los oficiales y –para mejorar la puesta en escena– hace apuntar un cañón hacia la puerta. Ante la asamblea, emprende un largo discurso: orgulloso de ver ese día a todos los patriotas reunidos, deplora saber que se hallan divididos, siendo así que son poco numerosos, que el enemigo se aproxima y que toda la América revolucionaria sigue con ansiedad su participación en la independencia. Sólo hay un único remedio para estos males: dar unidad a la guerrilla, nombrando un jefe que dé unidad a todos los sufragios.

Propone, pues, la idea de recurrir a elecciones y los oficiales que se le oponían se inclinan ante el principio democrático, que les habían inculcado el ejército y la prensa de Buenos Aires. Aprobada su idea, impone de inmediato elecciones, sabiendo que no encontraría mejor ocasión para hacerse elegir. Queda por designar una mesa electoral dócil. Lira la constituye a su medida. El resultado no causa ninguna sorpresa: “*Siguieron nombrando al jefe que los ha de gobernar y salió con nueve votos más el comandante don Eusebio Lira. Bajo de su palabra de honor y bajo de sus firmas reconocieron de comandante en jefe al comandante Lira*”.⁴⁶

46 *Id.*, p. 104.

Como si el acta de la elección no bastase... Es verdad que los ritos de la democracia no bastaban para darle suficiente solemnidad a la designación del jefe: faltaba, para satisfacer a Lira, un juramento de fidelidad. Esta práctica, en contradicción con las reglas democráticas, testimoniaba la supervivencia de prácticas electorales de antiguo régimen, que apuntaban a la unanimidad. El caudillo, hombre de una democracia en sus comienzos, sabía sacar partido de las vacilaciones mismas. El juramento de fidelidad, que fue aceptado por todos porque les recordaba usos familiares, le sirvió, un poco más tarde, para amordazar a su oposición acusándola de perjurio.

El día en el que Lira se hizo elegir, la sola fuerza no habría vencido la discordia existente y las ambiciones de sus subordinados. Había sabido encontrar las palabras que hacían estallar el marco sofocante en el cual había encerrado a sus oponentes: a lo largo de su discurso aparecían la colectividad inmensa de los patriotas, los dirigentes de Buenos Aires y toda “la opinión” americana; Lira se colocaba evidentemente en un contexto político moderno, en el cual la opinión pública representa una de las instancias de legitimación. El recuerdo obsesivo de la cercanía del enemigo y de la debilidad de la guerrilla apuntaba a provocar un sobresalto unánime que no podía dejar de influir en favor del único hombre capaz de inspirar confianza a la tropa.

El poder de Lira, cuyo carisma se apoyaba en una legitimación democrática, dependía tanto del poder del verbo como de su valentía y de su ciencia del combate. Pero el poder del que disponía sobrepasaba a su persona. No lo fundaba, sino que lo heredaba. Y mientras lo ejercía, actuaban fuerzas sobrenaturales.

Protecciones sobrenaturales

En el origen del comando de Lira se encontraba la muerte de su padre. Es ella la que funda la guerrilla. En 1813, mientras Eusebio Lira combate en el ejército argentino, el capitán Dionisio Lira dirige una tropa de guerrilleros en la región de Mohosa. Traicionado por los indios a instigación de un religioso dominico y del hermano de éste, muere fusilado en la plaza mayor de Oruro. Eusebio Lira retorna a su tierra, jura vengar a su padre y reúne un grupo de hombres que forman el primer núcleo de los guerrilleros patriotas. Ese deber de venganza le ofrece una primera fuente de legitimidad al poder del caudillo.

El rayo vengador

La sangre derramada funda, pues, la guerrilla. Una sangre que clama venganza y que exige se derrame la de sus asesinos; una sangre que también exige –por un mecanismo sacrificial sobre el cual volveré– la sangre de los vengadores, impresionados por su ejemplo.

El microcosmos de los valles entendía perfectamente la dimensión sagrada de esta venganza fundadora, pues atribuía al cielo y sus manifestaciones los actos originarios. El rayo, notablemente, y la consecuente imbecilidad que provocaba, abruma a los culpables españoles.⁴⁷ Eusebio Lira se encargará de ejecutar, uno después de otro, a los indios cómplices.

Quedó el religioso [que había organizado la captura de Dionisio Lira] más fresco que un tamarindo. Pero por esta intriga que hizo no lo hizo el rey obispo ni canónigo siquiera ni prior de su religión, antes se volvió lelo- pasando inmensos trabajos y enfermedades, babeando que daba asco, y casi perece por necesidad; a no tener algunos hermanos de mediana comodidad seguramente perece porque no le alcanzaba la congrua alimentación que le daban en la caja o tal vez ni aun eso le darían. Así castiga el cielo a un vil intrigante aunque sea su ministro, para experiencia de otros de semejante proceder y sentimientos. No sólo él tuvo esta lamentable tragedia sino un hermano suyo don José Claderas, pues este caballero se venía de una hacienda que tenía en arrendamiento una tarde y lo mató la centella. Murió en el campo sin ningún auxilio. Tal vez –dijeron en Oruro– que había consultado este religioso como a hermano, tal vez le animaría a que haga la intriga y por eso murió como se dice en el campo.⁴⁸

¿Cuál es la fuerza, pues, que había lanzado el rayo sobre el Judas? En los Andes, la figura de Santiago el Mayor, protector de los cristianos contra los moros, se había superpuesto sobre la de Illapa, divinidad asociada con el relámpago, que sobrevivía, así, con la efigie de un jinete con un arma de fuego (imagen misma de Lira en combate).⁴⁹ Gracias a los atributos de Santiago-Illapa, señor de los relámpagos y patrono de Mohosa,⁵⁰ lugar de nacimiento del caudillo y centro estratégico de la guerrilla, la protección de la que gozaba Lira adoptaba formas sensibles, enraizadas en la tierra natal a la que dirigía.

El Villca cuti y los fuegos de San Juan

Lira y su cronista atribuían así a la acción de la guerrilla protecciones que respondían a un sincretismo cristiano-andino. Un episodio dramático muestra a éste en acción: en un momento en el que Lira no dispone ya de otra tropa que el círculo de sus leales –refugiados en el monte Chicote, que domina el Río Grande en las cercanías de Mohosa–, los soldados del rey empujan a lo que queda de los

47 Empleo el término en el sentido que tenía entonces: designaba a la vez a los metropolitanos y a los criollos, “españoles europeos”, “españoles americanos”.

48 JSV, pp. 36-37.

49 Ver los trabajos de T. Abercrombie; T. Bouysse-Cassagne; T. Gisbert; O. Harris y T. Platt, en lo que respecta a los Andes del sur; en lo que concierne a la región del Cuzco, con la cual los valles mantenían estrechas relaciones, G. Urton y T. Zuidema.

50 Para saber qué ha sucedido con el culto de Santiago en Mohosa, leer el anexo “Diario de un viaje sobre el Diario de Vargas”, al final de este volumen.

rebeldes al borde de un promontorio, no dejándoles otra opción que la de un suicidio colectivo o una rendición sin cuartel. Prefiriendo la muerte, un hombre se arroja al barranco y todos los demás se aprestan para seguir su ejemplo. Lira pide a sus soldados que se cojan de las manos, proponiéndose ser el primero en saltar; pero uno de ellos sugiere poner fuego a los rastrojos. Lira, al punto, inflama la pólvora de un cartucho que lanza en dirección del adversario. La ladera se enciende, el enemigo huye, la guerrilla se salva. El comandante agradece a Dios por este milagro. Era el 21 de junio de 1816.⁵¹

En esta fecha, la mayoría de las guerrillas del Alto Perú habían sido derrotadas. En el solsticio de invierno, cerca del día de San Juan, pero también del Villca cuti, la guerrilla de Lira había estado a punto, igualmente, de perecer. Salvada por las llamas, había invertido la suerte que la condenaba, combinando en su favor los fuegos de esa festividad y el cambio de destino que trae el Villca cuti, que en los Andes designa el momento en que el ciclo solar se invierte, período peligroso en el que hay que conjurar a los muertos para que permanezcan bajo tierra, mientras que los vivos corren el riesgo de ocupar su lugar.⁵²

Carisma y sacrificio

En la exigencia sacrificial a la que debe satisfacer su misión, el caudillo deja su rango para confundir su destino con el de los demás guerrilleros. *Primus inter pares*, enuncia y teatraliza el sentido de su fin voluntario: todos deben derramar su sangre por la patria.

Eliminemos de entrada la idea de que la muerte a la cual estaban destinados estos hombres podía ser la del héroe que se afirma en el desprecio de la muerte y que se realiza con ella. No imaginemos tampoco que las difíciles pruebas sufridas serían respondidas por la promesa de recompensas futuras.⁵³ Vargas lo repite a cada rato: la muerte del guerrillero es un sacrificio libremente consentido al servicio de una causa deseada por la Providencia⁵⁴ y este sacrificio es de tal alcance

51 JSV, pp. 85-87.

52 T. Bouysse-Cassagne (1987), p. 201.

53 Se trata de recompensas en este mundo. Vargas no evoca jamás una retribución en el más allá. Los asesinos de Lira, o los cómplices del crimen, encontrarán la muerte uno después de otro; a fin de subrayar la vanidad de las recompensas, Vargas tiene el cuidado de precisar, cada vez, que acababan de ser ascendidos cuando la muerte los sorprendía.

54 Como el coronel Lanza recordaba a sus hombres en el momento de combatir: "Muchachos: Este es el día feliz por todos inodos para nosotros: si Dios nos da valor para alcanzar la victoria somos felices; si al contrario por castigarnos salen los enemigos triunfantes somos felices cumpliendo el deber a que nos hemos comprometido con el sagrado juramento de derramar nuestra sangre por nuestra Patria y Libertad" (JSV, p. 318.) Los guerrilleros no se han alistado a batirse por la patria a riesgo de morir: han jurado derramar su sangre. La voluntad de sacrificio prevalece sobre el objetivo de ganar la guerra.

que, además, debe considerar la posibilidad de morir para que hasta el enemigo presente se beneficie en el futuro.⁵⁵

Soldados consagrados a la muerte, no por voluntad de su príncipe, sino por su propia elección, los guerrilleros participan de una voluntad providencial, de la cual son ejecutantes. Los designios de la Providencia se cumplen en dos planos: el de los encuentros guerreros y el del sacrificio consentido, pues no basta con arriesgar la muerte, sino que hay que sacrificarse.

Consagrado a la muerte

Castigo por la falta de fe en la causa patriótica, la muerte de Lira es eso, pero también es algo más: es una muerte llamada, invocada, prometida. Y ahí el destino de Lira se asemeja al de sus mejores lugartenientes, quienes, al igual que él, habían heredado de sus padres una venganza y al mismo tiempo un destino mortal. Destino que suponía, para todos, su desaparición brutal como la culminación necesaria de su compromiso al servicio de la patria. Cosa que muestra el fin del capitán Gandarillas, quien murió legando a sus hijos el destino que había recibido de su padre.

*La misma suerte que su padre tuvo y muy conforme dicen que salió al patíbulo con mucha energía dando gracias a Dios por haber permitido la misma suerte que de su padre, y que decía que por la libertad de su Patria, de su nación y del hemisferio americano derramaba su sangre; que él dejaba hijos varones para que sigan con la demanda y que muy gustoso darán su vida por su Patria, de forma que dejó un ejemplo para los americanos y defensores suyos. Así acabó su existencia. Como siempre pronosticaba que él había de morir por la Patria si no en una guerrilla en un patíbulo fusilado por sus enemigos, así nomás ocurrió.*⁵⁶

El capitán indio Mateo Quispe había anunciado de modo semejante su muerte: “Como siempre se pronosticaba en que su cabeza se la cortarían los enemigos, que desde el momento que había abrazado el partido de la libertad ofrecía en su sacrificio, llegó al fin el momento de ser víctima”.⁵⁷

Hablar de la propia muerte y predecirla podía servir de conjuro, un conjuro que, sin embargo, se colocaría —una vez más— en un marco sacrificial. Pero parece que, aquí, son las palabras mismas las que gobiernan el destino y que convocan a la muerte. Citemos como ejemplo la muerte del capitán indio Julián Gallegos, cuyas palabras anuncian la llegada del episodio que porta su fin. Él se prepara para penetrar en un pueblo ocupado por el adversario. Un anciano le pone en guardia, sin éxito. Gallegos, quien pronto ha de pagar el precio de su obstinación, se separa del mensajero y se niega a ver el peligro que le augura, citando el

55 Ver principalmente JSV, p. 189.

56 *Id.*, p. 288.

57 *Id.*, p. 330.

verso de una canción: “Veante mis ojos, blanca paloma”. Las dos palabras, “ojos” y “blanca”, anuncian la expresión de jerga militar por medio de la cual Vargas expresará la muerte de Gallegos, una muerte que él mismo ha buscado: penetra en la aldea donde acampan los realistas, los que se apoderan de su persona y tres días más tarde el subdelegado Oblitas le hace “blanquear los ojos”, pues lo manda fusilar en la plaza mayor.⁵⁸

En una guerra tan mortal como fue la de la independencia, el guerrero que avizoraba su próxima muerte daba prueba de razón. Pero Lira y sus compañeros iban más allá de esta resignación, llamaban, convocaban, a la muerte. Y no era en virtud de un regateo banal, a la manera de *do ut des* –es decir, la libertad de la patria, causa providencial, sería lograda si las víctimas que la abrazaban se dedicaban a la misma–, se trataba de pagar una deuda anterior. Porque la guerra era santa, es decir, porque era deseada y protegida por Dios, el caudillo y sus hombres debían ofrendarse en sacrificio, y la Providencia no dejaba de cobrar su deuda.

La devotio de Lira

La aceptación del sacrificio tomó para Lira una forma particularmente solemne. Mientras que, desarmado por sus oficiales, arriesgaba perder su comando, se decidió a prestar un juramento de fidelidad a la patria (“juramento sagrado”). En el curso de una especie de celebración a la vez cívica y religiosa, repitió lo que había anunciado muchas veces, que daría su sangre, que se ofrendaría como víctima voluntaria por la causa de la patria.

*Cruzando las dos espadas Lira la besó arrodillándose, por tres veces, espesándose según previene el derecho que lo hacía por Dios nuestro Señor y la cruz de estas espadas y por las cenizas de su padre morir primero que traicionar a la Patria. [...] Que se constituye desde este momento ya víctima por la causa de la Patria; que la consagraba su sangre y todo su ser por ella.*⁵⁹

El recuerdo de la muerte del padre y las dos espadas en cruz, que traían a la memoria la muerte de Cristo, constituían la garantía del juramento del hijo y de su muerte prometida. ¿De qué fondo ha recogido Lira este ceremonial? No parece que lo haya improvisado. ¿Había encontrado el ejemplo en el ejército argentino? La idea de un sacrificio voluntario sacralizado por un juramento público, ¿le venía de tradiciones antiguas?

Se conoce el gusto de los oficiales que luchaban en favor de la independencia por las sociedades secretas. Como en Europa, donde las logias de los *carbonari* se multiplicaban, los americanos que luchaban por su libertad se vinculaban

58 *Id.*, pp. 130-131.

59 *Id.*, pp.

entre ellos por medio de juramentos y ceremonias iniciáticas. El voto de Lira debía quizás algo a estos ritos practicados por el ejército argentino en el cual había servido. Sin embargo, a pesar de la considerable distancia que los separa, es tentador aproximar también el juramento del guerrillero a un texto célebre de Tito Livio, la *devotio* del cónsul Decius en la batalla de Sentinum (295 a. C.), analizada por Georges Dumézil. Mientras que sus tropas desfallecían ante un adversario temible, Decius se confía a las fuerzas sobrenaturales.

En fin, viendo que ninguna fuerza humana podía contenerlo en el espanto de que eran víctimas, dijo, invocando a P. Decius, su padre, y llamándolo por su nombre:

—¿Por qué demorar me más en conformarme al destino de mi familia? Ha sido dado a los Decii ofrecerse como víctimas expiatorias para conjurar los peligros públicos. Yo voy, al mismo tiempo que mi persona, a entregar a las legiones de los enemigos a la Tierra y a los dioses Manes para ser inmolados.

Después de pronunciar estas palabras, dijo al gran Pontífice M. Livius, al cual, al dirigirse al campo de batalla, le había prohibido dejarlo un solo instante, dictarle la fórmula que debía repetir para consagrarse, él y las legiones de los enemigos, al ejército del pueblo romano de los "quirites". Después, en los mismos términos y con las mismas ceremonias, se ofreció como había hecho P. Decius, su padre, en la guerra de los Latinos, en las orillas del Véseris.

Luego de las plegarias rituales, añadió que hacía marchar delante suyo al terror y la huida, la carnicería y la sangre, la cólera de los dioses celestes e infernales; que lanzaba horribles anatemas a las insignias, a las armas ofensivas y defensivas de los enemigos, y que el mismo lugar que le sería mortal, lo sería para los Galos y los Samnitas.

Después de estas imprecaciones contra sí mismo y contra los enemigos, lanzó su caballo contra lo más espeso del ejército galo y cayó atravesado por sus dardos hacia los cuales corría.⁶⁰

Como el cónsul romano, el comandante Lira se ofrecía en sacrificio para salvar la Patria, siguiendo en ello el ejemplo de su padre, cuya memoria invocaba. En ambos casos, los jefes de guerra se entregaban a una ceremonia religiosa, de ritual establecido, respetando una fórmula consagrada (Decius: "*cum secundum sollemnes precesiones*", Lira: "por tres veces, expresándose según previene el derecho"). El guerrillero compartía la creencia del cónsul en la eficacia del sacrificio y practicaba "el mismo audaz trato con lo invisible" (según los términos de Dumézil). Pero lo jurídico del juramento de Lira se situaba en un marco referencial cristiano y, como por contagio, acarrea una comunión de los guerrilleros en la ofrenda sacrificatoria.

Al discurso que dirigió Lira a la tropa al término de la ceremonia: "—Amados compañeros: Vosotros sois testigos cómo hoy he renovado mis más sagrados votos al Dios de los ejércitos para derramar la última gota de mi sangre en defensa de nuestra Patria y libertad [...]"⁶¹

60 Georges Dumézil, *Ideas romaines*, París, Gallimard, 1969, pp. 186-187.

61 JSV, p. 96.

Los hombres le hicieron responder por intermedio de su portavoz: “que ellos desde el momento que tomaron las armas para defender la Patria ha sido con intención de morir por ella en cualquier destino [...]”.⁶²

Lira ignoraba evidentemente el sacrificio de Decius, consumado dos mil años antes que el suyo;⁶³ pero su iniciativa, al servicio de una causa moderna, obedecía aún a las concepciones que los antiguos tenían de las relaciones entre los hombres y los dioses. La guerrilla, amenazada por la discordia, recobraba su unidad a través de la enunciación colectiva de un destino para la muerte del cual el caudillo daba el ejemplo.

La muerte del miles Christi

La falta cometida por Lira —sus negociaciones con los realistas eran quizá menos culpables que una falta de fe en una causa sagrada de la cual ellas daban testimonio— añade a su devoción solemne y a su muerte prometida la idea de un castigo necesario. El destino del caudillo carga de culpa la deuda sacrificial sobre la cual parece fundarse el combate de los guerrilleros.

Lira no ha muerto en combate o fusilado en la plaza mayor (la muerte que había sufrido su padre y a la cual él aspiraba),⁶⁴ y Vargas debió transfigurar su lastimoso fin poniendo en sus labios un discurso cristiano y haciendo que blandiese, en lugar de un sable, el crucifijo. Lira se había consagrado a la muerte sosteniendo una cruz formada por dos espadas, muere, pues, enarbolando un símbolo idéntico.

Entré ande el herido: había estado en cama con un crucifijo en la mano, sentado, casi en las últimas horas.

No me contestaba nada, me hacía seña únicamente al santo Cristo [...]. En esto nomás le acometió un desmayo, calló un corto rato, después volvió en sí, a poco sácase unos pedazos de hueso de las costillas de la herida y le estaba alcanzando al doctor Valencia y exclama en voz alta y dice:

—Muero inocente, muero inocente. Falsamente han procedido. Muero patriota, muero como cristiano católico.

*A unas cuantas palabras que le hacía rezar el doctor don Manuel de la Borda (que era el párroco que a ese momento entró) expiró abrazándose fuertemente al crucifijo con ambas manos, a las 11 y media del día 15 de diciembre, día de San Eusebio, lunes, a manos de dos sacerdotes, bien auxiliado, en sus cinco sentidos.*⁶⁵

62 *Id.*, p. 97.

63 Aunque el de Curtius, difundido por la enseñanza clásica que dispensaba la Iglesia, fuese aún familiar al público español cultivado.

64 Es así como describe la buena muerte, en las últimas palabras que intercambia con el tambor mayor (JSV, p. 195).

65 *Id.*, pp. 195-196. Existían entonces dos santos llamados Eusebio en el calendario por entonces vigente en Hispanoamérica, cuya celebración era reciente (al comienzo del siglo XVII,

Lira fue asesinado en diciembre de 1817, cuando ese tipo del caudillo acababa de aparecer. Desde entonces se multiplicaron estas vidas ejemplares y estas muertes teatrales que los estudios consagrados al caudillismo descuidaron para no interesarse sino en la función social que ejercían estos hombres y su difícil relación con la ley, privándose así de los medios para comprender algunos de los fundamentos de la cultura política hispánica.

En lugar de una imagen de la virilidad y ejercicio del poder solitario (como los escritores han contribuido a difundir), el caudillo revela ser un arquetipo del soldado cristiano, una variante americana del *miles christi* de San Bernardo, en el marco de una lucha por la independencia que pasaba por la adopción de formas políticas modernas.

Para retomar la terminología de Tocqueville, la democracia hispano-americana, en lugar del poder sereno de la sociedad sobre sí misma, desembocó en el enfrentamiento de grupos estructurados en torno a un jefe, dirigente de un nuevo tipo de combate, en un universo donde no existe una instancia superior a los enfrentamientos entre partidos. El jefe de estas facciones es tanto un soldado salido de las filas como un hijo de notables —grandes o pequeños—, anclado en un terruño, que comparte con sus tropas un fondo de cultura mestiza, en la América india de los Andes y de México.

Perfecto conocedor de los engranajes prácticos, políticos, de la democracia y de sus manipulaciones, el caudillo sabe cómo organizar elecciones para ganarlas, cómo neutralizar a un adversario peligroso en oportunidad de un debate, no necesariamente apoyándose en el gatillo de un arma. Sobre todo, es el hombre de la palabra. La indispensable elocuencia del caudillo funda una gran parte de su ascendiente sobre los hombres.

Pero su poder no se ejerce como prescriben las constituciones modernas. Corresponde a lo que Max Weber describía bajo el término de “dominación carismática”, es decir, un poder que no tiene otra legitimidad que una dimensión mítica encarnada en un hombre.

El caudillo debe saber pronunciar las palabras claves de la democracia: libertad, pueblo, justicia, muerte a los tiranos... Pero es de la escenificación con que se acompañan sus arengas, de su presencia en el combate y de su determinación, de la confianza que sabe inspirar a sus hombres, del desprecio que exhibe ante la muerte y de las protecciones sobrenaturales que le protegerían que depende la eficacia de su palabra.

Guamán Poma de Ayala no hace mención de ella). El primero, que había sido papa, hijo de médico y él también médico, murió en el exilio en el año 310; se le celebraba el 26 de septiembre. El segundo, obispo y mártir, había defendido la fe con peligro de su vida contra los arios y contra el emperador Constancio; se celebraba su día el 15 de diciembre (J. Fernando Roig, 1950, pp. 102-103).

Convendría añadir un complemento al tipo ideas weberiano: dirigente carismático, el caudillo no existe sino en un combate permanente. Criatura de un universo moderno que encarna la promesa de un porvenir mejor, un futuro percibido siempre en una perspectiva agonística, el caudillo es un jefe de banda cuyo papel no se justifica sino por la existencia de un adversario al cual hay que vencer. Sus probabilidades de morir en un lecho son por ello limitadas. Pero la muerte violenta no es considerada jamás por lo que es: una hipótesis probable. Es deseada como un sacrificio exigido por la deuda contraída por la causa patriótica frente a las protecciones providenciales de las que goza. Quedaría por averiguar por medio de qué inflexión la cultura cristiana de los guerrilleros había sido orientada en este sentido. Subrayemos, al pasar, la permanencia del tema sacrificial y la importancia que reviste en los escritos teóricos y en el *Diario de Bolivia* del caudillo Ernesto Che Guevara.

Para interpretar y describir un fenómeno nuevo –la aparición del jefe político de un universo democrático de combate– su cronista e inventor vuelve a trabajar materiales antiguos, que le son proporcionados por su cultura mestiza, heterogénea, a veces arcaica.⁶⁶ Cultura cristiana, formada por estratos diversos, tanto cultos como populares y enriquecida por aportes indígenas, cuyos componentes y combinatoria quedaría por analizar. Una certeza: la Iglesia ha ejercido una influencia determinante, tanto por escrito (como atestigua la abundancia de obras de piedad) como por la palabra (en forma de prédicas pronunciadas desde la tribuna que domina el atrio de cada aldea). Vargas había aprovechado las lecciones y la biblioteca de su hermano, doctor en teología, así como había frecuentado el círculo de sacerdotes que rodeaba al caudillo. Seducido como un adolescente lo es por el jefe de la banda a la que pertenece, el cronista hizo del comandante Lira, que lo fascinaba, un arquetipo prometido al más hermoso porvenir y cuyo carisma se fundaba sobre el sacrificio y la valentía.

Y su éxito reflejaría una de las consecuencias de la adopción del régimen democrático por los nuevos estados resultantes de la América española. Filiación paradójica en la medida en que el caudillo reintroducía valores heroicos en un sistema que conducía a ignorarlos.

66 S. Gruzinski, *La Pensée métisse*, París, Fayard, 1999.

CAPÍTULO 12

La participación de los indios

Vargas dice mucho más que ninguna otra fuente sobre el papel político que han desempeñado las comunidades indígenas en estos primeros tiempos, en los que se levantan las estructuras que van a diseñar la nueva República. Pero si bien hay que rendir homenaje a su testimonio, no se lo puede transformar en portavoz de la causa indígena. Nuestro cronista insiste en el hecho de que es tributario o, más bien, en que ha llegado a serlo al beneficiarse con el usufructo de las tierras del marquesado de Santiago¹ y, bajo la República, unas revisitas del distrito de Mohosa registran, a él y a su hijo Gavino, como *originarios*, es decir indígenas de la clase más acomodada. Se trata de una categoría fiscal, no de una identidad a la cual haya reclamado pertenecer. Vargas se ha agregado a un *ayllu*, como numerosos mestizos y blancos que se han establecido sobre tierras indígenas y han cambiado de estatus. No ha usurpado tierras comunes, ya que se ha beneficiado con la confiscación de los bienes de un realista, realizada por la guerrilla, y fue confirmado en su usufructo por la República cuando ésta emprendió la tarea de remodelar las sociedades indígenas en función de criterios fiscales. Ello no lo convierte, a ojos del propio Vargas, en un indio, y jamás se llama de esta manera, así como tampoco usará el “nosotros” para hablar de los comuneros de Mohosa. No se reclama sino de dos grupos, el de los orureños y el de los guerrilleros. Su identidad no se define sino por su naturaleza y por su compromiso político y guerrero.

Este preámbulo es necesario para entender la complejidad de la crónica en lo que a la cuestión indígena se refiere. Vargas, registrado como “indio tributario”,

1 JSV, p. 13. “Mas como yo vivía cerca en mi sayaña que está contigua a Pocusco, hacienda del marquesado de Santiago de Mohosa (porque yo soy contribuyente y pago 10 pesos de contribución al año por los terrenos del Estado que ocupo) [...]”.

habla siempre como si fuese extraño a las comunidades. Evoca la participación de éstas en la guerra, ya sea con entusiasmo, ya sea con cólera; a partir de individuos procedentes de las comunidades, crea arquetipos punzantes o patrióticos, graciosos o terroríficos. Y, si bien reconoce que la guerrilla ha existido gracias a ellos, no disimula los límites de esta alianza. Los indios han aportado la base material de la existencia de los guerrilleros, se han batido a su lado sufriendo las pérdidas más pesadas, pero su papel militar estaba lejos de ser eficaz, su adhesión estaba sometida a cambios de bando y su apoyo inscribía la causa patriótica de los valles en el registro de las revueltas campesinas en lugar del de los combates gloriosos de los ejércitos de liberación. Tal es su versión de la guerra. La historia de la nueva República se construirá sin ellos.

Sin embargo, es azaroso hablar de los indios como de una colectividad uniforme. En este campo, como en otras materias de la crónica, se hacen sentir los efectos perversos de la escritura. Su inclusión en el relato da a la “indiada” una unidad que ella no tenía. Las comunidades de los valles no adoptaban la misma actitud, no representaban las mismas fuerzas ni manifestaban el mismo grado de compromiso con la guerrilla. En el seno de las comunidades existían diferencias profundas y la situación de los comuneros evolucionaba en un sentido que no les era favorable. Los informes de administradores ilustrados, tales como Francisco de Viedma, nos dicen más sobre este tema que la crónica del guerrillero, cuya estructura misma apunta a borrar las irregularidades dejando de lado las bases económicas y sociales de la guerra. Además, individuos que Vargas consideraba como indios adoptaban comportamientos y ocupaban funciones en la guerrilla que los asimilaban a oficiales criollos o mestizos.

Por último, Vargas no trata sino las comunidades de dos provincias, ignorando lo que sucedía en el conjunto del Alto Perú, lo que le habría permitido observar la movilización general de las comunidades en la guerra. Así, en las páginas que consagra a los acontecimientos anteriores a su adhesión, deja en silencio el levantamiento de los indios de Toledo que tuvo lugar en 1810, en la provincia de Oruro. Fueron rápidamente dominados, pero sus reivindicaciones conformaban un programa que fue el de la mayor parte de las rebeliones del siglo XIX: la supresión de los impuestos y del trabajo forzado, la recuperación de las tierras usurpadas.² Su reunión había sido dispersada por las tropas de Francisco Rivero y de Esteban Arze, futuros caudillos independentistas de Cochabamba. Vargas, quien por entonces vivía en Oruro y fue, por lo tanto, testigo del suceso, si no directo al menos muy próximo, recuerda la presencia de las tropas de Rivero sin indicar la razón: habría tenido que mencionar que Rivero acababa por

2 Reclamaban la supresión del tributo, de la mita, del pago de los actos religiosos, la desaparición de las funciones de subdelegado y de cacique, la repartición de las tierras de los metropolitanos entre los comuneros, el fin de los servicios gratuitos, la gratuidad de los actos de justicia, la evicción de los mestizos de los pueblos de indios y la prohibición de las usurpaciones de los hacendados colindantes con las comunidades.

entonces de restablecer el orden al servicio de los realistas contra los insurgentes. El asunto lo habría obligado a subrayar ciertos equívocos mantenidos por la lucha independentista en sus relaciones con las comunidades. Cuando estas amenazaron con volverse contra las ciudades, como habían hecho treinta años antes, los capitanes que se pusieron al servicio de la independencia, tres meses más tarde, se alinearon sin titubear del lado del orden real.

Vargas no dice nada tampoco del sitio de La Paz que tuvo lugar al año siguiente. Entre agosto y diciembre de 1811, la ciudad fue cercada por los indios de Larecaja, de Omasuyos y de Sicasica, estos últimos dirigidos por Hermenegildo Escudero, un protector de indígenas de quien se habla también en el Diario. La ciudad fue liberada gracias a la intervención de tres fuerzas realistas, entre las cuales se hallaban las tropas del cacique de Chincheros, Mateo Pumacahua, antiguo adversario de Túpac Amaru. Vargas habla con simpatía del último compromiso de Pumacahua al servicio de la causa patriótica, pero no dice nada sobre sus acciones anteriores como fiel vasallo del rey de España.³ La dificultad que experimenta Vargas para salir del marco de los valles se confirma al mismo tiempo que la estrechez de su visión política; pero, no debe olvidarse que, por entonces, no era más que un muchacho librado a sí mismo cuando emprendió la aventura de escribir su crónica y que el resto de la guerra lo pasó cautivo de las cordilleras y de los valles de dos provincias. Sería entonces deshonesto reprocharle los límites naturales de su empresa. A la escala del microcosmos de Sicasica y de Ayopaya, el Diario de Vargas ofrece un punto de vista excepcional sobre los actores menos conocidos de la guerra.

La crónica pone en escena la participación de los indios en tres registros: militar, literario y político. El primero trata de su participación en los combates y forma parte de la estructura de su primer relato (MsA); el segundo consiste en la elaboración de arquetipos a partir de anécdotas que corresponden en su mayoría al trabajo del MsB; el tercero, el más importante, figura en ambos manuscritos⁴ y describe las presiones ejercidas por las comunidades sobre el comando durante cuatro momentos decisivos de la guerrilla: cuando Lira murió, luego, durante el proceso de su venganza y de su sucesión, en diciembre de 1817 y en marzo de 1818; cuando se produce la condena a muerte de Chinchilla por Lanza, en marzo de 1821; y, finalmente, en septiembre de 1824, cuando las comunidades de Mohosa se asociaron a Vargas para arrojar a José Benito Bustamante, candidato al comando general de la guerrilla. Con ocasión de estos cuatro episodios, Vargas plantea más claramente que ningún otro autor de su tiempo la cuestión de la participación de las comunidades en la vida política de la República: ¿continuarán ellas como simples auxiliares o hablarán con una voz igual? Y ¿cuál será la posición respecto a ellas de los nuevos hombres que dirigen la guerra y

3 JSV, p. 35.

4 Cuando lo incompleto del MsA permite una comparación.

se impondrán a la cabeza del nuevo Estado? En una primera exposición, abordaré la construcción del arquetipo a la cual se entrega el cronista, que parece dudar entre varios modelos y, luego, trataré más largamente su descripción de la intervención política y guerrera de las comunidades y de sus tensas relaciones con el comando de la guerrilla.

Arquetipos

En el MsB, que se complace en la creación de arquetipos, Vargas oscila sin transición entre dos tipos de figuras opuestas: una sanguinaria, sin piedad, plena de fuerza bruta, y otra, que encarna al americano legítimo propietario de la tierra, patriota heroico. A estos dos polos se añaden algunos retratos conmovedores de víctimas sacrificadas y otros de capitanes truculentos, tales como Miguel Mamani y Mateo Quispe.

La ferocidad india es un tópico de las sociedades americanas en todo el continente. Vargas lo toma para sus fines, con una variante que le es propia y que ya se ha citado: la entrega de una mujer desarmada a un indio implacable. Por lo demás, una investigación de otro tipo que el de la presente obra demostraría, sin esfuerzo, el parentesco que entretienen, en su mayoría, las sociedades campesinas y la violencia, y, en consecuencia, el miedo que estas inspiran a sus adversarios. Saber degollar un animal otorga sangre fría para cuando se trata de matar a un hombre⁵ y no tener ni confianza ni lenguaje común con el enemigo no incita a las sociedades subalternas a mostrarse clementes. Sus denigradores, de los cuales tomamos la mayor parte de nuestras fuentes, no pueden sino transmitir espanto ante esta barbarie. Entre los numerosos episodios en los que Vargas describe esta crueldad no citaré sino la ejecución de un esclavo que no tenía nada que ver con la guerra y no podía hacer otra cosa que proponer su valor comercial para salvar su vida:

*Un capitán de indios muy valientes como intrépido (Agustín Zárate) se fue con dos infantes; en la cuesta que sube a Tamañani yendo al pueblo de Charapaya lo había muerto al prisionero moreno latimosamente a palos, lanzazos y a pedradas sin que le valga lamentos ni ruegos del infeliz que decía que era buen cocinero, que no era soldado sino contratado, que seguirá sirviéndole a él o que lo venda a algún caballero porque era de la clase de esclavo, que más bien aprovechase del valor de su persona y que no le quitase la vida: nada oíya el indio cruel e inhumano, lo devoró a pesar de todo esto. Al fin acabó con su vida el pobre.*⁶

Inexorables si pueden matar, los indios son tratados de la misma manera que tratan a sus víctimas cuando les toca morir. En la guerrilla, si algunos son

5 JSV, p. 145: "Lo degollaron, esto es como a un chivato, y lo botaron la cabeza".

6 *Id.*, p. 362.

considerados en pie de igualdad con los oficiales, por la buena razón de que son también oficiales, la mayor parte de ellos recibe el tratamiento habitual de los hombres de baja condición, sumariamente ejecutados y sin derecho a confesarse antes de ser abatidos:

[...] Suscitándole ser bombero del enemigo ordenó Lira lo matasen a pedradas, lanzas y palos lastimosamente en la bajada al río de Huallipaya. El indio se llamaba Silvestre Velázquez, paisano del mismo comandante Lira.⁷

En este episodio, el comandante Lira, el mejor aliado de las comunidades, no se ha mostrado más clemente que un capitán indio. Con la misma frecuencia con que relata sus matanzas, Vargas anota las injusticias que padecen los indios y logra dejar al lector recuerdos conmovedores como el del pastorcito de la puna que murió con la boca llena⁸ o el de un indio capturado en los valles y conducido a La Paz, muerto de hambre en la prisión porque no conocía a nadie en esta ciudad y porque, ahí, no contaba para nada.⁹

A despecho de su gusto por los modelos intemporales, a los cuales trata a veces de ajustar sus personajes, el cronista vuelve siempre a su tema, el de la suerte trágica de los habitantes de los valles en la guerra. Los indígenas se convertían en héroes capaces de sacrificar su vida por conseguir un fusil, un caballo o arrastrar a un enemigo a la muerte. Unos pastores se alentaban a tender una trampa a los soldados que los habían despojado y dialogaban como actores en un escenario.¹⁰ Cualesquiera que sean los desvíos literarios tomados en préstamo por Vargas, su conclusión era siempre la misma: los indios eran las primeras y principales víctimas de esta guerra. Esta reflexión, añadida al final de la redacción del MsB, cerca de treinta años después de la guerra, alinea la crónica al lado de los explotados y la concisión del “*como ahora*” suena como una de las más fuertes críticas al fracaso de la República y su incapacidad de hacerles justicia.

Así sucedían: si se dejaban pillar lo llevaban a un pueblo más inmediato, allí los fusilaban, o en algún camino o crucero de loma allí ejecutaban; lo mismo si corrían morían (como ahora), morían más pronto; si se dejaban pescar por lo mismo los mataban, y por todos modos siempre eran víctimas todos los infelices habitantes de aquellos territorios por solamente querer ser libres.¹¹

Así, a pesar de su ferocidad primitiva, los indios eran los pobladores legítimos de América y se batían por la patria pagando a un alto precio por su apoyo a la

7 *Id.*, p. 75.

8 Ver cap. 5.

9 JSV, p. 355.

10 *Id.*, p. 277.

11 *Id.*, p. 237.

guerrilla: he aquí la conclusión que se podría extraer de los episodios en que Vargas los hace aparecer en tanto arquetipos. Esta materia es ligera; libre del peso de los terruños y de las condiciones del entorno, no permite conocer la situación de las comunidades. Si se desea conocer la composición del poblamiento indio en el territorio de la guerrilla, hay que recurrir a otras fuentes.

La base india de Sicasica y de Ayopaya

Los documentos referentes a los valles en los siglos XVI y XVII muestran a estas aldeas como una prolongación del poblamiento del altiplano. Muy pronto, las poderosas comunidades de la puna se proponen controlar a estas reducciones formadas a partir de migrantes venidos de Caracollo y de Sicasica. Mohosa es una de ellas, formada por algunos originarios y un gran número de forasteros. El territorio de estas comunidades era medianero de las tierras del marquesado de Santiago¹² y muchas de sus tierras pertenecían al pueblo de Ichoca, cuyos habitantes se negaban a confundirse con las comunidades de Mohosa, no se sabe por qué.¹³ Por otra parte, el tránsito de Mohosa a Chulumani, pasando por Cavari, se había establecido precozmente. A fines del siglo XVII, Iquisivi y Capiñata dependían aún de la parroquia de Cavari. Existían, pues, lazos seculares entre los valles y los Yungas, y entre los valles y la puna, de Mohosa o Cavari a Caracollo o Sicasica, incluso si tales vínculos se habían relajado con el curso de los siglos y no siempre implicaban unidad de acción.

El origen de estos *mitimaes* comenzaba a desvanecerse,¹⁴ sus lazos de dependencia con los ayllus de la puna apenas si producían ya efectos y la revisita emprendida bajo la administración del duque de La Palata, en los años 1680, los volvió a vincular con el lugar de su residencia. Mohosa aparecía entonces como el núcleo de poblamiento más importante y más activo gracias a la presencia de 153 originarios, de los cuales 61 cumplían con su turno de mita en Potosí.

12 Todos los elementos referentes a los valles en los siglos XVI y XVII me han sido proporcionados por Thierry Saignes, a partir de fuentes que había consultado en Sevilla, Sucre y La Paz.

13 ALP, 15.XII.1594, Asiento de Pocusco, doc. N° 1.

14 AGI, Charcas 274. “[...] *el tiempo ha puesto en olvido la subordinación a sus orígenes y naturaleza*”.

Figura 39
Tributarios de los valles a fines del siglo XVII

Parroquia	Originarios	Mitimaes	Origen	Forasteros	Yanaconas ¹⁵	Total de tributarios
Cavari	—	154	Pacajes	111	—	265
Inquisivi	—	114	Calamarca Ayopaya	101	491	215
Capiñata	—	65	—	175	—	240
Mohoza	153	—	—	357	—	510
Colquiri	—	—	—	104 ¹⁶	—	104
Ichoca	43	—	—	166	—	209
TOTAL	196	333		1014	491	1543

Fuentes: AGI, Charcas 274, resumen del *Libro de retasas del virrey La Palata*, 1684-1690.

En 1773,¹⁷ un siglo después de la encuesta general del virrey La Palata, Santiago de Mohosa comprendía los ayllus de Ulla (o Villi), Villahacha,¹⁸ Guaricarchapi para *anansaya*, y Catta, Catarichpoque y Collana para *urinsaya*. San Juan de Cavari estaba formado por los ayllus de Vilcallama y Callapa para *anansaya* y Caquiaviri y Machaca para *urinsaya*; el territorio de la parroquia comprendía además numerosas haciendas pertenecientes a los caciques Guarachi.¹⁹ En San Pedro y San Pablo de Capiñata, la parcialidad de *anansaya* estaba formada por yanaconas de las haciendas de Caquiaviri y de Machaca y dependía de la parte Urco de Pacajes, mientras que la parcialidad de *urinsaya*, que quedaba subordinada a Pacajes Uma, estaba formada por ayllus de Viacha, de Pucarani y de Guaqui. La situación de la provincia de Sicasica en vísperas de la guerra reflejaba siempre el complejo y alógeno origen del poblamiento de los valles (Cf. Cuadro de los valles en 1800, en Anexos).

La zona de influencia de los valles ¿se extendía aún más lejos, en dirección a la selva? Probablemente no. La intervención de los *chunchos* en la guerrilla, esos indios de las tierras bajas a los que se refiere en numerosas ocasiones el Diario,

15 En este contexto, el término designa a los peones de hacienda que no están sometidos al tributo.

16 Que dependen de Mohosa.

17 La descripción que sigue ha sido hecha a partir de las notas que me remitió Thierry Saignes, que resumían el contenido de un microfilm de la AGNA, del cual no me ha dejado una referencia precisa.

18 Al cual pertenecerá Vargas.

19 ALP/EC C.46 E.26, Jesús de Machaca, 8.IX.1708. Expediente iniciado por Ignacio Fernández Guarachi, en el pleito con el Maestro de Campo Joseph Fernández Guarachi, Cacique de Jesús de Machaca, sobre la propiedad de dos chacras en la jurisdicción de Cavari. Roberto Choque, "Las haciendas de los caciques 'Guarachi' en el Alto Perú", en *América indígena*, México, vol. XXXIX, N° 4, 1979, pp. 733-748.

parece haber tenido que ver, sobre todo, con el deseo de los guerrilleros de conservar una reserva de hombres y un refugio aún más inaccesible que el de los valles. Por su parte, los chiriguano, que seguían representando un peligro en Charcas,²⁰ aportaron su ayuda, en efecto, a la causa de la independencia. Una alianza natural se estableció entre las tropas de la guerrilla, más o menos formadas de bandoleros, y los chiriguano, en las provincias que ellos amenazaban.²¹ Pero esta alianza no tenía que ver con los valles. Con los mosetenes, más cercanos a estos, eran posibles relaciones. A finales del año 1818, el comandante Chinchilla hace creer que su ausencia accidental de varias semanas (había caído en un barranco) había sido motivada por una estancia en la selva. Pero ningún elemento del Diario permite pensar que se haya encontrado alguna vez con los mosetenes ni que les haya enviado emisarios. Sucede lo mismo con Lanza, quien acariciaba el proyecto de hallar refugio entre ellos, pero que no sobrepasa jamás el límite de los Yungas.

La circulación de los guerrilleros muestra el vigor de las relaciones mantenidas por los pueblos próximos unos de otros, tales como Mohosa, Ichoca, Cavari e Inquisivi; pero ellas no inciden en favor de lazos que se habrían mantenido con las comunidades de la puna, que las habían fundado, y no es seguro en absoluto que los valles hayan entrado en la guerra en virtud de estas antiguas redes. Sin embargo, no se puede excluir la posibilidad de supervivencias que justificarían tanto posibles aproximaciones o acercamientos como enemistades.

A fines del siglo XVIII, la intendencia de Cochabamba tuvo como titular a un administrador bien conocido por los historiadores, Francisco de Viedma, funcionario ilustrado que pensaba reformar su jurisdicción a fin de aumentar su prosperidad y sacar de ella más ganancias para la corona. En 1793 acabó una Descripción de la provincia de Santa Cruz mal titulada porque trataba también de las provincias de la cuenca de Cochabamba y fue publicada desde 1836 en la colección De Angelis. Proporciona preciosos datos sobre la provincia de Ayopaya. Confirma, sobre todo, que el partido era indio, rural, y que la mayor parte de los agricultores no tenía acceso a la tierra sino a través de un sistema de arrendamientos abusivo cuya carga tendió a aumentar en el curso de la guerra (ver cap. "Economía de la guerra").

Los indios llevan todo el peso de la agricultura, los cuales sirven en calidad de arrenderos en las haciendas, con unas pensiones más duras que en los demás partidos, en cuya posesión tiránica se hallan a título de entable.

20 En 1804 asolan las provincias de La Laguna, Tomina y Pomabamba.

21 En E. Just Lleó, *op. cit.*, p. 88, nota 23. Igualmente F.X. Mendizábal, *op. cit.*, pp. 133-134, 18 de junio de 1817. "Se recibio parte del gobernador de Santa Cruz Aguilera en el que detalla la expedición que hizo por los pueblos de misiones de los indios chiriguano contra los caudillo Mercado y Nogales que se habían refugiado en ellos, habiendo sido el resultado la dispersión de sus partidas y prisión de los caudillos. Pero en este intermedio sufrimos el contraste de ser atacada y tomada después de un día de fuego, por habersele acabado los cartuchos, una partida situada en el pueblo de Zamagata".

En las zonas donde las haciendas se habían impuesto a expensas de las comunidades, los indígenas eran explotados por los hacendados o por sus arrendatarios. En los pueblos reales, como Sipesipe, El Paso, Tirquipaya, Pocona y Tapacarí, la situación de los comuneros no era mejor, pues un pequeño número de originarios había acaparado, para su provecho, las mejores tierras, cuyo usufructo concedían a otros miembros de la comunidad a cambio del pago de una especie de arriendo.²² Viedma, quien defendía la urgencia de una reforma agraria,²³ denunciaba esta práctica, “especie de esclavitud y miseria a que se ven reducidos, como dependientes de los pocos originarios que las tienen [les tierras].”

En la provincia de Sicasica, donde las haciendas no habían adquirido tanta importancia como en la cuenca de Cochabamba, existían grandes desigualdades en el seno de las comunidades, pero no han sido objeto de estudios. Vargas menciona la riqueza de ciertos originarios, como la de ese indio de Cavari al que los realistas le robaron cinco mil carneros: “*Andrés Cañacagua, originario de aquel lugar, un hombre rico*”,²⁴ se sabe, sin embargo, que algunos de estos grandes rebaños pertenecían a indígenas de Sicasica. Un documento de 1806 señala que la hacienda de Panragani, en el territorio de la parroquia de Morochata, estaba gravada con un censo de 2.000 pesos en favor de los indios de comunidad de la provincia de Cochabamba.²⁵ Nada se ha dicho sobre la estructura social de Mohosa, pero se sabe que sus comunidades estaban en conflicto con los mayordomos del marquesado de Santiago, quienes se habían apoderado de un acueducto que ellas habían construido.²⁶ Los comuneros han debido aprobar con entusiasmo la confiscación de los bienes del marqués por la guerrilla.

Este rápido recorrido de las fuentes y de las investigaciones emprendidas sobre el poblamiento y la economía rural de Sicasica y de Ayopaya deja varias

22 “Como las haciendas son de los españoles y algunos mestizos, y no tienen otro pasar que el de la agricultura, para conseguir los reducidos terrenos que labran, se ven precisados a tolerar aquellas pensiones que ha introducido la codicia de los hacendados, autorizadas con la costumbre. Aun es mayor en los pueblos de indios reales con los agregados sin tierras, porque tienen que sobrellevar las que les imponen los caciques e indios principales, que les arriendan los sobrantes de las crecidas porciones que poseen en perjuicio de los demás originarios, porque muchos de estos no gozan los dos topes que previene la ley: ni unos ni otros sacan más utilidad que lo muy preciso a pasar la vida con miseria y satisfacer con angustias el real tributo”. Francisco de Viedma, *loc. cit.*

23 La reforma que el intendente preconizaba consistía en una división de las tierras y la desaparición de las colectivas. Sobre este tema, consultar la obra. *Les terres collectives face aux attaques libérales en Europe occidentale et en Amérique latine, 1750-1914*, M.-D. Deinélas y N. Vivier ed., Presses universitaires de Rennes, 2003.

24 JSV. p. 298.

25 ANB, EC, 1806, exp. 85. Se trataba probablemente de un préstamo consentido por la caja de la comunidad. Sobre estos complejos asuntos de préstamos, el caso particular de las cofradías indias (en México) ha sido estudiado por D. Dehouve, *Quand les banquiers étaient des saints*, París, CNRS, 1990.

26 ANB, EC, ad. 1806, exp. 13.

cuestiones en suspenso. No hay sino una sola certidumbre: los valles eran mayoritariamente indígenas, a pesar de las grandes desigualdades vinculadas con la presencia de haciendas o con las marcadas jerarquías en el seno de las comunidades. Así, el pueblo de Leque está casi enteramente poblado por indios y Machaca, cuna del mayorazgo de Montemira, por una mayoría española. Pero la uniformidad étnica no implicaba ninguna igualdad, incluso, si es verosímil que la mayoría de los habitantes de los valles vivían de las parcelas que lograban cultivar y de los animales que podían criar. Las principales minas de la región estaban agotadas o inexploradas, y el tráfico hacia los Yungas no alimentaba sino un modesto comercio.

Hay que olvidar, pues, los determinismos fáciles. La historia de la guerrilla no permite diferenciar el compromiso de los pueblos en función de su población. El origen histórico de los ayllus de los valles ha tenido, probablemente, poca incidencia en su alineamiento con la resistencia y sus estructuras agrarias tampoco permiten distinguir matices motivados por las diferencias existentes entre el partido de Ayopaya, dominado por las haciendas, y el de Sicasica, donde las comunidades habían continuado siendo preponderantes. Los indios no se han hecho patriotas porque eran miembros de comunidades o realistas por ser peones de las haciendas, ni a la inversa; la suerte de la mayoría de los comuneros apenas si era más envidiable ni más segura que la de los peones. Las causas de insatisfacción eran grandes, cualquiera que fuese su origen, y los dirigentes de la guerrilla sabían sacar partido de ello cuando aplicaban a los villorrios los principios de su forma de guerra, que exigía la adhesión de la población alternando amenazas de represalias, promesas de días mejores y catecismos patrióticos. Además, es muy probable que la guerra haya permitido ajustes de cuentas y venganzas motivadas por las desigualdades y los abusos. Todos estos pueblos estaban unidos por el mismo deseo de liberarse de cargas demasiado pesadas y sin beneficio para la colectividad, y de decidir ellos mismos su condición.

Participación militar

Fuera de los combates, las fuerzas indígenas proporcionaban lo esencial del aprovisionamiento y de las informaciones a la guerrilla, al mismo tiempo que dificultaban o impedían totalmente las comunicaciones entre las diferentes guarniciones realistas. Ya hemos abordado estos puntos, no volveré sobre ellos, más bien me ocuparé de los soldados indios.

Había dos formas de alistamiento: colectivo e individual. En primer lugar, el comando de la guerrilla exigía de las aldeas la participación de todos los hombres capaces, por ello la "indiada" se unía a los combates por comunidades enteras, puesto que tanto jóvenes como viejos eran movilizados.

La intervención de estos campesinos, considerada desdeñable como fuerza militar,²⁷ no carecía sin embargo de efecto. Se apoderaban de las cumbres, cerraban los pasos, siempre fatigando al enemigo, al cual hasta le impedían dormir con sus gritos y el tocar de sus *pututus*.²⁸ Pero se necesitaban varios días para reunirlos. No participaban sino cuando la acción había sido prevista y no constituían ayuda alguna cuando los soldados del rey actuaban por sorpresa.²⁹ Estos combatientes ocasionales, repartidos por aldeas,³⁰ estaban equipados con hondas, garrotes y lanzas, armas –al fin de cuentas– casi tan eficaces como los fusiles de tiro incierto.³¹

*El enemigo avanzaba despacio. En un buen trecho y favorable para la indiada se bajaron éstos como 120 hombres de hondas, lanzas y garrotes, e impiezan a atacarlos. [...] En un breve rato cayeron del enemigo tres muertos y como 11 heridos [...] Después se supo que iban seis heridos de bala y cinco de pedradas.*³²

Y el peligro que representaban las galgas, lanzadas desde las alturas contra los soldados en formación apretada, era conocido por las tropas realistas. Francisco Xavier Mendizábal cuenta:

*Por el lado de Cochabamba también asoman los caudillos en reuniones de indios, y en particular en Ayopaya se apostó uno de ellos en un cerro ventajoso y habiendo salido el subdelegado con 70 fusileros a desalojarlos, tuvo la imprudencia de pararse al pie de cerro haciendo fuego contra los indios, pero estos arrojaron tantas galgas que le mataron 16 hombres [...] y el subdelegado no paro hasta Oruro.*³³

Con ocasión de un encuentro, la resolución de estos hombres podía desconcertar al ejército real, que no tenía previsto cuidarse de ellos y que quemaba sus cartuchos al comienzo del combate pensando aterrorizar a esos campesinos que no tenían armas de fuego. Pero si el comando de la guerrilla había instrui-

27 JSV, pp. 98-99. “[...] Nos formamos únicamente 12 soldados de infantería y 15 soldados de caballería que tenía el comandante Álvarez y 40 lanceros de a caballo con otros tanto de indiada (que éstos casi no se cuentan)”. Cursiva de la autora.

28 *Id.*, p. 51. Un combate que tuvo lugar el 10 de junio de 1815 ilustra bien esta disposición de fuerzas: “[...] Lira [...] dipuso pariendo a la gente en dos: a la caballería e infantería a lo llano, y a toda la indiada colocó en todo el alto y la falda del costado derecho”.

29 *Id.*, p. 113. “Indiada ninguna teníamos porque no hubo tiempo para que se reúnan por la rapidez de las marchas del enemigo y la entrada a sangre y fuego”.

30 *Id.*, p. 302 (en un combate en los altos de Palca).

31 *Id.*, p. 138, combate del 8 de marzo de 1817, en el que un indio a pie mata a sus adversarios a lanzazos en la garganta.

32 *Id.*, p. 173.

33 F.X. Mendizábal, *op. cit.*, pp. 108-109.

do correctamente a la indiada, ésta resistía y su constancia podía equilibrar la desigualdad de las armas.³⁴

Las tácticas nocturnas, a las que a menudo recurría la guerrilla, se apoyaban en estas tropas que sabían robar los caballos y molestar al enemigo. Penetran de noche en el campo realista, con calzados de piel de carnero, con la lana hacia afuera para no hacer ruido,³⁵ o bien, valiéndose de la sorpresa, lanzan animales espantados por el fuego que han prendido en sus crines y, aprovechando el desorden, se apoderan de caballos y mulas.³⁶ En víspera de un asalto, o durante la noche de un combate que debe continuar por la mañana, decenas de *pututus*³⁷ turban el descanso del adversario y le hacen temer que ha de enfrentar a centenares de adversarios resueltos. En Inquisivi, el 25 de abril de 1817, los indios hicieron tal estrépito “*que de oír esa bulla se retiró el enemigo*”.³⁸

El temor que inspiraban los indios demostraba sus efectos en el combate: eran esa fuerza acampada en las alturas, a la que no se veía, cuyas acciones no se podían prever como tampoco la trayectoria de sus armas; aquella que al retumbar del toque “*al degüello*”, marcado por el tambor, bajará corriendo, mal armada pero numerosa e implacable. La ansiedad que siente el soldado novicio al recordar todo lo sufrimiento que los indios son capaces inflingir a sus cautivos se apodera de los combatientes antes incluso de la batalla. En el seno de la guerrilla, el efecto era idéntico. En la mañana del Domingo de Ramos, la plaza de Mohosa se encuentra rodeada por las tropas de Chinchilla decididas a vengar, por fin, la muerte del comandante Lira. En su arenga, el principal conjurado, Pedro Marquina, intentaba persuadir a sus hombres de batirse hasta el fin, evocando la suerte que les esperaba si caían en manos de la indiada; el temor los determinó a alinearse, finalmente, junto a las fuerzas indias. Pero basta con volver a la contabilidad de Vargas para saber que entre los indios son más los que mueren que los que matan.

Acabada la operación, cada cual retornaba a sus campos y a sus animales, después de haber prestado últimos servicios a los guerrilleros: proporcionando

34 JSV, p. 101. “[...] Nos rompen fuego a discreción: gastarían por lo menos unos 2000 cartuchos tirando al viento pensando que por ver el fuego tan feroz desamparasen el punto los indios que ocupaban la altura en número de 80 hombres, pero no hicieron aprecio los indios, solamente tiraron una sola galga de piedra que pescó a un enemigo que salía por delante, lo botó caballo y todo”.

35 *Id.*, pp. 125, 134, 228, 314.

36 *Id.*, p. 338. “[...] botar los indios yeguas chúcaras anarrando a las colas cueros secos de vaca a que espanten su caballada y hagan siquiera una disparada”.

37 *Id.*, p. 89, los *pututus* “eran de astas de toros”, “como de los postillones del correo” (p. 136).

38 *Id.*, p. 151. Igualmente, “La bulla de corneta que usan los indios” (p. 70.). “Solamente la indiada tiroteaba causándoles mala noche como siempre acostumbraban” (p. 90). “La indiada que no los [enemigos] dejaban descansar un rato ni les daban lugar para nada” (p. 99).

una cabalgadura a los que habían perdido la suya,³⁹ transportando a los heridos patriotas al pueblo y rematando a garrotazos a los del adversario.

Sin embargo, ciertos miembros de las comunidades se quedaban en las filas, pues la guerrilla reclutaba también a indios jóvenes que se convertían en soldados como los demás. Recibían una formación, aprendían a servirse del fusil y abandonaban los cabellos largos, la señal más visible de su pertenencia étnica. Así, un indio acusado de haber servido como soldado se defiende ante sus jueces realistas por no haber consentido que le cortasen su trenza:

En efecto la tomó [la camisa de soldado que le dió el caudillo Centeno] con el destino de vestirse de soldado pero repugnando y de puro miedo acepto, siendo la prueba de su negativa al servicio haberse excusado repetidas veces a cortarse el pelo como que consiguió no distinguirse.⁴⁰

Llegado a este punto, las informaciones que da Vargas no son ya muy claras y no se sabe bien si estos soldados indios eran únicamente parte de las tropas de lanceros, provistos de lazos, comandados por capitanes indios tales como Andrés Simón, Miguel Mamani, Julián Gallegos,⁴¹ o si se mezclaban también con la tropa de guerrilleros integrándose a las compañías de cazadores o de granaderos.

Parece que ciertos combates se libraban únicamente entre tropas indias, unas al servicio del rey, otras al de la guerrilla. Se les ve enfrentarse en momentos críticos cuando la tropa regular, reducida a algunas decenas de hombres, acaba por disolverse. Ciertas comunidades seguían, a pesar de todo, con la batalla, a fin de proteger sus tierras de las expediciones punitivas.⁴² De la misma manera, un episodio bastante controvertido del Diario, que se sitúa en noviembre de 1821, describe la victoria de las comunidades sobre el coronel Francisco Xavier Aguilera, vencedor de las guerrillas de Santa Cruz y de Vallegrande. Al cabo de algunos días él se vio obligado a reconocer su derrota ante tropas únicamente indígenas, que persiguieron a sus fuerzas desde el paso de Lallave hasta la salida del valle de Morochata. Esto es ocasión para que Vargas describa todas las técnicas de hostigamiento empleadas por la indiada contra un oficial que viene de las tierras bajas y no está familiarizado con este modo de combate. Todo este episodio, que comienza como un desafío lanzado por un realista de los valles a un realista de los llanos, le permite al cronista aprovechar la oportunidad para

39 *Id.*, p. 345. En octubre de 1823, después de la desbandada del ejército de Santa Cruz y Gamarra, Lanza entra a marchas forzadas a Morochata, perseguido por Olañeta. Los indios se encargan entonces de recuperar a los que no pueden seguir y de proporcionarles cabalgaduras.

40 ANB, INP 1818, exp. 8. *Distinguirse*: el hombre que se había enrolado se convertía en “soldado distinguido”.

41 JSV, p. 45.

42 *Id.*, p. 136, en febrero de 1817 tuvo lugar un combate entre los indios patriotas de Mateo Quispe y los amedallados de Navarro, enfrentamiento con lanzas y hondas, muy sangriento.

poner en primer plano a las fuerzas de las comunidades. Haya sido verdadera o no esta aventura, el relato de Vargas –que ofrece aspectos fantásticos– está destinado, sobre todo, a destacar que los valles pertenecen a los indios y que éstos conservan y vigilan su territorio contra toda incursión extranjera.⁴³

En el momento en que se sitúa esta aventura, José Miguel Lanza ha tomado el mando de la División de los Aguerridos y los nuevos planes de batalla que organiza muestran una mejor integración de las fuerzas indígenas en el pequeño ejército. Ya no es cosa de contentarse con enviar a la indiada a vigilar los cuellos, sino que ella forma parte ya del conjunto de las fuerzas, y su formación militar ha mejorado hasta el punto de permitirle combatir en terreno descubierto.⁴⁴ Por entonces, los valles se hallaban en guerra desde hacía diez años y todos sus habitantes sabían ya combatir. La misión de Lanza consistía en disciplinarlos y disuadirlos de toda iniciativa intempestiva. Su tarea se vio facilitada porque la mayoría de los grandes capitanes indios había desaparecido cuando regresó a la cabeza de la guerrilla.

Los dirigentes indios

Muchos aspectos relativos a estos oficiales permanecen oscuros. Varias decenas de ellos son citados por sus nombres y algunos figuran entre los héroes del Diario. A la muerte de Lira, son más de treinta los que toman parte en la reunión general de los oficiales de la guerrilla, que decide sobre el nuevo comando, el 26 de diciembre de 1817.⁴⁵ El índice antroponímico que Gunnar Mendoza incluye en la edición del MsA menciona nueve y el de la edición del MsB 33, respecto a los cuales Vargas señala que son oficiales e indios. Estos hombres representaban, pues, cerca de la cuarta parte de los efectivos de los oficiales de los valles y, sin embargo, el cronista no incluye a ninguno de ellos en su fichero recapitulativo

43 El descubridor y editor del Diario, Gunnar Mendoza, pone muy en duda la realidad de esta expedición, a la que considera una burla que Vargas se ha permitido. José Luis Roca, buen conocedor de Santa Cruz, no comparte esta opinión y los archivos realistas conservan la huella de una expedición precedente de Aguilera en los valles, en persecución de Eusebio Lira en 1815. En todo caso, la manera en que Vargas cuenta el episodio es extraña: se trata de una apuesta hecha por dos oficiales realistas que versa sobre las virtudes guerreras de los indios de los valles.

44 JSV, p. 337. “Lanza formó la indiada a tres en fondo, la primera fila de a lanzas, la segunda de lo mismo y de palos los más, y la tercera fila de a hondas; a la caballería a la izquierda; a la infantería a la derecha: 30 cazadores de guerrilla peleaban al mando del teniente don Felipe Monroy a la vanguardia”.

45 Según el fichero de los oficiales que se encuentra al final del Diario, había 48 oficiales criollos y mestizos bajo el mando de Lira, el total de los oficiales de la asamblea el 26 de diciembre de 1817 era de 80, esto se puede inferir de la diferencia entre las dos cifras que existía 32 oficiales indios.

de 109 oficiales. ¿Quiénes eran entonces? ¿Era su posición verdaderamente tan diferente de la de los demás oficiales?

La cuestión se complica por la existencia de jerarquías antagónicas en el seno de la sociedad india. Los dirigentes de las tropas indígenas ¿son reclutados entre los jefes naturales—esto es: caciques e *bilacatas* salidos de la comunidad—o se trata de gente nueva cuya autoridad no proviene de normas tradicionales y de la que no se sabe gran cosa? La mayor parte de los autores concuerda en escribir que los caciques habían perdido mucho de su poder y prestigio antes de la gran rebelión, y que la represión que siguió a ésta les dio un golpe de gracia. Pero incluso antes de estos acontecimientos, la dirigencia de las comunidades se hallaba en crisis. El trabajo más útil sobre la zona que nos ocupa es la investigación llevada a cabo por Sinclair Thomson, quien analiza una serie de disturbios causados por las protestas contra los repartos, que tuvieron lugar entre 1740 y 1770, en el triángulo comprendido entre Sicacica, Chulumani y Mohosa. Refutando los trabajos que establecen una distinción entre los caciques legítimos (caciques de sangre) y los usurpadores que poco a poco se han establecido en las comunidades, sostiene la tesis de un descrédito que afectaba a la mayoría de estos hombres antes de la represión de 1781, que tendría como causa tanto la inconducta de los caciques de sangre como el acaparamiento de sus funciones por intrusos.⁴⁶

Durante la guerra se ve actuar a estos hombres de acuerdo a reglas comunes a las sociedades tradicionales. Toda autoridad debe ponerse a la cabeza de sus subordinados, cualquiera que sea la causa por la cual se combate; es, por lo tanto, azaroso atribuir a convicciones personales al alistamiento de los caciques en las filas de tal o cual causa. Si su comunidad pertenece a la zona de acción de la guerrilla, actuarán por ella; en el caso inverso estarán al servicio del rey. Así el cacique de Sacaca, Manuel Ayaviri, convertido en comandante de indios por cuenta de la guerrilla del caudillo Manuel Muñoz Terrazas, niega haber actuado por su propia voluntad: “[...] contra su voluntad reclutó la indiada que ya se hallaba reclutada por otros en tres distintas ocasiones: la primera de un mil indios, la segunda de ochocientos, y la tercera de quinientos y que lo hizo temeroso de que lo pasasen los insurgentes por las armas, como que así lo hubo de ejecutar en varias ocasiones”.⁴⁷ Se ve bien, en este caso, como se superponen las funciones antiguas del cacique con las del comandante de indios. Pero ¿ejerce

46 Sinclair Thomson, “Quiebre del cacicazgo y despliegue de los poderes en Sicacica, 1740-1761”, en X. Albó et al. eds., *La integración surandina: cinco siglos después*, Cuzco, Centro Bartolomé de las Casas, 1996, pp. 261-284.

47 ANB, INP 1812, *sumario seguido contra el cacique de Sacaca, Manuel Ayaviri, por delito de infidencia*. Las fuerzas que recluta participan en tres acciones diferentes: el ataque del ejército dirigido por el coronel Astete en Chayanta, sirven luego con las tropas de Esteban Arze en Lagualagua y en Achooco, “donde fue la mortandad de los granaderos del capitán Vadillo”, y finalmente estuvieron en el encuentro en Caquiaviri con las tropas del coronel Gerónimo Lombera.

este tipo de “comandante” funciones de oficial? No lo creo y me inclino a pensar que había una diferencia entre estos caciques, cuyo papel consistía en movilizar a los hombres y los oficiales encargados de llevarlos a la línea de fuego. En el primer caso, basta el ejercicio de la autoridad tradicional; en el segundo hay necesidad de capacidades militares, que la mayoría de los caciques no poseía. El Diario muestra bien esta diferencia. Los principales, tal como los llama, o *bilacatas*, toman las decisiones que comprometen a la comunidad, organizan levadas, ordenan y organizan los servicios requeridos por las tropas, negocian con el comando de la guerrilla, pero no son capitanes, y no saben nada del arte de la guerra. En 1824, Vargas obtiene la ayuda de 25 “embastonados o alcaldes” de Mohosa para neutralizar al aventurero comandante Bustamante, no obstante, ninguno de esos hombres participó en los combates y ninguno figuró entre sus compañeros de armas.⁴⁸

Para acabar este cuadro de los dirigentes de las tropas indias hay que recordar el papel de ciertos criollos, a los que su oficio colocaba a veces a la cabeza de estas fuerzas: los protectores de indígenas y los escribanos de cabildo. En el primer capítulo hemos visto producirse la conjunción de las dos funciones a fin de movilizar a los comuneros de los valles y hemos hablado del protector de indígenas de Oruro, quien se había asociado al escribano de la ciudad, el padre de José Santos Vargas, en 1786. Los archivos del Alto Perú muestran que esta asociación era corriente a fines del período colonial, pero que reinaba la mayor diversidad entre estos hombres, algunos de los cuales ejercían con energía la defensa de los indios a los que representaban, en tanto que otros se cuidaban muy bien de no asumir iniciativas que les atrajeran el rencor de los poseedores. En los primeros tiempos de la guerra, dos de ellos han de desempeñar un papel decisivo: José Manuel Cáceres, escribano del cabildo de La Paz, y Hermenegildo Escudero, protector de los indígenas de Sicasica. Ambos se hallan en el origen de las movilizaciones masivas de los años 1810-1813, pero desaparecen precozmente. La suerte del capitán de guerrilla Hermenegildo Escudero, al cual Vargas dedica una importante parte de su obra, prefigura la suerte de Eusebio Lira. Encuentra la muerte apuñalado por uno de sus soldados en una crisis de furor y, cuando sus tropas indias reclaman venganza, el subdelegado de Inquisivi se ve obligado a ejecutar a un prisionero que no tiene nada que ver con el drama.⁴⁹

Al margen de estos pocos funcionarios y de las jerarquías tradicionales, ambos desacreditados por sus malversaciones y por el aumento del número de falsos caciques, la guerra hizo aparecer a nuevos dirigentes que eran más desclasados, probablemente, que miembros de los grandes linajes, pero que poseían las cualidades necesarias para este tipo de guerra. Muchos de ellos habían servido como

48 Con ocasión de una misión efectuada en octubre del 2002, he podido constatar que aún había 24 comunidades en el valle de Mohosa y otros tantos *bilacatas*.

49 JSV, pp. 31-33.

simples soldados en las filas de los ejércitos de Buenos Aires y en ellas habían adquirido sus conocimientos militares. El carisma de algunos hizo el resto. Así, se afirman esos capitanes a los que la crónica rinde homenaje y a los que Vargas consagra algunas de sus mejores páginas. Entre ellos están José Andrade y Moya, Miguel y Fermín Mamani, Mateo Quispe, Pascual Cartagena, Pedro Zerda, Andrés Simón, Julián Gallegos, Mariano Santa María, Silvestre Hernández, Julián Tangara... La mayoría de ellos dirige la caballería y ya hemos notado que la frontera entre estos capitanes y los empresarios de guerra, que se entregaban al pillaje por cuenta propia, era una frontera porosa. Ello no impidió a Vargas expresar su admiración ante su valentía y reconocer el precio de su encarnizado combate contra las tropas del rey.

La mayor parte de ellos fue entregada a manos de los realistas por otros indios y murió ajusticiada. Los más famosos tuvieron entonces derecho a un enfático homenaje del cronista. El fin de Andrés Simón era digno de los evangelios; el del Pedro Zerda fue idéntico al de los demás grandes capitanes de la guerrilla: el hombre había cumplido con el destino que se había fijado y morir por la patria fue su recompensa.

*Acabó con su vida, al cabo deramó su sangre por la causa de la libertad de su Patria conforme siempre se pronosticaba, y un patriota antiguo.*⁵⁰

La oración fúnebre del comandante Mateo Quispe era comparable:

*Así se desapareció un americano y muy amante a la libertad de su Patria, en la demanda. Como siempre se pronosticaba en que su cabeza se la cortarían los enemigos, que desde el momento que había abrazado el partido de la libertad ofrecía en su sacrificio, llegó al fin el momento de ser víctima.*⁵¹

Para tratar de liberar a su jefe, los hombres de Mateo Quispe habían combatido fieramente, causando siete muertos y once heridos, y cayeron 22 de ellos. Tres meses más tarde, el 4 de diciembre de 1822, día de la fiesta de Santa Bárbara, los indios patriotas de Oputaña llegaron a ubicar al indio que lo había entregado –una vez más, el alcohol había hablado– y lo colgaron en la *Supay Calle*, la calle del diablo. Un antropólogo haría sin duda significativos cotejos entre esa fiesta, el diablo y la venganza.⁵²

Miguel Mamani, quien acabó de manera poco gloriosa, preso “*por causa de la chicha*”, durante una captura anterior había sido puesto en escena como un héroe ante sus jueces.

50 *Id.*, p. 353.

51 *Id.*, pp. 329-330.

52 *Id.*, p. 334. “Lo llevan amarrado de la iglesia o cementerio de Oputaña para abajo y en un trecho que llaman Supaycalle (que quiere decir calle del diablo) en un angosto de una peña en un árbol lo cuelgan del pescuezo y ahorcado muere”.

Lo llevan preso a Mamani a Palca, le siguen causa ligera, dan parte al general Pezuela, Mamani dice en la declaración primera que le preguntaban si sabe la causa de su prisión, cómo se llama, de dónde es natural: dijo que sabe la causa de su prisión que es porque había querido romper las cadenas con que lo habían ligado y que por querer salir libre del gobierno español por ser un gobierno tiránico e intruso; que se llama Miguel Mamani de pecho patriota fino; que es de la doctrina de Sicasisa en las Américas. Entonces le dió un bofetón el mismo [subdelegado] Oblitas...⁵³

Si la adhesión de las comunidades a la causa de la independencia dependía aún en parte de las estructuras de la sociedad de antiguo régimen, que privilegiaba las pertenencias colectivas y dirigía los juramentos de fidelidad de grupos y cuerpos, la emergencia de estos capitanes indios muestra que también actuaban lógicas individuales. Frente al subdelegado realista, Miguel Mamani no se cobijaba bajo su estatus y no recurría al argumento de las presiones que había sufrido como lo había hecho el cacique de Sacaca. Afirmaba, más bien, su libre incorporación al servicio de la patria y enarbolaba las justificaciones de la causa independentista –acabar con un “*gobierno tiránico e intruso*”– como cualquier orador convencido de los argumentos de los porteños.

El sentido de la adhesión de los indios a una causa política

La participación de los indios en la guerra al servicio de la causa de la independencia es resultado del encuentro de dos proyectos: por una parte, la necesidad que sentían los dirigentes independentistas de apoyarse en las fuerzas indígenas y, por otra parte, las estrategias propias de las comunidades y de sus jefes, ya se tratase de caciques o de individuos emergentes.

Iniciativas de los dirigentes independentistas

La estrategia usada por uno de los mejores capitanes de la guerra de independencia, Arenales, se fundaba en el apoyo indígena; fue seguido en esta vía por la mayor parte de los oficiales guerrilleros. Antes de 1808, cuando ejercía sus funciones de gobernador-intendente al servicio de la Corona, Juan Álvarez de Arenales se había asegurado una base en los indios Yamparáez. Luego, tras de la derrota de Ayohuma y su efímera presidencia de Charcas, se retiró a Vallegrande, donde actuó de acuerdo con el caudillo Ignacio Warnes apoyándose en las fuerzas de los chiriguano.⁵⁴ A partir de 1821, cuando secunda al general

53 *Id.*, p. 63.

54 F.X. Mendizábal, *op. cit.*, p. 68. Después de la batalla de Ayohuma, las fuerzas realistas recuperan Potosí y Chuquisaca. Arenales se repliega hacia Santa Cruz: “En este intermedio, el gobernador intruso de Cochabamba, Arenales que, después de la derrota de Ayohuma,

San Martín en el Perú, dirigiendo las guerrillas de la sierra central, prosigue esa estrategia de alianza con las comunidades, cualquiera que fuese la etnia a la que pertenecían.⁵⁵ La misma voluntad se manifiesta en todos los dirigentes de fuerzas irregulares activas en el Alto Perú y, en la sierra peruana, esta práctica recobrará todo su vigor a fines de siglo, en los combates librados por el general Cáceres contra las columnas chilenas durante la Guerra del Pacífico.⁵⁶ En los valles, desde 1813, Eusebio Lira se ha preocupado de darles una instrucción patriótica a los indios. Como los lazos que mantenía con las comunidades se inscribían, en gran parte, en el registro tradicional, emprendió la tarea de formar el espíritu de ellas en el patriotismo moderno. En el interior de una sociedad en la cual la opinión individual y la libre determinación del individuo apenas si tienen sentido, la guerra hará surgir individuos cuyo comandante forja la opinión con ayuda de la prensa política del Río de la Plata.⁵⁷

Esta actividad de propaganda se veía facilitada por la crítica situación de los campos y la voluntad de movilizar las fuerzas indias encontraba en ellas profundas causas de descontento. La gran rebelión, a pesar de la ferocidad de la represión de que habían sido objeto sus actores, había conseguido la supresión de los repartos, pero las exacciones de las autoridades y los usurpadores de tierras que, poco a poco, privaban a los comuneros de su autonomía, tenían también que ser cuestionadas. La guerra de independencia anuncia lo que será el principal motivo de los levantamientos indígenas del siglo XIX, el acceso a la tierra, en tanto que las insurrecciones del siglo XVIII tenían causas antifiscales.

Reivindicaciones y venganza

Las provincias indias habían sido las primeras víctimas de la inepta represión a que se habían entregado las tropas realistas desde el comienzo de los disturbios. En abril de 1812 tuvo lugar, en Belén, el primer enfrentamiento entre tropas indígenas, que sumaban 2.000 hombres, con las fuerzas de pacificación, como

se ausentó de aquella provincia, juntó alguna gente en Vallegrande, en unión del caudillo indio Cárdenas, por lo que hubo de enviarse alguna tropa desde Oruro y Cochabamba, a las ordenes del teniente coronel Blanco, y aunque derrotado y dispersa su gente, se retiró a Santa Cruz de la Sierra donde volvió a rehacerse en unión del gobernador Warnes”.

- 55 *Memoria Histórica sobre las operaciones e incidencias de la División Libertadora a las órdenes del Gen. Juan Antonio Alvarez de Arenales en su 2º campaña a la Sierra del Perú*, Buenos Aires, Ediciones de la Imprenta de la Gaceta Mercantil, 1832. Ella Dumbar Temple, *La acción patriótica del pueblo en la emancipación. Guerrillas y montoneras*, t. V, Lima, CDIP, 1974.
- 56 Nelson Manrique, *Campesinado y nación: las guerrillas indígenas en la guerra con Chile*, Lima, 1981.
- 57 JSV, p. 175. “[...] por solamente dejar para la posteridad el país libre y su Patria independiente, como que estuvieron muy bien imbuidos toditos los indios porque el comandante Lira siempre les hacía entender todo lo que quería decir Patria e independencia del gobierno español, lo que contenía y los bienes que reportaría a la posteridad”.

ellas se llamaban, procedentes de La Paz, formadas por dos escuadrones de caballería y 850 hombres de infantería. Los indios fueron derrotados y muchos de ellos masacrados.⁵⁸ Después de incendiar Belén y Yaco, el coronel Lombera regresó a La Paz. En junio del mismo año, el coronel Imaz se puso a escudriñar los valles, destruyó y pilló los bienes del cura Andrés Vargas, capturó a José Miguel Lanza, fusiló a patriotas y a dos notables indios de Mohosa, y, como escarmiento, mandó dar de latigazos a los vecinos. Ninguna clase quedó a salvo de esta expedición. Con estas primeras víctimas se enuncia la ruptura definitiva entre América y España.

*Estos hombres fusilados y azotados eran los primeros mártires de la libertad americana en estos valles. Este señor coronel Imaz fue el que empezó a fusilar, el primero que saqueó, el primer incendiario del pueblo de Mohosa, el que empezó las quemazones en todos estos pueblos.*⁵⁹

Durante todo el tiempo en que se prolongó la guerra, los estragos causados por el ejército real tuvieron como efecto reforzar la adhesión de las comunidades a la guerrilla, al mismo tiempo que obtenían de ellas desistimientos forzados de corta duración.

Las mudanzas de la adhesión india

En efecto, el apoyo de las comunidades a la causa patriótica si bien se mantuvo a largo plazo, sufrió variaciones brutales y espectaculares. En todo caso, hay que recordar que la situación de dependencia en la cual se encontraban los jornaleros influía en su participación en la guerra. Un peón estaba sometido a su patrón. Los archivos muestran que ciertos indios, en lo más bajo de la escala social, accedían a veces al rango de dirigentes de las partidas, pero no podían estar al abrigo de la autoridad del hacendado que controlaba sus tierras. Es así como, bajo la presión del patrón, el capitán de los indios de Punacachi se hizo realista.⁶⁰

En el plano colectivo, el terror empleado sistemáticamente por las fuerzas de pacificación acarrea mudanzas justificadas por la necesidad de sobrevivir. El año 1817 fue particularmente intenso en sucesivos cambios de bando. En enero, Vargas anuncia que la guerrilla ha perdido totalmente el apoyo de la indiada.⁶¹ Unas semanas más tarde, los indios regresan a su lado con más fuerza que nunca, sin mayor justificación. Tratemos de comprender lo que ha sucedido entre enero y marzo. A principios del año, los oficiales realistas, que han vencido a la mayoría de las guerrillas del Alto Perú, quieren acabar con este último bolsón

58 CDIP, p. 27.

59 JSV, p. 29.

60 *Id.*, p. 334.

61 *Id.* p. 49. "La indiada se nos ha rebelado enteramente en contra de nosotros".

de resistencia. Además, algunos de los más activos entre ellos están sometidos a presiones que exigen acciones brillantes. El general en jefe está en conflicto con el virrey, el intendente gobernador de La Paz debe defender su puesto contra un notable limeño que intriga para reemplazarlo. Sólo eso justificaría que las columnas realistas entren a los valles “a sangre y fuego”, como dice Vargas. En el mismo momento, los habitantes de los valles toman por sí mismos iniciativas que, desde el punto de vista realista, reclaman la represión más rigurosa. De una de ellas el cronista no dice nada, y es un mensaje de Joaquín de la Pezuela que recuerda el ejemplar castigo que infligió a los indios de Sihuas y de Cavari:

El parte [...] que me ha acompañado VS en su oficio n° 101 me deja impuesto del riguroso y bien merecido castigo que dió a los sacrílegos asesinos del ayllu Sigua en el pueblo de Cabari, a cuyo beneficio y de las antecedentes enérgicas operaciones de aquel benemérito jefe, quedaban los valles inquietos que ha recorrido militarmente en sumisión perfecta, y sus desengañados habitantes, decididos a entregar a los pocos insurgentes que se han asilados en la aspereza de las montañas, huyendo de su vigorosa persecución.⁶²

La crónica de Vargas describe el brutal cambio de bando de los indios de Cavari y de Sihuas. Los primeros mandados por Andrés Rodríguez, oficial tráfuga de la guerrilla, tropas que se convirtieron durante algunas semanas en encarnizados perseguidores de los patriotas. Pero Vargas no explica el crimen que han cometido estas comunidades que no tuvieron otro recurso contra el castigo colectivo que les esperaba que volcarse en contra de sus aliados de manera tan espectacular.⁶³

Otra acción, que se desarrolla en diciembre de 1816, es relatada también por otras fuentes realistas y justificó un rigor excepcional. Se trata de la ejecución de un cacique realista. Detengámonos en este episodio, pues afecta aún más directamente a la crónica. En 1815-1817, Mohosa es gobernada por el cacique Francisco Borja Navarro, indio realista, tío por el lado materno del comandante Eusebio Lira. Así como en Machaca, el teniente coronel Zárate había podido dirigir la guerrilla a pesar de ser compadre del subdelegado Mendizábal, las opiniones realistas del cacique Navarro no impidieron a su sobrino Lira comandar las fuerzas revolucionarias de Mohosa. Pero, un capitán de la guerrilla venido del Cuzco, Eugenio Moreno, decide actuar sin tener en cuenta los vínculos que unen a la mayoría de los hombres de los valles y hace ejecutar a Navarro a pesar de la intervención de José Santos Vargas; es verdad que el cacique, que se había embriagado, profería desaforados insultos antipatrióticos...⁶⁴ Poco después de este asesinato, los indios de la zona se vuelven contra la guerrilla. Vargas se contenta

62 AGI, Charcas, 436, Carta del virrey al gobernador intendente de La Paz, Lima, 7/03/1817.

63 JSV, pp. 129-130.

64 *Id.* p. 109.

con informar sobre su defección, mientras que las fuerzas realistas establecen una relación de causa a efecto:⁶⁵ los indios se rebelan contra la causa patriótica porque uno de sus caciques ha sido ejecutado por los guerrilleros. Fue “*la cisma de los amedallados*”, dice con humor Vargas.⁶⁶ El campo patriótico se encoge. “No quedaba más que un corto recinto de terreno a favor de la Patria, que era desde el anejo de Tuysonga hasta Lirimani, como cinco leguas de largo ni tres de ancho”.⁶⁷ La traición se impone y causa la muerte de caudillos mayores, la del comandante Carpio, la de don Andrés Simón. Para escapar, el comandante Lira se disfraza de simple soldado. Reconstituye luego un embrión de tropa que se esconde de día y recorre de ocho a quince leguas de noche, a fin de enredar las pistas, y no llega a alimentarse sino cada dos o tres días. “*No encontrábamos un viviente, ni qué comer, ni a quién preguntar alguna noticia siquiera*”.⁶⁸ La batida de los guerrilleros es entonces efectuada por indios comandados por antiguos patriotas que conocen todas las astucias, todos los escondites de sus antiguos compañeros, mientras las mujeres que participan en esta cacería de seres humanos representan uno de los mayores riesgos para los fugitivos que confían espontáneamente en ellas. Según las normas de los valles, las mujeres no se meten en cosas de hombres y no están sino para servir.⁶⁹ ¿Cómo desconfiar de ellas?

La guerrilla no pudo reiniciar sus actividades sino emprendiendo la reconquista de las comunidades existentes en su campo de acción, “*como conquistado de nuevo en un país extraño*”.⁷⁰ Las viejas recetas, que mezclaban el miedo y la seducción, fueron nuevamente utilizadas. La División de los Aguerridos sabía hacerse temer por sus aliados y la amenaza de represalias es uno de los clásicos de la literatura de guerrilla.⁷¹ El segundo de Lira, Pascual García, se encargó de encarrilar correctamente a los tributarios de Mohosa que se aprestaban a efec-

65 F.X. Mendizábal, *op. cit.*, p. 128. 22 de enero de 1817. “Interin las expediciones de Tarija y Cinti tuvieron los caudillos Lira, Carpio, Avarez y otros de los lados de Cochabamba el atrevimiento de salir al camino real en Oruro y Sicasica, cometiendo algunos robos y asesinatos en los indefensos pasajeros; y últimamente mataron en el mes de diciembre en Caracollo al cacique del pueblo de Mooza que era indio realista, de cuyas resultas salieron expediciones de La Paz, Oruro y Cochabamba contra dichos caudillos que se ahuyentaron con un corto choque que tuvieron con una de ellas; pero después de pocos días los mismos indios, hostilizados de los daños que les hacían, se han vuelto contra los mismos caudillos, y han presentado en La Paz las cabezas de Carpio y otros tres o cuatro, y en Oruro las de otros dos caudillos, habiendo ofrecido, por las gratificaciones que se les han dado perseguir al caudillo Lira, que anda con 15 fusileros, y los demás, de modo que pronto quedara en perfecta tranquilidad la comarca”.

66 JSV, p. 133.

67 *Ibid.*

68 *Ibid.*

69 JSV, p. 129.

70 *Id.*, p. 88.

71 Indios intimidados a entregar a Chinchilla muerto o vivo protestan que los guerrilleros los matarán si hacen eso (JSV, p. 262).

tuar su pago semestral a las autoridades realistas: se hace pasar por una de ellas, captura y hace dar de latigazos a los indios que habían caído en la trampa, y les inflige un discurso patriótico. Al mismo tiempo Lira organiza una manifestación de fuerza haciendo desfilar a sus soldados y a los de un capitán aliado, al cual le ha prestado sus propias armas.⁷² Totalmente rebelde en enero de 1817, en marzo, la indiada rivaliza en patriotismo.

Tentaciones xenófobas

Existía también una dimensión xenófoba en acción en los proyectos de los capitanes indios de los valles. Había estado presente entre las fuerzas de Túpac Amaru y las de Túpac Catari; reapareció desde los primeros años en Charcas. En el Diario, el año 1812 termina con ajustes de cuentas, así, Vargas evoca la muerte de los hermanos Helguero a manos de los indios de Umahala⁷³ ¿Quiénes son estos hombres?, ¿por qué aparecen en el Diario? El cronista nada dice al respecto, sin duda porque los lectores a los que destinaba su obra sabían que la muerte de los Helguero tenía que ver con la guerrilla. Una noticia que apareció en la Gaceta de Buenos Aires del 22 de mayo de 1812 establecía una relación entre este homicidio y la desaparición de uno de los primeros comandantes de guerrilla, el escribano José Manuel Cáceres:

*Cáceres fue muerto por los cochabambinos por haber decapitado a varios americanos, y entre ellos a los Elgueros azogueros de Sicasica. Dicen que su sistema era de dejar únicamente a los indios y de matar todo hombre de cara blanca.*⁷⁴

Según los porteños, Esteban Arze, el caudillo de Cochabamba, habría ordenado la eliminación de un socio incontrolable que predicaba la guerra de castas y la masacre de los blancos. Se conocen pocos proyectos racistas durante la guerra de independencia, pero hay uno en el Diario que merece ser analizado. Se trata de la ejecución por los indios patriotas de uno de los oficiales de la guerrilla, Ramón Rivero, natural de Santa Cruz. Como no conocía ninguna de las lenguas habladas en los valles, Rivero fue considerado como realista y masacrado, escribe José Santos. Unos días más tarde, el comandante Chinchilla hizo detener a los culpables y llegó a demostrar que estos indios sabían que Rivero era patriota, y, considerando que lo habían matado porque era blanco, ordenó su ejecución.⁷⁵

72 *Id.*, pp. 88-89.

73 Sobre esta zona y sus conflictos, ALP/EC, C 114, y C 116 E 3. Las tensiones entre los comuneros y la familia Helguero prosiguen durante la guerra (ANB, Expedientes coloniales, ad., 1819, 19).

74 Citado por René D. Arze Aguirre, *Participación popular en la independencia de Bolivia*, La Paz, 1979, p. 201.

75 JSV, p. 234.

A primera vista se podría concluir que Chinchilla se preocupaba en prevenir toda deriva xenófoba de las comunidades que lo habían elegido. Pero el asunto era bastante más complejo: tres meses antes, el oficial Ramón Rivero era secretario de la asamblea que había elegido a Fajardo, y el jefe del destacamento indio culpable del asesinato, Mariano de Santa María, capitán de los Yungas de Suri, se había mostrado como el portavoz más violento de las comunidades cuando se produjo la crisis de comando que había generado la muerte de Lira unos meses antes.⁷⁶ Chinchilla, nombrado comandante el 15 de marzo de 1818, elimina a Santa María el 1º de mayo. Quizá sancionaba así una acción que podía destruir la cohesión de la guerrilla sembrando el odio entre los guerrilleros blancos e indios, pero así se desembarazaba también de un dirigente que alimentaba el riesgo de desviar el curso de la guerra en una dirección que podía amenazar el poder del caudillo. En cuanto a los indios, tal vez habían matado a Rivero no sólo porque era blanco, sino porque pertenecía al partido de los oficiales que querrían impedir la participación política de los comuneros.

Los momentos claves

Uno de los aportes más importantes de la crónica de Vargas está constituido por lo que revela de la participación de las comunidades como actores políticos de la guerra de independencia. Ninguna otra fuente muestra con tanta claridad los objetivos de los pueblos, su organización, su forma de representación, los momentos en los que intervinieron durante la resistencia y sus complejas relaciones con la dirección de la guerrilla. Todo sucede como si la suerte de la guerra en el campo patriota se jugase con dos socios: los guerrilleros, representados por sus oficiales, y las comunidades que tenían un portavoz. Lo que estaba en juego era saber quién tomaría las decisiones estratégicas que comprometerían el porvenir de los valles. Las comunidades intervenían, pues, a un nivel aún más importante que el de sus funciones acostumbradas de auxiliares, de carne de cañón y de ejecutores de las tareas sucias.

La muerte de Lira y sus vengadores

La cuestión de la participación política de las comunidades es planteada por primera vez con ocasión de la crisis que transcurre desde el 16 de diciembre de 1817, día de la muerte del comandante Lira, hasta el Domingo de Ramos de 1818, cuando Chinchilla sale vencedor de la lucha a muerte que se ha librado durante tres meses por la dirección de la guerrilla de los valles. Desde el anuncio de la muerte de Lira, el capitán Gandarillas se separa con sus tropas indias mientras

76 *Id.*, p. 201.

que tres mil indios, venidos de todas las comunidades de la región, desde los confines de la cuenca de Cochabamba hasta los Yungas, rodean el pueblo de Palca donde acampan los guerrilleros.⁷⁷

El destino de Lira fue rápidamente conocido: tres días después de su muerte, los indios reclaman la cabeza de sus asesinos cuyos nombres, además, conocen. ¿Se han enterado de ellos porque el complot era previsible o porque ciertos miembros de la guerrilla –Vargas, por ejemplo– se los han dicho? El Diario es mudo al respecto.

Los indios que –en teoría– no poseen armas de fuego porque deben entregar al comandante las que han capturado en combate, rodean a la guerrilla con 40 fusiles que han escondido hasta entonces. Los guerrilleros tienen 217, pero son diez veces menos numerosos, están desmoralizados y algunos han empezado a desertar. Por la noche, la indiada aplica a los guerrilleros, sus aliados de la víspera, el mismo tratamiento que ellos infligían no hacía poco al enemigo común: “Por fin esta noche no nos dejó dormir con la bulla de cornetas y demás aparatos de guerra: pasamos bastante molestados e incómodos”.⁷⁸

Por la mañana, los guerrilleros tratan de dejar Palca en orden de batalla, con los flancos cubiertos por la caballería; la operación es arriesgada, pero el nuevo comandante, Santiago Fajardo, se abre paso después de parlamentar con “seis indios principales” a los que hace algunas promesas. Cinco días más tarde, en Tapacarí, la guerrilla se ve de nuevo rodeada; los representantes de las comunidades exigen la entrega de aquellos que son considerados responsables de la muerte de Lira, vivos o muertos. Fajardo los pone a buen recaudo, contemporiza, negocia, y, luego, viendo que la indiada se muestra cada vez más agresiva, pasa a la intimidación. Los indios, invulnerables en las alturas, han cometido el error de bajar al pueblo y ponerse al alcance del fusil. Fajardo ordena a sus tropas hacer fuego “por el ayre”. “En un minuto desapareció el orgullo y la soberbia de tanto indio que no entendían razón alguna y así sosegó el pueblo”.⁷⁹

El pánico se apodera de los comuneros, pero antes de que se dispersen en desorden, su dirigente más resuelto, Mariano Santa María, se dirige al comandante que acaba de exigir a los indios que regresen a sus casas y no se metan en lo que no les importa:

¿Por qué no nos conviene meternos y saber la causa de la muerte del finado comandante Lira? Estas armas que tienen los soldados que usted va mandando por ahora ¿no nos cuesta

77 *Id.*, p. 199. “Así que divisamos al lado de Palca [...] habían estado los indios cubriendo todos los cerros del pueblo como del frente reunidos más de 3000 con sus lanzas, hondas, y garrotes [...] de todos los pueblos de ambos partidos, hasta de Tapacarí, Arque y Paria, habían venido haciendo un tierno sentimiento por el finado comandante Lira y amenazaban a toda la División en que les han de entregar vico al comandante Lira. Por fin esa noche no nos dejó dormir con la bulla de cornetas y demás aparatos de guerra”.

78 *Id.*, p. 199.

79 *Id.*, p. 201.

nuestro trabajo, nuestros desvelos, nuestra sangre et nuestras propias vidas ? ¿ Dónde estaban entonces al principio estos Morenos, estos Marquinas, estos Contreras ? ¿ No han sido enemigos acérrimos de la Patria y de usted mismo, mi comandante Fajardo ? [...] ¿ Cómo protege usted a estos pícaros ? En fin, mejor será que me calle porque qué hago con hablar.⁸⁰

Este discurso, del cual he suprimido la parte en la cual Mariano Santa María se demora en el pasado dudoso de los responsables de la muerte de Lira, si ha sido pronunciado, lo ha sido en aymara y ha debido ser enteramente reescrito por Vargas. El cronista habría podido ahorrarse el trabajo y resumir su sentido en una frase; podía también haberse contentado con decir que un capitán indio había protestado; podía, en fin, no describir más que la dispersión de los indios. Su elección literaria de construir ese parlamento corresponde a una opción política. En ese momento de la historia de la guerrilla, Vargas, quien no es todavía tributario de Mohosa, está del lado de la indiada que exige, como él, que la muerte de Lira sea vengada, y que se quite el comando a los oficiales que han traicionado a su jefe para que sea entregado al que tenga la confianza de los “pueblos”.

Al día siguiente, la indiada ha regresado igualmente numerosa; los representantes designados por las comunidades manifiestan más claramente sus exigencias: ya que los oficiales han fracasado, son ellas las que deben asumir en adelante la dirección de la resistencia de los valles.

A las 11 mandaron los indios a un tal don Pedro Zuñiga (muy patriota, emigrado de la ciudad de La Paz), al capitán comandante de indios del pueblo o doctrina de Mohosa don Mateo Quispe (de Catanchaque), al igual de la doctrina de Yaco Benito Argüello, al igual de Cavari Mariano Lezcano, y a otro Marcelo Calcina igual capitán comandante de Leque : dijeron estos cinco en que entre el comandante Fajardo con una escolta y que presida aquella junta: que los pueblos eran los que debían nombrar al jefe que debe gobernar; que para el caso estaban reunidos 20 pueblos; que si no admitiesen que vean lo que harían; que ellos no hacen más que cumplir con sus deberes, y que los hacen a ellos responsables de las resultas que hubiese ante Dios, ante la Patria y ante los jefes principales de la superioridad de Buenos Aires.⁸¹

Se descubre que las comunidades se han confederado y han llegado a entenderse sobre un programa. Frente a esta decisión, el comandante cede: “Fajardo aceptó encaminarse al pueblo de Machaca y entregar la División a esta junta de los pueblos [...]”.⁸²

Las comunidades se habían impuesto: el mando pasaría a la junta que han designado sin que Fajardo incluya siquiera a los oficiales en esa nueva dirección. La suerte de la guerrilla vacila. Pero los conjurados neutralizan a Fajardo

80 *Id.*, pp. 201-202.

81 *Id.*, pp. 202-203.

82 *Id.*, p. 203.

y manifiestan a la junta de indios que están listos a pelear antes que transmitir sus poderes a otros.

Al poco rato se baja Marquina con algunos de la facción ésta, los llama a los enviados Zuñiga, Quispe, Argüello, Lezcano y Calcina, dícnles en que se retiren buenamente, que ellos necesitan pólvora y balas para dar fuego al enemigo y no para gastar en ellos, que entro de dos horas deberán desocupar el pueblo, y también díganle al alcalde pedaneo [...] en que haga acopiar 500 raciones para esta tarde y bagajes para 300 cabalgaduras. Los emisarios se bajaron con este recado.⁸³

El clan de los cuzqueños y sus cómplices han puesto a cada cual en su lugar: los oficiales mandan, los indios los sirven y se someten; si esta regla de juego no conviene, será el enfrentamiento. Lo que sigue mostrará que se trataba de un golpe de pólver y será necesaria toda la experiencia de combate que posee Fajardo para lograr que sus hombres salgan de Palca, rodeada por las comunidades, y lleguen a Machaca, evitando un baño de sangre. Algunos balazos causarán algunas bajas: un muerto y dos heridos. Llegado al cuartel general de la guerrilla, Fajardo organiza, bajo la égida del teniente coronel Zárate, una nueva reunión de todos los oficiales –más de ochenta, de los cuales unos treinta indios– y de los representantes de los pueblos. Fajardo comienza por reprochar a estos últimos haber favorecido una actividad subversiva en el seno de los valles y haber imbuido a los indios ideas incompatibles con su condición.

Ustedes que ahora hacen cabeza de los pueblos debían reunirse como ahora sin incomodar la indiada haciendo tales reuniones como las de los otros días, alarmándolos con toda clase de armas, combinándose por papeles como para atacar al enemigo, echando mil proclamas contra la opinión general de la División y denigrando a los oficiales suscitando mil calumnias, deshonrándolos, insultándolos sin poder cómo indemnizar el decoro de patriotas firmes y soldados de la libertad. ¿ Y qué han avanzado ni remediado con esas cosas ? No hacen más que dar una crítica escandalosa a todos en amontonarse, como si no tuvieran conocimientos que la misma naturaleza no les hubiera dotado, sujetándose a una seducción bárbara de hombres inicuos o tal vez enemigos de nuestra causa.⁸⁴

El retrato político de Fajardo se precisa: unos días antes ha sido capaz de evitar un enfrentamiento sangriento, aun oponiéndose a sus compañeros más cercanos, que no habrían dudado en disparar contra la indiada, se ha preocupado de que ninguno de los guerrilleros hiera gravemente a un indio y ha hecho poner en libertad a todos los prisioneros comuneros, pero, en materia de comando, la cosa es clara: los indios no pueden tener opinión, su naturaleza los destina a obedecer sin discusión y sus reivindicaciones no pueden resultar sino de las maniobras de algunos agitadores hostiles a la causa de la patria.

83 *Id.*, p. 203.

84 *Id.*, p. 205.

A partir de este momento, se nota la experiencia de los dirigentes de la guerrilla en materia de asambleas: ya que las comunidades juegan la carta de la democracia representativa, deben llegar a una elección consensual. El arte de la manipulación de las asambleas electorales es tan antiguo como su misma existencia. No obstante, se ejerce con menos libertad cuando se procede a una elección por voto secreto, cosa que ha de demostrar la reunión. Están presentes los representantes de los pueblos resueltos a defender su posición, pero novicios en materia de asambleas mixtas; los oficiales indios, cogidos entre su pertenencia étnica y su lealtad a la guerrilla; los oficiales de la guerrilla entre los cuales muchos son hostiles al clan de los cuzqueños y algunos leales a Lira; en fin los hombres del Cuzco, unidos por su conjura, y sus aliados, así como el aristocrático José Buenaventura Zárate, quien hace figura de árbitro. Toma la palabra Fajardo, y a pesar de su parlamento en que niega toda legitimidad a los representantes de las comunidades, declara cederles el lugar:

Que los que represantan a los pueblos elijan al que quieran para jefe de estos territorios, que yo no me hallo capaz de servir ya: pongo en vuestras manos, entrego a ustedes el mando, deliberen de la suerte y modo que quieran ustedes y no me persigan ni me tengan en boca porque yo no aspiro al mando.⁸⁵

Aparenta salir, se le retiene. El teniente coronel propone tomar asiento en torno a la mesa, Fajardo se hace de rogar para ocupar el sitio principal. Zárate señala el orden del día: nombrar una junta, elegir al nuevo comandante. La designación de la junta, a la que se procede de inmediato, se efectúa según las modalidades de las elecciones del antiguo régimen, en voz alta, con respeto del orden jerárquico. Fajardo anuncia su voto, que será ratificado por el resto de la asamblea. Zárate se convierte en presidente de la asamblea, el capitán Ramón Rivero en secretario. Antes de proceder a la elección del dirigente de los valles, Zárate exige a todos el juramento de someterse a las órdenes del que sea elegido.

Por repetidas veces haciéndoles entender en su propia idioma a los caciques, alcaldes y demás oficiales de la indiada que todos éstos estaban allí, todos dijeron que respetarán y obedecerán en todo todo lo que ordenare el tal jefe.⁸⁶

Lo que sigue será la resultante de fuerzas opuestas. Fajardo, quien no tiene muchos deseos de ocupar un cargo difícil, que sus íntimos le imponen a fin de escapar a la justicia, pide con imprudencia continuar la elección por medio del voto secreto. Se ve confirmado en sus funciones de comandante. Trata, entonces,

85 *Ibid.*

86 JSV, p. 206.

de obtener la designación de un segundo a su conveniencia volviendo al voto en voz alta y en orden jerárquico, pero la asamblea le impone el mantenimiento del voto secreto, y es el nombre de su principal adversario, José Manuel Chinchilla, hombre de las comunidades, el que sale de las urnas.

En materia de asambleas, cuando los participantes defienden posiciones polarizadas, el resultado depende mucho de los procedimientos de votación. El 26 de diciembre de 1817, el escrutinio secreto ha permitido, en la segunda vuelta, la expresión de una mayoría formada por representantes de las comunidades, de oficiales indios y de hombres cercanos a Lira. La guerrilla cuenta, pues, con dos hombres a su cabeza, uno elegido gracias a las maniobras del partido de los cuzqueños, el otro como representante del partido indio.

A fines de diciembre, se puede concluir, sin embargo, que las comunidades han perdido la primera partida. Fajardo continúa en el mando y los conjurados salen impunes. Pero el comando no cesa de flotar, pues Fajardo, desprovisto de carisma y de energía, tiene necesidad de los indios al mismo tiempo que no puede decidirse a soltar a su yerno, que ha participado en el complot contra Lira. Pronto los conjurados se dividen, la disciplina se relaja. Al cabo de tres meses de incertidumbre, dos de los principales capitanes de tropas indias, Gandarillas y Bustamante, abandonan filas con sus hombres y Chinchilla se une a ellos. En Mohosa, el 15 de marzo de 1818, en la mañana del Domingo de Ramos, la guerrilla se despierta rodeada nuevamente por millares de comuneros. Esta vez Chinchilla ha tomado su mando, y, esta vez, sí sabrá guiarlas como jefe de guerra: el miedo está del lado de los soldados, no del de los indios. En unas horas el asunto llega a su fin, los conjurados son capturados y pasados por las armas y los guerrilleros fraternizan con los indios de Chinchilla. Se procede de inmediato a la elección de un nuevo comandante:

Entonces Chinchilla apura a la indiada a que nombre a un jefe, y que nombren. De todos se levanta unánimemente el grito en la plaza:

— Chinchilla es el jefe, a él lo elegimos, él es y ha de ser.

Ya no querían oír más palabras ni excusas. A la fuerza dice Chinchilla :

— Nombren también al segundo jefe.

Contestan todos que dejan el advitrio de él el nombramiento al segundo jefe, él que nombre al que le parezca mejor y más apto para servicio tan importante. Luego lo eligió al comandante don Pascual García que era siempre segundo jefe del finado comandante don Eusebio Lira.⁸⁷

Esta vez no se ha tratado de asamblea ni de escrutinio secreto. Ni siquiera se ha consultado a los oficiales. Chinchilla, quien se presenta como vengador y heredero de Lira, un Lira que no habría sido sino una emanación de los valles y

87 *Id.*, pp. 225-226.

no un aliado de los porteños, se hace nombrar por aclamación de los comuneros, y, luego, designa a su segundo de la misma manera que un caudillo dirige sin compartir su poder.

La ejecución de Chinchilla

Tres años más tarde, la guerrilla conoce un nuevo cambio de dirección. De improviso, Lanza ha surgido en los valles y Chinchilla lo ha reconocido como su superior: Lanza es coronel, y él solamente comandante. Curiosa mezcla: los guerrilleros actúan de facto, sin control de un ejército regular, pero siguen conduciéndose como si dependieran de él y respetaran los reglamentos. Chinchilla, designado por los indios, se había atribuido el grado de comandante y Lanza debía el de coronel a Martín Güemes, un caudillo que no tenía ya más título legítimo que Lira: si Güemes había sido confirmado en sus funciones por San Martín, Lira debía las suyas a Rondeau. Ello no impide que Chinchilla acepte obedecer la jerarquía militar y no ser más que el segundo de Lanza. Éste, que no se contenta con la situación, se pone en acción para quedarse sin rival. Al cabo de un mes de coexistencia y apoyándose en las denuncias de ciertos oficiales hostiles a Chinchilla, pretende someterlo a un juicio de residencia. Su jefe siendo en peligro, las comunidades se movilizan como lo habían hecho en 1817-1818. Pero no se asiste a una movilización de la misma amplitud que en el caso de Lira: Mateo Quispe, quien había formado parte de la junta de pueblos en 1817 y que interviene de nuevo en su nombre, no es seguido sino por las comunidades de Mohosa y de Cavari. Escortado por 400 hombres, viene a pedir cuentas a Lanza.

— *¿ Con que usted viene a tomar residencia a Chinchilla nomás ? ¿ Y por qué no a los demás jefes y oficiales ? ¿ Usted no averiguará de la muerte de su compañero el finado comandante don Eusebio Lira? ¿ Esto se pasará así nomás sin castigo ? Pues en tal caso me parece a mí que unos seremos hijos y otros entenados pues que se desentienden de unos hechos como de la muerte de un defensor de la Patria.*⁸⁸

Esta vez, la causa de los indios se halla representada por un hombre solo, que no tiene la legitimidad que le habría dado una designación por la junta de pueblos, y que se enfrenta con un individuo de hábil lenguaje como es Lanza. A este no le costará mayor trabajo adormecer a Mateo Quispe. Le anuncia que los cargos que pesan sobre Chinchilla son muy serios, pero que aceptaría ponerlo en libertad si Quispe se constituía en su garante. Así presentada la cosa, sólo puede culminar con el prudente retiro de Quispe. Luego vienen las lisonjas, los regalos, las calumnias: Chinchilla sería responsable de la aniquilación de la familia de un

conocido indio originario. Además, no se permite ninguna comunicación con él. Quispe duda y su resolución se debilita.

El 19 de marzo se retira con toda su gente Quispe que alcanzaba a 500 hombres. Lanza muy contento lo despide proclamando que la buena moral, la obediencia y el respeto a las autoridades deben propender poner delante como asimismo el amor a la humanidad y a nuestros semejantes, y por último el valor, la constancia y amor a nuestra libertad para que seamos felices nosotros y nuestra posteridad: como era lenguaraz le habló como tal y él que tenía un buen espediente.

— *Muy bien, dijo Quispe, y se dispidió.*

El 20 de marzo lo pasa [Lanza a Chinchilla] a capilla.⁸⁹

Sin que se pueda saber la causa, los pueblos de los valles no han ejercido sobre el comandante de la guerrilla la misma presión en 1821 que en 1817. Tal vez Chinchilla tenía menos prestigio que Lira ante los indios y, en cambio, Lanza lo tenía; quizá, también los valles estaban agotados por diez años de guerra cuya carga había recaído sobre ellos y ya no eran capaces de actitudes resueltas frente a los oficiales. En fin, parecía establecida la costumbre de obedecer al caudillo y tal vez este es el punto esencial que explica la docilidad de Mateo Quispe.

La evicción de Bustamante

A comienzos del mes de diciembre de 1824, la cuestión del comando de la guerrilla se plantea por última vez y pone en primer plano a ciertas comunidades. El tema es aún reducido, no se trata ya sino de las de Mohosa, pero Vargas se encuentra esta vez en el primer plano de la acción. Trata de neutralizar a José Benito Bustamante, capitán de tropas indias que ha aprovechado el hecho de que Lanza se halla prisionero para intentar apoderarse del comando general. No lo ha logrado y se ha replegado a su principal terreno de acción, donde reina sobre Mohosa como un jefe de guerra, al mismo tiempo que negocia su paso a las fuerzas de Olañeta. Mientras la lucha por la independencia llega a su fin, Bustamante retorna a formas de guerra micro-locales, que ya no tienen futuro, y compromete a los aldeanos y a los soldados, quienes corren el riesgo de pagar caro el precio de su disidencia. Vargas consigue encontrarse con la mayoría de los veinticinco alcaldes con que cuenta el valle de Mohosa a fin de llegar a un entendimiento sobre la manera de poner inmediato fin al peligro de guerra civil. Ellos no dejan de darle una lección de política.

Vos tienes la culpa de consentir a este hombre ande así separado queriendo formar partido contra el comandante general nombrado en estos Valles don José Martínez Párraga quien

89 *Id.*, p. 298.

*es el jefe nombrado por todos los pueblos y la oficialidad; y este hombre nos quiere anarquizar y enredar entre hermanos a una destrucción total entre nosotros mismos.*⁹⁰

Así, nos enteramos de que la designación del reemplazo de Lanza, el comandante Martínez Párraga, ha sido efectuada por los oficiales, pero también por los pueblos. En 1824, a pesar de los métodos autoritarios de Lanza, los valles han conservado su capacidad de hacerse reconocer como un socio a la misma altura de la guerrilla y han obtenido la designación de un comandante interino por una asamblea mixta.

A fin de deshacerse de Bustamante, los alcaldes de Mohosa llegan a entenderse con Vargas y convocan a todos los hombres. La manifestación de fuerza es decisiva: en unos minutos, el llamado de los *pututus* convoca a trescientos hombres armados de lanzas, de garrotes y de hondas, así como a jinetes con bolas y lazo.⁹¹ Todos se dirigen hacia la plaza donde Bustamante hace dar de latigazos a una media docena de soldados. Esta vez, Vargas oficia como portavoz ante los indios, que se niegan a seguir el tortuoso camino que toma Bustamante y que recuerdan, una vez más, los sacrificios a los que han consentido al servicio de la causa patriótica.

*Esta gente dice que no salen de este pueblo ni armados ni desarmados sino que han de esperar al comandante general nombrado don José Martínez Párraga. Si no, que vean lo que hacen ustedes, que todas las armas les cuesta a ellos sus vidas, su sangre y cuanto sacrificio han tenido en todos los Valles.*⁹²

Luego Vargas invita a los soldados a fraternizar con los comuneros: “Estos hombres que veis formados a vuestro frente son como vosotros hijos de la patria, vuestros mismos hermanos, vuestros mismos compañeros”.

Bustamante, desarmado, desaparece de la escena. Gracias a la constancia de las comunidades y a la intervención del cronista, la guerra se acaba sin división en el seno de los valles.

En este momento decisivo, en el que las comunidades han intervenido directamente y de manera decisiva en el curso de la historia de los valles, todo transcurre como si Vargas hubiese utilizado a los portavoces indios para expresar sus propios pensamientos. A través de Mariano Santa María y Mateo Quispe, a los cuales

90 *Id.*, p. 367.

91 *Id.*, “Tocan sus cornetas (que casi todos habían tenido), se reunieron en un momento más de 300 hombres con sus lanzas, hondas y garrotes; como también había caballería con sus bolas y lazos...”.

92 *Id.*, p. 368.

presta su franqueza, vuelve sobre los temas que le son caros: el precio que pagan los valles por su participación en la guerra, la condenación de los aprovechadores y de los obreros de la hora undécima, el crimen perpetrado contra Lira que no puede quedar impune, las diferencias de tratamiento según se trate de un pobre o de un notable. “*Unos seremos hijos y otros entenados*”. Y, cuando el representante indio vacila en su resolución, como fue el caso de Mateo Quispe, vitupera: “Son de natural los indios cobardes, de poca palabra y de ningun influjo y constancia en lo que se empeñan hacer”.⁹³ A pesar de estas imprecaciones, el lector de Vargas queda convencido, después de haber leído toda su crónica, que la guerrilla de las provincias de Sicasica y de Ayopaya no se habría mantenido por largo tiempo sin la participación material, militar y política de los indios.

¿Compromiso partidario o fidelidad a un hombre?

Nos queda por tratar las relaciones entre las comunidades y los dirigentes de la guerrilla, y la manera en que el campesinado indio participó en el surgimiento del caudillismo. Lira, Gandarillas y Chinchilla son jefes de tropas mixtas, de hombres de un terruño necesariamente vinculados a las comunidades que viven en él, pero, ello cual no implica necesariamente que pertenezcan a la sociedad india. El Diario no revela nada de los orígenes de Lira ni de Chinchilla, incluso si las fuentes realistas los consideran como indios: se podía ser indio para un metropolitano y criollo, o mestizo, para sus compatriotas.⁹⁴ Así el capitán de tropas indígenas José Domingo Gandarillas era hijo de un notable de Cochabamba, el doctor Gandarillas, que formó parte de la primera junta y fue ejecutado en 1810. El Diario conserva, sin embargo, la huella de los lazos personales establecidos entre el comandante y los indios. Chinchilla nombra su compadre al indio que lo ha sacado de un barranco⁹⁵ y Lira, cuyo tío por afinidad era cacique, habría de beneficiarse por esta clase de vínculos. El compadrazgo entre dirigente de partido y representantes de las comunidades era frecuente; la historia de la participación indígena en la guerra civil de 1899 muestra que el general Pando, quien dirigía el ejército liberal, era compadre de Zárate Wilka,⁹⁶ vínculos que unían igualmente al general Barrientos con dirigentes campesinos de la cuenca de Cochabamba en los años 1960, y sería interesante conocer aún más a propósito de los dirigentes del MNR. Sin embargo, incluso si un caudillo llega a reunir un gran número de

93 *Id.*, p. 299.

94 Son esas variaciones de las percepciones identitarias que yo analizo en “Je suis oiseau; voyez mes ailes... Je suis souris: ¡vive les rats!” en *Caravelle, Cahiers du monde hispanique et lusobrasilien*, Toulouse, N° 62, 1993, pp. 179-191.

95 JSV, p. 269.

96 Ramiro Condarco Morales, *Zárate, el “temible” Wilka*, 2ª ed., La Paz, 1982.

clientes personales y de compadres, la red cuyo centro ocupa no explica toda la fuerza de la adhesión de las comunidades a su persona.

Durante la guerra de independencia, ¿cómo se efectuó la designación del comandante de la guerrilla en los valles? Entre 1810 y 1815, el nombramiento por los oficiales de Buenos Aires era la única legítima; a continuación, el liderazgo se determinó en el seno de los valles. En 1816, Lira fue designado por la asamblea de oficiales como resultado de una manipulación de la que fue artesano; si bien Lira era el comandante más popular entre las comunidades y el único cuya desaparición llegó a suscitar una movilización general, el voto de los indios no contó para nada en su poder, que él ejerció sin rendir cuentas a nadie. En 1817, Fajardo fue designado por primera vez por los conjurados, en la noche de agonía de Lira. A continuación, después de la intervención de las comunidades vengadoras, una asamblea mixta en la cual figuraban todos los oficiales y los representantes de la junta de las aldeas lo confirmó en esas funciones. Esta elección, que aparece como la más representativa, no le otorgó un mayor prestigio y luego su poder se hizo frágil hasta que una acción de fuerza de las comunidades lo depuso. En 1818, Chinchilla se hace elegir por aclamación de los indios que había movilizado después de hacer fusilar a sus adversarios sin consultar al cuerpo de oficiales; algunos de estos tomarán represalias cuando realicen intrigas ante Lanza para eliminar a Chinchilla. En 1821, Lanza se impone por su grado y su habilidad para la maniobra, mientras que Chinchilla pasa a un segundo plano. Finalmente, en 1824, los oficiales y las aldeas nombran a Párraga para asegurar el interinato de Lanza, prisionero. Párraga ejerció el comando por tiempo demasiado corto para que se pueda emitir un pronunciamiento sobre la eficacia de su poder y, cuando, fue fusilado por una razón fútil, poco tiempo después de haber renunciado a sus funciones, ninguna fuerza parece intervenir en su favor.

“La subordinación al Poder Ejecutivo”

El sostén aportado por los pueblos al comandante no estaba vinculado, pues, con las modalidades de su designación. Los dirigentes menos objetados –Lira sobre todo, pero igualmente Lanza– se han ganado el apoyo de las comunidades por medios que no se fundaban en una forma de representación y, desde luego, no sobre una concepción democrática del comando. Tanto el uno como el otro han utilizado la fuerza y la astucia, cada uno de ellos fue “un león muy feroz y un zorro muy astuto”, capaz de inspirar alternativamente temor y afecto a los pueblos y a los soldados. La devoción que Vargas manifiesta aún a Lira, más de treinta años después de su muerte, ilustra la fuerza de los lazos que el caudillo sabía inspirar a sus hombres. El sostén aportado por las comunidades a la guerrilla durante quince años muestra la eficacia de su movilización, que pasaba por la obediencia a un hombre. Todos sus proyectos eran mediatizados por un caudillo. La fragmentación de las sociedades indias era tal que no tenían otra opción que

la de unirse a aquel que encarnaría la única unidad posible. Una concepción sumaria de la revuelta condenaba a una derrota rápida a los rebeldes aislados en su tierra de origen; una percepción más ilustrada de los objetivos políticos llevaba a los comuneros a asociarse sobre la base territorial más amplia a fin de remitirse a un capitán que gozaba de su confianza. Su modalidad de representación era abierta: las aldeas procedían a elecciones generales –no se sabe, sin embargo, quién votaba– y designaban a los miembros de una junta que representaría al conjunto de comunidades de los valles. Pero su función se limitaba a designar al hombre al cual la junta y las aldeas entregarían la responsabilidad de decidir. La claridad y vigor de los proyectos políticos indios quedaban mediatizados por un caudillo. En este punto de nuestro estudio es tal vez pertinente retornar a un clásico de la historia política del campesinado:

Los campesinos parcelarios constituyen una masa enorme cuyos miembros viven todos en la misma situación, pero sin estar unidos unos con otros por vínculos variados. Su modo de producción los aísla a unos de los otros, en lugar de empujarlos a relaciones recíprocas. Este aislamiento se ve aún agravado por el mal estado de los medios de comunicación y por la pobreza de los campesinos. La explotación de la parcela no permite ninguna diversidad de desarrollo, ninguna variedad de talentos, ninguna riqueza de relaciones sociales. Cada una de las familias campesinas se basta casi completamente a sí misma, produce directamente la mayor parte de lo que consume, y se procura así medios de subsistencia mucho más por un intercambio con la naturaleza que por un intercambio con la sociedad. La parcela, el campesino y su familia; al lado, otra parcela, otro campesino, otra familia. Un cierto número de estas familias forma un pueblo y un cierto número de pueblos un departamento. Así, la gran masa de la nación está constituida por una simple adición de dimensiones del mismo nombre, casi como de la misma manera que un saco lleno de papas forma un saco de papas. En la medida en que millones de familias campesinas viven en condiciones económicas que las separan unas de otras y oponen su género de vida, sus intereses y su cultura a los de las demás clases de la sociedad, constituyen una clase. Pero no constituyen una clase en la medida en que no existe entre los campesinos parcelarios sino un lazo local y donde la similitud de sus intereses no crea entre ellos ninguna comunidad, ninguna relación nacional ni ninguna organización política. Tal es la razón por la cual son incapaces de defender sus intereses de clase en su propio nombre, ya sea por intermedio de un Parlamento, ya sea por intermedio de una Asamblea. No pueden representarse a sí mismos, deben ser representados. Sus representantes deben al mismo tiempo aparecer ante ellos como sus señores, como una autoridad superior, como una potencia gubernamental absoluta, que los protege contra las demás clases y les envía desde arriba la lluvia y el buen tiempo. La influencia política de los campesinos parcelarios encuentra, por consiguiente, su última expresión en la subordinación de la sociedad al poder ejecutivo (Karl Marx, El 18 Brumario de Luis Napoleón Bonaparte, 1852).

QUINTA PARTE

El sentido de la guerra

CAPÍTULO 13

Entre el rey y la patria

¿Por qué estos hombres aceptaban morir y matar? Se batían en nombre de dos causas: la del rey y la de la patria, y, en ambos frentes, no dudaban de la justicia de su lucha. Ningún compromiso, sin embargo, era claro y para entender la fuerza de los valores que hacían actuar a los combatientes hay que regresar a las incertidumbres que marcan el comienzo de la guerra. ¿Qué significa entonces batirse por el rey o por la patria: quién es el rey legítimo cuando la corona pasa de una mano a otra, y qué es la patria ya que cada ciudad conoce la tentación de declararse soberana? ¿Quién manda en España y a quién hay que obedecer en América?

América sabía de las divisiones en la Metrópoli, las cuales la inquietaban: ¿no había en ella espíritus favorables a la ocupación francesa y no arriesgaba América ser entregada, sin su consentimiento, a los enemigos de la fe? La notabilidad de los afrancesados, más que su número, hacía temer que los metropolitanos progresistas, persuadidos de que el régimen francés permitiría que España saliera de su marasmo, intentasen entregar el imperio a Napoleón. En Charcas, el eco de este temor se hizo escuchar precozmente, avivado por la propaganda de Buenos Aires que presentaba al emisario de la Junta de Sevilla, el brigadier Manuel Goyeneche, como un agente de Francia.¹

1 ANB, INP 1812. Causa contra el Dr. Don Hermenegildo Quiroga. Con ocasión de una investigación sobre la participación del cura de un pueblo de la zona de Cochabamba en el levantamiento organizado por el caudillo Esteban Arze en 1812, un testigo cuenta: “[...] Entonces ya fue el cura a ver Arze en casa de Felipe Camacho donde se havia apeado, quien a las primeras saluciones le dijo ‘Señor cura, yo vengo a rescatar las plazas de Tarata y Cochabamba que indevidamente las esta ocupando Goyeneche para entregarnos despues al Frances’”.

Además, en el seno mismo de la resistencia antifrancesa en la Metrópoli reinaba la mayor confusión: ¿a qué instancia había que prestar juramento? La Junta de Sevilla había sembrado la duda en América, donde muchas provincias y ciudades la habían reconocido como Junta Suprema de España y de las Indias.² Rápidamente, la Junta Central, formada por representantes de las juntas provinciales, dio pruebas de su impotencia. Cuando fue barrida por el viento de la guerra, la institución de una Regencia se mostró igualmente frágil, creada y revocada a su gusto por las Cortes reunidas en Cádiz. A partir de septiembre de 1810, el poder perteneció a éstas, pero habían sido elegidas según modalidades que los americanos no podían aprobar y la mayoría de sus miembros no entendían nada a las provincias americanas.

En medio de esta confusión se decantan los dos partidos en cuyo nombre se librará la guerra. En América del Sur, desde el mes de mayo de 1810, se establece una polaridad entre dos centros: Lima, donde el virrey Abascal asume la tarea de devolver el Alto Perú a su jurisdicción³ –había sido retirado de ella en 1776, cuando se creó el virreinato del Río de la Plata–, y Buenos Aires, admirada por todos debido a su resistencia contra las expediciones inglesas en 1806 y 1807, que se declara patria de la libertad americana. Abascal defendía una Corona cuyo porvenir le habría sido muy incómodo predecir, y Buenos Aires llevaba su revolución mucho más allá del puerto a fin de asegurar su supervivencia. Bajo esta luz, la causa del rey podía aparecer como la de un virrey ambicioso y la de la patria como la defensa de los intereses de los comerciantes porteños.

Los partidarios de la independencia en el Alto Perú parecen igualmente ambivalentes. En Chuquisaca, primer lugar de la revuelta, el levantamiento de 1809 fue lanzado por los ministros de la Audiencia, metropolitanos en su mayoría y de temperamento muy poco revolucionario. Del otro lado, las autoridades realistas dieron prueba de la mayor versatilidad. Domingo Tristán,⁴ intendente gobernador de La Paz, es al principio nombrado por Cisneros, el nuevo virrey del Río de la Plata; es confirmado en sus funciones por el ejército de la Junta de Buenos Aires, que entra en la ciudad a mediados de noviembre; después de la derrota de esta en Guaqui, permanece en su puesto con el consentimiento, esta vez, de Lima.⁵ Domingo Tristán aún gobierna La Paz en la época del sitio indio, de agosto a octubre de 1811, cuarenta y cinco días de angustia durante los cuales tiene tiempo de reflexionar en la utilidad de procurarse apoyos en todos los campos.

2 Fue el caso de Buenos Aires en 1808, donde el virrey Jacques Liniers reconoció a la vez la legitimidad de Fernando VII y la autoridad de la Junta de Sevilla. El capitán general de Caracas actuó del mismo modo en agosto de 1808.

3 Bando del 13 de julio de 1810.

4 Uno de los tíos de Flora Tristán.

5 AGI, Abascal, leg. 5.1, 1813, 36. Su hermano, Pío Tristán, ha intervenido en su favor ante su compatriota el brigadier Goyeneche, natural de Arequipa, como los Tristán.

Ante semejantes ejemplos, ¿cómo asombrarse de las dudas y equivocaciones de las clases menos acomodadas, menos informadas? Cada partido tendrá tanto mayor cuidado en defender los argumentos en favor de su causa cuanto más haya requerido la evidencia de esta para imponerse. Los partidarios del rey se apoyaron en el antiguo fondo de relaciones de subordinación y de vasallaje que suponían la devoción y la fidelidad de los súbditos. Los independentistas respondieron a este llamado al orden reactivando las doctrinas de la guerra justa en términos cercanos a sus orígenes neoescolásticos.⁶

Guerra justa y tiranía

A diferencia de Chile, donde el clero aportó una ayuda eficaz a los oficiales realistas que continuaron en el sur después de la victoria del ejército de los Andes, muchos sacerdotes del Alto Perú secundaron la causa de la independencia y le proporcionaron sus mejores argumentos. Activos durante la gran rebelión, no habían cesado desde entonces de inquietar a las autoridades. En 1795 se encuentra en Potosí una traducción de los textos de la Convención francesa; los clérigos de la provincia son acusados de inmediato.⁷ Se conoce la acción del cura de Sicasica, José Antonio de Medina, en el seno de la Junta de La Paz, en 1809.⁸ Hizo rápidamente émulos. Además de sus conocimientos y su dominio de lo escrito, el prestigio de los curas ante los indios facilitaba la difusión de sus ideas.⁹ Vargas recuerda con frecuencia cuánto se respetaba su palabra.¹⁰

Como en España en el mismo momento, ha habido también sacerdotes jefes de guerra. En el Diario, el religioso fray Agustín Rocabado, natural de Tarapacá, sucede al capitán Pedro Álvarez después de la muerte de este, y asume el mando de sus cincuenta hombres que eran conocidos por no ser niños de coro. Capturado por los realistas, habría acabado fusilado en Cochabamba. La

6 Para una visión de conjunto de estos temas y sobre sus prolongaciones contemporáneas, leer las actas del coloquio *Las teorías de la guerra justa en el siglo XVI y sus prolongaciones en la actualidad*, G. Bataillon y G. Bienvenu (ed.), México, 2007.

7 AGI, Estado, 80. N. 11.

8 Su actividad como teórico y propagandista ha sido bien analizada por José Luis Roca, *1809. La Revolución de la Audiencia de Charcas en Chuquisaca y en La Paz*, La Paz, Plural editores, 1998, *passim*.

9 Informe de Nicolás Arredondo, de B. A., el 20 de febrero de 1795, sobre la difícil pacificación de La Paz: “[...] por el ascendente que tales eclesiásticos tienen sobre los naturales, de quienes por su debilidad y rudeza son temidos como oráculos y venerados como de tales sus decisiones y distámenes, siguiéndolos aun a costa de sus intereses, que sacrifican con perjuicio de sus familias en pomposos cultos y sufragios que les hacen creer combenientes siéndolo sólo para engrosar las rentas y derechos parroquiales”.

10 JSV, p. 244.

guerra por entonces se había radicalizado a tal punto que el fuero eclesiástico ya no era respetado.¹¹

Pero este ejemplo parece haber sido más bien excepcional en Charcas. La mayoría de los sacerdotes no tomaban allí las armas, y quizás en el Alto Perú se han mostrado menos propensos a la guerra que en España, en México o en Nueva Granada.¹² Su papel principal fue de aconsejar al caudillo al cual acompañaban habitualmente, tratando de limitar sus excesos. Intercedían en favor de los condenados y de los aldeanos, y forjaban la justificación de la guerra. La obra de Vargas en este aspecto reflejaba fielmente los discursos de su hermano mayor.¹³

Caudillos alzados. Los guerrilleros eran rebeldes que se negaban a ser llamados así, pues sostenían que su causa era justa. Habían tomado esta convicción de los fundamentos antiguos, pero siempre familiares, de la cultura política y religiosa de España, corriente transmitida desde San Agustín por Santo Tomás de Aquino y la neoescolástica de los siglos XVI y XVII. La guerra que libraban los patriotas era sin embargo de un tipo sobre el cual los casuistas y los teólogos no habían tenido ocasión de reflexionar: todos sus tratados presuponían un Estado dirigido por un príncipe (lo cual no necesariamente implicaba un régimen monárquico). ¿Cómo utilizar estas doctrinas antiguas para pensar realidades nuevas? ¿Cómo aplicar a la causa de la independencia, que se asemejaba mucho a una revuelta campesina e indígena en los Andes, lo que no correspondía sino a un poder constituido? En un primer tiempo, los guerrilleros debían –o más bien, debía la camarilla de sacerdotes que gravitaba en torno a ellos– disculparse de la acusación de haber tomado las armas al margen de la ley y de haber perturbado la paz. “Quien tome la espada perecerá con la espada”. El adagio evangélico no se refería al conjunto de los guerreros, sino a los que se batían sin legitimidad. “Aquel toma la espada que se arma contra la vida de otro sin haber recibido la orden o el permiso de un príncipe legítimo situado por encima de él” (San Agustín, *Contra Faustum*, XXII, 70). He allí algo que podía incomodar a la guerrilla si se interpretaba lo enunciado de manera literal; pero le era posible reclamarse de un señor colocado más alto que el rey de España... Además, la doctrina clásica distinguía la paz real de la “mala paz, la paz de injusticia” (Tomás de Aquino, *Summa*, 2.2. qu. XL, art. 1), contra la cual cabía levantarse con legitimidad.

José Santos Vargas, que se hace eco de estos debates en varias ocasiones, trata, pues, de demostrar que el rey de España no era príncipe legítimo de América

11 *Id.*, p. 278.

12 Para ver ejemplos de la participación de clérigos en los combates como soldados o capitanes, leer de M.-D. Demélas; Y. Saint-Geours, *Jerusalén y Babilonia. Religión y política en América del Sur, el caso del Ecuador*, Quito, Corporación Editora, 1987.

13 Lanza, después de la derrota de Falsuri, a fines del año 1823, reconforta a sus hombres hablándoles de su santa causa.

y que la paz española, cuya existencia había reconocido sin embargo, era falaz. He aquí lo que le enseñaba el capellán Vargas.

Me platicaba mucho a que yo abrace siempre el partido de la Patria y de la libertad de América:

— *Esa es causa justa y justísima, la que van defendiendo los porteños (que conociendo bien todos sus derechos había él abrazado este sistema), que Dios los ha de proteger siempre porque el rey de España no era nuestro legítimo soberano : Así es que se puede defender a toda costa la libertad de la Patria del gobierno español, porque estamos impuestos por Dios y la misma naturaleza a defender nuestra libertad porque a la fuerza nomás estamos gobernados por un partido que no tiene la más mínima acción para ello.*¹⁴

Otros luchadores por la independencia sostenían que los únicos príncipes legítimos de América del Sur eran los incas, señores naturales de los primeros habitantes de América; así, el Congreso de Tucumán (1816), en el cual fue proclamada la independencia de Argentina, abrigó la idea de nombrar uno de sus descendientes a la cabeza del nuevo Estado. Pero los guerrilleros de los valles no hablaban de tales proyectos: la preponderancia numérica de sus aliados indios les inspiraba más prudencia. Más bien que tratar de darse un príncipe, se atenían a la doctrina escolástica que atribuía el poder *a deo per populum*. Si el rey titular no era señor natural, el poder legítimo correspondía al pueblo. El caudillo estaba, pues, colocado a la cabeza de una tropa que combatía en nombre del poder que Dios ha confiado a las comunidades humanas para que ellas se gobiernen, y que tomaba las armas en nombre de la justicia contra una paz de injusticia. Sin embargo, la intervención de los guerreros en la vida política no se justificaba por sí sola.

La irrupción del desorden para que se restableciera un orden roto por la injusticia, figura de escuela y punto de doctrina, era necesario ponerla en escena de manera dramática: Vargas transformó un argumento de disputa teológica en un acontecimiento del que había sido testigo. En el plano de los principios, es todo el pueblo americano que tenía el derecho de tomar las armas; para la crónica, son siete caballeros, dirigidos por Lira, que se levantan en un pueblo en paz.

*En esos días y ese tiempo no se decía nada ni se oía nada. Estaban los pueblos del Valle muy serenos de uno y otro partido de Sicasica y Hayopaya. [...] El 9 de noviembre de 1814 a las 2 de la tarde repentinamente llegaron siete hombres armados y a caballo (que mucho después los conocí a éstos), siendo don Eusebio Lira, don Pedro Zerda, don Pedro Graneros, don Andrés Simón, don Miguel Mamani, don Julián Tangara, y un moreno.*¹⁵

14 JSV, p. 9.

15 *Id.*, pp. 20-21.

Mataron a alguien, luego desaparecieron. Vargas se alistó con ellos algunas semanas más tarde, sin tratar de disculpar a sus nuevos compañeros. “Cuando, de un lado, se saca la espada por el derecho, del otro lado se combate por la iniquidad” (San Agustín, *De Civitate Dei*, XIX, 15). A pesar de la sangre que derramaban, los guerrilleros estaban del lado del derecho.

Para implantar estas convicciones en América, había sido necesaria la acción de una intensa propaganda, tanto de parte de Buenos Aires como de los revolucionarios de Nueva Granada. La consulta de los archivos bolivianos y de los de Sevilla confirma las afirmaciones de Abascal, quien se quejaba de que la guerra de opinión era más feroz que la que libraban las armas.¹⁶ Se observa entonces una circulación de pasquines y proclamas que se extiende a todo el espacio americano. Desde el Río de la Plata, los porteños preparan la venida de sus diferentes expediciones militares por medio de campañas previas.¹⁷ En el norte de Charcas, la ciudad del Cuzco envía a las principales ciudades emisarios encargados de difundir sus escritos; uno de ellos se hace apresar y fusilar en Oruro; Vargas habla de él pues fue denunciado por el mismo dominico que había organizado la captura de don Dionisio Lira. El estado de Cundinamarca,¹⁸ que acaba de darse una constitución en Nueva Granada, dirige una proclama ejemplar a los cabildos de varias ciudades del Alto Perú invitándolos a seguir su ejemplo en virtud de los principios pactistas más clásicos:

Disuelto el lazo que ligaba a estos pueblos con el gobierno de España quedaron restituidos al uso de sus naturales e imprescriptibles derechos desde que los franceses ocuparon el trono de la monarquía y se apoderaron de la persona del rey. Los de este reyno sacudieron sucesivamente el yugo de las autoridades coloniales que pretendían retenerlos en la dependencia y proveyendo a su propia seguridad han dictado la constitución o leyes fundamentales de su asociación civil que se contienen en el código que adjunto paso a manos de Uds. El estado de Cundinamarca se lisonjea de que las naciones y los gobiernos dependientes de ellas reconozcan y respetaran la santidad de los principios en que funda su existencia política y de que en consecuencia se prestaran a estrechar y establecer directamente las relaciones de que con tanta dureza como injusticia nos habían privado el gobierno colonial despótico, cuyo sistema hemos abolido para siempre.¹⁹

16 AGI, Diversos, Abascal, Legajo 3, año 1813, ramo 2, número 2. Carta de Abascal al Concejo de Regencia, 26 de febrero de 1813. “[...] me habían declarado una guerra cruel, no menos temible por sus papeles seductores (producciones que parecía ser del mismo Napoleón) que por la fuerza de sus armas...”.

17 AGI, Diversos, archivo Abascal, Legajo 3, año 1813, ramo 1, número 10. Carta de Vicente Cañete a Abascal citando el contenido de los pasquines que circulan en Oruro (28 de abril de 1813). “Apenas hay unos pocos sarracenos que no piensan de este modo y se opongan a nuestras ideas viva la americana, viva la independencia, muera el vil goyeneche y sus secuaces viva buenos aires patria del heroísmo y madre de los hombres libres, viva Belgrano que ha despreciado el oro con que se compraron las acciones de Guaqui, SipeSipe y Suipacha pues de otro modo no hubiera adelantado un paso el botante (?) heroe de los tontos”.

18 Que tiene por capital a Santa Fe de Bogotá.

El cronista, que se ha preocupado en conservar los pasos de esta intensa actividad justificatoria y de adoctrinamiento, inserta algunos de estos documentos impresos en su Diario, y toma como suyos algunos de sus anatemas. Los adversarios de la guerrilla se convierten en “los tiranos de América”.²⁰ El término tirano remitía, también en este caso, a doctrinas clásicas que había tomado forma tres siglos antes. En el ámbito del manejo de la opinión, el campo realista ha sufrido un cierto retardo en relación con sus adversarios. Su prensa no supo sino repetir que los súbditos debían obediencia a las autoridades constituidas –lo que era poco cuando cada ciudad y cada provincia albergaba una conjura o una tropa de guerrilla–, y sus autores de pasquines apenas si se levantaban por encima del insulto racista y los reflejos chauvinistas.

*¿Seremos los Limeños colonos de una gavilla de Camiluchos? [...] Peruanos, primeros otentotes que porteños. [...] Sus oficiales son unos canallas recogidos de lo más inmundo de los muladares, sin educacion, sin ninguna religion, sin Dios, y sin Rey, excepto uno u otro cariblanco, frontino, quatrialbo, redomón.*²¹

Este pasquín hacía alusión a los orígenes mulatos de Bernardo Monteagudo y al importante componente negro de la población de Buenos Aires, que contaba entonces con un tercio de descendientes de esclavos africanos. Eran argumentos que no hacían honor a su autor. Sólo Vicente Cañete dio pruebas de altura y propuso una defensa convincente del antiguo régimen, pero sus escritos no llegaron más que a un pequeño círculo ilustrado y su pluma acerada le valió numerosos enemigos en su propio campo. El partido del rey perdió rápidamente la guerra de los espíritus.

Imágenes del rey y de la patria

Todas las palabras servían para combatirse: pero ¿cómo definían los actores aquello que los separaba? ¿Cómo se designaban los adversarios unos a otros? Para los realistas, el marco interpretativo seguía siendo el antiguo régimen: no existían dos causas en conflicto, y los guerrilleros no eran más que súbditos infieles, alzados, rebeldes, términos que los situaban en la categoría de aquellos a los que había que reducir a la obediencia o bien aniquilarlos.

19 AGI, Diversos, A. Abascal, legajo 2 año 1811, ramo 2, Diversos, 2, A.1812, R. 3, D. 7. Carta de Jorge T. Lozano, presidente del estado de Cundinamarca al cabildo de la ciudad de Córdoba de Tucumán, al cabildo de Puno, y al de Potosí (10 mayo de 1811), acompañando el envío de la Constitución de Cundinamarca.

20 JSV, p. 176.

21 AGI, Diversos, archivo Abascal, Legajo 3, año 1813, ramo 2, número 2.

Los guerrilleros, por su parte, habían dado el paso a la modernidad política. Su guerra era de un nuevo tipo, una guerra ideológica en la cual se enfrentaban dos imágenes en el segundo plano de los combatientes, esas figuras de las que Max Weber dice que son las deidades de nuestro politeísmo moderno. El rey, la patria. Durante una de las crisis más graves por las que atravesó la guerrilla, resonó un grito en el campo, pronto recobrado por los soldados: “¡Viva la patria! ¡Muera el mal gobierno!”. Durante siglos los insurgentes habían gritado: “¡Viva el rey! ¡Muera el mal gobierno!”.

Así lo mismo, en adelante se pedía gracia en nombre de la patria que acababa de sustituir al rey.²² La palabra nación, que se usaba cada vez más en la metrópoli con un sentido próximo al nuestro, había conservado en los valles su sentido antiguo, el que marca el origen: el sargento García y el teniente Eccle eran de “nación inglesa”, y antes de morir José Domingo Gandarillas “decía que por la libertad de su patria, de su nación y del hemisferio americano derramaba su sangre”: describía la pirámide de las comunidades a las que pertenecía, la jerarquía de las fidelidades a las que estaba comprometido: la patria, es la patria chica, el terruño donde había nacido; la nación era la de los españoles americanos; el hemisferio americano, la tierra de la libertad. Se debía antes que nada a su patria, la patria chica, luego a su nación, la nación hispanoamericana, en fin al conjunto del continente americano. En este contexto, cada término suponía un antónimo: las demás provincias para la patria chica, España para la nación, el Antiguo Mundo para el hemisferio americano. En los valles como en la mayoría de las provincias de América española, la guerra se libraba en nombre de la patria, contra el rey. Pero si los combatientes se reclamaban de una causa americana y se designaban a sí mismos como americanos, la patria se limitaba a la tierra natal.

Investigación sobre los indios realistas

La cuestión de la imagen que se hacían los partidarios de la causa a la cual se adherían es central para esta guerra de nuevo tipo, una guerra en la que se combatía por las ideas: ¿qué representación del rey o de la patria se habían dado los que habían escogido uno u otro campo? Un episodio del Diario aborda este tema bajo un ángulo que merece un largo análisis. Describe aquello por lo cual los hombres están prontos a morir –una imagen y unas leyes– y se pregunta qué figura puede tener esa nueva entidad, la patria. Los actores de esta escena son indios.

Recibido el parte ordena Lira que el capitán don Pascual García se encamine con una mitad de 30 hombres armados y 40 indios con su capitán don Mateo Quispe. A las 5 de la tarde

22 JSV, p. 46: “[...] en vez de decir: Por la Patria denme cuartel, dice: Por el rey denme cuartel”.

*se bajaron de Corivi y a las 2 o 3 de la mañana los había sorprendido a los indios realistas [sic] al tiempo de que habían estado enseñándose cómo debía pasar la voz, otros hablando mil incendios contra la Patria como haciendo una idea zumbática, otros pasando lista como en los cuarteles expresando los nombres de los generales de la Patria, respondiendo ellos mismos por enfermos; por derrotados; por desertores. Estando en esto sorprenden, los amarran a los 11, que no había habido más, no escapa uno, lo sacan al morro de Calasaya donde los mataron a todos ellos a palos, pedradas y lanzazos. Algunos con tanto heroísmo dice [sic] que morían que era por demás; algunos decían que por su rey y señor morían y no por alzados ni por la Patria, que no saben qué es tal Patria, ni nadie conoce ni se sabe si es hombre o mujer, lo que el rey es conocido, su gobierno bien entablado, sus leyes respetadas y observadas puntualmente. Así perecieron los 11.*²³

En el momento de morir, los hombres podían, por lo tanto, confesar que habían escogido su campo porque se hallaban en condiciones de dar una imagen a esta forma de poder y que, a la inversa, se negaban a adherirse a la causa patriótica porque nadie la encarnaba y nadie podía decir si la patria era de sexo masculino o femenino. Este relato merece una gran atención: es la única vez en que el cronista deja expresarse a sus adversarios, interrogados en sus últimos instantes a fin de decir por qué, a fin de cuentas, el hombre está listo a morir.²⁴ Frente a los guerrilleros, que no son ya más que verdugos, los cautivos muestran elocuencia, ingenio. El escritor Vargas les ha hecho la gracia de un tratamiento privilegiado. La muerte bravucona de estos indios realistas plantea una pregunta: morir por la patria, ¿sería más fácil, incluso más razonable, si la patria se confundiera con una imagen? A una pregunta planteada de ese modo, la respuesta no se da por sí sola: por lo tanto, todo transcurre como si, desde la Revolución Francesa, diferentes regímenes nacidos de la desestructuración del antiguo régimen hubiesen aprobado estas absurdas premisas.

Como la idea de personificar un nuevo régimen había surgido en Francia antes que en América española, citaré a Maurice Agulhon, quien asigna importancia al embarazo que pudo causar al partido revolucionario la abstracción republicana.

*Al suprimir al rey, a su título y a su imagen, en beneficio de una colectividad de nombre abstracto [la República], la Revolución modificará pronto los datos del problema de la figuración nacional [...].*²⁵

El Estado o incluso la Nación o la Patria, son entidades demasiado abstractas para hablar a la imaginación y dar calor a un sentimiento. Para innumerables habitantes del reino, a los

23 *Id.*, pp. 117-118.

24 Con ocasión de este episodio, conviene recordar el análisis de E. Kantorowicz (*Mourir pour la patrie*, París, PUF, 1984, pp. 107-141). Este parece tener por resueltos los problemas planteados por la representación de las ideas políticas. En los Andes, a comienzos del siglo XIX, no se había llegado aún a ese punto.

25 M. Agulhon, *Marianne au combat, 1789-1880*, París, Flammarion, 1979, p. 24.

*que su nivel cultural impedía un contacto psicológico directo con el Estado, la existencia de un Estado representado por una persona, o en otros términos la Monarquía, permitía una cierta adhesión. A este respecto, instalarse en la República era jugar con la dificultad. El Estado, al convertirse en colectivo y anónimo, se privaba de los recursos de la afectividad, a menos que se llegase a hacer resurgir afecto en favor del ideal que lo inspiraba: la Libertad o la República.*²⁶

Abstracción, por un lado, personificación, por el del otro: el problema no se plantea tan definido en América española, donde ni el Estado republicano ni la nación independiente tuvieron necesidad de esfuerzos para fingir una encarnación. Desde las primeras semanas de la guerra, el vocabulario de los partidarios de la independencia da muestras de una figuración aparentemente equivalente de las causas presentes: la dicotomía que funda la guerra opone el rey a la patria, más que España a América.²⁷ Como si el combate se resumiese al enfrentamiento de dos personajes. Más bien una prosopopeya que una división del mundo: potencias personificadas en lugar de Estados soberanos. Una imagen masculina, un personaje de género femenino... Pero este era una entidad sin rostro, mientras que reconocer la figura del rey –un ser de carne y hueso– era algo accesible a todos. Pero queda por averiguar en qué forma el rey se hacía ver y en qué ocasiones.

En efecto, la diferencia de forma entre el rey y la patria no es quizá tan fuerte como acaba de ser enunciada. La cuestión se complica, en primer lugar, porque ninguno de sus partidarios podía invocar la presencia real del monarca;²⁸ el primer rey de España que se dirigió a América se llama Juan Carlos I.²⁹ Además, el hecho de que el rey sea un ser viviente no implica forzosamente que su imagen sea mostrada a sus súbditos, o bien que existiera en sus reinos una voluntad de darla a ver ni el deseo de recibirla. Por otra parte, el hecho de que “la patria” remitía a una entidad extra-empírica no impide su figuración, cualquiera que sea el universo mental de su referencia, toda la tradición católica y ortodoxa testimonia lo que millares de artistas y millones de fieles han podido considerar como aceptable una representación de Dios, de la Trinidad, de los demonios o

26 *Id.*, p. 42.

27 En el Diario de Vargas (como en los testimonios de antiguos combatientes en los archivos nacionales chilenos ANC, Ministerio de Guerra, vol 735 y 736) ambos campos presentes no son designados sino por “los de la Patria” y “los del Rey”. Este equilibrado balance no aparece entre los realistas, para los cuales no existe más que una causa, la del rey, amenazada por una rebelión.

28 JSV, p. 289, hace un correspondiente simétrico con la anécdota de los 11 indios realistas. Un indio de la patria pregunta a unos *amedallados* si serían capaces de reconocer al rey si vieran su retrato.

29 Este aspecto del poder real ha sido tratado por Víctor Mínguez Cornelles, *Los reyes distantes. Imágenes del poder en el México virreinal*, Castelló, Universidad de Jaume I, Diputación de Castelló, 1995.

de los ángeles, mientras que el rechazo del cristianismo ha podido estar en el origen de una invención figurativa como la de Mariana.³⁰ ¿Existía, pues, al comienzo de la independencia americana, obstáculos particulares que impedían la producción de imágenes de la patria? ¿América española habría formado parte de esas repúblicas que no han podido formarse alegorías, como los Estados Unidos? Apenas si ella cumpliría con las condiciones para ello:

¿Por qué Mariana no tiene una hermana gemela al otro lado del Atlántico? Tres explicaciones se presentan al espíritu, quizá por otra parte acumulables. La primera, la más general y en consecuencia le menos demostrable, podría decirse cultural: los Estados Unidos han tenido desde el comienzo una población protestante bastante educada, Francia al contrario una población católica con amplios sectores de ignorancia y de primitivismo “mediterráneos” [sic]; sería en suma la tesis de la Marianolatría como resurgimiento de la Mariolatría.³¹

Como América española estaba afligida, al menos tanto como Francia, por una población católica, la creación de imágenes a partir de las de la Virgen habría debido ser, por lo tanto, natural. Pero este “retorno” no tuvo lugar. La Virgen no ha sido suplantada por Mariana y tampoco ha esbozado una representación de la patria, incluso si las funciones cívicas correspondientes adquirieron más importancia, y si vírgenes protectoras y guerreras fueron bordadas en los estandartes de los insurgentes –en México, desde luego, pero también en los Andes.³² Una investigación en los expedientes americanos revela, sin embargo, el empleo de alegorías femeninas cargadas de virtudes patrióticas, pero se trata de ciudades que se manifiestan en el marco de los primeros movimientos de independencia que estallaron al comienzo en las ciudades. Nada de patria y tampoco de revolución, de libertad ni de República, pero sí la ciudad de Oruro rindiendo homenaje al heroísmo de Buenos Aires,³³ o bien las ciudades de Caracas y de Santa Fe de Bogotá deplorando con Quito la muerte de sus hijos, en agosto de 1810.³⁴

30 El concepto de una independencia que agotaría todo el sentido de la guerra es posterior al fin de la guerra. Así como en España, en el mismo momento, la lucha contra el ocupante francés fue al principio llamada *Santa Revolución*, antes que los términos de *guerra de independencia* no se imponga hacia 1850. Leer sobre este tema a José Álvarez Junco, “La invención de la Guerra de la Independencia”, en *Studia Historica. Historia contemporánea*, vol. XII (1994), pp. 75-99.

31 M. Agulhon, *op. cit.*, p. 233. Las dos otras explicaciones serían la ausencia de adversario del sistema republicano en Estados Unidos y la desconfianza francesa frente a los grandes hombres.

32 T. Gisbert y J. Mesa tratan indirectamente la representación de la Virgen durante la guerra de independencia en “La Virgen María en Bolivia. La dialéctica barroca en la representación de María”, en *El barroco andino*, Unión Latina, 2003 (separata s.p.).

33 Tema de un grabado alegórico ofrecido por el cabildo de Oruro al de Buenos Aires con ocasión de su victoria sobre la segunda expedición inglesa, en 1807, conservado en el ANB.

34 Escena que figura en el cenotafio colocado en el coro de la catedral de Quito en oportunidad del homenaje tributado por la ciudad a los mártires del *Dos de agosto*, en agosto de 1811. ABCE, fondo Jijón y Caamaño, serie 21, Iglesia, caja 67.21.12 carp. 1150.

Las explicaciones propuestas por el historiador de la simbólica republicana en Francia no pueden, pues, aplicarse al caso hispanoamericano. Se impone entonces otra manera de ver las cosas: en lugar de correr tras las huellas improbables de las patrias, tratemos de preguntar a la imagen del rey, al que la Revolución Francesa expulsó de inmediato de su escenario, mientras que la revolución española se desarrollaba en su nombre. Quizá la ausencia de una figuración patriótica en América española encuentra una justificación parcial en esta particularidad.

Iconolatría realista

Entre el advenimiento dramático de Fernando VII y el fin de su reino más allá del Atlántico, las imágenes del rey fueron innumerables. Sin embargo, ya no existen en América y el estudio de este tema tropieza con la iconoclasia de los primeros años que siguieron a la independencia, que alcanzó a todas las provincias, incluso a las más aisladas.³⁵ A las primeras destrucciones de emblemas que se produjeron durante la guerra (de una parte y de otra, las banderas capturadas representaban un trofeo de honor y de valentía, a menudo destinado a solemnes hogueras),³⁶ sucedió una erradicación sistemática de todas las marcas sensibles del pasado reciente. El lema “la esclavitud no tiene historia” sirvió de doctrina durante los primeros decenios de las nuevas repúblicas. No debía subsistir ningún recuerdo de la monarquía, ninguna reliquia; se intentó destruirlo todo. Una historia de las efigies del rey, en América, deberá pasar necesariamente por las fuentes escritas y el estudio de algunas imágenes que subsistieron en Europa.

La iconoclasia independentista fue tanto más radical por cuanto sucedía a una idolatría tan notable como breve, aquella de que fue objeto Fernando VII entre 1808 y 1814. El amor que pudo suscitar este personaje ha parecido sin duda tan fuera de razón que se trata de un punto que la historiografía hispánica no aborda jamás. He aquí, sin embargo, una muestra de los excesos a los que podía entregarse un testigo del primer y el último encuentro del joven rey con sus súbditos de Vitoria, en los últimos días de abril de 1808:

35 Así, en Santa Cruz, los primeros prefectos emprenden la tarea de reunir todos los retratos del rey, que destruyen durante un auto de fe republicano y reclaman a la capital, como retrato de sustitución, bustos de Bolívar. M.-D. Demélas, “Les architectes de mondes. À propos des premiers préfets de Santa Cruz de la Sierra (1825-1827)”, Centre de recherche inter-universitaire sur l’Amérique espagnole coloniale, *Institutions coloniales et réalités sociales en Amérique espagnole*, París, Publications de la Sorbonne Nouvelle, 1988, pp. 123-147.

36 Tal fue la suerte de las banderas revolucionarias del Cuzco (CDIP, t. III, vol. 6, así como BNL, D. 11884) y de los de los ejércitos de Hidalgo y de Morelos. En los dos casos, la imagen destruida era la de la Virgen, de Guadalupe en México y de la Merced en Perú.

[El Pueblo] acongojado, y aun desesperado de afecto y dolor, como que veía cautivo al más amado de sus soberanos y a la Nación toda, y asimismo [sic] abimados en las desgracias que se le preparaban y ahora sufre, le dijo por último que a lo menos dilatase su viaje [a Bayona donde Fernando VII será cautivo de Napoleón] hasta que se armasen las provincias bascongadas y le acompañasen, lo que tampoco fue atendido; y entonces, no queriendo que pareciese inobediencia lo que era efecto de amor sumo, el Pueblo todo y el mismo rey se entregaron al llanto más lugubre y que jamás habra presenciado monarca alguno del orbe; y en esta disposición le acompañó hasta la salida de la ciudad, asegurándole siempre que pues se iba ya no volvería.³⁷

¿Quién no se habría sorprendido al enterarse de que la apariencia ingrata de Fernando VII podía despertar semejante pasión amorosa? En la época de esta devoción, hubo sin embargo algunos espíritus malévolos, cuyas reacciones, próximas a las nuestras, permiten entender este misterio. Así, José Blanco-White en sus *Cartas de España*:

*Nunca recibió monarca alguno tan sincera y cariñosa bienvenida de sus súbditos, y nunca pueblo alguno contempló cara más vacía e inexpressiva, aun entre las alargadas facciones de los Borbones españoles. A una presencia nada cautivadora se le unía tal timidez o torpeza de expresión que, de no ser por el movimiento natural del cuerpo, hubiéramos podido pensar en que estábamos malgastando nuestro homenaje ante una figura de cera.*³⁸

El objeto de este amor colectivo no habría sido otro que una figura de cera. El asombro tan contemporáneo de Blanco-White muestra que en esta coyuntura muy particular, en que se jugaba, y se rompió, el lazo que mantenía juntos a todos los componentes de la corona, la imagen de Fernando funcionaba como un icono. Se piensa evidentemente en esos innumerables relatos de devotos que no dudan jamás de que el objeto de su culto —una estatua, sin embargo, o un cuadro— se halla dotado de expresividad y de emociones humanas.³⁹ Fernando VII, cuyo rostro no expresaba nada cuando estaba presente, y al que la política de Napoleón había ocultado a la vista de sus súbditos, se convertía en la imagen más apropiada para captar los afectos, el soporte de una creencia, tanto más fuerte porque su persona no tenía nada que decir. Es posible inducir, pues, a partir de esta primera observación, que las palabras de los indios muertos en las cumbres de Calasaya no se fundaban en evidencias tan incontestables como podía parecer,

37 ACM, Documentación electoral, leg. 2, exp. 12, Representación a las cortes del apoderado de la junta de Alava, Don Trifón Ortiz de Pinedo, 22 de octubre de 1810.

38 Cursiva de la autora.

39 Se podrían multiplicar los ejemplos. Entre estos, L. Millones y H. Tomoeda, “Los esclavos de la Virgen de la Puerta: Historia y Ficción del Pasado”, en H. Tomoeda y L. Millones, *La tradición andina en tiempos modernos*, Osaka, National Museum of Ethnology, Serie Ethnological Reports 5, 1996, p. 196.

y que a diferencia de lo que creían, la figura del rey del cual se reclamaban no tenía gran cosa que ver con su persona.

Es esta figura, sin embargo, lo que ocupó el lugar del rey cautivo. En España, desde el 28 de marzo de 1808, la Real Academia de San Fernando encarga a Goya un retrato de este príncipe de asunción frágil, pero del cual muchos esperaban una regeneración del país. El pintor obtiene de Fernando que pose en dos sesiones pocos días antes de su partida a Bayona.⁴⁰ En los meses siguientes, la mayoría de las juntas provinciales designadas durante la insurrección general, deciden asociar una imagen del príncipe a sus asambleas. El 7 de septiembre, la junta de Talavera de la Reina posee su cuadro; el 12 de diciembre, el ayuntamiento de Valencia invita a los habitantes a que vengan a contemplar “su augusta imagen para dar algún dulce lenitivo a vuestro dolor, para encarecer más y más con su vista vuestro heroíco entusiasmo, y para consagrar a Nuestro Fernando, entre las amenazas y el fuego del enemigo, este momento de libre lealtad”.⁴¹

La exhibición del retrato no solamente respondía a una práctica de coyuntura. El retrato del monarca era antes de uso corriente, casi indispensable, para presidir, lejos de la corte donde vivía, las ceremonias que marcaban el reinado –asunción,⁴² matrimonio, defunción–, ocasiones en las cuales se añadía cada año, en América, “el día del pendón” o cumpleaños del rey, la celebración de sus colores y el recuerdo de la conquista, el 12 de octubre.⁴³ Cada cabildo sesionaba en su presencia, como si una parte del monarca acompañase las deliberaciones de los magistrados de la ciudad. A partir de 1808, el objeto cambió de empleo al mismo tiempo que el poder cambiaba de naturaleza. El rey considerado legítimo por la mayoría de los españoles fue depuesto y desterrado, siendo así que representaba la unidad de reinos tan diversos:⁴⁴ los usos y prácticas inducidas por su imagen, así como el significado mismo de su representación, fueron transformados. La insurrección general de los meses de mayo y junio de 1808 hizo del rey cautivo un objeto de culto y de deploración,⁴⁵ mientras que la efigie de Fernando el

40 M. Cabañas Bravo, “Sobre un ‘Fernando VII’ encargado por la junta de Talavera de la Reina”, ACA, n° 258, 1992, y “Goya y la figura del Deseado en Talavera”, en *Revista de estudios humanísticos de Talavera*, 1996, N° 3, p. 54.

41 *Ibid.*

42 Así, en 1789, con ocasión de las fiestas para celebrar la coronación de Carlos IV en Quito (ABCE, fondo Jijón y Caamaño, serie manuscritos, vol. 7, fol. 81). Ver igualmente AHNM, diversos, documentos de Indias, exp. 513.

43 Se llama también “cumpleaño del rey” al día de su santo. JSV, p. 280: el 30 de mayo, víspera del Corpus, las tropas realistas de Ramírez entran en Mohosa. El cura pide la indulgencia para los prisioneros que deben ser ejecutados “por ser cumpleaños del rey don Fernando 7° monarca de España”. Se trata de la fiesta de San Fernando.

44 Es con esta conclusión que termina la obra de C. Lisón Tolosana, *La imagen del rey. Monarquía, realeza y poder ritual bajo los Austrias*, Madrid, Espasa-Calpe, 1991.

45 *Deploration* en francés es el llanto, sobre todo en la pintura, que vierten, ante el cuerpo de Cristo bajado de la cruz, la Virgen María, María Magdalena y San Juan (N. del T.).

Deseado se convertía por seis años en una imagen que mantendría la integridad de la corona, un estandarte en nombre del cual se libraría la guerra.

El perfil, trazado por una mano más o menos experta, sirvió al principio de testigo y de garante de los juramentos de fidelidad prestados por las provincias a Fernando. En esta ocasión el retrato sustituía, a la vez, a la persona del soberano al cual prestaba juramento el vasallo, y a los evangelios sobre los cuales se pronunciaba. En América, su presencia se hizo obligatoria cuando comenzaron a multiplicarse los votos de fidelidad a partir de la segunda mitad del año 1808, después de que América fue informada de las abdicaciones de Bayona y de la insurrección metropolitana contra el ejército francés.⁴⁶ Se organizaron juramentaciones solemnes y colectivas el 28 de septiembre de 1808 en Chuquisaca, el 2 de octubre en Cochabamba, el 13 de octubre en La Paz.⁴⁷ En su obra más conocida, *Últimos días coloniales en el Alto Perú*, Gabriel René-Moreno ha consagrado páginas elocuentes a la fiebre que se manifestó en cada uno de los notables de Charcas para ser el primero en adquirir un retrato de Fernando, del cual nadie tenía una idea.⁴⁸ La audiencia, que odiaba al arzobispo, le infligió la más hiriente de las ofensas no autorizándolo a producir un retrato real y reservándose la exclusividad de su presentación.⁴⁹ La representación del rey no era ya solamente una cuestión de prestigio en el seno de las oligarquías municipales de América, sino que también sancionaba las relaciones de fuerza.

Pronto sirvió para conjurar la violencia y simular la precaria unidad de las ciudades a las que la guerra comenzaba a dividir. El 26 de mayo de 1809, al día siguiente de la “revolución de Chuquisaca”, que había causado víctimas, el populacho exigió llevar la imagen del rey en procesión bajo un dosel hasta el cabildo, en gesto de reconciliación. El mismo día, la multitud colgó en el patíbulo un retrato del presidente de la Audiencia, que acababa de ser depuesto, acompañado por el cadáver de un perro.⁵⁰

Un mes después de su juramento de fidelidad al joven rey, Chuquisaca conmemoró simultáneamente “el cumpleaños del rey”, el 12 de octubre, así como la llegada de Colón a las Antillas, que marcó el comienzo de la dominación española. Los indios Yamparáez, ataviados con sus vestidos antiguos, se prestaron al simulacro de una nueva conquista que concluía con su benévola sumisión,

46 Con excepción de Venezuela. Caracas no procedió a la ceremonia sino el 24 de diciembre de 1812. En esta ocasión el comandante general Monteverde, vencedor de Miranda y de Bolívar, resume la revolución a una sustitución de imagen: “Habían hecho desaparecer los infatuados y ambiciosos la imagen del Monarca”. AGI, Estado, 63, N° 37.

47 ACLP, tomo 145, fol. 110 y ss. Juramento de fidelidad al Rey de las autoridades, pueblo y obispo.

48 En la edición francesa de 1954, *Derniers jours de la colonie dans le Haut Pérou*, París, Nagel, p. 122 y ss.

49 E. Just Lleó, *op. cit.*

50 *Ibid.*, p. 125.

bajo el estandarte real.⁵¹ Delante del retrato del rey, doblemente ausente, la ciudad ponía en escena una unidad de componentes de la corona como no había existido nunca.

En Quito, la clave de la ceremonia del voto colectivo fue develar el retrato real después de que la municipalidad organizó rogativas a la Virgen. Se sacó en procesión la imagen de Nuestra Señora del Rosario, patrona de la provincia, y se la llevó hasta la catedral “ante el retrato real que se descubrió mientras duró el paso de la soberana emperatriz del cielo y de la tierra; ella se detuvo por un instante delante del cuadro, como para comunicar su ayuda a la persona del soberano, gesto que suscitó la alegría de toda la asamblea”.⁵² El rey prisionero en tierra extranjera salía de la oscuridad por el tiempo necesario para recibir la gracia de una Virgen tutelar. Las imágenes se animaban para dar un sentido a la reunión de los vecinos, pero mientras que los precedentes juramentos conservaban la función referencial del retrato, en este encuentro de estatuas nada permitía que los participantes distinguieran la imagen de un ser vivo de la de un ser celeste. Durante esa celebración, el rey y la Virgen pertenecían al mismo espacio imaginario.

Este tipo de asociación, que mezclaba cielo y tierra se halla también en un uso privado que consistía en reagrupar en torno al simulacro real las figuras de héroes vivientes y de santos protectores. Tal es el caso de los cuadros que se encontraban en los bagajes del presidente de la audiencia de Charcas, Vicente Nieto, ejecutado en 1811 por los porteños, en Potosí:

*Una pintura del señor Palafox con su marco y cristal; un cuadrito dorado y cristal de Nuestro Soberano el Sr. D. Fernando 7 en ademán de poner la banda a Nuestra Señora de Atocha; un cuadro con el retrato de la Magdalena; un cuadro de Nuestra Señora del Rosario que se venera en la ciudad de Potosí; una pintura del descendimiento de Nuestro Señor Jesús Cristo.*⁵³

Palafox, héroe de la resistencia aragonesa y modelo de todos los oficiales; la Virgen del Rosario, patrona guerrera de España, a la cual le concedió la victoria de Lepanto; una María Magdalena (¿como bella penitente?); Cristo sacrificado; y el rey otorgando la banda del mando a la protectora de la familia real.⁵⁴ Tales eran las imágenes que acompañaban al metropolitano Nieto en campaña en los Andes. Otros índices, conservados en el Archivo de Indias, muestran que

51 El mismo ceremonial se celebró durante la gran rebelión: Diego Cristóbal Túpac Amaru vino a hacer su sumisión a Sicuani, el 27 de enero de 1782: se tiende en el suelo, el alférez agita por tres veces la bandera por encima de aquél (Col. De Angelis, Buenos Aires, 1836, vol. VIII, p. 585).

52 ABCE, fondo Jijón y Caamaño, manuscritos, vol. 10, fol. 127.

52 ANB, INP 1811, exp. 27.

54 La *banda* puede representar también el cordón azul y blanco de la orden de Carlos III.

esta asociación no era propia del presidente de Charcas, y que era por entonces común asociar la imagen del rey con la de las fuerzas religiosas así como a ese parangón de guerreros que representaba el general Palafox.⁵⁵

Con excepción de descubrimientos tan azarosos como este, no sabemos gran cosa de los adquirentes privados de las imágenes reales. En cambio, los comanditarios de obras destinadas a un uso público son conocidos: miembros del cabildo de la ciudad que mantienen, una vez más, siendo esta vez la última, el vínculo que las oligarquías municipales han soñado siempre que fuese directo entre las ciudades de América y su señor natural.

No disponemos, tampoco, de informaciones sobre la fuente de la que se alimentaron estos retratos. No sabemos quiénes fueron sus autores en América y no conocemos sus modelos metropolitanos. ¿Qué artista tuvo, pues, acceso a la persona de Fernando VII entre el 19 de marzo y el 6 de mayo de 1808? Los esbozos realizados por Goya el 8 y 9 de abril (hoy conservados en el museo de Agen, en Francia) sirvieron para los múltiples retratos en que trabajó el pintor desde el retorno del príncipe a España. Sin embargo, nada permite decir que estos esbozos hayan podido servir de modelos a otros artistas durante la cautividad de Fernando. Tampoco sabemos qué dibujos sirvieron para los grabados impresos masivamente y difundidos en América; la cuestión no tiene, probablemente, mucha importancia ya que, a falta de modelo, los americanos no vieron inconveniente en inventar los contornos de una cabeza a la que nadie se había aproximado.⁵⁶ En Guatemala, el cabildo de la capital acaricia el proyecto de una estatua ecuestre del monarca vestido a la antigua, que el dibujante acompaña con este comentario: “Como este es un bosquejo solamente, no se ha puesto esmero en que es la estatua, reservando perfeccionarla por cuando logremos algún retrato del Rey Nuestro Señor”.⁵⁷

Sin duda muchas imágenes vinieron de España en los mismos navíos que traían las noticias de los acontecimientos que se desarrollaban en la metrópoli. Se han encontrado también ejemplares en los archivos franceses, confiscados por la policía imperial, en los cuales no figuran indicaciones de procedencia.⁵⁸ Todas presentan el perfil del rey, observación que sugiere una hipótesis; además del pintor Goya, otra categoría de artistas tuvo oportunidad de hacer posar a Fernando antes de su partida a Bayona –los medallistas encargados de dar forma a los cuños destinados a las casas de moneda para las acuñaciones del nuevo reinado. Los grabados incautados por la policía de Fouché parecen salidos de un mismo modelo que recuerda, en efecto, los perfiles de medalla o de moneda.

55 AGI, MP estampas, 52.

56 Es el caso de los grabados distribuidos en gran número a la población de Comayagua (Guatemala), a iniciativa de un regidor, el 19 de marzo de 1809 (AGI, MP estampas, 142, 1 y 2).

57 AGI, Guatemala, 652.

58 ANP, AF^{IV}, 1610, plaquetas 2^{IV} y 2^V, pp. 105-107.

Monedas y medallas

La figuración real en las monedas es una innovación tardía; el retrato del soberano reinante no apareció en las acuñaciones americanas sino durante el reinado de Carlos III, entre 1770 y 1780.⁵⁹ Como ilustra este detalle de un cuadro de la iglesia de Caquiaviri –que data del primer tercio del siglo XVIII–, hasta entonces, las piezas acuñadas en Potosí portaban, al reverso, las armas del rey, y una cruz acuartelada de castillos y de leones, al anverso. La personificación del poder en la moneda era, pues, un fenómeno de época reciente, una innovación que no se daba por sí sola y que conservaba en la representación del rey en una pieza de moneda toda su significación de imagen.

Para ilustrar esta función de la moneda⁶⁰ citaré algunas palabras de borrachos, palabras que no tienen otro interés que el haber sido pronunciadas en Chile en una coyuntura política de enfrentamiento entre el rey y la patria. En junio de 1817, en Concepción, un cierto Ventura (o Bentura) Astete es procesado “por haber expresado Astete a decir que la plata que usaba eran [*sic*] monedas del rey”.⁶¹ En el curso de un altercado entre un testigo y el acusado –ambos amigos de infancia, pero muy ebrios–, Astete se declara partidario del rey y anuncia su intención de huir antes de la llegada del ejército de los Andes:⁶²

*Diciendo [el testigo] ‘quedate hombre que viene la Patria nueva y son mentiras de que vienen degollando’. [...] Entonces Astete sacó unas monedas de cordoncillo diciendo ‘yo tengo plata pero es del rey y el mundo tiene mil vueltas y ha de venir el rey otra vez’.*⁶³

Extrañas palabras que transforman las causas políticas en moneda menuda y que, a fin de cuentas remiten este enfrentamiento a un equivalente militar. “Ha de venir el rey”: el rey, cuya imagen porta cada cual en su bolsa, es, a partir de entonces, identificado con el ejército real. Del mismo modo, la patria se ha

59 H.F. Burzio, *La ceca de la villa imperial de Potosí y la moneda colonial*, Buenos Aires, 1945.

60 Función figurativa que puede acompañarse con una gran fantasía: E. Dargent Chamot señala que las casas de la moneda de Lima, México y Santiago de Chile han acuñado retratos imaginarios, al no haber recibido de la metrópoli los modelos necesarios. En una de las últimas acuñaciones americanas de la casa de la moneda de Popayán, figuraba incluso el retrato de Carlos IV, que había dejado de reinar en 1808, y murió en 1817, (“La moneda en la América española”, *Gaceta numismática*, Barcelona, N° 107, diciembre de 1992, pp. 12-13).

61 ANC, Ministerio de Guerra, vol. 6, sumarios y procesos, 1813-1817. Criminal contra Bentura Astete por haber hablado en contra de la patria. Concepción, junio de 1817.

62 Después de una precoz independencia (1811), Chile había caído nuevamente bajo el control de las fuerzas realistas (1814), pero en enero de 1817 el ejército de liberación dirigido por San Martín ha atravesado los Andes. La escena que se desenvuelve entre ambos compadres se produce, pues, en un momento en que van a echarse los dados y en el que cada cual puede preguntarse sobre lo acertado de sus opciones políticas.

63 ANC. *loc. cit.*

convertido en el ejército de los Andes comandado por San Martín. He allí algo que ilumina el punto de partida de nuestra indagación: estos indios aceptaron morir por el rey porque conocían su rostro: lo habían visto a menudo en los pesos que debían pagar, dos veces al año, por concepto de tributo. En cuanto a los guerrilleros que les dieron muerte, no sabían qué responder ante sus sarcasmos, aún no tenían conciencia de que ellos mismos eran la patria, y que, si ésta podía entonces tomar cuerpo, se habría asemejado a un soldado harapiento.

Además de la moneda, y antes incluso de que la del nuevo régimen comience a circular, las medallas habían difundido la imagen de Fernando VII a través del imperio español. Con ocasión de su juramento al rey, las ciudades de España y de América acuñaron monedas celebrando el suceso o conmemorándolo.⁶⁴ Esta práctica era corriente desde el reinado de Felipe II. Muy pronto, se integró a los componentes de la guerra y el número de estas medallas aumentó con cada jura solemne organizada por las ciudades americanas en favor del rey.

Esta producción no se confundía con las “medallas de premio”, destinadas a distinguir a los súbditos cuya lealtad se había manifestado en tiempos de crisis, y que van a desempeñar un papel importante en la guerra de los valles. Esta costumbre –respecto a la cual queda por determinar si se trata de una laicización de las medallas de indulgencia o de una sacralización del rey, conforme a los objetivos de los Borbones– fue apropiada en una escala mayor por las autoridades realistas durante la guerra de independencia. El intendente consideraba útil recompensar a ciertos leales y proponía al virrey “amedallarlos”; este accedía y entregaba el diploma que acompañaba la medalla. Las casas de moneda procedieron entonces a acuñar medallas que recompensaban a los protagonistas de una acción particular, y otras, que no portaban la mención de ningún acontecimiento, destinadas a reconocer lealtades individuales. Pertenece al primer caso la acuñación de que da cuenta el administrador de la Casa de la Moneda de Potosí, Rafael Maroto, en abril de 1819, y que honraba a los defensores de La Plata cuando la ciudad fue asaltada el 21 de mayo de 1817 por el caudillo Araoz de La Madrid;⁶⁵ y al segundo las medallas de las que se habla a menudo en el Diario, y que dieron lugar a una creación lexicológica: *amedallados*, sinónimo de colaboradores del rey, a la vez traidores a la causa americana y combatientes de élite. Subrayemos de paso que la mayoría de las veces en que aparece este término es para designar a indios.⁶⁶

64 En algunas acuñaciones de monedas mexicanas aparece igualmente el recuerdo del solemne juramento: las piezas de 1 y 2 reales de la ceca de Chiapa, en 1808 (“Proclamando en ciudad de Chiapa año de 1808”); las piezas de 1 y 2 reales de Quesaltenango de 1808 (“Proclamación Augusta I. R.”); piezas de 4 y 8 reales de Querétaro (“Querretaro por su alf.z.r [alférez real] D. Pedro Septi en año. 1808”).

65 ANB, INP 1819, hoja suelta.

66 La costumbre de honrar a los indios con la *real efigie* estaba por entonces bien establecida. Por ejemplo, en 1791, seis medallas de oro y veinticuatro de plata fueron destinadas a los jefes de parcialidades de indios de la costa de Mosquitos (AGX, secretaría de guerra, 6949,

Los amedallados, esos que se baten por una imagen del rey

Después de los rodeos que nos han conducido a otras provincias americanas, a España, y hasta a las oficinas de la policía francesa, regresemos a los valles y a sus combatientes. Una categoría suya tiene directamente que ver con la imagen del rey. Son esos amedallados de los que Vargas habla como los adversarios más encarnizados y detestados por la guerrilla.⁶⁷ Todas las veces en las que el término aparece en el Diario, hace de él un sinónimo de realistas y de indios. Se trataba de partidarios del rey, que no eran soldados, y que se habían distinguido de tal manera que las autoridades realistas les habían concedido una medalla que, luego, ellos exhibían con orgullo. La medalla estaba acompañada por un diploma que confirmaba los méritos de su poseedor. En respuesta a un mensaje del jefe de las guerrillas chilenas realistas, que trazaba un cuadro dramático del estado de sus tropas, el virrey anuncia un envío de armas, de municiones y de medallas destinadas a sostener la moral de sus aliados indios.⁶⁸

Esta práctica parece haber sido reciente. Una mención de las “medallas de premio” aparece, con fecha de 1742, en los archivos de la Casa de la Moneda de Madrid, como una recompensa destinada a categorías socioétnicas bien particulares, pardos y morenos de una parte, indios de otra. En los Andes, las medallas se multiplican a fines del siglo XVIII en relación con el levantamiento de las provincias indias. En el Cuzco de 1781, el obispo Moscoso toma la iniciativa de concederlas por sí mismo, y las acompaña con indulgencias. Su acuñación se multiplica; la medalla del rey y la causa divina se mezclan, el amedallado se ve tratado como buen cristiano al mismo tiempo que como un súbdito fiel. Durante la guerra de la independencia las medallas reales van a alimentar su eficacia en tres fuentes: la de la práctica que se estableció durante el reinado de Carlos III en el conjunto de las provincias americanas; la de la lucha contra Túpac Amaru, durante la cual las medallas adquirieron un contenido religioso; y, finalmente, la influencia de esta época de guerra, durante la cual, en Europa, Napoleón multiplicaba las medallas, mientras que las Cortes, y luego Fernando VII, se apresuraban a seguir su ejemplo.

En el Diario, la intervención de los amedallados le da siempre una coloración violenta y trágica al relato de Vargas. Son ellos los que se entregan a las acciones más bárbaras, que se mezclan con las ejecuciones más implacables. Son también

exp. 18). En 1796, un cacique de la provincia de Arequipa solicita la gracia de una medalla de oro argumentando sus numerosos servicios prestados a la corona y el hecho de que otro cacique de la región había ya recibido esta distinción (AGS, secretaría de guerra, 7124, exp. 47).

67 Sobre los de Sicasica, ALP/EC, C 164 E 3.

68 ANC, Ministerio de Guerra, vol. 52. Vicente Benavides. Correspondencia con el virrey Pezuela, Lima, 3 mai 1820 (fol 130). “[...] Las medallas que le remito a Ud. con sus respectivos diplomas en blanco para que las aplique a las personas que juzgue más merecedoras de esta distinción”.

ellos los que son objeto de las venganzas más atroces: el hombre colgado en la calle del diablo es un amedallado, el niño cuyo cadáver ha sido triturado en un mortero es hijo de un amedallado. El cronista se ha preocupado en poner en primer plano la inesperada relación que mantenían por entonces la imagen del rey y la sangre derramada por los combatientes de ambos lados.

Es probable que la distinción que formulo entre moneda y medalla no fuese tan tajante para los actores de esta historia. Una anécdota ya citada (*cf.* cap. 5), que Vargas ha construido con cuidado, hace entrar la imagen del rey en un sistema en que las dos formas resultan equivalentes. Se trata de la historia del hijo que decidió no vengar a su madre y recibió como premio de su ingratitud una efigie del rey.⁶⁹ En busca de dinero —una imagen del rey—, los soldados han encontrado un mensaje del comandante de la patria. Cuando viene a reclamar contra una ejecución inicua, el mal hijo recibe una medalla para borrar la pérdida de su madre. A partir de un *exemplum* familiar (el del hijo mal educado),⁷⁰ Vargas ha construido una especie de cuadro de equivalencias en el cual la moneda del rey responde a una recomendación patriótica, y el rostro del príncipe equivale a la vida de una madre.

¿Cómo ha podido una medalla adquirir semejante valor? Un trabajo de la antropóloga Olivia Harris, que trata de los indios laymi de la región de Potosí, abre una pista que merece atención. Aún hoy, imágenes metálicas de Fernando VII, conocidas con el nombre de “moneda del inka Hernando”, serían conservadas con un respeto religioso.⁷¹ La imagen del rey se habría convertido en una de las fuentes posibles de fortuna, y las familias que poseen un ejemplar le atribuirían el poder de generar riqueza y engendrar a su vez otras monedas.

*Moneda de la chullpa, moneda del Inca, la primera asociada con la fertilidad del metal bajo la superficie de la tierra, mientras que la segunda, grabada con la “cabeza del príncipe” y la insignia del estado, constituye la misteriosa y sagrada fuente del dinero actual.*⁷²

O. Harris trata de explicar esta virtud particular de la efigie de Fernando (¿por qué no la de Carlos III o la de Carlos IV?) por el hecho de que las acuña-

69 JSV, p. 128.

70 Precisión que debo a Danièle Dehouve, por la cual la agradezco.

71 “Aún existen en esta región muchas monedas coloniales del reinado del Fernando VII, muy buscadas después por los comerciantes de metales. Pero los Laymi tratan sus viejas monedas con gran respeto y se niegan a venderlas incluso por buenos precios; la gente sabe qué familia tiene una, y son extremadamente renuentes a mostrarlas a nadie, sobre todo a un extraño. Este énfasis en el secreto que rodea a las viejas monedas nos acercan más a un cabal entendimiento de su significado”. O. Harris, “The sources and Meaning of Money: Beyond the Market Paradigm in an Ayllu of Northern Potosí”, en B. Larson, O. Harris, E. Tandeter (ed.), *Ethnicity, Markets and Migration in the Andes*, Durham-London, Duke University Press, 1995, p. 320.

72 *Id.*, p. 322.

ciones habrían sido más numerosas y de mejor ley durante su reinado, pero los catálogos de los numismáticos no confirman esta hipótesis. Quizás habría que matizar esas conclusiones recordando la existencia de las dos formas de retrato del rey: la moneda y la medalla. Los poderes que se atribuirían –aún hoy en día– a la imagen de Fernando se explicarían por la importancia que adquirió durante la guerra de independencia. Las imágenes metálicas de Fernando no representaban solamente una cantidad de plata modelada, sino una figura por la cual millares de hombres han combatidos unos con otros, una marca de honor, una seguridad de protección, la representación de un régimen por el cual habían aceptado morir. Y, tal vez, la práctica, tan difundida en América (con gran perjuicio para los coleccionistas), de agujerear las piezas a fin de llevarlas colgadas sobre el pecho, revela que la moneda sirvió a menudo de sustituto de una medalla deseada pero difícilmente concedida. Apostemos, pues, que estas monedas mágicas representan tanto a Fernando como a su padre o a su abuelo, pero que no pueden ser atribuidas sino a aquel al que la guerra de los guerrilleros transformó en fetiche.

Figura 40
Un peso agujereado con la
efigie de Fernando VII



El estandarte real

Queda por evocar una última figuración del rey, abstracta esta, la bandera.⁷³ En España la bandera no se convirtió en nacional sino en 1868. Hasta entonces no son sino las armas del rey⁷⁴ que los textos designan tanto como “el estandarte real” como por el rey, como si la bandera equivaliese a la persona del príncipe.⁷⁵

Una nueva anécdota, sacada de los archivos bolivianos, revela cómo esta bandera podía actuar como una persona ofreciendo gracia y salvaguardia: en 1811, un indio llamado Alfonso Navarro, pide ser liberado de la prisión porque se ha colocado bajo la protección del estandarte real. Ya ha tenido problemas con la justicia; condenado a veinte

73 A falta de materiales, no trataré de las efigies representadas en pañuelos, tabaqueras, porcelanas, joyas, etc., soportes de los que los liberales y los carlistas hicieron gran uso en los decenios siguientes.

74 F. Menéndez Pidal de Navascues, “Los emblemas heráldicos de España”, en *Revista de Historia Militar*, 1986, N° 60, pp. 210-226.

75 En 1780, en el Cuzco, el obispo Moscoso había dado a sus tropas formadas por clérigos y estudiantes una “bandera morada y en ella pintada el Señor de los temblores y al otro lado el Rey”, CRTA, Lima, 1980, T. I, p. 226. No se trataba de un retrato del rey sino de sus armas: “la bandera eclesiástica que se compone de las armas reales y varios jeroglíficos santos”, *id.*, p. 185.

años de prisión “por tres muertes que hizo al salir borracho de una chichería”, es encarcelado de 1789 a 1794; después, su pena es conmutada a condición de ejercer el oficio de verdugo, gracias a lo cual acaba por obtener su libertad. En 1808 es condenado de nuevo –error judicial, según parece. Carente de argumentos, se oculta hasta la jura de Fernando VII por la ciudad de Potosí. Reaparece ese día y viene a prosternarse ante la bandera.⁷⁶ El protector de naturales de la ciudad argumentará en su favor, sosteniendo que “debe quedar indultado por haberse acogido al Real Estandarte, fundando todo esto en las leyes del Reyno”.⁷⁷

Las leyes del Reyno no corresponden a ninguna recopilación conocida, sino a la idea que este pobre diablo se hacía de la justicia. Él creía en la omnipotencia de la gracia real y suponía que esta podía ser ejercida de modo indiferente por el monarca en persona o por la bandera que ocupaba su lugar. He allí algo que dice mucho sobre las relaciones que podían mantener los súbditos americanos con los símbolos de la monarquía. De la misma manera, en el Diario de Vargas, un pueblo indio explica su adhesión a la causa realista por el hecho de que todos sus habitantes “[han] nacido y abierto los ojos a las banderas españolas”.⁷⁸ Sin duda hay que entender que estos hombres no expresaban solamente su adhesión a ciertos colores, sino que invocaban también una protección particular.

En el mismo momento, la bandera adoptaba la forma de una escarapela, que permitía a cada cual mostrarla. Desde los primeros días posteriores al anuncio de la insurrección española contra Francia fueron distribuidas, entre los vecinos, escarapelas con los colores de España: “la escarapela Fernandina”. Sobre el entusiasmo que suscitó esta iniciativa, común a España y a América, hay numerosos testimonios. En el caso de los que se refieren al Alto Perú remito a la obra de Gabriel René Moreno. En lo que respecta a España y a los presidios africanos, las cartas interceptadas por la policía francesa hablan largamente del hecho:

*El 25 de mayo [en Valencia], todo el mundo tomó la escarapela, incluso los sacerdotes y los novicios.*⁷⁹

*Todo el mundo [en Aragón], hasta las mujeres, lleva la escarapela.*⁸⁰

*Guillermo [general francés] al llegar a Calatayud, y al ver que todo el mundo llevaba la escarapela, pregunta lo que eso significaba. Se le contestó que toda la nación se había levantado en masa contra Francia.*⁸¹

*Logroño se ha levantado, incluso el obispo lleva la escarapela.*⁸²

76 ANB, IINP, 1811, exp. 37.

77 *Ibid.*

78 JSV, p. 88.

79 ANP, AFIV 1610, plaqueta 22, carta particular incautada en Tudela, dirigida a un cura de Irún. La traducción es de la policía francesa, el original no figura en el expediente.

80 *Id.*, carta procedente de Aragón.

81 *Id.*, carta anónima con el N° 9.

82 *Id.* carta de Alcanadre, sello de Rioxa, fechada el 3 de junio, firmada por Juan Félix de la Peña, dirigida al R. P. Domingo de la Peña, subprior del convento de Santiago en Pamplona.

Figura 41
Anónimo. Virgen de Guadalupe, c. 1825



Una pareja de indios de Potosí testimonia su devoción a la Virgen de Guadalupe al mismo tiempo que su fidelidad a la causa real, representada aquí bajo la forma de banderas del ejército real y de atributos guerreros, bayonetas y cañones.

*Todo el mundo está ebrio de alegría aquí [en Ceuta], y hasta el obispo, los monjes y las mujeres, todos llevan la escarapela.*⁸³

A fin de cuentas, se puede asumir que, si fuese posible considerar una bandera como sustituto del rostro del monarca, del rey o de la patria, no es imposible que una abreviatura de la misma, tal una escarapela, pudiese estar al mismo nivel de respeto. Es así que, por intermedio de colores, los beligerantes llegaron a crear una equivalencia entre ambas figuras. Pero, si bien la bandera de la patria pudo ser dotada de tanto poder como el del rey, jamás se le atribuyó una función de justicia.

Una última anécdota chilena ilustrará este encuentro cara a cara de los símbolos: en septiembre de 1814, don Romualdo Antonio Esponda, vecino de Santiago, es condenado por haber izado la bandera real. Se trata de un crimen de lesa patria que será duramente castigado:

*Dando a esta causa la substancia breve que exige su naturaleza, la crisis del día y la verdad convencida y confesada de la odiosidad de Antonio Esponda contra el sistema de la Patria, cuyo Pabellón se preparaba a infamar con profanación de la misma Bandera que meditaba hacer servir a su crimen; se le condena a presenciar la consumación de este en medio de la Plaza por mano del verdugo en una hoguera al pie del estandarte tricolor que estará enarbolado. Allí proclamará por tres veces; Viva la Patria! a toda voz; recibirá después doscientos azotes por las calles, y saldrá desterrado por diez años a trabajar en las obras públicas de Mendoza. Dr. Vera.*⁸⁴

Era difícil, evidentemente, sobrevivir a doscientos latigazos y a diez años de trabajos forzados. El valor atribuido a la bandera era tal que el juez Vera no dudaba, en nombre de la patria, en condenar como a un criminal al que poseía una bandera del rey. En el mismo momento, la guerrilla de los valles no daba tanta importancia a su estandarte. Se servía de aquel, azul y blanco, que le habían dado los ejércitos de Buenos Aires⁸⁵ y no se preocupó jamás en procurar uno que fuese propio.

¿Morir por una imagen?

¿Por cuál imagen han sucumbido, entonces, los indios de los valles? ¿La de los pesos del tributo y de las medallas concedidas a los mejores de ellos? ¿La del retrato que presidía las juras del rey en Oruro, Cochabamba, Chuquisaca o La Paz? ¿Por uno de esos pequeños grabados que circulaban en gran número en

83 *Id.*, carta de Ceuta, 4 de junio, Juan Ursay a su madre Gerónima Napal.

84 ANC, Ministerio de Guerra, vol. 6. Sumarios y procesos, 1813-1817.

85 JSV, p. 205.

América, a menudo destinados a los indios? ¿Por esa bandera que se extendía, cada año, por encima de ellos como un cielo? He ahí algunas preguntas, seguramente, asaz ingenuas. Murieron por un régimen que, lo sabían, se prestaba a múltiples figuraciones, y, al subrayar el texto su gusto por el sarcasmo, su última burla se hará, entonces, a expensas de esta patria que, en el Alto Perú, no podía mostrar sino la imagen de guerrilleros mal equipados, que enarbolaban la bandera de Buenos Aires.⁸⁶

¿Cómo explicar esta carencia de los revolucionarios, por lo demás tan marrulleros y amantes de los símbolos como sus adversarios? Consideremos lo que los discursos patrióticos designaban con la palabra “patria.” En el Alto Perú, como en Chile en el mismo momento, la patria se confundía con los soldados cuya causa defendían. En 1815, en Punata, en la cuenca de Cochabamba, un sacerdote favorable a la causa de la independencia prepara a sus feligreses para la revolución:

Dijo en voz alta que hasta el domingo tendremos fiesta en este Valle, pues ha de entrar la Patria a reynar, y Velasco era con cuatro garrapatas, y Arenales [dos palabras ilisibles] prevalecer, y llamandole al declarante le dixo que apostase un peso, y el dos, si hasta el domingo no entra la Patria pues de ambas partes hacian de dar guerra los indios, que el declarante le replico diciendo: ¿ luego los indios nos gobernarán ? Y respondió el presbitero que Buenos Ayres reynara, y dejando entusiasmada a toda aquella gente se mando mudar.⁸⁷

“Ha de entrar la patria a reynar”: la expresión era casi la misma que la que empleaban los patriotas chilenos, y, del mismo modo, designaba a las tropas que luchaban por la independencia. Pero en el Alto Perú, en 1815, en el momento en que se pronunció este discurso, era evidente que la causa de la independencia y la de los indios avanzaban de concierto. “¿Luego los indios nos goberarán?”, se inquietan los vecinos de Punata.

Para un guerrero como José Santos Vargas, la patria es, ante todo, la tropa a la cual ha pertenecido.⁸⁸ Es también la abstracción de una causa: cuando los realistas lo llaman “el tambor de Chinchilla” puesto que estaba al lado del comandante, él protesta: “Yo no era de Chinchilla sino de la Patria”.⁸⁹ Y cuando el discurso se inscribe en el marco de la opinión, no ya en el del relato, es a la vez la patria chica y una patria americana que se confunde con un continente cuyos contornos ignoraba la mayoría de sus habitantes:

86 Sobre la bandera de la guerrilla de los valles, leer la aclaración de don Gunnar Mendoza, TMV, pp. 188-189.

87 AMC, Expedientes coloniales, vol. 288 (1815), Proceso contra el presbítero Antonio Torricos por declararse partidario de los patriotas, Punata, 27/III/1815.

88 Entre centenares de ocurrencias, esta: “[...] los vecinos se quejaban de que éste observaba lo mínimo de todos los movimientos de la Patria...”, JSV, p. 152.

89 JSV, p. 271.

La Patria como es el lugar donde existimos es el más invicto.⁹⁰ La Patria es el lugar donde existimos, la Patria es la verdadera causa que debemos defender a toda costa, por la Patria debemos sacrificar nuestros intereses y aun la vida.⁹¹ La Patria es el lugar donde existimos y nuestro propio suelo.⁹²

El lugar donde existimos: ninguna apariencia de querer dar una imagen corporal a la patria, como tampoco una especie de feminidad; tampoco una traza de *pathos* en esta afirmación, en la que no se trata ni de la tierra de los ancestros, ni incluso de la tierra natal, y uno se puede asombrar de que los independentistas, por lo demás tan inclinados a las declamaciones enfáticas, no hayan asumido para sí ellos el tema de la madre tierra, presente desde la antigüedad.

Así la sociedad humana pide que se quiera la tierra donde los hombres viven juntos: se la mira como a una madre y a una nodriza común; se le tiene afecto y eso une [...]. En efecto, los hombres se sienten ligados por algo fuerte cuando piensan en lo que una misma tierra les ha alimentado cuando estaban vivos, les va a recibir en su seno cuando estén muertos.⁹³

¿Por qué los comandantes de guerrilla y sus tropas no han querido confundir “el lugar donde existimos” con esta tierra acogedora y nutricia que, en los Andes, habría podido tan fácilmente fundirse en la *Pachamama*?⁹⁴ He ahí algo que, sin embargo, habría facilitado su tarea de propaganda ante los auxiliares indios sin los que la guerra no podía existir.

En la Metrópoli, habría habido también necesidad de contar con una figura para dar una imagen de unidad a lo que por aquel entonces se llamaba “las Españas”, cuya necesidad de luchar contra Francia había hecho “la España”, pero cuyo levantamiento general, curiosamente, había dado lugar al estallido de provincias autónomas, llegando algunas hasta reivindicar su estatus de Estados soberanos.⁹⁵ ¿Qué imagen dar a esas dos palabras que escanden los discursos de la resistencia: *la Nación y España*? Un retrato de Fernando VII pintado por Goya en 1814, sobre un programa impuesto por la municipalidad de Santander, ofrece ejemplo de ese esfuerzo; no sé de otro.

El retrato deberá ser de frente y de cuerpo entero; el vestido, de coronel de Guardias con las insignias reales. Deberá tener la mano apoyada sobre el pedestal de una estatua de España coronada de laurel y estarán en este pedestal el cetro, corona y manto; al pie un león con cadenas rotas entre las garras.⁹⁶

90 *Id.*, p. 87.

91 *Id.*, p. 88.

92 *Id.*, p. 266.

93 J. B. Bossuet, *La politique tirée des propres paroles de l'Écriture sainte*, París, 1709, p. 91.

94 Sobre este tema, N. Loraux, *Mythes et politiques à Athènes*, París, Seuil, 1996, sobre todo el capítulo “Pourquoi les mères grecques imitent, à ce qu'on dit, la terre”, pp. 128-144.

95 Es el caso, entre otros, del señorío de Molina de Aragón que tiene menos de 30.000 habitantes en 1810. ACM, Documentación electoral, leg. 1, exp. 2.

96 Citado en el catálogo de la Exposición *Goya*, Zaragoza, Electa, 1992, p. 122.

Figura 42
Retrato de Fernando VII
y de España por Goya



El cabildo de Santander separaba así España y el León, la patria y la nación. Pero – ¿ironía o debilidad de una idea sin substrato alguno?–, el resultado apenas si era convincente: una Ceres vaporosa a guisa de España, y un monstruo canino en lugar de un noble león. La imagen de la patria y de la nación ha inspirado menos al artista que los sufrimientos de la España en guerra.

Ni los luchadores por la independencia han tratado de dar figura a la patria, ni los metropolitanos han dado forma a una nación. Es verdad que los liberales le han dado a la Constitución un sobrenombre femenino (“la Pepa”), pero sin atribuirle otra representación que la de las tablas de la ley o del sol de las custodias.⁹⁷ En suma, los partidarios de cualquiera de los dos campos no han sentido la necesidad de crear imágenes que, dado su género, habrían sido femeninas. Con una excepción –la de la Virgen–, el sitio era sólida posesión de las figuras masculinas. Además de la de un rey que inspiró seis años de amor, las imágenes por las cuales se ha combatido eran las de guerreros vencedores y de Vírgenes temibles. Al término de esta investigación, se sigue sin conocer la figura de la patria, pero es seguro que no era la de una mujer.

97 JSV, p. 382, “El rey y sus tropas, las tropas de la constitución española”.

CAPÍTULO 14

Una guerra providencial

Con ocasión de este último capítulo, la personalidad del autor del Diario se hará sentir, pues los valores de la guerrilla que José Santos Vargas ha vivido y descrito durante tantos años son antes que nada suyos. Todo lo que ha tratado esta obra ha pasado a través del filtro de su visión del mundo y se nos plantea la pregunta de saber en qué medida las convicciones del cronista fueron también las de la mayoría de la gente de los valles o, incluso, de la totalidad de los habitantes del Alto Perú y de los Andes. Todos los estudios de los que disponemos hacen pensar que la interpretación cristiana que Vargas daba de su universo era común a los hispanoamericanos. Sin embargo, no todos habían tenido como hermano a un sacerdote, no habían experimentado el adoctrinamiento de Buenos Aires y no hablaban las lenguas indígenas de su provincia. En la representación que ofrece Vargas de su historia, hay una parte que le pertenece sólo a él: esa mezcla de espíritu clerical y de creencias políticas modernas desarrollada en un humus indígena. Pero, tomados separadamente, cada uno de estos elementos que analizaremos a continuación dan las claves de las creencias de millares de otros hombres que practicaban, sin saberlo, el indispensable “bricolaje”¹ ideológico que permite a cada cual sostener su vida y adherirse a la sociedad a la cual pertenece.

Todo adquiere un sentido

El Diario abunda en detalles, pero pocos de ellos son gratuitos. En el universo encantado del tambor Vargas todo adquiere un sentido y la historia ejemplar que

1 Tomo la expresión de F. Bourricaud y de R. Boudon [Es decir obra de improvisada e ingeniosa habilidad. N. del T.]

cuenta está sembrada de signos que remiten a una realidad más alta, trascendente. Volvamos, a manera de ejemplos, a dos pasajes de virtuosismo narrativo –el episodio del cerro de Chicote, donde toda la guerrilla corrió el riesgo de desaparecer, y el brutal fin del comandante Lira–, en cuyo relato se advierten anotaciones, a primera vista desdeñables, principalmente calendarias, pero que, sin embargo, logran todo su sentido en un registro que no es simplemente el de las fuerzas humanas.²

El 21 de junio de 1816, cuando Lira opta por incendiar los rastrojales del cerro Chicote antes que suicidarse con sus hombres, obedece a una inspiración providencial. La eficacia de su acto se manifiesta con la brutalidad de un milagro:

En un minuto se abrasó casi todo el cerro, como ayudaba el viento de abajo para arriba y las pajas tan bien crecidas que casi lo perdía a un hombre. [...] Las olas que se levantaban del fuego eran las que más metían miedo [...]. Las cartucheras quemadas parecían chicharrones que estaban volando por los aires.³

En manos de la Divina Providencia se han mezclado los fuegos de la fiesta de San Juan y el Villa cuti,⁴ el momento en que el ciclo solar se invierte. “Para los Incas, el solsticio de verano señalaba el regreso de los muertos...⁵.” Tentada por la autodestrucción, la guerrilla prefirió sin embargo proseguir un combate deseado por la Providencia. Según un procedimiento que en él es normal, el cronista ha descrito de la manera más concreta y natural –con excepción de esa imagen fantástica de las cartucheras levantando vuelo– un acontecimiento que inscribe las peripecias de la guerrilla en un registro sobrenatural.

De toda la aventura de la guerrilla de Ayopaya, en los valles, sólo la imagen de la montaña en llamas parece haberse transmitido hasta nuestros días; en la fiesta de San Juan de 1816, todo el cerro se había incendiado y aún se conserva el recuerdo de ese hecho. Durante la visita que realicé en octubre de 2002 a Mohosa, dos ancianos a los que yo no hacía preguntas aludieron espontáneamente a los fuegos de Chicote, sin saber ya de qué se trataba. “Hubo fuego. Y el monte Chicote ardió, ardió...”. “Hubo fuego, Chicote ardió, no sé por qué”.⁶

2 Para ocuparme de este tema he recurrido a las investigaciones de Tom Zuidema, de Gary Urton y de Gerald Taylor, que me han servido de guías. Como no hay una síntesis de los calendarios andinos por regiones y para períodos prolongados, uno se ve a menudo obligado a realizar extrapolaciones.

3 JSV, pp. 86-87.

4 En 1811, el general Goyeneche, originario de Arequipa y que conocía las creencias indígenas (estaba además secundado por el cacique Mateo Pumacahua) rompió la tregua pactada con el ejército de Juan José Castelli y de Balcarce, el 20 de junio, en Guaqui; fue una victoria total. Sus adversarios ni siquiera intentaron resistir ante una suerte que se inclinaba en favor del adversario.

5 T. Bouysson-Cassagne, *La identidad ayмара. Aproximación histórica (siglo XV, siglo XVI)*, La Paz, Hisbol, 1987, p. 202.

6 Testimonio del 27 de octubre de 2002, de don Constancio en Caluyo y de doña N. en Bellavista.

La muerte del héroe atestigua de modo semejante la elección divina. En la noche del 14 de diciembre de 1817, el comandante Lira es herido en la espalda por una bala disparada por uno de sus soldados; la guerrilla se ve entonces desorientada por las intrigas de los jefes, perturbada por el cansancio de los hombres; mientras Lira agoniza solo en la oscuridad, la tropa se entrega a la ebriedad y sus oficiales designan a un nuevo comandante, el cual ha recibido ya el sable de Lira. Triste final.

Pero cuando expira por la mañana, rodeado por sus más fieles compañeros y por dos sacerdotes que le han administrado los últimos sacramentos, Lira ya no es un capitán desgraciado, sino un héroe que cumple la promesa hecha a las fuerzas que protegen su causa. Muerto como cristiano en el día de su santo patrono, su destino se ha cumplido: víctima sacrificada a la suerte sellada desde hace mucho tiempo, víctima cuya sórdida muerte se hacía así ejemplar. El año anterior, el comandante Lira se había consagrado a la patria, durante una ceremonia que recuerda la *devotio* romana, para conjurar la discordia.

Al demorarme en estos detalles, al subrayar las coincidencias, pretendo establecer que el Diario cuenta, a través de la historia de los guerreros, la de las fuerzas sobrenaturales que los conducen. Retornemos ahora a nuestro discurso: ¿cómo interpretaban estos combatientes su mundo, y qué sentido daban en consecuencia la guerra?

Una visión cristiana del mundo

El virrey Joaquín de la Pezuela subrayó cuán hostiles eran los sacerdotes del Alto Perú a la causa realista, a la que criticaban desde el púlpito,⁷ y el fiscal Miguel Vidaurre, que los apreciaba poco, decía que “trataban de ganar batallas con el arma del hisopo y la llama de los cirios⁸.” En el mismo momento, el obispo realista de La Paz, Mons. Remigio de La Santa, intentaba también formar tropas y, sin mayor éxito, posaba como capitán de la cruzada. Un cura de Sicasica, Manuel Flores, se atribuía el grado de coronel de los ejércitos reales,⁹ mientras que fray Agustín Rocabado, agustino, comandaba en 1820 tropas patriotas.¹⁰

Si bien la importancia del papel del clero en la guerra de independencia hispanoamericana ha sido ampliamente demostrada, no debe hacer olvidar diferencias regionales importantes. En ciertas zonas, tales como la ciudad de Quito, o el Cuzco, no aparecen diferencias sensibles entre la actitud religiosa

7 J. de la Pezuela, *Memoria de gobierno*, *op. cit.*, p. 25. En el Cuzco, Informe de la Real Audiencia del Cuzco al Virrey, 20.IV.1815, en *Jornadas peruano-bolivianas*, *op. cit.*, p. 204.

8 CDIP, t. I, vol. 6, “Cartas americanas”, p. 250.

9 JSV, p. 276.

10 *Id.* p. 278. Sobre la participación del clero de la diócesis de La Paz en la guerra civil, ver ACLP, tomo 145, fol. 116 y ss; tomo 148, fol. 234 y ss.

de los medios populares y la del clero. Éste, hábil en el manejo de los registros proféticos y sincréticos, incluso si algunas de sus lecturas eran laicas y modernas, sabía mantenerse cerca de una sensibilidad pretridentina y premoderna.¹¹

Sucedía quizá de otro modo en el Alto Perú, donde el clero descrito por Vargas parece haber manejado también el registro moderno que lo atraía mucho, ocasionando un cierto foso entre los discursos del clero partidario de la independencia y la religiosidad popular. Catequizado por su hermano, José Santos había aprendido que la causa de la independencia era justa según Dios y también según la naturaleza. La naturaleza –en el sentido en que la entendían los filósofos– no parece haber seducido mucho a los guerrilleros y la causalidad natural de la independencia no es invocada en el Diario sino cuando el autor dedica su obra al presidente de la República. Se esforzó, en esta ocasión, en parecer emancipado. Fuera de este contexto, la naturaleza no debía nada a los filósofos; ella se confundía con la condición humana pecadora, pero a la que la gracia podía rescatar. “Desnaturalizado” designaba, según Vargas, al condenado, al hombre excluido de la gracia.

En los valles, donde los guerrilleros temían al diablo, había sacerdotes que conocían muy bien algunas obras de Juan Jacobo Rousseau, al que trataban de dar a conocer mediante sus sermones. Así, Vargas cuenta la prédica del “Tata Rivarola”, al que presenta como un capellán independentista que le parecía elocuente.¹² El cronista, que defendía una visión del mundo más antigua que la de sus mentores, ignoraba probablemente que todo el sermón que cita no era más que una glosa de El Contrato Social: “Todo poder viene de Dios, lo confieso; pero toda enfermedad viene también de él. ¿Es decir que está prohibido recurrir a un médico?” (Libro I, cap. III).

El cura Oquendo Rivarola, originario de la cuenca de Cochabamba y que llegó a ser capellán de Rondeau después de haberlo sido del cabildo revolucionario de Cochabamba,¹³ adoptó de la manera siguiente la humorada de Rousseau al contexto de América andina:¹⁴

Nos han dicho, hijos, que todos los magistrados y superiores como son el papa en primer lugar, los emperadores y reyes, los arzobispos y obispos, los gobernadores intendentes y todos

11 En su libro, *Del paganismo a la santidad: la incorporación de los indios del Perú al catolicismo, 1532-1750* (Lima, IFEA-PUCE, 2003), Juan Carlos Estenssoro Fuchs analiza de una manera sutil y convincente la originalidad del cristianismo andino.

12 Es la única vez en que Vargas transcribe lo esencial de un sermón. Además es el único testimonio escrito que se posee de los talentos de predicador de Oquendo, con su discurso pronunciado con ocasión del juramento de obediencia a la junta de Buenos Aires (*Discurso pronunciado en el acta de jurar obediencia a la Junta de Buenos Aires* (C, 23-IX-1810) (mss., AGN/BA, Gobierno de Buenos Aires, 1810, v. 37, n° 41); en *Gaceta de Buenos Aires* (XI-1810) y en Viscarra (1910, pp. 46-52).

13 ANB, INP 1820, exp. s. f., denuncia de José Esquivel de Ayala.

14 JSV, p. 55.

los superiores y los que nos gobiernan son personas inviolables a quienes se les debe ciega obediencia porque todos éstos son puestos por Dios criador nuestro. Es mucha verdad lo que dicen. Desde la eternidad, son puestos para venerar, respetar y obedecer sus mandatos. También es mucha verdad que Dios nuestro criador en esta vida ha puesto toditas las enfermedades como son los gálicos de distintas clases y achaques, como el lúe confirmado, las hidropesías ídem, anasarca, los tabardillos, los costados, las bibas, el incordio, los parálises, las apoplejías, y tantas enfermedades que hay son también puestos por el ser supremo. Y por ser puestos por nuestro criador ¿dejamos de curarnos?¹⁵

La crítica religiosa que difundía el sermón de Oquendo no fue percibida por Vargas. La visión del mundo de los guerrilleros estaba bastante alejada de esta forma de humor. Concebían su universo trágicamente. El hombre vive solo, nace para sufrir y luego morir, traicionado por los suyos, sus compañeros de armas y sus mujeres. “El hombre nació para morir”.¹⁶ Los jefes sacian sus venganzas, el enemigo es implacable. Y el héroe muere desesperado o sobrevive sin recompensa. Si la sociedad del Alto Perú estaba formada por lazos que unen a los vivos con los muertos, el presente con el pasado y a los vivos entre ellos, ello no impedía que la experiencia humana fuese la de la soledad.

Todos los lazos de una sociedad de antiguo régimen aparecen en el Diario: la familia extendida, el parentesco simbólico (el compadrazgo), las dependencias múltiples, las clientelas, los lazos de vecindad, etcétera. Pero todo aquello apenas si se sostiene.

Los parientes se traicionan;¹⁷ la mujer vuelve a casarse, sin esperar, con el asesino de su esposo;¹⁸ el patrón entrega al doméstico;¹⁹ la querida engaña y traiciona al amante; el hijo aprueba la ejecución del padre;²⁰ el yerno mata al suegro;²¹ el cuñado traiciona al cuñado;²² el protegido entrega al benefactor;²³ el ahijado ejecuta a su padrino;²⁴ el amigo conspira contra la vida del amigo;²⁵ el valiente capitán es entregado por su mujer;²⁶ las madres empujan a sus hijos al asesinato.²⁷

15 *Ibid.*

16 JSV, p. 232.

17 *Id.*, p. 65 (un pariente de Lira denuncia sus tratativas con el virrey).

18 *Id.*, p. 165.

19 *Id.*, p. 236 (un religioso ayuda a hacer ejecutar a su doméstico).

20 *Id.*, p. 128 (a cambio de una medalla de Fernando VII, un hombre acepta la muerte de su madre); p. 245 (otro se pasa a los realistas, que han fusilado a su padre).

21 *Id.*, p. 287.

22 *Id.*, p. 341 (el comandante Lanza es traicionado por su cuñado, que ha tratado de envenenarlo por encargo de los realistas).

23 *Id.*, p. 132, p. 76 (el indio Cartagena mata a la mujer que lo alimenta).

24 *Id.*, p. 67 (el cacique Andrade es asesinado por su ahijado Montalvo).

25 *Id.*, p. 295 (Chinchilla muere víctima de las intrigas de su mejor amigo, Zárate, por orden de su compañero de prisión, Lanza).

26 *Id.*, pp. 68-69 (la mujer del capitán Terán entrega a su marido).

27 *Id.*, pp. 91-92 (la madre de Lira hace ejecutar a dos inocentes); p. 292 (Chinchilla da orden de matar a un hombre para complacer a su madre).

Y la traición está a la medida de la ingenuidad de la víctima o del afecto que profesa al judas. “El compadre Hilario Cusi, el que lo entregó, le abrió el pecho, le sacó el corazón y se lo comió, y era de su mayor confianza dicho Cusi, que lo apreciaba sobremanera [...]”²⁸

Sin embargo, hay que notar que el Diario describe dos grupos de combatientes, los guerrilleros y sus auxiliares indios, que no son tratados de la misma manera, ya que los primeros están mejor individualizados que los segundos: ¿habría que concluir que la soledad era consubstancial al guerrillero, y que no afectaría a los indios? Los auxiliares son designados bajo el nombre colectivo de “indiada”, la que, en los combates y la organización de la guerrilla, se manifiesta como un solo grupo, una misma voluntad. Sin embargo, jamás Vargas deja de subrayar las acciones individuales y los discursos de los indios, haciéndoles revivir en papeles múltiples: el valiente, el inocente, el bruto...²⁹ Uno de los héroes del Diario es Miguel Mamani, capitán indio de una valentía y astucia legendarias, al cual, por haber escapado tantas veces al peligro, se le creía brujo. Acabó por hacerse atrapar, borracho como una cuba y murió insultando al enemigo y profiriendo “mil ajos”³⁰ contra el rey.

Si bien aparece como un actor colectivo de la guerra, no obstante, la “indiada” también conoce la traición, tal como sucede con las individualistas tropas de los montoneros.³¹ Y como el de los guerrilleros, el destino de los indios se inscribe en una interpretación cristiana. Es con ocasión de la captura del comandante general de las tropas indias, Andrés Simón, que Vargas escribe su soberbia paráfrasis del drama de Judas³² (ver cap. 8, p. 208). Todos los habitantes de los valles, cualquiera que sea la categoría socioétnica a la que pertenecían, vivían un destino de cristianos.

“Nos hacen una guerra religiosa”

Desde sus orígenes, la guerra de independencia había adquirido una dimensión religiosa. Los realistas, que no hacían sino recordar los fundamentos de la monarquía española, vinculaban la causa del rey con la de Dios. Cada súbdito debía fidelidad a dos majestades (“ser mal vasallo, es ser mal cristiano”,³³ había manifestado el obispo Moscoso), mientras que los partidarios de la independencia sostenían que su causa era santa. Cada bando trataba de demostrar la impiedad del adversario y los relatos de las escaramuzas están salpicados de sermones.

28 *Id.*, p. 31.

29 *Id.*, pp. 119, 125 (el inocente), p. 141 (el héroe), p. 31 (el salvaje).

30 “Ajo” sustituye aquí a “carajo”.

31 JSV, p. 63 (Miguel Mamani, entregado por sus compañeros), p. 67.

32 *Id.*, pp. 132-133.

33 CDRTA, t. 2, p. 25, Pastoral del obispo Moscoso con ocasión de la conspiración de Farfán de los Godos, Cuzco, 6, V.1784.

*En vano el señor doctor don Marcos Guzmán, cura y vicario de la doctrina de Sacaca, predicó un sermón en Oruro el día 7 de diciembre de 1811 en la iglesia de la Merced cuando la habían jurado por patrona a Nuestra Señora de las Mercedes, donde los trata malamente a los porteños calumniándolos de mil cosas (por sólo haberse formado la junta provisoria en Buenos Aires en nombre del cautivo rey de España don Fernando VII), y a todo hombre que es adicto a la libertad americana, de herejes, alzados contra el monarca, contra la corona, contra la religión.*³⁴

Nuestra Señora de la Merced,³⁵ antes y después de la independencia, fue considerada como jefa de los ejércitos. En América como en España, la religiosidad guerrera había cambiado, Santiago había sido progresivamente desplazado por las figuras de la Virgen y de Santa Teresa, o de Santa Rosa de Lima.³⁶ El Diario de Vargas confirma que la protección de Nuestra Señora de la Merced representaba una entidad en disputa entre las tropas enemigas. En 1814, la revolución del Cuzco se había puesto bajo su protección y había inscrito su nombre en sus estandartes. En sus proclamas, el jefe de la expedición al Alto Perú, Ildefonso de las Muñecas, confundía en una sola a Nuestra Señora de las Mercedes con la Madre Patria,³⁷ mientras que el porteño Manuel Belgrano recomendaba a sus lugartenientes: “No olvidéis pedir la victoria al Todopoderoso mediante la intercesión de Nuestra Generala, Nuestra muy Santa Señora de la Merced. He puesto en sus manos el estandarte del ejército”.³⁸ La devoción de los soldados a las vírgenes andinas se mantendrá mucho después de la independencia, como atestiguan numerosos cuadritos de devoción privada, de factura arcaica.

34 JSV, p. 29. Los mismos epítetos (“licencios”, “herees”, “alzados contra la religión”), p. 30.

35 R. Vargas Ugarte S. J., *El culto de la Virgen en América*, Lima, 1955.

36 R. Mújica Pinilla, “El imaginario político en torno a Santa Rosa de Lima”, comunicación en el congreso Religión, Sociedad y República, Lima, Instituto Riva Agüero, 26 de agosto de 2006.

37 A. Costa de la Torre, *Ildefonso de las Muñecas y los mártires de la republiqueta de Larecaja*, La Paz, 1976, t. IV, *passim*.

38 M. Belgrano, *A los pueblos del Perú*, Buenos Aires, Imp. de los Niños Expósitos, 1814 (texto de una proclama lanzada en Tucumán, el 25 de febrero de 1814).

Figura 43
Anónimo. Virgen de Copacabana



A Devoción del comandante A. Dávalos, 1842. Óleo sobre latón. La Paz, Col. Museos Municipales.

Cuando José Santos empieza a escribir su Diario acababa en España la guerra de independencia, que, por muchos aspectos, se había asemejado a una guerra religiosa.³⁹ En la Metrópoli, los franceses habían sido tratados de impíos y de herejes, y Napoleón se confundía con satán, “el enemigo común”. El mismo vocabulario aparece en el Alto Perú, pero, esta vez, es la causa española la que representaba a “el enemigo común”.⁴⁰ El argentino Juan Martín de Pueyrredón empleaba asimismo esta palabra, con la misma intención.⁴¹

Los partidarios de la independencia no inventaban nada: la impiedad europea era un tema gastado, difundido por los primeros evangelizadores que habían querido preservar a los indios del mal ejemplo de los españoles. Esta idea era

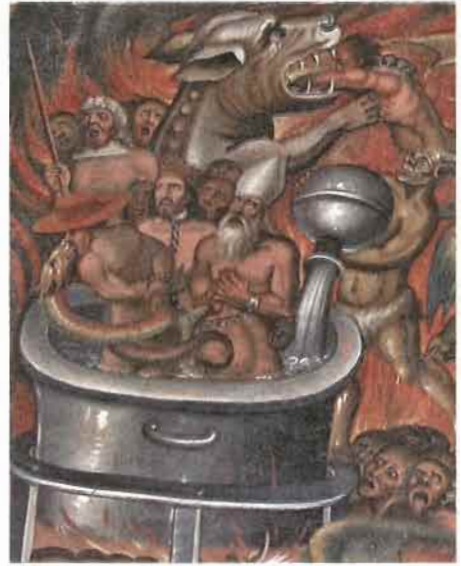
39 Es sobre todo la tesis de A. Martínez Albiach, *Religiosidad hispana y sociedad borbónica*, Burgos, 1969, *passim*.

40 JSV, p. 94.

41 CDIP, t. II, vol. 5, p. 42, *Proclama a los pueblos de los valles*, 17/X/1811.

aún viva en los Andes en el siglo XVIII. En la iglesia de Caquiaviri, cuya región mantenía relaciones con las comunidades de los valles, dos cuadros pintados en 1739 representan el juicio final y el infierno: un cacique indio va al cielo un caballo, un rey, un obispo y un cardenal españoles se hunden en la caldera del infierno.⁴²

Figura 44
Iglesia de Caquiaviri. El Juicio Final y el Infierno



Esta acusación de impiedad respondía como en un eco a las inquietudes de los quiteños, cuya revolución se asemejaba mucho a un último ataque de la fe. En una obra previa (1987) he mostrado en qué medida, tanto en sus declaraciones como a través de su correspondencia privada, los insurgentes de Quito ponían en duda la religiosidad y la ortodoxia de los españoles y el sentido que le daban a la fecha de su levantamiento, el día de San Lorenzo.⁴³

Con ocasión de una revuelta de la plebe en Oruro, el 6 de febrero de 1810, se percibe en Charcas un simbolismo comparable, pero con fines más prosaicos. En la ciudad natal de Vargas, la “cholada” tomó por asalto el fisco y se apoderó de las cajas que se preparaban a transportar a Lima⁴⁴ en la víspera de la fiesta de Nuestra Señora del Rosario, protectora de los cristianos contra los turcos, en Lepanto. En el Diario de Vargas, la palabra “sarracenos” designa a los realistas.⁴⁵

42 Teresa Gisbert, *Iconografía*, op. cit., p. 79. La presencia de blancos en la caldera del infierno no era frecuente; las reglas iconográficas occidentales imponen arrojar allí solamente las insignias del papado, de la mitra y del poder real (hago mía la interpretación de T. Gisbert).

43 M.-D. Demélas; Y. Saint-Geours, *Jerusalén y Babilonia. Religión y política en América del Sur; el caso del Ecuador, 1780-1880*, Quito, editora nacional, 1987.

44 JSV, p. 24.

45 El término “godo” no aparece en ninguna parte en el diario de Vargas.

El mismo epíteto era empleado en el círculo de José Angulo, en el Cuzco,⁴⁶ así como por los indios de Coata y de Pusi, en la provincia de Puno.

Los episodios en los que José Santos Vargas pone en escena la irreligiosidad de los españoles son numerosos: impiedad la de ejecutar a los condenados en Jueves Santo,⁴⁷ impiedad la de invocar la religión para conducirse mal.⁴⁸ Escarnio sacrílego el de negar confesor a los condenados a muerte para proponerles los servicios de un laico (un hacendado) que se encontraba allí.⁴⁹

Sacrilegio el apoderarse de los bienes de la Iglesia: los soldados han amenazado al cura de Cavari, ya con la cuerda al cuello, con colgarlo en la torre si no confesaba donde guardaba su peculio. Hallado éste, se apoderan de los vasos sagrados. “En seguida rompen la ventana del sagrario de la iglesia, por ay se entran a robar toda la plata labrada, vasos sagrados, hasta las crismas de los santos óleos robaron y se perdieron porque eran de plata”. Se marcharon llevándose, además, la corona de oro de la Virgen de Guadalupe.⁵⁰

Satanismo, en fin, el de desviar a la naturaleza de sus fines. Los realistas se felicitan por el desborde repentino del río que arrastra y ahoga a unos guerrilleros. “Vea el prudente lector que los soldados del rey católico se valían hasta de los elementos de Dios para proceder con rigor con los americanos”.⁵¹ El cronista que calificaba a ciertos partidarios del rey de “fantasmas desnaturalizados” o de “natural de no sé qué infierno”,⁵² los consideraba más salvajes que los gentiles. Los realistas han violado a las mujeres de los prisioneros, “un suceso tan horrendo y criminal que no se ha contado ni aun entre los paganos siquiera”.⁵³

Persuadidos de ser buenos católicos y ulcerados por las acusaciones de los realistas, la gente de los valles se vengó a menudo poniendo al servicio de su honor cristiano el recuerdo de los sacrificios indígenas. Es lo que muestra el triste fin del subdelegado de Ayopaya. Un día de 1812 subió al púlpito en la iglesia de Machaca “y empezó a hablar en contra de los porteños trantándolos de impíos, licencios, herejes, alzados contra la religión, contra el rey y otras cosas muy mal habladas a todos los patriotas adictos a la libertad de las Américas”.⁵⁴ Por la noche, toda la población (“así de cholada e indiada y toda clase de gentes”) se apoderó de él. Al salir del pueblo, la multitud lo obligó a atravesar el río de Ayopaya, luego le hizo trepar por la ribera opuesta, lo arrastró al cerro de Amutara y lo

46 A. Costa de la Torre, *op. cit.*, informe del regente Manuel Pardo, CDIP, t. III, vol. 6, pp. 618 y 621.

47 JSV, p. 353.

48 *Id.*, p. 249.

49 *Id.*, p. 73.

50 *Id.*, p. 259.

51 *Id.*, p. 117.

52 *Id.*, p. 154.

53 *Id.*, p. 249.

54 *Id.*, p. 29.

linchó “a palos, lanzazos y garrotes”, fórmula consagrada a la ejecución ritual. Ello sucedió en la noche del 29 al 30 de noviembre, fiesta de San Andrés. Las potencias que velan por los cultivos habían recibido su parte de sangre, en el lugar y en la fecha adecuados, y los realistas lo pensaron dos veces antes de tratar a los patriotas de malos cristianos...⁵⁵

Después de tres siglos de alianza, la causa del rey y la de la fe habían evolucionado hasta disociarse. El absolutismo de los Borbones había tomado la forma de un regalismo puntilloso que luchaba contra las formas populares de devoción; a ello se añadieron el descrédito de que fueron objeto Carlos IV y los mandatarios de Godoy en América, los conflictos entre la Iglesia americana y administradores ilustrados como Viedma y Cañete en el Alto Perú, y, en fin, la expulsión de los jesuitas, que no fue jamás comprendida ni aceptada por la población. Todo ello condujo a una distinción entre los intereses del rey de los intereses de la Iglesia. En la correspondencia de algunos clérigos, la crisis de la monarquía española apareció como una ocasión, para la iglesia, de ganar autonomía.⁵⁶

Es verdad que en estas lejanas provincias del Imperio, donde se hacía aún referencia a la teoría de los dos sables y se concebía siempre el poder temporal como algo sometido a lo espiritual, todo intento de separar ambos ámbitos en provecho del temporal se hacía sospechoso. En la segunda mitad del siglo XVIII, el cacique Agustín Siñani había hecho pintar, en la iglesia de Carabuco, un fresco que representaba al Emperador Enrique IV humillado ante el Papa, en Canosa.⁵⁷ El donante y su mujer se alineaban a los lados de Roma.

El universo religioso de la guerrilla

En cuanto a los soldados, participar en la guerra de independencia no los dispensaba de cumplir sus deberes religiosos, al contrario; los guerrilleros debían asistir a misa, orden de los jefes. Cuando la ocasión se presentaba, asistían también a los oficios de la noche. Sin embargo, volver al pueblo implicaba a veces el riesgo de hacerse capturar, o de ver que los hombres aprovechaban el pretexto de la fiesta para dispersarse y emborracharse.⁵⁸ Los capellanes de la guerrilla daban los sacramentos a todos los habitantes, y fue así, yendo a predicar la cuaresma a un pueblo, que Andrés Vargas fue capturado.

Las fiestas celebradas en la región de los valles que Vargas menciona correspondían a las devociones más populares en los Andes: además de Navidad y de la

55 En la topografía de los valles, las dos montañas que sirven de teatro una a los combates y al refugio –el cerro Chicote–, el otro a las ejecuciones rituales –el cerro de Amutara– están situadas en sitios opuestos. Cuando uno se halla, como Vargas, en Pucusco, mirando al Río Grande de Ayopaya, Chicote está a la derecha, Amutara a la izquierda.

56 BNL, archivos del obispo de Arequipa.

57 T. Gisbert, *op. cit.*, pp. 95-96.

58 JSV, p. 366.

Pascua, la fiesta de Santa Rosa de Lima, la de San Miguel, el Corpus Christi, la Natividad de la Virgen, las de San Bartolomé, Santiago, San Pedro, San Rafael, Santa Bárbara, la invención de la Santa Cruz y San Juan.

La mala muerte

Nada es peor que morir de muerte súbita, sin sacramentos. Es el más temido de los riesgos de la guerra. Un jefe reprende a los soldados que han ejecutado apresuradamente a un hombre: “Mal hecho que los haygan muerto sin confesión o ebrio”.⁵⁹ Un enemigo, mortalmente herido después de una caída a un barranco, pide ser acabado. El comandante Lira prefiere hacerlo transportar al pueblo para que le sean administrados los santos óleos. Exasperado por el sufrimiento, el moribundo protesta, lo cual determina un curioso diálogo entre el comandante, muy cristiano, y su enemigo que no quiere oír nada. “Lira [...] le dijo al soldado que tuviese paciencia hasta llegar al pueblo de Morochata siquiera, que allí había sacerdote, que se confesará. Se enojaba el soldado y le dijo al comandante Lira que si quería que muera confesado que por qué no andaba con capellán”.⁶⁰

Lira, arrestado, y que no espera salir con vida, implora: “¿Lo que les pido por favor es que no me maten sin confesión!”.⁶¹ Y unos meses más tarde sus asesinos citan como parte de sus méritos el hecho de haberle dejado tiempo para recibir los últimos sacramentos.⁶² Dar muerte a un hombre sin preparativos era la acción más horrible que se podía cometer en esos tiempos sin piedad “¿Es posible sin confesión asesinar?”.⁶³

La buena muerte, según los guerrilleros, era morir “por la Patria con honor en una plaza pública, bien confesado, bien auxiliado con todas las formalidades acostumbradas”.⁶⁴

Las protecciones de Mohosa

El pueblo de Mohosa –que fue el primer núcleo de la guerrilla, y que sirvió de base y de refugio a Lira y a sus cercanos compañeros, y que luego continuó dando qué hablar de él bajo la República—⁶⁵ se vanagloriaba de protecciones particulares: la de Santiago, al cual debía su nombre (Santiago de Mohosa), y la de la Virgen

59 *Id.*, p. 334.

60 *Id.*, pp. 174-175.

61 *Id.*, p. 192.

62 *Id.*, p. 207.

63 *Id.*, p. 211.

64 *Id.*, p. 195.

65 Sobre las intervenciones recurrentes de Mohosa en la vida política, leer M.-D. Demélas, “Civil wars in the 19th Century. The case of Bolivia”, R. Earle, ed., *Rumors of Wars*, ILAS, University of London, 2000, pp. 150-161.

de Icoya, por la cual Lira sentía una devoción particular. La investigación que he efectuado sobre ella no ha dado ningún resultado. Un solo documento alude a esta imagen;⁶⁶ hoy en día, en los valles nadie ha oído hablar de la Virgen de Icoya y la imagen reciente que domina el altar, flanqueada por dos ángeles de manos desmesuradas, es la de Guadalupe, que los pueblos de los valles veneran actualmente. No hay respuesta a la pregunta respecto a qué se parecía la imagen en homenaje a la cual Lira mandó celebrar una fiesta solemne el 18 de agosto de 1816, ni cómo conocer las circunstancias de su adopción como patrona por Mohosa. Sólo se puede afirmar que su culto fue allí de corta duración.

El culto de Santiago se hallaba más arraigado y podía atizar la violencia de los enfrentamientos entre los pueblos y el ejército real. En las primeras páginas del Diario, Vargas cuenta un episodio que se produjo poco antes de la celebración de Santiago. El coronel Imaz ha emprendido una campaña para purgar los valles de rebeldes y procedió contra dos indios de Mohosa, encargados de celebrar la fiesta patronal. A través de este episodio comienzan también a enfrentarse los poderes sobrenaturales que van a presidir la guerra en los valles.

También los habían pillado a dos indios Juan Páredes y Justo Marca. A los dos los fusilaron y los cuerpos los hizo colgar a una de las torres que hay tres.⁶⁷ Juan Páredes era alférez de la fiesta de Santiago, patrono de la doctrina. El párroco doctor don Tomás Zabalaga le había suplicado arrodillándose para Imaz a que no los fusilase, principalmente a Páredes, alegando que éste era alférez de la fiesta de Santiago patrón de las españas, siquiera por el santo lo indultase la vida en nombre del rey, que eran unos inocentes que ne se mezclaban con los insurgentes (que así decían a los patriotas). Le contestó Imaz al señor cura que por lo mismo debían de morir, que Páredes había declarado por su boca que era alférez y que esto era un milagro del santo. Si de estos milagros cuantan los españoles ¿qué nos quedaban a los americanos.⁶⁸

Este enigmático diálogo significaba que el oficial realista negaba a los indios el derecho de celebrar la fiesta de Santiago, que no pertenecía sino a los españoles. Este fue, según Vargas, el único motivo por el cual se dio muerte a los dos alféreces y sus cuerpos fueron colgados en el centro del pueblo. La represión realista, a través de su crueldad, hablaba el mismo lenguaje religioso que los rebeldes. La guerra no se libraba solamente por ideas, sino que movilizaba las protecciones sobrenaturales que ambos bandos estaban prestos a disputarse.

66 No figura en la obra de referencia de R. Vargas Ugarte (*Historia del culto de María en Iberoamérica y de sus imágenes y santuarios*, Lima, 1932), pero un documento del ANB alude a esta Virgen, en los años que siguieron la insurrección de Túpac Catari (SGI, exp. 254.)

67 En octubre de 2002 no había ninguna huella de un tercer campanario; los dos que aún se levantan, enmarcando la fachada, amenazan con desplomarse.

68 JSV, p. 53.

Un universo encantado

El universo de los guerrilleros no separaba la vida cotidiana y lo sagrado. En cualquier momento podía manifestarse el cielo, pues la Virgen y los santos, o más bien su imagen, intervenían en la vida de los hombres. Así, Santa Rosa interviene para salvar a un condenado:

El día 30 [de agosto] iba en procesión la patrona de América Santa Rosa: al pasar las calles paró en la puerta de la casa del general Lanza, que estaba en la plaza principal, y pidió gracia por la salud de Mendizábal y que lo indultase a su nombre, que no derramase sangre americana entre ellos; al momento, le fue concedida su interesada petición, quedo libre.⁶⁹

La imagen se pasea por las calles del pueblo e interpela al jefe de la guerrilla. Los portadores de la imagen y el intérprete del cura desaparecen: a través de ellos actúa la imagen que comanda la acción.⁷⁰ Vargas no escribe que el sacerdote pidió gracia en nombre de Santa Rosa, sino que Santa Rosa pidió gracia. Utiliza la misma fórmula cuando al final de su Diario precisa, en la entrada correspondiente a Mendizábal en el índice de oficiales: “por el mes de agosto el general Lanza quería fusilarlo en Cochabamba, y Santa Rosa por su día intercedió por este Mendizábal”.

Estas manifestaciones no estaban desprovistas de ambigüedad. Las procesiones y la salida de las imágenes fuera del templo eran vistas como un recurso a la intervención de las fuerzas sobrenaturales; ellas podían ser benéficas, como la súplica de Santa Rosa, pero, en otras ocasiones, las protestas de los fieles permiten pensar que se las creía también peligrosas. Los asistentes rogaban entonces que el señor cura tuviera a bien reponer a Nuestra Señora en su trono, a Nuestro Señor en la iglesia, y no apelar a su poder para sucesos que no interesan sino a los hombres.⁷¹ En cada ocasión, la negativa a realizar las procesiones era acompañada por precauciones extremas, como si se velase por no herir a los seres cuya ingerencia no se deseaba.

La protección del santo patrono era igualmente ambivalente y el Diario subraya, en varias ocasiones, que la fiesta de un hombre coincidía con acontecimientos funestos. La muerte ejemplar del comandante Eusebio Lira tuvo lugar en el día de San Eusebio. Don Matías Valdivia, con tres fugitivos de la guerrilla, desencadena una serie de accidentes que acarrearán la conversión de Lira y salvarán a la guerrilla; pero deberá pagar el precio: “Los días que caminaba, se

69 JSV, p. 414.

70 En muchos pueblos andinos, la estatua a la cual se profesa una devoción particular posee tierras que cultivan los sacerdotes o alféreces encargados de la fiesta patronal.

71 JSV, p. 31. Otro ejemplo en la p. 48 y en la p. 61.

había aproximado el de san Matías, propio nombre de Matías Valdivia”.⁷² Matías Valdivia murió pocos días después.⁷³

¿Por qué José Santos Vargas consideraba necesario mencionar esta cercanía de la fiesta y del destino? Quizá quería expresar que la vida de un cristiano se acababa cuando, a su término, encontraba al santo protector que le había sido dado el día de su nacimiento. Pero hay también que cotejar esta preocupación con otras anécdotas que inscriben, ellas también, las desgracias de la guerra en un calendario sagrado. Así, el cronista relata la muerte del hijo de un religioso masacrado atrocemente en el día de los Santos Inocentes y, al año siguiente, la muerte accidental de una niña en la misma noche. Esos seres no tenían nada que ver con el combate de los guerrilleros, pero la mención de su muerte inscribía la crónica en otra dimensión temporal. El Diario –forma misma del tiempo lineal– hacía coexistir un tiempo propio a la historia, en el que se desarrolla la guerra, y un tiempo sagrado, cíclico, el del calendario cristiano, en el cual estaba inscrito el destino de cada hombre. Mientras que se batía por dar un sentido a la historia, Vargas hacía vivir a sus personajes en el tiempo litúrgico.

Sincretismo andino

La evangelización de los Andes había integrado elementos indígenas, cuya huella ligera pero nítida se encuentra en el Diario. Sucede así con la “borrachera” ritual.⁷⁴ No hay fiesta sin juerga, ya que la embriaguez era proporcional a la importancia de la celebración. Con ocasión del 8 de septiembre, natividad de la Virgen,⁷⁵ el cronista menciona que muchos estaban ebrios “porque como digo era una fiesta solemne”.⁷⁶

En otras ocasiones, Vargas indica que las cabezas cortadas de los adversarios eran colocadas en las apachetas, esos montículos de piedra, levantados en los caminos, ante los que el caminante se detiene para dejar una pequeña ofrenda a los poderes que asisten al viajero. No sé qué sentido atribuir a esta práctica, pero ella no tiene por cierto nada que ver con las creencias cristianas. Asimismo, varias ejecuciones, generalmente efectuadas por los indios a los que la guerrilla confiaba la tarea de acabar con los prisioneros, se asemejan mucho a sacrificios humanos.

En suma, en la zona más india de América andina, estos rezagos indígenas parecen sino discretos al menos bien integrados en un marco que ya no era

72 *Id.*, p. 65.

73 *Id.*, p. 184 (un habitante de los valles es asesinado al día siguiente de su cumpleaños).

74 Thierry Saignes, “Borracheras andinas: ¿por qué los indios ebrios hablan en español?”, en *Revista Andina*, año 7, N° 1, Cusco, Centro Bartolomé de Las Casas, 1989, pp. 89-127.

75 Actualmente, en los valles es la fecha de la celebración de la Virgen de Guadalupe, principal devoción de la zona.

76 JSV, p. 366.

indígena. ¿Trataba el cronista de disimular toda una vertiente de su cultura bilingüe, difícilmente expresable en español, y que no encontraba lugar en una obra patriótica? Quizás. Es también muy posible que ciertos gestos, ciertas costumbres, fuesen consideradas tan naturales que no tenían que ser descritas, y que el Diario silencia prácticas que darían una coloración aún más indígena a esta guerra de los valles. Pero el tema de Vargas era más ambicioso que un cuadro de costumbres. Como los clérigos ilustrados del Cuzco, debían demostrar que la guerra de independencia se inscribía en los planes de la Providencia. Si las manifestaciones de esta acarreaban características paganas, él no se preocupaba al respecto, por lo mucho que le eran familiares.

La Providencia gobierna el mundo

Por ello Vargas insistía en recordar que el destino de cada hombre depende de Dios. “Lo que hay es resignación y conformidad con nuestra suerte, que así dispondrá el ser supremo”.⁷⁷ La intervención divina se manifestaba en los peligros⁷⁸ a través de la protección que dispensaba a algunos.⁷⁹ Pero en todo momento su justicia podía sorprender al juicio de los hombres. Dios señalaba con el dedo al inocente y al culpable, y a veces castigaba al traidor como Júpiter tonante.

Los indígenas de la patria han matado a un indígena realista a la puesta del sol, a la mañana siguiente no hay cadáver: “Ya nosotros lo hemos muerto. Si ha resucitado habrá sido porque Dios no querrá recogerlo todavía, tal vez será inocente”.⁸⁰ Pero contra el veredicto de la ordalía, la guerra impone su ley; encontrado, el fugitivo fue ejecutado sin piedad por segunda vez.

Un hombre acusado de traición niega y busca en sus bolsillos algo con qué probar su buena fe: tiende al comandante un certificado de buena conducta... firmado por un oficial realista. Entonces Lira exclama: “El Dios de los ejércitos vela la buena intención de los hombres, protege y libra de los peligros en que se hallan, mas a este hombre ha permitido que con sus manos se acuse. ¿De dónde sabíamos ni nadie de tal certificado? Y así es de Dios que este hombre lo pague...”.⁸¹ Condena a muerte al hombre que por sí mismo ha proporcionado la prueba de su duplicidad.

Los oficiales de la guerrilla Blas Games y Juan Bautista Ayllón han hecho ejecutar injustamente a dos hombres. Quedan impunes, pero poco tiempo después, en una crisis de celos, Ayllón hiere a su amante con un puñal en la pierna:

77 *Id.*, p. 210.

78 *Id.*, pp. 116, 261.

79 *Id.*, p. 341.

80 *Id.*, p. 156.

81 *Id.*, p. 182.

“La herida no había sido de mucha consideración en carne muerta pero en una hora expiró”.⁸² Ayllón fue condenado a muerte y llevado al sitio del suplicio, mientras se celebraba una misa por su víctima. Al pasar ante la muerta, el condenado dice entonces algo conmovedor que hace llorar a todo el mundo (los guerrilleros tienen el llanto fácil): “Ayer tu alma me llevó la delantera, ahora tu cuerpo me lleva también entrando en la iglesia. Pero y te ganaré en entrar bajo de tierra a la sepultura”.⁸³ En este caso,⁸⁴ la justicia divina parece retorcida: para castigar un primer crimen, se ha necesitado la muerte de una inocente, y todo sucede como si el castigo del criminal fuese una cita que la segunda víctima daría al culpable, sometiéndola con ella a la justicia divina.

El castigo del cómplice de Ayllón, Games, fue igualmente rápido. “El comandante don Blas Games si no fue su muerte el mismo día de la muerte de Ayllón al menos fue muy inmediato a este suceso de Ayllón, pues en Anjueluni comió humintas crudas, agarró un dolor cólico y murió desespchado sin auxilio ninguno ni espiritual ni temporal”.⁸⁵

Privado de los sacramentos, el culpable sufrió una muerte grotesca que es también la muerte de los animales. En el Diario hay caballos que mueren de cólico por haber comido trigo verde; en otras circunstancias, el traidor se ve reducido al estado de harapo o es fulminado por el rayo, muriendo sin asistencia espiritual.⁸⁶

Más allá del destino de algunos hombres, lo que José Santos Vargas describe es el lugar de la guerrilla en los designios de Dios a fin de ilustrar el hecho de que la independencia era una causa providencial. Cada uno de los tres jefes de la guerrilla conoció así un momento de peligro extremo de donde lo sacó la Providencia, pero es la suerte de la guerra lo que estaba en juego a través del destino del caudillo. En lo más intenso de la acción, interviene el cronista para explicar y marcar el destino, fruto de la intervención divina.

La conversión de Lira⁸⁷

A principios del año 1816, Lira, desmoralizado por las derrotas de la causa patriótica, emprende negociaciones para pasarse al rey y reclama al virrey el grado de coronel en el ejército regular. Esta exorbitante exigencia revela la manipulación que Vargas efectúa con el episodio para hacerlo edificante: Lira era un simple cabo antes de autopromoverse comandante de la guerrilla y jamás habría tenido acceso directo al virrey; si el relato de esta frustrada traición descansa sobre una base

82 *Id.*, p. 335.

83 *Id.*, p. 336.

84 Como en el episodio de la conversión de Lira. Ver *infra*, cap. 9.

85 *Id.*, pp. 336-337.

86 *Id.*, pp. 36-37.

87 El relato de este episodio corresponde a JSV, pp. 64-68.

real, sus detalles son inverosímiles. Vargas sale del marco de la crónica para contar un *artificium Dei* —cómo intervino la Providencia para salvar la causa patriótica amenazada por la pérdida de su jefe. La secuencia narrativa comienza de esta manera: “Hallándose ya en sus últimos períodos o agonías el sistema patriótico del interior de los Valles de Sicasica y Hayopaya, la divina providencia que vela sobre sus oprimidos permite se trasluzga por medio de un caso impensado el total trastorno que se iba a hacer a favor de la causa opresora”.⁸⁸

Tres oficiales de la guerrilla, dispersados después de una derrota, se encuentran entonces por azar en Pocusco y se enteran del volteretazo de su comandante. Apelan a un bluff, anunciando la llegada de un nuevo ejército de liberación al Alto Perú y redactan, en nombre del coronel French (comandante de las tropas argentinas), una declaración en que se convoca a los hombres y se pide castigar a los traidores. Queda por difundir la noticia.

“El poderoso Dios que destina aparece improvisamente un soldado del comandante Lanza (que se había segregado de su piquete en las cercanías de Potosí, llamado José María Aguilar, indio natural del curato de Coroico en los Yungas de La Paz) a proporción del deseo”.

El providencial enviado acepta su misión y, más aún, se ofrece en sacrificio —no se le pide tanto. “Revestido de un ardiente deseo de sacrificar su sangre por la Patria aceptó Aguilar cumplir exactamente, por medio de un juramento solemne...”. Parte “tomándose por la perfecta guía a Dios omnipotente y a María Santísima de las Mercedes en cuyo nombre y amparo se habían dictado [...]”.

Al regreso de una misión sin historia, se encuentra, “¡oh disposiciones divinas!”, con la madre del comandante Lira, a la que jamás ha visto, y le revela el complot tramado contra su hijo. Prevenido de inmediato, Lira manda capturar al mensajero y lo hace asesinar. “Lo agarran al infeliz de los cabellos, lo arrastran por el suelo, y luego a los filos agudos de unos topos (que usan las mujeres en este país a manera de prendedores) le someten hasta sacarle los ojos, y así muere mártir”. Sacrificada la víctima, el desenlace no tarda.

“Lira acto continuo mandó cortar la cabeza de Aguilar para demostrar que ya había empezado a operar al servicio de su magestad”. Envía este trofeo al subdelegado de Ayopaya, don Julián Oblitas, quien viene a negociar las condiciones del paso de Lira a la causa del rey. Pero Lira se ausenta y Oblitas, quien entonces conoce a la madama del comandante, la seduce y se la lleva con él. La causa del rey pierde entonces todo atractivo para Lira. “He aquí por dónde se disuelven los vínculos de la alianza de estos dos amigos [Lira y Oblitas] permitiendo Dios de este modo la conversión de un desleal a su Patria”. El episodio acaba con la persecución del seductor por Lira en la mañana del 21 de marzo.

88 JSV, p. 64. La “causa opresora”: es en el marco de una guerra justa que el episodio toma su sentido.

Oblitas, jinete en la bruma, se desmaya “por medio de unas nubes densas que hizo aquella mañana”.⁸⁹

Último detalle: la acción se desarrolla en los días anteriores y posteriores al carnaval para acabar en el día del equinoccio, cuando los diablos regresan a la tierra y termina un período para que otro comience. Durante todo el episodio los hombres parecen actuar bajo el efecto de fuerzas irreprimibles.⁹⁰

La complejidad de este episodio, cuyos detalles son presentados como otros tantos signos providenciales, revela la voluntad del cronista de atribuir a la guerrilla a través de la persona de su comandante, un estatus de elección. Pero la protección no venía sin compensación. Se había tenido que inmolar a dos hombres para que la guerrilla recuperase a su jefe. La causa patriótica no podía existir sin caudillo ni sacrificios.

La Providencia que, según Vargas, había dirigido todo el caso, debía gustar de la sangre. Había juntado a tres patriotas sinceros, les había inspirado para que escribiesen una proclama contra los traidores y, para difundirla, les había enviado al indio Aguilar, que ardía en deseos de sacrificarse por la patria. Lo había puesto delante de la madre de Lira, le había dejado encontrar una muerte atroz que santificaba su promesa de sacrificio; después, ella había impedido un encuentro entre Oblitas y Lira, al cual había alejado, para favorecer una noche de amor entre la madama y el subdelegado; luego había protegido a éste, que era su instrumento, de la furia de Lira tendiendo sobre él una capa de bruma. El mecanismo sacrificial que describe Vargas le era tan familiar que no le parecía absurdo que la Providencia, actuando en pro de la causa patriótica, exigiese la muerte de los patriotas Aguilar y Valdivia, respetando la vida del subdelegado realista. En suma, los patriotas, cuya causa era justa, debían sin embargo morir, mientras que los realistas, culpables de un combate injusto, sobrevivían.

La puesta a prueba de Chinchilla

A fines del año 1818, Chinchilla, quien había desaparecido en una operación que había terminado en una grave derrota, fue dado por muerto. La relación del virrey Pezuela confirma:

La muerte del principal caudillo Chinchilla, la de los dos hermanos Contreras, Andrés Loaisa, Antesana, Romero, Rodríguez, Gómez y otros, todos jefes y oficiales de las partidas de los insurgentes, mas, según se cree, la de Bustamante, antiguo perseguidor y salteador de los caminos de partidas sueltas y correos. Se les tomaron 85 prisioneros, dos cañones de

89 La protección del cielo se extiende a Oblitas, quien no ha sido sino un instrumento de su voluntad.

90 Para manifestarlo, Vargas emplea las expresiones “soltar las riendas del silencio” (JSV, pp. 64 y 68), “rompiendo el volcán de su pecho” (p. 65).

*bronce de a 4 con sus caruages y sus municiones, 77 fusiles, toda su cartuchería y efectos de vestuario que tenían almacenado, mil cabezas de ganado bacuno y 3000 de lanar perteneciente a dichos caudillos.*⁹¹

Chinchilla y tres compañeros habían sobrevivido al combate, pero se habían resbalado a un barranco y no lograban salir del mismo. Chinchilla, herido, no puede caminar. Se desespera:

Entonces clamando al Dios de los ejércitos, sollozando, entre los cuatro quieren matarse unos a otros mas no pueden. Entonces dice el comandante Chinchilla:

*—Vaya hermanos, compañeros y amigos, aquí no hay remedio: los cuatro salvamos o perecemos; Dios está con nosotros, Dios nos protegerá, el cielo es piadoso.*⁹²

Durante catorce días, “sin más auxilio humano nada más que la del cielo”, los cuatro guerrilleros viven sin abrigo y se alimentan con hierbas. A la mitad de esa dura prueba, Chinchilla ya no da más y —como Lira y bastantes otros personajes del Diario— se ofrece en sacrificio. No a la patria, sino a su propia madre —es verdad que ello sucedía un 8 de diciembre, fiesta de la Virgen:

*Ahora les pido un favor por última vez: aquí tenéis este puñal y cualquiera de vosotros que me amáis más cortarme el hilo de esta penosa vida, encargándoos en particular que muerto yo así cortéis mi cabeza sepultado mi cuerpo en aquel trecho [...] vayáis volando a lo de mi señora madre, le entreguéis mi abeza para que en vista de ella se acaben sus pesares, se detengan sus lágrimas, sus cuidados, sus angustias, sus cavilaciones y últimamente todos sus trabajos y que descansen diciendo: ‘Ya murió mi hijo, ya no lo veré más, se acabaron al fin sus trabajos’, y no tendrá más consuelo que decir ‘Mi querido hijo murió por la Patria, murió por amador a la causa de la libertad’.*⁹³

Sigue luego un sermón pronunciado por uno de los compañeros de Chinchilla, el jinete Bustamante:

*[...] el hombre es hecho por Dios para puros trabajos y penalidades. Entiendo yo estos trabajos, las desdichas, las desgracias, el abatimiento, la infelicidad, la cavilación, el deshonor y el desdén: todos los trabajos y calamidades que hay en el mundo pesan sobre el corazón del hombre. Así también Dios alivia de todas las adversidades y trabajos y salva de los más rigurosos peligros. [...] ¿Porqué desconfía usted en el cielo y en el autor del universo? No señor, no niegue la divina providencia [...].*⁹⁴

91 J. de la Pezuela, *op. cit.*, p. 636.

92 El episodio es relatado en JSV, pp. 261-269.

93 JSV, p. 263. Las relaciones que Chinchilla mantenía con su madre merecerían sin duda muchos comentarios. A menos que Vargas haya tratado de introducir el modelo de la matrona romana, capaz de sacrificar a sus hijos por la patria.

94 *Id.*, p. 356.

Notemos de paso que el hombre que pronuncia tan piadoso discurso es el jefe conocido de una tropa de bandoleros poco recomendables y que Vargas no tenía a Bustamante en mayor estima, a pesar de que admiraba su valentía. Una vez más se puede observar cómo el cronista distingue al individuo del agente de la Providencia. Gracias a la intervención de un indígena patriota, Chinchilla fue salvado a tiempo para reasumir la jefatura de la guerrilla, que ya comenzaba a disolverse. Vargas precisa que debía este relato a Chinchilla mismo.

La victoria de Lanza

El último episodio providencial se produce en 1822: la independencia está próxima, pero los realistas se hunden en un delirio asesino y el ejército del Perú independiente no ha llegado aún al Alto Perú. “Pero la divina providencia operó y defendió a los hijos de la Patria de los peligros en que estaban y demás trabajos y casos que pudieran suceder. Llamando al Dios de los ejércitos y clamando al cielo piadoso ordena Lanza la marcha [...]”.⁹⁵ Lanza se proponía partir al asalto de Irupana, bastión realista desde 1810.

Una vez llegada a los Yungas, la guerrilla debe librar una batalla con fuerzas inferiores a las de su adversario, con los fusiles en mal estado y con la pólvora mojada por una lluvia torrencial. Combatir en estas condiciones es marchar a la muerte. “El 25 de abril divisan el pueblo de Irupana, casi el sacrificio”.⁹⁶

Lanza dirige entonces una arenga a la tropa en términos que recuerdan cierto texto bíblico:⁹⁷

—*Muchachos: Este es día feliz por todos modos para nosotros: si Dios nos da valor par alcanzar la victoria somos felices; si al contrario por castigarnos salen los enemigos triunfantes somos felices cumpliendo con el deber a que nos hemos comprometido con el sagrado juramento de*

95 *Id.*, p. 318.

96 *Ibid.*

97 *Macabeos*, I, 4, 6-18. Los libros de los Macabeos han sido muy empleados durante la guerra tanto en América como en España, donde un decreto de las Cortes pedía al clero recurrir a ellos (Decreto del 1 de diciembre de 1810). Para combatir la propaganda napoleónica difundida por ciertos miembros del clero, se ordena a todos los sacerdotes y obispos de la monarquía “que anuncien a los pueblos que el amor a la Patria, de su libertad e independencia es una obligación de rigurosa justicia; manifiesten que la defensa de las leyes, del decoro y honor del estado es la acción más gloriosa, que recomiendan las sagradas letras; enseñen penetrados del espíritu de los Macabeos que se debe promover y sostener la santa causa que se ha emprendido, usando como aquellos heroes de palabras y discursos convenientes a vigorizar el ánimo de los jóvenes y acrecentar el valor característico de la Nación para la lucha y pelea; y por último, hagan presente que es indispensable sacrificarlo todo y guerrear hasta morir, porque peligran la Religion y la Patria, que esta es la voluntad de Dios, autor y Protector de las sociedades, y un precepto natural que repiten e inculcan nuestro códigos”. ACM, manuscritos, *Decretos expedidos por las cortes generales extraordinarias desde el día de su instalación el 24 de septiembre de 1810.*

*derrramr nuestra sangre por nuestra Patria y Libertad. [...] Victoriosos venciendo, victoriosos muriendo por tan sagrada causa.*⁹⁸

Después de un breve combate, “fue el triunfo completo en esta vez”.⁹⁹

El cronista tenía buenas razones para no apreciar la personalidad ni el comando de Lanza, al cual no deja nunca de criticar. Pero, en este relato, en el que Lanza no existe sino en cuanto jefe de la guerrilla en peligro, se halla protegido por Dios tanto como pudo serlo Lira.

En estos tres relatos, la providencia necesita, para manifestar su protección, que los actores acepten su sacrificio: el del indio Aguilar permite que vuelva el jefe a la guerrilla; los sufrimientos de Chinchilla y su sacrificio simbólico, a su madre más bien que a la Patria, vuelven a tener sentido después del sermón de su compañero y la aceptación de la suerte; en fin, la victoria no es concedida a las tropas de Lanza sino después de que su general ha aceptado en nombre de ellos morir por la guerra santa.

Recordemos que esta última narración es probablemente falsa, pues en el momento en que Vargas le atribuye la victoria de Irupana, Lanza firmaba en Yaco una tregua con un emisario del virrey (ver. cap. 5). La insistencia del cronista sobre la intervención de la Providencia se hace por ello más notoria.

La gracia y el sacrificio

Lira es un traidor, Lanza un cobarde, Chinchilla no es un buen estratega y, como Lira, a menudo mata por placer. Así se manifiesta su naturaleza humana. Como decía Mateo Alemán: “El primero que fue padre fue traidor, la primera madre mentirosa, el primer hijo ladrón y fratricida”.¹⁰⁰

No importa la indignidad de los hombres si la causa es santa. El hermano del cronista, el cura Andrés Vargas, le había enseñado que el partido que defendía era justo, el rey de España ilegítimo, y la guerra patriótica defendida por Dios.¹⁰¹ La independencia era providencial y el papel de los soldados de la independencia consistía en restablecer el orden deseado por Dios.

98 JSV, p. 318. La arenga de Lanza recuerda las convicciones de los cruzados sobre las que dice Joinville: “Uno de mis intendentes, natural de Doulevens, dice entonces: ‘Señor, no estoy de acuerdo con esta asamblea. Le pregunté qué deseaba y me dijo: ‘Propongo que nos hagamos matar; así iremos todos al paraíso’. Pero nosotros lo le creímos” (*Historiens et chroniqueurs du Moyen Age*, Bib. De la Pléiade, París, 1986, “Histoire de saint Louis”, p. 262).

99 JSV, p. 320.

100 Mateo Alemán, *Guzmán d’Alfarache*, la parte, liv. III, chap. I, p. 271 de la Bibl. de la Pléiade, *Romans picaresques*.

101 JSV, p. 9.

Pero si la causa era justa, tenía necesidad del sacrificio de los hombres para triunfar. Se necesita mucha sangre para regar el árbol de la libertad, surgiere José Santos Vargas. En el Diario hay dos formas de sacrificio, uno sangriento, el otro no. El primero es la muerte presentida, incluso deseada, el segundo es la supervivencia del combatiente pero sin recompensa, en una retirada sin honores ni fortuna. Fue la suerte de Vargas, desde el final de la guerra hasta su muerte.

En la mayoría de casos, el sacrificio es tácito, pero con seguridad la muerte elegirá a los mejores, que sean indios, mestizos o criollos. Algunos proclamaban su sacrificio; la muerte de don Pedro Zerda estaba anunciada así como la de Mateo Quispe.¹⁰² Se trataba, a veces, de un destino heredado, el hijo moría como había muerto el padre y legaba a sus hijos, si los tenía, un destino idéntico. Fue el caso de Lira, quien creó su propia tropa a fin de vengar a su padre; y el de José Domingo Gandarillas, cuyo padre fue uno de los primeros mártires de la patria y que confió a sus hijos el cuidado de continuar un combate familiar que conducía a la muerte.¹⁰³

En el caso del comandante Lira, héroe del Diario, la ofrenda fue solemne. El 9 de julio de 1816, para tranquilizar a sus oficiales que desconfiaban de él, organizó la ceremonia de su *devotio*. Más espectacular que el sacrificio consentido de numerosos hombres suyos, este ritual se inscribía, sin embargo, en el mismo marco. Los guerrilleros, que libraban una guerra interminable en nombre de una idea santa, creían que la sangre que derramaban libremente haría triunfar su causa.

102 *Id.*, p. 353 y p. 330.

103 *Id.*, p. 288.

Conclusión

Al cabo de este recorrido se han disipado no pocas oscuridades del Diario. José Santos Vargas se ha mostrado como un ser complejo y secreto, al que su herencia familiar inscribe en la agitada historia del Alto Perú y cuyo itinerario social revela la fluidez de los estatus en una sociedad aún tradicional. Vargas no era solamente un muchacho perdido que se convirtió en tambor mayor, era también un oficial, un hacendado, un indio originario, un hijo de notable, un hombre de partido, un escritor. Su obra es mucho más que una obra improvisada por un autodidacta, como él pretendía. Reúne los conocimientos sobre la guerra de dos provincias, traspone lo cotidiano en un registro épico, da al caudillo sus cartas de nobleza, enuncia una unidad facticia de las tropas de guerrilla, ancla la modernidad política en un substrato heroico y religioso. Vincula inextricablemente la historia y la literatura, y anuncia lo mejor de la producción intelectual de América Latina, que, al respecto, ha dicho mucho más y de manera más exacta sobre su historia a través de sus ficciones que a través de sus manuales.

José Santos Vargas se había alistado para ser el cronista de acciones excepcionales, y la transfiguración que trataba de introducir en su relato no ha desnaturalizado los acontecimientos de los que ha sido actor y narrador. Las fuerzas a las que ha pertenecido han escrito verdaderamente páginas esenciales de la liberación y del nacimiento de la República de Bolivia. Limitada a las fronteras de su territorio durante la mayor parte de la guerra, la guerrilla de Sicasica y de Ayopaya aparece a comienzos del año 1825 como la única fuerza autóctona capaz de reivindicar su parte de la victoria y la actuación de su último comandante, el general José Miguel Lanza, muestra ser particularmente sensata. En cuanto se supo con certeza la victoria de Ayacucho, conduce a sus hombres a marchas forzadas hacia La Paz, mientras es perseguido por las fuerzas de Olañeta, con

las que no quiere combatir. Su objetivo es ser el primero en llegar a la ciudad antes que los colombianos. Llega a tiempo, después de haber esquivado a las últimas tropas realistas, para recibir a Sucre. Aprovechando las incertidumbres de este último, que no sabe qué hacer con la Audiencia de Charcas, Lanza se nombra a sí mismo Presidente del departamento, comandante de La Paz, y se hace elegir representante a la Asamblea Constituyente. Por intermedio suyo, los guerrilleros, cuya formación heterogénea hemos seguido, y cuyo origen indígena o mestiza se conoce, así como su escaso haber y falta de cultura, se encuentran representados en el Congreso que funda el nuevo Estado. Es un punto que no se ha subrayado lo suficiente y que explica la insistencia de muchos parlamentarios (entre ellos Casimiro Olañeta) en recordar el componente indígena del país. No se hallará en ninguno de los países vecinos, pese a todo igualmente indígenas, expresiones tales como las de ciertos diputados de la Constituyente que ponen en guardia a los miembros de la Cámara contra decisiones que no asociarían a la nueva República a todos los componentes de la nación.¹

Incluso si Vargas abriga, con razón, una cierta amargura contra el poco reconocimiento que se le ha expresado, hay que insistir en el hecho de que la República boliviana ha tratado mucho mejor a sus tropas de guerrilla que los demás Estados de Sudamérica. Ni Argentina, cuyos gauchos habían vigilado la frontera mientras que los porteños se disputaban el poder en Buenos Aires; ni Perú, cuyos guerrilleros de la sierra central y de los alrededores de Lima habían secundado exitosamente al ejército de San Martín; ni Chile, cuyos oficiales guerrilleros habían librado una guerra sucia contra los guerrilleros realistas del sur y sus aliados indios, han concedido a sus soldados irregulares el derecho a muestras de reconocimiento patriótico. En 1825, el núcleo de 17 hombres que rodeaban a Eusebio Lira a fines de 1814 se ha convertido en el Batallón de los Aguerridos, con 459 soldados y 36 oficiales,² que goza de prestigio y a cuyos oficiales se les reconoce el derecho a una pensión y su integración en el ejército regular con promoción y sueldo completo.³ Se tiene ahí, pues, un tratamiento excepcional a escala del subcontinente.

Acabada la guerra, el cronista regresó a casa y no volvió al servicio sino cuando se produjo en 1828 la invasión de los valles por los partidarios del general peruano Gamarra, algunos de los cuales habían formado parte de la guerrilla. No he tratado en este libro de esta extensión del Diario, a la cual Vargas consagra, sin embargo, un relato de 12 folios. Se inscribe en una nueva coyuntura internacional, la de las hesitaciones geoestratégicas de los Andes, durante las

1 Diario de la Asamblea de 1825, citado en M.-D. Demélas, "Les indigénismes, contours et détours", en *L'indianité au Pérou: mythe et réalité*, Toulouse, éditions du CNRS, 1983, pp. 8-47.

2 ALP, CTP, 1825, libro 1, exp. N° 2, N° 12 y N° 15.

3 Archivo del Congreso, La Paz, Fondo Senado, Montepíos de ex combatientes.

cuales tanto Gamarra como Santa Cruz tratan de cuestionar el equilibrio de las fronteras establecido por el *Uti possidetis* de 1810.⁴ Vargas aparece allí como defensor del orden y del *statu quo* en un contexto incierto, y, a veces, parece ser el único en no cuestionar lo que es la República boliviana.

En un relato que ha construido hacia un final feliz, la guerra concluye bruscamente en 1825 –“¡Ah rato de gloria, ah pasmo, ah noticia tan impensada!”⁵ Los guerreros han retornado a casa y la ciudad de Oruro ha presenciado al desfile de la victoria. El resto ya no interesaba al cronista. Pero las tensiones no desaparecieron de golpe y la batalla de Ayacucho no había apaciguado en nada los odios acumulados durante la guerra. El Diario de Vargas no dice nada de un proceso que interesa mucho al mundo contemporáneo, que tiene presentes las experiencias recientes de América Central, de África del Sur y de Rwanda: ¿cómo vivir juntos después de las masacres y de una guerra civil? Alcides D’Orbigny, quien visitó los valles cinco años después del fin de la guerra, señala que ese pasado reciente aún vivía y que por eso, muy consciente de las tensiones aún actuantes, había tenido mucho cuidado en no hablar de política a sus huéspedes. Un análisis de los disturbios del año 1828, contados por Vargas, debería, pues, replantear el problema en los registros geoestratégicos y locales, evocar tanto la formación de los nuevos Estados como los ajustes de cuentas entre los habitantes de los valles. Pero esta es otra historia, diferente de la de la guerrilla, a la cual debemos regresar.

La guerra de guerrilla, que se había inventado después del abandono a su suerte por parte de los auxiliares de Buenos Aires, ha erigido duraderamente estructuras y funciones llamadas a un hermoso porvenir. Su influencia fue muy grande en el ámbito político como en el registro militar, pues, esta nueva forma de guerra tuvo éxito en imponer la idea de que era el pueblo en armas, mientras que el pueblo de los nuevos Estados quedaba por inventar, y ha dado un nuevo sentido a una forma de guerra civil. Llegó así a la transmutación de tropas desacreditadas en ejército *new model*, a la afirmación de la dominación carismática del caudillo, a la transformación del guerrillero, hombre del terruño y desclasado, en modelo del hombre nuevo, adornado de las más altas virtudes: desinterés, devoción, sacrificio al servicio de una causa, heroísmo y valentía. Afirma la superioridad del ideal político sobre la ciencia militar y estratégica. Si se pierde la guerra en el terreno frente a un ejército regular poderoso, entrenado y bien comandado (lo cual no era el caso, necesariamente, de los ejércitos realistas), ella puede ser ganada en la opinión, nueva instancia de legitimidad,

4 Recordemos que esta regla de derecho internacional creada por el universo hispánico al final del imperio español y que consiste en no objetar las fronteras administrativas heredadas del período colonial, se halla siempre vigente, y que ha sido aplicado en los procesos de descolonización en Asia y en África, así como en los estados surgidos de la ex Yugoslavia.

5 JSV, p. 382.

y tanto más fácilmente que la guerra, para parecer justa, no tiene ya necesidad de responder a los criterios rigurosos establecidos por los teólogos:⁶ basta con que simule la causa de un pueblo que se levanta en pro de su libertad, cuyos representantes más reconocidos, los guerrilleros y sus jefes, se afirmen prestos al sacrificio de su vida.

Esta transformación pesará menos en la continuación de la historia de Bolivia que en el resto del mundo donde la guerrilla se ha impuesto como un simulacro –costoso, pero eficaz– de respuesta a una exigencia de participación política por parte del campesinado y de los abandonados a su suerte por la modernidad. En la época en que vivió José Santos Vargas la aventura de la guerrilla de Ayopaya y de Sicasica ha manifestado el repliegue durable de la vida política y social sobre las fuerzas locales y la patria chica. Ha enunciado la indispensable participación de las comunidades indígenas en la toma de decisiones, al mismo tiempo que ofrecía a algunos de sus miembros la posibilidad de conocer otro destino que el de la comunidad. Pero se reveló incapaz de aportar otra respuesta que el recurso a la fuerza de un caudillo. Su adhesión a una cultura cristiana fuertemente teñida de fatalismo y de exigencia de sacrificio conducía a no levantar una barrera eficaz contra el recurso a la violencia, y dotaba a estos jefes militares de un nuevo tipo un prestigio y una autoridad que se derivaban de su aceptación del sacrificio.

Semejantes bases han permitido la excepcional resistencia de los valles, pero no podían por sí solas fundar el porvenir del país. Más adelante, no hubo gobierno lo suficientemente fuerte y perspicaz para dar a esos guerreros el tributo de reconocimiento y de honor que les correspondía, rechazando al mismo tiempo las prácticas que habían introducido y que obstaculizaban el desarrollo democrático del país. En la segunda mitad del siglo XX, las premisas de las guerrillas de los años 1810 continuaban intactas, prontas a servir a nuevos designios.

6 Las tres condiciones fundamentales de la guerra justa, desde Santo Tomás de Aquino, son la legitimidad del príncipe que la declara, la justicia de la causa, la rectitud de las intenciones.

Fuentes y bibliografía

Fuentes manuscritas

En Europa

Archivo de las Cortes, *Documentación electoral, Decretos*, Madrid.

Archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores, *Embajada en Madrid, Serie A y B. Consulado y agencia diplomática en Chuquisaca-Sucre*, París.

Archivo General de Indias, *Charcas, Cuzco, Arequipa, Buenos Aires, Fondo Abascal, Estado*, Sevilla.

Archivo General de Simancas, *Secretaría de guerra*.

Archivo General Militar de Madrid, *sección de ultramar (Argentina y Perú)*.

Archivo Histórico Nacional, *Fondos Estado et Consejos*, Madrid.

Archivo Nacional de Francia, *Série F, Guerre d'Espagne*, París.

British Library, *Egerton MSS (copias del archivo de la familia Braun-Arduz)*.

En América Latina

Archivo del Banco Central del Ecuador, *Fondo Fijón y Caamaño, Archivo de Ignacio Flores y serie manuscritos (revolución de Quito, 1809-1812)*.

Archivo del Congreso de Bolivia, *Fondo Senado, Montepíos de ex combatientes*, La Paz.

Archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores del Perú, *1786-1792, Revisita del partido de Yungas de Chulumani de la provincia de La Paz. 1786 - 1794, Revisita y empadronamiento del partido de Sicasica de la provincia de La Paz*.

Archivo General de la Nación Argentina, *Mapoteca, Sala IX*, Buenos Aires.

Archivo General de la Nación, *Fondo Ministerio de Guerra*, Santiago de Chile.

Archivo Histórico de La Paz, *Expedientes coloniales, Prefectura, Proceso de Mohosa*.

Archivo Municipal de Cochabamba, *Expedientes coloniales, vol. 253 a 307. Expedientes republicanos, vol. 8 a 72*.

Archivo Nacional de Bolivia, *Expedientes coloniales y suplemento; fondo independencia; Diarios de José Santos Vargas*, Sucre.

Archivo y Biblioteca de la Universidad Mayor San Andrés de La Paz, fondo Rosendo Gutiérrez, N° 271.

N.B.: Empecé a revisar ciertos fondos desde los años de 1980 y he conservado la forma antigua de las asignaturas.

Fuentes publicadas

Aguilar, J. G.; J. M. Ubalde, et al., *El conato revolucionario de 1805: el expediente referente al proceso seguido a Aguilar, Ubalde y otros*, La Paz, Casa Municipal de la Cultura Franz Tamayo, 1976.

Álvarez de Arenales, José, *Memoria histórica de las operaciones militares del general Arenales en el Perú el año de 1821*, Buenos Aires, 1832.

Álvarez de Arenales, Juan Antonio, *Memoria histórica sobre las operaciones e incidencias de la División Libertadora a las órdenes del Gen. Juan Antonio Álvarez de Arenales en su 2° campaña a la Sierra del Perú*, Buenos Aires, Ediciones de la Imprenta de la Gaceta Mercantil, 1832.

Angelis, Pedro de, *Documentos de la Historia antigua y moderna de las provincias del Río de la Plata*, Buenos Aires, 1836.

Anónimo, *Manifestación histórica y política de la revolución de América y especialmente del Perú, escrita en Lima*, Buenos Aires, 1818.

Ballivián y Rojas, Vicente, *Archivo boliviano: colección de documentos relativos a la historia de Bolivia durante la época colonial*, La Paz, Casa Municipal de la Cultura Franz Tamayo, 1977.

Ballivián y Rojas, Vicente, *Tadeo Henke, escritos, precedidos de algunos apuntes para su biografía y acompañados de varios documentos ilustrativos*, La Paz, Impr. y litografía de "El Nacional", 1898.

Brandsen, F., *Escritos del coronel don Federico de Brandsen*, Buenos Aires, Compañía Sud-Americana de Billetes de Banco, 1910.

Braun, O. P.; J. M. Barnadas, et al., *El mariscal Braun a través de su epistolario: antología*, Cochabamba, La Paz, Los Amigos del Libro, 1998.

Bueno, Cosme, *Descripción de todas las provincias del Perú bajo y alto, de las de Chile Paraguay y república Argentina*, Lima, 1773.

Calvo, Carlos, *Anales históricos de la revolución de América desde 1808*, París, 1864 y 1867.

Cañete y Domínguez, P. V., *Carta consultiva sobre la obligación que tienen los eclesiásticos de denunciar á los traidores [...]*, Lima, Impr. de los Huérfanos, 1812.

Cañete y Domínguez, P. V., *Guía histórica, geográfica, física, política, civil y legal del Gobierno e Intendencia de la Provincia de Potosí*, Potosí, Editorial Potosí, 1952.

Colección de tratados convenciones, etc., correspondientes a la América Latina, desde 1493, París, 1862.

Colección documental de la independencia del Perú, Lima, Comisión Nacional del Sesquicentenario de la Independencia del Perú, 1971-1977, 17 vol.

Colección documental del bicentenario de la revolución emancipadora de Túpac Amaru, Lima, Ministerio de Educación y Cultura, 1980, 2 vol.

- Concordia, Marqués de la, *Memoria de su gobierno, 1816*, Lima, imp. del Estado, 1864.
- Diez de Medina, Francisco Tadeo, *Diario del alzamiento de indios conjurados contra la ciudad de Nuestra Señora de La Paz, 1781*, M. E. del Valle de Siles (ed.), La Paz, 1981.
- Figueroa, Justo, *Refutación a un libro anónimo impreso en Buenos Aires en 1818*, Lima, 1820.
- Funes, Gregorio, *Ensayo de la historia civil de la República Argentina*, comprende el Alto Perú y las revoluciones del Cusco, Buenos Aires, 1816.
- García Camba, Andrés, *Memorias para la historia de las armas españolas en el Perú*, Madrid, 1846.
- Haenke, Tadeo, *Historia de Cochabamba*, 1799.
- Helms, Antonio Zacarías, *Viaje a la América meridional, principia por Buenos Aires y Potosí hasta Lima*, traducido del inglés, París, 1812.
- Hernández y Dávalos, Juan E., *Historia de la guerra de independencia de México*, México, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 1985, 6 vols.
- Levene, Ricardo, *Documentos del Congreso de Tucumán*, La Plata, Taller de Impresiones Oficiales, 1947.
- Mendizábal, Francisco Xavier, *Guerra de la América del Sur, 1809-1824*, Buenos Aires, Academia Nacional de Historia, 1997.
- Mendoza, Gunnar, "Una crónica desconocida en la guerra de la independencia altope-ruana. El Diario del tambor mayor Vargas", en *Revista de la Universidad San Francisco Xavier*, t. XVI, N° 37-38, Sucre, 1951, pp. 199-301.
- Miller, John, *Memoirs of General Miller, in the Service of the Republic of Peru*, Londres, Longman, Rees, Orme, Brown, and Green, 1829.
- Mitre, Bartolomé, *Historia del general Belgrano*, Buenos Aires, 1859.
- Muñoz Cabrera, Juan Ramón, *La guerra de los quince años en el Alto Perú*, Santiago de Chile, 1867.
- O'Connor, Francisco B., *Independencia americana. Recuerdos de Francisco Burdett O'Connor*, La Paz, González y Medina, 1915.
- Odrizola, Manuel, *Documentos históricos del Perú*, Lima, imp. del Estado, 1872 y 1873.
- Paz Soldán, Mariano Felipe, *Historia del Perú independiente*, Lima, 1862.
- Pazos Kanki, Vicente, *Memorias histórico-políticas*, Londres, 1834.
- Pentland, *Informe sobre Bolivia [1826]*, Potosí, 1975.
- Pereyra Plasencia, H., *La campaña libertadora de Junín y Ayacucho*, Lima, [Comisión Nacional del Sesquicentenario de la Independencia del Perú], 1975.
- Pezuela, Joaquín de la, *Memorias de gobierno*, Séville, Escuela de estudios hispano-americanos, 1947.
- Priego López, *Guerra de la Independencia, 1808-1814*, Madrid, Servicio histórico militar, 1972, 7 vol.
- Pruvonena, P., *Memorias y documentos para la historia de la independencia del Perú*, París, 1858.
- Rück, Ernesto O., *Biblioteca de Ernesto O. Rück*, Sucre, 1865.
- San Juan, Felipe de, *Instrucción de guerrilla, aumentada por el teniente coronel D. Alfonso Balderrabano, sargento mayor del regimiento de infantería ligera [...]*, 3ª ed., Santiago de Chile, imp. nac., 1823.

- Sánchez de Velasco, Miguel, *Memoria para la historia de Bolivia, desde el año 1808 a 1848*, Sucre, Editorial Charcas, 1938.
- Serna, el virrey don José de la, *Manifiesto contra el general español Olañeta*, Cusco, 1824.
- Sttevenson, William, *Historia de veinte años de residencia en el Perú y Chile*, Londres, 1825.
- Temple, Ella Dumbar, *La acción patriótica del pueblo en la emancipación. Guerrillas y montoneras*, Lima, Comisión Nacional del Sesquicentenario de la Independencia del Perú, 1971.
- Temple, Ella Dumbar, *Conspiraciones y rebeliones en el siglo XIX: la revolución de Huánuco, Panatahuas y Huamalíes de 1812*, Lima, Comisión Nacional del Sesquicentenario de la Independencia del Perú, 1971.
- Torata, F. V., *Documentos para la historia de la guerra separatista del Perú*, Madrid, Impr. de la viuda de M. Minuesa de los Ríos, 1894.
- Toreno, Conde de, *Historia del levantamiento, guerra y revolución de España*, BAE, t. 64, 1953.
- Torrente, Mariano, *Historia de la revolución Hispanoamericana*, Madrid, 3 vol., 1829.
- Un Aldeano, *Bosquejo del estado en que se halla la riqueza nacional de Bolivia con sus resultados, presentado al examen de la Nación por un Aldeano hijo de ella. Año de 1830*, Ana María Lema coord., Barragán, Huber, Jiménez, Lema, Medinaceli, Qayum, Soux, La Paz, Plural-UMSA, 1994.
- Urcullo, Manuel María, *Apuntes para la Historia de la Revolución del Alto Perú*, Sucre, 1855.
- Valle de Siles, María Eugenia del, *Testimonios del cerco de La Paz*, La Paz, Don Bosco, 1980.
- Vargas, José Santos, *Diario de un comandante de la guerra de la independencia americana, 1814-1825*, transcripción, introducción e índices de G. Mendoza, México, Siglo XXI, 1982.
- Velasco Flor, Samuel, *Foro boliviano. Matrícula estadística de abogados (3 junio 1753 - 28 diciembre 1876)*, Sucre, imp. Pedro España, 1877.

Estudios

Artículos

- Almuiña, Celso, "Formas de resistencia frente a los franceses. El concepto de guerra total", en *Repercusiones de la Revolución Francesa en España [Actas del Congreso Internacional celebrado en Madrid, 1989]*, Madrid, Universidad Complutense, 1990, pp. 453-471.
- Álvarez Junco, José, "La invención de la Guerra de la Independencia", en *Studia Historica. Historia Contemporánea*, vol. XII (1994), pp. 75-99.
- Artola, Miguel, "La guerra de guerrillas", en *Revista de Occidente*, 10 [enero, 1964], pp. 12-43.
- Aymes, Jean René, "La guérilla dans la lutte espagnole pour l'indépendance [1808-1814]: amorce d'une théorie et avatars d'une pratique", en *Bulletin Hispanique*, vol. LXXVIII [1976], pp. 325-349.
- Brunck, Samuel, "'The Sad Situation of Civilians and Soldiers': The Banditry of Zapatismo in the Mexican Revolution", en *American Historical Review*, abril de 1996.

- Cajías, Fernando, “Los objetivos de la revolución indígena de 1781: el caso de Oruro”, en *Revista Andina*, Cusco, 1983.
- Choque Canqui, Roberto, “Los caciques aymaras y el comercio en el Alto Perú”, en Harris, Olivia *et al.* (Comp.), *La participación indígena en los mercados surandinos. Estrategias y reproducción social. Siglos XVI a XX*, La Paz, CERES, 1987, pp. 357-377.
- Choque Canqui, Roberto, “Pedro Chipana: cacique comerciante de Calamarca”, en *Avances*, La Paz, 1978, N° 1, pp. 28-32.
- Choque Canqui, Roberto, “Las haciendas de los caciques ‘Guarachi’ en el Alto Perú”, en *América Indígena*, vol. XXXIX, N° 4, México, 1979, pp. 733-748.
- Dandler, Jorge, “Diversificación, procesos de trabajo y movilidad espacial en los valles y serranías de Cochabamba”, en Harris, Olivia *et al.* (Comp.), *La participación indígena en los mercados surandinos. Estrategias y reproducción social. Siglos XVI a XX*, La Paz, CERES, 1987, pp. 639-682.
- Demélas, Marie-Danielle, “Le journal de José Santos Vargas (1814-1825). 2: Deux manuscrits”, en *Bulletin de l’Institut français d’études andines*, Lima, 1997, N° 26 (2), pp. 247-268.
- Demélas, Marie-Danielle, “Les deux journaux de José Santos Vargas (1814-1825). I: Problèmes d’édition”, en *Bulletin de l’Institut français d’études andines*, Lima, 1995, n°24 (1), pp. 107-126.
- Demélas, Marie-Danielle, *La invención política. Bolivia, Ecuador, Perú, siglo XIX*, Lima, IFEA-IEP, 2003.
- Demélas, Marie-Danielle, “Civil wars in the 19th century. The case of Bolivia”, en R. Earle ed., *Rumors of Wars*, ILAS-University of London, 2000, pp. 150-161.
- Demélas, Marie-Danielle, “Darwinismo a la criolla: el darwinismo social en Bolivia, 1870-1910”, en *Historia boliviana*, Cochabamba, 1981, I/I, pp. 52-82.
- Demélas, Marie-Danielle, “Sobre jefes legítimos y vagos. Insurrecciones indígenas y guerra civil en Bolivia”, en *Historia y cultura*, La Paz, N° 7, octubre de 1985, pp. 51-73.
- Dunkerley, James, “Reevaluación del caudillismo en Bolivia”, en *Historia boliviana*, Cochabamba, 1984, I/2.
- Esdaille, Charles, “‘Heroes or villains’ revisited: fresh thoughts on la guerrilla”, en *II Seminario Internacional sobre la Guerra de la Independencia* [Madrid, 1994], Madrid, Ministerio de Defensa, 1996, pp. 191-210.
- Esdaille, Charles, “War and politics in Spain, 1808-1814”, en *Historical Journal*, 31, 1988, pp. 295-317.
- Felstiner, M., “Family Metaphors: the Language of an Independence Revolution”, en *Comparative Studies in Society and History*, 25 (1983), pp. 154-179.
- Gisbert, Teresa, “Pachacamac y los dioses del Collao”, en *Reunión anual de etnología*, 1990, La Paz, pp. 13-30.
- Gisbert, Teresa, *El cielo y el infierno en el mundo virreinal del sur andino* [s.l., s.n.], 2004.
- Harris, Olivia, “El tiempo y la religiosidad aymara: Dios y el Inka”, en *Reunión anual de etnología*, 1990, La Paz, pp. 31-48.
- Harris, Olivia, “The Earth and the State: The Sources and Meanings of Money in Northern Potosí, Bolivia”, en *Money and the Morality of Exchange*, J. Parry; M. Bloch (eds.), Cambridge, Cambridge University Press, 1989, pp. 232-268.

- Horta, Nicolás, "Legislación guerrillera en la España invadida (1808-1814)", en *Revue Internationale d'Histoire Militaire*, N° 56, 1984, pp. 157-194.
- Martínez, G., "Los dioses de los cerros", en *Journal de la Société des Américanistes*, LXIX, 1983, pp. 85-115.
- Mazzeo de Vivó, Cristina Ana, "El comercio internacional en la crisis de la independencia de América", en *Los comerciantes limeños a fines del siglo XVIII. Capacidad y cohesión de una élite, 1750-1825*, Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú, 1999.
- Menéndez Pidal de Navascues, Felipe, "Los emblemas heráldicos de España", en *Revista de Historia Militar*, 1986, N° 60, pp. 210-226.
- Mújica Pinilla, Ramón, "El imaginario político en torno a Santa Rosa de Lima", comunicación en el Congreso Religión, Sociedad y República, Lima, Instituto Riva Agüero, 26 de agosto de 2006.
- Nicholas, Ralph W., "Factions: a Comparative Analysis", ASA Monographs num. 2, *Political Systems and the Distribution of Power*, Londres, 1969.
- Platt, Tristan, "Pensamiento político aymara", en Albó, X. (ed.), *Raíces de América: el mundo aymara*, París-Madrid, Alianza Editorial, 1988.
- Platt, Tristan, "The Andean Experience of Bolivian Liberalism, 1825-1902", en S. Stern (Comp.), *Resistance, Rebellion and Consciousness in the Andean World*, Madison, Univ. of Wisconsin, 1987, pp. 280-323.
- Roca, José Luis, "1824: comienzo de la Bolivia independiente", en *Anuario del Archivo y de la biblioteca nacionales de Bolivia*, Sucre, 2003.
- Roura, Lluís, "'Guerra pequeña' y formas de movilización armada en la guerra de la Independencia: ¿Tradición o innovación?", en *Trienio*, 36, 2000, pp. 65-93.
- Saignes, Thierry, "Borracheras andinas: ¿Por qué los indios ebrios hablan en español?", en *Revista Andina*, año 7, N° 1. Cusco, Centro Bartolomé de las Casas, 1989, pp. 89-127.
- Scotti Douglas, Vittorio, "Spagna 1808: la genesi de la guerriglia moderna", en *Spagna contemporanea*, N° 18 [2000], pp. 9-31 y 20 [2001], pp. 73-167.
- Tandeter, Enrique, "Crisis in Upper Peru, 1800-1805", en *Hispanic American Historical Review*, N° 71, 1991, pp. 35-71.
- Tandeter, Enrique, "Población y economía en los Andes (siglo XVIII)", en *Revista Andina*, 25, 1995, año 13, N° 1, Cusco, Julio: 7-42.
- Tandeter, Enrique, "Tierras, exacciones fiscales y mercado en las sociedades andinas de Arica, Tarapacá y Atacama, 1750-1790", en *La participación indígena en los mercados surandinos*, compilado por O. Harris, B. Larson y E. Tandeter, La Paz, Ediciones CERES, 1987.
- Thomson, Sinclair, "Quiebre del cacicazgo y despliegue de los poderes en Sicasica, 1740-1761", en X. Albó et al. (eds.), *La integración surandina: cinco siglos después*, Centro Bartolomé de las Casas, Cusco, 1996, pp. 261-284.

Libros

- Abecía, Valentín, *Reseña histórica del 25 de mayo de 1809 en Sucre*, Sucre, 1891.
- Abercrombie, Th. A., *The Politics of Sacrifice: an Aymara Cosmology in Action*, Chicago, 1986.

- Acosta, Nicolás, *Manuel Victoriano Lanza*, Yungas, 1960.
- Aguirre, C., Walker, C. et al., *Bandoleros, abigeos y montoneros: criminalidad y violencia en el Perú, siglos XVIII-XX*, Lima, Instituto de Apoyo Agrario, 1990.
- Aguirre, G., *Juana Azurduy*, Buenos Aires, Planeta, 1999.
- Albó, X. (ed.), *Raíces de América: el mundo aymara*, París-Madrid, Alianza Editorial, 1988.
- Amunátegui, Miguel Luis, *La dictadura de O'Higgins*, Santiago, 1854. *La reconquista española*, Santiago, 1851.
- Andújar, Francisco, *Los militares en la España del siglo XVIII. Un estudio social*, Granada, Universidad, 1991.
- Annino, Antonio; Guerra, Francisco Xavier (ed.), *Inventando la nación. Iberoamérica. Siglo XIX*, México, Fondo de Cultura Económica, 2003.
- Annino, Antonio (ed.), *América Latina: dallo stato coloniale allo stato nazione*, Milan, 1988, 2 vol.
- Anónimo, *Journal d'un guerillero: la voix des maquis d'Amérique latine*, París, Seuil, 1968.
- Arnade, Charles W., *The emergence of the Republic of Bolivia*, New York, Russell & Russell, 1970.
- Arriaga, José de, *Extirpación de la idolatría en el Perú*, BAE, Madrid, 1968.
- Artola, Miguel, *La España de Fernando VII* (tomo XXVI de la *Historia de España* dirigida por Menéndez Pidal), Madrid, Espasa-Calpe, 1968.
- Arze Aguirre, René D., *Participación popular en la independencia de Bolivia*, La Paz, Don Bosco, 1979.
- Barnadas, Josep M., *Apuntes para una historia aymara*, La Paz, Centro de Investigación y Promoción del Campesinado, 1978.
- Barnadas, Joseph M., G. Calvo et al., *Diccionario histórico de Bolivia*, Sucre, Grupo de Estudios Históricos, 2002.
- Basadre, Jorge, *Chile, Perú y Bolivia independientes*, Barcelona, Salvat, 1948.
- Basadre, Jorge, *La iniciación de la República; contribución al estudio de la evolución política y social del Perú*, Lima, F. y E. Rosay, 1929.
- Beaufre, André, *Introduction à la stratégie*, París, Economica, 1985.
- Beaufre, André, *La guerre révolutionnaire. Les formes nouvelles de la guerre*, París, Fayard, 1972.
- Bedoya Ballivián, M., *García Lanza*, 1975.
- Bertonio, Ludovico, *Vocabulario de la lengua aymara*, La Paz, CERES- IFEA-MUSEF, 1985 [1612].
- Bidondo, Emilio A., *La guerra de la independencia en el Alto Perú*, B.A., Círculo militar, 1979.
- Blanco Valdés, Roberto L., *Rey, Cortes y fuerza armada en los orígenes de la España liberal, 1808-1823*, Madrid, Siglo XXI, 1988.
- Bonilla, Heraclio, et al., *La independencia en el Perú*, Lima, Instituto de Estudios Peruanos (Perú Problema, 7), 1972.
- Borreguero, Cristina, *El reclutamiento militar por quintas en la España del siglo XVIII: orígenes del servicio militar obligatorio*, Valladolid, Universidad, 1989.
- Bouysse-Cassagne, Thérèse; Harris, Olivia; Platt, Tristan; Cereceda, Verónica, *Tres reflexiones sobre el pensamiento aymara*, La Paz, Hisbol, 1987.
- Bouysse-Cassagne, Thérèse, *La identidad aymara. Aproximación histórica (siglo XV, siglo XVI)*, La Paz, Hisbol-IFEA, 1987.

- Brenan, George, *El laberinto español*, París, Ruedo Ibérico, 1961.
- Burzio, H. F., *La ceca de la villa imperial de Potosí y la moneda colonial*, Buenos Aires, 1945.
- Bushnell, D.; Macaulay, N., *El nacimiento de los países latinoamericanos*, Madrid, Nerea, 1989.
- Cajías de la Vega, Fernando, *Oruro 1781: Sublevación de indios y rebelión criolla*, La Paz, IFEA-IEBOL, 2005, 2 vol.
- Campbell, Leon G., *The Military and Society in Colonial Peru, 1750-1810*, Philadelphia, American Philosophical Society, 1978.
- Carlos Ibarguren, *Las sociedades literarias y la revolución argentina*, Buenos Aires, 1937.
- Caro Baroja, Julio, *Ensayos sobre la cultura popular española*, Madrid, 1979.
- Casado Burbano, Pablo, *Las fuerzas armadas en el inicio del constitucionalismo español*, Madrid, Edersa, 1982.
- Chini Ludueña, V., *Warnes en Santa Cruz*, La Paz, Ediciones Roalva, 1981.
- Clausewitz, Carl von, *De la guerre*, París, éd. De Minuit, 1955.
- Condarco Morales, Ramiro, *Zárate, el "temible" Wilka*, 2ª ed., La Paz, 1982.
- Cornejo, Atilio, *Trascendencia de la revolución de Chuquisaca y La Paz de 1809 en la historia del norte argentino*, Buenos Aires, Biblioteca de la Academia Nacional de Historia, vol. XXX, 1959.
- Costa de la Torre, Arturo, *Ildefonso de las Muñecas y los mártires de la republiqueta de Larecaja*, La Paz, 1976, t. IV
- Cowie, L., *La guerrilla en la literatura hispanoamericana: aporte bibliográfico*, Caracas, Universidad Simón Bolívar, Instituto de Altos Estudios de América Latina, 1996.
- Crespo, Alberto; Arze, René; Ballivián de Romero, Florencia; Money, Mary, *La vida cotidiana en La Paz durante la guerra de la independencia, 1800-1825*, La Paz, UMSA, 1975.
- Crespo, Alberto; Baptista Gumucio, Mariano et al., *La ciudad de La Paz: su historia, su cultura*, La Paz, Alcaldía Municipal, 1989.
- Davis, D.; Pereira, A. W. (ed.), *Irregular Armed Forces and their Role in Politics and State Formation*, Cambridge University Press, 2003.
- Deler, Jean Paul; Saint-Geours, Yves, *Estados y naciones en los Andes*, Lima, IEP-IFEA, 1986, 2 vol.
- Díaz Arguedas, *Los generales de Bolivia, 1929. El mariscal Santa Cruz y sus generales*, 1965.
- Díaz V., Fernando, *Campañas militares de Abascal*, Sevilla, 1948.
- Dumezil, Georges, *Idées romaines*, París, Gallimard, 1969.
- Dunkerley, James, *El tercer hombre: Francisco Burdett O'Connor y la emancipación de las Américas*, La Paz, Plural editores, 2000.
- Esdaile, Charles, *España contra Napoleón. Guerrillas, bandoleros y el mito del pueblo en armas (1808-1814)*, Barcelona, EDHASA, 2006.
- Estenssoro Fuchs, Juan Carlos, *Del paganismo a la santidad: la incorporación de los indios del Perú al catolicismo, 1532-1750*, Lima, IFEA-PUCE, 2003.
- Estenssoro, Juan Carlos; Walker, Charles, *Entre la retórica y la insurgencia: las ideas y los movimientos sociales en los Andes, siglo XVIII*, Cusco, Centro de Estudios Regionales Andinos Bartolomé de las Casas, 1996.
- Eyzaguirre, Jaime, *La logia lautarina y otros estudios sobre la independencia*, Buenos Aires, 1957.

- Fernando Roig, J., *Iconografía de los santos*, Barcelona, 1950.
- Fisher, John R., *El Perú borbónico, 1750-1824*, Lima, Instituto de Estudios Peruanos, 2000.
- Fisher, John R., *Government and society in colonial Peru; the intendant system 1784-1814*, Londres, University of London, Athlone P., 1970.
- Fisher, John R., *Minas y mineros en el Perú colonial, 1776-1824*, Lima, Instituto de Estudios Peruanos, 1977.
- Flores Galindo, Alberto, *Túpac Amaru II-1780: sociedad colonial y sublevaciones populares*, Lima, Retablo de Papel Ediciones, 1976.
- Gantier, Jaime, *Doña Juana Azurduy de Padilla*, La Paz, Fundación Universitaria Simón I. Patiño, 1946.
- Girardet, Raul, *Mythes et mythologies politiques*, París, Seuil, 1986.
- Girault, Louis, *Rituales en las regiones andinas de Bolivia y Perú*, La Paz, CERES-MUSEF-Quipus, 1988.
- Gisbert, Teresa, *Iconografía y mitos indígenas en el arte*, La Paz, Gisbert, 1980.
- Gisbert, Teresa; Mesa, José, *Bolivia, monumentos históricos y arqueológicos*, México, 1970.
- Gisbert, Teresa; Mesa, José, *La tradición bíblica en el arte virreinal*, La Paz-Cochabamba, Los Amigos del Libro, 1986.
- Gómez de Arce, José, *Guerra de la Independencia*, Madrid, 1866-1913, 14 vol.
- Gruzinski, Serge, *La Pensée métisse*, París, Fayard, 1999.
- Guevara, Ernesto Che, *Diario de Bolivia*, San Sebastián, 1968.
- Guevara, Ernesto Che, *El hombre nuevo*, México, 1978.
- Guevara, Ernesto Che, *La guerra de guerrilla*, La Habana, Casa de las Américas, s. d.
- Gutiérrez de Santa Clara, Pedro, *Historia de las guerras civiles del Perú*, t. III, BAE, Crónicas del Perú, Madrid, 1963.
- Guzmán Arze, H., *Esteban Arze, caudillo de los valles*, Cochabamba, imp. Universitaria, 1949.
- Guzmán Pérez, Moisés, *L'Occident du Mexique et l'indépendance. Sociabilité, révolution et nation, 1790-1821*, thèse soutenue à l'université de Paris I, juin 2004.
- Halperín Donghi, Tulio; Klein, Herbert S., *El ocaso del orden colonial en Hispanoamérica*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1978.
- Hamnett, Brian R., *Revolución y contrarrevolución en México y el Perú. Liberalismo, realeza y separatismo (1800-1824)*, México, FCE, 1984.
- Hernández Sánchez Barba, Miguel; Alonso Baquer, Miguel, *Historia social de las fuerzas armadas*, Madrid, Alhambra, 1986, vol. II y III.
- Herreros de Tejada, Luis, *El teniente general D. José Manuel de Goyeneche, primer conde de Guaqui*, Imp. Oliva y Vilanova, Barcelona, Imp. Oliva y Vilanova, 1923.
- Ibarguren, Carlos, *Las sociedades literarias y la revolución argentina*, Buenos Aires, 1937.
- Iribarren, José María, *Espoz y Mina*, Madrid, Aguilar, 1965-1967, 2 vols.
- Jackson, Robert, *Liberals, the Church, and Indian peasants: corporate lands and the challenge of reform in nineteenth-century Spanish America*, Albuquerque, University of New Mexico Press, 1997.
- Just Lleó, Estanislao, *Comienzo de la independencia en el Alto Perú: los sucesos de Chuquisaca, 1809*, Sucre, editorial judicial, 1994.
- Kantorowicz, Ernest, *Mourir pour la patrie*, París, PUF, 1984.
- Klein, Herbert S., *Haciendas y ayllus en Bolivia: ss. XVIII y XIX*, Lima, IEP, 1995.

- Kuethe, Allan, *Soldados del Rey. El ejército borbónico en América colonial en víspera de la independencia*, Valencia, Universidad Jaume I, 2005.
- Larson, Brooke, *Cochabamba, 1550-1900: colonialism and agrarian transformation in Bolivia*, Durham, Duke University Press, 1998.
- Larson, Brooke, *Explotación agraria y resistencia campesina: cinco ensayos históricos sobre Cochabamba, siglos XVI-XIX*, La Paz, Ediciones CERES, 1981.
- Larson, Brooke; Harris, Olivia, et al., *Ethnicity, markets, and migration in the Andes: at the crossroads of history and anthropology*, Durham, Duke University Press, 1995.
- Larson, Brooke, *Trials of nation making: liberalism, race, and ethnicity in the Andes, 1810-1910*, Cambridge; New York, Cambridge University Press, 2004.
- Lawrence, T. H., *Revolt in the Desert*, Londres, 1927.
- Lewinski, Liliana, *Les places marchandes d'Oruro: stratégies commerciales et rapports de pouvoir (18e-20e)*, tesis del EHESS, París, 1987.
- Lewinski, Liliana, "Una plaza de venta atomizada: la cancha de Oruro, 1803 y 1812", en Harris, Olivia y otros (comp.), *La participación indígena en los mercados surandinos. Estrategias y reproducción social. Siglos XVI a XX*, La Paz, CERES, 1987, pp. 445-467.
- Lofstrom, William L., *El mariscal Sucre en Bolivia: la promesa y el problema de la reforma: el intento de cambio económico y social en los primeros años de la independencia boliviana*, La Paz, 1983.
- Lynch, John, *Caudillos in Spanish America, 1800-1850*, Oxford, Clarendon Press, 1992.
- Lynch, John, *The Spanish American Revolutions, 1808-1826*, New York, 1973.
- Mallon, Florencia E., *Peasant and nation: the making of postcolonial Mexico and Peru*, Berkeley, University of California Press, 1995.
- Manrique, Nelson, *Campesinado y nación: las guerrillas indígenas en la guerra con Chile*, Lima, 1981.
- Marchena, Juan, *La institución militar en Cartagena de Indias, 1700-1810*, Sevilla, Escuela de Estudios Hispanoamericanos, 1982.
- Marco, Miguel Ángel de; Ruiz Moreno, Isidoro, *Patricios de Buenos Aires*, Buenos Aires, Edivern, 2000.
- Mendiburu, M. de, *Diccionario histórico-biográfico del Perú*, Lima, 1931-1934.
- Mendieta Pacheco, Wilson (ed.), *La acuñación de monedas en Potosí*, Potosí, Patrimonio Natural y Cultural de la Humanidad, 1995.
- Mendoza, José Quintín, *Los recursos de la provincia de Ayopaya*, Cochabamba, 1888.
- Mendoza, Gunnar, *Causa criminal contra Francisco Ríos el Quitacapas, 1809-1811*, Sucre, 1963.
- Mendoza, Javier, *La mesa coja, historia de la proclama de la Junta Tuitiva del 16 de julio de 1810*, La Paz, PIEB / Plural editores, 1997.
- Mercier Vega, Louis, *Guerillas in Latin America: The technique of counter-state*, Londres, Pall Mall Press, 1969.
- Milicia y sociedad ilustrada en España y América (1750-1800)*. Actas XI Jornadas Nacionales de Historia Militar, Sevilla, 11-15 de noviembre de 2002, Madrid, Deimos, 2003.
- Minguez Cornelles, Víctor, *Los reyes distantes. Imágenes del poder en el México virreinal*, Castelló, Universitat de Jaume I-Diputació de Castelló, 1995.

- Miranda, Francisco, *La guerrilla en la guerra de la independencia*, Pamplona, Diputación Foral de Navarra, 1982.
- Mitre, Bartolomé, *La montonera y la guerra popular, La nueva era*, Montevideo, 11 février 1846, ed. facsímile, Academia Nacional de Historia, B.A., 1943.
- Mitre, Bartolomé, *Historia de Belgrano y de la independencia argentina*, Buenos Aires, 2 vol., 1858-59.
- Molina, Plácido, *Guerra de independencia en Santa Cruz*, 1928.
- Moliner Prada, Antoni, *La Catalunya resistent a la dominació francesa. La Junta superior de Catalunya (1808-1812)*, Barcelona, 1989.
- Moliner Prada, Antoni, *La guerrilla en la guerra de la independencia*, Madrid, Ministerio de Defensa, 2004.
- Mörner, Magnus, *La distribución de ingresos en un distrito andino en los años 1830*, Stockholm, Institute of Latin American Studies, 1977.
- Mörner, Magnus, *Perfil de la sociedad rural del Cuzco a fines de la Colonia*, Lima, Universidad del Pacífico, Departamento Académico de Ciencias Sociales y Políticas, 1978.
- O'Phelan, Scarlett, *Kurakas sin sucesiones: del cacique al alcalde de indios (Perú y Bolivia, 1750-1835)*, Cusco, Centro de Estudios Regionales Andinos Bartolomé de Las Casas, 1997.
- O'Phelan, Scarlett, *La independencia en el Perú: de los Borbones a Bolívar*, Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú, Instituto Riva-Agüero, 2001.
- O'Phelan, Scarlett, *Un siglo de rebeliones anticoloniales: Perú y Bolivia 1700-1783*, Cusco, Centro de Estudios Regionales Andinos Bartolomé de Las Casas, 1988.
- Ortuño Martínez, Miguel, *Xavier Mina. Guerrillero, liberal, insurgente. Ensayo bio-bibliográfico*, Universidad Pública de Navarra, 2000.
- Pascual, Pedro, *Curas y frailes guerrilleros en la Guerra de la Independencia*, Zaragoza, Diputación, 2000.
- Paz Soldán, Mariano Felipe, *Historia del Perú Independiente*, Lima, 1862.
- Phelan, John L., *The People and the King. The Comuneros Revolution in Columbia, 1781*, Madison, 1978.
- Pinto, Manuel María, *La revolución de la intendencia de La Paz*, 1942.
- Ramallo, Miguel, *Batallas de la guerra de independencia*, 1913.
- René-Moreno, Gabriel, *Últimos días coloniales en el Alto Perú*, Caracas, Biblioteca Ayaucucho, 2003.
- Reynaud, Jean-Louis, *Contre-guérilla en Espagne [18108-1814]*, París, Economica, 1992.
- Roca, José Luis, *Casimiro Olañeta, artífice de Bolivia*, Cochabamba, 1978.
- Roca, José Luis, *El brigadier Francisco Xavier de Aguilera, su gobierno en Santa Cruz, Chiquitos y Mojos (1817-1825)*, Santa Cruz, 2002.
- Sanabria, Gustavo, *Murillo y la revolución de 16 de julio*, La Paz, 1990.
- Sanabria Fernández, Humberto, *Cancionero popular de Vallegrande*, Santa Cruz de la Sierra, Casa de la Cultura Raúl Otero Reiche, 1988.
- Sanabria Fernández, Humberto, *Crónica sumaria de los gobernadores de Santa Cruz, 1560-1810*, Santa Cruz de la Sierra, Universidad Autónoma Gabriel René Moreno, 1975.

- Santamaría, Daniel J., *Memorias del Jujuy colonial y del marquesado de Tojo: desarrollo integrado de una secuencia territorial multiétnica, siglos XVI-XVIII*. Universidad Internacional de Andalucía, Santa María de la Rábida, 2001.
- Sarmiento, D. F., *Facundo*, Buenos Aires, 1845.
- Schmitt, Carl, *Théorie du partisan*, París, Calmann-Lévy, 1972.
- Semprun, José; Bullón de Mendoza, Alfonso, *El ejército realista en la independencia de América*, Madrid, Mapfre, 1992.
- Shumway, Nicolas, *The invention of Argentina*, Berkeley, University of California Press, 1991.
- Spalding, Karen, *De indio a campesino: cambios en la estructura social del Perú colonial*, Lima, Instituto de Estudios Peruanos, 1974.
- Stern, Steve (ed.), *Resistance, Rebellion and Consciousness in the Andean Peasant World, 18th to 20th Centuries*, Madison, 1987.
- Tandeter, Enrique, *Coacción y mercado. La minería de la plata en el Potosí colonial 1692-1826*, Cusco, CBC, 1992, 316 p.
- Thibaut, C., *Repúblicas en armas. Los ejércitos bolivarianos en la Guerra de independencia en Colombia y Venezuela*, Bogotá, 2003.
- Tone, John L., *La guerrilla española y la derrota de Napoleón*, Madrid, Alianza Editorial, 1999.
- Urquidí, J. M., *Figuras históricas: diputados altoperuanos en el congreso constituyente de Tucumán*, Cochabamba, 1916.
- Urton, Gary, *On the Crossroads of the Sky*, Austin, University Press, 1988.
- Valle de Siles, María Eugenia del, *Historia de la rebelión de Túpac Catari, 1781-1782*, La Paz, Don Bosco, 1990.
- Vargas Ugarte, Rubén, *Don Benito María de Moxó y de Francolí*, Buenos Aires, Imprenta de la Universidad, 1931.
- Vargas Ugarte, Rubén, *El episcopado en los tiempos de la emancipación sudamericana*, Buenos Aires, Editorial Huarpes, 1945.
- Vargas Ugarte, Rubén, *Historia del Perú; emancipación, 1809-1825*, Buenos Aires, 1958.
- Vargas Ugarte, Rubén, *El culto de la Virgen en América*, Lima, 1955.
- Vázquez Machicado, Humberto, *Orígenes históricos de la nacionalidad boliviana*, La Paz, Editorial Universitaria, UMSA, 1976.
- Verdevoye, Paul (ed.), *Caudillos, caciques et dictateurs dans le roman hispano-américain*, París, 1978.
- Verdo, Geneviève, *L'indépendance argentine entre cités et nations (1808-1821)*, París, Publications de la Sorbonne, 2006.
- Vicuña Mackenna, Benjamín, *La guerra a muerte: memoria sobre las últimas campañas de la Independencia de Chile 1819-1824*, Santiago, 1868.
- Vicuña Mackenna, Benjamín, *La revolución del Perú de 1809 y 1819*, Lima, 1860.
- Walker, Charles, *Smoldering ashes: Cuzco and the creation of Republican Peru, 1780-1840*, Durham [N.C.], Duke University Press, 1999.
- Wood, Gordon S., *The Creation of the American Republic, 1776-1787*, New York, 1972.
- Zorilla, Rubén H., *Extracción social de los caudillos, 1810-1870*, Buenos Aires, 1972.
- Zuidema, Tom, *Reyes y guerreros. Ensayos de cultura andina*, Lima, IEP, 1989.
- Zulawski, Ann, *They eat from their labor: work and social change in colonial Bolivia*, Pittsburgh, University of Pittsburgh Press, 1995.

Bibliotecas virtuales

- José Santos Vargas, Diario de un comandante de la guerra de independencia, ABNB, Biblioteca virtual El Dorado <<http://200.87.17.235/bvic/index.html>> [Consulta: 15 de enero de 2007].
- José María Caballero, Diario de la independencia, 1810-1819, Biblioteca virtual Luis Ángel Arango, <<http://www.lablaa.org/blaavirtual/historia/diarioindep/indice.htm>> [Consulta: 15 de enero de 2007].

Cronología

- 1781 10 de febrero: insurrección de Oruro. La rebelión dura hasta abril.
- 1796 28 de octubre: nacimiento de José Santos Vargas en Oruro.
- 1808 2 de mayo: insurrección de Madrid contra el ejército francés.
- 1809 25 de mayo: la Audiencia de Charcas destituye al presidente García de León y Pizarro.
24 de julio: creación de una Junta Tuitiva en La Paz.
- 1810 16 de noviembre: La Paz abre sus puertas a las tropas independentistas de Buenos Aires.
- 1811 20 de junio: batalla de Guaqui. Repliegue de las tropas de Buenos Aires hasta Salta.
15 de agosto-28 de septiembre: cerco de La Paz por los indios de Ayo-Ayo y de Sicasica.
16 de noviembre: los cochabambinos atacan Oruro y fracasan. José Santos Vargas huye tras de ellos hasta los valles de Cochabamba.
- 1812 24 de septiembre: victoria de Manuel Belgrano y de Martín Guemes en Tucumán.
- 1813 1 de octubre: batalla de Vilcapujio, derrota de los porteños.
14 de noviembre: batalla de Ayohuma, segunda derrota de Buenos Aires.

- 1814 25 de mayo: victoria de Juan Álvarez de Arenales contra los realistas en La Florida. Liberación de la provincia de Santa Cruz.
2 de agosto: insurrección del Cuzco.
26 de noviembre: el subdelegado de Ayopaya ataca la tropa de Lira. Es el bautismo de fuego para José Santos Vargas.
- 1815 27 de abril: Álvarez de Arenales se apodera de Chuquisaca.
18 de junio: la tropa de Lira se adjunta con Arenales.
28 octubre: la noticia de Waterloo llega al ejército realista del Alto Perú.
17 de noviembre: Lanza y Lira se apoderan de Irupana.
29 de noviembre: derrota de las fuerzas independentistas en Sipe Sipe.
- 1816 16 de marzo: Martín Güemes decide emprender su propio combate, sin tener en cuenta a Buenos Aires que atraviesa un período de profunda inestabilidad.
7 de abril: el cura Andrés Vargas cae preso.
9 de julio: primera conspiración contra Lira.
Agosto: José Santos Vargas es subteniente de granaderos.
1 de noviembre: Lira se impone como comandante en jefe del Interior.
- 1817 8 de enero: 3.500 soldados realistas persiguen a los 84 hombres de Lira.
12 de febrero: batalla de Chacabuco. El Ejército de los Andes avanza sobre Santiago de Chile.
15 de diciembre: muerte del comandante Lira, asesinado por uno de sus oficiales.
- 1818 12 de febrero: se proclama de la independencia de Chile.
15 de marzo: Chinchilla es nombrado comandante de la guerrilla. Venganza por la muerte de Lira.
5 de abril: batalla de Maipú en Chile.
18 de abril-10 de mayo: expedición realista contra Mohosa.
- 1819 6 de agosto: José Santos Vargas es teniente de caballería.
Septiembre: más de 2.000 soldados realistas entran en los valles. La guerrilla se disuelve y confía sus armas a José Santos Vargas.
- 1820 30 de octubre: el ejército de San Martín llega a Ancón y avanza sobre Lima.

- 1821 13 de febrero: José Miguel Lanza reaparece en los valles.
13 de marzo: Lanza arresta a Chinchilla y lo fusila el 21 de marzo.
Marzo: José Santos Vargas asciende al grado de capitán.
28 de julio: se proclama la independencia del Perú.
- 1822 Abril: José Santos Vargas cae preso en Quillacollo. Escapa.
12 de mayo: según Vargas, Lanza recibe un emisario del virrey La Serna, que le propone hacer una tregua; pero el tratado ya ha sido firmado en Yaco el 26 de abril.
25 de junio: Lanza rompe la tregua (según Vargas).
26 de julio: entrevista de Guayaquil entre San Martín y Bolívar. Sólo éste llevará a cabo el proceso de independencia en América del Sur.
2 de septiembre: el enemigo llega a Pocusco. Vargas se refugia en el monte Chicote.
- 1823 8 de mayo: José Santos Vargas es nombrado comandante de Mohosa.
8 de agosto: las fuerzas de Santa Cruz y de Gamarra, apoyadas por la guerrilla, se apoderan de La Paz.
23 de agosto: José Santos Vargas entra en Oruro a la cabeza de 700 hombres.
1 de septiembre: Bolívar entra en Lima.
15 de septiembre: fuga sin combate del ejército de Andrés Santa Cruz.
16 de octubre: derrota de Lanza ante Olañeta en Falsuri.
- 1824 29 de febrero: los realistas ocupan Lima.
18 de marzo: José Santos Vargas recibe un emisario realista que quiere negociar con Lanza.
Fines de abril: los pueblos de los valles son devastados por el ejército constitucional.
30 de junio: Lanza está preso en Oruro. La anarquía se instala en los valles.
6 de agosto: batalla de Junín.
9 de diciembre: batalla de Ayacucho. El ejército real capitula.
11 de diciembre: Tratado de Cavari por el cual Lanza se compromete a aliarse con Olañeta en contra del ejército constitucional, en caso de que Bolívar sea vencido.
31 de diciembre: un emisario llega a Cavari, confirmación de la victoria de Ayacucho.
- 1825 14 de enero: Lanza abandona su cuartel general para liberar La Paz pasando por los Yungas.

- 25 de enero: la División de los Aguerridos entra en La Paz. Lanza se proclama Presidente del departamento y toma las primeras medidas de gobierno.
- 7 de febrero: Lanza acoge a Sucre en La Paz.
- 9 de febrero: decreto de Sucre convocando a una Asamblea de diputados.
- 2 de abril: muerte de Olañeta en el campo de batalla de Tumusla.
- 6 de agosto: proclama de la independencia de la República Bolívar.
- 18 de agosto: Simón Bolívar entra en La Paz.
- 1826 10 de enero: Bolívar se va de Chuquisaca. El 2 de febrero se embarca en Arica, el 10 de febrero está de vuelta en Lima.
- 26 de mayo: Sucre es Presidente por delegación de Bolívar.
- 19 de noviembre: proclamación de la *Constitución bolivariana*.
- 1827 24 de diciembre: motín de la guarnición colombiana en La Paz.
- 1828 Principios de enero: el comandante de Yaco, Narciso Portilla, ofrece sus servicios a Gamarra, quien le nombra *coronel del ejército volante del Perú*.
- 20 de febrero: llegada a Mohosa de Juan Lira, hermano de Eusebio Lira, que intenta movilizar a la indiada en favor del partido de Gamarra. No tiene éxito.
- 26 de febrero: Juan Lira se va a Parutani sin mayor éxito.
- 1-5 de marzo: Juan Lira está en Inquisivi.
- 5 de marzo: encuentro de Gamarra y de Sucre en el Desaguadero.
- 8 de marzo: Vargas es encargado por el gobernador de la provincia de Sicasica de perseguir a Juan Lira y de restablecer el orden en los valles. Sale de su casa el 9.
- 10 de marzo: Vargas llega a Cavari. Reúne a 15 caballeros para ir a Sihuas.
- 14 de marzo: Vargas vuelve a casa. Durante la noche escapa de dos soldados mandados por Juan Lira. Fuga a Palca.
- 20 de marzo: Vargas se encuentra en Oputaña donde es tomado preso el 24 por partidarios de Gamarra.
- 22 de marzo: partidarios de Gamarra, dirigidos por Copitas, antiguo oficial de la guerrilla, entran a Mohosa. Se les arresta y se les conduce a Oruro.
- 18 de abril: motín del regimiento de Granaderos de Colombia en Chuquisaca. Sucre es herido en el brazo y, unos días más tarde, José Miguel Lanza muere a causa de heridas.

Principios de mayo: los gamarristas dirigidos por Portilla cruzan los valles y reclutan partidarios.

26 de mayo: Gamarra está en Caracollo. Encuentra a sus partidarios de los valles.

27 de mayo: la tropa de Juan Lira está en Palca.

28-30 de mayo: Portilla y Pacheco están en Tapacarí. Una parte de su tropa destruye la casa de José Manuel Antezana, en Calliri.

3 de junio: las tropas peruanas llegan a Paria.

3 de junio: en Palca, los partidarios de Gamarra nombran a Portilla como jefe. Vargas está preso en el cuartel bajo amenaza de ser fusilado. Portilla lo manda en capilla. Después de un simulacro de juicio, Vargas salva su pellejo.

6 de julio: el tratado de Piquiza pone fin a la aventura de Gamarra. Pero el ejército peruano se queda en Potosí hasta la reunión de una nueva Constituyente, a expensas de Bolivia.

2 de agosto: Sucre renuncia. Gamarra entra en Chuquisaca.

Fines de agosto: Vargas vuelve a su casa.

17 de octubre: Gamarra vuelve a Arequipa.

Nota sobre la población boliviana

Según Pentland (1826), en el momento de su independencia, Bolivia contaba con 1.100.000 habitantes, a los que conviene añadir un número indeterminado de indígenas pertenecientes a las tribus del oriente. De esa cifra, 800.000 son indios, 100.000 mestizos, 7.000 negros y el resto blancos. Los idiomas más frecuentemente utilizados son los nativos indígenas (Pentland, 1826: 41-42). La Paz tenía 40.000 habitantes y su principal fuente de riqueza era la coca (confirmado por Un Aldeano); Oruro, 4.600 habitantes, se encuentra en plena decadencia, con sus minas prácticamente abandonadas (: 56); Potosí, con 9.000 habitantes en 1827; en contraste con los 75.000 de fines del siglo XVIII; Chuquisaca, 12.000 (: 60); Cochabamba, 30.000 habitantes (: 61).

	Departamento	Capital
La Paz	375.000	40.000
Oruro	115.000	4.600
Potosí	245.000	9.000
Chuquisaca	142.000	12.000
Cochabamba	148.000	30.000
Santa Cruz	75.000	9.000
Total	1.100.000	104.600

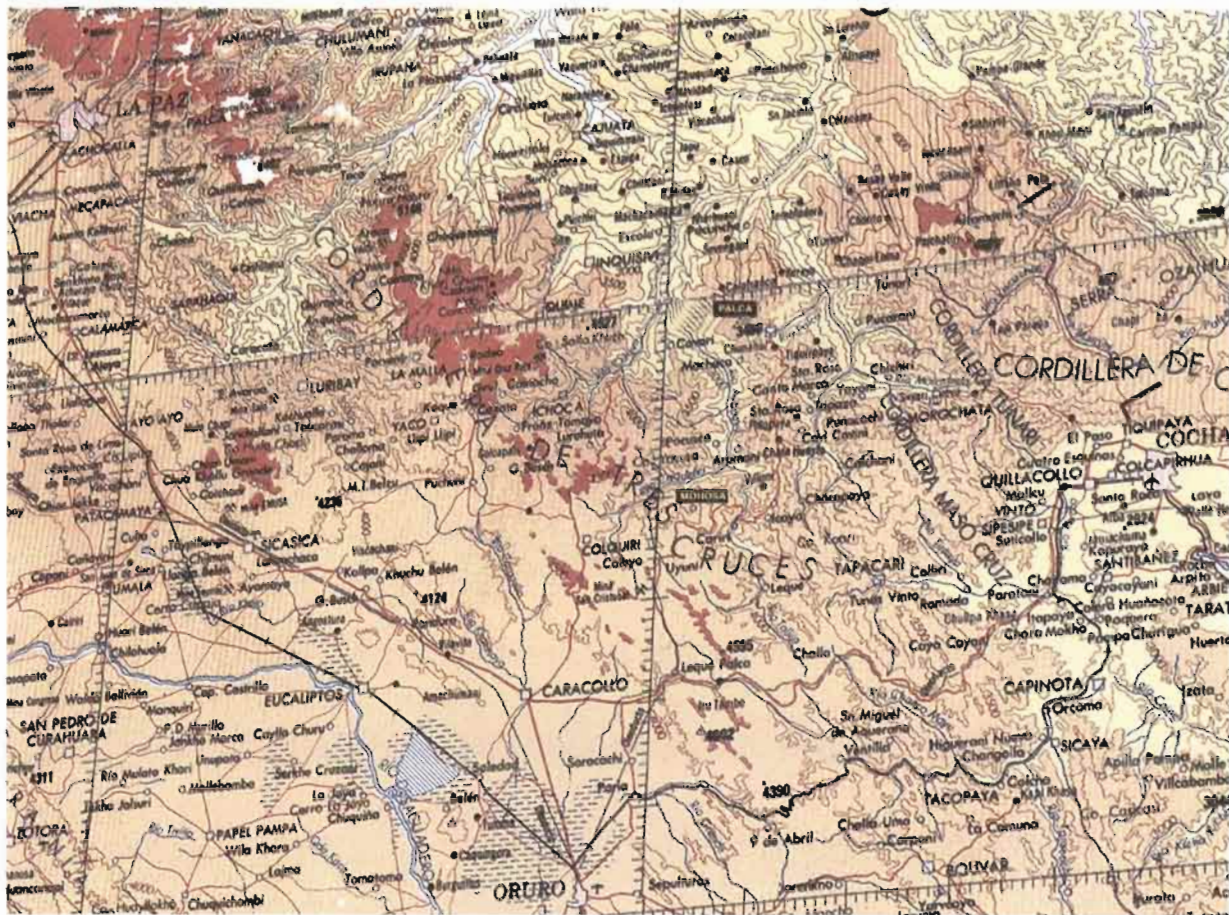
Pentland atribuye, en parte, a razones físicas y económicas la decadencia de las minas en Oruro (las minas, muy profundas, se inundaban y no encontraban medios para bombear el agua), pero también a la política: la ruina de los propietarios mineros más importantes, los hermanos Rodríguez, debido la represión que tuvo lugar después de la insurrección de 1781 (: 72).

Cuadro de los valles a principios del siglo XIX

Según el Diario, a fines del año 1817 la guerrilla controlaba las *doctrinas* de:

Provincia de Sicasica	Provincia de Yungas	Provincia de Ayopaya
Mohosa	Suri	Palca
Cavari	Circuata	Machaca
Ichoca		Morochata
Inquisivi		Charapaya
Yaco		Choquecamata
Quime		Leque
Capiñata		Calchani
Colquiri		Yani
Haraca		

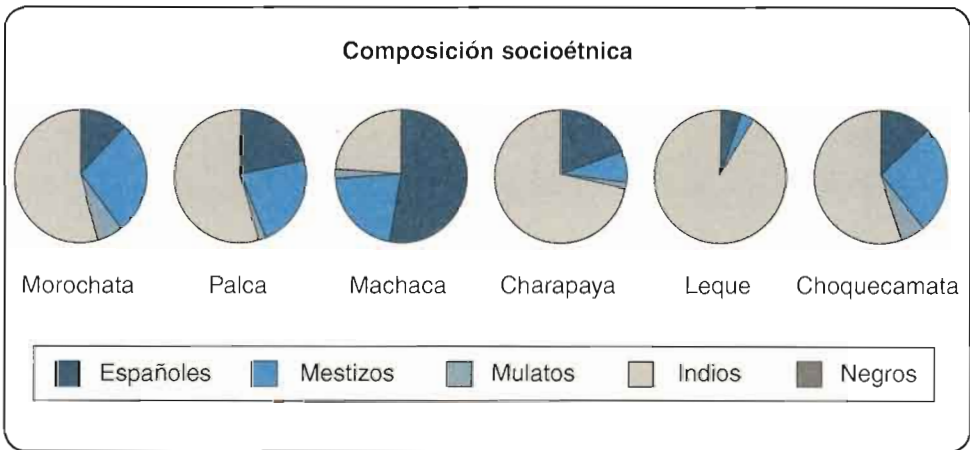
MAPA DE SITUACIÓN



Población del partido de Ayopaya en 1793 (además de la doctrina de Leque)

Doctrina	Españoles	Mestizos	Mulatos	Indios	Negros	Total de habitantes	Ingresos del cura (pesos)	Tributo (en pesos)
Morochata	421	936	200	1887	2	3446	2500	1693
Palca	349	342	31	870	0	1592	2500	925
Machacamarca	198	80	8	91	0	1197	1500	750
Charapaya	246	104	8	917	0	1275	500	831
Leque ¹	61	31	0	1035	0	1127		
Choquecamata ²	100	197	42	422	0	761	300	506
TOTAL	1375	1690	289	5222	2	9398	7300	4705

Fuente: Francisco de Viedma, *Descripción geográfica y estadística de la provincia de Santa Cruz*, [1793], Col. De Angelis, Buenos Aires, 1836.



1 Leque pertenece a la doctrina de Mohosa, pero siendo parte del partido de Ayopaya.

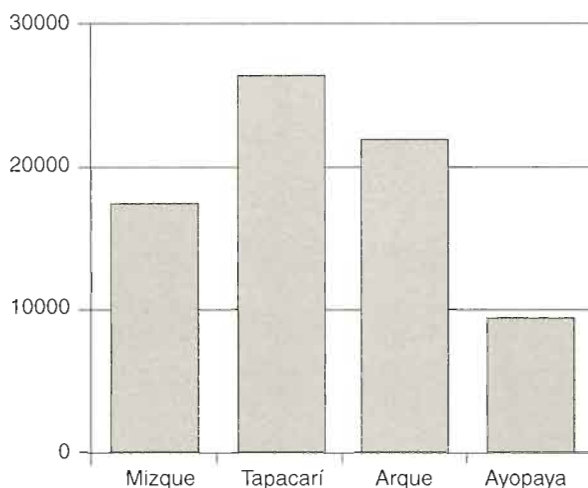
2 En 1740 se descubrió oro en el lugar. Viedma evalúa a 20.000 personas el número de habitantes del nuevo centro minero, entre mineros, rescatadores y comerciantes, y cifra en más de 20 millones de pesos el valor del oro extracto de Choquecamata. En 1800, todo había desaparecido. “En el día sólo ha quedado para memoria de estas riquezas que fomentaron a Cochabamba, en cuya plaza se recataba públicamente el oro a cambio de géneros, una capilla próxima a arruinarse, y unos ranchos muy infelices, donde viven algunos indios y muy pocos mestizos, los cuales se ocupan en trabajar los relaves, cuya utilidad es bien corta”. Nunca Vargas alude al oro de Choquecamata.

Población del partido de Ayopaya comparado con el de los partidos de Sacaba, Tapacari, Arque, Tarata y Mizque en 1793

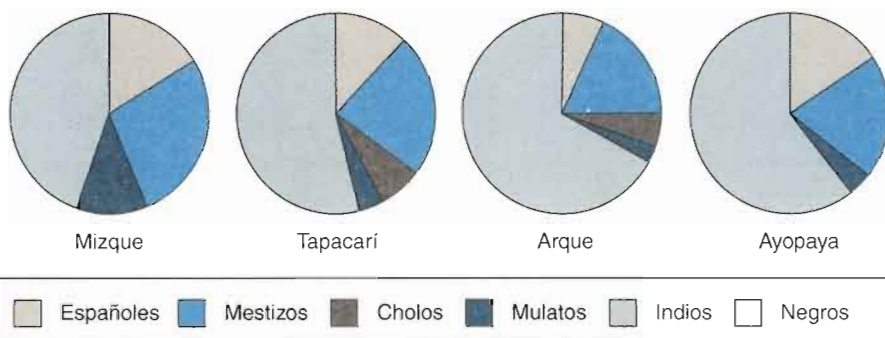
Curatos	Españoles	Mestizos	Cholos	Mulatos	Indios	Negros	TOTAL
Morochata	421	936		200	1887	2	3446
Palca	349	342		31	870		1592
Machaca	198	80		8	91		1197
Charapaya	246	104		8	917		1275
Leque	61	31			1035		1127
TOTAL Ayopaya	1275	1493		247	4800	2	8637
SACABA	1149	2093		227	3383	1	6853
CHOOUECAMATA	100	197		42	422		761
TOTAL Sacaba	1249	2290		269	3805	1	7614
TAPACARI	339	259	206	44	6849	3	7694
CALLIRI	507	1148	153	73	1538	5	3424
SIPESIPE	419	791	218	166	2017	9	3620
QUILLACOLLO	1343	2902	230	344	1401	0	6323
EL PASO	154	295	78	148	1230	0	1095
TIQUIPAYA	510	888	922	287	1735	0	4342
TOTAL Tapacari	3272	6283	1807	1062	14770	17	26498
ARQUE	398	732	704	42	4044	9	5929
COLCHA	398	732	74	42	4014	9	5929
CAPINOTA	217	649	331	135	2432	5	5127
CARAZA	346	1529	0	278	2971	3	5127
TOTAL Arque	1359	3642	1109	497	13461	26	22112
TARATA	3971	4156		775	6924	0	15826
PARREDON	567	1628		491	3116	0	5802
PUNATA	1332	4350		612	3411	27	9732
ARANI	803	2058		488	2904	3	6256
TOTAL Tarata	6673	12192		2366	16355	30	37616
MIZQUE	643	825		672	891	0	3063
POCONA	423	578		116	2092	0	3209
TOTORA	600	1454		483	1110	0	3652
TINTIN	807	930		400	2261	0	4398
AYQUILE	347	930		341	1414	0	3032
PASORAPA	142	885		232	263	0	1522
TOTAL Mizque	2962	5602		2244	8031		18876

Fuente: Francisco de Viedma, *Descripción geográfica y estadística de la provincia de Santa Cruz*, [1793], Col. De Angelis, Buenos Aires, 1836.

Habitantes de los partidos de Arque, Ayopaya, Mizque y Tapacarí en 1793



Composición socioétnica de las provincias de Arque, Ayopaya, Mizque y Tapacarí hacia 1800, según los censos realizados por Viedma



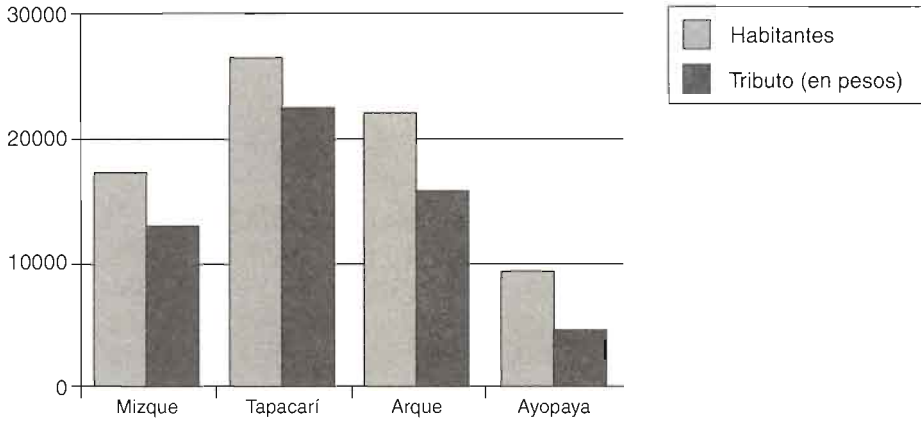
CHOLOS: se trata de una categoría impuesta por los administradores coloniales en los años de 1730, quienes intentaban impedir que indios se vuelvan mestizos. Aparentemente, se impuso únicamente en los partidos de Arque y de Tapacarí. “Y otros finalmente [escapan al tributo] porque revestidos fraudulentamente y disimuladamente del origen de mestizos, los cuales son por el ministerio de la ley exmptos de toda contribución, se introducen otros hijos de mestizos y de indias, que llaman aquí cholos por descendientes de españoles, y estos no son exmptos del tributo, porque a serlo estos quedaría el reino sin tributarios”. AGI, Charcas 343 exp. Sobre la sublevación que hubo en Cochabamba años de 1731 a 1734, Carta del marqués de Castelfuerte, virrey del Perú.

Tributo pagado por los indios e ingresos de los curas de los partidos de Ayopaya, Sacaba, Tapacari, Arque, Tarata y Mizque

Curatos	Ingresos de los curas (en pesos)	Tributo (en pesos)
Morochata	2500	1693
Palca	2500	925
Machaca	1500	750
Charapaya	500	831
Leque		
TOTAL Ayopaya	7000	4199
SACABA	5000	4115
CHOQUECAMATA	300	506
TOTAL Sacaba	5300	4621
TAPACARI	7000	11628
CALLIRI	2500	1982
SIPESIPE	5000	2757
QUILLACOLLO	5000	1775
EL PASO	3000	1577
TIQUIPAYA	584	2816
TOTAL Tapacari	23084	22535
ARQUE	4000	3968
COLCHA	5000	5581
CAPINOTA	3500	3167
CARAZA	3500	3090
TOTAL Arque	16000	15806
TARATA	7000	9813
PARREDON	3000	
PUNATA	6000	3590
ARANI	4000	3209
TOTAL Tarata	20000	16612
MIZQUE	2000	1381
POCONA	3000	2840
TOTORA	3000	2546
TINTIN	3500	4211
AYQUILE	4000	2058
PASORAPA	2000	447
TOTAL Mizque	17500	13483

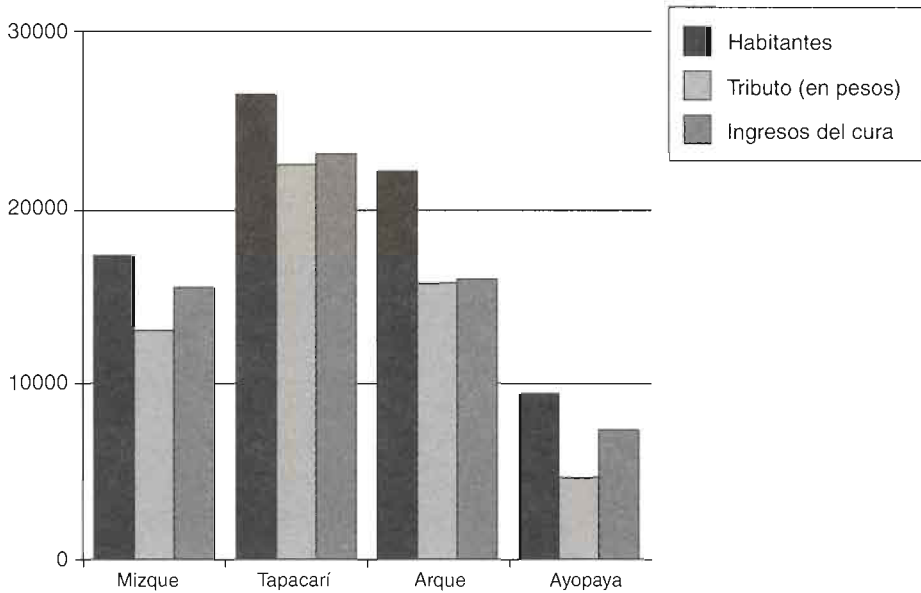
Fuente: Francisco de Viedma, *Descripción geográfica y estadística de la provincia de Santa Cruz*, Col. De Angelis, Buenos Aires, 1836.

Población y tributo en los partidos de Arque, Ayopaya, Mizque y Tapacarí, 1793



Fuente: Viedma, *op. cit.*

Población, tributo e ingresos de los curas en los partidos de Arque, Ayopaya, Mizque y Tapacarí, 1793



Fuente: Viedma, *op. cit.*

**Indios y haciendas en algunos partidos de la intendencia de Cochabamba
a principios del siglo XIX**

Partido	Indios	% del total	Propiedades	% del total	N° de indios por propiedad
Sacaba	2 712	6	54	8	50
Tapacari	3 313	7	50	7	66
Arque	11 558	26	271	39	43
Ayopaya	6 214	14	106	15	59

Según Brooke Larson, "The Distribution of Indians among Zones and Rural Properties in Cochabamba in the Early Nineteenth Century", *op. cit.*

Diario de un viaje tras del diario de José Santos Vargas

Durante la segunda mitad del mes de octubre de 2002, en compañía de un colega demógrafo del IRD buen fotógrafo, Daniel Delaunay, y con una jeep incansable, he podido hacer una parte del recorrido de la guerrilla de Ayopaya. El objetivo de este viaje era doble: se trataba de conocer los lugares de la guerrilla para entender ciertos aspectos de los manuscritos de Vargas que me habían quedado oscuros, y de filmar estos pueblos en busca de huellas del pasado, conservadas por los lugares como en las memorias, para producir un documental.

Nuestro itinerario mezcló el de los guerrilleros con las necesidades del historiador que querría ver y fotografiar los originales del Diario en el ANB. Saliendo de La Paz, nos fuimos a Oruro, donde vivió el cronista hasta su fuga por el valle de Cochabamba, a fines del año 1811; seguimos por Sucre y Cochabamba, de donde entramos en el valle de Morochata, que abrigaba ciertas tropas de guerrilleros-bandoleros aliados a las tropas de los valles. Después entramos en los valles a partir de Caracollo: Mohosa, Pocusco y Cavari. El viaje se acabó en los Yungas de Suri, Cañamina, e Irupana, que representaban una fuente de financiación para la guerrilla y la punta extrema de su area de actuación.

El tiempo y los recursos nos impidieron visitar ciertos lugares importantes: en el valle de Cochabamba, Palca (ahora Independencia), Tapacarí y Machaca; en los valles, Ichoca, Yaco, Sihuas, Ajamarca y Haraca.

20 de octubre

Salida de La Paz a las 08.30 con tiempo despejado, cielo grande. Nos paramos a la salida de El Alto para filmar la cordillera nevada encima de urbanizaciones, fábricas y faroles gigantes. Viendo un campo de carpas de plástico, como hechas de bolsas

de supermercado, nos preguntamos si vive gente en este potrero. Acostumbrados a la rigurosa separación de los paisajes de Europa –sierras y nieves vírgenes por un lado, miserias urbanas por el otro– la mezcolanza de El Alto nos sorprende.

En otros tiempos, Túpac Catari se divertía con juegos de palabras que le inspiraba el mismo lugar; desde El Alto invocaba la ayuda del Alto (el Señor) para sus empresas.



A las 11.00 llegamos a Ayo Ayo. La estatua grandiosa de Túpac Catari con tea, pututu y traje de fantasía se yergue frente a la iglesia de San Salvador. El pueblito recuerda a su líder más famoso abandonando al olvido la masacre de 1899.

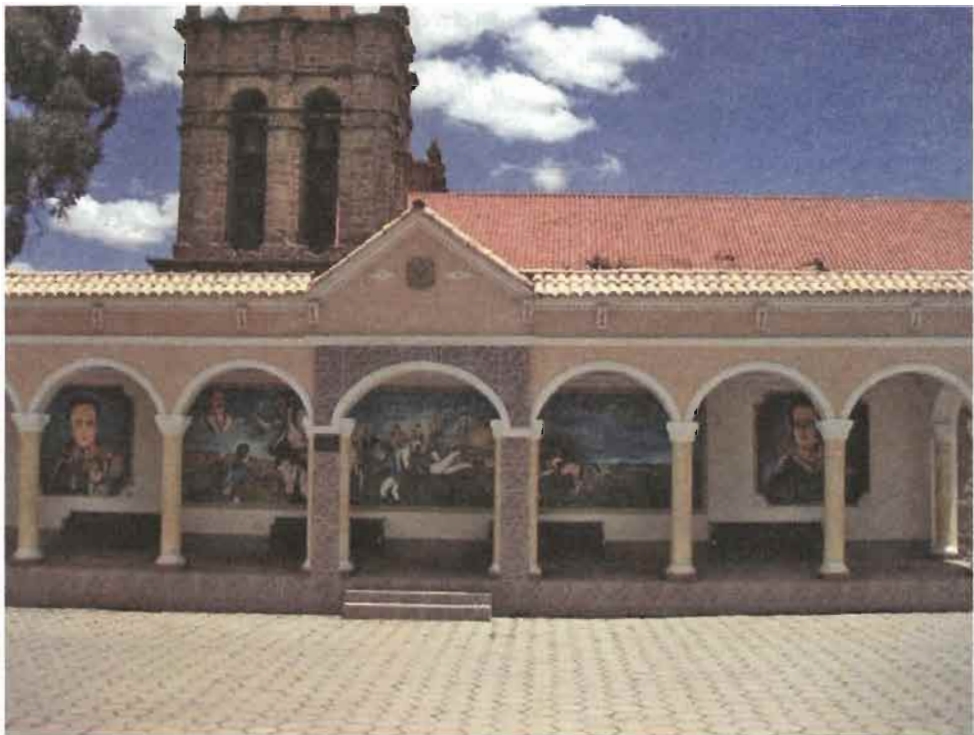


Un dibujo de Melchor María Mercado permite entender que la simetría de las torres de San Salvador no existía en la juventud de José Santos Vargas.

Las primeras lluvias ya han caído. Campos bordados de flores amarillas de retamas, huecos de agua, campos de habas recién salidas del suelo, pastores con sus rebaños de ovejas. Corta primavera de las estepas.

A las 12.30, Sicasica. Pudimos entrar en la conocida y espléndida iglesia renovada desde el año anterior a causa de una “mesa” que se está celebrando. Tres señoras de pollera, dos hombres con chullos y un niño de pocos años sentados al pie del altar, familiarmente y con señas de jovialidad, fumando fuerte y charlando dulce, humos de incienso, las ofrendas sobre una manta en el suelo. El rayo de luz de la linterna cae sobre el grupo en el crucero de la nave.

Saliendo de la iglesia, a mano izquierda de la puerta norte, un fresco patriótico sobre la pared de portales presenta una escena de combate de fines del s. XIX entre retratos de próceres de la independencia.



14.15. Almuerzo en Caracollo.

Entre Sicasica y Caracollo cruzamos unos pequeños cerros, volviendo a la llanura desconcertante del altiplano. Ayo Ayo y Sicasica están conservados en su traza antigua, con cambios bastante discretos; mientras Caracollo aparece como una parada de flotas en el cruce de la carretera que baja al valle de Cochabamba, con calle principal hecha de tienditas y gruñidos de camiones.

Llegamos a Oruro a principios de la tarde. Recorrimos las calles en busca de lugares mencionados en el Diario: la plaza mayor, la iglesia matriz, el templo de San Francisco, la calle de Santo Domingo, donde quedaba la caja real a la cual su odiado tutor destinaba al joven José Santos —porvenir de tinterillo que le convenció de mezclarse con los atacantes cochabambinos. Ninguno de estos lugares conserva toque de este momento clave.

Yo, confundido entre los derrotados, seguí corriendo con ellos por el cerro de San Pedro, de donde habiéndome bajado por el campo de San Juan me acordé la suerte funesta que observaban conmigo en mi casa, y aunque indeciso determiné encaminarme a Cochabamba. Estando por entrar a la real caja de meritorio, ello es que me anime a irme, y me fui...

La ciudad colonial ha desaparecido. Queda la torre de la iglesia matriz con sus campanas, la torre de Santo Domingo coronada por un bulbo de cobre y la fachada muy retocada de San Francisco, apretada entre edificios, apenas visible.

En el santuario del Socavón, un olor fuerte brota de la excavación minera encuadrada en la falda de la nave. Afuera, observamos grupos de niños jugando con la tentación de recordar los juegos menos alegres de José Santos en el día del ataque de los cochabambinos.

Mi maestro don José Jacinto Quevedo se fue con toda su familia a la iglesia de San Francisco con todas sus criadas y criados, y a mí me dejó solito echándome llave a la puertay calle. Yo, resentido porque a mí solo me dejó como a un criado, me salí por la pared del corral y juntándome con los demás muchachos de la escuela fuimos a ver y jugar con cuetes a la orilla de la población.

Al atardecer subimos a los cerros y a la puesta del sol registramos su línea oscura desde la pampa de San Juan, arenal blando mojado por recientes chubascos, picado de basuras.

Desde aquí, la descripción de Vargas aparece coherente: llegando a la pampa por la carretera de Paria, los 4.000 cochabambinos no atacan de frente a la ciudad; prefieren dirigirse al NO, dejando su poca caballería rechazar a los 80 cívicos orureños, la indiana tomando los cerros, la infantería avanzando hacia la plaza de armas, por la carretera que baja desde el cerrito de Conchopata donde Vargas se queda con otros muchachos, camino cortado por los invasores. La avanzada angustiada, irreprimible de éstos, la reacción furiosa de los orureños llamados al combate por el repique de campanas de la iglesia matriz, la debilidad de los cochabambinos, que la estructura misma de la ciudad de calles estrechas impide formar un frente, su huida con pánico por los cerros, la pampa, hacia la brecha que se adivina en dirección de Paria. Todo aparece claro.

Encima de la carretera a los valles, una tormenta cuyos rayos se mezclan a la luz fuerte y fugaz de los coches que se van.

21 de octubre

Entre las 06.00 y 08.00, tomamos fotos de la ciudad en la luz alegre del amanecer desde el cerrito de Conchopata y desde la pampa de San Juan.

A las 09.00, después de una gran decepción –no existe archivo en la catedral, hay que buscar la partida de bautismo de José Santos en el arzobispado que abre sólo en las tardes– sacamos fotos desde la torre. Las campanas en mal estado se mantienen con cuerdas de plástico azul.

A las 10.00 salimos rumbo a Sucre por la carretera de Potosí. Rápidamente llegan olores de mar: la sal de las pampas. Cerca de Machacamarca, grandes rebaños de llamas. Tiempo excelente con nubes redondas subiendo de los valles.

Carretera tan mala como hermoso el paisaje antes de llegar a Ventilla Cruz Culta, pueblo-calle de tierra y lodo, impresionante en su miserable y sin remedio fastidio. El abandono de los guardias de la tranca, colmo del tedio. Llegando a Potosí, tenemos que cambiar una llanta pinchada, lo que no es nada a esa altura. Nos quedamos en Potosí, aturcidos por el cansancio de la pista, el frío y la altura.

22 de octubre

Mientras se repara la llanta, damos una visita obligada a la Casa de la Moneda, invadida por los colegiales.

Salimos a las 12.30. Bajada rápida, pero suave, a la zona templada. Los techos de teja suceden a los de paja, las chozas ya no parecen tan desamparadas. A miserables rancherías suceden pequeñas fincas. Campos grandes donde ya brotan las papas y el maíz en hierba. Frente al arado de madera con bueyes, un tractor. Aguas crecidas de los ríos.

Son días de arado y de siembra. Escenas bucólicas, tan parecidas a las que sirven de tela de fondo a tantas obras coloniales de los siglos XVII y XVIII. La lenta yunta, mujeres sembrando detrás, sol, viento fuerte, gritos de aves silvestres.

A poca distancia de Sucre, las terrazas del río son como un resumen de la primavera. Hierba tupida y jugosa, maíces y papas en flores. Sobre la roca, siempre presente, se destacan las flores bermellón de los ceibos y color de malva de los tajos.

Sucre, blanca, apacible y abierta, su pasado siempre al alcance. Visita a Marcela Inch, directora del Archivo, quien nos autoriza a filmar los manuscritos de Vargas. Otra vez los tengo en mis manos.

En la Casa de la Libertad, Jorge Querejazu nos presenta los lugares de memoria bajo su custodia. Mañana filmaremos esos tesoros.

23 de octubre

Sucre. Por la mañana, Casa de la Libertad. En el patio lleno de sol fotografiamos y filmamos. Retratos de Goyeneche y de Juan Ramírez. Sorpresa por descubrir los rasgos de estos personajes nunca vistos y sin embargo familiares por sus hazañas, su letra y firma, sus decretos. No sospechaba que Goyeneche parecía un flaco astuto (tiene una cara que se podría atribuir a un Fouché) y que Ramírez ostentaba un largo mechón de pelo oscuro.



La importancia dada a Juana Azurduy. Su esposo, Padilla, tiene pinta de guerrillero del siglo XX y poncho de cantante de protesta. La coronela, pasionaria seductora. En su tiempo, la coronela llevaba polleras, como lo recuerda Gunnar Mendoza.

La tarde es consagrada a los diarios en el ANB. Último y fuerte contacto con el escritor muerto. Inquietud por la fragilidad de los manuscritos, su papel de poca calidad, la tinta que se va aclarando.

Filmamos en la sala de la biblioteca René-Moreno, decorado tan adecuado como falso: se organizó hace poco este lindo espacio, biblioteca de gente culta y refinada del s. XIX. En el tiempo de Gunnar Mendoza, era una sala de trabajo sin elegancia donde el director recibía con formalidad a los visitantes y vigilaba a los empleados inclinados sobre su mesa. Se oían los ruidos mecánicos de las viejas máquinas de escribir.

La linda puesta en escena que descubro va a desaparecer dentro de dos meses. El ANB se instala en un edificio nuevo, a unas cuadras de la calle España.

24 de octubre

A las 09.00, salida por Cochabamba. Tiempo todavía sin nubes. Cruzamos los ríos Choquemayu y Sacramento. Los pueblos parecen cada vez más prósperos. Lomas reverdecidas por la primavera y las primeras lluvias. Carretera de tierra ancha siguiendo por encima las terrazas cultivadas del río. Rojos y verdes violentos.

Aiquile, pueblo-calle coqueto, de esos que viven del pasaje de los camiones y flotas, que se alimentan de sus cuentos y productos.

De Aiquile hacia Mizque, la carretera empedrada circula entre cerritos antes de llegar a la larga cuenca de Mizque. Vegetación de matorral verde y espinoso.

En Mizque, unas casas antiguas, pero aruinadas, muestran quizás lo que pudo ser la plaza antaño. La iglesia de fachada original ha sido muy retocada por la renovación pagada con la orgullosa contribución de los mizqueños residentes en EEUU. El retablo mayor ostenta cuatro ángeles sin ambigüedad y bien limpios.

Por encima de Mizque sube la carretera empedrada sobre cerritos, encima de desfiles hasta llegar al paso de los libertadores. El pueblo de Suki se mantiene sobre una cresta con fuerte y permanente viento que mueve la paja de los techos.

Llegamos al atardecer sobre la cuenca de Cochabamba y su lago de luces. En las lomas, tunas (¿o nopal?), en la cuenca campos de riego. Arani tiene una iglesia más grande que el pueblo, en renovación. Riqueza pasada ostentosa. Viento de tormenta en las palmeras de la plaza.

Después de Arani, la urbanización creciente de los últimos decenios se lo comió todo. De la época de Vargas han sobrevivido unas iglesias y buena parte de sus estatuas y retablos; algunas chozas. Poca cosa.

[...] Andaba fugitivo en los pueblos de Arani Tarata, Toco y Clisa, donde algunos me cobijaban. [...]. Como tenía regular letra, por entonces me ocupaba en este ejercicio logrando conseguir el alimento preciso y vestir mi desnudez como podía.

25 de octubre

08.30, salida de Cochabamba. Buscamos la carretera a Independencia, ex Palca, que fue uno de los cuarteles de la guerrilla de Ayopaya. Ahora no existe un camino directo desde Cochabamba y se tiene que seguir un desvío mucho más al sur para regresar al NO del valle. Desanimados, nos orientamos hacia Morochata, por Quillacollo. Por falta de tiempo, no iremos a Independencia, ex Palca, donde murió lastimosamente el comandante Eusebio Lira, asesinado por sus propios hombres con una bala en la espalda, y donde fue capturado por los realistas otro comandante, el más famoso: José Miguel Lanza.

Subida rápida, violenta, encima del valle. Pasando el puerto de Lallave, se llega a una cocha glaciar. Circo montañoso y frío. Se oye un ruido de ríos o de cascadas. Pasados dos puertos en relieves altos de huellas glaciares, por día de nubes subiendo y neblina, se entra en el valle de Morochata, templado, poblado, de campos cultivados hasta donde se puede.



Papas, verde tupido con flores moradas. Habas de flores blancas y negras. Cosecha de papas nuevas. Al borde de la carretera, unos sacos llenos esperan el camión que los llevará al mercado de Quillacollo y de Cochabamba.

El valle es alegre, bucólico, apacible, de hábitat disperso con el pueblo en el valle abajo. Pueblo de falda de montaña, con iglesia nueva sin encanto. Sobre la plaza, unos cipreses grandes que debían existir en los años 1800.

Se notan casas antiguas y el viejo camino donde suben todavía mulas y caballos cargados. Alternan chozas de un piso con casas más acomodadas de dos pisos con balcones.

Pido al responsable del distrito, cuya oficina se encuentra en la esquina de la plaza, que me indique qué recuerdo se conserva aquí de la guerra de independencia. Se sabe que Morochata, situada sobre el camino real, sólo era pueblo de comunicación. El erudito local, profesor Guido Mercado, se ha ido de viaje. Ninguna calle, ningún edificio oficial lleva el nombre de uno de los guerrilleros.

Morochata, que dominaba la cuenca de Cochabamba desde el paso de Llave, era el refugio cómodo de uno de los caudillos más pintorescos del Diario. Un valle acogedor de donde se subía rápidamente hacia los puertos desde los cuales se miraba al rico valle, sus campos y sus recuas de mercancías. Con cierto malestar, José Santos Vargas reconocía que el comandante Pedro Álvarez, a pesar de todo héroe de la guerrilla que merecía una hermosa oración funebre, era también un bandido. Y en cuanto a Miguel Mamani, truculento capitán indio, Morochata fue tanto su lugar de fuga como el de su muerte, “por causa de la chicha”.

Dicen que estaba viviendo a la Patria y hablando incendios contra el rey y sus jefes a gritos en que él era Miguel Mamani y que de balde habían dicho que era muerto, echando mil aijos, tratántolos y amenazándolos a los soldados del rey. Estos oyeron y lo sacaron de ay entro, prontamente corrió el uno de ellos, dio parte en que Miguel Mamani había caído y que estaba ebrio. Entonces mandaron muy de pronto los jefes de aquella prevención cuatro soldados a que en el acto le tirase antes que se vuelva perro o caballo o piedra, que así había escapado muchas veces. Así fue, lo mataron, le cortaron la cabeza, se lo llevaron. Así murió el infeliz por causa de la chicha.

26 de octubre

09.00, estamos en el aeropuerto en busca de Modesto, el chofer, que ha recorrido los valles durante diez años al servicio de la Corte Nacional Electoral. Tiene fama de ser el único capaz de ubicarse en este laberinto. Lo demostrará efectivamente a lo largo del viaje.

Pasamos una hora en busca de bidones: no hay surtidor de gasolina en los valles. Mientras buscamos, Modesto nos cuenta los largos meses pasados en la provincia Inquisivi al servicio del Dr. Costa Arduz, vocal de la Corte Nacional Electoral.

12.00, Parotani, huerta, cuenca verde entre cerritos.

Subida seca, rocosa, andina. De Sayani, a 4.100 m, se percibe el antiguo camino a Tapacarí. Por Pongo (4.000 m) se entra hacia Independencia, por el nuevo camino. Challa Grande, 3.950 m. Nos paramos por Confital, cuyo nombre de golosina contrasta con lo que es: un pueblito-calle, bajo una brusca caída de nieve y granizo. La cumbre pasa los 4.495 m.

Falsuri a las 14.40. Ancacota a las 14.47. A las 15.04 tomamos el cruce de carretera por la derecha y llegamos a Caluyo a las 15.13. Venimos a buscar a don Constancio, el procurador de la zona, quien conoce a toda la gente valluna. Nos abre la puerta de su corral, se emociona viendo a Modesto, nos hace entrar en su cuarto, con suelo de tierra. Ha tenido un ataque el 19 de marzo último y se quedó mudo varios meses. Despacio, reempieza a andar y hablar. “No era así, no era así”, musita Modesto conmovido.

Don Constancio, con esfuerzo, habla de la iglesia de Caluyo, que ha sido despojada de sus cuadros hace poco por ladrones, y del recelo de la gente. Tendremos que presentarnos a todas las autoridades, que son muchas en los valles, aunque sin recursos. Le pregunto sobre Mohosa y la hacienda de Chacarí, donde Vargas vivió y acabó su vida. “En Chacarí no quedan más Vargas, son cuatro hermanos Cáceres. Son cristianos, no son católicos. Y el monte Chicote ardió, ardió”. Entiendo que ciertos campesinos del valle ahora son protestantes, mientras Radio Baha’i invade la zona. Nos dirán, unas hora más tarde, que no queda un solo cura en la zona desde hace muchos años. En cuanto al incendio del cerro Chicote, ¿se podría haber conservado aquí el recuerdo del incendio del 21 de junio de 1817?

En el mismo alto del cerro hicimos alto, más se nos cargaron, nos tomaran toda nuestra cumbre, y nosotros en el bajío. [...] Nos vimos en el último peligro de caer prisioneros o morir desbarrancados, porque ya no había ningún modo como escapar ni dar paso adelante [...]. —Mi comandante, quememos el pajonal y así escaparemos quizás. El enemigo está arriba [...].

—Muchachos, como puedan peguen fuego.

Así lo hicimos. En un minuto se abrazó casi todo el cerro, como ayudaba el viento de abajo para arriba y las pajas tan bien crecidas que casi lo perdía a un hombre. [...] Las oladas que se levantaban del fuego eran las que más metían miedo no digo al piquete que nos avanzaba sino era capaz de atemorizar a un ejército todo. [...] Las cartucheras quemadas parecían chicharrones que estaban volando por los aires.

Nos despedimos del cansado procurador. Tendremos que viajar en los valles sin el apoyo de este guía.

Quedan minas de plata en Caluyo, lo que explica cierta actividad. No parece que hayan casas abandonadas.

A partir de este momento, cada pueblo, cada lugar, cada relieve tiene su correspondencia en el Diario y sigo el viaje con mapas contemporáneos (las de 1/50.000e del IGM) y el índice toponímico de las dos versiones del Diario que he elaborado sobre la base base del trabajo de Gunnar Mendoza.

Seguimos carretera arriba, hacia Alto Cañaviri. Campos de cebada, recuas de llamas cargadas de abono. A mano izquierda, Challacani, la comunidad Chullunquía. Llega una tormenta de nieve. Después del cruce de la carretera a Caquena a mano derecha, llegamos a Bellavista, un pueblo-fantasma.

Una señora sola, preparando sus papas, nos cuenta la muerte reciente de su vecina, que tenía una tienda para satisfacer el hambre y la sed de los pocos camioneros que llegan hasta este pueblo de casas arruinadas; no parece quedar un solo hombre en este lugar. Un mundo de mujeres de edad, sobrevivientes a no se sabe qué cataclismo. Le pregunto sobre la guerrilla de los valles. Ella no sabe, quizás sí, que ardió el cerro de Chicote, pero no sabe más.

Entramos en el valle de Mohosa, como en el de Morochata, brusco declive rocoso al cual suceden rápidamente campos de habas, cebada, avena, papas y arvejas. Llegamos sobre la plaza del pueblo bajo una fuerte lluvia. La iglesia y la plaza son gigantescas para las dimensiones actuales del pueblo. La plaza, donde quedan sin embargo, como huellas de un tiempo mejor o fútil, un pequeño quiosco y una fuente de piedra, es un campo de papas dividido en cuatro, rodeado por canales de riego.



Quizas es la única plaza mayor de hispano-América donde se cultivan papas... En el centro, la cosecha amontonada se cubre de plástico y de paja. Es día de fiesta varonil: se celebra el comienzo de los trabajos para un colegio. El grupo de los vecinos toma aguardiente. Nos presentamos al Corregidor, después nos refugiamos en el jeep, mientras siguen la lluvia fría y la borrachera. El tiempo pasa, nosotros estamos mojados en el coche.



Nueva entrevista con el muy joven Corregidor, colaborador eventual de Radio Baha'i. Propone organizar un encuentro por la noche con las otras autoridades, que no faltan, el valle cuenta con 26 comunidades. Debate tenso con gente que rehúsa ser filmada. Quiénes somos, por qué pretendemos recorrer los valles en el momento del decreto del ALCA; además mencionan que hubo varios robos a la iglesia... Mala noche vamos a pasar. Hay que explicar, mostrar papeles y libros. La reproducción facsimile de la portada del segundo manuscrito de Vargas actúa mágicamente, aunque el nombre de Vargas es desconocido. "Diario de un comandante de Mohosa". Aquí no se sabe más que de Lanza. Nos dicen que José Miguel Lanza murió defendiendo Mohosa y que por eso se le cambió de nombre al pueblo.

Noche perturbada por los gritos de tres borrachos, uno durmiendo en un cuarto aliado de la sala donde descansamos. Me despierta la luz de la luna que se levanta sobre el cerro por detrás de la iglesia. Asno y gallos nocheros.

27 de octubre

Amanece a las 06.00. Ruidos de pueblo andino. Pájaros y radio gritando el sermón dominical del cura o más bien del pastor protestante. Entre las 07.00 y las 09.30, espera, negociación y tensiones para conseguir acceso a la iglesia. Por fin, llegamos a entrar con un largo grupo de hombres que nos siguen de cerca, hasta atreverse a tocar la cámara sobre su tripode.

Observando las dimensiones de la nave, se entiende cómo el templo ha podido servir de asilo, tanto a la tropa del subdelegado realista Oblitas, cuando el comandante Lira lo perseguía por haberle robado a su amante, como a la tropa federal que murió aquí en 1899 en manos de los comuneros.



El edificio se encuentra en muy mal estado. Las dos torres amenazan con caerse pronto y se abren grietas en las paredes del edificio. La belleza del conjunto, arquitectura como estatuas, púlpito y pinturas (al menos, lo que ha sobrevivido a robos y detrucciones) es sorprendente. ¿De dónde viene este modelo de ángeles con manos desproporcionadas?

Un poco antes de la expedición de Reseguín, que se encargó de aplacar la última resistencia de los partidarios de Túpac Catari en los valles, las imágenes del culto habían sido escondidas; lo que quedaba fue saqueado y el pueblo incendiado. Treinta años más tarde, en el tiempo de la guerrilla, apareció una virgen protectora del caudillo Lira.

El 18 de agosto, mandó Lira solemnizar una función grande a una imagen que se venera en esta iglesia bajo la advocación de Nuestra Señora de Icoya. Se espresaba el comandante [...] que la imagen de Icoya le había salvado de los peligros en que se encontraba el 21 junio de este año en el cerro de Chicote y el 9 de julio en Sibuas en manos de sus oficiales.



La imagen ha desaparecido. La virgen que se venera hoy, pequeño bulto de creación reciente, es la Guadalupe que se celebra el 8 de septiembre en todos los valles.

Y la imagen del santo protector del pueblo, Santiago de Mohosa, aparece estrafalaria, sin armas, sin caballo, desplomado sobre un sillón y cubierto con una sábana.



Nos despedimos de los mohoseños con la promesa de mandarles copias del Diario de Vargas, mientras un vecino nos acompaña hasta Orurovilque, donde tiene lugar una feria.

Verticalmente a la carretera, se ve el río de Ayopaya que ordena el relieve de la región, los principales pueblos como Pampajui u Orurovilque quedan en un promontorio.

Dejando el cruce a Coriri a la derecha, seguimos a Pocusco. Al final de la mañana adivinamos el cerro Chicote bajo nubes y con lluvia. Subimos en lo blanco de la neblina. En vez de los accidentes del cerro, notamos sólo los baches de la carretera.

Llegamos a Pocusco, con el río de Ayopaya al fondo, donde bajamos pronto. Desayunamos al sol, entre la arena y los guijarros del río. Encima, vegetación de monte caluroso.



Seguimos atravesando el río, cuyo lecho rocoso representa el único acceso al pueblo de Pocusco; todavía el agua es poca. Calor de fondo de valle. Sobre bancos de arena, piedras enormes, cantos rodados por la corriente. En una media hora de subida desde el río llegamos al cementerio de Pocusco, que mira al cerro Chicote. Si queda algo de Vargas, serán sus huesos aquí.

El pueblo es de creación reciente. En el siglo XIX no había sino haciendas y chacras dispersas. Charlamos con algunos vecinos y con el director de la escuela, ellos confirman que no quedan Vargas en Chacarí; en Pocusco, uno solo lleva este apellido: Severino Vargas, pero no sabe más de sus antepasados y no está ahora. No se sabe nada del pasado de este lugar. Les muestro el Diario (edición de 1982). Reaccionan con la misma sorpresa que los vecinos de Mohosa, el mismo sentimiento de que se les ha escondido algo que les pertenece.

Queremos ir a Chacarí, la finca donde se instaló José Santos y donde probablemente acabó su vida. Pero hay que volver atrás, bajar y entrar otra vez por el río. Eso cuadra con lo que escribe el cronista: de Chacarí se va directamente al río, sin pasar por Pocusco, y se sube al cerro Chicote, donde él se refugia con toda su familia cuando entran a Mohosa y Pocusco las tropas realistas venidas por Tapacarí o por Sicasica.



Si volvemos a Chacarí, tendremos que anochecer aquí y no podremos acabar la vuelta hasta Irupana durante el poco tiempo disponible del chofer, prestado por la CNE sólo por cuatro días. Con mucha frustración, tomo la decisión de no ir a Chacarí, cuyos campos se ven al sol, saliendo de Pocusco. Vargas había escogido bien su tierra.

Una media hora después de nuestra salida de Pocusco llegamos a la cumbre, desde donde se nota el cerro de Amutara, situado casi exactamente a 180° del de Chicote. Amutara, roca negra tapada de nubes y de nieve fresca. La geografía del Diario se precisa con estos dos cerros, el uno (Chicote) espacio de combates, el otro (Amutara) lugar de sacrificios y matanzas donde la guerrilla encarga a sus indios matar a los prisioneros como cumpliendo un rito, “a palos, lanzazos y pedradas, lastimosamente”.

Durante dos horas atravesamos un desierto de cumbres y pajonal bajo la nieve. Divisamos un pueblo sin nombre que fue una mina, abandonada al presente. Se nota todavía el hueco del socavón, el agua que corría por tres estanques. Después de una cocha de medio hielo, anacarada, seguimos un recorrido errante en tierras de hielo, viento y paja brava por donde pasan recuas de llamas.

A la puesta del sol llegamos al cruce de las carreteras por Siguan y Cavari. En los montes de Sihuas se escondía el comandante Lira en la hacienda de su

madama y en Cavari se reunían las tropas para dar asalto a los Yungas. Escogemos Cavari, por la izquierda. Otra vez entramos en valle templado, flores y copa de árboles de monte. Llegamos a Cavari con la noche.

28 de octubre

Hoy es cumpleaños de José Santos Vargas, nacido en la villa de San Felipe de Oruro el 28 de octubre de 1796.

Despertar a las 05.30 con los gallos. Paseo al borde del pueblo, medio abandonado, como muchos otros pueblos de estos valles que hemos visto. Campos de maíz. Quedan las huellas de la cosecha pasada, todavía no se ha sembrado. Los vecinos que viven afuera vuelven a su pueblo de origen para la fiesta del 8 de septiembre, como en *Mohosa*.



Desde este perfecto promontorio se tiene la vista más linda sobre el relieve y el río de Ayopaya, muy abajo. Cavari constituía el lugar de reunión de las varias tropas de guerrilla de los valles y de sus aliadas de la cuenca de Cochabamba cuando se preparaba una expedición a los Yungas de Irupana. Difícilmente se podría imaginar lugar más adecuado. Al fondo del valle, el río parece seguir como la ruta más directa hasta las riquezas de Irupana.

La iglesia de Cavari (nueva, fea) ha conservado la antigua torre y su campana, y un atrio bastante grande como para acoger a una tropa haciendo noche, confirmando un detalle del Diario: "La tropa hizo cuartel en el atrio de la iglesia". Aparece verosímil que Cavari hubiera sido un lugar de reunión durante el verano; sin embargo, en agosto o septiembre, el pueblo pasa un mes incomunicado por la nieve y el hielo. Modesto nos cuenta que hace diez años dos comisionados que salieron en busca de un sacerdote para un enfermo murieron de frío al pasar por la cordillera.

Saliendo de Cavari y persiguiendo el objetivo de la guerrilla hacia Irupana, no podemos seguir su misma ruta: las carreteras directas de los valles a los Yungas que seguían el lecho de los ríos han desaparecido. Tenemos que subir otra vez hasta el altiplano para entrar a los Yungas por Quime e Inquisivi. De Cavari, pasamos el cruce de Ciba, dejando a la derecha el cruce a Luruta y Rea Rea. Antes de llegar a Colquiri atravesamos una cordillera pelada y una semillanura con nubes y viento. Al final de la mañana se nota Colquiri y la mina Argentina.

Llegando a Caracollo, bajo nieve, podemos comprar gasolina por primera vez desde hace tres días.

Después del almuerzo, salimos por Pandero y tomamos el camino a Quime, que cuenta con diez kilómetros de asfalto. Sospechamos que dimos la espalda a los valles. Empieza a divisarse la cordillera nevada de Kimsa Cruz. Pasamos por Villa Panchuni, Yahuachaca, y Caxata (que depende de Yaco), pueblo con puesto de polida, medio arruinado.

Una hora más tarde dejamos a la izquierda la carretera a Haraca, bajando, que llega en tres horas hasta el pie del Illimani, que no veremos del todo este día gris. Hay que pasar por un lago grande, azul y verde. Haraca representaba uno de los pueblos exteriores al área de la guerrilla, pero donde ella incursionaba en busca de botín.

Al lado de la carretera aparece la gran apacheta de Tres Cruces. Después de esta cumbre empieza la bajada a Quime por un desfile mineral. A Huañacota (río seco), una represa con central eléctrica, digitales rosas y púrpuras entre las rocas y cactus floreciendo. Se ven los edificios con techo de calamina de la mina Argentina encima de nuestro camino.

El desfile estrecho del río Quime sigue por Pongo; sobre las pendientes, bosques uniformes de eucalipto que hacen la prosperidad de la zona.

Llegamos a las 16.00 a Quime, grande, próspero, activo, como arrogante después de la indigencia de los valles. Comercio, intercambio, plata que parece fácil. Nos cuentan de fiestas memorables en las que se gastan miles de dólares en una noche.

17.15, llegada a Inquisivi. La plaza mayor ostenta el nombre de Pedro Domingo Murillo. Pueblo menos importante que Quime, pero que lleva también un toque de prosperidad reciente. Fuera del nombre de Murillo, no parece haberse conservado huellas del pasado y ningún contacto con los valles a pesar

de haber sido, después de la independencia, la capital administrativa de la zona de Mohosa.

Seguimos hasta Licoma, donde queremos dormir. Bajada fuerte, monte tupido, cruzamos el río Quime, de aguas crecidas. Sobre el camino se cruzan carboneros montados a dos sobre una moto Jawa, y caminantes con espalda cargada y el machete en la mano. Dejando Xitacuma (?), tierra de duraznos, por la derecha sigue la carretera a Frutillani, Arcopongo y Kosko. Nuestro camino se va por la izquierda. Anochecer sobre Inquisivi; a lo lejos se notan los relieves de los valles.

Llegados con la noche a Libertad-Licoma, nos alojamos en una casa de la plaza. La dueña se queja de la gente del lugar, que son borrachos y que por eso no tiene cerveza en su casa, que después de borrachos se pelean, que le han robado bidones de miel, entrando por la ventana.

Las noches en los valles eran sin luz eléctrica, campestres. A estos Yungas ha llegado la luz artificial y los ruidos de la ciudad. Hasta muy entrada la noche gritan los altavoces de ENTEL: “Fausto Mamani” o “Roberto Choque tiene una conferencia telefónica dentro de 5 minutos”. Y la Alcaldía repite la lista de los vecinos cuya casa será fumigada mañana contra las vinchucas. En la casa misma, se nota una agitación ruidosa.

Licoma era un pueblo medio abandonado hace poco. Cuando llegó la electricidad, hace dos o tres años, la gente regresó.

29 de octubre

Un poco antes de las 04.00 me despierta una lluvia ruidosa, tupida, que se calla al cabo de 20 minutos. Truenos. Al alba, salgo a visitar el pueblo. Reempieza la lluvia a las 06.45.

Los ruidos de la noche se van explicando: le han robado otra vez a la dueña, cuatro cajones de abejas robados en la casa hacienda que tiene en las afueras del pueblo. “Se necesitaría una chicotería a estos ladrones (que son del pueblo mismo). Como en Cochabamba y en Santa Cruz, donde los vecinos les matan a chicote, después de cortarles las orejas”. Como ella lo ha visto en la televisión.

Salimos a las 07.45 con llovizna y neblina. Cruzamos el río Licoma de aguas crecidas y tomamos a la derecha el camino a Suri.

08.30 Suri. El pueblo es todavía más pequeño que Licoma. En mayo produce toneladas de chirimoyas. La casa de Murillo restaurada en la plaza, aislada al lado de la torre de la iglesia, como si hubieran desaparecido casi todas las casas de un lado de la plaza mayor para dar más espacio a la cuna del héroe. Árboles de la plaza, un inmenso tajo con lichen. Por ser alejado de la carretera principal, Suri ha conservado una apariencia del siglo pasado. Pero comparte con lugares más agitados las mismas fuentes de riqueza, frutas y coca. El pueblo parece haberse

quedado con el encanto que capturaba a los viajeros del siglo XIX, sueño de paz pueblerina y tropical, afuera del tiempo.

A partir de los altos de Suri, donde mujeres están cosechando coca, el campo tiene olor a curry, a veces a madera recién quemada. Las faldas de Yungas, como siempre, vestidas de nubes. En las zonas más calurosas se impone el ruido fuerte, molesto, de cigalas locales. Águilas en el cielo de Cajuata. A partir de esta zona vamos a cruzar grandes Toyotas de ONG que, lo notamos de repente, nunca habíamos encontrado en los valles.

Al final de la mañana llegamos a Cajuata, al cabo de una fuerte y lodosa subida donde se ha atascado una camioneta llena de palmas. Pueblito-calle sin encanto ni carácter, sin iglesia, pero sí templo adventista. No llegan flotas a Suri. En Cajuata hay una salida diaria a La Paz.

A la salida de Cajuata hay dos caminos, uno ancho, otro estrecho que vamos a tomar. Al frente, minas de oro. Cocales y oro...

Se abre el paisaje, se acaban los desfiles, aparecen cocales sobre todos los pendientes.

En Cañamina, otro pueblo-calle, no queda tampoco edificios del siglo XIX. En esta zona la guerrilla de Ayopaya producía su fuente de recursos más abundante, la coca, que mandaba vender lejos de los valles para sacar más ganancias.

El 18 de junio, mandó el comandante Lira a su segundo don Pascual García con una compañía de 60 hombres armados de infantería al punto de Sircuata con orden expresa de hacer recoger la mitad de los cocales, que es la cosecha de la hacienda de Cañamina que el rey lo tenía, propiedad del doctor Plata, un hombre muy patriota.

A la salida del mismo pueblo se nota una granja aislada sobre una loma donde se capturaron “chorros” y se descubrió un laboratorio clandestino hace dos o tres semanas. Es probablemente la primera vez en este viaje que podemos observar una continuidad histórica, pero no corresponde exactamente a lo que esperábamos.

13.45, otra vez, cruce del río. Desde Cañamina, mangos cargados de frutas pendientes a lo largo del camino. Plátanos, naranjos, papayas y unas casas de palmas, de las últimas que quedan; ahora se construye con adobe hasta en las zonas calientes. En el tiempo de la guerrilla, Vargas podía describir la sorpresa de un oficial descuidado que se despertaba sin su sable, robado a través de la pared de caña.

Desde arriba, el valle de Miguillas cargado de aluviones parece cuadrado. La carretera pasa encima del cruce de Miguillas con el río La Paz, donde fue capturado Lanza casi al final de la guerra, mientras fugaba hacia los territorios de los Mosetenes.

Cerca de la plazuela, mangos, mangos y mangos. Media hora después, vuelta a los cocales mientras el terreno se vuelve más seco. Divisamos Irupana, que

cubre todo un rellano encima del río, como la vieron los guerrilleros agotados por la marcha bajo la lluvia, sin municiones pero con rabia.

Se mojaron enteramente los soldados sin tener cómo ni dónde guarecerse ni poder cómo asegurar los paquetes de munición; tal fue la mojazón que de muchos soldados parecían masas los paquetes. [...] El 25 de abril [de 1822] divisan el pueblo de Irupana, casi el sacrificio.

15.45 estamos en Irupana, el último objetivo de nuestro viaje. La plaza Victorio Lanza, aunque plaza mayor, aparece a los bordes del pueblo, activo y grande, donde los mercados se han desplazado en dirección de la parte que domina el río. A pesar de la estatua del prócer de la independencia que observa la entrada de la ciudad, el pasado parece alejado de la vida activa de Irupana. En la plaza, el tiempo no parece tan apurado; unos viejos sentados cerca de una mujer haciendo diestramente cigarillos con tabaco local toscamente cortado. La bulla de los camiones no llega hasta aquí. Pero no es por eso que el recuerdo del papel de Irupana en la historia de la independencia se haya conservado. La plaza Victorio Lanza es solamente un espacio de unos metros cuadrados apacibles cuya memoria es la de vecinos preocupados por asuntos domésticos.

No nos queda nada que hacer por aquí. Regresamos a La Paz por la carretera de Chulumani.

La modernización del país ha modificado profundamente la percepción del espacio en la zona donde actuó la guerrilla de Ayopaya. A principios del siglo XIX, los valles aparecían como una zona clave, controlando el acceso al altiplano, a la cuenca de Cochabamba, a los Yungas. Pero han desaparecido los caminos que conectaban los pueblos entre sí por una carretera a media-falda o siguiendo una red orográfica dominada por el río de Ayopaya, que orientaba naturalmente los valles hacia los Yungas. Donde pasaban las mulas (hasta las que llevaban artillería de montaña), los caballeros y los infantes, ahora no entran coches ni camiones. Cada valle se ha quedado aislado, callejón sin salida, donde se entra por un camino troncal que sale del altiplano y se divide a pata de ganso. En muchos pueblos, medio abandonados, no hay electricidad y no llegan las ondas de las emisoras de radio, no hay médico, pero sí escuelas donde no se enseña la historia de los valles porque no se conoce lo que se ha escrito sobre su participación en la rebelión de Túpac Catari, nadie ha entendido hablar del Diario de Vargas y mucho se ha hecho para olvidar la guerra federal.

A la luz de esta experiencia, la permanencia de la memoria a pesar del tiempo y de los cambios aparece como un postulado dudoso si no existe una voluntad (religiosa, étnica o política) de mantenerla y un cuerpo de especialistas (curas, políticos, maestros, científicos...) encargados de elaborar y difundir su versión canónica del pasado.

El viaje me dio a entender la estructura de cada valle que permitía cierto control del acceso por arriba —el cerrojo [*le verrou*, en el sentido geográfico]— de Lallave que cierra el valle de Morochata es el mejor ejemplo y no hay que extrañar si este valle fue el refugio de los guerrilleros más ambiguos del Diario, medio combatientes, medio bandoleros. Permitía también el escape por abajo, por el lecho de los ríos, y ofrecía la posibilidad, más allá de los Yungas, de huir hasta el territorio de los chunchos. Cada valle, compuesto de varias comunidades, abrigaba un pueblo principal, situado a medio camino del valle como en Morochata o en Mohosa, o sobre sobre un rellano, un promontorio expuesto al sol y dominando el río, como en Cavari y los pueblos de los Yungas.

Mohosa sigue tan fascinante como durante los siglos pasados. A pesar de su alejamiento de las fuentes de riquezas contemporáneas, la población se ha conservado numerosa (aunque esta afirmación necesitaría ser verificada en los censos) y activa. Su espléndida iglesia, que ofrece mil preguntas que resolver a los historiadores del arte a pesar de haber sido despojada tantas veces, necesita intervenciones urgentes para protegerla. Mohosa, que tanto ha participado en la historia del país, necesita ser reintegrada en el conjunto nacional.

Es obvio que el Diario de José Santos Vargas debe tener un papel en este proceso. A nosotros, historiadores, nos toca actuar para ayudar a su difusión fiel, verificando que su complejidad sea puesta a salvo de toda simplificación abusiva. Hay que devolver a estos muertos y a estos pueblos el recuerdo que se les debe, haciendo reconocer, por ejemplo, a Eusebio Lira, y no a José Miguel lanza, como el fundador de la guerrilla y auténtico vecino de Mohosa. Pero no se puede disimular que la historia que cuenta Vargas es tan violenta y cruel como heroica.

Publicado con la amable autorización de Florencia Ballivián, editora del número de la revista Historia y Cultura, donde se publicó este relato (Historia y Cultura, N° 28-19, La Paz, julio de 2003, pp. 273-293).

Índice onomástico y toponímico

A

- Abancay, 252, 259, 281
Abascal (Joaquín Abascal, virrey del Pérou), 251, 340
Africa del sur, 345, 361
Aguilar (José María), 384
Aguilera (Francisco Xavier o Francisco Xavier de Aguilera) 245, 285, 313, 405
Aguirre (Fermin), 46
Ajamarca, 37, 425
Aleman (Mateo), 388
Allende (Pedro), 75, 87
Alto Perú , 19, 24, 27, 35, 40, 43, 49, 56, 62, 67, 74, 78, 101, 102, 104, 109, 126, 133, 145, 146, 147, 148, 150, 151, 153, 160, 161, 162, 164, 165, 166, 170, 172, 182, 184, 186, 190, 192, 195, 198, 201, 203, 216, 220, 224, 226, 249, 250, 251, 252, 253, 254, 256, 264, 271, 277, 281, 286, 287, 294, 302, 307, 316, 319, 320, 340, 341, 342, 344, 353, 361, 364, 367, 369, 370, 371, 373, 374, 377, 384, 387, 391, 397, 398, 399, 401, 404, 405, 410
Alto Ver El Alto, 143, 425, 426
Alvares Ver Alvarez (Pedro), 83, 217
Ameller, 203
América, 21, 22, 35, 62, 83, 98, 128, 133, 135, 136, 137, 138, 139, 140, 142, 143, 158, 161, 162, 192, 193, 197, 232, 245, 249, 251, 252, 258, 260, 270, 274, 277, 289, 291, 305, 320, 339, 340, 342, 343, 344, 345, 348, 350, 352, 353, 355, 357, 360, 361, 364, 373, 377, 387, 396, 400, 401, 405, 406
América del Sur, 18, 20, 140, 144, 162, 340, 342, 343, 375, 397, 411
América española, 18, 22, 42, 300, 346, 347, 348, 349, 350, 356
Amutara, 23, 377, 441
Andes, 18, 22, 28, 34, 36, 46, 48, 51, 54, 61, 78, 102, 135, 138, 139, 143, 158, 159, 161, 165, 170, 185, 201, 203, 208, 213, 220, 233, 240, 245, 276, 293, 294, 299, 341, 342, 347, 349, 354, 356, 357, 358, 359, 365, 367, 375, 377, 381, 392, 400, 402, 403, 404, 410
Anglada (Francisco, subdelegado), 170, 189, 190, 191
Angulo (José), 376
Anjueluni, 155, 383
Antezana (Agustín), 31, 32, 96, 155, 252

Antillas, 353
 Añuchiri, 177
 Aragón, 361
 Arani, 42, 420, 422, 431
 Aranibar (Manuel Diego de), 180
 Araoz de La Madrid, 357
 Arconpongo, 191
 Arcopongo, 209, 223, 444
 Arenales (José), 147, 396
 Arequipa, 203, 216, 284, 340, 358, 368, 377, 395, 413
 Argentina, 20, 37, 150, 158, 159, 161, 173, 238, 254, 255, 256, 277, 343, 392, 395, 396, 397, 406, 443
 Argüello (Benito), 326
 Arias (Pedro), 85, 92, 265
 Arque, 209, 325, 420, 421, 422, 423, 424
 Artigas (José), 193
 Arze (Esteban), 147, 302, 315, 323, 339, 403
 Astete (Ventura), 356
 Asúa (Pedro Antonio), 97, 245
 Atacama, 208, 215, 400
 Ayacucho, 36, 75, 87, 169, 173, 182, 286, 391, 393, 397, 405, 411
 Ayaviri (Manuel), 315
 Ayllón (Juan Bautista), 107, 122, 382
 Ayo-Ayo, 409, 426, 427
 Ayopaya, 20, 21, 23, 32, 36, 37, 38, 52, 57, 58, 70, 72, 90, 94, 99, 116, 128, 139, 148, 149, 150, 155, 176, 190, 198, 200, 201, 210, 216, 233, 257, 258, 286, 303, 306, 307, 308, 309, 310, 311, 333, 368, 376, 377, 384, 391, 394, 404, 410, 417, 419, 420, 421, 422, 423, 424, 425, 431, 439, 442, 445, 446

B

Balcarce, 38, 127, 368
 Ballivián (José), 56, 60, 75, 173
 Barcelona, 136, 203, 356, 401, 402, 403, 405
 Bascopé (Pedro), 271
 batallón de Extremadura, 249, 250

batallón de la Reina, 160, 179, 268, 269
 batallón de los Aguerridos, 157, 171, 172, 200, 256, 257, 261, 392
 batallón de Talavera, 160
 batallón Talavera, 249
 Beaufre Ver Général André Beaufre, 197, 269, 401
 Belén, 40, 224, 319, 320
 Belgrano, 139, 140, 147, 151, 207, 215, 216, 252, 263, 344, 373, 397, 405, 409
 Bellavista, 368, 434
 Belzu, 29, 30, 60, 61, 75, 116, 246
 Benavides (Vicente), 163, 193, 358
 Blanco-White (José), 351
 Bogotá, 220, 344, 349, 406
 Bolaños, 217
 Bolívar (Simón), 36, 412
 Bolivia, 18, 19, 20, 24, 28, 33, 34, 39, 40, 44, 61, 69, 72, 84, 102, 127, 145, 158, 161, 171, 173, 210, 227, 396, 397, 398, 399, 400, 401, 402, 403, 404, 405, 407, 413, 415
 Bonaparte, 252, 335
 Borbones, 351, 357, 377, 405
 Bossuet, 365
 Brañes (Manuel), 56
 Buenos Aires, 18, 28, 35, 37, 38, 41, 55, 62, 78, 102, 103, 104, 110, 111, 116, 127, 128, 133, 139, 140, 144, 146, 147, 148, 149, 150, 152, 153, 158, 159, 162, 184, 193, 205, 215, 226, 228, 246, 259, 262, 264, 277, 278, 281, 286, 291, 292, 317, 319, 323, 326, 334, 339, 340, 344, 345, 349, 354, 356, 364, 367, 370, 373, 392, 393, 395, 396, 397, 401, 402, 403, 404, 405, 406, 407, 409, 410, 419, 420, 422
 Bustamante, 22, 181, 217, 218, 219, 231, 265, 280, 286, 287, 316, 329, 331, 332, 385, 386, 387

C

Cáceres (Juan Manuel), 44
 Cádiz, 62, 103, 111, 136, 161, 162, 179, 220, 221, 252, 340

- Cajuata, 170, 445
 Calamarca, 307, 399
 Calatayud, 361
 Calchani, 38, 155, 165, 417
 Calcina (Marcelo), 326
 Callao, 250
 Calorio Ver Velasco Calorio (José)
 Caluyo, 368, 433, 434
 Calvimonte, 228
 Calvimonte (Matías), 208
 Camargo, 157, 160, 274
 Cañamina, 37, 210, 211, 445
 Cañete (Vicente), 145, 208, 344, 345
 Canosa, 377
 Canterac, 201
 Capiñata, 38, 191, 223, 307, 417
 Capinota, 55, 210, 420, 422
 Caquena, 209, 434
 Caquiaviri, 227, 307, 315, 356, 375
 Carabuco, 377
 Caracollo, 49, 62, 111, 151, 179, 209, 219,
 306, 322, 412, 425, 427, 443
 Cárdenas, (Baltasar), 146, 151, 152, 215,
 216
 Carlos III, 354, 356, 358, 359
 Carlos IV, 352, 356, 359, 377
 Carpio, 240, 241, 279, 280, 322
 Carrera (José Miguel), 163
 Cartagena (Indio), 93, 371
 Castelli, 38, 147, 149, 150, 151, 175
 Castilla, 175, 212, 229
 Castillo (Andrés), 75
 Catari, 35
 Cavari, 29, 38, 45, 82, 119, 120, 129, 148,
 151, 155, 168, 169, 176, 177, 182,
 208, 209, 218, 223, 227, 231, 240,
 258, 260, 279, 284, 286, 036, 307,
 308, 309, 321, 326, 330, 376, 411,
 412, 417, 425, 441, 442, 443, 447
 Ceuta, 363
 Chacarí, 23, 30, 46, 56, 57, 86, 210, 239,
 264, 434, 440, 441
 Charapaya, 38, 150, 286, 304, 417, 419,
 420, 422
 Charcas, 35, 36, 43, 45, 46, 47, 52, 55, 104,
 129, 133, 138, 139, 143, 144, 145,
 146, 147, 149, 151, 154, 161, 162,
 163, 165, 166, 172, 173, 176, 178,
 184, 192, 196, 203, 208, 220, 221,
 224, 226, 231, 249, 250, 277, 279,
 281, 286, 306, 307, 308, 318, 321,
 323, 339, 341, 342, 344, 353, 354,
 355, 375, 392, 395, 398, 409, 421
 Chayanta, 147, 148, 208, 209, 315
 Chicote, 23, 31, 57, 86, 186, 225, 239,
 293, 368, 377, 411, 434, 438, 439,
 440, 441, 444
 Chile, 18, 141, 143, 145, 146, 159, 161, 163,
 173, 193, 195, 249, 254, 255, 270,
 281, 319, 341, 356, 364, 392, 395,
 396, 397, 398, 401, 404, 406, 410
 Chincheros, 303
 Chinchilla (José Manuel, comandante de
 la guerrilla), 22, 32, 83, 96, 106, 109,
 122, 123, 129, 152, 155, 156, 157,
 163, 164, 180, 181, 182, 183, 187,
 189, 191, 202, 213, 217, 218, 219,
 223, 239, 243, 246, 254, 256, 264,
 265, 271, 274, 276, 277, 278, 280,
 282, 283, 284, 285, 286, 303, 308,
 312, 322, 323, 324, 329, 330, 331,
 333, 334, 364, 371, 385, 386, 387,
 388, 410, 411
 Chinchiri, 155, 177
 Chiriguano, 103, 148, 176
 Choclara, 56
 Choquecamata, 38, 155, 417, 419
 Choquetanca, 37, 38
 Chorolque (capitán), 278
 Chulumani, 19, 38, 148, 170, 176, 209,
 210, 211, 221, 306, 315, 395, 446
 Chunchos, 307, 447
 Chuquisaca, 40, 44, 47, 109, 122, 145, 146,
 160, 172, 176, 212, 219, 252, 264,
 318, 340, 341, 353, 363, 395, 402,
 403, 410, 412, 413, 415
 Cincinato, 29
 Cisneros, 340
 Claderas, 265, 293
 Clausewitz (Carl von), 169, 201
 Cochabamba, 19, 22, 23, 29, 31, 32, 34,
 39, 40, 42, 44, 48, 49, 55, 76, 98, 102,

- 107, 110, 143, 144, 145, 147, 148,
150, 151, 152, 165, 170, 173, 176,
177, 178, 180, 181, 182, 185, 189,
190, 195, 198, 202, 207, 211, 212,
214, 217, 218, 220, 223, 224, 227,
232, 233, 238, 239, 240, 250, 252,
253, 254, 271, 272, 276, 278, 281,
284, 286, 302, 308, 309, 311, 318,
319, 322, 323, 325, 333, 339, 341,
353, 363, 364, 370, 380, 395, 396,
397, 399, 403, 404, 405, 406, 409,
415, 419, 421, 424, 425, 427, 428,
431, 432, 433, 442, 444, 446
- Cochimarca, 61
- Colombia, 18, 159, 173, 232, 254, 255,
256, 406, 412
- Colquiri, 38, 307, 417, 443
- Concepción, 210, 251, 356
- Condeauqui, 151, 152, 224, 452
- Condecancha, 229, 230
- Condo Goya, 33, 229
- Consejo de Indias, 42, 135
- Constitución de Cádiz, 162
- Contreras (Agustín), 80
- Contreras y Loayza (Manuel), 54, 55
- Coriri, 347, 439
- Coroico, 384
- Cortes de Cádiz, 62, 220
- Cristo, 111, 232, 275, 296, 298, 352, 354
- Cundinamarca, 344, 345
- Curito (caudillo de Santa Cruz) 160, 245,
278
- Cusi (Hilario), 372
- Cuzco, 34, 84, 94, 102, 111, 149, 153, 160,
161, 166, 169, 182, 203, 238, 245,
252, 255, 258, 259, 264, 281, 293,
315, 321, 328, 344, 350, 358, 360,
369, 372, 373, 376, 382, 395, 405,
406, 410
- D**
- Decius, 297, 298
- Democracia, 19, 56, 291, 292, 299, 328
- Desaguadero, 147, 164, 238, 251, 290,
412
- Diablo, 317, 359, 361, 370
- Días (Mariano), 215
- Dionisio Lira (padre del comandante Eu-
sebio Lira), 39, 152, 153, 216, 243,
290, 292, 293, 344
- División de los Aguerridos, 21, 55, 62, 84,
153, 157, 165, 171, 173, 182, 202,
212, 238, 260, 314, 322, 412
- División volante de operaciones del Perú,
32
- Don Quijote, 181
- Dumezil (Georges), 297, 402
- Durán (Melchor), 194, 242, 243, 253
- E**
- Eccles (Santiago), 259
- Ecuador, 291
- Escudero (Hermenegildo), 147, 303, 316
- España (Francisco, subdelegado), 79
- España, 21, 34, 35, 44, 62, 101, 135, 136,
137, 138, 139, 140, 141, 142, 143,
147, 160, 161, 203, 274, 320, 339,
341, 342, 346, 348, 349, 352, 355,
357, 358, 360, 361, 366, 373, 387
- Espartero, 203, 223
- Esponda (Romualdo Antonio), 363
- Esquivel de Ayala (José), 370
- Europa, 18, 47, 143, 161, 179, 193, 270,
296, 350, 358, 395, 426
- F**
- Fajardo (Santiago, comandante de la gue-
rrilla), 253, 254, 259, 273, 281, 282,
288, 325, 326, 327
- Falsuri, 165, 285, 342, 411, 433
- Farfán de los Godos, 372
- Felipe II, 357
- Fernando VII, 110, 137, 162, 221, 350,
351, 355, 357, 358, 359, 361, 365,
373, 401
- Fichte, 201
- Flores (Ignacio), 35, 37, 143, 395
- Flores (Manuel), 266, 369
- Fouché, 355, 430

French (colonel), 384

G

Gallegos (Julián), 274, 278, 295, 313, 317

Gamarra (Agustín), 32, 62

Games (Blas), 122, 382, 383

Gandarillas, 22, 103, 156, 181, 203, 218,
219, 276, 295, 324, 329, 333, 346,
389

García (capitán Pascual García, segundo
del comandante Eusebio Lira), 41,
156, 191, 211, 322, 329, 346, 445

García (Carlos), 259

García Pizarro, 47

Godoy, 138, 377

Goya, 230, 352, 355, 365, 366

Goyeneche, 146, 150, 151, 216, 251, 252,
339, 340, 368, 403, 430

Graneros (Pedro), 343

Guacaguayuni, 56

Guadalupe Ver Virgen de Guadalupe

Guaqui, 146, 150, 215, 226, 271, 307, 340,
344, 368, 403, 409

Guarachi, 307, 399

Guatemala, 355

Güemes (Martín), 143, 147, 158, 330,
410

guerrillas, 19, 20, 41, 70, 78, 140, 141,
146, 149, 152, 160, 162, 164, 196,
197, 198, 203, 204, 207, 212, 215,
217, 224, 232, 251, 264, 270, 275,
278, 279, 294, 313, 319, 320, 358,
394, 398, 404

Guevara (Ernesto "Che"), 72, 300, 403

Guillermi, 361

Guzmán (Marcos), 373, 388

H

hacienda de Santa Rosa, 180

Haenke (Tadeus), 185

Haraca, 37, 38, 87, 207, 417, 425, 443

Helguero, 323

Hernández (Silvestre), 317

Hidalgo, 46, 350

Huancayo, 250

Humahuaca, 255

Hurtado, 105, 222

I

Ichoca, 38, 44, 156, 194, 210, 219, 230,
242, 306, 307, 308, 417, 425

Iglesia, 95, 119, 127, 142, 242, 298, 300,
349, 375, 376, 377

Ignacio de Loyola, 275

Imaz (Juan), 47, 97, 107, 147, 151, 153,
184, 250, 320, 379

indios Laymi, 359

indios Yamparaez, 318, 353

Inquisivi, 38, 58, 59, 98, 106, 129, 148, 168,
170, 171, 176, 177, 188, 189, 217,
223, 231, 244, 284, 286, 307, 308,
312, 316, 412, 417, 433, 443, 444

Irupana, 31, 38, 85, 86, 110, 133, 148,
154, 164, 170, 176, 182, 184, 191,
192, 196, 198, 210, 211, 214, 258,
387, 388, 410, 425, 441, 442, 443,
445, 446,

J

Jáuregui (Martín de), 215

Jesús de Machaca, 307

Juan Carlos I, 348

Judas, 111, 230, 274, 293

Jujuy, 277, 406

Jumayo, 223

Junín, 36, 63, 397, 411

L

Lallave, 176, 177, 189, 259, 313, 432,
433, 447

Lanza (José Miguel García de la Lanza, co-
mandante de la guerrilla), 22, 31, 32,
56, 62, 80, 84, 85, 86, 96, 106, 109, 120,
122, 127, 128, 145, 147, 151, 152, 154,
157, 158, 162, 164, 165, 166, 167,
168, 169, 170, 171, 172, 173, 176,
180, 181, 182, 187, 191, 195, 200,

- 202, 203, 204, 206, 211, 212, 213,
214, 215, 218, 225, 227, 231, 238,
239, 246, 250, 253, 254, 255, 256,
257, 259, 260, 261, 263, 264, 265,
268, 269, 270, 271, 272, 276, 278,
279, 280, 282, 284, 285, 286, 287,
291, 294, 303, 308, 313, 314, 320,
330, 331, 332, 334, 342, 371, 380,
384, 387, 388, 391, 392, 401, 410,
411, 412, 431, 436, 445, 446
- La Paz, 18, 19, 22, 23, 31, 34, 36, 37, 38,
39, 40, 42, 43, 44, 48, 59, 61, 62, 71,
75, 84, 94, 102, 105, 110, 112, 122,
126, 130, 140, 143, 144, 145, 150,
151, 152, 153, 157, 160, 161, 165,
170, 171, 172, 173, 175, 176, 178,
181, 190, 195, 196, 198, 200, 202,
203, 207, 208, 212, 219, 221, 222,
223, 224, 238, 239, 240, 244, 249,
256, 257, 261, 264, 266, 268, 270,
271, 284, 286, 303, 305, 306, 316,
320, 321, 322, 323, 326, 340, 341,
353, 363, 368, 369, 373, 374, 384,
391, 392, 395, 396, 397, 398, 399,
400, 401, 402, 403, 404, 405, 409,
411, 412, 415, 425, 445, 446, 447
- Larecaja, 160, 303, 373, 402
- Leque, 38, 44, 112, 286, 310, 326, 417,
419, 420, 422
- Lequepalca, 44, 223
- Lero (Juan), 278
- Lezcano (Mariano), 326, 327
- Lima, 17, 18, 53, 62, 72, 81, 102, 110, 112,
120, 126, 130, 133, 143, 159, 162,
164, 165, 166, 178, 182, 185, 191,
209, 217, 220, 223, 224, 239, 247,
277, 279, 319, 321, 340, 356, 358,
360, 370, 373, 378, 379, 392, 396,
397, 398, 399, 400, 401, 402, 403,
404, 405, 406, 410, 411, 412
- López, 209, 215
- Lira (Eusebio, comandante de la guerrilla),
22, 30, 32, 39, 41, 42, 46, 49, 79, 83,
103, 129, 148, 151, 153, 154, 155,
175, 185, 187, 189, 194, 202, 206,
207, 213, 246, 273, 276, 277, 279,
280, 290, 291, 292, 293, 314, 316,
319, 321, 329, 330, 343, 380, 392,
412, 431, 447
- Logroño, 361
- Lombera (Gerónimo Marón y Lombera),
40, 315, 320
- Lucifer, 275
- Luribay, 105, 152, 222, 267
- ### M
- Machaca, 38, 148, 150, 153, 155, 177, 178,
182, 184, 190, 210, 238, 239, 241,
260, 277, 307, 310, 321, 326, 227,
276, 417, 419, 320, 422, 425
- Madrid, 18, 35, 61, 135, 146, 137, 140,
241, 249, 262, 352, 357, 358, 395,
397, 398, 399, 400, 401, 402, 403,
404, 405, 406, 409
- Mamani, 22, 81, 151, 180, 219, 318
- Mamani (Miguel), 81, 156, 183, 274, 278,
304, 313, 317, 318, 343, 372, 433
- Marca Justo), 379
- María Magdalena, 352, 354
- Marianne (o Mariana, imagen de la repú-
blica francesa), 347
- Maroto, 203, 357
- Marqués de la Plata, 210
- Marqués de Miraflores, 35
- Marqués de Montemira, 53, 148, 150,
239, 277
- Marqués de Santiago, 56, 194, 209, 210,
211, 229, 230, 231
- Marqués de Tojo, 148, 157, 277
- Marqués de Torre Tagle, 224
- Marquesado de Santiago, 58, 301, 309
- Marquina, 268, 281, 282, 312, 327
- mayorazgo de Montemira, 310
- Medina, 198
- Medina (José Antonio de), 341
- Medrano (María Guadalupe Medrano, ma-
dre de José Santos Vargas), 33, 34
- Medrano (Petrona), 229
- Melgarejo (Mariano), 278
- Mendizábal (Francisco Xavier), 140, 162,
212, 249, 311

- Mendizabal (Mariano), 153, 202, 243, 269
Mendizabal Imaz (José), 184
Mendoza (Gunnar), 19, 20, 22, 33, 43, 45, 52, 58, 69, 70, 71, 72, 76, 77, 89, 98, 99, 109, 139, 201, 249, 264, 314, 364, 430, 434
Mendoza Ver Mendoza (Argentina) o Ver Gunnar Mendoza
México, 18, 20, 34, 46, 60, 69, 72, 135, 213, 260, 299, 307, 309, 341, 342, 348, 349, 350, 356, 397, 398, 399, 401, 403, 404
Miranda (Prudencio), 252
Mitre (Bartolomé), 207, 246
Mizque, 166, 227, 228, 229, 420, 421, 422, 423, 431
Mohosa, 23, 30, 32, 37, 38, 39, 43, 44, 45, 55, 56, 57, 58, 59, 60, 62, 72, 86, 90, 123, 148, 151, 155, 156, 176, 179, 194, 196, 209, 216, 218, 222, 239, 240, 241, 242, 243, 244, 253, 258, 260, 265, 277, 278, 283, 284, 286, 290, 291, 292, 293, 301, 303, 306, 307, 308, 309, 312, 315, 316, 320, 321, 322, 326, 329, 330, 331, 332, 352, 368, 378, 379, 395, 410, 411, 412, 417, 419, 425, 434, 435, 436, 439, 440, 442, 444, 447
Mohoza, 179, 194, 307
Monroy (Francisco), 75, 151
Monroy de Portugal (José Miguel), 75
Monseñor La Santa, 369
Monseñor Moscoso, 358, 360, 372
Monterrey (caudillo) 219, 223
Montesinos (Juan), 229, 230, 231
Morelos, 46, 213, 260
Moreno, 18, 104, 109, 145, 172, 186, 241, 245, 265, 266, 289, 321, 353, 361, 404, 405, 430
Morillo (general), 249
Morochata, 38, 94, 97, 148, 149, 150, 155, 177, 189, 207, 217, 222, 272, 309, 313, 378, 417, 419, 420, 422, 425, 431, 432, 433, 435, 447
Moscoso Ver Monseñor Moscoso
Mosetenes, 38, 103, 285, 308, 445
Mosquitos, 357
Moxó y Francoli, 47, 145
Muñecas (Ildefonso de las), 94, 259, 373, 402
Muñoz Terrazas (Manuel), 315
Murmuntani, 54
Mutucuchillo, 34
- N**
- Napoléon, 137, 141, 143, 251, 335, 339, 3444, 351, 358, 374, 402, 406
Narciso Portilla, 32, 121, 412
Navajas (Casto), 223, 231
Navarro (Alfonso), 360
Navarro (Francisco Borja), 243, 321
Navarro (Remigia), 263
Navarro Borja Ver Navarro (Francisco Borja)
Nieto (Vicente), 354
Nuestra Señora de Atocha, 354
Nuestra Señora de las Mercedes, 373
Nuestra Señora del Rosario, 354, 375
Nueva Granada, 161, 249, 342, 344
- O**
- Oblitas (Julián), 97, 384
Olañeta (Casimiro), 168, 173, 392, 405
Olañeta (Pedro Antonio), 161, 162
Omasuyos, 221, 303
Oputaña, 317, 412
Oputañe, 56, 192, 194
Oquendo (alias tata Rivarola), 370
Orbigny (Alcide d'), 102, 393
Oruro, 19, 28, 29, 32, 33, 34, 38, 42, 43, 44, 45, 46, 47, 51, 54, 55, 62, 63, 75, 108, 109, 123, 130, 143, 144, 145, 147, 148, 151, 153, 160, 162, 163, 164, 175, 176, 178, 179, 180, 181, 182, 185, 195, 202, 207, 208, 214, 215, 216, 217, 218, 223, 227, 228, 229, 230, 231, 238, 243, 244, 249, 262, 264, 278, 281, 284, 287, 290, 292, 293, 302, 311, 316, 319, 322,

344, 349, 363, 373, 375, 393, 399,
402, 404, 409, 411, 412, 415, 425,
428, 442
Orurovilque, 284

P

Pacajes, 148, 227, 307
Pachamama, 365
Padilla, 156, 160, 212, 245, 274, 403, 430
Palafox, 354, 355
Palata (duque de la), 306, 307
Palca (hoy Independencia), 38, 54, 89, 94,
122, 149, 153, 155, 165, 170, 177,
179, 180, 190, 201, 221, 222, 233,
238, 243, 260, 280, 281, 285, 291,
311, 318, 325, 327, 412, 413, 417,
419, 420, 422, 425, 431
Palma (Nicolás), 227
Paraguay, 263, 396
Parangani, 97, 240
Pardo (Manuel), 376
Páredes (Juan), 379
Paría, 44, 179, 325, 413, 428
Párraga, 231, 286, 287, 331, 332, 334
Pasorapa, 228
Patria chica, 61, 99, 135, 136, 163, 179,
204, 346, 364, 394
Peñas, 36, 278
Pérez de Urdininea (José María), 271
Perú, 17, 30, 32, 36, 62, 110, 123, 124, 139,
143, 147, 161, 164, 165, 167, 168, 173,
182, 185, 195, 202, 203, 238, 254, 256,
277, 319, 350, 370, 373, 387, 392, 395,
396, 397, 398, 399, 401, 402, 403, 404,
405, 406, 411, 412
Pezuela (Joaquín de la Pezuela, virrey del
Perú), 83, 161, 197, 216, 224, 249,
274, 275, 321, 369
Pocona, 309
Pocusco, 30, 58, 76, 77, 86, 112, 176, 209,
210, 223, 225, 226, 284, 301, 306,
377, 384, 411, 425, 439, 440, 441
Ponde (Pedro), 278
Potosí, 18, 122, 139, 143, 144, 145, 148,
154, 176, 216, 249, 306, 318, 341,

345, 354, 356, 357, 359, 361, 362,
384, 396, 397, 399, 402, 404, 406,
413, 415, 429
Providencia, 31, 124, 128, 289, 295, 296,
368, 382, 383, 384, 385, 387, 388
Provincias Unidas Ver Río de la Plata
Pucarani, 155, 180, 307
Pumacahua (Mateo), 111, 151, 303, 368
Punacachi, 320
Punata, 364
Puno, 180, 182, 250, 252, 255, 345, 376
Pusi, 376
Puyredón (Juan Martín de), 374

Q

Queretaro, 357
Quilca, 216
Quillacollo, 32, 86, 155, 165, 176, 179,
181, 189, 190, 198, 202, 411, 431,
432
Quime, 37, 38, 176, 417, 443, 444
Quimsa Cruz, 23, 263
Quiñuani, 210
Quiroga (Hermenegildo), 339
Quispe (Mateo), 156, 183, 218, 286, 295,
304, 313, 317, 326, 330, 331, 332,
333, 346, 389
Quito, 18, 35, 37, 53, 145, 146, 161, 173,
220, 276, 277, 342, 349, 352, 354,
369, 375, 395
Quitón (Melchor), 278

R

Ramírez (Juan), 203, 215, 216, 430
Ramírez (Manuel), 181, 183
Ramírez (Mariano), 223
Rearea, 210, 229
René Moreno (Gabriel), 109, 361, 405
Reseguín (José de), 36, 38
Revuelta (Joaquín), 153
Ricafort, 143, 178, 203
Río de Ayopaya Ver Río Grande de Ayopaya

- Río de la Plata, 11, 62, 84, 133, 140, 144, 147, 153, 158, 159, 182, 184, 201, 250, 260, 286, 319, 340, 344, 396
- Río Grande de Ayopaya, 23, 37, 38, 57, 176, 377
- Rivero (Francisco), 150, 214, 302
- Rivero (Ramón), 323, 324, 328
- Robert de Clari, 30
- Rocabaco (Agustín), 341, 369
- Rocafuerte (Vicente), 291
- Rodrigo (Juana, esposa de José Santos Vargas), 30, 56
- Rodríguez (Andrés) Ver Rodríguez (Angel Andrés), 96, 103, 268, 271, 286, 321
- Rodríguez (Hermanos), 34, 35, 415
- Rosas (José Manuel), 193
- Rousseau, 370
- Roxa (Manuel alias Curito), 278
- Rück (Ernesto), 69, 397
- Rwanda, 393
- S**
- Sacaca, 229, 315, 318, 373
- Sacasaca, 210, 231
- Salta, 122, 148, 154, 158, 159, 215, 216, 226, 238, 255, 271, 277, 279, 284, 290, 409
- San Agustín, 342, 344
- San Bartolomé, 378
- Sánchez Lima, 112, 120, 126, 130, 143, 178, 191, 223, 224
- San Francisco, 35, 47, 49, 69, 70, 76, 229, 397, 428
- San Lorenzo, 375
- San Martín (José), 217
- San Pedro, 378
- San Rafael, 378
- Santa Bárbara, 317, 378
- Santa Cruz, 55, 58, 75, 102, 128, 140, 145, 148, 160, 164, 165, 238, 245, 255, 258, 308, 313, 314, 318, 319, 323, 350, 393, 402, 405, 410, 411, 415, 419, 420, 422, 444
- Santa Cruz (Andrés de), 164, 203, 254
- Santa María (Mariano de), 152, 324
- Santa Rosa (de Lima), 373, 378
- Santa Teresa, 373
- Santiago, 56, 58, 146, 194, 209, 210, 211, 229, 230, 270, 293, 309, 361, 363, 373, 378, 379, 439
- Santo Tomás, 342, 394
- Sarmiento, 193
- Sentinum, 297
- Seoane, 203, 208
- Sicasica, 20, 21, 32, 35, 36, 38, 40, 42, 43, 69, 70, 72, 90, 99, 116, 143, 147, 148, 150, 151, 152, 155, 156, 163, 175, 176, 179, 181, 190, 196, 198, 201, 202, 209, 215, 216, 217, 218, 223, 224, 226, 227, 229, 233, 238, 244, 245, 249, 252, 257, 258, 284, 290, 303, 306, 307, 309, 310, 315, 316, 318, 322, 323, 333, 341, 343, 358, 369, 384, 391, 394, 395, 400, 409, 412, 417, 427, 440
- Siguas, 321, 441
- Sihuas Ver Siguas, 123, 209, 321, 412, 425, 438, 441
- Simón (Andrés, comandante indio de la guerrilla), 111, 152, 156, 183, 230, 231, 274, 278, 313, 317, 322, 343, 372
- Siñani (Agustín), 377
- Sipesipe, 154, 165, 184, 309
- Sircuata, 38, 170, 445
- Sisa (Bartolina), 278
- Stendhal, 88, 113, 117
- Sucre, 19, 20, 22, 40, 47, 69, 70, 71, 76, 78, 80, 84, 98, 147, 161, 166, 170, 171, 172, 173, 272, 286, 306, 392, 395, 396, 397, 398, 400, 401, 403, 404, 412, 413, 425, 429, 430
- Suipacha, 344
- Sun Tzu, 205, 247
- Suri, 24, 123, 131, 170, 225, 262
- T**
- Tacna, 250
- Talavera de la Reina, 352

Tangara (Julián), 317, 343
 Tapacarí, 32, 98, 156, 176, 198, 211, 239,
 252, 278, 309, 325, 413, 420, 421,
 422, 423, 424, 425, 433, 440
 Tarata, 42, 240, 339, 420, 422, 431
 Terán (Pedro), 89, 92
 Tirquipaya, 309
 Tirry, 42
 Titicaca, 36, 126, 238, 250
 Toco, 39, 42, 431
 Tocqueville (Alexis de), 274, 299
 Toledo, 302
 Tomasa Tintaya, 229
 Tres Cruces Ver Quimsa Cruz
 Tristán (Domingo), 151, 340
 Tristan (Pío), 216, 340
 Tucumán, 148, 159, 271, 290, 343, 345,
 373, 397, 406, 406
 Tupac Amaru, 34, 36, 185, 218, 303, 323,
 354, 358, 396, 403
 Tupac Catari, 34, 36, 143, 185, 187, 266,
 323, 379, 406, 426, 438, 446
 Tupiza, 159, 195, 196, 218

U

Universidad San Francisco Xavier, 70,
 397

V

Valdés, 20, 167, 170, 203
 Valdivia (Matías), 380, 381
 Valdivia Ver Matias Valdivia
 Vallegrande, 145, 155, 166, 245, 258, 279,
 313, 318, 319, 405
 Vallehermoso (conde de), 215
 Valles, 19, 21, 22, 23, 24, 28, 29, 30, 32,
 36, 37, 38, 39, 40, 41, 42, 43, 44, 45,
 47, 48, 51, 52, 53, 55, 60, 62, 67, 69,
 73, 74, 75, 78, 83, 84, 86, 87, 89, 90,
 91, 92, 93, 97, 99, 101, 102, 103, 104,
 105, 106, 107, 108, 109, 111, 112,
 117, 119, 122, 127, 128, 129, 130,
 139, 143, 144, 146, 147, 148, 149,
 150, 151, 152, 153, 154, 155, 156,

157, 158, 159, 160, 163, 164, 165,
 166, 167, 168, 169, 171, 173, 175,
 176, 178, 179, 180, 181, 182, 183,
 184, 185, 187, 189, 192, 195, 196,
 197, 198, 200, 202, 203, 205, 206,
 207, 208, 209, 210, 211, 212, 213,
 215, 216, 217, 218, 222, 223, 224,
 225, 226, 227, 228, 229, 230, 232,
 233, 237, 238, 239, 240, 241, 243,
 244, 245, 246, 249, 252, 253, 254,
 255, 257, 258, 259, 260, 262, 263,
 267, 269, 271, 273, 276, 277, 278,
 279, 280, 281, 283, 284, 285, 286,
 287, 293, 302, 303, 305, 306, 307,
 308, 310, 313, 314, 316, 319, 320,
 321, 322, 323, 324, 326, 327, 328,
 329, 330, 331, 332, 333, 334, 335,
 343, 347, 358, 364, 367, 368, 370,
 372, 374, 375, 376, 377, 379, 381,
 382, 392, 393, 394, 399, 403, 409,
 410, 411, 412, 413, 417, 419, 421,
 423, 425, 428, 429, 433, 434, 436,
 438, 439, 442, 443, 444, 445, 446

Vargas (Andrés, hermano de José Santos
 Vargas), 30, 45, 46, 47, 48, 55, 107,
 109, 111, 128, 152, 186, 208, 210,
 320, 377, 388, 410

Vargas (Bernardo), 48

Vargas (Blas Mariano, padre de José
 Santos), 33, 35, 40, 42, 43, 44, 45,
 47, 48

Vargas (Eugenio), 49

Vargas (Ildefonso), 34

Vargas (José Santos, autor del diario), 19,
 20, 21, 30, 31, 32, 38, 40, 44, 48, 54,
 55, 58, 59, 60, 62, 72, 74, 76, 83, 87,
 88, 90, 93, 99, 101, 102, 104, 115,
 123, 153, 168, 208, 224, 229, 272,
 273, 316, 321, 342, 365, 367, 376,
 381, 383, 389, 391, 394, 396, 399,
 407, 409, 410, 411, 425, 426, 433,
 442, 447

Vargas (Melchora), 194

Vargas (Miguel), 49, 111

Vargas (Rudecindo), 49, 193

Vargas (Samuel), 59

Vazquez (Bárbara), 54
 Velasco Calorio (José), 287
 Venezuela, 18, 173, 179, 199, 353, 406
 Vera (Juez), 364
 Viacha, 307
 Vidaurre (Miguel), 369
 Viedma (Francisco de), 35, 44, 55, 102,
 176, 211, 212, 220, 222, 238, 302,
 308, 309, 419, 420, 422
 Villafan (Manuel), 229
 Viluma Ver Viloma, 184
 Virgen de Icoya, 378, 379
 Vitoria, 351

W

Warnes (Ignacio), 139, 160, 279, 318
 Waterloo, 117, 179, 410
 Weber (Max), 299, 346
 Wilka, 278, 333, 402

Y

Yaco, 38, 44, 84, 85, 87, 156, 166, 211,
 219, 222, 320, 326, 388, 411, 412,
 417, 425, 443

Yani, 38, 94, 149, 221, 222, 253, 280, 417
 Yungas, 19, 23, 31, 38, 84, 143, 154, 160,
 170, 171, 175, 176, 177, 178, 198,
 205, 210, 211, 221, 223, 227, 239,
 253, 254, 255, 267, 306, 308, 310,
 324, 325, 384, 387, 395, 401, 411,
 417, 425, 442, 443, 444, 445, 446,
 447
 Yupanqui (Dionisio Inca), 62

Z

Zamagata, 308
 Zapata (Emiliano), 232
 Zárate (José Buenaventura), 53, 148, 150,
 153, 175, 202, 276, 283, 291, 328
 Zárate (Mariano), 184
 Zárate Wilka, 333
 Zerda, 93, 194
 Zerda, (Pedro) 263, 278, 317, 343, 389



Este libro defiende la tesis de que la guerra de guerrilla, tal como la conocemos en este s. XXI, nació en el mundo hispanico e hispanoamericano a principios del s. XIX, para difundirse después en el resto del mundo. La existencia en los archivos bolivianos de un documento excepcional, el diario llevado a cabo por un guerrillero de la zona de los Valles en los años 1814-1825, permite conocer cómo empezó este proceso. A través de la vida de un microcosmos durante la larga guerra de independencia, se reconstituye la formación de estas tropas improvisadas, apoyadas por las comunidades indígenas, sus maneras de hacer la guerra y sus creencias, el nacimiento de una nueva forma de liderazgo con el caudillo, y una economía de guerra en la que la coca jugaba un papel importante. Pero se trata también de la obra de un individuo, José Santos Vargas, nacido en Oruro en una familia acomodada, que se alista en las tropas irregulares para escribir la historia de la conquista de la libertad, que se vuelve indio originario en el valle de Mohoza al final de la guerra y pasa el resto de su vida, mejorando su libro para dar a conocer la historia de sus compañeros que no hicieron parte de la historia patria.

